1080042825

056
CCIÓN

BX1756
.A2
C3
V.5
c.1

E #2-E #30

BIBLIOTECA
DE PREDICADORES.

TOMO QUINTO.

PARTE SEGUNDA,

TOMO I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

PARIS. — IMPRENTA FOURNIER.
CLAYE, TAILLEFER Y Cª, CALLE DE SAN BENITO, Nº 7.

BIBLIOTECA
DE
PREDICADORES
Ó
SERMONARIO ESCOGIDO
DE LAS OBRAS PREDICABLES
DE COCHIN, CHEVASSU, EGUILETA, FLECHIER, GARCÍA, GONZÁLEZ, MASSILLON, SÁNCHEZ SOBRINO, SANTANDER, TRENTO, TRONCOSO Y OTROS,

POR

DON VICENTE CANOS,
PRESBÍTERO.

SERMONES Y HOMILIAS
DE CUARESMA.

TOMO PRIMERO.

118313

PARIS,
LIBRERIA DE DON VICENTE SALVÁ,
CALLE DE LILLE, Nº 4.
—
1846.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON
38057

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX1756

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRÓLOGO.

Estando ya designado el lugar de cada sermon de la cuaresma por la naturaleza del asunto, ó por el Evangelio de la misa respectiva, sobre el cual recaen, poca dificultad podia ofrecer su colocacion, quedando solo á mi arbitrio el escogerlos y fijar los límites, dentro de los cuales debia circunscribirse esta segunda parte de la *Biblioteca de predicadores*.

Sin reproducir ahora lo que Tomasino y otros eruditos varones nos han dejado escrito acerca del dia en que principiaba el tiempo del ayuno en los primeros siglos de la Iglesia, manifestaré mi designio en haber empezado por el domingo de quincuagésima. No me ha movido ciertamente el que en el lúnes que lo sigue, principien los orientales la cuaresma desde el siglo IV, ni el que Pedro de Blois diga que los eclesiásticos comenzaban el ayuno en la quincuagésima, apoyado en una decretal del papa san Telesforo, que no todos admiten como genuína; me ha estimulado sí el deseo de que los cristianos, en los tres dias que preceden al miércoles de ceniza, se preparen para la temporada en que se nos recuerdan los mayores misterios y los principales fundamentos de nuestra Religion. Cuando por una costumbre que hemos heredado del gentilismo, parecen consagrados exclusivamente estos tres dias á los pasatiem-

pos, bailes, saraos y al desenfreno mas escandaloso, es indisputable la conveniencia de que los ministros del Señor procuren abolir con sus exhortaciones esos restos de una costumbre, la mas impropia de los que han sido llamados á la ley de gracia. Si han cesado las ceremonias y ritos de la ley judaica, por haberse ya realizado los sucesos que anunciaban, ¿con cuánta mayor razon deberán desaparecer las prácticas gentílicas, en particular las que se oponen abiertamente á la doctrina de nuestro Salvador, y son una verdadera irrision de los terribles y sacrosantos recuerdos que va á presentarnos nuestra madre la Iglesia? Para prepararnos á la penitencia, nos retrae aquella, segun lo observa el tercer Concilio de Milan, de los espectáculos y diversiones públicas, y de todas las profanidades que el espíritu inmundo ha introducido entre los fieles para asemejarlos á los idólatras. No podemos encaminarnos á la penitencia, sin sujetarnos á las leyes que la misma prescribe, á saber, una tristeza saludable y una absoluta mortificacion de los sentidos, huyendo hasta de los placeres lícitos, segun lo aconseja el papa san Gregorio. Hé aquí los fundamentos que he tenido para dar principio por algunos sermones y pláticas, que pueden servir en los tres dias de Carnestolendas como de preludio al santo tiempo de ayuno y mortificacion.

Ya que la Iglesia se propone que en él meditemos especialmente los misterios de la pasion de Jesus, dejaríamos incompleta la obra, si no incluyéramos su resurreccion triunfante, *sin la cual no tiene objeto la predicacion del Evangelio y seria vana nuestra fe*, como lo asegura el Apóstol (1). Queda pues señalado naturalmente el término que debe cerrar la principal época del año cristiano, la destinada á la memoria del hecho mas estupendo que han visto los siglos, el que nos reconcilió con el eterno Padre, y nos abrió las puertas del Paraíso, que tenia cerradas la malicia del pecado.

(1) I. *Cor.* c. 15. v. 14.

Aún dentro de tales límites me hubiera sido fácil formar uno ó dos tomos mas para esta segunda parte, incluyendo el sermon de Massillon *sobre el respeto en los templos* y el de Torné *acerca del juício final*, para el mártes despues de la primera dominica; el de Massillon *sobre la recaída en el pecado*, para el miércoles de la misma semana; el de Neuville *sobre la eterna bienaventuranza* y el de Torné *acerca de la eleccion de estado*, ambos para la segunda dominica; el de Neuville *sobre la paz infeliz del pecador*, para el viérnes de la segunda semana; el del mismo *sobre el respeto en los templos*, para la dominica tercera; el de Massillon *sobre el verdadero culto* y el de Torné *del amor de Dios*, para el miércoles y juéves despues de dicha dominica; el *de las aflicciones* de Torné para el mártes de la cuarta semana; el de Neuville *sobre la misericordia de Dios para con el pecador* y el de Massillon *de las faltas leves*, destinados al viérnes siguiente; el de Flechier *sobre la murmuracion*, para la quinta dominica; el de Massillon *sobre los disgustos que acompañan á la virtud en esta vida*, para el miércoles de la quinta semana; los *de la envidia* por Flechier y *del misterio de la cruz* por Torné, para su viérnes; el de Neuville *sobre el respeto con que se debe comulgar*, para el domingo de ramos, y uno *de la pasion de Cristo*, del mismo; todos los cuales habia yo separado para esta seccion. Pero los deseché luego, tanto con el fin de que se compusiera casi en su totalidad de oradores españoles (1), como

(1) Siguiendo esta idea, he omitido algunos sermones de los que el compilador habia entresacado de los traducidos del frances, sustituyendo en su

por ser largos en demasía; motivo que me ha hecho suprimir tambien algunos que habia escogido de Trento, Climent, Santander y Valdigna. He dejado á un lado otros, por la única razon de haber reunido sobrados para un mismo dia, ó por haberse ya puesto alguno sobre iguales materias, tratadas con identidad ó mucha semejanza de argumentos, en los cuatro tomos de sermones de *Mision*.

Así como en la primera parte he hecho un uso muy continuo de las pláticas de Chevassu, he adoptado para esta casi todos los sermones de cuaresma de González, del que ya he dado anteriormente algunas muestras, para que fuese conocido en ultramar este autor, apreciabilísimo por su lenguaje flúido y correcto, por el modo nuevo de tratar los asuntos y por la brevedad de sus discursos y homilías, mas acomodables á nuestro púlpito que los difusos de los célebres predicadores que tuvo la Francia en todo el siglo último y hácia fines del XVII.

Comparando los sermones de Bocanegra, Eguileta, Trento y aún los de Climent con los que al presente están saliendo á luz, reconozco con gusto que la oratoria sagrada ha ganado algo entre nosotros, despojándose de las frecuentes y ridículas antítesis, los pensamientos alambicados y la

lugar varios de la coleccion que se imprime ahora en España con el título de *El púlpito español*, bien que purgándolos en lo tocante al estilo y locucion, pues adolecen de los mismos defectos que nota Canos en Troncoso, aunque no en tanto grado. En cambio exceden sobremanera á la obra de este en el número y clase de los yerros, que deben imputarse al impresor. Parece increíble que haya llegado á descuidarse hasta tal punto la correccion tipográfica en la culta capital de España. Suplico al que posea un ejemplar de la mencionada coleccion, que la coteje con esta en cualquiera de los discursos que de ella se copian, señaladamente en el primero para el juéves santo, y se convencerá del gran número y suma importancia de las rectificaciones que me he visto obligado á hacer. Todavía hubiera suprimido algunos mas de los de Massillon, Chevassu y Trento, si me hubiesen ya llegado los *Sermones de cuaresma*, que se están publicando en Madrid del R. P. Fr. José de Jesus Muñoz. Hallarán cabida en los tomos de *Suplemento*, si tienen en su línea el mérito que otras obras de este docto agustiniano. NOTA DEL EDITOR.

aplicacion, forzada á veces, de los textos bíblicos, que todavía conservaban los predicadores de fines del siglo último; resabios del pésimo gusto anterior, á que no dejó de pagar su tributo el P. Isla, no obstante haber escrito una obra célebre con el designio especial de restituir su dignidad á la divina palabra. ¡Ojalá que al mismo tiempo no se perdiera de vista la sencillez, tan grata y majestuosa en todos los escritos, cuanto indispensable en la boca del que predica á Cristo crucificado! Desdicen de la cátedra de la verdad evangélica el estilo nimiamente florido, las frases rebuscadas y las declamaciones ampulosas, que ocurren á cada paso en la coleccion de Troncoso.

He borrado ó variado los pasajes en que se hacian mas notables los defectos que acabo de indicar en este y en sus predecesores; pero siempre ha quedado algo de la tinta que sombreaba algunas composiciones de una y otra época. Los lunares que todavía se advierten, son muy disimulables puestos al lado de los que se han corregido: por donde se inferirá con cuánta cautela debe caminarse, aún respecto de los autores que estaban en gran boga no há muchos años, y de los mismos que se sacan á luz en la actualidad. Para precaver á los jóvenes que se dedican á la carrera del púlpito, de que sigan un rumbo errado, me he tomado un trabajo, que ofrece mucho fastidio y ninguna gloria. No aspiro á la que pudiera resultarme de semejante tarea, sino á que ella redunde en el mayor provecho de las almas, por cuya salvacion tomó carne humana y murió en una cruz nuestro divino Redentor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ERRATAS

DE ESTE TOMO.

Pág.	*Lin.*	*Dice:*	*Léase:*
64	30	Luevo	Luego
179	20	sin juício	un juício
181	3	Fernais	Ferney

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE ALFABÉTICO

DE

LAS MATERIAS SOBRE QUE VERSAN

LOS SERMONES, HOMILIAS ETC.

DE LA SECCION

DE LA CUARESMA.

El número romano indica el tomo, y el arábigo la página en que principia el sermon, homilía etc. que trata de la materia señalada, ó aquella en que se comienza á hablar del punto indicado.

A

Abuso (Del) de la imposicion de la ceniza. I, 48.
Amor (Del) de los enemigos. I, 108.
— propio: sus ilusiones. II, 159.
Avisos de Dios: debemos corresponder á ellos. II, 308.

B

Blasfemia (La) es uno de los pecados mas graves. II, 224.

C

Caridad para con los pobres y necesitados. II, 9, 17.
Carnaval (Sobre el). I, 1.
Castigos y recompensas aún en esta vida. I, 329.

Ceguedad que nos impide ver las verdades de la Religion. I, 29.
Ceniza : abuso que se hace de la ceremonia de su imposicion. I, 48.
Ciegos voluntarios : su infelicidad. I, 18.
Comunion : de las disposiciones para recibirla. II, 298, 356.
Confesion : disposiciones para este sacramento. II, 234.
— La sacramental es de derecho divino y necesaria al pecador. I, 458.
— Sobre callar en ella los pecados por vergüenza. I, 392.
Contricion (De la). I, 373.
Conversion (De la) del pecador. I, 70.
— El que la dilata, se expone á condenarse. I, 150.
— No depende de los méritos del pecador, sino de la gracia de Dios. I, 257.
Corazon : ha de acompañar su sumision á la simplicidad de espíritu. I, 422.
Cristiano : el malo es mas criminal que los judíos incrédulos. II, 127.
Cruz : sin llevarla no se puede aspirar á la gloria de Jesucristo. I, 234.
Culpa (La) nos somete á la esclavitud del demonio. I, 363.

D

Demonio : le dejó Cristo con pocas fuerzas despues del combate de las tentaciones. I, 117.
— Nos sometemos á su esclavitud por la culpa. I, 363.

Demonio : su designio en las tentaciones. I, 134.
Devocion á la pasion de Jesucristo. I, 9.
Dios : ingratitud de los que no le sirven de corazon. I, 493.
— No gustamos de su gracia, porque no la conocemos. I, 514.
— Sin su gracia es imposible la conversion del pecador. I, 257.
— Su gracia es la sola que puede hacernos felices en esta vida. I, 505.
Disposiciones para el sacramento de la penitencia. II, 234.
— para la comunion. II, 298, 356.
Diversiones (Sobre las). I, 39.
Divinidad (La) del Salvador se prueba por el cumplimiento de las profecías. II, 51.
Dolores (De los) de la Vírgen. II, 249, 259.

E

Egoísmo : perjuicios que acarrea á las sociedades y á los mismos egoístas. I, 320.
Enemigos : debemos amarlos. I, 108.
Entierro de nuestro Señor Jesucristo. II, 456.
Estado infeliz de los que se han hecho voluntariamente ciegos. I, 18.
Eucaristía. Véase *Comunion*.

F

Fe (La) es indispensable para agradar á Dios. I, 214.
— Sin obras no basta para salvarnos. II, 40.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Felicidad (La) verdadera solo puede conseguirse en el cielo. I, 267.
Fiestas : su observancia es de precepto divino. II, 63.

G

Gloria : es necesario trabajar para conseguirla. I, 243.
— No se puede aspirar á ella sin llevar la cruz de Jesucristo. I, 234.
Gracia de Dios : de ella pende la conversion del pecador. I, 257.
— No gustamos de ella, porque no la conocemos. I, 514.
— Solo ella puede hacernos felices en esta vida. I, 505.
— Véase *Predestinacion*.

H

Humildad (La) nos prepara el camino del cielo. II, 284, 292.
— Nos la enseña Jesucristo en el lavatorio de los piés. II, 325, 348.

I

Ilusiones (De las) del amor propio. II, 159.
Impenitencia final : una de sus causas es el desprecio de los llamamientos de Dios. I, 275.
Incredulidad : caen fácilmente en ella los ingratos á la Providencia. I, 341.
— Nace de la perversidad del corazon. II, 150.

Incrédulos (Los) dirigen sus tiros contra los ministros de Jesucristo, ya que no pueden impugnar su doctrina. I, 383.
Ingratitud de los que no sirven de corazon á nuestro Criador. I, 493.

J

Jesucristo : nuestra obligacion de seguirle é imitarle. II, 241.
— Sobre las siete palabras que habló en la cruz. II, 439.
— Su entierro. II, 456.
— Su entrada triunfante en Jerusalen. II, 276.
— Su pasion. II, 371, 389, 405, 420.
— Su resurreccion. II, 502.
— — Esta asegura la de nuestras almas por la gracia. II, 508.
— — Testimonios que la acreditan. II, 502.
Judíos : su reprobacion debe hacernos temer la nuestra. I, 352.
Juicio (Del) universal. I, 200.

L

Lavatorio (Del) de los piés. II, 321, 325, 348.
— Véase *Mandato*.
Ley : su observancia. II, 213.
Lisonja (Del pecado de la). II, 135.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LL

Llamamientos de Dios : el despreciarlos conduce á la impenitencia final. I, 275.
— Nos los hace Dios por sus ministros, en vez de abandonarnos. I, 432.
— Véase *Avisos*.

M

Mandato (Sermon del). II, 336.
— Véase *Lavatorio*.
María santísima : su soledad. II, 472, 493.
— Véase *Vírgen*.
Mentira (Del pecado de la). II, 135.
Misericordia divina : es puro efecto de ella la predestinacion. II, 73.
— Siempre está pronta para acoger al pecador. II, 188.
Muerte : no debemos temerla, sino prepararnos para cuando venga. I, 55.
— Reflexiones sobre ella. II, 104.

N

Naciones : reprobacion de las que se apartan de Jesucristo y felicidad de las que le siguen. I, 172.

O

Objeciones (Las) de la sinagoga á Jesucristo nos humillan. II, 180.

Obligacion de corresponder á los avisos de Dios. II, 308.
— de seguir á Jesucristo é imitarle. II, 241.
— de socorrer á los necesitados. II, 9, 17.
Observancia (La) de las fiestas es de precepto divino. II, 63.
— de la ley. II, 213.
Ocasiones (De las) propincuas. I, 468.
— Evitándolas, desarraigaríamos aún los vicios mas inveterados. II, 96.

P

Palabra (De la divina). I, 160.
— Oirla con gusto es señal de predestinacion. II, 172.
Palabras (Sobre las siete) que habló Jesus en la cruz. II, 439.
Pasion de Jesucristo. II, 371, 389, 405, 420.
— Devocion á ella. I, 9.
Pecado : debemos detestarlo, conociendo los males que causa. I, 410.
— Véase *Pecados*.
Pecador (El) halla siempre acogida en la misericordia de Dios. II, 188.
Pecadores morosos (De los). I, 442.
— De los que callan los pecados en la confesion por vergüenza. I, 392.
— Generosidad de la Religion cristiana para con ellos. I, 223.
— Les es absolutamente necesaria la confesion sacramental. I, 458.
— Su resurreccion. II, 515.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pecados: sobre callarlos en la confesion por vergüenza. I, 392.
Penitencia: para hacerla verdadera es menester renunciar al mundo. II, 83.
— Este sacramento no produce su efecto, si no se recibe con la debida disposicion. II, 234.
Perdon (Del) de las injurias. I, 85.
Pobres (Los) deben confiar en la Providencia. II, 17.
— Es obligacion de los ricos el socorrerlos. *Ibid.*
Predestinacion (La) es puro efecto de la divina misericordia. II, 73.
— Es señal de ella oir con gusto la palabra de Dios. II, 172.
Predicador: sus malas obras en nada perjudican á su doctrina. I, 287.
Profecías: su cumplimiento prueba la divinidad del Salvador. II, 51.
Providencia divina (La): en qué ocasiones y á quién socorre. II, 1.
— Debemos coadyuvar á sus designios. II, 31.
— Los que le son ingratos, caen fácilmente en la incredulidad. I, 341.
— Los pobres deben confiar en ella. II, 17.

R

Recompensas y castigos aún en esta vida. I, 329.
Religion: con sus armas se triunfa de las tentaciones. I, 143.
— Es falsa la de los que prefieren las máximas del mundo á las de Jesucristo. I, 484.

Religion (Generosidad de la) cristiana para con los pecadores. I, 223.
Reprobacion (La) de los judíos debe hacernos temer la nuestra. I, 352.
Respuestas (Las) de Jesucristo á la sinagoga nos instruyen. II, 180.
Resurreccion de Jesucristo. II, 502.
— — Esta asegura la de nuestras almas por la gracia. II, 508.
— — Testimonios que la acreditan. II, 502.
— de los cuerpos. II, 116, 268.
— de los pecadores. II, 515.
Ricos (Los) deben socorrer á los pobres. II, 17.

S

Salvacion: debemos pensar en ella y no malograr el tiempo que se nos concede. II, 199.
Santidad: aún la mayor no está exenta de tribulaciones. II, 259.
Satanas. Véase *Demonio*.
Siete (Sobre las) palabras que habló Jesus en la cruz. II, 439.
Soledad de María santísima. II, 472, 493.

T

Templos: veneracion que se les debe. I, 191.
Tentaciones: con las armas de la Religion se sale triunfante de ellas. I, 142.
— Designio de Satanas en ellas, y modo de vencerlas. I, 134.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tiempo : no ha de malograrse, sino emplearlo en el negocio de la salvacion. II, 199.
Trabajos (Los) preparan el camino de la gloria. I, 243.

V

Vergüenza (De la) de callar los pecados en la confesion. I, 392.
Vírgen (La) María : sus dolores. II, 249, 259.
— Véase *María.*
Virtud : aún la mayor no está exenta de tribulaciones. II, 259.
Vocacion (Sobre la). I, 297.

TABLA

DE

LOS SERMONES, HOMILÍAS ETC.,

QUE COMPRENDE

EL TOMO PRIMERO.

PÁG.

Sermon sobre el Carnaval. Para la dominica de quincuagésima. — De Sánchez Sobrino..... 1
Plática sobre la devocion á la pasion de Jesucristo. Para la dominica de quincuagésima. — De Chevassu..... 9
Sermon sobre el infeliz estado de los que se han hecho voluntariamente ciegos. Para el domingo de quincuagésima. — De Armañá..... 18
Instruccion acerca de la ceguedad que nos impide ver las verdades de la Religion. Para el lúnes despues de quincuagésima. — De Cochin..... 29
Instruccion sobre las diversiones. Para el mártes despues de quincuagésima. — De Cochin..... 39
Sermon sobre el abuso que hacen los malos cristianos de la ceremonia de la imposicion de la ceniza. Para el miércoles de ceniza. — De González..... 48
Sermon. No debemos temer la muerte, sino prepararnos para ella. Para el miércoles de ceniza. — Del Illmo. Sr. D. José Climent..... 55
Sermon sobre la conversion. Para el miércoles de ceniza. — De Trento..... 70
Sermon sobre el perdon de las injurias. Para el viérnes despues de ceniza. — De Massillon..... 85
Sermon. El amor de los enemigos es de precepto. Para el viérnes despues de ceniza. — De González..... 108
Sermon de las pocas fuerzas que dejó Jesucristo al demonio, des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pues del combate de las tentaciones. Para la dominica primera de cuaresma. — De Eguileta..... 117
Homilía. Cuál es el designio de Satanas en sus tentaciones, y modo de vencerlas. Para la dominica primera de cuaresma. — De González..... 134
Homilía. Usando de las armas de la Religion, saldremos triunfantes de las tentaciones. Para la dominica primera de cuaresma. — De González..... 142
Vespertino. Los que dilatan la conversion, se exponen á condenarse. Para la primera dominica de cuaresma. — De González. 150
Sermon sobre la divina palabra. Para el domingo primero de cuaresma. — De Sánchez sobrino..... 160
Discurso. Reprobacion de las naciones que se apartan de Jesucristo, y felicidad de las que le siguen. Para el lúnes despues de la dominica primera de cuaresma. — De Troncoso..... 172
Sermon. Los templos son dignos de toda veneracion. Para el mártes despues de la dominica primera de cuaresma. — De González..... 191
Sermon sobre el juicio universal. Para el miércoles segundo de cuaresma. — De Valdigna..... 200
Sermon. Sin la fe es imposible agradar á Dios. Para el juéves despues de la dominica primera de cuaresma. — De González..... 214
Sermon. De la generosidad de la Religion cristiana para con los pecadores. Para el viérnes despues de la dominica primera de cuaresma. — De González..... 223
Homilía. No se debe aspirar á la gloria de Jesucristo, sin llevar su cruz. Para la dominica segunda de cuaresma. — De González..... 234
Sermon. Debemos trabajar para conseguir la gloria. Para la dominica segunda de cuaresma. — De Eguileta..... 243
Homilía. La conversion del pecador no depende de sus méritos, sino de la gracia de Dios. Para la dominica segunda de cuaresma. — De González..... 257
Homilía. La felicidad verdadera solo puede conseguirse en el cielo. Para la dominica segunda de cuaresma. — De González. 267
Sermon. El desprecio á los llamamientos de Dios conduce á la impenitencia final. Para el lúnes despues de la dominica segunda de cuaresma. — De González..... 275
Sermon. Las obras del predicador, aunque malas, en nada perjudican á su doctrina. Para el mártes despues de la dominica segunda de cuaresma. — De González..... 287

Sermon sobre la vocacion. Para el miércoles de la segunda semana de cuaresma. — De Massillon..... 297
Sermon. El egoísmo es perjudicial á las sociedades y á los mismos egoístas. Para el miércoles despues de la dominica segunda de cuaresma. — De González..... 320
Sermon. Aún en esta vida es recompensado de algun modo el justo, y castigado el pecador. Para el juéves despues de la dominica segunda de cuaresma. — De González..... 329
Sermon. Los ingratos á la Providencia, caen fácilmente en la incredulidad. Para el viérnes despues de la dominica segunda de cuaresma. — De González..... 341
Sermon. Reprobacion de los judíos, por la que debemos temer la nuestra. Para el viérnes de la segunda semana de cuaresma. — De Sánchez Sobrino..... 352
Sermon. Por la culpa nos sometemos á la esclavitud del demonio. Para el sábado despues de la dominica segunda de cuaresma. — De González..... 363
Plática de la contricion. Para la tercera dominica de cuaresma. — De Chevassu..... 373
Homilía. No atreviéndose los incrédulos á impugnar la doctrina de Jesucristo, dirigen los tiros contra sus ministros. Para la dominica tercera de cuaresma. — De González..... 383
Sermon sobre callar por vergüenza los pecados en la confesion. Para la dominica tercera de cuaresma. — De Eguileta..... 392
Vespertino. Conociendo los males que causa el pecado, no podemos ménos de detestarlo. Para la dominica tercera de cuaresma. — De González..... 410
Instruccion sobre la necesidad de unir á la sumision de corazon la simplicidad de espíritu. Para la tercera dominica de cuaresma. — De Cochin..... 422
Sermon. Léjos de abandonarnos el Señor, nos llama por sus ministros. Para el lúnes despues de la dominica tercera de cuaresma. — De González..... 432
Sermon sobre los pecadores morosos. Para el tercer lúnes de cuaresma. — De Trento..... 442
Sermon. La confesion sacramental es de derecho divino, y absolutamente necesaria á todos los pecadores. Para el mártes despues de la dominica tercera de cuaresma. — De González. 458
Sermon sobre las ocasiones propincuas. Para el cuarto miércoles de cuaresma. — De Trento..... 468
Homilía. Es falsa la religion de los que prefieren las máximas del mundo á las de Jesucristo. Para el miércoles despues de la dominica tercera de cuaresma. — De González..... 484

Sermon. Es una monstruosa ingratitud no servir de corazon á nuestro Criador. Para el juéves despues de la dominica tercera de cuaresma. — De González..... 493
Homilía. Solo la gracia de Dios puede hacernos felices en esta vida. Para el viérnes despues de la dominica tercera de cuaresma. — De González..... 505
Homilía. No gustamos la gracia divina, porque no conocemos este don del cielo. Para el viérnes despues de la dominica tercera de cuaresma. — De González..... 514

SERMON

SOBRE

EL CARNAVAL.

PARA LA DOMINICA DE QUINQUAGÉSIMA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

(Filius hominis) tradetur.... et illudetur, et flagellabitur...; et postquam flagellaverint, occident eum.

(El hijo del hombre) será entregado..., y escarnecido, y azotado...; y despues que le habrán azotado, le quitarán la vida.

S. Lúcas, c. 18. vv. 32 y 33.

Cuando considero los ultrajes y la ignominiosa muerte que anunció Jesucristo debia padecer, y que efectivamente sufrió sobre el Calvario, la razon humana se rebela, y á no constar por la Fe, se haria increíble que un Dios que posee solo la inmortalidad, descendiese del seno de su Padre al de una Vírgen, á tomar un cuerpo humano, para exponerlo á los tormentos, con solo el fin de redimir al hombre. Sin la Fe, ¿quién creeria que el Verbo eterno, Dios de majestad, que con sola su palabra crió todos los seres visibles é invisibles, se anonadase y humillase hasta el extremo de dar la vida entre afrentas? Pero si consideramos que á ello se ofreció voluntariamente por un efecto de su amor al linaje humano, y que así lo anunció por sus profetas, cesará en parte nuestra admiracion, y esta desaparecerá enteramente, si atendemos á que la escena del Calvario ha venido á ser el espectáculo favorito de nuestros dias. ¿Quién creyera, á no constar por una triste experiencia, que los cristianos, mas criminales aún que los mismos judíos, los cuales segun el Apóstol, si hubiesen conocido al Rey de la gloria, jamas le hubieran crucificado; quién creyera que los cristianos habian de renovar, principalmente en este tiempo, las ignominias y afren-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tosa muerte de Jesucristo en el Calvario? Y para que no penséis que esta es una paradoja, hija de mi entusiasmo, os haré ver que los placeres á que os abandonáis en estos dias, renuevan la pasion del Hijo de Dios; por manera que si fuera capaz de padecer despues de su resurreccion, sufriria por vuestras manos los mismos ultrajes y muerte que padeció en el Calvario. Dos reflexiones breves que dividen la materia de este discurso, objeto de vuestra atencion y de mis endebles conatos. Pidamos las luces del Espíritu santo, postrándonos con rendimiento ante aquel augusto y adorable Señor sacramentado, principio, fuente y origen de toda gracia. *Ave María.*

Basta un momento de atencion sobre las diversiones de este tiempo, para ver renovados los ultrajes que sufrió Jesucristo en el Calvario. Cuando la Iglesia nuestra madre se prepara á lamentar los dolores y afrentas de su Esposo; cuando empieza á revestir sus altares y ministros de ornamentos lúgubres, para que entonen tristes cánticos, análogos á la pasion y funeral de Jesucristo; cuando va á publicar la ley solemne del ayuno, mortificacion y penitencia, para que sus hijos obtengan la remision de sus pecados por medio de los sacramentos, y se dispongan á resucitar espiritualmente con Jesucristo en la solemnidad de la Pascua, ¿qué es lo que tocan nuestros ojos? Ah! vuestros ultrajes, ó mi Dios! me hacen estremecer. Si os considero sobre el Calvario, os veo entregado á los judíos por un discípulo pérfido, puesto en paralelo con Barrabas, sedicioso y homicida, é insultado con todo género de oprobios. Pero si examino á primera vista lo que pasa en estos dias de carnaval, veo renovada vuestra pasion por los cristianos vuestros hijos con mayor ignominia. Os veo en efecto entregado y abandonado por infieles discípulos; en paralelo con el mundo, y preferido este á vos por hijos vuestros, ciegos y rebeldes; expuesto á los insultos del libertinaje mas escandaloso. Hé aquí los execrables crímenes á que se abandonan la mayor parte de los cristianos en estos dias.

Pondero yo, señores? Nada ménos. ¿Qué es lo que registran nuestros ojos sino un comercio de iniquidad? Qué es lo que ves? dijo Dios á un profeta. Veo una olla encendida, que denotaba el fuego, á quien adoraban por dios los caldeos y los persas. ¿Y nosotros qué es lo que vemos en el carnaval? Otra olla encendida en el fuego violento de la sensualidad y de la gula, que son las divinidades á quienes ofrecéis incienso en estos dias; pues toda inmundicia ó torpeza, como dice el Apóstol, es servidumbre ó esclavitud de los ídolos; y el ebrio ó guloso no tiene mas dios que su vientre, como dice el mismo. ¿Con qué podréis pues cohonestar este comercio de iniquidad, en que ocupáis estos dias de luto y de preparacion para la penitencia? Hablo de estas juntas, comparables á los bacanales, lupercales y florales del gentilismo, donde como carbones os encendéis mutuamente en el fuego de la lascivia; juntas abominables, en que presiden Vénus y Baco; es decir, la embriaguez y la desenvoltura; juntas detestables, donde el pudor falta, la inocencia perece, la liviandad se celebra, y donde todo es lícito ménos la modestia. Díganlo vuestros juegos del secreto á placer, vuestras danzas entrelazadas y demas incidentes criminales, que no me es lícito pronunciar. Ó tiempos! ó costumbres! ó vergonzosa confusion!

¿Quién os ha fascinado, cristianos, para que en el tiempo mismo en que la Iglesia os convida á compadeceros con espíritu de contricion de las afrentas y dolores de su Esposo, que nos anuncia el Evangelio, os entreguéis á las pompas y vanidades del mundo, que renunciasteis en el sacro bautismo? ¿No es esto renovar, en cuanto es de vuestra parte, los insultos del Calvario, añadiendo dolor á sus dolores? ¿No es esto, segun el Apóstol, burlarse y pisar al Hijo de Dios por medio de vuestros enormes crímenes? *Quanto magis putatis deteriora mereri supplicia, qui filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit?* (1) ¿No es esto poner en paralelo á Jesus y á Barrabas, dando la preferencia á este último, á imitacion de los judíos? *Petistis virum homicidam donari vobis, auctorem verò vitæ interfecistis* (2).

Ah! ¿cuántas veces preferís el crímen á la inocencia, el vicio á la virtud, las tinieblas á la luz, Belial á Jesucristo, el demonio al mismo Dios? Por manera que si en este momento os digo: ¿á quién queréis poner en libertad, á Jesus ó al ídolo favorito de vuestro placer? me parece oigo resonar una voz acorde de la mayor parte de mi auditorio, que muera Jesucristo, con tal que

(1) *Ad hebr.* c. 10. v. 29. (2) *Act. apost.* c. 3. v. 14 *et* 15.

viva el torpe objeto de vuestros sensuales apetitos: *non hunc, sed Barrabam;* pues aunque vuestros labios no lo pronuncien, vuestras obras lo manifiestan.

Nosotros, oigo decir á algunos, no pretendemos otra cosa en estas diversiones, que seguir el uso y la costumbre del siglo. Nosotros no hemos establecido estas diversiones, y solo nos acomodamos á ellas. Ridícula excusa! miserable pretexto! ¿Juzgáis por ventura que el uso y la costumbre, ó por mejor decir, la corruptela, formen prescripcion contra las leyes divinas? ¿ó que el Evangelio que prohibe estos placeres criminales, prescriba con el tiempo? Porque muchos caminan por esta senda espaciosa y tortuosa á su perdicion, ¿os será lícito abandonar el camino estrecho y directo, que os señaló Jesucristo para conseguir la vida eterna? Cuando os veáis en el tremendo juício y próximos á rodar bajo el trono de Dios, ¿osaréis decir: nosotros, Señor, hemos blasfemado vuestro santo nombre, porque lo hacian otros muchos? ¿hemos asistido á las asambleas y juegos profanos, por seguir la costumbre de los demas? ¿hemos violado la decencia, la modestia y la templanza, por acomodarnos al uso y no pasar por beatos? ¡Ah, hombres ciegos y guia de otros ciegos, vosotros miráis con preferencia á Barrabas en el paralelo con Jesucristo, y caminái al abismo insultando á este divino Salvador con los mayores oprobios!

Cónsideradle sobre el Calvario, os ruego, expuesto á la irrision de un pueblo tumultuado, entre gritos confusos y algazara, pidiendo á voces la crucifixion de este inocente Cordero, tratado como rey de burlas, vestido de púrpura, con una caña por cetro, coronado de espinas y entregado á discrecion de los judíos. Qué lastimoso espectáculo! Mas ¿quién creyera verlo reproducido en nuestros dias entre una multitud de cristianos, que entregados á una licencia desenfrenada, abren su corazon á los vicios mas vergonzosos, beben la iniquidad como agua, insultan con obras y palabras al Dios de majestad que los crió, y á manera de libertinos profanan lo mas sagrado de la Religion?

Llamo libertinos, con un sabio, á todos aquellos que, miéntras resuenan en los templos las eternas verdades del Evangelio, profanan una infinidad de lugares con blasfemias y abominaciones: llamo libertinos á los que se disfrazan por medio de máscaras, tan infames como ridículas, en el tiempo mismo en que aparece Jesucristo sobre los altares, condenando el crímen

y exigiendo la adoracion en espíritu y verdad: libertinos llamo á los que colman la medida de sus pecados, miéntras los ministros del Señor ofrecen sacrificios de expiacion y publican indulgencias para separar á los hombres del inminente riesgo de condenacion. ¿No es esto renovar las causas de los insultos, burlas y oprobios que sufrió Jesucristo sobre el Calvario? ¿No es esto blasfemar su santo nombre? *Polluerunt nomen sanctum meum in abominationibus* (1). ¿No es esto, para decirlo de una vez, renovar la muerte del Salvador? *Et postquam flagellaverint, occident eum.* Segunda reflexion, que paso á exponer con brevedad. Seguídme atentos.

No me atreveria yo á calificar de horrendo deicidio los escandalosos desórdenes que cometéis en estos dias, si ántes no lo hubiera hecho san Pablo. Reprendiendo este apóstol de las gentes á los hebreos, y en ellos á todos nosotros, dice expresamente, que por sus pecados crucifican de nuevo al Hjjo de Dios en sí mismos, por el desprecio con que le miran: *rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei, et ostentui habentes* (2). Para quedar convencidos basta reflexionéis sobre los derechos incontestables que Jesucristo tiene sobre nosotros. La Fe nos enseña que es nuestro principio, nuestro último fin y nuestro soberano bien. Derechos sagrados é inviolables, que despreciáis solemnemente con vuestras diversiones, máscaras y juegos profanos.

En efecto considerando á Jesucristo como primer principio y criador, no tenemos facultad de disponer de nosotros inocentemente á nuestro arbitrio. Abandonados pues al culto de Baco y de Vénus; es decir, á la destemplanza y sensualidad, violáis la santidad de este primer principio, que al criaros os intimó el precepto de obrar en todo conforme á su divino beneplácito: quiso que respetarais y adorarais la mano benéfica que os sacó de la nada por un efecto de su bondad infinita para comunicaros una eterna felicidad. Como obra de sus manos, debemos someternos á su autoridad legítima, y el adorable respeto de criador nos obliga á una eterna obediencia. Á este fin nos manda que seamos perfectos como lo es nuestro Padre celestial que está en los cielos; sin olvidarnos que nos sacó de la esclavitud del pecado y de las densas tinieblas de la ignorancia y del error á su admirable luz.

(1) *Ezech. c. 43. v. 8.* (2) *Ad hebr. c. 6. v. 6.*

¿Denotan, os ruego, estos puros sentimientos vuestras diversiones bacanales y profanas? Ah! si en el momento que aquí hablo revelara Dios los crímenes que cometéis en vuestras asambleas de carnaval, como lo hará en el dia de la ira, diriais con anticipacion como los réprobos: caéd, montes, sobre nosotros, para no ver la horrible deformidad de nuestros crímenes: *cadite, montes, super nos* (1). ¡Oh, cuánto (clamariais), oh, cuánto hemos errado el camino de la verdad! *Ergo erravimus à via veritatis* (2). ¡Oh, cuánto mas reprensibles somos que los judíos, pues ellos crucificaron al Rey de la gloria que no conocieron, y nosotros conociéndole y confesándole, renovamos, cuanto es de nuestra parte, su crucifixion por medio de nuestros pecados, sin adorarle como á Hijo de Dios! *Rursum crucifigentes Filium Dei, et ostentui habentes.* ¿Ignoráis por ventura que estáis cometiendo una especie de rebelion contra el Señor y su Cristo, menospreciando á vuestro principio y fin último? *Ego sum Alpha et Omega, principium et finis* (3).

Esta última cualidad, señores, os obliga á vivir para Dios, y á referirle todas vuestras obras, para que presida en ellas y sean dignas de su divino beneplácito. Esta es la oracion continua que Jesucristo nos manda en su Evangelio; y aludiendo san Pablo á ella, dijo: ya sea que comáis, ya que bebáis, ya que hagáis cualquiera otra cosa, referídlo todo á la gloria de Dios (4). Ahora pues ¿osaréis referir al Señor vuestros bailes entrelazados, vuestras máscaras y juegos indecentes, vuestras palabras y acciones impuras, vuestras embriagueces é inmodestias? Y si no os atrevéis á proferir semejante blasfemia, ¿cómo osáis ocuparos en acciones tan bajas y vergonzosas, renovando las causas de la crucifixion de Jesucristo? *Rursum crucifigentes Filium Dei.* Qué estupidez! qué ceguedad! qué delirio, querer restablecer el imperio del demonio, y sacudir el yugo de la Religion, para doblar la cerviz al de Satanas! No os engañéis, señores; Dios no será burlado. Sabéd, dice san Agustin, que esta vida mole y sensual que manifestáis, es indicio claro de una fe moribunda, y estos juegos que miráis como pasatiempos, tienen al demonio por autor, como se explica san Efren, y os conducen á la idolatría: *Magister omnis iniquitatis, qui docuit idola colere, docuit etiam ludere.*

(1) *Oseæ*, c. 10. v. 8. (2) *Sap.* c. 5. v. 6. (3) *Apoc.* c. 1. v. 8.
(4) I. *Ad cor.* c. 10. v. 31.

¿Podréis despues de este desórden lisonjearos de que vivís solo para Dios? ¿Es vivir solo para Dios, dice un sabio, ocuparse en obras del demonio? ¿es vivir solo para Dios presentarse escandalosamente al público? ¿es vivir solo para Dios cometer acciones que no pueden referirse al Señor? Ah! ¿dónde estáis, felices siglos de la Iglesia primitiva, en que huían los cristianos de todo género de espectáculos profanos; en que reinaba la modestia y el amor de Jesucristo, nuestro benéfico salvador? Vosotros habéis ya desaparecido, la caridad se ha resfriado, y solo reina la ingratitud para renovar la crucifixion del Señor: *rursum crucifigentes Filium Dei.*

Como Dios nos amó desde la eternidad con un amor sincero, puro, verdadero y benéfico, nos intimó por su primer precepto que le amásemos de por vida con todo nuestro corazon, nuestra alma, nuestras fuerzas y potencias, por ser quien es y en señal de gratitud á sus inefables beneficios: *diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua* (1). Examinád, os ruego, sin indulgencia vuestro interior, y decídme de buena fe, ¿si serán compatibles las obras en que ocupáis estos dias, con el amor y espíritu de reconocimiento á Jesucristo, que la ley os intima sin distincion de tiempos? ¿Decídme, si en medio de vuestros placeres y asambleas de carnaval estáis animados del amor de Dios, ó abismados en el del mundo? ¿Decídme, si amáis en esta última hipótesi de todo corazon á Jesucristo con toda vuestra alma y vuestras fuerzas, ó si es el mundo y sus placeres vuestro ídolo? Pero sabéd entretanto, decia un Padre de los tiempos primitivos, que el que quiera divertirse con el siglo, no se gozará con Jesucristo. Ni olvidéis lo que á nombre del Salvador decia san Bernardo: mas grave es para mí la cruz de los pecados, en que sin querer estoy pendiente, que la que sufrí (voluntario) por un efecto de misericordia contigo: *gravior apud me peccatorum crux, in qua invitus pendeo, quam illa in qua tui misertus ascendi.*

Todo, señores, conspira á manifestarnos que los juegos y placeres en que ocupáis el carnaval, vuestras reuniones en que presiden la gula, la embriaguez, la inmodestia y la licencia, solo son á propósito para renovar, cuanto es de vuestra parte, los

(1) *Deut.* c. 6. v. 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

insultos, oprobios y afrentosa muerte de Jesucristo: *rursum crucifigentes Filium Dei, et ostentui habentes.* Ruégoos pues por las entrañas del Salvador, por su terrible venida, por su reino inmortal, que reparéis el horrible deicidio de que os habéis hecho reos, por medio de una verdadera penitencia en vida, para no sufrirla despues por una eternidad.

Omnipotente y sempiterno Dios, que domináis poderosamente el corazon de los mortales, y sois mas árbitro de ellos que sus mismas voluntades, sujetád la rebeldía de estos corazones profanos, que desacreditan vuestra Religion; iluminád sus tinieblas con un rayo de vuestra luz para que os conozcan, os amen, y confiesen, que solo á vos se debe el honor, la virtud, el amor y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen.

PLÁTICA

SOBRE

LA DEVOCION Á LA PASION DE JESUCRISTO (1).

PARA LA DOMINICA DE QUINCUAGÉSIMA.

(DE CHEVASSU.)

Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia quæ scripta sunt per prophetas de Filio hominis.

Vamos á Jerusalen, en donde se cumplirá todo cuanto han escrito los profetas del Hijo del hombre.

S. Lúcas, c. 18. *v.* 31.

La Iglesia, que conoce los desórdenes que reinan en este tiempo entre la mayor parte de sus hijos, y que ha formado el designio de oponerles cuantos diques y barreras sean imaginables, ha tenido por conveniente proponerles el Evangelio, en que Jesucristo caminando á Jerusalen, habló á sus discípulos de su próxima muerte y de todos los ultrajes que habia de padecer. Supone, y con razon, que no faltará quien se retraiga de cometer los excesos que cometen otros, por la idea que propone de la muerte del Salvador, y de la vida que él mismo tuvo con la mira de su muerte. Con efecto ¿qué cosa mas vergonzosa para los cristianos que hacen profesion de adorar una cabeza, que siempre tuvo en el espíritu y en el corazon la muerte, la cruz y los tormentos? ¿qué cosa, vuelvo á decir, mas vergonzosa para estos cristianos, que ocuparse en las locuras del mundo? La vida cristiana consiste en que Jesucristo habite en nues-

(1) Este discurso podrá servir para la fiesta de la *Invencion y exaltacion de la santa cruz* y para los otros dias de indulgencia en las iglesias, en que estuviere establecida la cofradía de los hermanos de la Pasion de Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

insultos, oprobios y afrentosa muerte de Jesucristo: *rursum crucifigentes Filium Dei, et ostentui habentes.* Ruégoos pues por las entrañas del Salvador, por su terrible venida, por su reino inmortal, que reparéis el horrible deicidio de que os habéis hecho reos, por medio de una verdadera penitencia en vida, para no sufrirla despues por una eternidad.

Omnipotente y sempiterno Dios, que domináis poderosamente el corazon de los mortales, y sois mas árbitro de ellos que sus mismas voluntades, sujetád la rebeldía de estos corazones profanos, que desacreditan vuestra Religion; iluminád sus tinieblas con un rayo de vuestra luz para que os conozcan, os amen, y confiesen, que solo á vos se debe el honor, la virtud, el amor y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen.

PLÁTICA

SOBRE

LA DEVOCION Á LA PASION DE JESUCRISTO (1).

PARA LA DOMINICA DE QUINCUAGÉSIMA.

(DE CHEVASSU.)

Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia quæ scripta sunt per prophetas de Filio hominis.

Vamos á Jerusalen, en donde se cumplirá todo cuanto han escrito los profetas del Hijo del hombre.

S. Lúcas, c. 18. *v.* 31.

La Iglesia, que conoce los desórdenes que reinan en este tiempo entre la mayor parte de sus hijos, y que ha formado el designio de oponerles cuantos diques y barreras sean imaginables, ha tenido por conveniente proponerles el Evangelio, en que Jesucristo caminando á Jerusalen, habló á sus discípulos de su próxima muerte y de todos los ultrajes que habia de padecer. Supone, y con razon, que no faltará quien se retraiga de cometer los excesos que cometen otros, por la idea que propone de la muerte del Salvador, y de la vida que él mismo tuvo con la mira de su muerte. Con efecto ¿qué cosa mas vergonzosa para los cristianos que hacen profesion de adorar una cabeza, que siempre tuvo en el espíritu y en el corazon la muerte, la cruz y los tormentos? ¿qué cosa, vuelvo á decir, mas vergonzosa para estos cristianos, que ocuparse en las locuras del mundo? La vida cristiana consiste en que Jesucristo habite en nues-

(1) Este discurso podrá servir para la fiesta de la *Invencion y exaltacion de la santa cruz* y para los otros dias de indulgencia en las iglesias, en que estuviere establecida la cofradía de los hermanos de la Pasion de Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tros corazones por la fe (1); pero no podremos tener de ese modo á Jesucristo en nosotros, sin que entren con él su cruz y sus tormentos; y esto es incompatible con la ocupacion en las extravagancias de estos tiempos. Para divertirse en estas cosas, es necesario haber olvidado á Jesucristo crucificado, y basta acordarse de él para aborrecerlas. Entremos pues en el espíritu de la Iglesia, y apliquémonos á la consideracion de los tormentos del Salvador. Ved aquí dos poderosas razones, de que me serviré para obligaros á ello. La meditacion de la pasion de Jesucristo es entre todas las devociones, en primer lugar, la mas agradable á Dios, y en segundo, la mas útil á un cristiano.

PUNTO PRIMERO.

Lo que ha sido la ocupacion mas frecuente de Jesucristo, nuestra Señora y los santos, debe ser precisamente lo que mas agrade á Dios. Vamos pues á examinar, si la memoria y meditacion de la pasion de Jesucristo fueron la principal ocupacion de este adorable Salvador, de la Vírgen y de los santos.

I. Jesucristo, el autor y el consumador de nuestra fe, no solamente sufrió con gusto el cruel suplicio de la cruz, despreciando la deshonra é ignominia que estaban anejas á él, como dice san Pablo (2): *Proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta:* sino que tambien tenia especial complacencia en pensar en ella, y en esto se ocupó toda su vida. El deseo que tenia de cumplir en este punto la órden de su eterno Padre, le hacia estar continuamente aplicado á él. De ahí es que hablaba de él tan continuamente con sus apóstoles, diciéndoles: *Baptismo autem habeo baptizari; et quomodo coarctor, usque dum perficiatur?* (3) Yo he de ser bautizado con mi sangre: ay, y cuán vivamente me angustio, miéntras se dilata el cumplimiento de este bautismo! Ved en el Evangelio cómo les refiere todas las circunstancias de su pasion y de su muerte. Mirád, les dice, que vamos á Jerusalen, y va á cumplirse cuanto se ha profetizado del Hijo del hombre. Será no solamente entregado á la crueldad de los judíos, sino que de ellos pasará á manos de los gentiles: *Tradetur enim gentibus:* ved aquí la traicion. *Illudetur:* hé aquí las burlas y los menosprecios.

(1) *Ephes.* c. 3. v. 17. (2) *Ad hebr.* c. 12. v. 2. (3) *Luc.* c. 12. v. 50.

Conspuetur: vedlo ultrajado y escupido. *Flagellabitur:* aquí están los azotes. *Postquam flagellaverint, occident eum:* hé aquí la muerte. Á todo lo cual añade, para consolarlos, que resucitará al tercero dia: *Et tertia die resurget.* Y así, no solamente pensó en su pasion y en su muerte, cuando fué prendido por los soldados, cuando vió la cruz en que habia de ser enclavado, ó cuando oyó en las calles de Jerusalen el eco de estos repetidos gritos: *Crucifige, crucifige eum;* sino que desde el primer instante de su concepcion empezó á pensar en ellas. Apénas habia tomado un cuerpo mortal, cuando piensa que, en lugar de los animales, será inmolado él algun dia por la salud de los pecadores. Si al entrar en el mundo le recuestan sobre unas pajas, al punto considera que algun dia le extenderán con mas aspereza sobre la cruz. Si le sacan algunas gotas de sangre con el cuchillo de la circuncision, se le representa que le han de sacar mucha mas en el pretorio, y sobre el Calvario. Si le llevan al templo para ofrecerle á su Padre eterno, como la única víctima capaz de aplacarle, mira este sacrificio matutino como un presagio cierto del sacrificio vespertino, que debia terminar el curso de su vida. Mi vida, dice por boca del Profeta, comenzó por dolores, ha continuado con trabajos, y acabará por tormentos: *quoniam defecit in dolore vita mea, et anni mei in gentibus* (1). De aquí viene, que habiéndosele presentado con su madre los hijos del Zebedeo, para obtener los primeros asientos en su reino, les preguntó, como refiere san Mateo, si podrian beber el cáliz que él mismo habia de beber: *Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum?* (2) San Márcos explica esto mismo, pero con alguna diferencia; y dice, que Jesucristo queria saber de ellos, si podrian beber el cáliz que él bebia, y ser bautizados con el bautismo con que él estaba bautizado, usando del tiempo presente por el futuro: *Potestis bibere calicem, quem ego bibo, aut baptismo, quo ego baptizor, baptizari?* (3) Ah, Señor! permitid os preguntemos, qué cáliz es ese que bebéis al presente? Vos predicáis, instruís á los pueblos, hacéis milagros que os granjean la estimacion y veneracion de todo el mundo, ¿es acaso esto lo que llamáis cáliz? Sí, discípulos mios, yo bebo un cáliz y soy bautizado con un bautismo de sangre: *Calicem, quem ego bibo, etc.* Tengo tan presente este bautismo de sangre, como si

(1) *Psalm.* 30. v. 11. (2) *Matth.* c. 20. v. 22. (3) *Marc.* c. 10. v. 38.

ya estuviera amarrado á la coluna y pendiente de la cruz. Camino con la mira de esta cruel é ignominiosa muerte, que me está preparada sobre el Calvario. Pero lo que mas admira, es que quisiese hablar de esto sobre el Tabor con Moises y Elías entre los gozos y la gloria de la trasfiguracion. Hablaba, dice san Lúcas, con estos grandes profetas del antiguo Testamento, del exceso de sus tormentos y de cómo habia de morir en Jerusalen : *Dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem* (1). Ya veis, hermanos mios, que la cruz de Jesucristo no fué para él un objeto pasajero ; siempre la tuvo delante de los ojos, siempre pensaba en ella ; jamas la perdió de vista desde el principio hasta la consumacion de su sacrificio.

II. Los santos, siguiendo siempre las huellas de su divino maestro, tuvieron á su pasion una devocion tierna y afectuosa ; pero nuestra señora la Vírgen María estuvo mas vivamente penetrada de ella que ninguno de los santos. El corazon de esa divina Señora fué traspasado con la espada de dolor, segun la profecía del venerable Simeon, no solo cuando estaba al pié de la cruz y vió morir á su Hijo muy amado, sino tambien en todo el resto de su vida. La memoria de un Dios moribundo en una cruz por los pecadores fué para ella una especie de martirio mas cruel que la misma muerte ; y la Iglesia no dificulta aplicar á esta bienaventurada madre de Dios, compañera en los trabajos de Jesucristo, su hijo, estas palabras del profeta Jeremias. ¡ Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, considerád si ha habido jamas dolor semejante al mio ! *Oh vos omnes, qui transitis per viam, attendite, et videte, si est dolor sicut dolor meus!* (2) Y si de la Vírgen pasamos á los apóstoles, vemos en la Escritura que no solo fueron testigos de lo que Jesucristo padeció, sino que fueron tambien unos celosos predicadores de su pasion. Su principal cuidado y su mayor aplicacion era inflamar los corazones de sus oyentes en el amor de un Dios crucificado. Jamas se avergonzaron de su cruz ; la predicaron á todos los pueblos de la tierra, y todos decian como san Pablo : *Prædicamus Christum, et hunc crucifixum* (3). Estaban tan llenos de este pensamiento, que el Apóstol, escribiendo á los hebreos, les exhorta á que le tengan en la memoria continuamente : *Recogitate eum, qui talem sustinuit à peccatoribus adversum*

(1) *Luc. c. 9. v. 31.* (2) *Thren. c. 1. v. 3.* (3) I. *Ad cor. c. 1. v. 23.*

semetipsum contradictionem ; ut ne fatigemini, animis vestris deficientes (1). Reparád bien en esta expresion : *Recogitate :* que es lo mismo que si les dijera : pensád y repensád en aquel que padeció una tan gran contradiccion de parte de los pecadores, para que no desmayéis ni perdáis el ánimo en medio de los males que padecéis. Bien entendido, que san Pablo quiere que pensemos en la muerte del Señor, no algunas horas ó algunos dias, sino que perseveremos en esta ocupacion hasta la última venida de Jesucristo : *Mortem Domini annuntiabitis, donec veniat* (2). Y este término comprende todos los siglos de la Iglesia y todo el tiempo de nuestra vida ; porque la venida del Salvador será para nosotros al fin de nuestra vida, como al fin del mundo para toda la Iglesia. Hasta entónces deberá anunciarse la muerte de Jesucristo ; no solamente en el altar, miéntras se celebran los santos misterios, deberán meditarla los verdaderos discípulos de Jesucristo, sino tambien en secreto y en particular : *Mortem Domini anuntiabitis, etc.*

Ya pues, hermanos y hermanas mias, que la principal ocupacion de Jesucristo sobre la tierra fué pensar en la cruel muerte á que se veía condenado por nuestros pecados ; puesto que esta fué la grande devocion de la Vírgen María, de los apóstoles, de los primeros cristianos y de todos los santos varones (cuyos ejemplos no se pueden referir con brevedad), porque todos hacian profesion de decir con san Pablo : *In fide vivo Filii Dei, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me* (3) ; en una palabra, ya que toda la Iglesia hace de la pasion de su Salvador el principal objeto de su piedad, de su amor y de su reconocimiento para con Dios ; pensemos en ella y conformémonos con una práctica tan santa. Es la devocion mas agradable á Dios, como acabáis de oir ; pero añado aún, que es la mas útil para nuestra salvacion.

No hay cosa mas ventajosa para nosotros que meditar en la pasion del Salvador : este es el remedio general para todas nuestras llagas, y el mas propio para curarlas : este es el medio mas eficaz para apartarnos del pecado é inclinarnos á la práctica de la virtud.

Léese en el libro de los Números (4), que habiendo murmurado los israelitas en el Desierto contra el Señor y su siervo

(1) *Ad hebr. c. 12. v. 3.* (2) I. *Ad cor. c. 11. v. 26.*
(3) *Galat. c. 2. v. 20.* (4) *Num. c. 21.*

Moises, irritado Dios contra estos rebeldes, envió unas serpientes de fuego para castigarlos: *Ignitos serpentes;* es decir, como la misma Escritura lo explica en otra parte, unas serpientes cuya mordedura abrasaba como el fuego; lo cual causó una tan gran desolacion en aquel pueblo, que hasta los mas sediciosos trocaron sus quejas y murmuraciones en oraciones y lamentos, y vinieron á reconocer su pecado delante de Moises. Le suplicaron encarecidamente tuviese piedad de ellos é hiciese cesar esta plaga. Moises presenta humildemente sus súplicas delante de Dios, que condescendiendo con la peticion de este santo hombre, le manda hagan una serpiente de bronce, y que la ponga por señal en lo alto de un estandarte, asegurándole, que los que habian sido heridos, sanarian solo con mirarla; lo cual sucedió así como lo advierte la Escritura: *Quem cum percussi aspicerent, sanabantur* (1). No son los intérpretes de la Escritura, el mismo Jesucristo es quien ha explicado de sí y de su cruz esta escelente figura, la cual fué una profecía visible quince siglos ántes de su muerte. Como Moises, dice Jesucristo, levantó en el Desierto la serpiente de bronce, así conviene que el Hijo del hombre sea elevado, para que cualquiera que crea en él, no perezca, sino que goce una vida eterna: *Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltari oportet Filium homnis; ut omnis, qui credit in ipsum, non pereat, sed habeat vitam æternam* (2). ¿Qué significa, pregunta san Agustin (3), la serpiente de bronce elevada? Y responde: á Jesucristo muerto y elevado en la cruz: *Quis est serpens exaltatus? Mors Domini in cruce.* Pues así como los que miraban la serpiente de bronce elevada en el Desierto, sanaban de las mordeduras emponzoñadas de las serpientes, asimismo los que consideran con fe y con piedad á Jesucristo crucificado, sanan de la mordedura de la serpiente infernal y de la peligrosa llaga del pecado. *Quomodo qui intuebantur illum serpentem, non peribant morsibus serpentum, sic qui intuentur fide mortem Christi, sanantur à morsibus peccatorum* (4).

En efecto no hay vicio para el cual no encontremos remedio en la consideracion de un Dios que padece por nosotros. ¿Cómo se curará la impureza, que no halla remedio en los crueles azotes que este Hombre-Dios, hecho un hombre de dolor, padeció

(1) *Num. c. 21. v. 9.* (2) *Joan. c. 3. v. 14 et 15.*
(3) *Aug. tract. 12. in Joan., num. 12.* (4) *Aug. ibid.*

para expiar la sensualidad del pecador? ¿Cómo se curará la avaricia, que no halla remedio en la extrema pobreza del hijo de Dios, que muere desnudo sobre una cruz? ¿Cómo se curará la ira, si no hay remedio para ella en la infinita paciencia de Jesucristo, que guarda un profundo silencio, aún cuando le cargan de injurias y le acusan tan injustamente? *Jesus autem tacebat* (1). ¿Cómo se curará la venganza, si no alcanza para su remedio la caridad del Salvador, que ruega por sus verdugos y que pide perdon á su Padre eterno para los mismos que le crucifican? *Pater, dimitte illis.* En una palabra, no hay remedio semejante á este para curar nuestras pasiones y retraernos de los vicios. *Hæc medicina hominum tanta est*, prosigue san Agustin, *quanta potest cogitari.* Pecadores, aunque tuvieseis un corazon de piedra, la meditacion de la muerte de Jesucristo seria capaz de ablandarlo. ¿Qué, seréis acaso mas insensibles que los judios? Pues oíd lo que el Señor dice por el profeta Zacarías (2): *Yo derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalen un espíritu de gracia y oracion: entónces pondrán los ojos en mí, despues de haberme crucificado, llorando con lágrimas y suspiros al mismo que ellos habian muerto, como se llora á un hijo único; y estarán penetrados de dolor á la manera que una madre siente la muerte de su hijo primogénito.* Esta profecía se cumplió en los judíos que se convirtieron el dia de Pentecostes. ¿Pues por qué no habrá de tener el mismo efecto en vosotros? Vosotros no sois ménos culpables que ellos, pues habéis crucificado de nuevo á Jesucristo con vuestros pecados. Hacéd, que vuestra única ocupacion sea pedir misericordia á los piés de un Crucifijo; que vuestra estancia sea junto á la cruz con María la pecadora, ó por mejor decir, con María la penitente, para que merezcáis ser teñidos y lavados con la sangre preciosa que fué derramada en remision de nuestros pecados. Este santo ejercicio no solo os alejará del vicio, sino que os acercará á la práctica de la virtud.

Á esto aludia Jesucristo cuando, con motivo de hablar de su muerte, dijo: si yo fuere levantado en la cruz, todo lo traeré á mí: *Et ego, si exaltatus fuero, omnia traham ad meipsum* (3). Sí, Señor, exclama san Leon sobre estas palabras (4); todo lo habéis traido á vos por vuestra muerte: *Traxisti, Domine, om-*

(1) *Matth. c. 26. v. 63.* (2) *Zach. c. 12. v. 14.* (3) *Joan. c. 12. v. 32.*
(4) *Leon. Serm. 8 de Pas. Dom.*

nia ad te. Habéis traído al judío, al gentil, al griego, al bárbaro, al sabio y al ignorante. Por vuestra cruz habéis traído las naciones al conocimiento del Evangelio y los corazones al amor de la virtud: *Traxisti, etc.* Desde lo alto de esta cruz, como desde un púlpito, nos exhortáis á todos á que seamos santos; y nosotros considerándoos en ella, hallamos todo lo que se necesita para serlo. Esta consideracion, dice san Agustin, nos enseña á despreciar las cosas de este mundo, porque si merecieran ser amadas, las hubiera amado el Hijo de Dios hecho hombre por nosotros: *Quia si bene amarentur amaret ea homo, quem suscepit Filius Dei* (1). Nos enseña á no temer las afrentas, las persecuciones, ni la muerte misma, porque si todas estas cosas fuesen nocivas al hombre, no las hubiera padecido el Hijo de Dios, hecho hombre por nosotros: *Quia si nocerent homini, non ea pateretur homo, quem suscepit Filius Dei*. En una palabra, la cruz de Jesucristo, prosigue san Agustin, nos predica todas las virtudes: *Hæc omnis hortatio*. ¿Qué pobre enfermo ó cualquiera otro hombre afligido osará quejarse, si compara sus males con los que padeció Jesucristo? Entónces verá que por mucho que haya padecido, le falta aún mucho que padecer para igualar los tormentos de Jesucristo: *Multa adhuc, quamvis multa pertulerit, restabunt:* dice san Gregorio Nazianzeno (2). ¿En dónde están las salivas, los azotes, el vinagre, la hiel, la corona de espinas, los ultrajes, los clavos, la cruz? ¿Qué cristiano habrá, que pensando en todo esto, no se halle aún muy distante de este divino modelo? Todo desapareceria á presencia de la cruz, si los hombres la tuvieran tan presente en espíritu como la deben tener. Pero el mal está en que casi nadie hace reflexion sobre esto: *Desolatione desolata est terra; quia nullus est, qui recogitet corde* (3). ¿Y no es la mayor ingratitud olvidarnos como nos olvidamos de lo que Jesucristo padeció por nosotros? Por nosotros fué crucificado entre dos ladrones, y en medio de sus mortales dolores solo pensaba en nosotros, pues se ofreció á la muerte mas cruel por librarnos de la eterna y merecernos una vida bienaventurada; y con todo eso ¿quién es el que piensa y se ocupa en estas cosas, y hace de ellas su meditacion ordinaria? *Ecce moritur justus, et non est qui recogitet in corde suo*. Ay, Señor! ¿quién podrá decir en qué se ocupan

(1) *Aug. ibid.* (2) *Nazian. Or.* 28. (3) *Jer.* c. 12. *v.* 11.

los hombres sobre la tierra? Digámoslo en una palabra: en todo ménos en vos; y en conclusion, añadamos, que la mayor parte solo piensa en lo que os pueda desagradar, ofender y crucificaros de nuevo. Cristianos, no llevemos tan léjos nuestra ingratitud, acordémonos de un Dios crucificado por nosotros.

Christo igitur passo in carne, et vos eadem cogitatione armamini (1). Habiendo padecido tanto por nosotros Jesucristo, nuestra cabeza, nuestro Señor y nuestro Dios, armáos con este pensamiento, nos dice san Pedro, armáos en todo tiempo y en todo lugar en el trabajo y en el descanso, al levantaros y al acostaros, en el camino y en casa: no perdáis jamas de vista los tormentos de Jesucristo. ¡Oh feliz, y mil veces feliz, dice san Gerónimo, aquel que viviendo en la fe del Hijo de Dios, se ocupa continuamente en este pensamiento: ¡yo vivo en la fe de Jesucristo, que me ha amado y se ha ofrecido á morir por mi! Si acaso las ocupaciones y necesidades de esta vida no os permiten emplear todo el tiempo que quisierais en este santo ejercicio, empleád á lo ménos un cuarto de hora cada dia. Mas ay! ¡cuán poco es un cuarto de hora para meditar el gran misterio de nuestra redencion! No obstante me atrevo á decir que este breve cuarto de hora bien empleado, podrá bastar para hacernos fieles compañeros de la pasion del Salvador, y para merecernos la gracia de llegar algun dia á acompañarle en su gloria. Esta os deseo, etc.

(1) I. *Petr.* c. 4. *v.* 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE

EL INFELIZ ESTADO

DE LOS QUE SE HAN HECHO VOLUNTARIAMENTE CIEGOS.

PARA EL DOMINGO DE QUINCUAGÉSIMA.

(DE ARMAÑÁ.)

Cœcus quidam sedebat secus viam.
Estaba un ciego sentado cerca del camino.
S. Lúcas, c. 18. v. 35.

Un pobre ciego nos propone hoy el santo Evangelio, y en su ceguedad nos acuerda una de las mayores miserias del hombre, porque realmente ¿qué mayor miseria que haber de vivir en una oscura y perpetua noche? ¿Qué gozo puedo tener, decia el ciego Tobías (1), cuando me hallo cubierto de tinieblas, que no me dejan ver la luz del cielo? Con ser tan grande la miseria de la ceguedad corporal, es tanto mayor la de la ceguedad espiritual, cuanto va del cuerpo al alma, y del sentido de los ojos al entendimiento. Esta lastimosa miseria nos dejó entre otras por herencia nuestro primer padre. Habia Dios ilustrado su alma con la luz necesaria para contemplar á su Criador, conocer el alto fin á que le habia destinado, y los medios que debia practicar para conseguirlo; habia infundido en su entendimiento las ciencias que mas le convenian para el recto gobierno de sí mismo y de los hijos; pero desvanecido su corazon, con las sugestiones malignas de la serpiente infernal (2) y de la propia

(1) *Quale gaudium mihi erit, qui in tenebris sedeo, et lumen cœli non video?* Tob. c. 5. v. 12.
(2) *Eritis sicut Dii, scientes bonum et malum.* Gen. c. 3. v. 5.

mujer, no se contentó con las ciencias que Dios le habia dado, sino que aspiró soberbio á la ciencia propia del mismo Dios. En justa pena de su soberbia quedó su entendimiento en gran parte oscurecido, y toda la naturaleza humana, inficionada con la culpa de su cabeza, quedó envuelta en las tinieblas de una profunda ignorancia.

¡Qué ignorancia mas profunda, que la de los descendientes de Adan al entrar en este mundo! Si contemplamos á un niño en los primeros pasos de su vida, nos parecerá mas un tronco que un hombre: tan sumamente torpe, que ni aún goza entónces aquel tosco conocimiento que tienen los irracionales mas brutos: prueba manifiesta, dice mi padre san Agustin (1), de un gran pecado, que inficionando toda la naturaleza, dejó abatida la parte mas noble del hombre; y ciertamente no seria conforme á las disposiciones suaves de la divina Providencia, que sin haber precedido un gran pecado, el hombre, obra la mas excelente de sus manos, en quien imprimió el sello de su imágen y á cuyo imperio sujetó todos los vivientes, viniese al mundo mas incapaz y rudo que los mismos animales, criados para prestarle vasallaje.

Las tinieblas profundísimas de la ignorancia, con que nacemos todos los hijos de Adan, se van disipando con la edad, al paso que va creciendo el uso de la razon. Á esta luz natural se nos añade por especial beneficio la de la fe, que nos muestra la bienaventuranza eterna para la cual somos criados, los medios necesarios para conseguir tan dichoso fin, las verdades mas sublimes, mas importantes, mas dignas del conocimiento humano. ¡Feliz el hombre, si sabe aprovecharse de estas luces! Pero mal avenido con su verdadera dicha, en vez de contemplarlas atentamente y seguirlas con todo su afecto, cierra muchas veces los ojos para no verlas: así el que fué ciego por naturaleza, se hace ciego por voluntad ó por antojo. Veis aquí, amados oyentes, la ceguedad mas funesta, la mas deplorable miseria de los hijos de Adan, que quiero exponer hoy á vuestra consideracion, para excitar en vuestros corazones todo el horror que merece. Será pues todo el objeto de mi discurso el infeliz estado de los que se han hecho voluntariamente ciegos. Pidamos la divina asistencia por intercesion de aquella Vírgen admira-

(1) *Aug. de civ. Dei. l. 22. c. 22.*

ble, que mereció ser estrella resplandeciente del mundo; saludándola devotos con el *Ave María*.

Aquellos infelices libertinos, que, segun los pinta el libro de la Sabiduría, pasaron su vida procurando en todo satisfacer sus apetitos, luego que llegaron al término fatal de su carrera, desengañados con el escarmiento, confesaron abiertamente (1), que habian errado el camino de la verdadera dicha; pero poseídos aún del antiguo espíritu de soberbia, ya que no podian disimular su gravísimo error, quisieron disculparlo con la falta de luz. Fué tanta, decian, nuestra desgracia, que para nosotros no amaneció la luz de la razon, que pudiera librarnos de los peligros del mundo y guiarnos por el camino seguro de la verdadera felicidad (2): *Justitiæ lumen non illuxit nobis, et sol intelligentiæ non ortus est nobis.* Miserable disculpa! La luz de la razon es como la del sol, que para todos nace y á todos alumbra, si no apartan los ojos de su resplandor. La divina Sabiduría, fuente inagotable de luz, alumbra, dice san Juan (3), á todos los hombres que vienen al mundo. En el interior del hombre ha encendido el Criador una antorcha resplandeciente, que siempre arde: tal vez, dice Tertuliano, puede nuestra malicia ofuscarla; pero apagarla no puede. Ella nos muestra la verdad, nos descubre los engaños, nos declara lo que es bueno y lo que es malo, lo que debemos hacer ó evitar, para ser verdaderamente felices. Pero aquellos desdichados, como todos sus imitadores, cerraron los ojos para no ver lo que les manifestaba con bastante claridad; amaron mas (4) las tinieblas que la luz; les era dulce su error; el mismo engaño, que debian abominar, les era mui agradable, porque favorecia sus perversas inclinaciones. Estas fueron las que cegaron su entendimiento, para que no pudieran ver lo que mas les importaba: erraron realmente, dice el Sabio, porque los cegó su propia malicia (5): *Hæc cogitaverunt et erraverunt; excæcavit enim illos malitia eorum.* Les cuadra bien lo que refiere Séneca de una

(1) *Erravimus á via veritatis.* Sap. c. 5. v. 6.
(2) *Sap. ibid.*
(3) *Erat lux vera quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* Joan. c. 1. v. 9
(4) *Dilexerunt homines magis tenebras quam lucem.* Joan. c. 3. v. 19.
(5) *Sap. c. 2. v. 21.*

criada, que siendo ciega, se quejaba siempre de la falta de luz, diciendo, que no podia ver ni lo que hacia, ni dónde habia de poner los piés, porque la casa que habitaba, era mui oscura. No, exclama Séneca (1), no es la falta de luz la que al hombre le priva del necesario conocimiento de la verdad, sino la fuerza de las pasiones, que le tienen ciego. De qué le sirve á un ciego la luz del sol? Por mas clara y resplandeciente que sea, siempre andará en tinieblas.

La luz del Evangelio, dice san Pablo (2), con ser clarísima, de nada sirve á los que temerariamente quieren perderse, porque el dios de este mundo ha cegado sus entendimientos y corazones, de modo que no puedan verla. ¿Sabéis, oyentes carísimos, quién es el dios de este mundo que así ciega el entendimiento humano? Es, dice santo Tomas (3), el objeto de los apetitos desordenados; las honras mundanas, las riquezas terrenas, las pompas y vanidades, los placeres y deleites carnales: estos son los dioses de este mundo, estos los ídolos que el mundo adora, y á quienes los mundanos consagran sus deseos, sus cuidados y sus corazones; estos los que arrastran el afecto y excitan las vehementes pasiones con que se ciega el entendimiento, para que no vea el hombre la luz de la verdad, que pudiera dirigir sus pasos por el camino seguro de la dicha eterna: *Deus hujus sæculi excæcavit mentes infidelium.*

Un hombre dominado de una pasion es como un caballo desbocado, que arrojando al jinete que le guiaba, corre sin tino y sin freno por donde le lleva su ciego furor: no ve los embarazos de su carrera, por grandes que sean; no repara dónde pone los piés; no advierte los peligros y derrumbaderos; anda y corre tan ciego, que se ve precipitado ántes que haya visto el precipicio. Tal es la furia del hombre arrastrado de una pasion vehemente: ya no se deja guiar por la razon; ya no atiende á consejos, avisos, desengaños, ni á las mas graves leyes; ya no repara en el dispendio de su familia, de su salud ni de su propio decoro; ya no ve los peligros y precipicios que le rodean; ya no se acuerda de su alma, ni del mismo Dios: en fin ya no hacen impresion en su pecho las voces de gloria, infierno,

(1) *Sen. Ep.* 51.
(2) *Deus hujus sæculi excæcavit mentes infidelium, ut non fulgeat illis illuminatio Evangelii.* II. Cor. c. 4. v. 3.
(3) *Thom. ibi.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eternidad: así á ojos cerrados corre furioso y se precipita en el profundo abismo de su eterna miseria; cumpliéndose á la letra la sentencia de Salomon (1), que semejantes hombres andan á oscuras, sin ver ni el camino por donde pasan, ni el término á donde han de parar.

Con ser David tan sabio y tan ilustrado, una vez que se dejó dominar de una pasion, de tal suerte se oscureció su entendimiento, que, segun confiesa él mismo, absolutamente no veía, como si hubiera cegado (2): *Comprehenderunt me iniquitates meæ, et non potui ut viderem.* En efecto despues que se encendió en el pecho de aquel gran monarca la torpe llama del amor de Betsabé, preguntádle, ¿si se acuerda de la divina ley que ántes meditaba dia y noche; de los divinos beneficios que tenia tan altamente grabados en su corazon; del severísimo juício de Dios que solia traerle siempre desvelado, y siempre temeroso? Preguntádle, ¿si tiene presente su honor, su alto carácter, la mancha feísima que va á poner en su real púrpura? ¿si considera los gravísimos daños á que expondrá, no solo su persona, sino todo el reino, con una serie de acciones injustas, indecentes, abominables, que al cabo se han de publicar; y cuando pueda con toda su arte ocultarlas al mundo, serán patentes á los ojos de Dios, y pedirán justicia en su divino tribunal, que él mismo suele ponderar severísimo? ¿si advierte las injurias atroces que hace al vasallo mas fiel, al mas noble capitan de su ejército, que nada respira sino amor y servicio de su rey? En nada de esto piensa, nada le ocurre, nada ve, porque el furor de su pasion le ha cerrado los ojos: *Comprehenderunt me iniquitates meæ et non potui ut viderem.*

Tanta fué la ceguedad interior de un David, y tanta es, amados oyentes, la de todos los que se dejan dominar, como él, de una pasion vehemente. Herederos de la miseria de nuestros primeros padres, los imitan con especialidad en este punto. Moises nos dice, que Adan y Eva despues de haber pecado, abrieron los ojos (3): *Aperti sunt oculi amborum.* Luego los tuvieron cerrados para pecar? Sí, su soberbia les habia cerrado los ojos, para que no vieran lo mucho que debian al Criador, la gravísima ofensa que le hacian quebrantando su expreso precepto, las penas á que se exponian con su inobediencia; y ciertamente solo con esta ceguedad podian arrojarse á tan enorme atentado. Abrieron los ojos: *Aperti sunt oculi amborum;* pero cuándo? cuando se los hizo abrir el escarmiento; cuando su gran miseria los hizo cuerdos. ¡Oh, cuánto mejor les hubiera sido abrirlos ántes, para ver y considerar atentamente lo que tanto les importaba! Pero en fin no fué poca dicha que los abrieran despues, para ver y llorar amargamente su desgracia.

(1) *Viæ impiorum tenebrosæ: nesciunt ubi corruant.* Prov. c. 4. v. 16.
(2) *Psalm.* 39. *v.* 13. *Qui premit ut non videamus? Nonne iniquitas?* Aug. ibi.
(3) *Gen.* c. 3. *v.* 7.

Mas larga suele ser la ceguedad de sus hijos. Las pasiones que llegan á cegarlos, para precipitarse al abismo de la maldad, suelen tenerlos despues igualmente ciegos, para que no vean el infeliz estado en que se hallan: así en vez de llorar su miseria, viven en ella tan contentos y alegres, como si se hallasen en el estado mas feliz: semejantes á los que deliran alegremente, los cuales con mucho gozo celebran su buena suerte, cuando se hallan mas postrados de una enfermedad mortal. Ah! si alguna vez abrieran los ojos para ver el triste estado á que se hallan reducidos esos miserables apasionados, ¡cómo se trocaria su inmodesta risa en llanto y su afectado gozo en la mayor amargura! Aquel jóven disoluto, que vive tan contento, porque goza todos los placeres del mundo, sin negar á sus apetitos y sentidos nada de lo que desean; veria que su libertinaje le ha hecho vil esclavo de sus pasiones; que con ellas disipa, cual otro Hijo pródigo, su patrimonio, pierde su fama, gasta su salud, abrevia su vida, se acarrea mil disgustos; y léjos de adquirirse la estimacion universal, que su vanidad anhela, es la fábula y el oprobio, no solo de los mas juiciosos, sino aún de sus mismos compañeros, que si bien le alaban exteriormente por adulacion ó por su interés, le abominan en su interior. Aquella mujer vana, que tanto se complace con el continuo trato de sus locos amantes, con el aplauso de sus trajes profanos, con los viles inciensos que le tributan los que son tan ciegos como ella; si abriera los ojos, veria grabada en su frente la mas vergonzosa ignominia; veria que su nombre y su honra anda con vilipendio en la boca de todo el pueblo; veria que verdaderamente no es mas que un ídolo, tan lleno de vanidad, como destituído de sustancia, y que los mismos inciensos que tan vanamente recibe, hacen patente al mundo su liviandad. ¿Qué miserias, qué

vileza, qué abominables brutalidades no verian, si fueran capaces de verse á sí mismos, el usurero, el jugador, el iracundo, el entregado á los excesos de la gula y del vino? En fin todos los que están dominados de sus pasiones, verian que arrastran las pesadas cadenas de una vilísima esclavitud bajo el duro imperio de Satanas y de sus propios apetitos; que se hallan privados del mayor bien, que es la gracia y amistad del Señor; desterrados de su reino y de la patria celestial; destinados, segun su mérito, á los tormentos eternos: verian levantada sobre su cabeza la espada de la divina justicia, para castigar su obstinada maldad, abierto el infierno para tragarlos, y que para su eterna infelicidad no les falta mas que un paso, y este tan fácil y contingente, cuanto es endeble el hilo de la vida que los mantiene. ¿Cuál seria su confusion, cuánto el horror de sí mismos, si llegasen á verse con tanta miseria? Pero no se ven, no se conocen; y esta es la miseria mayor que los hace mas dignos de lástima.

Su ceguedad se me figura como la del rey Nabuco, cuando por justo castigo de Dios, privado de su trono, de su palacio, de su corte y de todo trato humano, fué arrojado al lugar de las fieras, para vivir con ellas y como ellas; verificándose con toda propiedad en aquel monarca infeliz la sentencia del Salmista (1), que *de la mas alta cumbre del honor cayó á la vileza del irracional mas torpe.* ¿Qué mayor miseria, no digo para un monarca, mas aún para el plebeyo mas humilde, que vivir entre brutos, con el mismo pasto, con el mismo vestido, con los mismos movimientos, y por decirlo en una palabra, con todas las demostraciones de un bruto? Así vivió siete años Nabuco, sin que sepamos por la sagrada Historia, que su tristísima suerte le causase horror, ni le hiciera la mas leve impresion en tanto tiempo; solo al cabo de siete años empezó á lamentarse de su miserable estado, é implorar la divina misericordia, porque solo entónces recobró el conocimiento, con que pudo verse á sí mismo y conocer su infelicidad (2): *Sensus meus redditus est mihi.* Esta era la mayor miseria de aquel rey, no ver ni conocer su asombroso abatimiento; vivir en él tan satisfecho, como si estuviera en su trono, gozando todos los placeres, los obsequios, los honores de su soberanía.

(1) *Psalm.* 48. v. 13. (2) *Dan.* c. 4, v. 31

Y veis aquí, amados oyentes, la suma miseria de los pecadores endurecidos con la fuerza de sus pasiones: despues de haber cerrado los ojos para precipitarse ciegos y furiosos á un abismo de males, los tienen mas cerrados para no ver su infelicidad. Por esto léjos de llorarla como deben, y de procurar con todo su conato salir de ella, muestran tanto placer y viven tan satisfechos, como si se hallasen en la region propia de la dicha. ¡Ó ciegos infelicísimos, exclama mi P. san Agustin: ó ciegos, tanto mas miserables, cuanto ménos podéis ver y conocer vuestra miseria! Ó ceguedad verdaderamente lastimosa! ó severo castigo de Dios, tan justo como terrible! Ingratos á los divinos beneficios, despreciasteis las luces del cielo, que os guiaban por el verdadero camino de vuestra dicha. La divina misericordia, ya con ilustraciones interiores, ya con serios avisos de sus fieles ministros, os ha hecho ver muchas veces la fuerza de vuestras pasiones que os arrastraban, la fealdad de los vicios, de que os dejabais dominar, los peligros gravísimos en que se hallaban vuestras almas; pero mas amantes vosotros de las tinieblas que de la luz, apartasteis los ojos de las luces celestiales, que os conducian á la felicidad eterna, para gozar, con mas libertad ó con mas desenfreno, los bienes terrenos y los gustos momentáneos que halagaban vuestros apetitos. En pena pues de vuestra ingratitud justísimamente permite ahora el Señor esa ceguedad horrenda, que os tiene como sumergidos en las mas profundas tinieblas, sin veros á vosotros mismos, ni el estado infelicisimo en que os halláis. ¡Oh, si por un momento se os abrieran los ojos del alma, que pudieron cerrar la fuerza de vuestras pasiones y la dureza de vuestro corazon, cuán otras serian vuestras demostraciones! cuán distintos vuestros afectos! ¡cómo se mudaria vuestra risa inmodesta en amargo llanto, vuestra vana satisfaccion en susto y horror! Experimentariais igual asombro, y aún mayor, que el que experimentó la tropa de Siria, cuando á ruegos del profeta Eliseo le abrió Dios los ojos, que por justo castigo les tenia cerrados, para que no viesen dónde se hallaban, ni á dónde iban (1). Habiendo andado aquellos soldados algun tiempo así descaminados, alejándose de sus tierras y de su ejército, cuando pensaban acercarse mas; llegaron finalmente á Samaria, país propio de sus enemigos, y

(1) IV. *Reg.* c. 6.

se hallaron rodeados de todo el ejército contrario. Para su desengaño y escarmiento, ruega el profeta Eliseo á Dios que les abra los ojos: ábreselos el Señor efectivamente, y ven luego y tocan por sí mismos su fatal error. ¿Quién será capaz de ponderar el asombro, el horror, las mortales congojas de aquellas gentes al verse de improviso en un país y estado tan distinto del que se imaginaban? En vez de paisanos y fieles compañeros, con quienes pensaban estar, se ven cercados por todas partes de un formidable ejército, con quien estaban en guerra; en vez de la seguridad y defensa de que se lisonjeaban, ven sobre sus cabezas las espadas de sus mayores contrarios, que iban á descargar sobre ellos el golpe fatal: en fin, cuando se imaginaban léjos de todo peligro, ven sus vidas expuestas á ser por instantes funestas víctimas del furor de sus fieros enemigos, que tenian justamente irritados; y efectivamente hubieran perecido luego, si la compasion caritativa del santo profeta no hubiera excitado la del rey de Israel y de su tropa. ¡Oh, si los ciegos, de quienes hablo, lograsen el beneficio de que se les abrieran, siquiera por algun instante, los ojos del alma, como se abrieron á aquellos los del cuerpo, con cuánta mas razon quedarian sorprendidos de asombro y de horror, al ver su estado tan distinto de lo que imaginan; al verse, digo, en la mas deplorable miseria, cuando se tienen por los mas felices de este mundo! ¡cómo llorarian, á no ser insensatos, su suerte, que acaso celebran por la mas dichosa!

Si en algun tiempo se padece tan deplorable ceguedad, sin duda es en estos dias, en que reina con tal despotismo el príncipe de las tinieblas, que parece hallarse cubierta de ellas la tierra, como en otro tiempo se cubrió tres dias la region infeliz de Egipto (1); en estos dias, tan tristes para los que conservan verdaderos sentimientos de cristiana piedad, como plausibles para los amantes de la relajacion; en estos dias en que anda el mundo tan revuelto y confuso, que apénas se distingue el pueblo cristiano del gentil; en estos dias, en que se manifiesta el libertinaje tan triunfante y orgulloso, que gime como amedrentada y oprimida la verdadera piedad, y no se atreve á parecer en público la modestia. Cuando debieran estos dias, por ser inmediatos á la santa cuaresma, inspirarnos especial recogimiento y devocion, es tanta, no sé si diga la ceguedad, ó la locura de muchos cristianos, que se disponen para el sagrado retiro con la mas desenfrenada libertad, para la mortificacion y penitencia con una destemplanza brutal, para la santificacion de sus almas con una disolucion escandalosa. ¡Oh, quién me diera el zelo y la elocuencia del gran Basilio (1), para declamar con toda su energía contra semejante desórden! ¿Así queréis entrar al santuario para purificar vuestras almas, profanándolas con tanta torpeza en los umbrales? ¿así os preparáis para los ejercicios de la cristiana virtud, abandonándoos á los mas brutales vicios? ¿Qué tiene que ver el vicio con la virtud, las profanidades con la santificacion, la disolucion con el sagrado retiro?

(1) *Exod.* c. 10. v. 22.

Bien sé, oyentes carísimos, que la disolucion escandalosa de estos dias no es general en todo mi amado pueblo: sé que durante el tiempo de tan horrorosas tinieblas, no faltan siervos de Dios que contemplan y gozan la luz del cielo en el santo retiro, en el templo del Señor, en devotos ejercicios. Dichosas almas! verdaderamente dignas de la Religion que han profesado; de quienes podemos decir con especial elogio lo que con tanta admiracion se dice de los israelitas en el libro de la Sabiduría (2), que *gozan por singular dicha la luz mas clara, cuando se hallan los mundanos como sumergidos en las profundas tinieblas de una noche oscurísima.* Qué consuelo para mi paterno afecto! Pero cuanto me consuela el cristiano recogimiento de aquellas almas devotas, tanto me aflige la relajacion y desenfreno de otras, que andan ciegas, furiosas, olvidadas de su santa Religion y de sí mismas, arrastradas del impetuoso torrente de la mundana disolucion.

Clamemos, amados oyentes, clamemos al Señor con las palabras del profeta Eliseo, implorando su infinita misericordia, para que con la poderosa fuerza de sus auxilios abra los ojos de los ciegos amantes del mundo, de los que siguiendo á ojos cerrados las máximas mundanas, se precipitan furiosos á un abismo de males (3): *Domine, aperi oculos istorum ut videant.* Vos, ó Señor, que iluminais á todos los que acuden á vuestra divina clemencia y suspiran por la verdadera luz que necesitan; vos, que por especial beneficio, sacando del medio de las turbas al pobre ciego, de quien nos habla el santo Evangelio, y poniéndo-

(1) *Basil. Hom.* 2. *de jejun. n.* 7. (2) *Sap.* c. 17. v. 20, c. 18. v. 1.
(3) IV. *Reg.* c. 6. v. 20.

dole á vuestra presencia, le abristeis los ojos, le concedisteis la vista, le disteis la luz necesaria, no solo para ver las cosas del mundo, sino tambien para contemplar las verdades eternas y seguir el seguro camino de su verdadera dicha; sacád, os rogamos con el mayor encarecimiento, sacád de la confusa turba del mundano bullicio á tantos y tan miserables ciegos, que se hallan con ella en manifiesto peligro de su perdicion; acercádlos á vos, fuente perene de luz para iluminarles; concedédles la vista y la luz que necesitan, para ver sus peligros, conocer su miseria, implorar vuestros auxilios, salir con vuestro amparo de su infeliz estado, y buscar con vivas ansias el verdadero camino de su felicidad eterna.

Y vosotros, fieles mios carísimos, vosotros los que por especial favor del cielo no habéis incurrido en la ceguedad funestísima de aquellos miserables; ya que tenéis aún los ojos abiertos, considerád bien su miseria y escarmentád con ella: mirád con asombro ese confuso bullicio, que tiene cubierto de tinieblas al mundo, especialmente en estos dias; mirád con horror y aversion esas juntas sospechosas, esos bailes provocativos, esas casas de juego, esos excesos brutales, esos convites de lujo y profusion, esas escuelas de libertinaje; y, por decirlo en una palabra, mirád con horror y huíd con todo vuestro conato, esas diversiones vanas, inmodestas, indignas de cristianos, en las cuales el peligro es manifiesto, el tropiezo muy fácil, y la caída puede ser fatal é irreparable. No nos dejemos llevar en estos dias, ó cristianos, de los impulsos del apetito, de las máximas erradas del mundo, ni de las que neciamente se llaman diversiones del tiempo; sino del espíritu y sagradas leyes de nuestra santa Religion, de los avisos tan saludables como seguros de la Iglesia nuestra madre amantísima, que ya nos llama, no solo con altos clamores, sino tambien con tristes demostraciones, al retiro, á la contemplacion, á los ejercicios de piedad, á la verdadera devocion y penitencia. Sigamos constantes tan importantes avisos, y con su observancia preparemos dignamente nuestros corazones para la de la santa cuaresma, en que debemos consagrar á Dios nuestros corazones, desprendidos de los bienes, placeres y vanidades del mundo; solo solícitos de los bienes espirituales y eternos, ansiosos de la divina gracia y sumamente deseosos de la gloria celestial. Amen.

INSTRUCCION

ACERCA DE LA CEGUEDAD

QUE NOS IMPIDE VER LAS VERDADES DE LA RELIGION.

PARA EL LÚNES DESPUES DE QUINCUAGÉSIMA.

(DE COCHIN.)

Mas los apóstoles no entendieron nada de esto; esta palabra les era escondida, y no entendian lo que les decia.

S. Lúcas, c. 18. v. 34.

Jesucristo, hermanos mios, sube á Jerusalen, á esa ciudad desagradecida que maltrata á los enviados del Señor y da muerte á sus profetas; á esa ciudad, que dentro de pocos dias pondrá sus manos sacrílegas sobre el Hijo primogénito del Padre de familias. Jesucristo está perfectamente instruído de los designios perniciosos que se forman en ella para perderle: sabe que le espera una muerte inevitable; que la sinagoga se prepara para inmolarle á su furor y sus zelos, y que ya se buscan en el sanhedrin todos los medios de apoderarse de él. Conoce hasta los mas secretos pensamientos de su corazon, y no se le oculta nada de la traicion que se forma, ni las mas pequeñas circunstancias de los sucesos que deben preceder y acompañar á su suplicio. En el camino habla á los apóstoles de todas estas cosas, sin olvidar los ultrajes y los oprobios que le esperan. Estos conocimientos parece que deberian inspirarle un vivo deseo de venganza y la mayor indignacion contra este pueblo delincuente; pero sin embargo camina á Jerusalen con disposiciones de dulzura y de paz, y en la curacion del ciego de Jericó deja nuevos testimonios de su ternura y de su bondad. Y derramando siempre los bienes á manos llenas, ¿no tendrá facultad para preguntar á sus jueces y á sus verdugos, por cuál

dole á vuestra presencia, le abristeis los ojos, le concedisteis la vista, le disteis la luz necesaria, no solo para ver las cosas del mundo, sino tambien para contemplar las verdades eternas y seguir el seguro camino de su verdadera dicha; sacád, os rogamos con el mayor encarecimiento, sacád de la confusa turba del mundano bullicio á tantos y tan miserables ciegos, que se hallan con ella en manifiesto peligro de su perdicion; acercádlos á vos, fuente perene de luz para iluminarles; concedédles la vista y la luz que necesitan, para ver sus peligros, conocer su miseria, implorar vuestros auxilios, salir con vuestro amparo de su infeliz estado, y buscar con vivas ansias el verdadero camino de su felicidad eterna.

Y vosotros, fieles mios carísimos, vosotros los que por especial favor del cielo no habéis incurrido en la ceguedad funestísima de aquellos miserables; ya que tenéis aún los ojos abiertos, considerád bien su miseria y escarmentád con ella: mirád con asombro ese confuso bullicio, que tiene cubierto de tinieblas al mundo, especialmente en estos dias; mirád con horror y aversion esas juntas sospechosas, esos bailes provocativos, esas casas de juego, esos excesos brutales, esos convites de lujo y profusion, esas escuelas de libertinaje; y, por decirlo en una palabra, mirád con horror y huíd con todo vuestro conato, esas diversiones vanas, inmodestas, indignas de cristianos, en las cuales el peligro es manifiesto, el tropiezo muy fácil, y la caída puede ser fatal é irreparable. No nos dejemos llevar en estos dias, ó cristianos, de los impulsos del apetito, de las máximas erradas del mundo, ni de las que neciamente se llaman diversiones del tiempo; sino del espíritu y sagradas leyes de nuestra santa Religion, de los avisos tan saludables como seguros de la Iglesia nuestra madre amantísima, que ya nos llama, no solo con altos clamores, sino tambien con tristes demostraciones, al retiro, á la contemplacion, á los ejercicios de piedad, á la verdadera devocion y penitencia. Sigamos constantes tan importantes avisos, y con su observancia preparemos dignamente nuestros corazones para la de la santa cuaresma, en que debemos consagrar á Dios nuestros corazones, desprendidos de los bienes, placeres y vanidades del mundo; solo solícitos de los bienes espirituales y eternos, ansiosos de la divina gracia y sumamente deseosos de la gloria celestial. Amen.

INSTRUCCION

ACERCA DE LA CEGUEDAD

QUE NOS IMPIDE VER LAS VERDADES DE LA RELIGION.

PARA EL LÚNES DESPUES DE QUINCUAGÉSIMA.

(DE COCHIN.)

Mas los apóstoles no entendieron nada de esto; esta palabra les era escondida, y no entendian lo que les decia.

S. Lúcas, c. 18. v. 34.

Jesucristo, hermanos mios, sube á Jerusalen, á esa ciudad desagradecida que maltrata á los enviados del Señor y da muerte á sus profetas; á esa ciudad, que dentro de pocos dias pondrá sus manos sacrílegas sobre el Hijo primogénito del Padre de familias. Jesucristo está perfectamente instruído de los designios perniciosos que se forman en ella para perderle: sabe que le espera una muerte inevitable; que la sinagoga se prepara para inmolarle á su furor y sus zelos, y que ya se buscan en el sanhedrin todos los medios de apoderarse de él. Conoce hasta los mas secretos pensamientos de su corazon, y no se le oculta nada de la traicion que se forma, ni las mas pequeñas circunstancias de los sucesos que deben preceder y acompañar á su suplicio. En el camino habla á los apóstoles de todas estas cosas, sin olvidar los ultrajes y los oprobios que le esperan. Estos conocimientos parece que deberian inspirarle un vivo deseo de venganza y la mayor indignacion contra este pueblo delincuente; pero sin embargo camina á Jerusalen con disposiciones de dulzura y de paz, y en la curacion del ciego de Jericó deja nuevos testimonios de su ternura y de su bondad. Y derramando siempre los bienes á manos llenas, ¿no tendrá facultad para preguntar á sus jueces y á sus verdugos, por cuál

de sus beneficios se le da la muerte? Esta pregunta no se limitará, hermanos mios, á esta nacion infiel : sigamos pues á Jesucristo en el camino de Jericó, y la ingratitud misma de los Judíos nos hará volver sobre nuestro propio corazon, para que condenando la insensibilidad de ese pueblo, podamos gemir sobre nuestra dureza personal. Este tiempo particularmente nos suministrará con abundancia materia de gemidos y de llantos. Los consejos de los pecadores, las asambleas de los malos se reúnen contra Jesucristo en estos dias de placer, de intemperancia y de embriaguez : las tertulias de los impíos están abiertas, y al tiempo mismo que la Iglesia se prepara para pedir á sus hijos mas recogimiento, mas penitencia y una asistencia mas frecuente á los ejercicios devotos ; el mundo presenta á sus adoradores placeres mas vivos, comidas mas delicadas y ocasiones mas peligrosas. Separémonos por tanto de los pecadores, y aprendamos en la explicacion de nuestro Evangelio el riesgo y el peligro que corremos, si nos confundimos con ellos.

Jesucristo, hermanos mios, desde el primer dia de su mision tuvo gran cuidado de instruir á sus apóstoles, y de prepararlos para los diferentes misterios que debian obrarse á su vista. Como los habia escogido simples, sin estudios, sin instruccion ni talento, habia muchos que no entendian lo que les decia; y así el Salvador, despues de haberlos instruído en público, les explicaba particularmente las parábolas de que se habia servido para fijar la atencion de sus oyentes, y les descubria los misterios del reino de Dios, teniendo presente que despues debian enseñarlos á los demas : sobre todo se aplicaba con gran cuidado á mostrarles la relacion de los sucesos de su vida mortal con los diferentes oráculos que habian anunciado su mision, y aunque en los primeros instantes de su vocacion les hablaba con aquella reserva y precaucion que correspondia, extendia sus conocimientos y sus luces á medida que ellos manifestaban su fidelidad y adhesion.

Hoy, dice el Evangelio, que tomó Jesus aparte á los doce apóstoles, y como sabia el escándalo que podia causarles la ignominia de su pasion, les hace una pintura exacta de ella, á fin de que combinando las predicciones y los sucesos, tengan un medio de afirmarse en su confianza y en su fe Vamos, les dice, á Jerusalen, y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los profetas del Hijo del hombre ; como si dijese : ya os

he dicho mas de una vez que todas las profecías se dirigen á manifestar mi mision, y he tenido cuidado de haceros notar su cumplimiento en las diferentes acciones de mi vida; pero aunque ya se han cumplido tantas, todavía queda un gran número pendiente, y así voy á Jerusalen para poner el sello á las predicciones que se han hecho del Hijo del hombre, el cual no habiendo sido enviado sino para hacer la gloria de Israel, y asegurar á Abraham, Isaac y Jacob el efecto de las promesas que habian sido el objeto de sus esperanzas, va sin embargo á verse despreciado de su pueblo, y será entregado á los gentiles para ser el objeto de su furor. ¿Qué importa que en los dias de su vida mortal no piense ni haga otra cosa que colmarle de beneficios? La sabiduría de sus palabras, la naturaleza y la multitud de sus milagros debieran haber fijado la confianza y el amor de este pueblo; pero estos ciegos, despues de haber atribuído á Belzebú los prodigios que obraba á su vista, desacreditarán su doctrina y sus discípulos, menospreciarán sus promesas y llegarán á escarnecerle en su persona : su venida no tenia otro fin que libertar á su pueblo de la esclavitud vergonzosa del demonio, para procurar á la tierra la salud, la libertad y la vida; pero sin embargo será azotado y tratado como el mas infeliz y abatido de los esclavos. Entre tanto que este pueblo se compadece de los delincuentes mas arrojados y sanguinarios; entre tanto que se buscan los medios mas eficaces para suavizar sus penas, y que se les dispensan los alivios y consuelos que solicitan; el Hijo del hombre, el Santo de Israel será tratado sin consideracion ni compasion alguna : ultrajes sangrientos, á que de ningun modo se ha hecho acreedor, se añadirán á la sentencia injusta que le condena á muerte : despues que le azoten, y que le llenen de oprobios y de humillaciones, le condenarán á la muerte mas cruel y vergonzosa; pero no tardará en probarles, que sufriendo tantos ultrajes y padeciendo tantos tormentos, es la víctima voluntaria de su obediencia ; y les convencerá de que el poder pasajero que han tenido sobre su cuerpo, les ha sido dado por el Padre celestial, para que se cumpliesen los designios que no entendian. En fin, incorruptible en el sepulcro y despues de haber gustado la muerte, resucitará al tercero dia. ¿Podia Jesucristo, hermanos mios, dar á los apóstoles una instruccion mas exacta de las circunstancias que debian acompañar su sacrificio? Sin embargo ellos no entendieron nada

de esto, y esta palabra les era escondida, y no sabian lo que les decia. ¿Sabéis acaso, cristianos, las causas porque los hombres no comprenden las cosas mas evidentes, sobre todo en materia de religion? Pues no nace de otra cosa sino de ciertos juícios errados, del mal semblante con que las miran, y de cierta disposicion interior contra ellas : si adoptan un sistema y se embeben de un pensamiento, cualquiera que sea, no hay razon ni fuerza que baste para disuadirlos. Si por desgracia forman un mal juício del prójimo, atropellan todos los respetos y cometen injusticias enormes por sostenerlo. Lo mismo acontece en los juícios favorables, aunque sean los mas injustos. Los padres deslumbrados con algunos rasgos de talento y de virtud de sus hijos, los dejan crecer en costumbres las mas viciosas y criminales. Muchos amos, seducidos por algunas buenas cualidades de un criado, se entregan á él con una confianza insensata y cierran los ojos á mil desórdenes groseros y escandalosos.

Los apóstoles se deslumbraron tambien y no entendieron el lenguaje de Jesucristo : la idea que se habian formado de él, era enteramente carnal : ellos le miraban siempre en el concepto de restaurador del reino temporal de la casa de Judá en todo su esplendor, y de tal manera estaban prevenidos de esta idea, que no tuvieron reparo alguno en pedir á Jesucristo las primeras sillas de su reino, y en disputarse entre sí la preferencia y la superioridad.

El interes es igualmente, hermanos mios, una fuente de ilusion no ménos poderosa. Muchos no entienden las cosas, porque no les conviene entenderlas : ¿de dónde nace, sino de esta causa, esa incredulidad, ese sistema insensato que ahora preocupa tantos espíritus, segun el cual se mira como un triunfo el deshacerse de las ideas importunas, que excitan en un corazon indócil las grandes verdades de la Religion? ¿De dónde proviene, repito, esa presuntuosa superioridad de ideas sobre el vulgo en esta materia? El interes, hermanos mios, es la causa de estos desórdenes : nunca llegan á creerse las verdades de la fe sin sujetarse á practicar su moral, ó sin experimentar los remordimientos mas crueles, si se desprecian. El camino mas corto en este caso es el de ponerlas en duda, como lo hacen los impíos del dia. Los apóstoles, segun la poca inteligencia que manifiestan, no dejan sin embargo de tener cierto interes. Si habian de dar crédito á la predicacion de Jesucristo, era preciso

renunciar las ideas lisonjeras que se habian formado de su reino, y abandonar la pretension que su ambicion les sugiere sobre sus primeras dignidades. En este caso parecia mas simple abandonarse á la incertidumbre, y no querer profundizar lo que no pueden comprender sin tristeza; pero volvamos ahora, hermanos mios, sobre nosotros. ¿No es verdad que tenemos unos mismos motivos para unirnos á Jesucristo en la práctica de la virtud? ¿no lo es tambien que los intereses temporales y humanos son los que nos mueven y nos sostienen? Yo sé muy bien que desengañados del error que cegaba á los apóstoles, tenemos de Jesucristo ideas más justas y mas claras; pero ¿no hay otros puntos en la Religion, sobre los cuales seguimos nuestras ideas y nuestro interes?

Jesucristo deja á los apóstoles en sus tinieblas, y no emprende la explicacion del misterio que les anuncia, porque todavía eran muy débiles. Por otra parte interrumpe esta triste conversacion un suceso casual en la apariencia; pero preparado en la realidad por la sabiduría de Jesucristo, para la instruccion de sus discípulos. Estaba un ciego sentado cerca del camino pidiendo limosna, y cuando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello, y le dijeron que pasaba Jesus Nazareno. Este nombre que despierta en su memoria sus prodigios, despierta tambien un sentimiento natural de interes, excita sus deseos y su confianza, y temiendo que se le escape la ocasion de hacerle presente sus necesidades, é implorar su socorro, le dijo á voces : *Jesus, hijo de David, ten misericordia de mi.* Fijemos, hermanos mios, por un momento nuestra atencion en este suceso. Este hombre era un ciego, y por consecuencia tenia necesidad de informarse de lo que no podia ver por sí : al mismo tiempo era un pobre y estaba reducido á solicitar de los pasajeros el socorro de su miseria. Este pasaje nos presenta pues el espectáculo de un pecador reducido por sus iniquidades al estado de ceguedad y de indigencia, y expuesto á perecer en el seno de su miseria, si no procura instruirse en los medios de convertirse á Dios, y no pide con instancia los socorros que pueden facilitarle esta conversion. El ciego conoce su estado, y busca el remedio mas eficaz dirigiéndose á Jesucristo. Pero ¿cuál es el éxito de su súplica? Jesucristo no responde, y los que iban delante, cansados de sus clamores, le reñian para que callase ; pero sin embargo él gritaba mucho mas :

Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí. Las amenazas y las reprensiones de los pasajeros no son bastante eficaces para entibiar su confianza y su fe. No pasemos, hermanos mios, mas adelante; y ántes de saber cómo se porta Jesucristo con este hombre, comparemos nuestras disposiciones actuales con las del ciego de Jericó, y veamos cuál es el motivo que le impele á reclamar con tanto ardor la bondad de Jesucristo; pero nos basta saber que era ciego; que por consecuencia no podia recibir alguna idea de los objetos sensibles, y que estando privado de un sentido, que ademas de ser tan necesario, nos procura tantos placeres en la vida, estaba como muerto y enteramente inútil para el servicio de los demas.

¿Pensáis, hermanos mios, que la ceguedad espiritual no produce efectos á proporcion mas deplorables? ¡Qué estado tan infeliz el de los cristianos, que viven ciegos por el pecado! Porque no ven en las verdades de la Religion sus consuelos; no disciernen en los oráculos que se les anuncian, sino un ruído confuso, y casi nunca gustan de oir hablar del espíritu de penitencia y de mortificacion: están sentados cerca del camino, es decir, continuamente expuestos á todas las tentaciones de la carne, del espíritu y del corazon: gimen en fin bajo el peso de su pobreza, sin pensar en remediarla. Los mas felices son los que saben exponer su necesidad y esperar el momento, en que se disipen las tinieblas de su miseria, en virtud de las oraciones de los justos, de los socorros de los ministros, y sobre todo de Dios y de su gracia: este es en general el estado del pecador. ¿Qué seria si yo hablase de ciertos pecadores que dominados de costumbres impuras y de delitos vergonzosos, viven en una ceguedad mas deplorable todavía, y á quienes el Espíritu santo ha querido designar en la persona del ciego de Jericó? ¡Qué triste me parece la suerte de este infeliz, hermanos mios! Los otros enfermos pueden al cabo llegar á Jesucristo: los diez leprosos van á buscarle; el centurion se postra á sus piés para pedirle la curacion de su criado; los mas impotentes y enfermos tienen á lo ménos amigos que los presenten; pero este ciego no tiene otro recurso que dar grandes voces, y aún así no puede conseguir que entre tantos que acompañan á Jesucristo, se compadezca alguno de su miseria, sino que al contrario le reprendan y le amenacen. ¿No es esto, cristianos, lo que sucede á un pecador dominado por el demonio impuro? Si quiere hacer

esfuerzos y solicitar su curacion, ¿no se rebela la carne contra él para imponerle silencio? ¿no le salen los sentidos al encuentro, para detenerle en los primeros pasos que quiere dar hácia su salvacion? ¿Ojalá que á ejemplo de este hombre del Evangelio, dominase sus pasiones, y que pudiese resistir á las solicitudes de la carne y de la sangre, y á los insultos de los pecadores! Entónces no habria cosa que pudiese impedirle el llegar á Jesucristo; y como este Señor nunca oye con indiferencia los gemidos que nacen de la humildad, suspenderia sus pasos, como lo hizo con el ciego de Jericó. Jesucristo pudiera muy bien condenar á la multitud que le seguia, así por la poca confianza que habia manifestado en su poder, como por su poca sensibilidad á vista de la miseria de este hombre; pero tuvo por mas conveniente instruirla mandando que se le trajesen. Esta conducta del Salvador nos enseña, hermanos mios, que no debemos mirar como un simple consejo, sino como un precepto la obligacion de conducir á Jesucristo á todos los que tenemos á nuestro cargo, y de traer á su rebaño á los que se descarrían de él: si viviendo en medio de los pecadores, no contribuímos á su conversion por todos aquellos medios que nos dicta la prudencia, sin duda hemos renunciado á la fe.

Pero ¿qué es lo que hizo Jesucristo, cuando estuvo cerca del ciego? Qué quieres que te haga? le dice. Esta pregunta en la boca de Jesucristo pudiera sin duda sorprenderos, si no tuvieseis ya una nocion bastante completa de su divinidad y de su poder. Que un hombre semejante á nosotros, y por consecuencia limitado en sus conocimientos, tenga necesidad de que se le expongan las miserias para aliviarlas; que un juez nunca pronuncie sobre nuestra causa, sino despues de un maduro exámen y de informaciones competentes; que un médico no ponga el remedio á nuestras enfermedades, hasta que haya estudiado y conocido su especie, sus cualidades y síntomas; todo esto está en el órden de la naturaleza, porque el hombre ignorante por su misma condicion está expuesto á errar á cada paso; pero que Jesucristo, que penetra hasta los mas íntimos secretos de nuestros corazones, y á vista de una enfermedad tan conocida y manifiesta haga semejante pregunta, es una cosa que al parecer excita nuestra admiracion. Sin embargo se desvanece al punto, si consideramos que Jesucristo, por este medio queria hacer el milagro mas sensible, y enseñarnos que no se interesará en

nuestras dolencias, miéntras que no las conozcamos y confesemos, como corresponde. Por esta causa son inútiles sin duda tantas confesiones, en las que una exposicion superficial de nuestros pecados y unas promesas vagas son los únicos testigos de la conversion y del arrepentimiento; por esto son estériles esas oraciones, tan distantes del corazon y en que el espíritu se entrega á la agitacion de los negocios, entre tanto que la boca se ocupa en pedir el remedio de nuestros males. La gracia que se consigue á fuerza de instancias, parece á nuestros ojos mas preciosa y rara, que la que se tiene á poca costa, y el reconocimiento es mas constante y mas vivo. Si bastase que el pecador llorase interiormente sus pecados y pidiese en general el perdon de ellos, ¿qué idea tendria de la grandeza de Dios, á quien ha ofendido, y de la enormidad del ultraje que le ha hecho? ¿Qué precaucion tomaria, para evitar faltas, en alguna manera mas fáciles de borrar que de cometer? Si siempre que viniese á los piés del sacerdote, supiese entrar en el espíritu de Religion que le prescribe este saludable remedio de sus dolencias, ¿no lo miraria como el preservativo mas cierto contra la recaída y el pecado? La pregunta de Jesucristo, hermanos mios, es de grande extension, y prueba la disposicion de Dios para colmar de bienes á las miserables y desprovistas criaturas. La peticion del ciego, aunque de pocas palabras, es muy conforme á las miras de misericordia de aquel á quien la dirige, y da la idea mas cabal de un hombre penetrado de sus miserias. *Señor, que vea*, respondió el ciego. ¿Cuántos cristianos, ciegos de espíritu, no saben hacerse la misma justicia que este hombre? Sin embargo todas las cosas que nos rodean, ¿no parece que están de inteligencia con nuestro corazon, para mantener las tinieblas que encubren nuestras pasiones? ¿Hay por ventura alguna materia á que no se extienda esta ceguera? Por ejemplo, muchas personas á quienes conocéis ya por la detestable costumbre de sembrar disensiones y disputas, se aprovechan de la mas pequeña desavenencia, de un momento de frialdad, de una lijera indisposicion que tenéis con el prójimo, para pintárosle con unos colores que lisonjean vuestra animosidad y os inflaman en cólera; entónces es cuando debiais decir: Señor, hacéd que yo vea toda la malignidad del delator que procura indisponerme contra mi hermano, la pureza de las intenciones de mi ofensor, y sobre todo la necesidad

que tengo de contradicciones para probar mi paciencia. Algunas buenas disposiciones que notáis con demasiada complacencia en vuestros hijos, una vivacidad de espíritu que los hace amables, aquellos dichos prontos y agudos que os embelesan, el extremado y gracioso cariño que os tienen, os hace desconocer muchísimos defectos que seria conveniente reprimir en su principio. Si algunos, ménos preocupados que vosotros, os advierten estas faltas, os irritáis de sus consejos, y muchas veces los despreciáis; entónces es cuando deberiais decir: Señor, hacéd que yo vea los disgustos que me preparo, si me descuido en destruir esas costumbres viciosas que dominan á mis hijos; las desgracias que van á caer sobre ellos, si los dejo arraigar en sus malas inclinaciones, la cuenta que habré de dar por tantas iniquidades, que en alguna manera hago personales, porque no las corto á su debido tiempo como debo. Un comercio ventajoso, un puesto lucrativo satisfacen vuestras necesidades: veis que se aumenta vuestra fortuna con una rapidez oxtraordinaria, y estáis tranquilos, porque otros muchos viven en el mismo estado con una seguridad, que al parecer justifica la inocencia de los recursos que se emplean para estos fines. Pero ¿no seria muy conveniente abandonar por algun tiempo esta seguridad, para decir á Dios: Señor, hacéd que yo vea la injusticia que quizá cometo en la adquisicion de los bienes, y los peligros que tiene su posesion; hacéd que conozca lo superfluo y lo necesario, para saber lo que debo distribuir á los pobres? Ah! hermanos mios, ¡cuál seria el efecto de una oracion hecha con tanta fe como sencillez! De seguro os conseguiria luces, que ahora son tan raras, porque no se desean ni se buscan. Jesucristo dijo al ciego: *vé, tu fe te ha salvado*; y luego vió. Notád, hermanos mios, que hay en el órden de la naturaleza curaciones de todas especies; que causan muchas inquietudes y cuidados, y muchas veces son infructuosas; pero para que Jesucristo disipe las enfermedades mas inveteradas, basta que los aflígidos y necesitados abran la boca para pedir un remedio, y que diga una sola palabra: *Sé limpio*, dice al leproso: *sál fuera*, dijo á Lázaro: *levántate*, dijo al paralítico: *vé*, dijo al ciego; é inmediatamente recobran todos estos la salud, la fuerza, la vista y la vida misma. No quiero, hermanos mios, inspiraros una estéril admiracion de estos prodigios. La confianza corresponde mucho mejor para estas disposiciones benéficas del Salvador: vosotros

tenéis llagas muy peligrosas, que son vuestros pecados; pero sin embargo no es ménos fácil su curacion que la de las enfermedades corporales. Que diga por medio del ministro de su Iglesia : sed limpios; salíd del sepulcro de las iniquidades; abríd los ojos á la luz de mi verdad; y al punto será obedecido. Pero para conseguir esta gracia, es preciso que una humilde confianza os conduzca á sus piés, y que pueda daros el testimonio que da hoy al ciego : *tu fe te ha salvado.* Es preciso que dóciles á su voz no caminéis en el camino de vuestros delitos, ni retrocedáis en los pasos que tenéis dados en el de la virtud; sino que os impongáis la obligacion de seguirle. En fin es preciso que os determine y enseñe el reconocimiento á publicar sus beneficios con la santidad de vuestras obras.

Dios mio, obrád estos prodigios en estos dias de salvacion; disponéd que suceda la luz de vuestra justicia á las tinieblas y la ceguera del pecado, y hacédnos dignos de veros en vuestra gloria. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LAS DIVERSIONES.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE QUINCUAGÉSIMA.

(DE COCHIN.)

Hermanos : caminemos como de dia, honestamente, no en glotonerías y embriagueces.

S. Pablo á los rom. c. 13. v. 13.

Es muy difícil desengañar á los hombres sobre las diversiones del siglo, y destruir la inclinacion natural que tienen á los placeres de los sentidos : un sentimiento interior les recuerda su felicidad original, y los encamina al bien que han perdido. Las diversiones y los entretenimientos del mundo les ofrecen una sobra de esta felicidad, y sin examinar ni la brevedad ni el peligro de los placeres engañosos, se dejan llevar del primer impulso de su corazon, y solo piensan ser felices, cuando pueden entregarse á ellos con toda libertad. Si se les dice con san Agustin, que estos gustos de la vida se resienten de la instabilidad de los objetos de donde nacen; que solo nos traen una satisfaccion pasajera, y que arrastran tras sí mil pesares y sentimientos; dirán que el ministro que les habla, es un preocupado, y tal vez un hipócrita; apelarán al testimonio de la mayor parte de los hombres que sacrifican en obsequio de los placeres del siglo su tiempo, sus bienes, su salud, su honra y su vida misma; y pretenderán probar que á pesar de que en el público y por el bien parecer habla de esta manera, es quizá privadamente mas sensual y disipado que los mismos á quienes quiere corregir. Hermanos mios, aunque estos razonamientos parezcan de mucha fuerza á una gran parte de los cristianos, que no profun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dizan como deben las verdades de la Religion, son en realidad solo especiosos, y la razon basta para destruirlos. Si en efecto se quisiese escuchar la razon, serian sus luces suficientes para responder á ellos. La consideracion de lo que es el hombre, la situacion del cristiano, su vocacion, su destino y su fin son motivos bastante eficaces, para poner silencio á los vanos argumentos de la concupiscencia. Una vida tan corta, tan laboriosa y tan llena de dolores, ¿se ha de conformar con los grandes placeres? ¿No somos, como dice Job, unos viajeros y peregrinos en la tierra? ¿no caminamos por sendas desiguales y estrechas? ¿Acaso podemos encontrar una ciudad permanente? Pues ¿por qué unos frívolos pasatiempos y vanos placeres nos han de retardar la entrada en la patria verdadera? ¿Podrán ellos recompensarnos de la penalidad de nuestro destierro? Si Dios, para castigar nuestra ciega inclinacion, nos condenase á no ver jamas otra cosa que el objeto perecedero que hemos escogido como el término de nuestra felicidad, ¿no experimentaríamos bien pronto con crueles disgustos, con una saciedad insoportable la severidad de esta sentencia? Este cuerpo mismo que tantas veces esclaviza nuestra alma, ¿no es el primero que con tantas enfermedades y flaquezas como padece, nos advierte que somos hechos para otro fin, y que los placeres destruyen y disgustan mucho mas que alivian y consuelan? Los filósofos del paganismo han hablado muchas veces de esta materia, y han confirmado su doctrina con muchos y singulares ejemplos; pero sin embargo á ninguno han desengañado, porque la naturaleza corrompida es del todo insuficiente para corregir nuestras inclinaciones desarregladas. Estaba reservado á Jesucristo el suministrarnos los principios de una moral confirmada con sus ejemplos, y por tanto la mas persuasiva y sólida. Es cosa muy rara ver de la manera que se quiere conciliar la cualidad augusta de cristiano con una vida disipada y de placer. Despues de haber practicado ciertas obras exteriores que exige la piedad para la edificacion del prójimo, y para conservar la nota de buen cristiano, se pasa lo restante del dia en los entretenimientos que lisonjean los sentidos y las pasiones, y no se piensa sino en destruir los principios del cristianismo, uniendo la vida cristiana con una disipacion habitual. ¿Por ventura seremos miembros del cuerpo de Jesucristo desechando el espíritu de mortificacion y de penitencia, el espíritu de oracion y recogimiento,

el espíritu de vigilancia y de circunspeccion, los cuales constituyen la esencia de la vida del cristiano, y que de ningun modo podemos conservar entre los placeres del siglo?

Sí, hermanos mios, la vida del cristiano es una vida de mortificacion y de penitencia. Jesucristo no habla sino de abnegacion y de lágrimas; los apóstoles que predicaron su doctrina, nos enseñan á crucificar la carne y circuncidar el corazon; los santos no se han santificado sino por los ayunos, la mortificacion de las pasiones y las penitencias mas rigurosas. Pero ¿no hay, me diréis, para caminar á la vida eterna otro camino mas ancho, mas cómodo y mas fácil? No, hermanos mios, los santos han tenido un corazon tan sensible como el nuestro, y han experimentado como nosotros las inclinaciones mas violentas por los placeres; muchos de ellos han llegado á reconocer por una desgraciada experiencia su falsa dulzura y el peligro que llevan consigo. Pero ¿de qué manera han pensado de todas esas satisfacciones frívolas que buscamos con tanto ardor y cuidado? La consecuencia que han deducido de tales antecedentes, es la misma que deberíamos nosotros sacar; á saber, que es imposible entregarnos á los deleites, y conservar un corazon contrito y penitente, cual conviene á un cristiano; que una vida disipada va poco á poco debilitando el deseo de la mortificacion y de las lágrimas; que entre los pasatiempos del siglo se desmiente á cada paso la santa severidad del Evangelio, para sustituir las máximas de la carne á las del espíritu. El Evangelio dice: *bienaventurados los que lloran;* pero vosotros buscando con la mayor diligencia los placeres, ponéis toda la felicidad en una loca alegría y en una excesiva disipacion. El Evangelio dice, *bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia;* pero todo vuestro afan tiene por objeto los pasatiempos criminales. El Evangelio presenta una cruz, un camino estrecho, una mortificacion continua; y vosotros no queréis cargar con esta cruz, ensancháis el camino y suavizáis la mortificacion. ¡Ah, cuán fácilmente, entregados á los placeres, olvidamos las cualidades de viajero, de desterrado, de soldado y de atleta que el apóstol san Pablo mira como caractéristicas de los discípulos de Jesucristo! ¡Con qué facilidad se pierde de vista esa patria celestial, á donde deben dirigirse todos nuestros pasos y cuidados! ¡y cómo no se piensa en otra cosa, que en mirar el valle de lá-

grimas como una ciudad permanente, donde todo es placer y diversiones!

El pueblo judío se distinguió en esto del resto de las naciones de la tierra. Jerusalen era siempre el objeto de sus pensamientos en su cautiverio, y á su patria dirigia sus suspiros; la separacion de la ciudad santa le tenia sumergido en un profundo desconsuelo; y si algunas veces los gentiles le convidaban á tomar parte en sus fiestas, ó á repetir á lo ménos algunos cánticos de los que se acostumbraban en las grandes solemnidades de Jerusalen, exclamaban estos desgraciados diciendo: ¿cómo podemos alegrarnos en una tierra extraña? Los cánticos los reservamos para dias mas felices, para tiempos en que estemos libres de la esclavitud ¿Cómo cantaremos los cánticos del Señor en tierra extraña? Así respondian los judíos en su calamidad, y pensaban que no debian permitirse el menor descanso ni alivio, viviendo entre cadenas y desterrados de su patria. La tierra en que vivimos, hermanos mios, ¿tiene mas encantos para nosotros que aquella donde gemia el pueblo de Israel? La patria á donde caminamos, ¿tiene acaso ménos atractivos que Jerusalen y su templo? Así lo da á entender una gran parte de los cristianos. ¿Qué otra cosa deberemos pensar de esa alegría, de esa disipacion, de esos placeres peligrosos á que se entregan sin precaucion alguna? Si el espíritu de penitencia no se conforma con este género de vida, el de recogimiento y oracion que Jesucristo exige de sus discípulos, ¿podrá subsistir entre las falsas alegrías del siglo? Si las distracciones y los disgustos afligen tantas veces las almas mas puras y devotas; si los cristianos mas fervorosos se ven obligados en algunas ocasiones á quejarse con el Profeta, de que su espíritu demasiado inconstante y ligero se les escapa á su pesar, y que una vez ido, ya no vuelve; si los negocios mas legítimos inquietan hasta en nuestros templos á los fieles mas recogidos y devotos; ¿cómo no han de quitar á la oracion toda su eficacia y su valor, entregándose á la disipacion y á los placeres? El Espíritu santo nos advierte continuamente que preparemos nuestra alma ántes de dirigirnos á Dios: ¿será una preparacion conveniente una vida, cuyos instantes mas preciosos están consagrados á entretenimientos equívocos, y las mas veces criminales? ¿Vuestra imaginacion siempre inquieta no viene á turbar vuestras almas hasta los piés de

los altares, presentándoos mil objetos de que os avergonzáis vosotros mismos? ¿cuáles pues son las causas de tantas distracciones? Las mas conocidas y seguras son esas mesas sensuales y abundantes que agravan vuestros espíritus; esas conversaciones sospechosas que corrompen vuestros corazones; esos juegos excesivos que turban vuestra razon, y esos desórdenes que de todas maneras alteran vuestra salud y vuestras fuerzas. La oracion es un gemido, decia san Gerónimo; y los gemidos no pueden salir sino de un corazon, que solo piensa en el objeto que desea. Pero ¿de qué están llenos los vuestros, al salir de esas casas de disipacion y de alegría? De mil palabras equívocas que habéis oido, y proferido tal vez; de mil deseos vergonzosos y desarreglados; y que sé yo, si de mil libertades peligrosas que os habéis permitido. Sin embargo os quejáis de que no podéis orar, y que no es posible fijar el espíritu: muchas veces queréis excusar vuestra disipacion, diciendo que son muy largos nuestros oficios y ceremonias; pero yo miraria siempre como un prodigio que pudieseis pasar en un instante de los placeres á la oracion, de la disipacion al recogimiento, y venir tan alegres á los piés de nuestros altares como lo estáis en el mundo. No, hermanos mios, nunca oraréis útilmente, miéntras que viváis una vida de diversion y de placer; pero no por esto dejéis de velar. La vigilancia cristiana pide pues toda la atencion del espíritu en todos los instantes de la vida, de modo que si nos abandonamos por un momento, ya estamos expuestos á perecer. Los santos Padres llaman á los momentos que empleáis en las obligaciones del siglo, momentos de embriaguez é instantes de sueño, de los cuales se aprovecha el enemigo para perderos. Entónces están abiertas todas las avenidas que se encaminan á vuestro corazon: los ojos por la indiscrecion de sus miradas; los oídos por la facilidad con que se prestan á discursos seductores, la boca por el ansia con que traga el veneno del crímen, y como dice el Sabio, entra la muerte por las ventanas.

Heródes incestuoso y sacrílego tenia en el Bautista un censor severo de sus pecados, y quizá hubiera encontrado en sus advertencias y reprensiones razones poderosas para velar y temer; pero lisonjeados sus oídos con la armonía de la música, seducidos sus ojos con danzas lascivas y criminales, se irritan sus pasiones con las delicias de una mesa suntuosa y delicada.

Ántes que se entregase á estos placeres, hubieran podido tener alguna eficacia las palabras y las advertencias del santo Precursor; pero rodeado de tantos encantos y atractivos, ¿podrá pensar en tranquilizar su conciencia, arrojando el escándalo de su casa? No, ya no tiene ojos sino para ver los hechizos y las gracias, de que hace ostentacion á su presencia la cómplice de sus desórdenes; ya no tiene oídos sino para oir la sangrienta súplica que le hace, ni corazon sino para corresponder débilmente á las violentas y desordenadas acciones con que pretende agradarle. Este príncipe, ántes de entregarse á los placeres, respetaba al Bautista; pero despues la infame Herodíades es la que á un tiempo triunfa de una justicia moribunda, de una veneracion casi apagada y de una conmiseracion espirante. Y por ventura, cristianos, ¿pensáis tener mas constancia y fidelidad que Heródes, si os entregáis á los placeres? Pues sabéd que el demonio tiene muy seguro el triunfo, si una vez gustáis del vaso de sus delicias.

Pero una moral tan dura y severa ¿no permite alguna excepcion? ¿es posible que todas las diversiones estén reprobadas en el Evangelio? ¿no habrá placeres que puedan admitirse sin peligro? ¿no será lícito buscar alguna recreacion para un cuerpo cansado del trabajo y fatigado de los negocios? — Cristianos, como en ninguna otra materia hay mas facilidad de traspasar los justos límites que se prescriben, no tengo reparo alguno en deciros que para un verdadero discípulo de Jesucristo no hay momento de disipacion en la vida; y á fin de que en un punto tan interesante haya una instruccion completa, dividiremos los placeres en tres clases: primera, placeres criminales y expresamente prohibidos; segunda, placeres sospechosos y peligrosos; tercera, placeres legítimos y permitidos. Los primeros deben aborrecerse de todo corazon; los segundos deben evitarse con mucho cuidado, y los últimos deben usarse con gran medida y precaucion.

Placeres criminales y expresamente prohibidos. Hay diversiones que llevan consigo un carácter de reprobacion, que no es facil desconocer, no solamente porque la Iglesia las ha prohibido con grave censura, sino tambien porque conducen directamente al pecado. No intento por ahora hacer una descripcion exacta de todas ellas, y así me bastará indicaros una sola, autorizada y justificada por el mayor número de las gentes del siglo,

para que de aquí podáis inferir el peligro de las demas. Hablo de esas representaciones peligrosas, en las cuales presentándose sensiblemente el orígen y el camino de las pasiones, llegan á familiarizarse entre todas las clases de personas. Si queréis perder todo el pudor y la modestia; si queréis acostumbraros á no tener vergüenza alguna de los excesos mas infames y deshonestos; si queréis tomar lecciones para imponer silencio á los movimientos de la gracia, no tenéis que hacer otra cosa, que frecuentar semejantes espectáculos. Pero lo que nos aflige y desconsuela todavía mas algunas veces, es que todos los que tienen esta costumbre, quieren persuadirnos que su inocencia no peligra en los teatros, porque la moral que se enseña en ellos, todavía persuade con mas eficacia que la que anunciamos en las cátedras cristianas. El teatro se nos dice está ya purificado de esas escenas indecentes que ofendian la castidad de los espectadores; ya no se oyen esas palabras groseramente obscenas que molestaban los oídos de las gentes cultas y sensatas; ya solamente se enseñan las virtudes, que son útiles á la sociedad; aquí se aprende á ser buen ciudadano, á ser buen padre, buen amigo, buen esposo; aquí se ven pintados al vivo aquellos vicios que ofenden mas la humanidad; aquí se descubre la violencia de las pasiones; y finalmente se ponen á la vista ejemplos heroicos que enardecen nuestros espíritus en favor de la patria. Cristianos, no quiero entrar con vosotros en disputas; pero decídme solamente, ¿qué mudanza y qué reforma han producido en vuestras costumbres esas escenas tan castas y arregladas? ¿No habéis adquirido por el contrario mas ociosidad, mas curiosidad, mas indiferencia para las cosas de la Religion? ¿No tenéis ya ménos reparo para practicar ciertas acciones que ántes mirabais con tanto escrúpulo? ¿No estáis ya mas familiarizados con el vicio y el desórden? ¿Pues cuáles son esos frutos útiles y santos que producen los teatros? señaládme uno, y no solo no declamaré contra ellos, sino que yo mismo seré su mayor apoyo y defensa.

Placeres sospechosos y peligrosos. Estos son aquellos que autoriza el uso y las costumbres del siglo. Condenarlos absolutamente, seria hacer un cargo á una multitud de personas virtuosas que usan de ellos; y justificarlos sin excepcion, seria aplaudir tambien á otra multitud de gentes ociosas que hacen un abuso de su tolerancia. Lo que no tiene duda es, que son muy

peligrosos; y que si no es imposible gustarlos inocentemente, á lo ménos corre mucho riesgo de perderse un cristiano que los disfruta sin precaucion.

Si, hermanos mios, es muy fácil abusar de los placeres; y de cuáles no se abusa? Se abusa de las mesas, pues aunque segun la costumbre de los tiempos mas remotos es medio muy eficaz de conservar la buena sociedad, el trato y las amistades de las gentes, tambien es una ocasion muy próxima de intemperancia y glotonería. Se abusa de las conversaciones y de las tertulias, pues aunque en ellas se pudiera hablar de cosas edificantes, ó á lo ménos de materias útiles, solo sirven para formar intrigas, para mantener tratos sospechosos, para indagar lo que pasa en las casas ajenas, y para quitar impunemente al prójimo su honor y estimacion. Se abusa de los paseos, pues aunque pudieran servir de un medio de recrear el espíritu fatigado del trabajo y de otras ocupaciones útiles con la variedad de objetos que se encuentran, solo se procura satisfacer la curiosidad y realizar los deseos mas criminales. Se abusa de los juegos...; pero este entretenimiento apénas merece contarse en el número de los placeres legítimos. ¿Por ventura será lícito consagrar en el seno de las familias cristianas un tiempo que reclaman otras ocupaciones mas sérias á unos juegos, en los cuales decide la suerte de la pérdida ó la ganancia? Esta es una materia, hermanos mios, que pide grandes consideraciones que dejo para otra ocasion; pero entretanto no puedo dejar ahora de advertiros, que en las casas aún las mas piadosas son los juegos muchas veces la causa de pérdidas muy considerables, y la ocasion próxima de resentimientos, de enemistades, de trampas, de quimeras, y tal vez de grandes blasfemias y de otros pecados gravísimos. Este es un entretenimiento que yo llamo sospechoso y peligroso por los daños que regularmente trae consigo: la prudencia pues ha de ordenarlo y ha de evitar sus consecuencias. Por tanto os digo en general que no habéis de usar de otras diversiones sino de las que sean legítimas, y esto con suma precaucion, observando el tiempo y las personas con quienes se disfrutan; y sobre todo no debemos emplear en ellas las horas del trabajo ni las de la oracion, porque destinar á los placeres el tiempo que debemos á las ocupaciones útiles es un grande abuso; y si se hace con perjuicio del público, de nuestras familias y de aquellas personas que tienen derecho á nuestro trabajo, es un

robo manifiesto; pero todavía es mas perjudicial emplear las horas destinadas á la oracion: este es un sacrilegio y un robo que se hace al Dios eterno.

La necesidad de considerar las personas con quienes nos asociamos para tales entretenimientos, es muy grande, y así solo conviene divertirse con los amigos sabios y virtuosos, porque ellos serán los primeros que pongan justos límites á los placeres; pero los amigos viciosos y corrompidos no traen otra cosa que la perdicion del alma, del cuerpo y de los bienes.

En fin, hermanos mios, nunca uséis de los placeres, aún de los legítimos y permitidos, sino para que den de sí alguna ventaja sólida. Es cierto que cuando se hace un uso moderado de ellos son muy convenientes para restituir al cuerpo y al espíritu su vigor y tranquilidad; y así leemos en la Historia eclesiástica que el apóstol san Juan echaba mano de las diversiones inocentes para descansar de las fatigas de su apostolado: lo que debemos procurar es que la Religion y la razon nos dicten la materia y la duracion de estas diversiones. ¿Queréis saber en una palabra ántes de entregaros á ellas, si son inocentes y permitidas? Considerádlas con relacion á Dios. Ved si puede resultarle alguna ofensa, y si interesan para su gloria: considerádlas con relacion al prójimo, examinando si son ocasion de escándalo ó de pecado: considerádlas en fin con relacion á vosotros mismos, y para ello debéis reconocer si se arriesga vuestra inocencia y la pureza de las costumbres. Cuando haya precedido este detenido exámen, entónces podéis entregaros á las diversiones, y léjos de ser un obstáculo para vuestra salvacion, os ayudarán á conseguirla, porque se renovará con ellas la aplicacion al trabajo, el fervor de la oracion, y honrado y santificado Dios en todas vuestras acciones, las recompensará cumplidamente con la eterna bienaventuranza. Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE EL ABUSO

QUE HACEN LOS MALOS CRISTIANOS

DE LA CEREMONIA DE LA IMPOSICION DE LA CENIZA.

PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Pulvis es et in pulverem reverteris.
Polvo eres y en polvo te has de convertir.
Génesis, c. 3. v. 19.

¡Qué diferente impresion hacia en otro tiempo de la que hace al presente la solemne ceremonia que usa la Iglesia en este dia! Esta ceremonia, entónces tan imponente, es ya mirada con indiferencia, si es que no se recibe con desprecio. La imposicion de la ceniza, en que con tanta severidad recuerda al hombre la terrible maldicion que Dios fulminó contra él en castigo de su primer pecado, le daba á conocer la monstruosidad enorme de la ofensa que con él habia irrogado á la divina Majestad, inspiraba en el pecador una firme resolucion de satisfacer á toda costa por su pecado, y en el justo un saludable temor que le hacia precaverse á fuerza de violencias y sacrificios. La imposicion de la ceniza era el preservativo, el principio de una prolongada y rigorosa penitencia, con que el pecador hacia cuanto le era posible para aplacar la divina indignacion, inclinar en su favor la divina misericordia y recobrar la divina gracia, que conocia y confesaba ser el bien mas apreciable que podia disfrutar durante su vida mortal, y el medio único de conseguir la felicidad en la eterna. Mas en el dia es una ceremonia estéril é

(1) Para este dia se hallan dos sermones en las páginas 199 y 207 del tomo cuarto de los de *Mision*.

insignificante, ó á lo mas el anuncio de una penitencia falaz, infructuosa y aún perjudicial, porque vanamente fiado el pecador en unas prácticas que solo conservan el nombre de penitencia, ni llora, ni detesta, ni corrige sus desórdenes.

Para demostrarlo voy á comparar la penitencia de aquel tiempo con la del nuestro, no con el objeto de censurar la conducta de la Iglesia, cuya autoridad respeto como emanada del mismo Dios; no con el ánimo de restablecer el uso de la penitencia pública, que no dudo ser impracticable y tal vez funesta; sino para desengañar á los pecadores y exhortarlos á la práctica de una penitencia verdadera, aunque proporcionada al estado de debilidad en que se halla nuestra naturaleza á causa de nuestros brutales desórdenes. Pidamos al Señor la gracia necesaria al efecto por la poderosa mediacion de aquella Señora, cuya naturaleza estuvo siempre íntegra, siempre exenta del pecado. *Ave María.*

Siendo tan antigua y general, como se ve por la sagrada Escritura, la costumbre de empezar los pecadores á manifestar su arrepentimiento por el uso de la ceniza y el cilicio, la Iglesia tuvo á bien adoptar esta misma práctica, luego que una experiencia dolorosa le hizo ver que no todos sus hijos perseveraban constantes en la observancia de la ley que habian abrazado. Cuando algunos pecadores reconocidos manifestaban deseos, y aún suspiraban por volver al estado feliz de que habian caido por su desgracia, esta tierna madre trataba con mucho ahinco de consolarlos, de infundirles una segura confianza en la bondad y misericordia del Señor; mas para inspirarles el odio y detestacion de su pecado procuraba declararles cuánto aborrece Dios y cómo castiga los delitos, cuán intenso es el amor que profesa y cómo remunera las virtudes; cuán difícil es y á qué duros sacrificios tienen que sujetarse los pecadores para lavar la ofensa, reparar la injuria y satisfacer la justicia divina. Si el pecador se manifestaba dispuesto á emprenderlo, se le admitia á la práctica de una rigorosa penitencia, que debia durar cinco, nueve, quince ó mas años, segun la gravedad del pecado, sin que hasta el fin de ella se le concediese el beneficio inestimable de la reconciliacion. Y adviértase que para esto no se esperaba á que cometiera muchos pecados, era suficiente uno

solo de los que en nuestros dias se cometen con tanta frecuencia.

El obispo bendecia el cilicio y la ceniza, y el penitente rodeaba con aquel su cuerpo y cubria con esta su cabeza. Desde este momento ya no habia diversion alguna para él, ya quedaba privado de todos los negocios y tratos, á excepcion de los indispensablemente necesarios para proporcionarse un escaso alimento; no podia usar otras galas que el áspero saco ó cilicio, con que al mismo tiempo que mortificaba su cuerpo, hacia á todos pública su ignominia. Su lecho no era otro que el duro suelo, y su sueño muy escaso y frecuentemente interrumpido para regar la tierra con sus lágrimas, y tal vez con su sangre. Su ejercicio era el llanto, la oracion, la disciplina y todo género de maceraciones. Su ayuno continuado, y tal que el alimento que ahorraba por este medio, debia servir para satisfacer el hambre de algun miserable mendigo; y tres dias cada semana, y algunas cuarentenas en cada un año, no se le permitia mas alimento que una pequeña porcion de pan y agua.

Tal era la mortificacion de su cuerpo; pero acaso le eran mas sensibles las humillaciones del espíritu. Negándosele del todo por muchos años la entrada en el templo, lo que no se hacia con el judío ni el pagano, se le precisaba á colocarse junto á sus puertas con la cabeza raída y cubierta de ceniza, los piés descalzos, el cuerpo sin mas vestido que el saco; y cuando entraban los fieles á celebrar los oficios divinos, hechos fuentes de lágrimas sus ojos, les suplicaba con la mayor ansia que intercedieran privadamente por él, pues por entónces ni aún podia esperar el auxilio de las oraciones públicas. Si pasados algunos años se le concedia la entrada en el templo, apénas concluía el obispo la explicacion del Evangelio, se le arrojaba públicamente con una degradante ignominia, como indigno, no solo de presenciar los santos misterios, sino hasta de participar de las oraciones que dirige la Iglesia por sus hijos. Cuando al ver su constancia el obispo, que como un fiscal severísimo vigilaba con suma atencion su conducta, se resolvia por fin á absolverle, determinaba que la Iglesia rogase solemnemente por él. Mas entónces llegaban á lo sumo las humillaciones, porque... mi sensibilidad no me permite describir una escena tan terrible. Y á la verdad ¿quién pudiera no enternecerse al ver comparecer aquel miserable en medio del templo á presencia de todo el

pueblo, postrarse deshecho en lágrimas, y á vista de tan profundo abatimiento postrarse igualmente el obispo y el clero penetrado de compasion, unir con la tierra sus rostros venerables, regar con sus lágrimas el pavimento del templo, procurando mitigar con ellas el fuego de la divina indignacion; clamar todos fervorosamente al Señor que se apiadase ya de aquel infeliz; y como si creyeran estar cerradas aún las puertas de la misericordia, arrojarle nuevamente del templo, como si su presencia hubiera de profanar el tremendo sacrificio que iba á celebrarse?

Ah, hermanos mios! esto parece duro; pero así hacia la Iglesia que conociese el pecador la deformidad de su pecado, el reato de una ofensa contra la Majestad infinita, la necesidad de satisfacer condignamente á su justicia, y el horroroso abismo de miseria en que se habia sumergido. Así le inspiraba un arrepentimiento sincero, el odio y detestacion de la culpa y la precaucion para evitar la recaída (1).

Comparemos con esta la penitencia que nosotros hacemos. La Iglesia por causas muy razonables y justas fué mitigando poco á poco, y abolió por último el ejercicio de la penitencia solemne; pero ni ha mudado ni podido mudar su espíritu, porque sabe que son invariables los sagrados derechos del honor y la justicia divina; y en prueba de esto manda que todos sus ministros conserven en la memoria los cánones penitenciales, para que sepan proporcionar las penitencias á la gravedad, número y circunstancias de los pecados. Y ¿cuál es, pregunto, la penitencia con que nosotros expiamos no uno solo, sino tantos y tan enormes crímenes como á cada paso estamos cometiendo? Ninguna, si se ha de hablar con sinceridad, ó á lo mas una penitencia solo de nombre. Si se trata de imponer ayunos (aunque ya entre nosotros son dias de regalo y abundancia) no lo permite la debilidad de la salud, ó las horas que ha adoptado la moda para tomar el alimento, ó las sospechas que podrian suscitarse entre los consortes, ó la nota en que se incurriria para

(1) Si le parece á alguno que exagero, lea las obras de san Gregorio Taumaturgo, de Tertuliano, san Cipriano, san Basilio, san Juan Crisóstomo, san Ambrosio, san Gerónimo, san Agustin, san Bernardo: lea los decretos de los Concilios, los cánones penitenciales, los historiadores eclesiásticos, y verá que se imponia en todo su rigor esta penitencia por veinte años al homicida, por quince al adúltero, y aún por toda la vida en algunos casos, con todo lo demas que acabo de referir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con los domésticos. Se trata de suplir el ayuno con limosnas; pero lo hacen imposible las leyes del lujo y la suntuosidad que prescriben á cada uno gastar tres ó cuatro veces mas de lo que tiene. Si es tan osado el confesor que se atreva á nombrar la disciplina y el cilicio, desde luego puede prepararse á sufrir una terrible descarga de dicterios, injurias y persecuciones, y adquirirse la reputacion de bárbaro, inhumano, ignorante, en fin de un hombre indiscreto, que solo trata de aterrar al penitente para que no vuelva á molestarle, é inducir las almas á la desesperacion. Asperezas! para quien es un tormento insoportable la menor arruga que haga la tela finísima, de que segun prescribe el uso ha de vestirse! Cilicios! disciplinas! para una persona de distincion que ni descansa ni permite descansar un momento á sus criados, si no le ponen la cama tan blanda, mullida y nivelada como lo exige su delicadeza! *Como si hubiera yo azotado á un santo Cristo*, decia un pecador, que con sus enormes delitos le habia crucificado millones de veces.

Abreviemos : toda nuestra penitencia consiste en algunas oraciones, pocas y breves, una que otra estacion, un rosario por espacio de tres dias á lo sumo, alguna visita de altares, y no hay que pensar en otra cosa. Estoy bien persuadido á que siendo verdadero, eficaz y vehemente el dolor de haber ofendido á Dios, poca necesidad hay de exhortar al penitente para que trate de satisfacer con austeridades y mortificaciones; pero si la Iglesia inspiraba por medio de estas el conocimiento de la deformidad, y el odio y detestacion del pecado, faltando del todo las penitencias, con dificultad se concebirá un dolor suficiente y verdadero. Lo que se adquiere con demasiada facilidad, con la misma se desprecia. De aquí es que, excluyendo alguno que otro, sobre quien se complace el Señor en derramar pródigamente los tesoros de su gracia eficacísima, es en el dia tan rara la perseverancia como lo era entónces la reincidencia. La mayor parte de los pecadores repite la confesion todos los años, y á cada paso se reproduce la impiedad, la blasfemia, la insubordinacion, la venganza, todo género de impurezas, el robo, la usura, la murmuracion, la calumnia, los pecados todos. ¿Qué idea puede formar de los premios y castigos de la vida futura, de la majestad, del honor, de la justicia de Dios el pecador, que por una multitud de injurias de las mas graves cree satisfacer completamente con unas breves oraciones, que ninguno que se

tenga por buen cristiano dejará de rezar todos los dias, sin necesidad de imponerle al efecto obligacion alguna? ¿Qué idea se habrá formado de tan augustos objetos un vil esclavo de la sensualidad mas detestable al Evangelio, á la razon y á la misma naturaleza, que á mí mismo me contestó, diciéndome con una completa satisfaccion : *en rezando el rosario que mi confesor me ha mandado, nada me resta que hacer, y quedo libre de toda responsabilidad?* Pues la misma ó muy semejante respuesta dan la mayor parte de los penitentes, á quienes por sus muchos horrorosos delitos se trata de imponer alguna penitencia ménos suave de lo acostumbrado. Y ahí tenéis nuestra penitencia; ó para decirlo con mas propiedad, esa es la almohada bien mullida, en que se adormece el pecador, cuando necesita todos los cauterios y sajaduras practicables para salir del letargo que le coloca en las garras de la muerte.

Si esta es verdadera penitencia, se ha equivocado sin duda quien nos dijo, que *son muchos los llamados y pocos los escogidos* (1). Y ciertamente; porque ¿quién es el que, no habiendo renunciado el Evangelio y el nombre de cristiano, deja de recurrir todos los años á esta práctica? ¿Quién es el que, al ménos en obsequio de su propia reputacion, no se acerca á cumplir con el precepto de la confesion anual? Pero y ¿quién es al mismo tiempo el que llora por este medio sus pecados con lágrimas de una verdadera contricion, con un dolor tal que le impida volver á cometerlos? Ay! cuando al imperio de una voz irresistible, cuando al sonido tétrico de la fatal trompeta hayamos de comparecer todos en el último tribunal, cuando veamos á los Teodosios, á las Flavias y á tantos otros que por solo un pecado, cometido tal vez por inadvertencia, se sometieron á unas leyes tan rigorosas, sufrieron unas pruebas tan terribles, y que sin embargo poseídos de un excesivo temor no se atreven á levantar los ojos, se estremecen, cuando se les figura oir pronunciar su sentencia que casi no dudan ser de una eterna desgracia, ¿qué horror, qué consternacion no deberá producir en nosotros la conciencia de tantos crímenes por una parte, y ninguna penitencia por otra? Mas este dia llegará sin duda; se acerca, está próximo. *Pulvis es :* ricos, pobres, nobles, plebeyos, jóvenes, ancianos, *pulvis es*, nos dice á todos la Iglesia en

(1) *Matth. c. 22. v. 14.*

este dia valiéndose de las palabras del mismo Dios. La naturaleza toda y una experiencia innegable confirman esta verdad. *Et in pulverem reverteris:* la muerte nos espera y con ella una eterna desgracia tal vez. ¿Quién no descubre en la espantosa calamidad con que de un año á esta parte nos aflige la divina justicia un presagio, un principio de aquella? Qué horror!

Si las oraciones del clero deben ser proporcionadas á las necesidades y peligros de los fieles, no sé cuándo sea mas urgente que ahora nuestra obligacion de clamar á las puertas de la divina misericordia. Permanezcamos constantes entre el vestíbulo y el altar, ofreciendo al Señor el sacrificio de nuestras oraciones, y ántes de vernos en la dolorosa necesidad de decirle: *veamos que tomais venganza de ellos* (1); exclamemos con fervor: *perdona, Señor, á tu pueblo, y no dejes perecer á tu heredad* (2). Seguros estamos, Señor, de que nada niegas al pecador que se vuelve á ti reconocido, puesto que no viniste al mundo á buscar justos sino pecadores: atiende pues á su debilidad y flaqueza, á la masa frágil de que fué formado, á las pasiones que le incitan y á los enemigos que le combaten, y por el honor mismo de tu santo nombre, hazle y haznos á todos participantes de tus infinitas misericordias por la duracion interminable de los siglos. Amen.

(1) *Jerem.* c. 11. v. 20. (2) *Joël*, c. 2. v. 17.

SERMON.

NO DEBEMOS TEMER LA MUERTE,

SINO PREPARARNOS PARA ELLA.

PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

(DE CLIMENT.)

Pulvis es et in pulverem reverteris.
Polvo eres y en polvo te convertirás.
Génesis, c. 3. v. 19.

No puede la Iglesia darnos mas claras señales de las veras con que desea, que hagamos penitencia en este santo tiempo de la cuaresma, pues no solo nos impone el precepto del ayuno, y con las palabras del Evangelio, que hemos oído, nos prescribe el modo con que debemos ayunar, para agradar á Dios, y darle satisfaccion de las injurias que le hemos hecho; no solo, cual madre amorosa, nos exhorta á lo mismo que nos manda y que tanto nos conviene, valiéndose de las voces, con que el Señor por boca de los profetas exhortaba á los israelitas, á que gimieran, lloraran y ayunaran por sus culpas; sino que nos acuerda en este dia, que hemos de morir, que somos polvo y nos hemos de convertir en polvo. *Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris.* Recuerdo á la verdad el mas eficaz, argumento, pecadores, el mas fuerte, ó casi el único, que pueda hacerse para convencernos de que es inevitable la penitencia.

Porque si no hubiésemos de morir, ¿qué podria persuadirnos á que nos mortificáramos é hiciéramos penitencia? ¿Qué podria poner en movimiento nuestro corazon, para que pasara del amor del mundo al amor de Dios, que es lo que ejecuta la penitencia? Con ménos motivo que este, solamente porque los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

este dia valiéndose de las palabras del mismo Dios. La naturaleza toda y una experiencia innegable confirman esta verdad. *Et in pulverem reverteris:* la muerte nos espera y con ella una eterna desgracia tal vez. ¿Quién no descubre en la espantosa calamidad con que de un año á esta parte nos aflige la divina justicia un presagio, un principio de aquella? Qué horror!

Si las oraciones del clero deben ser proporcionadas á las necesidades y peligros de los fieles, no sé cuándo sea mas urgente que ahora nuestra obligacion de clamar á las puertas de la divina misericordia. Permanezcamos constantes entre el vestíbulo y el altar, ofreciendo al Señor el sacrificio de nuestras oraciones, y ántes de vernos en la dolorosa necesidad de decirle: *veamos que tomais venganza de ellos* (1); exclamemos con fervor: *perdona, Señor, á tu pueblo, y no dejes perecer á tu heredad* (2). Seguros estamos, Señor, de que nada niegas al pecador que se vuelve á ti reconocido, puesto que no viniste al mundo á buscar justos sino pecadores: atiende pues á su debilidad y flaqueza, á la masa frágil de que fué formado, á las pasiones que le incitan y á los enemigos que le combaten, y por el honor mismo de tu santo nombre, hazle y haznos á todos participantes de tus infinitas misericordias por la duracion interminable de los siglos. Amen.

(1) *Jerem.* c. 11. v. 20. (2) *Joël*, c. 2. v. 17.

SERMON.

NO DEBEMOS TEMER LA MUERTE,

SINO PREPARARNOS PARA ELLA.

PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

(DE CLIMENT.)

Pulvis es et in pulverem reverteris.
Polvo eres y en polvo te convertirás.
Génesis, c. 3. v. 19.

No puede la Iglesia darnos mas claras señales de las veras con que desea, que hagamos penitencia en este santo tiempo de la cuaresma, pues no solo nos impone el precepto del ayuno, y con las palabras del Evangelio, que hemos oído, nos prescribe el modo con que debemos ayunar, para agradar á Dios, y darle satisfaccion de las injurias que le hemos hecho; no solo, cual madre amorosa, nos exhorta á lo mismo que nos manda y que tanto nos conviene, valiéndose de las voces, con que el Señor por boca de los profetas exhortaba á los israelitas, á que gimieran, lloraran y ayunaran por sus culpas; sino que nos acuerda en este dia, que hemos de morir, que somos polvo y nos hemos de convertir en polvo. *Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris.* Recuerdo á la verdad el mas eficaz, argumento, pecadores, el mas fuerte, ó casi el único, que pueda hacerse para convencernos de que es inevitable la penitencia.

Porque si no hubiésemos de morir, ¿qué podria persuadirnos á que nos mortificáramos é hiciéramos penitencia? ¿Qué podria poner en movimiento nuestro corazon, para que pasara del amor del mundo al amor de Dios, que es lo que ejecuta la penitencia? Con ménos motivo que este, solamente porque los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombres ántes del diluvio vivian centenares de años, sin embargo de que finalmente morian, no pudo Noé con ruegos ni con amenazas recabar de alguno, á excepcion de sus tres hijos, que se desengañara y arrepintiera. Pues si nosotros fuésemos inmortales, si las riquezas, las honras, los deleites y los demas bienes terrenos, que tanto lisonjean nuestro apetito, fuesen eternos é inamisibles, ¿qué razon podria movernos á su desprecio, al aborrecimiento del vicio y al amor de la virtud? ¿qué podria humillar la soberbia, refrenar la lascivia, moderar la ambicion? Qué seria el mundo? una horrible Babilonia. Mucho peor de lo que fué ántes del diluvio, cuando estaba lleno de iniquidades, y toda la carne, segun la frase de la Escritura, estaba corrompida : *Omnis caro corruperat viam suam.* Reconozco pues, ó Dios mio, que es benigna vuestra providencia por la parte, que tal vez algun impío se atreverá á notarla de cruel. Alabo, que una vez que permitisteis que Adan pecara, y que todos pecásemos en Adan, dispusierais que Adan muriera, y que muriésemos sus decendientes. Hicisteis muy bien en despojar al primer padre y á sus hijos, pecadores, de la inmortalidad, que hubiéramos gozado inocentes, condenándonos á muerte, porque la muerte no solo es pena debida á tanta inobediencia, sino el medio mas poderoso para que os seamos obedientes.

Pero esto, oyentes mios, contemplo que necesita de alguna explicacion para su inteligencia y la del pecado original, que contraemos todos los descendientes de Adan, y creemos como una verdad fundamental de nuestra Religion. Y así habré de deciros, que Dios crió á Adan y le constituyó cabeza moral de todos los hombres, ordenando por un soberano decreto, darle la justicia original con facultad de trasfundirla en sus descendientes, bajo la condicion de que observara el precepto que le imponia. Y habiendo quebrantado la condicion y el precepto, en lugar de la inocencia, que nos hubiera comunicado inocente, ya pecador nos comunicó el pecado. Todos, segun pronuncia san Pablo, pecámos en Adan; ó porque su pecado, como se explican unos, nos es moralmente voluntario, al modo que es voluntario al pupilo lo que su tutor hace, diciéndose, que aquel quiere y ejecuta lo que este dispone; ó porque el pecado de Adan es en cierto modo la causa, que hizo entrar en el mundo y en nosotros el pecado, y tras él la muerte, como se explican otros, fundados en el testimonio del Apóstol : *Per unum hominem*

peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors (1). Causalidad violenta! maligno influjo! que inficionando toda la naturaleza humana, produce en cada uno de nosotros, apénas comenzamos á ser hombres, una culpa mortal, que nos hace con toda propiedad pecadores, esclavos del demonio, enemigos de Dios, hijos de su ira y reos de muerte. Desgracia por cierto digna de llorarse con todos los extremos del dolor, y que bastó á apurar la paciencia de Job, obligándole á maldecir el instante de su concepcion. *Pereat... nox, in qua dictum est: conceptus est homo... Maledicant ei* (2).

¡Qué otra fuera nuestra suerte, si Adan no hubiera pecado! Porque en el estado de la inocencia, á mas de la gracia santificante, que nos hubiera hecho desde el primer instante de nuestro ser hijos adoptivos de Dios, íntimos amigos suyos y herederos de su reino; á mas del hermoso agregado de todas las virtudes, que hubieran mantenido la razon sujeta á Dios y el apetito sujeto á la razon, resultando de ahí en nuestras potencias un admirable concierto, segun se explica mi angélico maestro santo Tomas (3), y una consonancia armoniosa; en aquel estado, digo, que no dudó san Juan Damasceno llamarlo *sumamente feliz*, á mas de un inefable cúmulo de bienes, hubiéramos gozado de la inmortalidad. Porque nuestras almas, segun enseña santo Tomas con san Agustin (4), hubieran tenido una virtud sobrenatural para preservar á nuestros cuerpos de la corrupcion; para lo cual tambien hubiera contribuído el árbol de la vida, cuyo fruto hubiera alargado la nuestra, hasta que hubiéramos pasado á otro género de vida espiritual y gloriosa (5).

Basta, Señores, basta esta corta descripcion de la inocencia malograda, para llenarnos de afliccion y darnos á conocer cuán enorme fué la culpa de Adan, que juntamente con él nos privó á todos de tanta felicidad. Sin que pueda servirle de disculpa la fragilidad, que entónces no experimentaba, ni de excusa el que no sabia el mal que habia de acarrearle su inobediencia, porque Dios claramente le dijo, que en cualquier dia que comiera del fruto del árbol prohibido incurriria en sentencia de muerte : *In quacumque die comederis ex eo, morte morieris* (6). No pudo pues Adan extrañar ni quejarse de la justicia, con que el Señor inmediatamente que comió de aquel fruto, le hizo cargo de su

(1) *Rom. c. 5. v. 12.* (2) *Job, c. 3. v. 3 et 8.* (3) *Thom. 1. p. a. 9. 94.* (4) *Q. 97. a. 4.* (5) *Q. 91. a. 4.* (6) *Gen. c. 2. v. 17.*

delito, y entre otras cosas le dijo, que era polvo y habia de convertirse en polvo. Ántes bien, en sentir de san Ambrosio, debió de agradecerle la advertencia, como un efecto de la misericordia, con que Dios queria moverle á penitencia. Que es lo mismo que pretende de nosotros la Iglesia, repitiendo las palabras del Señor, y poniéndonos delante de los ojos y sobre nuestra cabeza la ceniza, ó el polvo en que hemos de convertirnos: *Memento, homo, etc.*

Pues ¿qué aguardamos, cristianos mios, á hacer penitencia? ¿Por qué no imitáis á Adan penitente, ya que le habéis imitado pecador? ¿Con qué oídos escuchamos las voces de Dios, y de la Iglesia? con qué ojos miramos la ceniza? ¿qué impresion ha hecho en nuestros corazones esa sagrada ceremonia? ¿Estamos sordos, ciegos y endurecidos, como los jerosolimitanos, que á pesar de las voces de Jeremías y de la demostracion que hizo de salir por la ciudad, arrastrando cadenas, en señal de la esclavitud que les amenazaba de parte del rey de Babilonia, se mantuvieron obstinados en la culpa? Yo lo creeré, si desde luego no nos resolvemos á hacer penitencia, despreciando las voces con que Dios nos llama, y malogrando el fin, que la Iglesia se propone en esa ceremonia de la ceniza. Porque ¿no es la ceniza el mejor símbolo de la penitencia, por cuyo motivo antiguamente se cubrian de ella los penitentes, tanto fieles como gentiles? ¿No es la ceniza la mejor representacion de la ligereza de los bienes terrenos, que debemos dejar, para buscar á Dios por el camino de la penitencia? Y pasando adelante y acercándonos mas á nosotros, ¿no fué ayer esa ceniza lo que somos hoy, y es hoy lo que seremos mañana? Ayer fué un árbol verde y hermoso, y ya cortado al golpe de la segur y arrojado al fuego, lo vemos convertido en ceniza. Pues así hoy somos árboles frondosos, que extendemos las ramas de la vanidad y de la ambicion hácia todas partes, y mañana, al impulso de una mortal enfermedad, nos verán postrados en el suelo, yertos cadáveres, y luego convertidos en polvo y ceniza.

Pero no obstante la gran propiedad y fuerza que tiene este sagrado símil, para hacernos venir en conocimiento de lo que somos y de lo que son las cosas de este mundo, frágiles como nosotros mismos, parece que estamos tan bien hallados con los placeres de la vida, y tan persuadidos de que hemos de vivir largos años, que nos horrorizamos al oir los nombres de muer-

te ó de penitencia. Qué alucinacion! qué vileza! Qué mal nos aprovechamos de las diligencias que practica la Iglesia, para que tengamos siempre presente, que somos mortales y que debemos ser penitentes! *Memento, homo etc.* Será pues razon que yo procure coadyuvar el designio de la Iglesia, haciéndoos ver esta mañana, que la penitencia es el mejor medio para conseguir una buena muerte, y que la memoria de la muerte es el mejor medio para movernos á penitencia. Y de esta suerte pienso persuadiros en la primera parte de mi oracion, que no tenéis que temer á la muerte, y en la segunda que debéis prepararos para la muerte.

PRIMERA PARTE.

Gran dificultad, señores, concibo en persuadiros que no temáis á la muerte, porque supongo tan arraigada en vosotros la persuasion contraria de que es loable, preciso, ó á lo ménos inocente el temor de la muerte, que habréis oído con suma extrañeza mi proposicion. Y corréis tan de acuerdo en este particular, que hasta ahora no he oído uno siquiera, que se haya atrevido á reprender, no digo el temor, sino las lágrimas que muchos derraman, y la perturbacion y angustia, que muestran al darles la noticia de su próxima muerte. Ántes bien he observado, que lo aprobáis, como un efecto inevitable del amor natural que tenemos y debemos tener á nuestra propia vida; pero no sé cómo puede componerse esta opinion comun con los principios de la filosofía cristiana, que así llamaban á nuestra Religion los antiguos Padres de la Iglesia, pues sin duda son sus principios mas sublimes que los de la filosofía gentil, y tienen mas fuerza para moderar las pasiones del ánimo, entre las cuales se numeran el amor y el temor de los bienes y males temporales. Es cierto que los sabios de la gentilidad se declararon abiertamente contra el demasiado amor de la vida y temor de la muerte, porque ¿no dijeron, que la vida debia ser ejercicio de nuestra paciencia, y la muerte objeto de nuestro deseo? ¿que es necedad apetecer con ansia el bien de la vida, que infaliblemente y luego se ha de perder? ¿que es desvarío llorar porque somos mortales? ¿No se rien de las lágrimas que derramó Xerxes al pensar que habia de morir? ¿no alaban la serenidad, con que Augusto á lo último preguntó, si habia hecho bien el

papel de emperador, que le habia tocado en el mundo? (1) ¡Con qué elogio hablan de innumerables que despreciaron la muerte, y con qué abominacion de los que la temieron! Abrid sus libros, y veréis cómo se difunden y discurren ingeniosos sobre el asunto.

Es verdad que aquellos sabios llevaron el desprecio de la vida á un extremo, que pasa á ser vicioso y bárbaro, pues unos se dieron la muerte á sí propios por causas bien ligeras, y otros lo celebraron como una heroicidad. Mas por lo mismo están bien léjos de nuestra opinion; y reduciendo la suya al medio que dicta una sana razon, nos pone entre la temeridad y la cobardía, nos hace mirar con indiferencia y con tranquilidad la vida y la muerte. En efecto no se desdeñan los cristianos de alegar las razones y ejemplos de los gentiles, para no temer la muerte en los trances de la guerra. Pues ¿por qué no han de servir, para que no la temáis en los lances de una enfermedad? ¿Por qué ha de ser honrosa fortaleza ir muy sobre sí á forzar las líneas y avanzar á las brechas, con certeza de perder la vida al golpe de una bayoneta ó de una bala, y no ha de ser infame cobardía temblar por el peligro de perderla al rigor de una calentura? ¿Qué tiene esta muerte, que no tenga aquella que os dan vuestros enemigos, sino el ser ménos sangrienta y horrorosa? ¿Qué dominio tiene el rey sobre vuestras vidas, que no lo tenga mayor Dios? Pues ¿por qué habéis de obedecer con prontitud al rey, cuando os manda perder la vida en la campaña, y habéis de disgustaros y quejaros, cuando Dios quiere quitárosla en una cama?

No será fácil, señores, que encontréis con la luz natural razon de diferencia, y que me satisfaga y favorezca vuestro temor. Ménos la hallaréis con la luz de la fe, porque Jesucristo nos previene por san Mateo, que no queramos temer á la muerte corporal : *Nolite timere eos, qui occidunt corpus* (2). Por san Juan se explica en términos tan fuertes, que nos prohibe amar la vida, bajo la pena de perderla para siempre : *Qui amat animam suam, perdet eam* (3), y nos manda aborrecerla por la esperanza suprema de vivir eternamente : *Qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam* (4). Y san Agus-

(1) Entre todos descuella Sócrates, cuya muerte se refiere á lo último del 2. tom. de *Rollin*.
(2) *Matth.* c. 10 c. 28. (3) *Joann.* c. 12. v. 25. (4) *Joann. ibid.*

tin en la exposicion de estas palabras, despues de haber reprendido la mala inteligencia y error de aquellos desesperados que se ahorcan, se degüellan y se matan, concluye, que aman su vida mas de lo que permite el Señor, los que temen la muerte : *Videntur sibi amari animas suas, qui timent mori.*

Terrible sentencia! pero muy conforme al espíritu de nuestra Religion. Porque en la vida corporal no descubro especial bondad, que la haga digna de un amor de otra clase, que el que merecen los demas bienes temporales; y así debéis amarla del mismo modo que á ellos. Ahora bien, ¿cómo os portáis en órden á los bienes temporales? los deseáis con ansia y anhelo? los poseéis con temor y zozobra? los perdéis con pena y quebranto? No los amáis, como decís : no es vuestra conducta, segun las máximas del Evangelio; ni lo será, si amáis de esa suerte la vida corporal. Aunque, si queréis confesarme la verdad, no amáis la vida destituída de los bienes temporales; no sentís perderla por sí misma y por la esencia que la constituye, sino por las honras, riquezas, regalos y deleites que la acompañan, y se han hecho dueños tiranos del corazon, ó, segun se explica Jesucristo en su Evangelio, han llevado tras sí vuestro corazon : *Ubi... est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum* (1).

Sin embargo estáis muy satisfechos con ese decantado natural amor de la vida. Ó engaño diabólico! ¿qué dejáis para los mundanos digno de un cristiano? Está muy bien que un jóven disoluto, que ama los placeres del sentido, se amedrente al pensar que han de acabarse; que un avaro sienta dejar en este mundo el oro y la plata, que con su corazon encerró en un cofre; que una mujer, enamorada de sí misma y esclava de la vanidad y de la impureza, se estremezca al contemplar el fatal momento, en que han de cesar los humos del profano incienso que le tributan sus idólatras : que los mundanos amen la vida y teman la muerte, no es de extrañar, porque ya dijo el Espíritu santo, que era amarga su memoria para los que tienen hecha paz con los bienes de la tierra : *O mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis* (2). Pero vosotros, que os preciáis de ser cristianos en la fe y en las obras, ¿cómo os asemejáis en el amor y el temor de la muerte á los mundanos? No estáis desasidos de los bienes terrenos?

(1) *Matth.* c. 6. v. 21. (2) *Eccli.* c. 41. v. 1.

Cómo sentís dejarlos? ¿No sabéis que sois viadores en este mundo, que camináis al cielo, que és vuestra patria? Cómo retardáis llegar al término de vuestro viaje? ¿No sabéis que sois soldados, que peleáis continuamente con el mundo, demonio y carne? ¿Cómo huís entrar en la última decisiva batalla, para triunfar y coronaros en el Empíreo?

Esta es la razon principal, por que los cristianos no debemos temer la muerte. Y no tengo reparo, señores, de repetiros lo que dijo san Gregorio en la Homilia sobre el capítulo 14 de san Lúcas, porque adrede se lee comunmente en la Iglesia, para purificarnos del amor de la vida y temor de la muerte. Oíd pues cómo habla el santo. «Si consideramos, hermanos carísimos, qué y cuánto es lo que Dios promete darnos en el cielo, se hace despreciable todo lo que poseemos en la tierra, porque los bienes terrenos comparados con los celestiales mas nos sirven de carga que de socorro : la vida temporal, comparada con la eterna, ántes debe llamarse muerte que vida, siendo el continuo quebranto de la salud una muerte prolija. Y ¿qué lengua podrá contar, qué entendimiento comprender los gozos que lleva consigo el habitar aquella suprema ciudad, estar entre los coros de los ángeles, asistir con los espíritus bienaventurados junto al trono del Criador de la gloria, ver descubierta la hermosa cara de Dios, percibir una resplandeciente indefectible luz, inundarse el alma y sus potencias en un torrente de delicias? Solo al oirlo se enardece el ánimo; y deseando, Dios mio, hallarnos en donde os gocemos sin fin, no dudamos clamar con el real Profeta : ¿nos mantendremos largo tiempo entre los habitadores de Cedar? ¿hemos de ser muchos años peregrinos en este país extranjero? ¿Cuándo iremos á descansar en vuestros espaciosos tabernáculos? ¿cuándo nos mandaréis salir de este destierro, para tomar posesion de la tierra prometida? *Oh, quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! Concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini.* »

Mas, ay! me diréis, en ese mismo deseo se funda nuestro temor. Porque ¿qué certeza tenemos de que muriendo, será feliz, no infeliz nuestra eternidad? ¿que algun ángel nos llevará, como á Lázaro al seno de Abrahan, y que no bajaremos á los infiernos, como el rico gloton y avariento? Si esta incertidumbre, señores, es la causa de nuestro temor, no es reprensible, como el de aquellos que temen la muerte por el demasiado

amor que tienen á los gustos de esta vida. Pero no creeré que semejante amor no tiene parte en vuestro temor, miéntras que tengáis apego y asimiento á los bienes terrenos. Ni creeré que el horror de las penas del infierno os hace temer la muerte, miéntras que continuéis en merecerlas por vuestras culpas. Porque quien verdaderamente teme algun mal, no se pone ni se mantiene voluntariamente en el peligro de padecerlo. Si vosotros pues perseveráis en las antiguas culpas, y de cada dia provocáis de nuevo la divina justicia, ¿qué miedo del infierno es el vuestro? Aparente, fingido, y tanto ménos razonable, cuanto os es mas fácil el remedio de la penitencia para sacudirle.

Porque la penitencia verdadera, á mas de restituirnos á la gracia de Dios y librarnos al presente del reato de la pena eterna, segun decia san Agustin, serena la mente, fortalece el ánimo, tranquiliza la conciencia y nos da para lo futuro toda la seguridad que cabe en esta vida, de que seremos eternamente felices en la otra. Y para decirlo con san Pedro, *con las buenas obras, que se siguen á la verdadera penitencia, nos certificamos de nuestra vocacion á la gloria* (1). Por eso los santos, que no cesaron de hacer penitencia, en lugar de temer la muerte, la desearon con ansia, como término de todos los males y principio de los mayores bienes; no uno ú otro, sino todos, segun nos enseña san Ambrosio, que interpretando el cántico de Simeon, nos describe en la persona de aquel profeta, á todos los justos, deseosos de romper las cadenas que detienen sus almas en la cárcel de los cuerpos, para ir á unirse con Jesucristo. Y san Gregorio nos dice que, al modo de los siervos fieles y diligentes del Evangelio, luego que el Señor llama á nuestras puertas con una grave enfermedad, debemos abrirle muy alegres, para que nuestra prontitud sea prueba del amor con que le recibimos. Ultimamente no he leido en la historia eclesiástica de los primeros ni de los últimos siglos, que ninguno de aquellos, cuyas vidas se nos proponen como ejemplares á nuestra imitacion, dejara de alegrarse con la noticia de su próxima muerte. Pues ¿qué apoyo tenemos nosotros para nuestro miedo y tristeza?

No quiero disimular, señores, el que á primera vista nos da

(1) II. *Petr. c.* 1. *v.* 10. *et seqq.*

la tristeza y angustia de Jesucristo próximo á su muerte. Pero, si bien se mira, en nada nos favorece, porque aquella tristeza tuvo, en sentir de muchos santos Padres, otros diferentes motivos que la muerte, es á saber, los pecados de todo el género humano, la infame desercion de sus discípulos y la ingratitud de los hombres que tenia presentes en aquella hora. Aunque concedamos que el Señor se entristeció de su muerte, es cierto que se entristeció porque quiso, y por fines soberanos, propios de su misericordia. Entre ellos señala san Ambrosio el de haber querido curar con su tristeza la nuestra, infundiendo en su lugar la alegría de la muerte; cuyo pensamiento nos obliga á considerar la tristeza de Jesucristo, no como ejemplar de la nuestra, sino como remedio, que inutilizamos, cuando nos entristecemos de la muerte. Sobre todo, para no apartarnos del lenguaje comun de las escuelas, debemos colocar en la parte superior de la voluntad de Jesucristo una perfecta conformidad con la de su eterno Padre y una alegría consumada, poniendo en la parte inferior la tristeza, que es la que os permitiré sin repugnancia, como compatible con el sosiego y quietud del ánimo.

He querido persuadiros con razones y con ejemplos, que no temáis la muerte, por juzgar, que este temor á lo último de la vida os perturba con notable perjuicio de vuestras almas; y para que lo conozcáis, reparád lo que sucede en la muerte de nuestros prójimos, y nos refiere nuestro santo prelado santo Tomas de Villanueva. Comienza la enfermedad, y aunque tal vez grave, se pinta leve: crece el peligro, y porque no digan que muere el enfermo sin sacramentos, se trata de decírselo; pero con muchos rodeos, muchas salvas y muchas esperanzas de recobrar la salud. Luevo vuelve á pensarse en aplicarle nuevos exquisitos remedios, hasta que desahuciado de los médicos, perdido casi el sentido, emplea muy poco ó ningun tiempo en ajustar la larga estrecha cuenta que ha de dar á Dios. Qué se sigue de ahí? Ah! ya lo veremos en el dia del juício. Y de dónde proviene? De este pánico temor de la muerte que se supone inevitable, y es indigno de un cristiano, que debe por medio de la penitencia vencer el temor de la muerte, y aprovecharse de su memoria para hacer penitencia.

SEGUNDA PARTE.

Aunque veo que todos os sujetáis á que un ministro de la Iglesia os ponga sobre vuestras cabezas la ceniza, no sé si todos la tomáis como un recuerdo de la muerte. Porque está poco ménos introducido entre los mortales el horror de la memoria de la muerte que el de la muerte misma, de que os hablé en la primera parte de mi discurso. Muchos hombres y casi todas las mujeres no podéis sufrir la vista de los difuntos, y cuando la divina Providencia os los pone delante, apartáis ó cerráis los ojos, por no veros en la precision de haber de pensar en vuestra muerte. Mas yo empeñado esta mañana en quitaros el horror de la muerte, proseguiré en el empeño de quitároslo de su memoria. En su consecuencia os diré con san Efren, que os acerquéis á los cadáveres, singularmente de los jóvenes, y muy despacio les preguntéis: *Ubi juventutis flos et pulchritudo? ubi venustus ille genarum color?* ¿Qué se hizo la pomposa fragante flor de tu juventud? Que él por señas os responderá: marchita al rigor de una enfermedad, se deshojó al fatal golpe de la muerte. — Qué se hizo tu peregrina belleza? — Se pasó caminando á la region de las tinieblas. — Qué el carmin de tus labios? — Cedió el lugar á la palidez. — Qué la azucena y la rosa, el agradable color de tus mejillas? — Lo borró la mano del artífice, que lo imprimió. — Qué la gallarda disposicion de tu cuerpo? — Está para reducirse á un monton de polvo y ceniza. — Detenéos, viadores, pasajeras, las que estudiáis al espejo modos y modas, para aumentar la hermosura, ¿qué os parece la imágen que miráis? Pues es verdadera efigie de lo que habéis de ser.

Os es ingrata, señores, esta representacion funesta? Sí, lo será por vuestra mala educacion en los primeros años, en que os hicieron miedo con los muertos, en lugar de haceros ver y meditar en ellos vuestra propia muerte. Pero podéis ahora corregir aquel defecto, deponer este vil miedo á los cadáveres, y tomarlos por maestros, que cada dia os enseñen y acuerden que habéis de morir. San Juan Clímaco queria, que nos fuese tan familiar y frecuente la memoria de la muerte, como lo es el uso del pan; de suerte que así como mezclamos el pan con todos los manjares, así debemos mezclar la memoria de la muerte con

todos los gustos de la vida, para que no lleguen á ser nocivos á nuestras almas. Porque los gustos y bienes de este mundo sin la memoria de la muerte desordenan nuestro apetito, y enajenan la razon; mas con la memoria de la muerte, que los acaba, se hacen indignos de nuestra estimacion, é incapaces de engañarnos y desvanecernos.

Con este designio, luego que los antiguos emperadores de Constantinopla se sentaban en el solio, les mostraban diferentes mármoles y jaspes, preguntándoles, de cuál de ellos querian que se les labrase su sepulcro. En la antigua Roma, cuando entraban triunfantes sus capitanes, iban junto al carro del triunfo algunos, que entre las aclamaciones y víctores del pueblo les decian, que eran mortales; y los egipcios en el salon en sus mas solemnes convites ponian un esqueleto ó cadáver de bulto con un letrero que decia á los convidados: coméd y bebéd, bajo el supuesto de que habéis de ser lo que yo soy: *In me intuens pota et oblectare, talis post mortem futurus.* ¡Qué ejemplares estos, cristianos mios, tan vergonzosos para nosotros, que tenemos por imprudente á cualquiera que en semejantes ocasiones de alegría se atreve á recordarnos la memoria de nuestra muerte, y si por casualidad nos ocurre, la apartamos, como importuna é intempestiva! ¿Acaso no la tenemos por necesaria para atajar la vanidad, cuando mas la inspiren las glorias mundanas, y para contener el apetito, cuando mas lo brindan los deleites sensuales? ¿Ó no queremos que se hagan desabridos los manjares terrenos, arrojando sobre ellos la ceniza de la memoria de la muerte? No queremos, segun veo, ser tan humildes, tan parcos, tan modestos, como los gentiles: solo amamos los gustos de esta vida, y aborrecemos las penas y todo lo que puede inducirnos á penitencia.

La memoria de la muerte, oyentes mios, que infundió en los gentiles un sinnúmero de virtudes, es la que comienza y concluye en nosotros la grande obra de la penitencia, que ellos no conocieron. Primeramente la memoria de la muerte nos hace conocer la fragilidad, y la poca ó ninguna duracion de los gustos y bienes de la tierra, que se acaban con nuestra corta vida; y de ahí nace el desengaño y el arrepentimiento de haberlos amado, como estables y como nuestro último fin. Luego la memoria de la muerte, junto con la brevedad de la presente vida, nos representa futura una eternidad, un espacio inmenso, una

felicidad sin término, destinada por premio á los que lloran y gimen, y se mortifican penitentes. De ahí proviene, que cotejando los bienes del cielo con los males ó trabajos de la penitencia, nos parecen estos muy ligeros en comparacion de aquellos. Despues de esto ¿qué mas le queda que hacer á la memoria de la muerte? ¿En quién no produce ejecutivamente estos admirables efectos? En quien no se halla. Solamente los que no se acuerdan de la muerte, los que no tienen presente cuán incierta es su hora, los que quieren arriesgar su penitencia, la difieren para lo último de la vida.

Volvéd á considerar lo que ántes os dije que sucede en la enfermedad y muerte de nuestros prójimos, y claramente conoceréis, cuán arriesgada es entónces la penitencia. ¿Por qué os parece, que aquel hombre entre sustos y congojas escudriña bien su conciencia enmarañada? ¿aquel hombre, impenitente por costumbre, concibe de un instante para otro un verdadero dolor de penitencia? ¿aquel hombre, hecho á vivir una vida deliciosa, forma el propósito de mudarla en otra mortificada y penitente? Bien puede ser; pero es muy difícil, y mas regular que no sea. Porque el mismo Dios que ofrece perdonar al pecador en cualquier hora que se arrepienta, declara que no concede la gracia del arrepentimiento, que vuelve la espalda al que abusa largo tiempo de su misericordia; y por un Dímas que me señalaréis arrepentido á la hora de la muerte, nos acuerdan las sagradas Letras innumerables impenitentes y condenados.

No difiráis pues para mas adelante vuestra penitencia, no sea que venga la muerte, cuando ménos penséis, y os coja desprevenidos. Aunque todos los dias debemos ser penitentes; aunque, segun decia san Basilio, todo el discurso de nuestra vida debe ser un continuo sacrificio de penitencia; sin embargo este de la cuaresma es el mas propio, pues en él la Iglesia nos acuerda la memoria de la muerte, nos cubre de ceniza, nos impone la expresa obligacion de hacer penitencia. Y como la comencéis hoy y la continuéis el resto de la cuaresma, me persuado que no la dejaréis hasta la muerte; sin que por eso piense condenaros á una pena de por vida insoportable, sino á una pena muy llevadera, á una tristeza apacible, y digámoslo así, risueña, propia de los cristianos de los primeros siglos, que segun escribe Minucio Eélix, fueron el asunto de la admiracion y de la envidia de los gentiles. ¿Qué hombres son estos, decian, que al

mismo tiempo que los atormentamos con garfios y con ecúleos, ó que ellos se mortifican con ayunos y cilicios, rebosa en sus rostros la alegría? No se dejan ver en los teatros, en los circos ni en otros regocijos públicos, y están muy contentos. Cuando los buscamos en los desiertos, pensando encontrar unas fieras, hallamos unos hombres ó ángeles, que despiden de sus bocas dulces afectuosas palabras. Están locos? No, pues hablan con mas libertad y acuerdo que nosotros. Son infelices? No, pues se alegran en sus propias penas. Es preciso que haya algun encanto oculto, que los embelese: *Vis incantatrix;* ó que el Dios, á quien con tanta fineza sirven, los consuele en sus trabajos, los alegre en medio de sus penas. Y así era, cristianos mios, y así será en vosotros, como procuréis llevar las aflicciones de la penitencia con el mismo espíritu que aquellos cristianos. Miéntras que lloréis vuestras culpas con amargura, cierta suavidad se esparcirá en el fondo de vuestras almas, cierto disgusto de la mala vida pasada os hará parecer dulce la nueva vida que emprendisteis, y todas sus penas no las trocaréis por los mayores gustos del mundo.

Cuando no sea mas que por librarnos de las zozobras y angustias que padecen los pecadores en su muerte, debemos elegir una vida penitente y mortificar nuestros sentidos, de modo que la muerte nos encuentre muertos, para que seamos del número de aquellos muertos bienaventurados, que, segun dice el Espíritu santo, mueren en el Señor: *Beati mortui, qui in Domino moriuntur* (1). Haga la penitencia en nosotros lo que ha de hacer la muerte: cerremos los ojos demasiadamente curiosos, para que no vean vanidades; tapemos los oídos, para que no oigan palabras lisonjeras, torpes é injuriosas; atemos nuestros piés, para que no corran tras de las diversiones peligrosas; cruzemos las manos rapaces de los bienes ajenos; quitemos con anticipacion la vida delincuente á nuestros sentidos; y con esto no tendremos que sentir en la muerte, y podremos decirle á Jesus: ó amado esposo de nuestras almas, venid á recibirlas en vuestros brazos, y reclinádlas sobre vuestro pecho herido por nuestro amor. Sacádlas del calabozo de este cuerpo impuro, de este mundo infiel, traidor enemigo; no tardéis en venir, sino el tiempo que vos mismo sabéis necesitamos para disponernos con la penitencia á recibiros. Mas como vuestra gracia no necesita de tiempo para convertirnos á vos, ahora mismo podéis inmutar nuestros corazones, y hacer que muramos, como murieron muchos del dolor de haberos ofendido. Bien lo merecéis, Dios mio: por vuestra infinita bondad nos pesa de haber pecado. Perdonád nuestras culpas: infundídnos la vida de la gracia, para que vivamos con vos en la gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

(1) *Apoc. c. 14. v. 13.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE

LA CONVERSION.

PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

(DE TRENTO.)

Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris.
Acuérdate, hombre, que eres polvo, y que polvo volverás á ser.

La santa Iglesia en la presente ceremonia de las sagradas cenizas.

Nunc ergo dicit Dominus : convertimini.
Ahora pues dice el Señor que os convirtáis.

Joel, c. 2. v. 12.

Al volver cada año estos presentes dias, dias santos y venerables á la verdad por un antiquísimo y apostólico rito, por una religiosa y cristiana tristeza, y por el ayuno cuaresmal que se nos ha intimado; al volver, digo, estos presentes dias, vuelve tambien segun el uso introducido nuestra buena y piadosa madre la Iglesia á derramar con triste y lúgubre ceremonia sobre la humillada cabeza de sus fieles la saludable lluvia de las cenizas misteriosas, y á traerles á la memoria que por grandes que crean ser al presente, no son á la verdad ni serán despues otra cosa que un polvo vil é inmundicia, queriendo de este modo recordar á un mismo tiempo á cada uno, así su natural bajeza como su miserable fragilidad. Por tanto habiendo ella, con gran desconsuelo y sentimiento suyo, observado en las locuras y diversiones, particularmente de las pasadas carnestolendas, los extravagantes desórdenes y las perversas y corrompidas costumbres de nosotros sus hijos; y habiendo ademas llorado largamente consigo misma y arrojado de lo íntimo de su inconsolable corazon amargos suspiros, manda á sus ministros, que despojados de los ornamentos de contento y placer, y dejados los festivos cánticos, y olvidadas las alegres y solemnes fiestas, tomen trajes de tristeza y dolor, y que distribuídos al rededor de los altares y postrados hasta en los umbrales de los sagrados templos, exclamen con lastimosos gritos y voces doloridas : perdon, ó gran Dios, perdon y misericordia para vuestro pueblo (1). Y aún no contenta con esto manda ademas que algunos de sus ministros, ocupando un lugar elevado y haciendo las veces de embajadores suyos, ó por mejor decir, de embajadores del mismo Dios, manifiesten á los fieles reunidos su dolor y sus intenciones, sirviéndose de las palabras mismas del Señor y diciéndoles con claras é inteligibles voces, que se conviertan por fin y no retarden hacerlo. Así pues, aunque nosotros á causa de la miserable condicion de hombres seamos sumamente indignos de semejante comision, no obstante siendo, como ministros de Dios y de la Iglesia mas dignos que todos, y hallándome yo adornado de este respetable carácter, me presento á vosotros por la primera vez, mis amados oyentes, y en tono muy respetuoso á la verdad, pero al mismo tiempo de autoridad y franqueza, os intimo de parte de vuestro Padre y Criador una conversion pronta y sincera de vuestras culpas, haciéndoos tambien presentes de parte de vuestra madre la Iglesia los dos mas poderosos motivos que hay para ella; es á saber, en el polvo que sois, vuestra bajeza, y en el polvo que seréis, vuestra mortalidad; pues si quisieseis hablar francamente, confesariais que no por otra causa tuvisteis la osadía de rebelaros contra Dios y ofenderle, sino porque en el furor de vuestras pasiones y de vuestros pecados olvidasteis la nativa bajeza de vuestro vilísimo ser, así como os mantuvisteis largo tiempo rebeldes á Dios en medio de vuestros excesos, porque olvidasteis aún mucho mas la fragilidad de este mismo ser que podia disolverse en cualquiera momento. En vista de esto acordáos primeramente que sois polvo, pues acordándoos de vuestra natural bajeza, os volveréis fácilmente á Dios con una conversion sincera; y despues acordáos que seréis polvo, porque acordándoos de vuestra mortalidad, os volveréis fácilmente á Dios con una conversion pronta y expedita. Divinísimo Espíritu, inmortal fuente de luz y luz

(1) *Inter vestibulum et altare plorabunt sacerdotes ministri Domini, et dicent : Parce, Domine, parce populo tuo.* Joël, c. 2. v. 17.

bienaventurada de los corazones, ¿osaré yo hablaros siendo polvo y ceniza, como me reconozco ser? (1) ¿osaré yo hablaros á vos, que principalmente en este sacrosanto tiempo de cuaresma cumplís el oráculo de vuestro profeta, quien representándoos con bella fantasía como un espíritu, conductor veloz de estrepitosos y ligeros carros, os hace ver sentado sobre vuestros ministros, como sobre unos fogosos caballos, en ademan de espolearlos é incitarlos á aquella ligera y dilatada carrera, en que tiran del venturoso carro portador de la salud? (2) Llenád de vos mismo, Espíritu paráclito, llenád de vos mismo primero mi corazon y mi mente, y despues la mente y el corazon de cuantos me escuchan, para que yo comprenda y ellos comprendan, para que yo sea movido y ellos tambien lo sean, para que yo quede inflamado por vos, y todos ellos queden poseídos por vos. Dignáos de oirme, no solamente por la poderosísima intercesion de nuestros ángeles de la guarda y de los santos nuestros amorosísimos protectores y abogados, sino tambien por la de aquella que siendo vuestra amantísima Esposa y escogida por vos, es al mismo tiempo dulce refugio y consuelo nuestro; por la intercesion, digo, de María santísima, cuyo patrocinio imploro particularmente, y bajo cuyos felicísimos auspicios, así como empiezo, así espero concluir este curso cuaresmal; y desde luego en el nombre de la augustísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu santo me vuelvo á vosotros, oyentes mios, y doy principio.

Siendo todo pecado grave, cualquiera que sea la causa ó motivo por que se cometa, un verdadero y real desprecio de la suprema y divina Majestad, es necesario, segun reflexiona un gran Padre, que así como no ha podido ántes cometerse, así tampoco se pueda cometer al presente, ni sea posible cometerlo jamas, sin que vaya acompañado de una extraordinaria soberbia, sobre la cual se levante como sobre su cimiento, ó de la cual brote como de su raíz (3).

Y ¿no fué en efecto de la soberbia, de donde se originaron

(1) *Loquar ad te, cum sim pulvis et cinis?* Gen. c. 18. v. 27.
(2) *Qui ascendes super equos tuos; et quadrigæ tuæ salvatio.* Hab. c. 3. v. 8.
(3) *Nullum peccatum fier potuit, potest, aut poterit sine superbia, siquidem nil aliud est omne peccatum nisi contemptus Dei.*

los dos primeros pecados con que se inficionó el mundo, el pecado, digo, de los ángeles en el cielo y el pecado del primer hombre aquí en la tierra? Hincháronse los ángeles de un insoportable orgullo, cuando negando á Dios la debida obediencia, celebraron un temerario concilio y deliberaron, segun el lenguaje de Isaías (1), extender las alas para volar hasta sobre las estrellas y sentarse altivos á los lados del aquilon, erigiendo su trono en el trono mismo de Dios y haciéndose iguales al Altísimo, que no permite igualdad. Y ¡ojalá que tanta arrogancia, ó se hubiese quedado toda en el cielo donde nació, ó se hubiese sepultado en los profundos abismos donde cayó precipitada de una vez! Pero no fué así, dice Agustino, porque embriagado Lucifer con semejante veneno, lo dió á gustar al hombre, por lo mismo que lo habia experimentado tan nocivo (2). Y qué hizo? Le inspiró el fatal pensamiento de igualarse con el Ser divino (3); y no fué necesario mas, para que desobediente el hombre quebrantase los preceptos de su Dios y Señor, verificando, como lo notó despues san Ambrosio, que ya sea en la caída del diablo, ya en la prevaricacion del hombre, el orígen del pecado es la soberbia (4). Hé aquí, hombre, que por el santo Job fuiste definido *podre y gusano* (5), la verdadera y maligna fuente de donde aún manarán todas tus culpas.

Y á la verdad, si la soberbia, segun dice el mismo Agustino, no es otra cosa que cierto iniquísimo deseo de ensalzarse por perversos é indebidos medios (6), ¿á qué necísimo ensalzamiento no aspiraste tú, cristiano, cuando abandonando á tu Dios y despreciando sus prohibiciones y amenazas, osaste hollar á su vista sus divinas leyes, para seguir las de tus caprichos y desenfrenados apetitos? Tú mismo te constituíste principio y término de tus pensamientos y operaciones, llevando siempre á ejecucion tus malvados designios. Un dios te formaste, un sacrílego y nuevo dios, ó por mejor decir, otros tantos dioses cuantos eran los medios y objetos que se te presentaban, para satisfacer tus deseos, siempre insaciables y siempre varios y diferentes.

(1) *Isai. c. 14. v. 6.*
(2) *Propinavit homini superbiam.*
(3) *Eritis sicut dii.* Gen. c. 3. v. 5.
(4) *Sive in lapsu diaboli, sive in prævaricatione hominis initium peccati superbia est.*
(5) *Putredo et... vermis.* Job, c. 25. v. 6.
(6) *Quid aliud est superbia nisi perversæ celsitudinis appetitus?*

Un dios te formaste de la ambicion y de la venganza, un dios de la codicia y del interes, un dios de los placeres y de la sensualidad, un dios, segun la certísima expresion de san Cipriano, un dios de todo aquello que antepusiste á tu único y verdadero Dios (1). Y ¿no es este el mismo y el vanísimo engrandecimiento, al que primero aspiraron locamente los ángeles prevaricadores, y mas locamente despues de ellos Adan? Ó Dios mio! mucho hiciste por cierto en elevar al hombre á un estado poco inferior al de los ángeles (2); y ¿quién al mirarle, pudo no exclamar maravillado, qué es el hombre que tanto le ensalzas? (3) No obstante al hombre tan elevado pareció pequeña su elevacion, y procurando igualar la prodigiosa sublimidad de los ángeles, despues de haber conocido que no le era posible en otra cosa, se esforzó á igualarlos por lo ménos en soberbia.

Y ¿qué fortísimo reparo ó baluarte no puso Dios, oyentes mios, para obviar que pasase al hombre semejante arrogancia? Habiendo observado (bella reflexion de algunos Padres) que la causa de tanta osadía en los ángeles habia sido la excelencia de aquella sublime é incorpórea naturaleza que les habia dado, dijo entre sí: esta elevacion y este engrandecimiento exponen demasiado al riesgo de vanidad. Pues para que el hombre me sea mas fiel y obediente que lo ha sido el ángel, le daré en hora buena tambien un espíritu inmortal y eterno; pero al mismo tiempo le colocaré dentro de una sustancia vil y material, á fin de que para estar humillado y sujeto á mis mandatos, solo necesite de recogerse en sí mismo y de examinarse á sí mismo con atencion (4). Por tanto hé aquí al divino y sapientísimo Artífice, concluída ya la grande obra de colocar inmóbil la tierra sobre la nada, y de extender al rededor de ella los cielos á modo de toldos, con el semblante todavía resplandeciente de la inmensa luz que habia comunicado al sol, y con las manos brillantes de los innumerables y lucidísimos astros que habia distribuído por el cielo, á manera de centinelas, para velar por la noche sobre los mortales; héle pues, digo, en el campo damasceno inclinado á la tierra y todo empleado en formar... qué? una vilísima é imperfecta criatura. Mirád con cuánto estudio y

(1) *Quidquid homo Deo anteponit, deum sibi facit.*
(2) *Minuisti eum paulo minus ab angelis.* Psalm. 8. v. 7.
(3) *Quid est homo, quia magnificas eum* Job, c. 7. v. 17.
(4) *Humiliatio tua in medio tui.* Mich. c. 6. v. 14.

con qué nuevo y admirable magisterio endurece este barro, formando robustos huesos, lo ablanda formando flexibles nervios, lo adelgaza formando tiernas fibras, lo liquida formando una vigorosa sangre y lo dilata formando un sutilísimo cútis. Mirád asimismo cómo de este barro saca y forma las venas, las arterias, los músculos y todo cuanto sostiene, divide, humedece y da simetría y figura al cuerpo humano. Con el barro forma las manos y los piés, con el barro da vida á los muertos ojos, con el barro da color á las pálidas mejillas, y con el barro da consistencia á la humana y delicada carne. ¡Obra por cierto maravillosa, estupenda y digna de la divina mano que la formó! Mas, por bella que sea la obra, observád que su materia no es mas que lodo (1). Este, señores mios, es el verdadero y primer principio de nuestro ser terreno, este el cimiento sobre que se levanta el edificio de nuestra soberbia, y de la alta estimacion que hacemos de nosotros mismos. Fuimos formados de un lodo y polvo vil, de lodo y polvo estamos compuestos todavía, y aún subsiste y vive en nosotros el lodo y el polvo. Así pues se sirvió de una exacta y enérgica expresion el real Salmista, cuando hablando con Dios del último polvo en que seria convertido el hombre por su poderosa diestra, no contento con llamarlo meramente polvo, como parecia bastaba, lo llamó ademas polvo de la muerte (2), para que se entienda que no es este el único polvo nuestro, y que así como hay polvo de la muerte, así tambien hay polvo de la vida, y lo es el que somos nosotros al presente.

Y si es así, díme tú, polvo, cual lo eres hombre, ¿cómo pudieron en la tierra y en la ceniza echar raíces tanta arrogancia y tanta soberbia? (3) Tú puedes ser insolente contra el cielo? ¿tú llevar el cuello recto y altivo contra el mismo Dios? ¿tú ensalzarte sobre él, provocarle y hasta declararle la guerra? Oh, acuérdate, cualquiera que tú seas, y no te hagan olvidar de ello jamas ni los puestos elevados y sublimes, ni la antigua nobleza de la sangre, ni el especioso ornamento de los títulos, ni el poder, ni el influjo; acuérdate digo, que aún siendo hombre, eres polvo (4). Tampoco te hagan olvidar de esto, ó rico y noble, ni

(1) *Formavit... Deus hominem de limo terræ.* Gen. c. 2. v. 7.
(2) *In pulverem mortis deduxisti me.* Psalm. 21. v. 16.
(3) *Quid superbit terra et cinis?* Eccl. c. 10. v. 9.
(4) *Memento, quia pulvis es.*

los brillantes montones de oro que tienes por ventura encerrados en tus arcas ó cofres, ni los tributos de respeto y veneracion que al paso recibes del pueblo. Aún eres polvo: acuérdate de ello. No te hagan en fin olvidarte de lo mismo, ó dama, ni las galas, ni las piedras preciosas que brillan en tu persona, ni la grande multitud de aduladores ó criados que te rodean. Aún eres polvo: acuérdate de ello (1).

Y en una palabra acordáos de ello todos vosotros, y reconociéndoos al fin por lo que sois, postráos humildemente delante de vuestro Dios y confesád que sois lodo vilísimo y que él es vuestro soberano hacedor (2), pues yo entre tanto valiéndome de la autoridad que me dan mi carácter y mi ministerio, me volveré á vosotros con el espíritu del profeta Jeremías y os diré en alta voz: escucha, ó tierra vil y despreciable, escucha con sumision las voces de tu Señor (3): él es quien habla (4). Y qué dice? Convertíos (5). Ó Dios mio! ¿quién podrá admirar y ensalzar bastantemente los amorosos designios de tu incomprensible misericordia? Yo hubiera llegado sin duda á pensar que cansado finalmente Dios y enojado sobremanera de encontrar tanta arrogancia en barro tan vil, hubiese ya resuelto anonadarlo enteramente, y que por tanto lleno de una implacable ira desmenuzara este atrevidísimo barro, lo destruyese y aniquilase, cumpliendo el vaticinio de David (6). Y le hubiera acaso costado esto mucho? Un solo soplo de su omnipotencia ¿no seria muy bastante para esparcir por el viento un polvo tan frágil y ligero? ¿Qué firmeza, qué resistencia podia esperarse? Pero no: así no piensa nuestro Dios, un Dios tan bondadoso: Dios no habla así. Acuérdase que él mismo ha elevado á hombre este polvo, que él mismo se ha fatigado en formarle con sus propias manos, y que él mismo ha delineado y organizado su estructura; y al mismo tiempo conoce á fondo su debilidad, su miseria y sus achaques (7). Hé aquí pues lo que Dios dice: convertíos, convertíos. No os quiero destruídos, cristianos, os quiero enmendados: más bien excitan vuestras locuras la piedad en

(1) *Memento, quia pulvis es.*
(2) *Pater noster es tu, nos vero lutum.* Isai. c. 44. v. 8.
(3) *Terra, terra, terra, audi sermonem Domini.* Jerem. c. 22. v. 29.
(4) *Hæc dicit Dominus.* Ibid. v. 30.
(5) *Convertimini.* Joël, c. 2. v. 12.
(6) *Ut pulverem ante faciem venti, ut lutum platearum delebo eos.* Psalm. 17. v. 43.
(7) *Quoniam ipse cognovit figmentum nostrum.* Psalm. 102. v. 13.

mi corazon que la indignacion. El olvido, bien lo conozco, de lo que erais, os hizo olvidaros tambien de vuestros deberes; pero sirva la ceniza que lleváis en la frente, para traer hoy á la memoria vuestro verdadero ser, y sírvaos tal recuerdo para haceros reconocer en vuestra vil condicion la gravedad de vuestra culpa. Ah! no corresponde á tanta bajeza tanta ambicion, ni se conforman bien la soberbia y el lodo.

Y aún con esto no se da Dios por satisfecho, pues exige ademas, mis amados fieles, que nos resolvamos á ello bien pronto, y que léjos de retardarlo lo hagamos al presente. Y por qué? Porque, como añade la Iglesia, seremos polvo. Y aquí notád, os suplico, otro amoroso expediente de la divina bondad. Peca Adan en el paraíso terrenal, y Dios en el acto de arrojarle de él, condenándole á las necesidades y males de una infelicísima vida, fulmina tambien contra su cabeza la inexorable sentencia de muerte; sentencia á la verdad justísima, porque no siendo Adan desemejante del polvo de que estaba compuesto, sino por el espíritu que Dios le habia infundido amorosamente, y habiendo él abusado de esta gracia pecando, se condena justamente á convertirse en el polvo de que fué formado; y sentencia ademas severísima, porque se dirige á reparar el desórden ocasionado por la culpa, con nada ménos que con una parcial destruccion del mismo culpado; pero sentencia no obstante, añade san Bernardo, sumamente templada y dulcificada con un finísimo rasgo de misericordia (1), puesto que con ella convierte nuestro piadosísimo Dios en salud del pecador el castigo mismo de su pecado. Y ¿quién de vosotros, soñores mios, ignora que una vana y necia presuncion de soñada inmortalidad precipitó á nuestros infelices progenitores en su atroz delito? Habia Dios, como bien sabéis, con la expresa amenaza de una inevitable muerte, levantado, por decirlo así, para guarda del árbol prohibido una formidable trinchera de espanto (2); de manera que no solamente no osaban nuestros primeros padres acercarse á él, sino que si alguna vez lo miraban á lo léjos, les parecia envuelto en negras sombras aquel fatal tronco, y que todas sus ramas y todas sus hojas despedian de sí un melancólico y funesto horror de muerte. Mas apénas oyen las lisonjeras

(1) *Gravis quidem sententia, sed non sine grandis misericordiæ temperamento.*
(2) *In quocumque die comederis ex eo, morte morieris.* Gen. c. 2. v. 17.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

voces de la astuta serpiente, apénas escuchan sus falaces promesas de que por mas que quebrantaran la prohibicion, no moririan (1), cuando desaparece en un momento de sus ojos todo el horror del horrendo árbol, y no solo les parece su fruto de hermosa vista, sino tambien de sabroso gusto (2). Así pues, Eva extiende inmediatamente su atrevida mano, coge el fatal fruto y lo alarga al incauto consorte, quien ya lo acerca á sus labios y lo gusta. ¡Ó desventuradísimo Padre, ya has muerto! sí, ya has muerto! ¡Bien pronto verás en otro ántes que lo experimentes en ti mismo, las terribles consecuencias de tu horroroso ejemplo, y entónces sí que viendo confirmadas las divinas amenazas en los apagados ojos de tu muerto Abel, en sus cabellos teñidos de fresca sangre y en su pálido y descolorido semblante, abrirás, ó miserable, aunque demasiado tarde, los ojos para conocer y llorar á un tiempo tu enorme culpa!

Pues ahora, amados fieles, de este acto de tierna misericordia en el ejercicio mismo de su severa justicia que usó con Adan nuestro clementísimo Dios, y de este poderoso expediente de advertirle su exceso se vale tambien la Iglesia en la actual ceremonia de las sagradas cenizas. Ve ella y conoce claramente que gran parte de sus hijos osan permanecer en su grande enemistad con Dios por no sé qué persuasion en que están, acaso sin saberlo, ó sin repararlo ellos mismos, de cierta especie de inmortalidad, no absoluta, por manera que crean estar siempre libres del golpe de la muerte, sino limitada, por decirlo así, á ciertos tiempos y á determinadas circunstancias. Basta oirles discurrir: será necesario, dice uno, partir alguna vez de este mundo. Quién puede dudarlo? Pero ¿es posible que esto ha de ser justamente en la flor de mi edad y de mi robustez? Y así persuadido de que debe morir, no lo está de que puede tambien morir jóven. Yo, añade otro, tengo que dar sin duda el mismo paso; mas ¿es posible que esto ha de ser precisamente ahora en el tiempo mas próspero y en que se me muestra mas propicia la fortuna? Y así persuadido de que ha de morir, no lo está de que puede morir en medio de sus esperanzas. Y para qué he de lisonjearme? replica otro: mi suerte será la de todos y tambien moriré; pero ¿es posible que no ha de concederseme tiempo á lo ménos para concluir este negocio? Es posible? Ah! no, no es posible. En ninguna manera, añade el demonio con sus falaces lisonjas, para acrecentar las del amor propio, en ninguna manera moriréis (1).

(1) *Nequaquam morte moriemini.* Gen. c. 3. v. 4.
(2) *Ibid. v.* 6.

Para desengañarnos pues de estas falsas ideas de inmortalidad temporal, llamémosla así, levanta hoy la santa Iglesia su voz, intimándonos á todos con las tremendas palabras del Señor que sin remedio alguno seremos convertidos en polvo por la muerte (2). Y ¿qué hace oportunamente á su intento de vernos pronto humillados? Intimarnos nuestra fatal muerte, teniéndonos ocultas todas las circunstancias respectivas al modo, lugar y tiempo, á fin de que miéntras ignoramos, cuándo ha de ejecutarse en cada uno de nosotros una sentencia que infaliblemente se ha de ejecutar, vivamos á toda hora, como si en toda hora se hubiese de llevar á ejecucion (3). Por tanto te dice á ti, jóven, que te has de convertir en polvo sin prometerte que no ha de suceder en medio de los desenfrenos de tu juventud: te lo dice á ti tambien, anciano, sin darte palabra de que no te ha de sorprender la muerte justamente en este año, que te lisonjeas de añadir todavía á tu vejez; y nos lo dice en fin á cada uno de nosotros sin darnos ni un momento de seguridad.

Ó amados oyentes mios! ¿os digo yo por ventura cosas de las cuales no hayáis sido vosotros mismos, y acaso muchas veces, testigos y espectadores? ¿No se lloran todos los dias vidas preciosas de sugetos respetables, que siega con su guadaña la muerte, y que las siega de improviso y en todo tiempo? ¿De qué parte de la tierra no podrán referirse y ponerse á la vista muchos de tan funestos ejemplos? Ah! que adonde quiera que vuelva la vista, paréceme ver el pavimento de aquel famoso templo de Babilonia, erigido en honor de una falsa deidad, todo rociado una noche de un menudísimo polvo por el sagaz profeta Daniel. Apénas habia aclarado el dia y se habian abierto las puertas, cuando entraba sin ningun rezelo y segun su costumbre el engañado monarca de aquella gran metrópoli; pero deteniéndole oportunamente el profeta en el umbral, le dijo: dignáos, señor, de reconocer ante todo de quiénes son estas huellas que yo veo estampadas por todo el suelo (4): medio cuerdo

(1) *Nequaquam morte moriemini.*
(2) *In pulverem reverteris*
(3) *Ut dum nescitur,* (oportunísima reflexion del abad Ruperto) *quando sit quæ sine dubio futura est, semper sollicitum reddat.*
(4) *Animadverte cujus vestigia sunt hæc.* Dan. c. 14. v. 18.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

é inspirado por Dios, de que se valió entónces Daniel, á fin de hacer patentes los fraudes, maldades y simulados artificios de los impíos ministros de aquel falso númen, y del que yo quiero valerme ahora para poner en claro la importantísima verdad que os anuncio. Hé aquí, fieles, que os pongo á la vista la vasta superficie de esta tierra, cubierta toda de cenizas humanas de los que en su camino las dejaron á la espalda, dejando tambien algunos vestigios de sí mismos, es decir, su memoria. Mirádlas con bastante atencion, miéntras que yo triste y dolorido os pregunto: de quiénes son estas cenizas? á quienes pertenecen? Hacéd que yo las conozca, y que teniéndolas en la mano pueda mostrarlas y decir: son de tal persona, aquí están; ó á lo ménos hacéd por reconocerlas vosotros mismos, y despues de haberlas mezclado bien y buscado á vuestra satisfaccion, mani estádme, separadas de las demas, las cenizas de aquel vuestro ascendiente ó de aquel vuestro mas estimado amigo. Pero, ah! que mezcladas y confundidas ya no las podéis distinguir ó conocer, ni podéis dar otra respuesta fuera de la que dió á Daniel el mencionado rey de Babilonia: veo huellas de hombres, de mujeres y de niños (1): esto es, que vosotros no veis ya sino miserables y viles reliquias de personas de todas edades, de todas clases y de ambos sexos; reliquias de tiernos é inocentes infantes que eran la única esperanza y el único consuelo de sus padres; reliquias de hermosas y altivas mujeres á quienes perdieron los obsequios, la pompa, el fausto, la vanidad y la soberbia; reliquias de hombres valerosos y magnánimos, que dejaron los cargos, las dignidades, los mandos, las diademas y las coronas. ¡Ó miserable y caduca suerte la de las humanas esperanzas! ¡Ó fiera é implacable espada la de la divina justicia, que á todos indiferentemente persigue, y ya destina una cabeza al sacrificio, ya otra, sin ningun respeto ni ninguna piedad!

Con razon pues la santa Iglesia haciendo resonar hoy en los labios de sus sacerdotes las voces proféticas de Joel, llama y convida á la penitencia á todos sin exceptuar á ninguno, no ménos á los mas robustos que á los mas débiles de complexion, no ménos á los ministros del altar que al presente pueblo, no ménos á los niños que reciben su alimento de los pechos de sus propias madres, que á los que se han encanecido á fuerza

(1) *Video vestigia virorum, et mulierum, et infantium.* Ibid. v. 19.

de una larga edad, y hasta á los esposos mas alegres y á las esposas mas delicadas (1). Por tanto ¿quién de nosotros querrá eximirse de hacer penitencia, ó esperar algun otro tiempo para ella, si la muerte amenaza igualmente á todos, y acaso el tiempo nos faltará? Mas cómo digo, nos faltará? No nos falta ya el tiempo al presente? Y ¿no nos falta de modo que puede decirse con verdad, que no solo estamos amenazados de la muerte, sino que de hecho morimos todos los dias? Y ¿no hemos ya muerto en órden á todo el espacio de vida que hemos corrido? Y ¿no continuamos incesantemente muriendo respecto al espacio de vida que siempre corremos? ¡Válgame Dios, y qué presa ha hecho la muerte en tantos años que se han desvanecido! ¡Qué presa ha hecho la muerte en las fuerzas que están para acabarse! ¡Qué presa en la flor de la hermosura que se empieza á marchitar! ¡Qué presa en la memoria que principia á flaquear, en el ingenio que se va entorpeciendo cada dia, y en el espíritu que ya experimentamos tener ménos vigor! ¡Qué presa, cuando otra no lo sea, y presa certísima ha hecho la muerte en los años de nuestra infancia, en aquellos años los mas felices, por ser los mas inocentes! Y ¿qué, esperaremos por ventura el último momento de nuestra vida, que mucho mejor deberíamos llamar el último momento de nuestra muerte? Ah, mis amados pecadores! no es ya tiempo, no, de diferir la penitencia: comencemos ahora á hacerla, comencemos ahora os digo, pues el tiempo justamente lo exige, la Iglesia lo manda, Dios os estimula y el mundo mismo lo aprueba. Bastante tiempo hemos consagrado á nuestros apetitos, bastante á las disoluciones, bastante á los placeres sensuales, bastante al pecado (2). Basta que en los dias pasados nos hayamos conformado sobremanera con los criminales usos de la gentilidad, no sin gran deshonor del cristianismo. ¿Hirvieron en ellos de voluptuosos manjares los banquetes? pues suceda ya á una voluptuosa hartura un abstinente ayuno. ¿Con el vino y las embriagueces se inundaron y alborotaron las tabernas? pues compénsense ahora estos excesos con una templada sobriedad. ¿Los juegos,

(1) *Vocate cœtum, congregate populum, sanctificate Ecclesiam, coadunate senes, congregate parvulos, et sugentes ubera: egrediatur sponsus de cubili suo, et sponsa de thalamo suo.* Joël, c. 2. v. 15. et 16.

(2) *Sufficit præteritum tempus*, conciuiré con san Pedro, *ad voluntatem gentium consummandam his, qui ambulaverunt in luxuriis, desideriis, vinolentiis, comessationibus, potationibus.* I. Petr. c. 4. v. 3.

el lujo, las pompas nos abrieron la mano para excesivos gastos? pues ábrala ahora para hacer abundantes limosnas una tierna compasion de los pobres; y si una extremada ansia por los placeres nos llevaba desatinados á los espectáculos, á los teatros y á los bailes, un amor mas recto al recogimiento y á la devocion nos conduzca á los oratorios y á las iglesias. En fin acuérdate, hombre, que eres polvo, y sírvate la memoria de tu bajeza para convertirte á Dios con una conversion la mas sincera. Acuérdate tambien que serás polvo, y sírvate la memoria de tu fragilidad, para resolverte á convertirte á Dios con una conversion la mas pronta.

SEGUNDA PARTE.

¿Habré yo acertado, señores mios, si pienso que tal vez á la mayor parte de vosotros he parecido esta mañana á lo ménos un hombre indiscreto, porque en el primer dia, cuando aún tenéis la cabeza aturdida con la algazara apénas concluída de las carnestolendas, exijo que pongáis de una vez toda la atencion en el mas serio, en el mas grave y en el mas difícil de cuantos negocios os pueden ocurrir, cual es la conversion sincera del corazon á Dios? Mas perdonád, amados fieles, este impaciente y fogoso zelo que nuestro amorosísimo Dios al enviarme á vosotros se dignó inflamar en mi corazon; zelo que no me ha dado lugar á semejantes reflexiones, y por el que me parece poder decir con el Apóstol, que de muy buena gana daré cuanto tengo, y me daré á mi mismo por vuestras almas (1).

Y por otra parte ¿he hecho yo mas que convidaros en nombre de vuestro ultrajado Padre y Señor, á que os reconciliéis con él, añadiendo los motivos de hacerlo que os propone vuestra madre la Iglesia? Si el hacerlo todo de una vez y tan presto os parece demasiado, ¡ah, qué engañados estáis y qué poco conocéis vuestro bien! Antes por el contrario así se debe hacer, así conviene y así es fácil hacerlo; y si el hacerlo así os parece demasiado, tambien os parecerá demasiado solamente el prepararos, solamente el comenzar y el reunir vuestros vagos y dispersos pensamientos para dirigirlos todos únicamente

(1) *Libentíssime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris.* II. Cor. c. 12. v. 15.

á este, que es el mayor de vuestros intereses, y al modo de llevarlo á ejecucion.

Concedáseos en hora buena que es difícil; mas por esto justamente es necesario aplicarse á ello con tiempo. Es difícil, ó mas bien imposible, si se considera como una obra que haya de depender de vuestras únicas fuerzas naturales y ordinarias; pero no es imposible á la verdad ni muy difícil, si se considera como una obra, cuya mayor y principal parte toca á la gracia de aquel mismo Señor que la pide y la quiere. Mas ¿cuándo, cristianos, tendréis vosotros, ó mas sólido fundamento para esperar esta gracia, ó mas fuerte razon para pedirla, ó mas poderoso motivo para impetrarla que al presente? Ah! no permita Dios que os tenga oculta una inspiracion oportuna, con que él mismo para gran consuelo vuestro ilumina ahora mi espíritu. Yo os veo á todos en la frente las sagradas cenizas, que recordándoos vuestra vilísima condicion y vuestra miserable fragilidad, os ofrecen dos motivos ó dos estímulos poderosísimos, para que os volváis prontamente á Dios con una conversion leal y verdadera. Pues ahora sabéd que esta misma vileza vuestra y esta vuestra fragilidad, que os traen á la memoria las sagradas cenizas, y que son para vosotros incentivos de penitencia, son tambien incentivos para Djos é incentivos eficacísimos para daros prontamente una copiosa gracia con que la hagáis. No burlo vuestras esperanzas, oyentes mios, ni os entretengo con vanas y lisonjeras ideas. Oíd y concluyo.

Impelido de un entusiasmo profético el real Salmista, al acordarse de la misericordia del Señor que tantas veces habia experimentado, hablaba con su alma arrebatado de su fervor diciendo: «canta himnos, alabanzas y bendiciones á tu Dios, que se muestra propicio con tus culpas, y cura y sana tus enfermedades; y que redime tu vida de las fauces de la muerte y te colma de misericordia y de piedades. Ya no se inflamará contra ti de una inextinguible ira, ni pronunciarán sus labios eternas amenazas contra nosotros. Esto en realidad merecian nuestras culpas, pero no nos ha tratado segun nuestras maldades. Hasta la altura del cielo elevó su misericordia, y como padre amantísimo de sus hijos, se compadeció de nuestros males. Y por qué? Porque se acuerda al fin que somos polvo (1). No basta.

(1) *Quoniam... recordatus est, quia pulvis sumus.* Psalm. 102. v. 14.

Y porque se acuerda ademas que aquel espíritu que pasó á animar este polvo, no estará ya encerrado mucho tiempo, sino que se desaparecerá bien pronto hasta no reconocer aquel mismo cuerpo en que estuvo preso (1). » Así tan fácilmente se apiada Dios de nosotros, porque somos miserables y mortales.

Por tanto, católicos, aumentád vuestras esperanzas, y despues de haberos humillado con las cenizas que tenéis en la frente reconociendo en ellas vuestra bajeza y fragilidad, volvéos á vuestro Criador, y presentándoselas, decid incesantemente con el santo Job : acuérdate de que como barro me hiciste y que á polvo me reducirás (2). Señor, vos me mandáis que me acuerde que soy polvo, y dándome á conocer la soberbia de mi pecar en la vileza de mi ser, me estimuláis á convertirme sinceramente á vos. Yo me acuerdo ; pero acordáos vos tambien que vos mismo me habéis formado de polvo, y así dadme la gracia para convertirme. Me mandáis asimismo, me acuerde que he de volver á ser polvo, y haciéndome conocer en lo frágil de mi vida mi mortalidad, me estimuláis á que no retarde ni un momento el convertirme á vos. Tambien me acuerdo de esto, Dios mio ; pero acordáos vos igualmente que á este polvo, cuando quiera que sea, me reduciréis vos mismo, y así no retardéis ni un momento darme la gracia para convertirme. En suma, Señor, acordáos de aquello mismo de que queréis que nosotros nos acordemos. Sí, acordáos que nosotros infelices somos polvo y que polvo seremos; pero que tales somos y seremos, porque tales nos habéis formado vos mismo. Así que desde este primer dia de la santa cuaresma osamos implorar con la súplica de nuestra madre la Iglesia, que nos dispenséis pronta y abundantemente vuestra misericordia (3), para que de este modo convertidos piadosamente por vos, nos convirtamos todos á vos (4). Así sea.

(1) *Quoniam spiritus pertransibit in illo, et non subsistet, et non cognoscet amplius locum suum.* Ibid. v. 16.
(2) *Memento quod sicut lutum feceris me, et in pulverem reduces me.* Job, c. 10. v. 9.
(3) *Cito anticipent nos misericordiæ tuæ.* Psalm. 78. v. 8.
(4) *Converte nos, Domine, ad te, et convertemur.* Thren. c. 5. v. 21.

SERMON

SOBRE

EL PERDON DE LAS INJURIAS.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE CENIZA (1).

(DE MASSILLON.)

Audistis quia dictum est antiquis : Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis : Diligite inimicos vestros.

Habéis oido que se dijo á los antiguos : amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo : amád á vuestros enemigos.

S. Mateo, c. 5. v. 43 y 44.

Comunmente se cree que el Legislador de los judíos usó de una especie de condescendencia y de cuidado al tiempo de publicar la ley del perdon de las ofensas, y que obligado á contemporizar con la flaqueza de un pueblo carnal, y persuadido ademas de esto á que entre todas las virtudes el amor de los enemigos era la que costaba mas repugnancia al corazon del hombre, se contentó con regular la venganza y ponerle límites; no porque quisiese con esto, como dice san Agustin, autorizar los males menores, para precaver los mayores excesos. Esta ley, como todas las demas, tenia su santidad, su bondad y su justicia ; pero mas era un estatuto político, que una regla de piedad : era muy á propósito para mantener la tranquilidad exterior del estado ; pero no tocaba al corazon y no llegaba á la raíz de los rencores y de las venganzas. Con ella solo se intentaba contener al agresor, amenazándole con la misma pena con

(1) Para este dia se ha puesto un sermon en la pág. 393 del tomo tercero de los de *Mision*, que trata de la importancia de salvarse; y en las págs. 1, 220 y 240 del segundo hay tres, que versan sobre la misma materia que este y el siguiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y porque se acuerda ademas que aquel espíritu que pasó á animar este polvo, no estará ya encerrado mucho tiempo, sino que se desaparecerá bien pronto hasta no reconocer aquel mismo cuerpo en que estuvo preso (1). » Así tan fácilmente se apiada Dios de nosotros, porque somos miserables y mortales.

Por tanto, católicos, aumentád vuestras esperanzas, y despues de haberos humillado con las cenizas que tenéis en la frente reconociendo en ellas vuestra bajeza y fragilidad, volvéos á vuestro Criador, y presentándoselas, decid incesantemente con el santo Job : acuérdate de que como barro me hiciste y que á polvo me reducirás (2). Señor, vos me mandáis que me acuerde que soy polvo, y dándome á conocer la soberbia de mi pecar en la vileza de mi ser, me estimuláis á convertirme sinceramente á vos. Yo me acuerdo ; pero acordáos vos tambien que vos mismo me habéis formado de polvo, y así dadme la gracia para convertirme. Me mandáis asimismo, me acuerde que he de volver á ser polvo, y haciéndome conocer en lo frágil de mi vida mi mortalidad, me estimuláis á que no retarde ni un momento el convertirme á vos. Tambien me acuerdo de esto, Dios mio ; pero acordáos vos igualmente que á este polvo, cuando quiera que sea, me reduciréis vos mismo, y así no retardéis ni un momento darme la gracia para convertirme. En suma, Señor, acordáos de aquello mismo de que queréis que nosotros nos acordemos. Sí, acordáos que nosotros infelices somos polvo y que polvo seremos; pero que tales somos y seremos, porque tales nos habéis formado vos mismo. Así que desde este primer dia de la santa cuaresma osamos implorar con la súplica de nuestra madre la Iglesia, que nos dispenséis pronta y abundantemente vuestra misericordia (3), para que de este modo convertidos piadosamente por vos, nos convirtamos todos á vos (4). Así sea.

(1) *Quoniam spiritus pertransibit in illo, et non subsistet, et non cognoscet amplius locum suum.* Ibid. v. 16.
(2) *Memento quod sicut lutum feceris me, et in pulverem reduces me.* Job, c. 10. v. 9.
(3) *Cito anticipent nos misericordiæ tuæ.* Psalm. 78. v. 8.
(4) *Converte nos, Domine, ad te, et convertemur.* Thren. c. 5. v. 21.

SERMON

SOBRE

EL PERDON DE LAS INJURIAS.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE CENIZA (1).

(DE MASSILLON.)

Audistis quia dictum est antiquis : Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis : Diligite inimicos vestros.

Habéis oido que se dijo á los antiguos : amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo : amád á vuestros enemigos.

S. Mateo, c. 5. v. 43 y 44.

Comunmente se cree que el Legislador de los judíos usó de una especie de condescendencia y de cuidado al tiempo de publicar la ley del perdon de las ofensas, y que obligado á contemporizar con la flaqueza de un pueblo carnal, y persuadido ademas de esto á que entre todas las virtudes el amor de los enemigos era la que costaba mas repugnancia al corazon del hombre, se contentó con regular la venganza y ponerle límites; no porque quisiese con esto, como dice san Agustin, autorizar los males menores, para precaver los mayores excesos. Esta ley, como todas las demas, tenia su santidad, su bondad y su justicia ; pero mas era un estatuto político, que una regla de piedad : era muy á propósito para mantener la tranquilidad exterior del estado ; pero no tocaba al corazon y no llegaba á la raíz de los rencores y de las venganzas. Con ella solo se intentaba contener al agresor, amenazándole con la misma pena con

(1) Para este dia se ha puesto un sermon en la pág. 393 del tomo tercero de los de *Mision*, que trata de la importancia de salvarse; y en las págs. 1, 220 y 240 del segundo hay tres, que versan sobre la misma materia que este y el siguiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que él hubiese molestado á su hermano; ó poner freno á lo sensible de la ofensa, dejándole el temor de que si se excedia en la satisfaccion, se exponia á padecer él mismo el exceso de su venganza.

Aún la moral de los filósofos habia puesto el perdon de las ofensas en el número de las virtudes; pero esto mas era pretexto de vanidad que regla de disciplina: y consistia en que les parecia que la venganza tenia en sí no sé que bajeza, que hubiera desfigurado el retrato y la soberbia tranquilidad de su sabiduría, y porque les parecia cosa vergonzosa el no poderse manifestar superiores á una ofensa. Así el perdon de los enemigos solo se fundaba en el desprecio que de ellos se hacia: se vengaban, menospreciando la venganza; y los soberbios fácilmente se desquitaban del gusto de vengarse de sus ofensores, en la gloria que les resultaba de despreciarlos.

Pero la ley del Evangelio, en órden al amor de los enemigos, no lisonjea á la soberbia, ni condesciende con el amor propio. El cristiano no debe hallar mas consuelo en perdonar las ofensas, que el de obedecer é imitar á Jesucristo, el de reconocer los títulos que en un enemigo le presentan un hermano, y la esperanza de ser tratado por el juez inmortal con la misma indulgencia que él hubiere usado con los hombres. Su caridad no debe tener límites, porque la caridad no los tiene: no conoce excepcion de lugares, ni de tiempos, ni de personas, y nunca debe apagarse. Y aún cuando la Religion de los cristianos no tuviera mas prueba contra la incredulidad que lo grande de esta máxima, poseeria siempre este grado de santidad, y por consiguiente de verosimilitud, sobre las sectas que se han visto en el mundo.

Manifestemos pues los motivos y las reglas de este esencial punto de la ley: los motivos, probando la equidad del precepto, con los mismos pretextos que parece lo impugnan, y las reglas, descubriendo la ilusion con que cada uno justifica en sí mismo las infracciones; esto es, la injusticia de nuestros odios y la falsedad de nuestras reconciliaciones. Imploremos, etc. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Los tres principios mas comunes que unen á los hombres entre sí, y que forman todas las conexiones y amistades humanas, son el gusto, la concupiscencia y la vanidad. El gusto: seguimos cierta inclinacion de la naturaleza, la que haciéndonos hallar en alguna persona mas semejanza con nuestras inclinaciones, y aún acaso mas complacencia en nuestros defectos, nos une á ella, y nos hace hallar en su trato una suavidad, que se convierte en enfado para con los demas hombres. La concupiscencia: buscamos amigos útiles; estos son merecedores de nuestra amistad desde el punto que son necesarios para nuestros placeres ó para nuestra fortuna. El interes es un grande atractivo para la mayor parte de los corazones: los títulos que nos hacen poderosos, se mudan muy presto en cualidades que nos hacen parecer amables, y jamas faltan amigos á los que pueden pagar la amistad de los que los aman. Finalmente la vanidad: siempre estimamos á los amigos que nos honran; con tener su amistad nos parece que participamos de la distincion que ellos tienen en el mundo; queremos adornarnos con su reputacion, por decirlo así; y no pudiendo llegar á su mérito, nos honramos con su compañía, para dar á entender á lo ménos, que no hay mucha distancia de ellos á nosotros, y que solamente gustamos de nuestros semejantes.

Estos son los tres poderosos lazos de las amistades humanas. La Religion y la caridad á casi nadie juntan; y de aquí proviene que luego que alguno nos disgusta, no es favorable á nuestros intereses, ú ofende nuestra reputacion y nuestra vanidad, se rompen los lazos humanos y frágiles que con él nos unian, le escluímos de nuestro corazon, y solo nos causa sentimiento y amarguras. Estos son los tres mas universales principos de los rencores que entre sí mantienen los hombres, los que de las dulzuras de la sociedad hacen una carnicería eterna, emponzoñan todo el gusto de las conversaciones y la inocencia del trato humano, y combatiendo á la Religion en lo vivo, se nos presentan no obstante bajo de unas apariencias de equidad, que los justifican á nuestra vista.

Dije, luego que alguno nos disgusta; y este es el primer pretexto y la primera raíz de nuestra desunion y del rencor que

nos inspiran nuestros prójimos. Decís que sois incompatibles con tal persona; que en ella todo os disgusta y repugna; que le tenéis una antipatía, de que no sois dueños; que todas sus acciones son las mas propias para enfadaros; que el verla no serviria mas que para aumentar la natural aversion que le tenéis; y que la naturaleza ha puesto en nosotros rencores y amores, semejanzas y aversiones, de las que solo ella puede dar razon.

Á esto pudiera desde luego responderos, estableciendo los fundamentos de la doctrina cristiana en órden al amor de nuestros prójimos. Aquel hombre, aunque os desagrade y no sea de vuestro gusto, ¿deja de ser vuestro hermano, hijo de Dios, ciudadano del cielo, miembro de Jesucristo y heredero de las eternas promesas? Su condicion y su genio, sea el que fuere, ¿borra alguna de las augustas señales que recibió en el sagrado bautismo, que le unen á vosotros con lazos divinos é inmortales, y os le deben hacer amable y respetable? Cuando Jesucristo nos manda amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos, ¿quiere acaso imponer un precepto que no cueste repugnancia al corazon, y en cuyo cumplimiento no hallemos pena ni dificultad? Ah! ¿qué necesidad habia de que nos mandase amar á nuestros prójimos, si en virtud de este precepto solamente estuviéramos obligados á amar á los que nos agradan, respecto de los cuales sentimos una inclinacion natural? En este particular no necesita el corazon de preceptos; él mismo es su propia ley. El precepto pues supone dificultad de nuestra parte: Jesucristo previó que nos habia de costar trabajo el amar á nuestros prójimos, que habíamos de hallar en nosotros antipatías y repugnancias que nos apartarian de ello, y por eso unió tan gran mérito á la observancia de este solo punto, y nos declaró tantas veces que en su observancia consistia la de toda la ley: luego la aversion á nuestros prójimos, léjos de justificar nuestro despego para con ellos, hace mas precisa la obligacion de amarlos, y nos pone personalmente en el caso del precepto. Pero ademas de esto, un cristiano ¿se debe gobernar por el gusto y por el genio, ó por los principios de la razon, la Fe, la Religion y la gracia? Y ¿desde cuándo el gusto natural, contra el cual nos manda pelear el Evangelio, se ha hecho privilegio que nos exima de sus reglas? Si la repugnancia que sentimos á nuestras obligaciones, fuera título de excepcion, ¿qué fiel no

estaria dispensado de toda la ley? Cuanto mas desarreglado tuviera su corazon, mas fácilmente hallaria en él su justificacion y su inocencia. ¿Consiste por ventura nuestra ley en nuestros gustos? ¿Acaso la Religion es el descanso, y no el remedio de la naturaleza? ¿no se tiene por flaqueza, aún segun el mundo, el no regular nuestros pasos y pensamientos, nuestros odios y afecto para con los demas hombres, mas que por la extravagancia de un gusto, que no podemos nosotros mismos explicarnos? ¿Y esta especie de hombres honran, no digo á la Religion, pero ni siquiera á la humanidad? ¿No sirven, aún al mismo mundo, de desprecio, irrision y censura? ¿Qué confusion habria en la sociedad, si solamente el gusto decidiera de las obligaciones y respetos, y si no existiera otra ley que uniese á los hombres entre sí? Pues si las reglas de la sociedad piden que no sea el gusto solamente el único principio de nuestra conducta para con los demas hombres, ¿habia de ser el Evangelio mas indulgente en este punto? ¿el Evangelio, que nos predica que nos neguemos á nosotros mismos? ¿el Evangelio, que nos manda que en todo nos violentemos, y que nos opongamos á nuestros gustos y aficiones? ¿el Evangelio finalmente, que quiere que la mira de nuestras acciones sea superior á la carne y sangre, y que sacrifiquemos á la santidad de la Fe y á lo sublime de sus reglas, no solo nuestros caprichos, sino tambien nuestras mas legítimas inclinaciones?

Luego es necedad alegar por excusa la aversion á vuestro prójimo, cuando esta constituye vuestro delito. Os quejáis de que os desagrada y que no está en vuestra mano el sufrirle y contemporizar con él; pero ¿os parece que vosotros no desagradaréis á nadie? ¿Nos podréis asegurar que gustáis á todo el mundo, y que todos os aplauden y aprueban vuestra conducta? Pues si queréis que os disimulen lo molesto de vuestras acciones, atendiendo á la sencillez de vuestro corazon y á las cualidades esenciales de que os preciáis; si os parece ajeno de razon enfadarse por ciertas bagatelas y por algunas prontitudes, de que muchas veces no somos dueños; si queréis que se juzgue de vosotros por la conducta, realidad y rectitud de vuestro proceder, y no por las acciones que son efecto de la indisposion del ánimo, en órden á las que es imposible estar siempre alerta contra sí mismo; usád de la misma equidad con vuestro prójimo; aplicáos la misma regla; sufridle del mismo modo que

vosotros tenéis necesidad de que os sufran; y no justifiquéis vuestro desvío con las injustas aversiones, de que tambien vosotros podéis ser objeto. Y esta regla es la mas equitativa, porque basta mirar lo que sucede todos los dias en el mundo, para quedar convencidos de que los que mas publican los defectos de sus prójimos, son los mas insufribles, el terror de la sociedad y los mas molestos á los demas hombres.

Aquí pudiera preguntaros, amados oyentes mios, ¿si esa repugnancia que os causa vuestro hermano, no depende mas de vosotros, esto es, de vuestra soberbia, de la extravagancia de vuestro humor y de la incompatibilidad de vuestro genio, que de él? Quisiera preguntaros, ¿si todo el mundo ve en él lo que os parece que veis vosotros? ¿si sus amigos, sus parientes y sus iguales le miran con los mismos ojos que vosotros? Y aún quisiera preguntaros, ¿si no son sus buenas prendas lo que en él os desagrada? ¿si no mueven mas la aversion que le tenéis, su talento, reputacion, fama y fortuna, que sus defectos? ¿y si no ha sido hasta ahora todo su pecado para con vosotros la clase en que se halla ó el mérito que le adorna? Muy fácil es el engañarse á sí mismo en este punto; la envidia es una pasion que tiene grande habilidad para disfrazarse: como esta pasion es en sí vil y cobarde, y nos manifiesta interiormente nuestra bajeza, siempre se nos presenta con exterioridades que nos la ocultan; pero registrad bien vuestro corazon, y hallaréis que todos aquellos sugetos que os hacen sombra ó que son mas estimados que vosotros, tienen la desgracia de desagradaros; que solamente estimáis á los que nada os pueden disputar; que todo lo que os excede ó iguala, os enfada y molesta; y que para poder aspirar á vuestra amistad, es necesario no concurrir de modo alguno con vuestras pretensiones ni esperanzas.

Pero paso mas adelante, y os suplico que me estéis atentos. Quiero concederos que vuestro prójimo tiene aún mas defectos de los que le imputáis. Cuando sois tan benignos y cariñosos con aquellos de quienes esperáis vuestra fortuna y colocacion, siendo así que su genio, soberbia y modales os irritan; sufrís su altivez, desaires y desprecios; disimuláis su inconstancia y la desigualdad de su genio, y no desistís por eso, siendo siempre vuestra paciencia mas fuerte que vuestra oposicion y repugnancia, y nada dejáis de hacer por complacerles; si mirarais á vuestro prójimo como á que de él depende vuestra eterna salud, como á que le sois deudor, no de una fortuna de barro y perecedera, sino de vuestra dicha eterna, ¿era posible que siguieseis para con él la extravagancia de vuestro gusto? ¿No venceriais la injusta oposicion que os separa de él? ¿Tanto trabajo os costaria combinar vuestras inclinaciones con vuestros intereses eternos y haceros una violencia útil y necesaria? Nada rehusáis padecer por el mundo y la vanidad, y ¿tenéis por injusticia que se os pida únicamente que deis un paso trabajoso por la eternidad?

No me digáis que estas son unas repugnancias de la naturaleza, de las que no podemos dar razon, y que no somos dueños de nuestros gustos y pasiones, porque aunque en parte decís bien, hay otro amor de la razon y de la Religion, que debe siempre ser superior á la naturaleza. El Evangelio no os pide que os guste vuestro hermano; lo que os pide es que le améis; esto es, que le sufráis, le excuséis, ocultéis sus defectos, le sirváis, en una palabra, que hagáis por él lo que quisierais que los demas hicieran por vosotros. No consiste la caridad en un gusto ciego y antojadizo, en una inclinacion natural, en una simpatía de genios y temperamentos, sino en un amor justo, ilustrado, racional, en un amor que nace de los movimientos de la gracia y de los fines de la Fe. Amar á nuestros prójimos solamente por gusto, no es propiamente amarlos; esto es amarse á sí mismo: solamente la caridad hace que los amemos como se debe, y la que puede formar amigos sólidos y verdaderos; porque el gusto continuamente se muda, y la caridad nunca muere: el gusto sé busca á sí mismo, y la caridad no mira mas intereses que los del objeto que ama: el gusto no resiste á una pérdida, un mal proceder, una desgracia; y la caridad es mas fuerte que la muerte: el gusto solamente ama lo que le acomoda; y la caridad se acomoda á todo y todo lo sufre por el objeto amado: el gusto es ciego, y muchas veces nos hace ámables los vicios de nuestros prójimos; y la caridad nunca aplaude la iniquidad y solo ama la verdad en los demas hombres. Luego son mucho mas constantes los amigos que nos da la gracia, que los que hace la inclinacion natural, pues el mismo gusto que une los corazones, muchas veces en el instante siguiente los separa; pero los lazos formados por la caridad duran eternamente.

La injusticia é inconstancia de nuestro gusto es el primer

principio de nuestro amor y de nuestro aborrecimiento; el segundo es el interes, porque no hay cosa mas frecuente que el oíros justificar vuestros rencores, diciéndonos que tal persona no ha omitido diligencia alguna para perderos; que ha trastornado vuestra fortuna; que todos los dias os está armando nuevos lazos; que en todos los negocios os encontráis con él, y que es cosa muy difícil el haber de amar á un enemigo tan declarado contra vosotros.

Supongo que decís verdad, y os respondo: ¿por qué queréis añadir á los demas males que os ha hecho vuestro prójimo, el de aborrecerle, que es el mayor de todos; pues con los demas solo ha conseguido quitaros unos bienes frívolos y perecederos, y este pierde vuestra alma, y os priva para siempre del derecho que tenéis al reino inmortal? Mas daño os hacéis á vosotros mismos aborreciéndole, que cuanto pudo haceros toda su malicia. Quiero concederos que ha perjudicado á vuestra fortuna temporal; pero si le aborrecéis, aniquiláis el fundamento de vuestra salud eterna; demos que os ha usurpado el patrimonio de vuestros padres; pero para vengaros es preciso que renunciéis la herencia del Padre celestial y el eterno patrimonio de Jesucristo. Luego viene á caer la venganza sobre vosotros mismos; y para resarciros de los males que os ha hecho vuestro prójimo, os buscáis vosotros mismos un mal sin fin y sin medida.

Ademas de esto, el odio á vuestro prójimo ¿os restituye las utilidades que os ha quitado? mejoráis así de condicion? ¿Qué provecho sacáis de vuestro rencor y sentimiento? Os consoláis, decís, con aborrecerle, y este es el único consuelo que os queda; pero qué consuelo, gran Dios! el del aborrecimiento! esto es, el de una pasion infame y violenta, que despedaza el corazon, derrama la inquietud y tristeza en nuestras almas, y que empieza castigándonos y haciéndonos infelices. ¡Qué gusto tan cruel el del aborrecimiento, que nos hace llevar sobre el corazon un peso de amargura que emponzoña toda la vida! Qué modo tan bárbaro de consolarse! ¿No sois dignos de lástima, cuando buscáis para vuestros males un alivio, que no hace mas que eternizar una ofensa transitoria?

Pero dejemos este lenguaje humano, y hablemos el del Evangelio, al que están consagrados nuestros labios. Si fuerais cristianos, amados oyentes mios, si no hubierais perdido la fe, léjos de aborrecer á aquellos de quienes se ha valido Dios para trastornar vuestras esperanzas y vuestros proyectos de fortuna, los mirariais como instrumentos de la misericordia de Dios para con vuestra alma, como ministros de vuestra santificacion, y como felices escollos que han servido para libertaros del naufragio. En el estado de elevacion y crédito os hubierais perdido y os hubierais olvidado de Dios; vuestra ambicion se hubiera aumentado con vuestra fortuna, y os hubiera sobrecogido la muerte en la confusion del mundo, de las pasiones y esperanzas humanas; pero el Señor, para preservar vuestra alma, os suscitó con su gran misericordia obstáculos que os detuvieran en el camino; se sirvió de un envidioso y de un rival para abatiros, para apartaros de los favores, y ponerle entre vosotros y el precipicio en que ibais á caer y perecer sin remedio. Favoreció, por decirlo así, su ambicion y sus intentos, y por un exceso incomprensible de bondad para con vosotros, trastornó los vuestros: ensalzó á vuestro enemigo en lo temporal, para salvaros á vosotros en lo eterno. Debéis pues adorar los designios de su justicia y de su misericordia para con los hombres; mirar á vuestro prójimo como la feliz ocasion de vuestra salud; pedir á Dios que, pues se sirvió de su ambicion ó de su mala voluntad para salvaros, le inspire un sincero arrepentimiento, y no permita que perezca el que tanto ha contribuído á vuestra eterna salud.

Sí, católicos, nuestros odios únicamente provienen de nuestra poca fe. Ah! si miráramos todo lo que pasa, como un humo que no tiene consistencia; si estuviéramos persuadidos de que cuanto hay en el mundo, es nada, y que la salvacion es el principal negocio; que nuestro tesoro y verdaderas riquezas solo existen en la eternidad, á la que hemos de pasar dentro de un instante; si estuviéramos convencidos de esto, miraríamos á los hombres que se resienten, se alteran y tienen entre sí disputas y quimeras por las dignidades de la tierra, como á niños que riñen entre sí por unos juguetes que solo sirven de diversion á su edad, en la que los odios y rencores pueriles solo se fundan en bagatelas, á que solamente la infancia y falta de razon dan algun valor. Estos viven tranquilos en medio de los mayores y mas funestos sucesos, de la pérdida del patrimonio de sus padres, de la ruína de su familia, y sienten vivamente el que les quiten los frívolos objetos que sirven de diversion á su niñez.

De este modo, ó Dios mio! los hombres insensatos y pueriles no sienten la pérdida de su patrimonio celestial, de aquella inmortal herencia que les dejó Jesucristo, y de la que ya gozan sus hermanos en el cielo; miran con tranquilidad la pérdida del reino de Dios y de los verdaderos bienes, y se enfurecen unos contra otros, como niños, cuando se llega á sus pueriles diversiones, y cuando les quitan los juguetes que engañan su débil razon y sirven de divertimiento á su niñez.

Luego el interes es para el cristiano un pretexto indigno y culpable del odio á sus prójimos; pero aún admite ménos excusa la vanidad, que es su última raíz.

Porque, católicos, nosotros queremos que nuestros defectos sean aplaudidos y aprobados como si fueran virtudes; y aunque conozcamos nuestras flaquezas, somos tan injustos que pretendemos que no las vean los demas, y nos alaben ciertas cualidades, de que nos reprendemos nosotros mismos como vicios. Quisiéramos que los hombres no abriesen la boca sino para publicar nuestras alabanzas, y que el mundo, que á nadie perdona, ni disimula aún á sus soberanos, admirase en nosotros lo que en los demas censura.

Os quejáis de que vuestro enemigo os ha desacreditado en público y en secreto; que á la calumnia ha añadido la murmuracion; que os ha tocado en lo mas vivo y sensible, y que no ha omitido diligencia alguna para quitaros el honor y la reputacion con los hombres.

Pero ántes de responderos, os podia decir desde luego: dudád siempre de lo que os cuentan que ha dicho vuestro prójimo, porque las mas inocentes conversaciones llegan á nuestra noticia emponzoñadas por la malicia de las lenguas por donde pasan. Hay muchos aduladores indignos, que quieren agradar á costa de los que no agradan; muchos espíritus viles y perversos, que solo se deleitan en descubrir mal donde no lo hay, y en ver reinar la discordia entre los hombres; muchos genios indiscretos é inconsiderados, que refieren, sin ser del caso y con tono malicioso, lo que solo se habia dicho ántes con inocente intencion: hay por fin muchos hombres naturalmente ponderativos, en cuya boca todo crece, todo se aumenta, todo excede los límites de la verdad sencilla y natural. No quiero mas testigos que á vosotros mismos. ¿No os ha sucedido alguna vez, que hayan dado siniestro sentido á vuestras mas inocentes conversaciones, y añadido á ellas algunas circunstancias que no os habian pasado por el pensamiento? ¿No os quejasteis entónces de la injusticia y de la maldad de la relacion? ¿Pues por qué no habréis podido ser engañados en la que os han hecho? Si lo que pasa por tantos conductos se altera regularmente, y nunca llega á nosotros como se dijo en el principio, ¿por qué habéis de querer que solamente las conversaciones que se dirigen contra vosotros, estén libres de esta circunstancia, y merezcan mas atencion y creencia?

Me responderéis sin duda, que aquí no vienen al caso estas máximas generales, pues los hechos de que os quejáis, no son dudosos. — Está muy bien, pero os pregunto: vuestro prójimo ¿no tiene las mismas quejas de vosotros? ¿han hallado en vosotros sus defectos mas indulgencia y caridad? ¿habéis hecho siempre justicia á sus buenas prendas? ¿habéis impedido el que se hable mal de él en vuestra presencia? ¿No habéis contribuído á la malignidad de semejantes conversaciones con una fingida moderacion y con algunas médias palabras, que solo sirvieron de encender el fuego de la detraccion y de dar armas contra vuestro prójimo? Os pregunto: habéis usado de esa circunspeccion con los demas hombres? os habéis compadecido de las flaquezas ajenas? ¿No está siempre vuestra lengua bañada de hiel y ajenjos? ¿no ha corrido siempre peligro entre vuestras manos la reputacion mas bien cimentada? Los lances mas escandalosos y secretos ¿no se hacen públicos inmediatamente por vuestra malicia é imprudencia? ¡O hombre, y qué delicado eres en lo que mira á tu propia persona! Necesitamos valernos de todo el terror de nuestro ministerio y de los mas poderosos motivos de la Religion, para persuadirte á que perdones á tu prójimo una sola conversacion, ó una palabra que acaso dijo por descuido, por casualidad, movido de la ocasion ó de un justo sentimiento; y la libertad de tus conversaciones para con los demas ¿no ha de conocer ni aún los límites de la cortesía y buena crianza que prescribe el mundo?

Quiero concederos que en nada faltáis á la moderacion que debéis tener con vuestro prójimo; pero qué adelantáis con aborrecerle? ¿Borráis con eso las siniestras impresiones que pudieron dejar sus dichos en el espíritu de los demas hombres? No, ciertamente; pero hacéis una nueva llaga en vuestro corazon, y os atravesáis un puñal que da la muerte á vuestra al-

ma; le quitáis la espada de las manos, si es lícito decirlo así, para atravesaros con ella. Hacédnos ver en la inocencia de vuestras costumbres y en la integridad de vuestra conducta la injusticia de sus dichos, disipád con una vida irreprensible las ideas que puede haber dado contra vosotros; hacéd con las virtudes opuestas á los vicios que os imputa, que caiga sobre él la bajeza y la iniquidad de sus calumnias; y este será el modo justo y lícito de vengaros. Triunfád de su malicia con vuestras costumbres y con vuestro silencio: de este modo pondréis, como dice la Escritura, carbones encendidos sobre su cabeza; el público estará de vuestra parte; y á vuestro enemigo no le quedará mas que la vergüenza de sus excesos é imposturas. Pero aborrecerle es venganza de cobardes, el triste consuelo de los culpados; en una palabra, el recurso de los que no pueden hallarlo en la virtud y la inocencia.

Pero finalmente dejemos todas estas razones; y vamos al punto esencial. Se os manda que améis á los que os maltratan y calumnian; que roguéis por ellos; que pidáis á Dios que los convierta, que mude su perverso corazon, que les inspire pensamientos de paz y de caridad, y que los coloque en el número de sus santos. Se os manda que los miréis anticipadamente como á ciudadanos de la Jerusalen celestial, con los que habéis de bendecir eternamente las riquezas de la divina misericordia, reunidos con ellos en el seno de Dios, participando de su misma felicidad, formando con ellos una misma voz para cantar las alabanzas inmortales de la gracia. Se os manda que miréis las injurias como beneficios, como castigo de vuestros ocultos pecados, por los que tantas veces habéis merecido ser confundidos en la presencia de los hombres, y como premio del reino de Dios, que solo está prometido á los que sufren con paciencia las persecuciones y calumnias.

Porque al cabo es preciso venir á parar en esto: el amor propio bastaria para amar á los que nos aman, á los que nos alaban y á los que publican nuestras virtudes falsas ó verdaderas. En esto consistia, dice Jesucristo, toda la virtud de los paganos: *Nam et ethnici hoc faciunt* (1). Pero la Religion pasa mas adelante, quiere que amemos á los que nos aborrecen y despedazan; á este precio quiere que compremos las misericordias de

(1) *Matth.* c. 5. v. 47.

Dios; y nos declara que no podemos esperar perdon para nosotros, si no perdonamos á nuestros prójimos. ¿Cómo queréis que Dios olvide los delitos y horrores de toda vuestra vida, y se muestre insensible á los ultrajes que tantas veces habéis hecho á su gloria, cuando al mismo tiempo no podéis olvidar ni una sola palabra ofensiva; cuando sois tan vivos, tan delicados, tan furiosos en órden á los intereses de vuestra fama; cuando acaso gozáis de una reputacion que jamas habéis merecido, y estariais cubiertos de una eterna confusion, si os conocieran por lo que sois; en una palabra, cuando aún las mas injuriosas conversaciones no descubren la mitad de las ocultas miserias de que sois culpables en la presencia de Dios? ¡Ó Señor, qué pocas excusas os podrán alegar los pecadores, cuando pronunciéis contra ellos la sentencia de su eterna condenacion!

Acaso me diréis que estáis convencidos de las obligaciones que os impone la Religion en este punto; pero que en vosotros han vencido las leyes del honor á las de la Religion. Que si sufrís con paciencia algunas palabras y acciones de cierta naturaleza, quedaréis afrentados para siempre con los hombres; que el perdonar una ofensa por motivo de Religion es una cobardía y una mancha, que nunca disimula el mundo, y que en este particular no conoce el honor excepcion ni privilegio.

¿Qué honor es este, católicos, que no podéis comprarlo sino á costa de vuestra alma y de vuestra eterna salvacion? ¡Qué dignos sois de lástima, si no podéis libertaros de la ignominia, sino á costa de un pecado! Bien sé que en este punto parece que las falsas leyes del mundo vencen á las de la Religion, y que aún los mas prudentes, en medio de conocer la locura de este abuso, son de opinion de que es preciso sujetarse á él. Pero yo hablo en una nacion, cuyas leyes con una prudencia superior á la del mundo, para desterrar un furor tan opuesto á las máximas del Evangelio como á los intereses del estado, hacen ver en qué consiste el verdadero honor, y declaran perpetuamente infames aquellas venganzas, en que el error público habia vinculado una fama deplorable.

¿Es posible, católicos, que una máxima abominable, autorizada únicamente por las bárbaras costumbres de nuestros mayores, de quienes la hemos recibido, haya de poder mas que todas las reglas del cristianismo y las leyes mas inviolables del estado? ¿No ha de ser afrenta el manchar las manos con la

sangre del prójimo, y lo ha de ser obedecer á Dios y á los que ocupan su lugar en la tierra? ¿Es posible que la honra ha de consistir en el furor, y la cobardía en el generoso respeto á la Religion y á las leyes? Teméis ser tenidos por cobardes? Manifestád vuestro valor derramando vuestra sangre en defensa de la patria; id á la frente de nuestros ejércitos á desafiar los peligros y á buscar fama en el cumplimiento de vuestros deberes; afianzád vuestra reputacion en acciones dignas de conservarse en nuestras historias y de ser contadas entre los memorables sucesos de la nacion. Este es el valor que pide el estado y autoriza la Religion. Despreciád pues las venganzas bárbaras y personales; mirádlas como una ostentacion pueril de valor, que las mas veces oculta una verdadera cobardía; como un recurso vil y vulgar de los que no tienen prenda alguna con que señalarse; como una prueba violenta y equívoca de valor, que por fuerza saca de nosotros el mundo y á la que muchas veces resiste el corazon. El mismo mundo, léjos de imputaros á venganza este perdon, os formará de él un nuevo título de honor; así pareceréis mas grande, y enseñaréis á vuestros iguales, que el valor desordenado no es mas que un temor brutal; que la moderacion y la prudencia siempre tienen parte en la verdadera gloria; que todo lo que afrenta á la humanidad, no puede honrar á los hombres, y que el Evangelio que manda perdonar, ha formado mas héroes que el mundo que quiere la venganza.

Acaso tambien me diréis, que no os tocan estas máximas, pues habéis olvidado los motivos de queja que teniais contra vuestros prójimos, y que el ruído de vuestras disensiones y rompimientos se acabó con una reconciliacion. Pero yo os digo que tambien os engañáis en esto; y así, despues de haber manifestado la injusticia de vuestros odios, es preciso haceros conocer la falsedad de vuestras reconciliaciones.

SEGUNDA PARTE.

No hay precepto en toda la ley de Dios que deje ménos lugar á la duda y al engaño, que el que nos obliga á amar á nuestros prójimos; y no obstante, no hay ninguno acerca del cual nos formemos mas ilusiones y falsas máximas. Es verdad que casi todos dicen que han perdonado de corazon á su prójimo, y que en este punto se halla tranquila su conciencia; y sin embargo

no hay cosa mas rara que el perdonar: apénas hay reconciliacion que mude los corazones y que no sea una falsa apariencia de amistad, ora se considere en su principio, ora se examine en sus medios y en sus consecuencias.

Dije *en su principio*, porque, católicos, para que una reconciliacion sea sincera y real, es preciso que nazca de la caridad y de un amor cristiano á nuestro prójimo, y por lo comun los motivos humanos son la principal causa de una obra, que no puede ser sino obra de la gracia. Nos reconciliamos, por ceder á las instancias de nuestros enemigos; por evitar el ruído que pudiera resultar de una enemistad declarada, cuyas funestas consecuencias acaso serian contra nosotros mismos; por no privarnos de ciertas concurrencias á las que no podríamos asistir, si nos obstinásemos en permanecer irreconciliables con nuestro prójimo; nos reconciliamos por condescender con los grandes que nos piden este favor, por adquirir fama de moderacion y de grandeza de alma, por no dar al público un espectáculo que no corresponderia á la idea que queremos se forme de nosotros; por atajar las continuas quejas y los dichos perjudiciales de un enemigo, que acaso nos conoce demasiado, y que ha sido ántes tan confidente nuestro, que tiene bien merecido que usemos con él de respetos y que le hagamos callar con la reconciliacion. Qué mas he de decir? acaso tambien nos reconciliamos como Saúl, para ofender con mas seguridad al enemigo y engañar sus precauciones y vigilancias.

Estos son los mas frecuentes motivos de las reconciliaciones que se ven todos los dias en el mundo; y es esto tan evidente, que muchos pecadores, en quienes no se observa rastro alguno de piedad, con todo eso se reconcilian todos los dias con sus prójimos, y no pudiendo vencerse en órden á las mas fáciles obligaciones de la vida cristiana, parecen héroes en el cumplimiento de esta, que es la mas difícil de todas; pero estos son héroes de la vanidad, y no de la caridad, pues separan de la reconciliacion lo que es verdaderamente penoso y heroico en la presencia de Dios, que es el olvido de la injuria y la mudanza de nuestro corazon para con nuestro prójimo; y solamente retienen lo que es glorioso para con los hombres, que es una apariencia de moderacion y una facilidad de vencerse, que el mismo mundo alaba.

Pero si son falsas la mayor parte de las reconciliaciones exa-

minados los motivos, no lo son ménos si se atiende á sus medios ¡Cuántas medidas, cuántas negociaciones, cuántas formalidades, cuántos trabajos médian para llegar á efectuarla! ¡Qué atenciones no hay que guardar, qué arbitrios no hay que vencer, qué intereses que conciliar, qué obstáculos que quitar y qué pasos que medir! Por eso vuestra reconciliacion no es obra de la caridad, sino de la prudencia y de la habilidad de vuestros amigos; es un negocio mundano, y no un paso de Religion; un tratado que se concluye felizmente, y no el cumplimiento de la obligacion de la Fe; obra del hombre, y no de Dios; en una palabra, es una paz que nace de la tierra, y no una paz que viene del cielo.

Porque á la verdad los hombres que con su industria y con la habilidad de sus medidas os han reconciliado con vuestro prójimo, ¿han podido al mismo tiempo hacer revivir la caridad que estaba apagada en vuestro corazon? os han restituído ese tesoro que habiais perdido? Ellos bien habrán podido hacer que cesen los escándalos de un rompimiento declarado, y restablecer las obligaciones exteriores de la sociedad; pero no han mudado vuestro corazon, que solo Dios tiene en sus manos, ni extinguido el odio, que solamente puede aniquilar la gracia. Es cierto que os habéis reconciliado; pero aún no amáis á vuestro prójimo, porque si le amarais sinceramente, no hubiera habido necesidad de tantos mediadores para reconciliaros. El amor es medianero é intérprete de sí mismo: la caridad es aquella palabra compendiosa, que hubiera excusado á vuestros amigos los infinitos cuidados que tuvieron que emplear para poder reduciros: la caridad no es tan mesurada: manifiesta con sencillez lo que sinceramente siente; pero vosotros pusisteis mil condiciones ántes de rendiros, disputasteis todos vuestros pasos, no quisisteis pasar de cierto punto, y pedisteis que vuestro prójimo se adelantase. La caridad, católicos, no conoce regla alguna de estas; no tiene mas que una, que es olvidar la injuria y amar al prójimo como á sí mismo.

Confieso que en este asunto se deben observar ciertas reglas de prudencia, y que muchas veces unos pasos demasiado precipitados é intempestivos podrian no salir bien, y aún acaso irritar mas á nuestro prójimo; pero digo que todas estas reconciliaciones efectuadas con tanto trabajo, en las que por una y otra parte no se cede mas que hasta cierto punto, y con unas

precauciones tan severas y precisas, en las que entran tantas mediaciones y misterios, son frutos de la prudencia de la carne; corrigen las acciones exteriores, pero no llegan al corazon; unen las personas, pero no los afectos; restablecen la correspondencia, pero dejan los mismos sentimientos; en una palabra, hacen que cese el escándalo del odio, pero no el pecado. Jesucristo nos manda simplemente que nos reconciliemo, con nuestro prójimo: *Vade reconciliari fratri tuo* (1). No nos dice: no te adelantes demasiado, porque puede tu prójimo abusar de tu bondad; asegúrate ántes de que él ha de andar la otra mitad del camino; no le busques, no sea que vea en esa accion aprobadas sus quejas, y confesado tácitamente tu mal proceder, y sea como una sentencia que pronuncias contra ti mismo: Jesucristo nos dice sencillamente: vé á reconciliarte con tu prójimo: quiere que la caridad sea la única medianera de vuestra reconciliacion: supone que para amar á nuestros prójimos, no tenemos necesidad de medianeros, y que nuestro corazon no debe necesitarlos.

Estos son los medios de las reconciliaciones; y siendo casi siempre humanos los motivos y los medios viciosos, las consecuencias no pueden ménos de ser vanas é inútiles. Digo las consecuencias, porque, católicos, ¿en qué vienen á parar la mayor parte de las reconciliaciones que todos los dias vemos en el mundo? cuál es su fruto? ¿qué es lo que se llama reconciliarse con su enemigo? Vedlo aquí?

Nos decís primeramente, que os habéis reconciliado con vuestro prójimo, perdonándole de todo corazon; pero que habéis hecho ánimo de no verle mas y de no tratar en adelante con él; y de este modo vivís tranquilos. Creéis que no manda mas el Evangelio, y que ni el confesor tiene derecho para pediros mas; pero yo os digo claramente, que no habéis perdonado á vuestro prójimo, y que para con él estáis aún en rencor, en la muerte y en el pecado.

Porque pregunto: se puede temer la vista de lo que se ama? y si vuestro enemigo se ha hecho ya vuestro hermano, ¿qué puede tener su presencia que os sea tan funesto y odioso? Decís que le habéis perdonado, que le amáis; pero que por evitar casualidades, y por temor de que su presencia despierte en vos-

(1) *Matth.* c. 5 v. 24.

otros algunas ideas molestas, os parece mas seguro el privaros de su vista. ¿Qué amor es este, que solamente con la presencia del objeto amado se irrita contra él, y se muda en rencor é indignacion? Decís que le amáis, y acaso queréis decir que no intentáis dañarle ni ofenderle; pero no basta esto: la Religion os manda tambien que le améis, porque para no querer dañar á un amigo, basta el honor, la indiferencia, la moderacion, el temor y la falta de ocasion; pero para amarle es preciso ser cristiano, y esto es justamente lo que vosotros no queréis.

Decidme, ¿quisierais que Dios os amase con condicion de que nunca os habia de ver? ¿Estariais satisfechos de su bondad y de sus misericordias, si os apartara para siempre de su divina presencia? Pues bien sabéis que el Señor os ha de tratar del mismo modo que hubieseis tratado á vuestro prójimo. Si el príncipe os mandara que nunca pareciéseis en su presencia, ¿creeriais que estabais muy adelante en su gracia? Continuamente estáis diciendo que es desgraciado el hombre, á quien no se le permite presentarse ante el soberano, y nos queréis persuadir á que amáis á vuestro prójimo, y que no tenéis ya rencor alguno contra él, cuando al mismo tiempo solamente su presencia os molesta é irrita.

¿Qué señal mas evidente se puede dar del odio al prójimo, que no poder sufrir ni aún su presencia? Este es el último exceso del rencor y del aborrecimiento, porque hay algunos que son mas moderados y tranquilos en su odio, pues lo ocultan, se vencen, practican en lo exterior lo que exigen la atencion y la buena crianza, y aunque niegan el corazon á lo que es debido, tienen bastante poder sobre sí mismos para cumplir con el mundo. Pero vuestro odio ha llegado á tal punto que no se puede disimular y no conoce moderacion y cortesía; y con todo eso ¡nos queréis persuadir que no aborrecéis! ¡Manifestáis aún las mas violentas señales de rencor, ¡y queréis que las tengamos por señales indubitables de un amor cristiano y sincero!

Por otra parte, ¿es propio de cristianos el no verse y vivir privados de toda correspondencia entre sí? ¡Los cristianos, los miembros de un mismo cuerpo, los hijos de un mismo Padre, los discípulos de un mismo Maestro, los herederos de un mismo reino, las piedras de un mismo edificio, las porciones de una misma masa, los cristianos que son la participacion de un mismo espíritu, de una misma redencion y de una misma justicia! Los cristianos, que salieron de un mismo seno, reengendrados con las mismas aguas, incorporados con la misma Iglesia, rescatados con un mismo precio, ¿han de haber sido formados para huir unos de otros, para tener por molestia el verse, y para no poder sufrirse mutuamente? Toda la Religion nos enlaza y nos une; los sacramentos de que participamos, las preces públicas y las acciones de gracias que cantamos, el pan de bendicion que ofrecemos, las ceremonias del culto de que nos gloriamos, la congregacion de los fieles á que asistimos, todas estas exterioridades son símbolos de la union que nos junta mutuamente. Toda la Religion no es mas que una santa sociedad, una comunicacion divina de oraciones, de sacrificios, de obras y de méritos; todo nos hermana, nos une, hace de nosotros y de nuestros prójimos una familia, un cuerpo, un corazon y una alma; y ¿os parece á vosotros que amáis á vuestro prójimo, que conserváis con él los mas sagrados lazos de la Religion, al mismo tiempo que estáis rompiendo los de la sociedad, y no podéis sufrir ni aún su presencia?

Aún mas ¿cómo podréis participar con él de la misma esperanza? Pues por razon de esta esperanza comun debéis vivir eternamente con él, ser felices con él, tener su felicidad por propia vuestra, estar unidos con él en el seno de Dios, y cantar con él las eternas alabanzas de la gracia. Ah! ¿cómo podréis esperar el estar eternamente unidos con él, y hacer de esta esperanza el mas suave consuelo de vuestra vida, si os parece cosa tan suave el vivir separado de él, y su sola presencia os sirve de suplicio? Renunciád pues á las promesas y á las esperanzas de la Fe; separáos como un anatema de la comunion de los fieles; privaos del altar y de los tremendos misterios, desterráos de la congregacion de los santos; no vayáis á ofrecer vuestros dones y vuestras oraciones, pues todas estas obligaciones de la Religion os suponen unido con vuestro hermano, y si no lo estáis, se convierten en irrisiones, dan testimonio contra vosotros en presencia de los altares, y os intiman que salgáis de la congregacion de los santos como si fueráis publicanos é infieles.

Acaso atemorizados con estas grandes verdades, nos diréis por último, que os conformaréis con ver á vuestro prójimo, con vivir en paz con él, que no faltaréis á la correspondencia

regular; pero que en lo demas sabéis muy bien lo que habéis de hacer, y que él no tiene que contar mucho con vuestra amistad.

No faltaréis á las correspondencias regulares! Y ¿os parece, amados oyentes mios, que esto es perdonar, reconciliarse con su prójimo y amarle como á sí mismo? Sabéd que la caridad que nos manda el Evangelio, está en el corazon: no consiste en una simple correspondencia, una vana exterioridad, una ceremonia inútil, sino en una disposicion verdadera, un amor efectivo, un afecto sincero y pronto á manifestarse en las obras. Amáis como los judíos y fariseos, pero no amáis como cristianos y como discípulos de Jesucristo. La ley de la caridad es la ley del corazon, arregla los pensamientos, muda las inclinaciones, derrama el aceite de la paz y de la suavidad sobre las llagas de una voluntad irritada y herida; y vosotros hacéis de ella una ley absolutamente exterior, una ley farisaica y superficial, que se limita á las exterioridades, que no dirige sino los movimientos y que no se cumple mas que con vanas apariencias.

Pero no solamente se os manda que no faltéis para con vuestro prójimo á las reglas de la buena crianza, y que cumpláis con las mutuas obligaciones que nos impone la sociedad; esta es una ley que os prescribe el mundo, son sus reglas y costumbres; pero Jesucristo os manda que le améis; y miéntras tengáis apartado de él vuestro corazon, de poco sirve que le concedáis las exterioridades de la buena crianza. Negáis á la Religion lo que le es mas esencial, y únicamente os aventajáis á los pecadores que rehusan ver á sus prójimos, en que os sabéis contener por respeto al mundo, y no sabéis violentaros por la salvacion eterna.

Á la verdad, católicos, si los hombres solo estuvieran unidos entre sí con los lazos exteriores de la sociedad, bastaria sin duda el tributarse estas obligaciones exteriores, y mantener aquel mutuo comercio de cuidados, atenciones y cortesías, en que consiste toda la armonía del cuerpo político; pero nosotros estamos mutuamente unidos con los íntimos y sagrados lazos de la fe, esperanza, caridad y Religion. Componemos en el mundo una sociedad absolutamente interior y santa, cuyo lazo invisible es la caridad, y que en todo es distinta de la sociedad civil que establecieron los legisladores. Por eso cumpliendo en órden á vuestros prójimos con correspondencias exteriores, cumplís con las obligaciones de la sociedad civil; pero no con las de la Religion. No turbáis el órden político, pero trastornáis el de la caridad; sois un buen ciudadano, pero no ciudadano del cielo; sois un hombre de este siglo, pero no del siglo venidero. El mundo podrá quedar satisfecho, y no pediros mas; pero nada habéis hecho para con Dios, porque no habita la caridad en vosotros, y vuestra condenacion es indefectible. Decídnos ahora, que no faltaréis á la buena correspondencia, y que esto es lo mas que nos pide la Religion: luego esta no pediria mas que ficciones, exterioridades y vanas apariencias: no pediria cosa alguna real y verdadera que mudase el corazon; y el gran precepto de la caridad, en la que únicamente consiste la realidad de todas nuestras obras, no seria mas que una falsa apariencia y una vana hipocresía.

No me creáis á mí en este punto; consultád al público. Mirád si no obstante las apariencias de que usáis con vuestro prójimo, no es fama pública en el mundo que no le amáis, y si el mismo mundo no procede consiguiente á esta persuasion. Reparád si los que dependen de vosotros, los que os tratan ó tienen con vosotros alguna conexion, no fingen tambien el apartarse de vuestro prójimo: mirád si todos los que le aborrecen, que tienen intereses contrarios á los suyos, no buscan vuestra amistad, no entablan con vosotros nuevas conexiones, y si esta persuasion no os da por amigos á todos aquellos que no lo son de vuestro prójimo, y si los que esperan de vosotros algunos favores, no empiezan por abandonarle, y si no les parece que os hacen la corte, no haciéndosela á él. Bien veis que el mundo os conoce mejor que os conocéis vosotros mismos; que no se engaña acerca de las disposiciones de vuestro corazon, y que no obstante las vanas apariencias que usáis con vuestro hermano, es tan evidente que le tenéis un odio mortal, que en este punto el mismo mundo se conforma con nosotros, siendo así que en todo lo demas tenemos que contradecirle.

En esto vienen á parar la mayor parte de las reconciliaciones que todos los dias se hacen en el mundo. Nos volvemos á ver, pero no nos reunimos; nos prometemos una mutua amistad, pero no la cumplimos; nos juntamos, pero los corazones siempre perseveran distantes; y por eso tuve razon para decir, que son eternos los rencores, y casi todas las reconciliaciones fingimientos; perdonamos la ofensa, pero nunca al ofensor; deja-

mos de tratar á nuestro prójimo como á enemigo, pero nunca le miramos como á hermano.

Y esto es lo que estamos viendo todos los dias: vemos en el mundo personas condecoradas, familias ilustres que observan entre sí ciertas reglas de correspondencia, las que no pueden quebrantar sin escándalo, y no obstante sus ánimos están encontrados; son públicos y declarados los efectos de su envidia, zelos y mutuos rencores; se destruyen, se miran con enemistad, hacen á todos sus dependientes partidarios de sus quejas y de su aversion; dividen el mundo, la corte, la ciudad, hacen causa pública de sus disensiones domésticas, y establecen en el mundo la opinion y el escándalo de que no se aman; que quisieran arruinarse mutuamente, y aunque es verdad que observan ciertas apariencias de amistad, en la realidad los intereses y afectos están para siempre divididos sin remedio; y no obstante por ambas partes se vive con fama de piedad y en el ejercicio de las buenas obras. Tienen confesores distinguidos, de gran reputacion en el mundo; y sin embargo, fiados en que se tributan mutuamente ciertos respetos, aunque por otra parte viven en un rompimiento público y declarado, frecuentan los sacramentos y asisten á los sagrados misterios; llegan con serenidad al altar, se presentan con frecuencia y sin escrúpulo en el tribunal de la penitencia, y en vez de confesar en él su rencor delante del Señor y de gemir por el escándalo que padece el público, se quejan de su enemigo, y en vez de acusarse á sí mismos, le acusan á él, ponderando los exteriores respetos que le rinden, como señales de que no está irritado el corazon. Qué mas diré? aún los mismos ministros de la penitencia, que debieran ser jueces de nuestros odios, son las mas veces sus apologistas; se dividen con el público, toman parte en las enemistades y preocupaciones de sus penitentes, publican la equidad de su queja, y hacen que el único remedio destinado á curar el mal, solo sirva de revestirlo con apariencias de bien y hacerlo mas incurable.

Gran Dios! vos solo podéis cerrar las heridas que una soberbia delicadeza ha hecho en mi corazon, manteniendo en él odios injustos. Hacéd, Señor, que yo me olvide de unas ofensas leves, para que vos os olvidéis de los delitos de toda mi vida. ¿He de ser yo, ó Dios mio, tan sensible é inexorable á los mas leves ultrajes, cuando tengo tanta necesidad de que uséis

conmigo de indulgencia y de una gran misericordia? ¿Igualan acaso las injurias de que yo me quejo, á aquellas con que mil veces he deshonrado vuestra suprema grandeza? ¿Es posible, gran Dios, que un gusano de la tierra se haya de irritar y enfurecer con los menores desprecios, cuando vuestra Majestad soberana há tanto tiempo que sufre con tanta bondad sus rebeldías y ofensas?

¡Quién soy yo para que me muevan tanto los intereses de mi gloria! ¡yo, que en vuestra presencia no me atrevo á poner los ojos en mis ocultas ignominias, que merezco ser el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo! ¡yo, que nada tengo que sea digno de alabanza, aún segun el mundo, sino la felicidad de haberle ocultado mis flaquezas y mis excesos! ¡yo, que debiera mirar los mayores ultrajes como un castigo muy benigno! ¡yo, finalmente, que no puedo esperar mi salud eterna, si vos no os olvidáis de vuestra propia gloria, la que tantas veces he ultrajado!

Pero no, Dios mio! vos habéis puesto vuestra propia gloria en perdonar al pecador, y yo pondré tambien la mia en perdonar á mi prójimo. Recibid, Señor, este sacrificio que os hago de mis resentimientos: no juzguéis de su valor por lo leve de las ofensas que yo olvido, sino por la soberbia que las habia aumentado y me las habia hecho tan sensibles; y pues me habéis prometido el perdon de mis ofensas, así que yo perdone las de mi enemigo, cumplíd, Señor, vuestras promesas: con esta esperanza me atrevo á contar con vuestras eternas misericordias. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON.

EL AMOR DE LOS ENEMIGOS ES DE PRECEPTO.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE CENIZA.

(DE GONZÁLEZ.)

Audistis quia dictum est: diliges proximum tuum et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.

Oisteis que se dijo: amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: amád á vuestros enemigos.

S. Mateo, c. 5. v. 43 y 44.

Lamentable desgracia es por cierto que ofuscados nuestros carnales ojos con el brillo de la hermosura falaz de que exteriormente se hallan revestidos los bienes de este mundo, nos dejemos por fin seducir, y lleguemos á satisfacer el deseo de gozarlos; que atraidos de la suave dulzura de la miel de que los suponemos llenos, nos decidamos á gustarla tragando el fatal veneno oculto y mezclado en ella. Lamentable desgracia es, repito, pues por unos gustos tan momentáneos, por una hermosura tan frágil y aún aparente, por un interes vilísimo nos cegamos hasta el punto de precipitarnos en el mayor abismo de miserias. Pero es sin comparacion mas doloroso que muchas veces sin interes que nos mueva, sin placer que nos atraiga, sin belleza que nos deleite, nos dejemos arrastrar, por las instigaciones de la soberbia, del desordenado amor propio, á un pecado que nada tiene que no sea deforme y fiero aún en el exterior; á un pecado enemigo de la salud, ajeno del honor, contrario á la tranquilidad; á un pecado, que reprueba la recta razon, detesta la humanidad, y condena terminantemente la Religion de Jesucristo; al odio implacable, al rencor desapiadado, á la cruel venganza. Vicio monstruoso, diametralmente opuesto al precepto que nos impone Jesucristo en su Evangelio, de amar á nuestros enemigos, hacer bien á los que nos aborrecen, y orar por los que nos persiguen y calumnian.

Diametralmente opuesto; porque si nuestro enemigo nos quitó el honor ó la fama con su injusta murmuracion, si nos ultrajó con palabras un tanto denigrativas, si nos causó algun perjuício, aunque leve, en nuestros intereses, aprovechamos la primera ocasion que se nos presenta, para descubrir los defectos que mas le deshonran, procurando tal vez aumentar su deformidad, si es que no tenemos la grosera osadía de inventarlos, de suponer vicios que jamas ha cometido; y todo esto con el depravado fin de degradarle, de envilecerle en la opinion de sus amigos y compañeros, y aún de procurarle las burlas é insultos de los mas atrevidos. En esto ciframos nuestra satisfaccion, este es nuestro mayor placer. Qué locura! Mírate, soberbio vengativo, mírate con cuidado, despues de conseguida tu venganza, no en el espejo de la Religion ni en el de tu conciencia, sino en el de la razon y la humanidad; y díme ingenuamente: qué ventajas has reportado? cuáles son los frutos que has recogido? ha adquirido mayor nombre tu reputacion? recobraste tu honor perdido? has logrado acrecentar tus intereses? Pero, ay! que regularmente sucede lo contrario.

Yo pudiera recordaros los tristes resultados de la venganza para moveros á abandonarla, á renunciar para siempre á un medio tan degradante como insuficiente para recobrar el honor ó los intereses perdidos; pero quiero mas bien excitaros al amor de vuestros enemigos con el ejemplo y el precepto de Jesucristo, por ver si de este modo consigo mayores frutos.

Dignáos, Señor, darme acierto y eficacia, para inculcar en el corazon de mis feligreses el precepto mas propio y peculiar de vuestra Religion santa; pero el mas olvidado y aún aborrecido de los fieles: el mejor practicado en vuestra vida y muerte, y al que nos exhortáis con mayor ahinco. Vuestra amorosa Madre se digne interceder en favor nuestro, pues al efecto la rezamos el *Ave María*.

Infeliz situacion la del pecador! Declarado por la culpa enemigo de Dios y hecho objeto de su indignacion, ¿qué seria de

él, si el mismo Señor, á quien ha ofendido, no le tendiera su mano protectora para sacarle de tan lamentable estado? Pereceria sin duda. Pero, ay! que desgraciadamente olvida que todo lo debe á la misericordia infinita de su Dios, y aún tiene la ingratitud de rebelarse temerario contra su mismo bienhechor; contra aquel Dios que por un puro efecto de su bondad le ha dado el ser, la gracia y los bienes que le enriquecen, y le promete la gloria que le hará feliz: contra este Dios se rebela el hombre ingrato. Qué vileza! qué alevosía! Pero ¡qué bondad, qué paciencia, qué misericordia la del Señor! Al mismo tiempo que así le desprecia la miserable obra de sus manos, le prepara él, le ofrece, le franquea nuevos, mayores beneficios. Cuando el vil se está fabricando su ruína y su condenacion eterna, compadecido este Dios amoroso de la miseria que todavía no conoce él, está formando el asombroso proyecto de darle su mismo Hijo para su remedio. El Dios de la majestad se humilla, el Criador se hace hijo de una criatura, el Eterno nace muchos siglos despues de criado el mundo, el Inmenso se encierra en la pequeña cárcel de una madre Vírgen, Dios se hace hombre, solo porque el hombre pueda reconciliarse con Dios.

Ó caridad incomparable de mi Dios! ¡Ó feliz y dichosa culpa, diré con la Iglesia santa, que mereció un redentor de tanto precio, de tanta dignidad y excelencia! Ó culpa! tú fuiste necesaria para conseguir el conocimiento correspondiente á nuestra debilidad del amor inmenso, de la caridad infinita, de la misericordia incomparable del Señor. Yo le ofendo, y él me busca amoroso para conducirme á su gloria; le injurio, y se humilla para dar la satisfaccion que yo debo; le aborrezco, y me pone en la precision de amarle; intento despojarle de sus bienes, y generoso me da todo su ser dándose á sí mismo. Me espanto, me horrorizo al considerar la ingratitud del pecador; pero aún es mayor mi asombro, cuando miro la paciencia, la misericordia de mi Dios. Su generosidad se aumenta en proporcion á nuestra ingratitud: cuando mas injurias recibe, se postra ante su eterno Padre y le ofrece la oracion mas fervorosa por nuestro remedio. Cada gota de sangre que derrama, es un manantial de gracias y beneficios para nosotros; y en cambio de la muerte que le damos, nos ofrece una vida feliz y bienaventurada. Sin esperar á que reparemos la ofensa, él mismo nos busca, nos

llama, satisface nuestra deuda, nos porporciona la mas fácil reconciliacion, nos convida con su amistad y con su gloria, y nos otorga el perdon mas cumplido de todos nuestros delitos, en el momento mismo que queremos.

Esta es y ha sido siempre la conducta del pecador con su Dios, y de Dios con los pecadores. Y ¿es posible que no amemos de corazon á semejante abismo de bondad? ¿que no sirvamos con el mayor ahinco á esta fuente inagotable de amor? ¿que no imitemos un ejemplo tan edificante de paciencia y resignacion? ¿que no perdonemos de corazon las injurias de nuestros hermanos? ¿que abriguemos el cruel veneno del rencor y la venganza?

Débil mortal, criatura miserable, ¿son acaso hechura de tus manos los que te han ofendido? ¿Es infinita por ventura la distancia que média entre tu dignidad y su vileza? Vuélvete en horabuena furioso contra la víbora que te ha mordido, y contra la zarza que te ha lastimado: acaba con la vida de aquella, y arroja esta al fuego para que no vuelvan á molestarte. Pero contra el hombre! contra el hijo de tu mismo Padre! contra el miembro de tu mismo cuerpo! contra el individuo de tu misma naturaleza! ¡contra el hombre, obra de un mismo Dios, redimido con una misma sangre, llamado á una misma Religion, criado para una misma gloria! — Ah! que las fieras se arrojen enfurecidas sobre su presa y la despedacen, aunque ningun daño les haya causado, nada tiene de particular, porque ni conocen mas felicidad que el deleite de sus sentidos, ni mas ley que la de la fuerza, ni mas regla que su comodidad propia. Pero el hombre, cuya razon le demuestra con claridad, que la venganza es contraria á su naturaleza, puesto que cuanto es mas cruel y vengativo, tanto es mas inhumano ó ménos racional; que el hombre, que desde su nacimiento tiene grabada en su corazon la ley de la clemencia y mansedumbre; que el cristiano, discípulo de un Señor tan paciente y benigno, y que conoce la imposibilidad de conseguir el perdon de sus delitos, miéntras no perdone él las injurias y profese un amor verdadero á sus enemigos; que este hombre, olvidado de sus deberes sociales y religiosos, abrigue en su interior el espíritu de venganza, se deleite en conservar el rencor y la enemistad, esto es lo que arrebata justamente mi admiracion. Y en verdad ¿qué motivo os ha dado para esto vuestro prójimo? por qué le negáis vuestra

amistad? ¿por qué habéis roto las relaciones con él? por qué huís de su presencia? ¿Á qué ese empeño de publicar sus defectos, y ese disgusto que os causa el elogio de sus bellas cualidades? ¿De qué proviene ese interes que os tomáis en derribarle, destruyendo su hacienda y denigrando su reputacion? ¿Os mueve á esto su malicia, su crueldad, su vida desarreglada y escandalosa? Pero en ese caso debierais separar el vicio de la naturaleza, el defecto de la humanidad; porque muy bien se puede amar entrañablemente al hombre, aborreciendo al mismo tiempo sus crímenes. Debierais en cumplimiento de vuestro deber, procurar sacarle por todos los medios posibles de estado tan lastimoso, para que todo cuanto en él quede, sea amable á vuestros ojos. De lo contrario seria aumentar el mal exasperándole, provocando nuevamente su ira y colocándole cada dia en nuevos precipicios.

Pero, ay! yo no puedo ocultaros una reflexion á que da lugar vuestra conducta. ¿En qué consiste que hasta que os ha injuriado, no habéis advertido esas debilidades, esos defectos que siempre ha abrigado? Cuando conservaba vuestra amistad, era tan injusto, tan blasfemo, tan cruel, tam impío como ahora; y á pesar de eso no os parecia tan odioso y despreciable, buscabais pretextos con que cohonestar ó excusar sus vicios, y á lo mas os compadecia su situacion; pero no abandonabais por eso su amistad. Llegó por fin á alcanzaros su injuria, os causó un leve daño, y esto solo fué suficiente para excitar vuestro enojo, vuestro odio contra él: ya os creéis autorizados para llenarle de dicterios, para infamarle, para romper con él. No es pues el celo de la honra de Dios, ni el bien espiritual de vuestro prójimo, sino la injuria que os ha hecho, lo que os mueve á obrar así. Vuestro interes, vuestro amor propio, vuestra vanidad son las teas que han encendido en vuestro corazon el fuego implacable de la venganza.

Ah vil mortal! gusano despreciable! qué conducta tan criminal y detestable es la tuya! Compara la injuria que has recibido con la que has hecho: ¿qué supone tu honor, tu fama, tus intereses, tu vida misma en que puede haberte ofendido tu hermano? Nada si se compara con la majestad de Dios, á quien has ofendido tú. Mide la desigualdad que puede haber entre ti y tu enemigo, y la mil veces infinita distancia que hay de Dios á ti. Examina los títulos que obligan al hombre á complacerte, y los

justísimos é inumerables motivos que tiene Dios para exigir de ti la mas ciega obediencia, la gratitud mas humilde, la mas inviolable fidelidad. Observa tu conducta para con él, y la de tu Dios para contigo. Qué oprobio, qué confusion! Indigno eres del renombre glorioso de discípulo de Jesucristo, de aquel Señor, cuya conducta debieras imitar y cuyas leyes te es preciso obedecer. Dirás acaso que su conducta es un portento de caridad, tanto mas inimitable cuanto mas asombroso; y así es en verdad, hablando dèl exceso infinito de su amor. Pero Dios, dice san Agustin, jamas ha mandado á los hombres cosas imposibles, ántes bien en el mero hecho de imponernos el precepto, nos da á entender que, si á cumplirlo no alcanzan las débiles fuerzas naturales, lo conseguiremos fácilmente con los auxilios de su gracia soberana, que nunca nos niega.

Pero es preciso distinguir entre el precepto y el consejo. Nos aconseja el Señor, sin imponernos obligacion alguna, aquellas obras heroicas que arrebatan justamente nuestra admiracion en los modelos de santidad; como el que hagamos con nuestros enemigos las demostraciones mas expresivas de un amor fino y verdadero; que si recibimos de ellos una bofetada en la mejilla derecha, les presentemos la izquierda, por si quieren hacer lo mismo; que expongamos la misma vida, si es necesario para conservar la suya. Pero nos manda expresamente amarlos, nos manda hacerles bien y rogar por ellos. Si los hombres, dice, ciegos con su orgullo y amor propio, se contentan con amar á los amigos, juzgando que les es permitido aborrecer á los enemigos, yo que soy la sabiduría de Dios, os aseguro que estáis obligados á amar de corazon indistintamente á unos y á otros, y pagar con beneficios y oraciones las injurias y calumnias de estos, como los servicios y amistad de aquellos. Y á la verdad, prosigue, si no tuvierais obligacion de amar sino á los que os aman, ¿en qué os diferenciariais de los gentiles? El bárbaro mas idiota, el ateísta mas ciego, el salvaje mas estólido, todos aman sin dificultad á sus amigos. Los irracionales, aún aquellos que se hallan inclinados á la ferocidad, suelen halagar algunas veces, y hasta lamer la mano á sus bienhechores, obrando contra su natural inclinacion. Si pues el cristiano no estuviera obligado á mas, ¿en qué consistiria la excelencia de su Religion? en qué se distinguiria de los brutos? ¿Cómo podria llamarse hijo de aquel Padre celestial, que lleno de amor hace que el astro

del dia extienda sus rayos benéficos sobre los buenos y los malos, y envía las lluvias oportunas para remedio y consuelo del pecador, lo mismo que del justo?

Qué reflexion tan eficaz contra el odio y la venganza! Piérdese seguramente por este vicio el esclarecido nombre de hijos de Dios, y la dichosa porcion de su herencia, como lo asegura el Crisóstomo, fundado en las palabras mismas del Salvador. Todos los pecados, añade, serán perdonados al que perdone de corazon las injurias de sus prójimos; y lo mismo dice Jesucristo por san Mateo (1). Y ¿es posible que os parezca dura é impracticable esta obligacion? aún dudaréis que es un verdadero precepto? Cerrád por un momento los groseros ojos de la carne y abrid los del espíritu; ahogád dentro de vosotros mismos las perniciosas instigaciones del amor propio, y atendéd solo á las saludables voces de vuestra conciencia; y reflexionád con detencion los bienes que os produce la odiosa venganza. Una satisfaccion llena de encono y de crueldad; un fiero deleite, que bien examinado os horroriza á vosotros mismos; una orgullosa complacencia que os hace despreciables y odiosos á los ojos de Dios y de los hombres; un honor fundado en la infamia de vuestros hermanos; una vanagloria apoyada en el abatimiento de vuestros semejantes; un leve interes comprado á costa de la ruina de vuestros prójimos; un ignoble placer, que solo dura aquel corto espacio que la desapiadada ira tiene embargada vuestra razon, pero que pasado este os avergüenza, os confunde, os atormenta con crueles remordimientos, y vuelve contra vosotros las furiosas armas que habiais usado para herir á vuestros enemigos: estos son los tan decantados frutos que produce la venganza.

¡Qué diferentes son el puro deleite, la alegría verdadera, la dulce satisfaccion, que indudablemente causa en el alma el perdon y olvido de las injurias! Una accion heroica en que no puede tener parte el interes, la ambicion, ni la gloria mundana; un rasgo de generosidad á que no puede incitarnos la carne ni la sangre; un acto admirable de caridad ejecutado en obsequio de nuestro Dios, por solo el deseo de imitarle, por el solo gusto de servirle... Oh! ¡y cuán inmenso es el regocijo que semejante accion hace experimentar al alma del cristiano! No es posible, dice san Juan Crisóstomo, que pueda Dios negar cosa alguna que le pida el cristiano en estas circunstancias. Bien puede con toda seguridad decirle con san Agustin: he cumplido por mi parte el mas arduo y difícil de tus preceptos; he hecho en obsequio de tu amor el mas costoso sacrificio; justo es pues que cumplas tú en mí la mas consoladora de tus promesas.

(1) *Matth. c. 6. v. 14.*

Y efectivamente el que observa con exactitud el precepto de amar á los enemigos, puede reconvenir á su Dios con firmeza y confianza, y este Dios bueno oirá con indecible gusto esta reconvencion amorosa, manifestándole que si alguna vez tarda en acceder á sus ruegos, lo hace solo, á fin de que pueda conocer mejor el precio de sus gracias y recibir mas dulce, mas excesivo, mas inmenso deleite en la posesion de sus dones. Pero este mismo Dios, que solo anhela despachar favorablemente nuestras súplicas, nos enseña que el medio mejor, el mas eficaz, el único para conseguirlo, es el perdon de las injurias. Así es que nos dice por san Márcos (1): cuando molestados del hambre, afligidos de la enfermedad, oprimidos de la miseria, perseguidos de la tentacion, acosados en fin de todos los males, vayáis á dirigir á vuestro Dios las oraciones mas fervorosas, para que os libre de todos ellos, perdonád primero los agravios que hayáis recibido de vuestros hermanos, sofocád la ciega pasion de la ira, amád entrañablemente á vuestros enemigos, y entónces yo os aseguro que correspondiendo á vuestro amor mi Padre celestial, los hará desaparecer en el momento, y os concederá la salud del alma por una remision completa de todos vuestros pecados. Pero si animados del criminal deseo de venganza os acercáis á sus piés, léjos de concederos lo que solicitáis, cerrará sus oídos por no escuchar vuestra peticion, os arrojará de sí lleno de furor, y hará caer sobre vosotros la mano severa de su terrible justicia.

Hé ahí, miserable vengativo, á dónde te conduce tu locura. Irremisiblemente has de pagar toda la deuda que has contraído con tus pecados. En la oscura cárcel del infierno serás oprimido con todo género de tormentos, pagando por una eternidad la injuria que con tu dureza has hecho á Dios, sin que jamas puedas repararla ni esperar el menor alivio. Y ¿es posible que aún no te decidas á perdonar de corazon á tus enemigos? á amarlos

(1) *Marc. c. 11. v. 24 et 25.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como hermanos? ¿Aún te volverás á tu casa con la misma enemistad, con el mismo odio, con el mismo rencor que abrigabas en tu pecho, al entrar en el templo? Si así fuere, cristianos, esto es, si no os perdonáis verdaderamente unos á otros, si no os reconciliáis, no abráis jamas vuestros impuros labios para la oracion. En nombre de aquel Dios, cuyo ministro soy, aunque indigno, de aquel Dios altamente inclinado á perdonar, pero cuya justicia es inexorable, os conjuro que no oréis, que no claméis á las puertas de su misericordia, porque vuestras oraciones serán armas crueles que volveréis contra vosotros mismos. En tan lamentable estado no hay para vosotros perdon, no hay gracia, no hay sacramentos, no hay gloria, no hay remedio alguno. Aunque os acojáis al sagrado templo, aunque recurráis á las oraciones del sacerdote, aunque os coloquéis sobre el mismo altar, como el desgraciado Joab (1), allí os arrebataria vuestro enemigo Satanas, allí serian traspasadas vuestras almas, como lo fué el cuerpo de aquel infeliz, con los agudos dárdos de la divina venganza, de allí seriais arrancados para sepultaros en el lugar de la desesperacion y los tormentos. Dejád pues el nombre de cristianos, retiráos para siempre de la Iglesia de Jesucristo, renunciád los derechos que habiais adquirido al reino de los cielos, negád abiertamente... pero ¿qué voy á decir? Negád mas bien á vuestro corazon el impío deleite que tiene en vengarse de su enemigo; negád á vuestro interes, á vuestra vanidad, á vuestra mal entendida reputacion la satisfaccion que exigen de vosotros; olvidád enteramente las ofensas que habéis recibido de vuestros prójimos, y teniendo presente el precepto de Jesucristo, amádlos de corazon, aunque ellos os aborrezcan, hacédles bien, aunque os hagan mil injurias, tratádlos con consideracion y caridad, aunque os calumnien, dirigíd por ellos las mas fervientes súplicas al trono de las misericordias, aunque os persigan; para que imitando la edificante conducta del Salvador, os hagáis acreedores como él al glorioso nombre de hijos predilectos del Padre celestial, y á la participacion de la herencia que os hará felices por los siglos de los siglos. Amen.

(1) III. *Reg.* c. 2. v. 29 *et* 34.

SERMON

DE LAS POCAS FUERZAS

QUE DEJÓ JESUCRISTO AL DEMONIO, DESPUES DEL COMBATE DE LAS TENTACIONES.

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA (1).

(DE EGUILETA.)

Ductus est Jesus à Spiritu in desertum, ut tentaretur à diabolo.
Jesus fué llevado al desierto por el Espíritu, para ser tentado del diablo.
S. Mateo, c. 4. desde el v. 1. al 11.

Hoy nos dice el Evangelio, amados fieles mios, que por impulso del Espíritu santo salió nuestro Redentor al desierto, como á campo de batalla, para luchar con el demonio en las tentaciones, con que sabia le habia de combatir. Quiso que fuera esta batalla en el desierto, y no en la ciudad, para que así fuese mayor su trabajo, pues no hay duda, que padece ménos el que tiene testigos de su penalidad, y es igualmente cierto, que el padecer á solas es la quinta esencia del padecer. Ántes de las tentaciones, prosigue el Evangelio, ayunó su Majestad cuarenta dias y cuarenta noches, como en otro tiempo Moises (2) y Elías (3), sin gustar cosa alguna de comer ni de beber. Es médico piadosísimo, dice san Ambrosio (4), y como tal gusta la medicina mucho ántes que el enfermo, para esforzarle á que la beba y á que no le tenga horror; ó digamos con san Agustin (5), que

(1) Para este dia hay dos sermones en la pág. 94 del tomo primero y 1 del tercero de los de *Mision*, el uno sobre la grandeza de Dios, y el otro sobre el vicio de la gula.
(2) *Exod. c. 24. v. 18. et c. 34. v. 28.* (3) III. *Reg. c. 19. v. 8.*
(4) *Ambros. Serm. 39.* (5) *Aug. Serm. 77. de temp.*

como hermanos? ¿Aún te volverás á tu casa con la misma enemistad, con el mismo odio, con el mismo rencor que abrigabas en tu pecho, al entrar en el templo? Si así fuere, cristianos, esto es, si no os perdonáis verdaderamente unos á otros, si no os reconciliáis, no abráis jamas vuestros impuros labios para la oracion. En nombre de aquel Dios, cuyo ministro soy, aunque indigno, de aquel Dios altamente inclinado á perdonar, pero cuya justicia es inexorable, os conjuro que no oréis, que no claméis á las puertas de su misericordia, porque vuestras oraciones serán armas crueles que volveréis contra vosotros mismos. En tan lamentable estado no hay para vosotros perdon, no hay gracia, no hay sacramentos, no hay gloria, no hay remedio alguno. Aunque os acojáis al sagrado templo, aunque recurráis á las oraciones del sacerdote, aunque os coloquéis sobre el mismo altar, como el desgraciado Joab (1), allí os arrebataria vuestro enemigo Satanas, allí serian traspasadas vuestras almas, como lo fué el cuerpo de aquel infeliz, con los agudos dárdos de la divina venganza, de allí seriais arrancados para sepultaros en el lugar de la desesperacion y los tormentos. Dejád pues el nombre de cristianos, retiráos para siempre de la Iglesia de Jesucristo, renunciád los derechos que habiais adquirido al reino de los cielos, negád abiertamente... pero ¿qué voy á decir? Negád mas bien á vuestro corazon el impío deleite que tiene en vengarse de su enemigo; negád á vuestro interes, á vuestra vanidad, á vuestra mal entendida reputacion la satisfaccion que exigen de vosotros; olvidád enteramente las ofensas que habéis recibido de vuestros prójimos, y teniendo presente el precepto de Jesucristo, amádlos de corazon, aunque ellos os aborrezcan, hacédles bien, aunque os hagan mil injurias, tratádlos con consideracion y caridad, aunque os calumnien, dirigíd por ellos las mas fervientes súplicas al trono de las misericordias, aunque os persigan; para que imitando la edificante conducta del Salvador, os hagáis acreedores como él al glorioso nombre de hijos predilectos del Padre celestial, y á la participacion de la herencia que os hará felices por los siglos de los siglos. Amen.

(1) III. *Reg.* c. 2. v. 29 *et* 34.

SERMON

DE LAS POCAS FUERZAS

QUE DEJÓ JESUCRISTO AL DEMONIO, DESPUES DEL COMBATE DE LAS TENTACIONES.

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA (1).

(DE EGUILETA.)

Ductus est Jesus à Spiritu in desertum, ut tentaretur à diabolo.
Jesus fué llevado al desierto por el Espíritu, para ser tentado del diablo.
S. Mateo, c. 4. desde el v. 1. al 11.

Hoy nos dice el Evangelio, amados fieles mios, que por impulso del Espíritu santo salió nuestro Redentor al desierto, como á campo de batalla, para luchar con el demonio en las tentaciones, con que sabia le habia de combatir. Quiso que fuera esta batalla en el desierto, y no en la ciudad, para que así fuese mayor su trabajo, pues no hay duda, que padece ménos el que tiene testigos de su penalidad, y es igualmente cierto, que el padecer á solas es la quinta esencia del padecer. Ántes de las tentaciones, prosigue el Evangelio, ayunó su Majestad cuarenta dias y cuarenta noches, como en otro tiempo Moises (2) y Elías (3), sin gustar cosa alguna de comer ni de beber. Es médico piadosísimo, dice san Ambrosio (4), y como tal gusta la medicina mucho ántes que el enfermo, para esforzarle á que la beba y á que no le tenga horror; ó digamos con san Agustin (5), que

(1) Para este dia hay dos sermones en la pág. 94 del tomo primero y 1 del tercero de los de *Mision*, el uno sobre la grandeza de Dios, y el otro sobre el vicio de la gula.
(2) *Exod. c. 24. v. 18. et c. 34. v. 28.* (3) III. *Reg. c. 19. v. 8.*
(4) *Ambros. Serm. 39.* (5) *Aug. Serm. 77. de temp.*

ayunó el Señor ántes de las tentaciones, para enseñar al cristiano á prepararse con el ayuno para los trabajos y tentaciones que le han de sobrevenir.

Despues de este ayuno tan severo, que habia continuado con su divina virtud, tuvo hambre, como hombre verdadero, dice san Juan Crisóstomo (1); y ved aquí la mayor confusion para el enemigo infernal. No acababa de entender el demonio, si era Jesucristo, Hijo de Dios y el Mesías prometido, ó si era puro hombre. Por una parte se persuadia, que era verdadero Hijo de Dios, ya porque habia oido, que el eterno Padre le aclamó por Hijo suyo, cuando recibió el Bautismo en las aguas del Jordan (2), ya porque el ayuno de cuarenta dias y otras maravillas que advertia en el Señor, demostraban la omnipotencia de un Dios; pero por otra parte contemplaba, que tambien podia no exceder de la esfera de un puro hombre, ya porque la declaracion de Hijo, que habia hecho el eterno Padre, se podia entender de Hijo adoptivo por la gracia, y no de Hijo natural, ya porque Moises y Elías, puros hombres, ayunaron tambien los mismos cuarenta dias, sin comer y sin beber; ya en fin, porque Dios habia obrado por medio de otras almas justas los prodigios que notaba en el Señor.

En medio de esta confusion y á vista de la necesidad de Jesucristo, se resolvió por ultimo el demonio á usar de sus astucias, y á este fin, presentándole unas piedras, le dice de esta manera: si eres verdadero Hijo de Dios, eres por consiguiente todopoderoso como Dios; haz pues que estas piedras se conviertan en pan, para socorrer la necesidad extrema en que te hallas. Ó atrevimiento infernal! Pretendia el demonio saber fijamente, si era Jesucristo verdadero Hijo de Dios, y si acaso no lo era, sino algun hombre justo y retirado, queria inducirle á que pecase, comiendo destempladamente, y con esta idea infame solicitaba el milagro de convertir en pan las piedras. Mas, ó benignidad de nuestro Dios! Sin embargo de tan horrible insolencia le rebatió suavemente, diciendo: *no se sustenta el hombre con solo pan, sino tambien con la palabra de Dios.* Fué decir, expone Natal Alejandro (3), que Dios no necesita ceñirse á solo pan para mantener al hombre, porque le puede alimentar, valiéndose de otros medios, como lo hizo antiguamente con su pueblo, enviándole con admirable providencia el maná (1), y en otros muchos lances que refiere la Escritura.

(1) *Chrysost. Homil. 5. imperf.* (2) *Matth. c. 3. v. 17.*
(3) *Natal. Alex. in Matth. c. 4.*

Vencido el demonio en esta primera tentacion, pasó á otra con igual malicia. Lleva el malvado á nuestro Redentor, ya por el aire, como dice san Gerónimo (2), ya por su pié con pasos apresurados, como siente Eutimio (3), á la ciudad santa de Jerusalen, y le pone sobre el pináculo del templo, que viene á ser lo mas alto del edificio, como si dijéramos el extremo de una media naranja ó chapitel; y puesto allí, le dice: si eres Hijo de Dios (mucho cuidado le daba, el que fuese verdadero Hijo de Dios, cuando tantas veces lo repite, y lo desea saber tan ansiosamente), si eres Hijo de Dios, le dice, arrójate de aquí abajo, y no temas lesion alguna; porque escrito está en la Escritura, que los ángeles te sostendrán (4). Quién creyera tal osadía? Queria envanecer al Señor, dice san Ambrosio (5), y por lo mismo le persuadia, que fiado en los méritos de su virtud acrisolada, se precipitase desde aquella eminencia; pero su Majestad le respondió con otro texto de la Escritura: tambien está escrito, que no se debe tentar á Dios (6); fué decir, que teniendo gradas ó medio para bajar desde el pináculo del templo, no era necesario arrojarse de él y bajar por milagro, porque esto seria querer experimentar sin necesidad el poder de Dios, y por consiguiente tentar á su Majestad soberana.

Vencido en esta segunda tentacion, no por eso desistió el demonio de su empresa, porque es muy porfiado. Tiéntale tercera vez, y llevándole con este intento á un monte muy elevado, le mostró desde allí todos los reinos del mundo y toda su gloria, gustos, riquezas, honras y conveniencias, que esta es la gloria del mundo; y luego le dijo: todo esto te daré, si postrándote á mis piés, llegares á rendirme adoracion.—Ved cuánto vale una alma, cuando por ella da el demonio todo un mundo, y ved si es para tenerla en tan poco aprecio, como el que regularmente se hace de joya tan preciosa. Veamos ahora la respuesta de Jesucristo. Aquí el Señor, no queriendo ya tolerar mas la soberbia y arrogancia del tentador, le dió en cara su osadía, diciendo: anda, Satanas, huye de mi presencia, porque

(1) *Exod. c. 16. v. 15.* (2) *Hieronym. hic.* (3) *Euthim. hic.*
(4) *Psalm. 90. v. 11.* (5) *Ambr. lib. 4. in Luc. n. 21. 22. 23. et 25.*
(6) *Deut. c. 6. v. 16.*

escrito está, que solo Dios, como legítimo Señor, es á quien se debe adorar y á quien se debe servir (1). Más fué precepto que reprension, dice san Juan Crisóstomo (2); y en su consecuencia, obediente el demonio, huyó vencido, y los ángeles vinieron á celebrar el triunfo de Jesucristo, trayéndole que comer, dice san Vicente Ferrer (3); pues claro está, que ha de dar Dios que comer, aunque sea enviando ángeles, al que no quiere comer por mano del demonio.

Esta es, fieles mios, la letra del Evangelio, llamado comunmente *de tentaciones*, porque fué tentado nuestro Redentor; mas ¿por qué pensáis que fué tentado? Oid á san Pedro Crisólogo, porque en su respuesta hemos de hallar hoy nuestra enseñanza. Quiso ser tentado, dice (4), para que debilitadas y enflaquecidas por este medio las fuerzas del demonio, le venzamos nosotros fácilmente. Con arreglo pues á tan admirable doctrina he de proponeros esta tarde, que Jesucristo dejó sin fuerzas al demonio, despues del combate de las tentaciones, para que sin trabajo especial le venzan los cristianos en las suyas; y en su consecuencia os haré ver igualmente, que si no le vencen, es únicamente por su culpa y su malicia. Para que sea con espíritu y acierto, pidamos la divina gracia, diciendo: *Ave María.*

No hay cosa mas comun entre los hombres, que defender con excusas sus pecados. No quieren, dice san Agustin (5), echar la culpa á su culpa; y por eso andan siempre buscando, á quien echarla en lo que no quieren ser culpados. Unos, dice Eutimio (6), culpan á su natural, ya lujurioso, ya colérico; otros culpan á su pobreza y necesidad; otros á los genios contrarios, con quienes viven; otros al mal ejemplo; otros en fin á la persecucion y calumnia; pero sin embargo de estas excusas, prosigue el mismo Eutimio, la mas repetida es la de echar al demonio la culpa de sus culpas. Y en qué se funda esta excusa tan comun? ¿Acaso en el poder y fortaleza del demonio, por decir el santo Job (7), que no hay en la tierra poder, con que compararlo? Ó almas, y qué ignorancia! Si le durara el poder, pudiera la excusa tener algun color. Pero dónde está ese poder?

(1) *Deut. c. 6. v. 13.* (2) *Chrys. in Matth. c. 4. hom. 13.*
(3) *Vinc. Ferr. Serm. Dom. 1. quad. in fine.* (4) *Chrysol. Serm. 11.*
(5) *Aug. in Psalm. 7.* (6) *Euthim. in Psalm. 40.* (7) *Job, c. 41. v. 24.*

Antes de la venida de Jesucristo, y particularmente ántes de salir al combate de las tentaciones, que hoy nos recuerda la Iglesia, pudiera el cristiano temer; pero no despues. Sabéis por qué? No solo porque el ver á nuestro Capitan en la batalla, esfuerza y anima nuestra esperanza, para entrar á pelear con aliento, como dijo san Leon (1); no solo porque nos ayuda, para que salgamos victoriosos en la lucha, como dijo san Agustin (2); sino tambien, y es lo principal, porque, como dejo dicho con san Pedro Crisólogo, quedó el demonio sin fuerzas despues del combate de Jesucristo. Ó beneficio imponderable! Se portó este Señor en el desierto como águila generosa, que alienta á sus hijos á volar, como decia Moises (3). Pero qué digo á volar? Aún á pelear los alienta, dice san Ambrosio (4), y esto mismo parece que hizo nuestro Redentor: oíd si no con cuidado la comparacion, y lo veréis.

Es el águila, dice el santo, enemiga declarada de los dragones y de todo género de serpientes; por tanto lo primero que enseña á sus hijos, cuando empiezan á volar, es á pelear con el dragon; mas como los polluelos aún tienen pocas fuerzas, sale la madre á pelear con él, y cuando lo tiene ya rendido, lo presenta sagazmente á sus hijuelos, para que no le teman al verlo quebrantado. Esto hace, fieles, el águila para esforzar á sus hijos; y esto hizo, como águila caudalosa, Jesucristo nuestro señor, para esforzar á los suyos, que somos los cristianos. En otro tiempo, dice Agustino (5), era el demonio un dragon infernal de insuperables fuerzas, que muchísimos muy fuertes venció con el veneno de su malicia; á Sanson (6), á David (7) y á Salomon (8) con la lujuria; á Eva con la gula (9); á Caín con la envidia (10), á Giezi con la codicia (11), y de esta suerte á otros muchos; pero saliendo con él al campo del desierto nuestra divina Águila, le dejó vencido, logrando tan gloriosos triunfos, que nos alienta á no temerle, como á enemigo rendido. Dragon se queda, es verdad; pero es dragon postrado, como lo anunció David (12); dragon se queda, pero quebrantada por nuestro Redentor la cabeza, dice san Agustin (13). Y habrá ya quien le

(1) *Leo, Serm. 1. quadrag.* (2) *Aug. Serm. 115. de temp. c. 13.*
(3) *Deut. c. 32. v. 11.* (4) *Ambr. lib. de Salom. c. 1.*
(5) *Aug. in Soliloq. c. 16.* (6) *Judic. c. 16. v. 4.* (7) *II. Reg. c. 11. v. 4.*
(8) *III. Reg. c. 11. v. 1.* (9) *Genes. c. 3. v. 6.* (10) *Genes. c. 4. v. 5.*
(11) *IV. Reg. c. 5. v. 20.* (12) *Psalm. 90. v. 13.*
(13) *Aug. in Solil. ubi sup.*

tema? Ó cobardía pusilánime! Ántes andaba suelto este dragon sin que hubiera quien se le atreviese; pero despues que le venció Jesucristo, le desafía san Pablo (1); san Hilarion le desprecia, tanto al representársele camello, como raposa (2); el grande Antonio hace burla (3), y aún muchas doncellitas tiernas han hecho lo mismo (4). No lo extrañéis, porque como dijo san Juan (5), el ángel del gran consejo Jesucristo le tiene atado. Ántes era príncipe de este mundo, que avasallaba con facilidad á los que queria; pero viniendo el rey de reyes Jesucristo con absoluto poder en cielo y tierra, desposeyó á este tirano de su dominio, arrojándole con ignominia de sus términos, dice san Juan (6). Ántes era tan valiente, que dijo de él un profeta (7), triunfaria de los reyes, y se reiria de sus armas y fortificaciones; pero despues que le venció Jesucristo, está muy cobarde. Sabeis cuánto? Mejor que yo lo dirá un texto de la Escritura (8).

Preguntando su Majestad al demonio, para expelerle de aquel pobre hombre, á quien poseía con sumo imperio, cómo se llamaba: le respondió, dice san Márcos: *Legio;* aquí estamos una legion de demonios. Y cuánto es una legion? El que ménos, asegura que seiscientos hombres (9): y no falta quien diga, que seis mil seiscientos y sesenta y seis (10). No reparáis? dice san Pedro Crisólogo. Tantos para uno? Evidente señal de su cobardía. Véase, dice el santo (11), lo que son y lo que pueden los demonios, despues de la lucha de Jesucristo, pues para combatir á solo un hombre juntan un ejército tan grande; pero no me contento con que lo digan los santos, confiese el demonio mismo su flaqueza, y para ello oigamos con atencion al real profeta David (12).

Las espadas, dice, y las lanzas del enemigo infernal perecieron para siempre. Sabéis quién expone así este texto? No ménos que el mismo demonio, que hoy se muestra grande escriturario. Aparecióse en una ocasion al grande Antonio, segun escribe san Atanasio en su vida (13), y le dió grandes quejas de sus monjes y de todos los cristianos, porque en sus fracasos y

(1) *Ad rom. c. 8. v. 38. et 39.* (2) *Hieron. in vit. Hilar.*
(3) *Athan. in vit. Ant.* (4) *Theres. de Jes. in ejus vit. c. 25. circa finem.*
(5) *Apocal. c. 20. v. 1. et 2.* (6) *Joan. c. 12. v. 31.*
(7) *Habac. c. 1. v. 10.* (8) *Marc. c. 5. v. 9.*
(9) *Natal. Alex. in Marc. c. 5.* (10) *Laur. verb.* Legio.
(11) *Chrysol. Serm. 17.* (12) *Psalm. 9. v. 7.* (13) *Athan. in vita Ant.*

culpas luego le culpan y maldicen; todo es: *Mal haya el Diablo.* Y si pecan: *el diablo me engañó.* Pues no tienen mucha razon? le dijo el santo. Ó Antonio! replicó el demonio; sabe que me dejó tan sin fuerzas el Redentor, que con un soplo me pueden ahuyentar y derribar; soy miserable, soy flaco: no lo has leído en David? ¿No te acuerdas, dice, que ya se acabaron y perecieron mis fuerzas y mis armas? Ved, fieles, como el mismo demonio confiesa su flaqueza. Diga san Juan (1) que vino el Hijo de Dios á deshacer las fuerzas y astucias del demonio; diga Zacarías, padre del Bautista, que vino á quitarnos el temor de nuestros enemigos (2); que santa Teresa de Jesus dirá, que no se le da ya mas de ellos que de las moscas (3). Sí, almas católicas, ya el demonio no tiene fuerzas contra nosotros los cristianos, porque se las quitó Jesucristo; vencido quedó por su Majestad en la batalla de las tentaciones, para que á su imitacion y con su ayuda, le venzamos tambien nosotros en las nuestras: podrá incitar y persuadir, podrá molestar como la mosca, pero nada mas. Vedlo si no, y bien claro, en las tentaciones de hoy, que son la muestra de todas las tentaciones.

Llega en la primera con unas piedras, y dice á la Majestad del cielo: si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan. Le hizo alguna violencia? Ya se ve que no, pues rogando llega; pero aunque quisiera, no puede, dice san Juan Crisóstomo (4). Vamos á la segunda. Sube al Señor á lo alto del templo, y le dice, que se arroje. Le dió algun empellon? No puede, dice san Gerónimo (5), y por lo mismo solamente le persuadió que se arrojara. Vamos á la tercera Muestra desde un monte todos los reinos del mundo, y los ofrece á su Majestad, si le adora. Le hizo alguna fuerza? No por cierto, sino que le pide. ¿Veis que no puede mas que rogar, sugerir y representar con palabras compuestas, como dijo el santo Job? (6) Infiere ahora, cristiano; luego de tus culpas no tiene la culpa el demonio, sino tú; luego, si llegas á pecar, no es porque te obliga el demonio con la tentacion, sino porque tú la consientes con la voluntad; luego, si le experimentas con fuerzas y con armas, es porque tú se las das con tu albedrío.

Sí, alma cristiana: cuando de las piedras de las culpas haces

(1) I. *Joan. c. 3. v. 8.* (2) *Luc. c. 1. v. 74.*
(3) *In ejus vit. c. 25 circa finem.* (4) *Chrysost. in Matth. hom. 5. imperf.*
(5) *Hieron. in Matth. c. 4.* (6) *Job, c. 41. v. 3.*

pan para comer, es porque tú quieres; cuando te arrojas de lo alto del templo de la gracia hasta lo profundo del pecado con temeraria confianza, es porque tú quieres; cuando niegas á Dios la obediencia por el interes ó deleite que te ofrece el demonio, es porque tú quieres, dice san Bernardo (1), culpa pues en tus culpas, no al demonio, sino á tu querer; que á ti mismo te maldices, dice el Espíritu santo (2), si cuando pecas, maldices al demonio. Venció acaso á Jesucristo? Oh! que no era posible, me dirás, porque era Dios juntamente. Pues yo te digo, que aunque fuera puro hombre, no le venciera. Doy por ahora dos razones, y en ellas verás con bastante claridad la causa, porque te vence el demonio.

Si notáis el estilo que guardan los evangelistas en referir la salida del Salvador á las tentaciones del desierto, encontraréis prontamente la primera razon. Hablando de otras ocasiones, dicen, que iba su Majestad á la ciudad de Naím (3), que pasaba por Samaria (4), que salió al desierto á orar (5). Pero llegan á escribir las tentaciones, y dice san Mateo, que fué guiado del divino Espíritu (6); san Lúcas, que fué movido por el Espíritu santo (7); san Márcos, que le sacó el Espíritu al desierto (8). No advertís la diferencia? Para obrar milagros, para orar y predicar dicen, que iba el Señor; mas para ser tentado, no dicen que iba, sino que el Espíritu le llevaba. Y por qué? Ya lo dijo san Juan Crisóstomo (9): para enseñarnos, que no entremos de nuestra propia voluntad en las tentaciones. ¿Cómo pues, aunque fuera puro hombre, habia de vencer el demonio á Jesucristo, si no se puso, sino que le puso el Espíritu santo en la tentacion? Y ¿cómo no ha de vencer al cristiano, si en ella se pone con temeridad y sin precaucion alguna? Esta es la primera razon, porque nos vence un enemigo tan débil; tan débil es, que, como dice san Agustin (10), puede ladrar, pero no morder sino al que voluntario se acerca; porque es perro atado por virtud de Jesucristo: puede decir al alma, como al Señor en el desierto, que se despeñe; pero no despeñarla, como dejo dicho: luego, si te hallas mordido, fué porque te acercaste al demonio, y si te despeñaste en las culpas, fué porque lo quisiste;

(1) *Bern. Serm. ad Fratr.* (2) *Eccles. c.* 21. *v.* 30. (3) *Luc. c.* 7. *v.* 11.
(4) *Luc. c.* 17. *v.* 11. (5) *Marc. c.* 1. *v.* 35. (6) *Matth. c.* 4. *v.* 1.
(7) *Luc. c.* 4. *v.* 1. (8) *Marc. c.* 1. *v.* 12.
(9) *Chrysost. Hom.* 13. *in Matth.* (10) *Aug. Serm.* 197. *de temp.*

pues, como dijo el profeta Jeremías (1): *quebró Dios y deshizo el martillo, que golpeaba la tierra;* esto es, dice Orígenes (2), quebrantó Jesucristo las fuerzas del demonio, que era el martillo, que fijaba los clavos de las tentaciones en las almas; y si el martillo, como advierte el mismo doctor, no puede dar el menor golpe, si no hay mano que lo mueva, así el demonio no puede tampoco herir á las almas con el menor golpe, si ellas de su voluntad no le dan la mano, para que hiera.

Decídme si no para vuestra confusion: ¿por qué á Daniel no le ofendieron los leones? (3) ¿por qué no lastimó el fuego á los del horno de Babilonia? (4) por qué fué báculo para Moises la serpiente (5)? y lo que asombra mucho mas, ¿por qué no cometió la menor culpa el santo Job (6), estando en las manos mismas del demonio? En una palabra lo dijo san Gregorio (7): Daniel no se arrojó á los leones, sino que le echaron; los mancebos del horno fueron por ajena mano á las llamas; Moises tomó con su mano la serpiente, por mandato de Dios; y el santo Job no se puso en manos del demonio, sino que Dios le puso. Ved pues la causa por que salieron libres y sin lesion; porque peligros, en que pone Dios, no son peligros; pero si tú mismo te pones en manifiesto precipicio, si sales al concurso peligroso, á los bailes y comedias, al paseo escandaloso, á la conversacion y á la chanza, ¿cómo no te ha de rendir el infernal espíritu? Él anda buscando medios para destruir las almas, dice mi padre san Pedro (8); ¿cómo pues no ha de lograrlo, si ellas mismas le dan la mano? Sí, cristiano mio, esta es la primera razon y causa, por que te vence el demonio, siendo tan flaco, porque te pones en la ocasion y peligro voluntariamente; por eso caes en las tentaciones, en que no llegarias á caer, si te llevase á ellas el Espíritu santo, como llevó á Jesucristo.

Lo segundo, por que no venció á nuestro Redentor el demonio, y, aunque fuese puro hombre, no le venciera, fué porque halló á su Majestad armado con el ayuno. No quiso, dice san Basilio (9), entrar en la batalla de las tentaciones, sin armarse primero con el ayuno; no por necesidad suya, prosigue el santo, sino por enseñanza nuestra; para que aprendamos, que

(1) *Jerem. c.* 50. *v.* 23. (2) *Origen. Homil.* 3. *in Jerem.*
(3) *Daniel. c.* 6. *v.* 22. (4) *Daniel. c.* 3. *v.* 50. (5) *Exod. c.* 4. *v.* 4.
(6) *Job, c.* 2. *v.* 6. *et* 7. (7) *Gregor. lib.* 3. *Mor. cap.* 2.
(8) I. *Petr. c.* 5. *v.* 8. (9) *Basil. Homil.* 1. *de jejun.*

si queremos vencer, nos armemos con el ayuno, ántes de salir á la campaña. Á la verdad, oyentes mios, ayunando con pureza de intencion, Dios nuestro padre nos dará sabéis qué? No lo determina el Evangelio; solo dice, que nos dará (1), *reddet tibi;* porque siendo un todo, seria como agraviar al ayuno, especificar algo; pero ya lo explica Hugo de Prato Florido (2): dará, dice, luz al entendimiento para conocer la verdad, y por consiguiente vencimiento de los errores; que aún por eso mandó su Majestad á Moises, que fuese á hablar á Faraon por la mañana (3), porque como dice Dionisio Cartujano (4), pretendia Dios desengañarle, y por lo mismo le intimó sus órdenes en ocasion, en que todavía estuviese en ayunas, para que conociese mejor la verdad. Qué mas dará? El mismo Hugo lo dice: la libertad del furor de la divina justicia: testigos son los ninivitas, que con el ayuno pudieron huir de un Dios indignado, y convertirle en misericordioso (5). Qué mas dará? Victoria de los apetitos de la carne, prosigue Hugo. Claro está, dice san Fulgencio (6), que saldrian libres los tres mancebos del horno de Babilonia (7), pues se abstuvieron de las comidas del rey; que á no ser así, dice el santo, no vencerian tan fácilmente las llamas, símbolo de los ardores de la carne. Qué mas dará? Una imitacion y semejanza de Dios, continúa Hugo; por eso excusa san Gerónimo (8) á mi padre san Pedro, cuando quiso hacer para Moises y Elías tabernáculos semejantes al de Jesucristo (9), porque es bien le sean parecidos en la honra, pues le fueron semejantes en el ayuno. Dará mas? Sí, dice Hugo: un lleno de todas las virtudes. Bien lo asegura la Iglesia, cuando en el Prefacio dice (10), que con el ayuno se destierran todos los vicios. No dice, que se reprime la gula, la soberbia ó algun otro vicio en particular, sino todos, porque á todos hace guerra, por estar acompañado de todas las virtudes. Queda mas que dar? Sí, dice Hugo; la habitacion, que hace el Espíritu santo en quien ayuna, dejándole por consiguiente, como á los apóstoles en otro tiempo, lleno de tranquilidad ó quietud interior y exterior, y triunfante ó victorioso de los apetitos de la tierra: por eso dice

(1) *Matth. c. 6. v. 4.* (2) *Hug. Prat. Serm. 1. fer. 4. Cin.*
(3) *Exod. c. 8. v. 20.* (4) *Dion. Cart. ibi.* (5) *Jon. c. 3. ex v. 5.*
(6) *Fulg. Serm. 7.* (7) *Daniel. c. 1. ex v. 8. et c. 3. v. 50.*
(8) *Hieron. lib. 1. adv. Jovinian.* (9) *Matth. c. 17. v. 4.*
(10) *In Præf. quadrages.*

san Lúcas (1), que llenó el Espíritu divino á los apóstoles, porque prevenidos con el ayuno, ofrecieron decente vacío para aquel lleno. Últimamente (pues no acabaria, si prosiguiera) dará Dios al que ayuna, dice Hugo, como complemento de todas sus victorias, una segura guia para la gloria: que si camina Elías alentado hasta la cumbre del Horeb, no es cuando los cuervos le traían comida y cena de pan y carne (2), solo sí, cuando el ángel le trae la parca comida de pan y agua (3), porque, como ponderaba san Basilio (4), la nave mas lijera camina mucho mas.

Tal es, católico, la eficacia del ayuno y su importancia; infiere ya de aquí, cómo habia de vencer el demonio á Jesucristo, aunque fuese puro hombre, estando armado con el ayuno, y cómo no ha de vencerte á ti, viviendo siempre desprevenido. Debes ayunar, dice san Juan Crisóstomo (5), si has pecado, porque pecaste; si estás sin conciencia de pecado, para no pecar; si deseas que Dios te haga mercedes, ayuna para alcanzarlas; si las has conseguido, ayuna para no perderlas. Sí, cristiano mio, ayunar debes; no hay duda en ello. Díme pues ahora, en qué ánimo te hallas? piensas ayunar? ¡Ó Dios, que temo hablar en vano de este punto! ¿Quién es el que al ver cerca de sí la cuaresma, no tiembla, como el mozo Tobías al ver el pez (6), juzgando que el ayuno le ha de tragar? ¿Quién es el que no busca pareceres de médicos y opiniones anchas, para librarse de la obligacion del ayuno? En el juício divino se examinará la verdad de los informes; pero aguarda un poco; desentraña ese pez, á que tanto temes; díme, por qué no ayunas? ¡Ó padre, que yo no puedo! Y ¿de dónde sabes que no puedes, si no lo pruebas? ¿Dónde cabe que empieces la cuaresma, no por el ayuno, sino por las excusas para no ayunar? Ó Israel! decia el Señor por su profeta (7): qué temes, teniendo en tu apoyo á todo un Dios? qué podrás responder para justificarte? Servir al mundo, á la fortuna y á las pasiones, nada tiene de penoso, porque somos mundanos, ambiciosos y sensuales: sed pues cristianos, y nada encontraréis que exceda á vuestras fuerzas en el servicio de Jesucristo.

(1) *Act. c. 2. v. 2. et 15. et Tirin. in dict. vers. 15.*
(2) III. *Reg. c. 17. v. 6.* (3) III. *Reg. c. 19. v. 5 et 6.*
(4) *Basil. Homil. 1. de jejun.* (5) *Chrysost. Serm. 1. de jejun.*
(6) *Tob. c. 6. v. 3.* (7) *Isai. c. 43. v. 1. et 26.*

Ponéd si no los ojos en aquellas almas justas, que vosotros mismos conocéis, y que por un efecto de la misericordia del Señor han salido ya de los desórdenes antiguos: cuando vivian como vosotros entregadas al mundo, á los sentidos y á los deleites, eran en extremo delicadas, miraban la ley de los ayunos y abstinencias como una ley homicida, y siempre hallaban nuevas razones para excusarse de ella; pero mirádlas, despues que han entrado en los caminos de la gracia y de la salvacion, ya no miran las dispensaciones de otros tiempos como necesidades, sino como delitos; ya no tienen por incompatible la salud con el precepto del ayuno, ántes bien añaden á los rigores de la ley otros rigores voluntarios; sin tanto cuidado gozan de mas perfecta salud, y como aquellos cuatro niños judíos, que refiere Daniel (1), se puede asegurar, que deben su fuerza y robustez á una vida mas austera y á la abstinencia de las viandas prohibidas. No se ha mudado su temperamento sino su corazon; la gracia es, y no la naturaleza, la que se ha fortificado en ellas: no es la mano del hombre la que obra en sus cuerpos, sino la mano de Dios vivo es la que ha obrado en sus almas; en una palabra toda la novedad, que se deja ver en ellas, consiste en la renovacion del hombre interior.

Mudád pues vuestro corazon, y todo os será posible; mudádlo bien, y veréis como no solamente queréis ayunar, sino que vosotros mismos procuraréis debilitar á un enemigo, que no guarda respeto alguno en su rebelion. ¡Oh, cómo lo practicaban aquellos antiguos católicos! Tal era el respeto con que miraban á la cuaresma, que, segun dice san Juan Crisóstomo, (2) el que no podia por motivos justos ayunar, no se atrevia á salir de su casa de corrido. Y cuál era su rigor? Oh válgame Dios! Sin embargo de gastar el tiempo y su calor natural en asistir con la mayor devocion á los oficios divinos, y en prepararse igualmente con larga oracion y con otros muchos ejercicios santos y penosos, no comian hasta despues de puesto el sol, y entónces unas yerbas ó legumbres. Ocasion hubo, dice Nicéforo (3), que faltando mantenimientos de cuaresma en Constantinopla, y habiendo mandado por eso el emperador Justiniano, que se vendiese carne, no solo no hubo quien la comprase, sino que recurrieron al emperador, y le dijeron, que ántes querian morir, que faltar á la observancia cuadragesimal. Ó confusion de los cristianos de estos tiempos! Ahora todo es indulgencia de parte de nuestra madre la Iglesia, y aún así son muy pocos los que quieren de veras ayunar. ¿Qué haréis, cuando en el juício que os aguarda, os ponga Dios delante el fervor de aquellos fieles primitivos? ¿Qué responderéis, cuando os muestre la severidad de sus ayunos? Parecerán entónces justas vuestras excusas? En aquel dia terrible se verá.

(1) *Dan. c. 1. v. 15.* (2) *Chrysost. Homil. 10 in Genes. ex princip.*
(3) *Niceph. l. 17. Hist. cap. 32.*

Pero yo quiero dar por supuesto, que ayunéis: sea por cierto así; pero quiero saber tambien, cómo ayunáis. Á seis redujo Paludano (1) todas las clases del ayuno; ayuna el enfermo, porque no puede comer; ayuna el pobre, porque no tiene; ayuna el avariento, por no gastar; ayuna el guloso, por mas comer; ayuna el hipócrita, por el aplauso; y ayuna el virtuoso, por el mérito. Ved en cuál clase de estas se ha de poner vuestro ayuno. ¿Es ayunar entregarse á la conversacion, al juego y á las vanas diversiones para no sentir el ayuno? ¿Es ayunar dilatar las horas del sueño, por acortar las del ayuno, cuando con el penitente Rey se debia prevenir la aurora, para unir nuestras oraciones con las de la Iglesia, y ofrecer al Señor las primicias de un dia, que debe ser santificado con la penitencia? ¿Es ayunar poner en el dia de ayuno mas cuidado en el comer? ¿Es ayunar tanta invencion de comidas, guisados y sainetes, cuando en sentir de san Basilio (2) y san Ambrosio (3), llamaron los antiguos á la cuaresma descanso de cocineros? Esto, dice san Agustin (4), no es guardar abstinencia, sino mudar y aumentar el regalo; será, cuando mucho, lo que baste para no quebrantar el precepto; pero no para el fin de la mortificacion, que Dios y nuestra madre la Iglesia pretenden con el ayuno.

Fieles de mi corazon, en este tiempo de penitencia, en este, en que nuestra vida deberia ser mas simple y comun, como decia san Leon antiguamente (5); en este, en que deberíamos sustentar á los pobres de Jesucristo con lo que nos cercenásemos á nosotros mismos; en este, en que, por hablar con palabras del Apóstol (6), nuestra abundancia deberia servir para

(1) *Palud. Enarr. in die Cin.* (2) *Basil. Homil. 1. de jejun.*
(3) *Ambros. lib. de Elia, cap. 8.* (4) *August. Serm. 37.*
(5) *Leo, Serm. 85. cap. 3.*
(6) II. *Ad cor. c. 8. v. 14.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

socorrer la escasez de nuestros hermanos, ¿no hemos de usar de mas simplicidad en las comidas? ¿En este sagrado tiempo se ha de poner mas cuidado y artificio, para suplir con mil aderezos la simplicidad de las viandas, de que es preciso usar? En este tiempo de lágrimas, y amargura ¿se ha de lisonjear mas al gusto, se ha de avivar mas la sensualidad, la comida ha de ser mas exquisita y los gastos mas excesivos? En una palabra, en este tiempo de gracia y de bendicion, en este que deberia ser santificado con la penitencia, ¿han de ser las comidas mas célebres y famosas para el apetito? Ó locura de los hombres! ó embeleso de las almas! ¿Qué es de admirar, que triunfe de ellas el demonio sin embargo de sus ayunos? Ay, fieles mios! ayuno sin mortificacion ni penitencia no merece nombre de ayuno, porque se pierde su mérito, dice el angélico doctor (1). Prevéngase pues con un ayuno severo el que no quiere ser vencido, que á este fin, y para darnos ejemplo, ayunó Jesucristo cuarenta dias, sin comer ni beber en todos ellos. Esto es lo que debe ser, y esto lo que pretende la Iglesia en todo tiempo, y con especialidad en este sacratísimo, en que nos hallamos.

Qué resta pues, cristiano? Ya quedas convencido de la debilidad y flaqueza del demonio, despues que le venció Jesucristo; ya quedas desengañado de que si te vence, sin embargo de sus cortas fuerzas, es porque temerario entras en los peligros, y porque incauto te desarmas para la guerra, que debes hacerle de continuo. Qué resta pues, vuelvo á decir? ¿qué resta ya, sino que con la luz de este desengaño estudies en el conocimiento de ti mismo, para confundirte? ¿Qué resta, sino que aprendas lo mucho que debes á tu divino Maestro y Redentor, para esforzarte? Aborrecible vileza es, que teniendo á un Dios todopoderoso y á sus ángeles en tu favor para la victoria, y no teniendo para los vicios mas que al demonio tan débil, despues que Jesucristo le venció, sea el demonio quien triunfe de ti, y no triunfes tú de su miserable flaqueza. Al arma pues contra el demonio y contra las culpas, que, como dijo el Apóstol (2), este es el tiempo aceptable para la milicia cristiana; este de la cuaresma santa, que así lo entienden san Leon (3) y san Ambrosio (4); este es el tiempo, en que á vista de toda la corte celestial salimos á la palestra, como decia san Pablo (1); este es el tiempo, en que, como dijo David (2) y explica san Vicente Ferrer (3), abre Dios con mano liberal los tesoros de su infinita misericordia, para socorrer á los soldados de Jesucristo; este es el tiempo, en que ofrece Dios coronas inmarcesibles á los que legítimamente pelearen (4). ¿Quién pues no se anima, para entrar en la campaña? ¿quién no se abraza con la cruz y penitencia para satisfaccion de sus culpas? ¿quién no llora, quién no se confunde á vista de su ingratitud contra un Dios, el mas fino y amoroso?

(1) *Div. Thom. 4. ent. quæst. 15. art. 4. quæst. 3. ad 2.*
(2) II. *ad cor. c. 6. v. 2.* (3) *Leo, Serm. 2. et 4. quad.*
(4) *Ambros. Serm. 27.*

Ea, fieles mios, *ecce nunc tempus*, vuelvo á decir con la Iglesia nuestra madre; este es el tiempo de penitencia y de nuestra salud eterna; no porque para el pecador no debiera ser toda la vida una continua penitencia, sino porque la Iglesia, que ve con dolor que son muy raros los verdaderos penitentes, ha instituído estos dias de salud, para impedir á lo ménos que el espíritu de penitencia se extinga del todo entre los fieles. Mirád pues este sagrado tiempo, como una corta expiacion que os pide ahora por vuestros delitos: hacéd á lo ménos que lo que en él padecéis, pueda reemplazar en la presencia de Dios lo que dejáis de sufrir en lo restante del año; hacéd que estos cuarenta dias purifiquen los demas. Vuestra vida en otro tiempo estaba sepultada en los deleites, la ociosidad y el regalo; pues ¿qué razon puede haber para no reparar estos descuidos, cuando tenéis ahora la ocasion? ¿Es posible que miéntras la Iglesia gime y está cubierta con sus vestidos de luto y de tristeza, queráis vosotros vivir alegres? ¿Es posible que miéntras sus ministros lloran entre el vestíbulo y el altar, andéis vosotros buscando los placeres, los recreos y diversiones? Cuando todo anuncia los penosos misterios de un Dios que padece, ¿vosotros habéis de vivir encenagados en una delicadeza indigna? Oh, no lo permita el cielo! ántes bien confundíos de que se os pida tan poco, despues de unos excesos, para cuya satisfaccion no bastaria una vida llena de trabajos; confundíos de que el fervor y la alegría, por decirlo así, de este sacrificio de penitencia sea equivalente en la presencia de Dios para satisfaccion de vuestras culpas.

(1) I. *ad cor. c. 4. v. 9.* (2) *Psalm. 101. v. 14.*
(3) *Vinc. Ferr. Serm. 2. sab. ant. Dom. 2. quadr.*
(4) II. *ad. Tim. c. 2. v. 5.*

Penitencia pues, fieles mios; rásguense nuestras carnes, perezca nuestro cuerpo, como no perezca nuestra pobre alma; esto es lo que nos importa, que todo lo demas nada vale: penitencia pues, vuelvo á decir, que si no, somos perdidos. Ay de nosotros, que caímos y pecámos! ay de nosotros, si no lloramos con vivas lágrimas de sentimiento! Quién pues no llora? quién no se arrepiente? quién no se deshace en vivas lágrimas de dolor? Á Dios hemos ofendido, oyentes mios, y á Dios mismo hemos de pedir sin dilacion misericordia; llegád pues á sus plantas soberanas, si queréis hallar remedio: llegád arrepentidos por lo pasado, y con firme propósito de perseverar contritos toda la vida. Ya veis cuál ha sido hasta ahora vuestro modo de vivir, bien sabéis, que todo el infierno es cortísimo castigo para vuestras execrables ingratitudes; vuestras torpezas, vuestras blasfemias, vuestras embriagueces, vuestras vanidades, vuestros rencores, en fin, un sinnúmero de culpas, están clamando al cielo por venganza: llegád pues, vuelvo á decir, á los piés de vuestro Redentor, pero deshechos en vivas lágrimas de dolor y sentimiento; llegád con humildad y confianza, que al fin, aunque hijos ingratos, está pronto para daros un abrazo como al Hijo pródigo, si os arrepentís con firmeza. Hay quién desprecie esta ocasion tan amorosa? Oh, no lo permitáis, Dios y padre amabilísimo! Pero si acaso lo hubiere, llorád, cielos, á este infeliz, llorád, tierra, á este desdichado; cortesanos de la gloria, Vírgen santísima y madre de pecadores, rogád por este miserable, para que no se pierda la sangre de vuestro Hijo. Pero qué es lo que yo pienso? Habia de haber en mi auditorio pecador tan obstinado? ¿habia de pisar el suelo de este sagrado templo pecador tan rebelde y endurecido? No, fieles mios muy amados, no pienso tal desvarío. Todos pues, todos con gran confianza pidamos misericordia: no la merecemos, es verdad, pero ahí está Jesus nuestro padre, nuestro bien y nuestro amparo; ahí le tenemos pronto para suplir con su sangre lo que falte á nuestra disposicion: buscádle pues humildes y reconocidos, si queréis hallar consuelo; buscádle con lágrimas fervorosas, que al fin es el perdon y el consuelo único de pecadores.

Mas, ó Jesus y redentor de las almas! ó piélago de caridad y de amor! ¿Quién será capaz de consolarme, despues de haberos ofendido? ¿qué alegria podré hallar, habiendo sido ingrato á mi mismo Padre, rebelde á mi Criador y despreciador de mi Dios? ¡Pobre de mí, ó Jesus amabilísimo! pobre de mí, si vos no me amparáis; pobre de mí, pues de piés á cabeza me veo lleno de culpas y maldades! Pero ¿quién, Señor, sino vuestra gran bondad me ha sufrido? ¿quién sino vuestra gran bondad me ha esperado? Ea pues, Dios amantísimo, sea hoy el dia dichoso en que logre hacer las paces con vos. Vos sois Jesus, que es lo mismo que Salvador; salvád á este pobre, infeliz y miserable pecador. ¡Oh, cuán grande ha sido mi ceguedad! qué horrible mi desacato! Me aparté de vos, que sois luz de mis ojos, vida de mi alma, alma de mi corazon y potencias; me aparté de vos, y perdí al momento la gracia, y con ella mas que lo que valen mil mundos. Oh qué locura! oh qué desgracia! oh qué desdicha! Pero ay, Dios amoroso! ya lo hecho no tiene remedio, y nos pesa con toda el alma; ya lo hecho no tiene remedio, y pedimos por lo mismo perdon y misericordia.

Ó Reina de los ángeles! ó soberana princesa! ó María sacratísima! madre sois de pecadores humildes; apiadáos de estos infelices, que imploran vuestra clemencia; postrados nos tenéis á vuestras plantas, doléos, Señora, de nuestras miserias; compadecéos de nuestras desdichas, y alcanzádnos de vuestro Hijo dulcísimo unas lágrimas fervorosas, un corazon contrito, un gran dolor y sentimiento por haberle ofendido tantas veces: esto es lo que deseamos, y ojalá fuese con tal fortaleza, que se nos rompiese de pena el corazon. Hay alguno que se excuse? Oh no lo permita el cielo! Ánimo pues, fieles mios, para obligar á María y á su Hijo soberano; ánimo y aliento para llorar nuestras culpas; no mas ingratitud contra un padre tan amoroso, no mas ofender á tan infinito bienhechor: lloremos sí nuestros pecados, y clamemos con amargura diciendo de todas veras: *Señor mio Jesucristo etc.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HOMILÍA.

CUÁL ES EL DESIGNIO DE SATANAS EN SUS TENTACIONES, Y MODO DE VENCERLAS.

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me... Dominum Deum tuum adorabis.

Todo esto te daré, si postrado á mis piés me adorares... Al señor tu Dios adorarás exclusivamente.

S. Mateo, c. 4. v. 9 y 10.

El Señor, cuyas promesas son infalibles, ha constituído al hombre árbitro de su eterno destino, y deja á su eleccion la suerte que ha de caberle por la duracion interminable de los siglos. Suerte bienaventurada, si reconoce el absoluto dominio de su Dios; infeliz, si lo desconoce. Ninguna necesidad tiene la criatura racional de tales estímulos para conocerse dependiente del Criador. No puede dudar que ayer no era; ignora si será mañana; le es evidente que ahora mismo dejaria de ser, y que absolutamente nada puede, si la mano omnipotente deja de sostenerla y excitar su movimiento. Sin embargo, deplorable monstruosidad! niega el obsequio debido á su Criador, y por un criminal abuso de su libertad se somete al yugo ingnominioso de una vil criatura, á quien nada debe y de quien nada puede esperar.

El soberbio Lucifer tiene la osadía de pretender que los mortales se sometan á su imperio, y le adoren como á su Dios, para que puedan gozar las glorias, los intereses y placeres de la

tierra. *Todo esto os daré,* les dice como á Jesucristo, *si postrados en tierra me adorareis;* y el hombre imprudente tiene la insensatez de hacerlo.

Á tanta costa, pecadores, á tan exorbitante precio compramos ese fantasma de felicidad que nos prometemos por el pecado. Deslumbrados con el falso brillo de los miserables placeres que nos ofrece, nos olvidamos de Dios, le despreciamos, nos rebelamos contra su Majestad, y nos hacemos viles esclavos del padre y autor de todas las miserias. Reflexionémoslo con seriedad, especialmente en el tiempo de la tentacion, sin olvidar la contestacion con que Jesucristo repelió al tentador, diciéndole: *escrito está: adorarás solamente á Dios, que es el verdadero señor y dueño absoluto de cuanto hay en ti.* Reflexionémoslo seriamente, y no seremos vencidos con tan lastimosa frecuencia, ántes bien saldremos siempre vencedores. Con este objeto he determinado recordaros uno y otro en este dia, esto es, el designio de Satanas, y el derecho incontestable que tiene Dios á nuestras adoraciones: el objeto no puede ser mas interesante. La tentacion es continua, pero seguramente la venceremos con estas armas: sin ellas sin remedio somos vencidos. Y hé aquí de donde pende nuestra suerte para la eternidad.

Dignáos, Señor, dirigir mis palabras, que juzgo no sean otras que las vuestras, y preparar con vuestra gracia los corazones de mis oyentes, para que las reciban con fruto. Así lo deseamos y os lo pedimos por la intercesion de vuestra Madre amantísima. *Ave María.*

Sin que sea posible que haya una sola criatura independiente del Criador, puede decirse sin embargo que Lucifer tiene el principado del mundo y del infierno: atribucion que le cedió el infinitamente Justo, prestándose á sus perversas intenciones, por haber abusado el hombre de su libertad, y pretendido sustraerse del dominio de su Dios. El Señor pues reservó para sí la soberanía de los cielos, cuyo reino se compone de los justos, quedando por esta razon los pecadores en clase de vasallos, ó mejor, esclavos del demonio.

Como el hombre sea libre por naturaleza, y su futuro destino haya de ser la justa recompensa de sus obras, y siendo Dios un abismo insondable de amor y de bondad, y el demonio por el

contrario de malignidad y envidia; de aquí es la continua competencia con que parecen disputarse sin cesar el dominio de nuestro corazon. Fundado el Señor en el derecho indisputable que le compete como criador universal, exige á cara descubierta toda nuestra sumision y respeto, y como si en ello le hiciéramos un importante servicio, nos asegura en recompensa una bienaventurada inmortalidad. Lucifer, sin otro título que su orgullo y presuncion, sin mas derecho que el que nosotros queremos darle, se ve siempre precisado á disfrazarse para seducirnos.

Su primera intencion es cegarnos, para poder herirnos con toda seguridad: sus armas el engaño y la lisonja, y el cebo con que las oculta, son los bienes de este mundo. Bajo el especioso pretexto de procurar el remedio á unas necesidades, tal vez imaginarias, y la satisfaccion á los deseos que nos inspira la misma naturaleza, fomenta con un infernal disimulo el hurto, la usura, la intemperancia, la embriaguez, la lujuria. Robando á nuestra vista la criminalidad de semejantes desórdenes, ó excusándola al ménos con artificio, nos dice con la malignidad que á Jesucristo en el desierto: *dic ut lapides isti panes fiant*. Si escudados, como lo encarga el príncipe de los apóstoles, con las máximas de la Religion, nos resistimos á tomar lo ajeno, á oprimir injustamente al huérfano y á la viuda, á completar con paliadas usuras la ruína del menesteroso, á atropellar descaradamente las leyes del pudor y del decoro, cuida él de allanar todas las dificultades, repitiendo las mismas palabras: con ellas todo lo pone fácil y expedito. En vuestra mano está.

Sí, en nuestra mano está el atropellar por todo, el asentir á la tentacion, el poner nuestro cuello bajo su ignominioso y detestable yugo. Este solo es su designio, y si lo ve expuesto á frustrarse á impulso de las verdades de la Fe, no por eso retrocede ni se acobarda. Varía de plan; pónese fingidamente de parte de la Religion misma; nos ofrece á la vista sus máximas consoladoras, pero pérfidamente exageradas. La misericordia ilimitada del Señor, sus promesas infalibles, aquel amor infinito que profesa á los hombres, y por el que les asegura en el momento en que lo quieran, el perdon de todos sus pecados... ¡terribles armas en manos de un enemigo tan sagaz! Con ellas inspira una confianza temeraria, y avivando la pasion, cuenta segura la victoria. Entónces es cuando nos anima con mas ardor, insta, nos

impele, y nos dice con malicia: *mitte te deorsum*: arrojáos sin temor á donde os conduzco. No hay motivo para temer, no hay peligro alguno: estáis bajo la providencia de un Dios, ciego de amor, que mejor que nadie conoce vuestra debilidad. Su clemencia no le permite mostrarse indiferente á vuestra miseria: *mitte te deorsum*. Pecador era el hombre, cuando se determinó el Señor á derramar su sangre, á sacrificar su propia vida por remediar su pecado. No es pues regular que trate de inutilizar tan apreciables remedios. No, no perecerás, le dice á cada uno en su interior: *mitte te deorsum*. Seguro es el perdon de tus pecados, porque te envió sus ángeles, que apénas te vean caído, acudirán presurosos á levantarte; es decir, los ministros de la Iglesia que te llamarán á grandes voces, te recibirán con el amor de un padre tierno, te franquearán todos los auxilios infinitamente poderosos de la Religion, porque son enviados de un Dios de paz y de clemencia: *quoniam angelis suis mandavit de te*. Si hay algunos de un carácter demasiado austero y adicto á las máximas de una rígida moral, que traten de oponer obstáculos insuperables á tu salvacion, tambien los hay en extremo accesibles é indulgentes, que quitan á la penitencia todas sus espinas y amarguras, y cargan sobre sí la responsabilidad de tus pecados: *in manibus portabunt te, ne unquam offendas ad lapidem pedem tuum*. Dirige tu vista á los altares, y verás colocados en ellos por la misericordia de Dios los mas insignes pecadores; y ¿quién duda que sus pecados fueron la ocasion de que se sirvió Dios, para conducirlos al heroismo de la virtud?

Mas qué! ¿me será permitido trasformar en blasfemias escandalosas las augustas verdades de nuestra Religion sacrosanta? ¿No será ya tiempo de quitar el disfraz á nuestro enemigo, y presentarle con todo el horror de su figura verdadera? Ah! felices vosotros, si yo fuera capaz de ofrecer á vuestra consideracion un vivo retrato, un débil bosquejo...; pero pongamos siquiera de manifiesto su designio. Por espacio de muchos siglos han sufrido los fieles continuados y fieros ataques, dirgidos por el infierno para robarles el tesoro de las virtudes; pero el tentador aparentaba siempre dejar intacta su Religion, y los que por desgracia eran seducidos, conservaban sin embargo un religioso temor á la justicia inexorable de aquel Dios, que dispone como dueño absoluto del bien y del mal, de la vida y de la muerte, del cielo y del infierno. Caían por debilidad en los la-

zos de Satanas; pero en su Religion tenian la esperanza y los medios de romper sus cadenas opresoras; esperanza que aún quiere desvanecer, arrancando de los corazones hasta la idea de Dios, porque este infernal tentador aspira á un dominio completo y absoluto. Ya no se contenta con que los hombres ofendan á su Criador; quiere que positivamente desconozcan, que nieguen su existencia, para llevarse él solo las adoraciones de todos.

Hæc omnia tibi dabo, les dice, enseñándoles los falsos bienes del mundo; pero con la precisa condicion de que le ofrezcan á él sus adoraciones. Promete descubrir los misterios mas ocultos, si renunciamos á una Religion que pone trabas al entendimiento para que no discurra, á los labios para que no profieran, y á las manos para que no escriban los errores y delirios que él mismo nos sugiere. Promete riquezas al avaro, placeres al voluptuoso, al ambicioso glorias, al libertino todo género de satisfacciones; pero previa siempre la condicion de renunciar á la Religion que coarta la libertad, este don inapreciable que recibió el hombre de la naturaleza; la libertad de vivir sin freno, sin ley, sin obligacion alguna como las fieras en los montes. Promete la prosperidad á los pueblos, si le prometen ellos en cambio arrojar de su seno la Religion que esclaviza igualmente al príncipe que al vasallo, que disminuye la poblacion con la continencia á que obliga á la mayor y mas robusta parte de sus miembros, que consume todas las fuentes de la prosperidad, para sostener con la mas ostentosa magnificencia la ridícula supersticion de un culto fanático, que arruina las clases productoras, destinando el fruto de su trabajo y sudores á saciar la codicia de unos miembros estériles, inútiles, positivamente perjudiciales. Todo, todo sin excepcion lo promete, como lo hizo con Jesucristo, con tal que desertemos, abandonemos impíamente la milicia del Salvador, y nos alistemos bajo sus infames banderas: *si cadens adoraveris me*.

¡Ojalá que los cristianos tuvieran á mano las armas, con que el Hombre-Dios repelió, venció y cubrió de oprobio é ignominia á este padre de la mentira! ¡Ojalá que en lugar de esas infernales máximas que beben en los libros impíos, que ponen en sus manos los satélites del seductor, y que procuran conservar con tanto esmero en la imaginacion, estudiaran la respuesta de Jesucristo *: escrito está*, dijo, repeliéndole con el mas justo

desprecio, *escrito está: adorarás al Señor que es tu Dios, y solo á su Majestad servirás con entera sumision*. Escrito está por mano del infinitamente sabio, veraz y justo; escrito está en el interior de tu corazon, en el código de la naturaleza, de la Religion y de la justicia. Escrito está, no en esos libros impíos, en esas novelas y poesías compuestas de intento para corromper las costumbres, no en tantos devocionarios que por mano de nuestros compatricios nos prodigan los extraños, y en que con el disimulo mas sagaz esparcen y hacen beber el veneno, que si de pronto no mata, prepara no obstante á una muerte inevitable; sino en los Libros santos y en las obras morales compuestas en nuestro suelo, pero que para oprobio de la patria se destinan únicamente en el dia para adorno de los estantes y pábulo de la polilla; las obras, digo, de los Lanuzas, Puentes, Rodríguez, Ávilas, Granadas, que justamente se adquirieron el glorioso renombre de inmortales entre nuestros piadosos ascencientes: escrito está, y con los fundamentos mas sólidos é indestructibles. Porque ¿qué es adoracion sino la protestacion que hacemos con las obras de que aquel, á quien adoramos, es el supremo señor, el dueño absoluto de todas las cosas, y de quien ellas y nosotros dependemos para todo? Y ¿quién es el señor verdadero de todo el universo: Dios ó Lucifer? ¿el criador de cuanto existe, ó la mas infeliz de las criaturas?

¡Qué reflexion tan utilísima para el tiempo de la tentacion! El espíritu de la soberbia con todos los secuaces de su impiedad jamas pudieron criar un solo átomo. El cielo y la tierra, los astros y los vivientes, las plantas y los minerales, todo lo que tiene ser, es obra del Señor: Dios quiso, y existió el mundo. El pecado, la muerte, la miseria, hé aquí las obras del orgulloso enemigo que quiere disputarle el dominio universal. Y el hombre ¿podrá cegarse hasta el extremo de no reconocer cuál sea el verdadero señor? Y caso de reconocerle, como no puede ménos, ¿tendrá la insensatez de abusar de las mismas criaturas para hacer la guerra á su Autor soberano? Ó miserable! olvídate, si puedes, de que solo para tu bien lo ha formado todo; pero acuérdate siquiera de tu orígen. Vuélvete á mirar los dias que pasaron. En dónde estabas ántes de tu existencia? cómo ó por dónde te ha venido esta? Consulta á tus padres, pregunta á tus abuelos, sube hasta las generaciones mas remotas, y todos

te dirán como á los Macabeos su madre (1), que ignoran el misterio de tu formacion, que no saben en qué consiste tu vida, que ellos han sido y serán siempre incapaces de producirla, habiendo solo contribuído como meros instrumentos de la Omnipotencia.

Con efecto la mano sola del Señor, sola la voluntad del Omnipotente ha podido formarte (2). Hechura suya, exclusivamente suya son tus talentos, tus potencias, tus sentidos, tus miembros, tu cuerpo, tu alma: nada te debia, y tú lo debes todo á su bondad; y ¿tendrás la ingratitud abominable de rebelarte contra él? ¿Ignoras que despues de formado, estás aún pendiente de su voluntad? que todo lo que salió de su mano, está sujeto á su dominio? ¿que en el momento que abandona una cosa, deja de existir, y que por tanto volverias tú á la nada, de donde saliste, si separara de ti su poderoso influjo? ¿que cuando te determinas á ofenderle, puede sin la menor resistencia y con demasiada justicia destruirte, y te sostiene á pesar de eso? ¿que él mismo conserva la vida, que te pudiera, y aún debiera quitar, por haberte hecho indigno de ella? En el mero hecho de haberle ofendido, diste contigo en el abismo de todas las miserias, caíste en la mas cruel y vergonzosa esclavitud, de donde te era imposible salir por ti mismo, y no obstante... O amor, ó bondad incomprensible! él mismo viene á redimirte. El divino Autor de una vida tan mal empleada sacrifica la suya por darte la libertad, y compra con el precio de su misma sangre esa alma, que siendo suya, la habias tú robado, para entregársela á su competidor y tu mortal enemigo. Considera pues á quién eres deudor de tus adoraciones y respetos. Mira si aún tienes valor para ofrecer sacrificios al demonio, y si llegará tu impiedad al extremo de sacrificar á este monstruo tu propia persona, y tus hijos por añadidura, con esa educacion diabólica, diametralmente opuesta á la virtud y á las solemnes promesas que juraste por ellos en el bautismo.

Siento en el alma verme precisado á cortar un discurso tan interesante, pero es preciso. No creo pueda quedaros la menor duda, de que el derecho y la justicia están de parte del Señor. Sin detenerme á recordaros tantos beneficios como nos ha dis-

(1) II. *Machab.* c. 7. v. 22. (2) *Job*, c. 10. v. 8. *usque ad* 12.

pensado su mano bienhechora, concluyo que somos suyos, porque nos ha criado, suyos, porque nos conserva, exclusivamente suyos, porque nos ha comprado de nuevo. Pero si aún sois insensibles, dad siquiera oídos á las voces del interes. El reino de Lucifer es el reino del pecado, de la muerte, de la miseria, de la ignominia, de los tormentos, del horror, de la desesperacion: el reino de Dios es el reino de la justicia, de la paz, de la vida, del placer y de la gloria. Al lado del primero se hallan las huestes infernales, esperando vuestra decision, para en el momento arrastraros consigo al profundo abismo de todos los males. En derredor del segundo están innumerables legiones de bienaventurados espíritus, presentándoos la corona, disponiéndoos la silla inmortal, preparando el triunfo y dispuestos á conduciros en sus benditas manos á la corte, á los palacios del Señor, á la posesion de la eterna bienaventuranza. Considerádlo bien, y elegíd lo que mejor os parezca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HOMILÍA.

USANDO LAS ARMAS DE LA RELIGION, SALDREMOS TRIUNFANTES DE LAS TENTACIONES.

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.

No vive el hombre de solo pan, sino mas bien de la palabra divina.

S. Mateo, c. 4. v. 4.

¡Qué objetos tan interesantes ofrece á nuestra consideracion la Iglesia en este santo tiempo! ¡Cómo procura dulcificar las amarguras de la penitencia, hacer delicioso el árido ejercicio de la oracion, amable el retiro, temible la falsa prosperidad del momento y sospechosas las halagüeñas promesas del mundo! ¡Cuán sabiamente nos instruye, nos pone á la vista los lazos que en todas partes nos tiende el enemigo, el mortífero veneno que oculta bajo el dorado cebo, que huye con la celeridad del rayo sin dejar de sí mas señales que el hedor, el estrago, la muerte! ¡Cómo anima nuestra debilidad para el combate, enseñándonos á vencer, y presentando á nuestra vista la corona que sigue indefectiblemente á la victoria!

No, cristianos; para nosotros no hay triunfo sin combate. Ni la proteccion, ni el engaño, ni la lisonja, ni el interes, nada será capaz de hacer á uno solo participante del honor y del premio, si no ha probado ántes los peligros y trabajos. La corona que nos espera, es de un valor infinito; mas el camino que ha de conducirnos á su posesion, está cercado de enemigos astutos, fuertes, obstinados é implacables. Y qué! desmayaremos á

su vista? ¿tendremos la cobardía de rehusar el combate y rendirnos sin haber peleado? Pero la victoria es mas gloriosa, cuanto mas difícil. Ademas de que si los enemigos nos exceden en número y destreza, tenemos nosotros la ventaja de pelear con armas invencibles; las mismas con que peleó y venció completamente nuestro Jefe soberano. Apénas este las presenta, intimídanse los enemigos, mudan de posicion, varían de planes, huyen avergonzados, quedan para siempre vencidos y deshechos, sin que puedan ya vencer, sino á los que voluntariamente se les rindan.

Estas son las armas de nuestra divina Religion; armas que llevan consigo el poder irresistible de la Omnipotencia; armas que se mejoran con el uso y se embotan é inutilizan con la inaccion. Usémoslas confiados y triunfaremos gloriosamente. Vuestro interes y mi deber exigen la manifestacion de esta verdad, en un tiempo en que ya no se advierten los peligros, por ser tan comunes; en que los combates son tan funestos, porque nos tiene casi desarmados el enemigo; en que, para complemento de nuestra ruína, se pretende hacernos arrojar estas armas como envejecidas é inútiles. Ah! una experiencia harto dolorosa nos hace palpar, ya que no queremos abrir los ojos para ver, lo aventajados que nos hallamos desde el momento en que empezámos á mirar estas armas con desprecio.

Apiadáos, Señor, de nosotros, y no nos privéis de tan poderoso auxilio, sin el cual es inevitable nuestra ruína. Sea este el fruto de mi pequeño trabajo, á cuyo fin imploro de vuestra providencia, derrame su bendicion sobre el terreno en que ha de emplearse, por la mediacion poderosa de vuestra madre santísima. *Ave María.*

Que el fin para que ha sido criado el hombre, no es el goce de los bienes temporales, es una verdad indudable, y no lo es ménos, que no puede por solas sus fuerzas y talentos proporcionarse los bienes de la eternidad. Estos son de un órden superior á toda la naturaleza, y aunque se reunieran todas las luces de la razon, no llegarian jamas á descubrirlos. Solo el Dios omnipotente, que es su absoluto dueño, y que los distribuye con arreglo á las leyes que el mismo ha establecido, puede suministrarnos alguna idea de su grandeza, y dictar los medios

por donde hemos de llegar á poseerlos con seguridad. Esta se ha tenido justamente en todos tiempos y lugares por una atribucion peculiar y exclusiva de la Religion; mas el pérfido enemigo de nuestra felicidad ha dirigido siempre los tiros de su astucia contra nuestra creencia, para ver si puede acabar por este medio con la esperanza é imposibilitarnos para la posesion de la gloria. Á este fin trata de persuadirnos, que la felicidad consiste precisamente en la satisfaccion del amor propio, de la soberbia, de la avaricia y sensualidad; y lo consigue por desgracia, hasta el punto de hacernos sospechosa, y aún obligarnos á negar abiertamente la verdad de las palabras, con que el Señor condena aquellos vicios. *De ninguna manera moriréis*, nos dice: nada temáis: diga lo que quiera el Criador, coméd con entera libertad esa deliciosa fruta que os ha vedado solo por envidia: con ella saciaréis á un tiempo los apetitos del cuerpo y los deseos del alma. Léjos de perecer, no solo vais á haceros inmortales, adquiriréis ademas la sabiduría, la independencia, la divinidad; seréis en todo semejantes al mismo Dios (1).

No se necesita mucha instruccion, ni un extraordinario talento para conocer la falsedad absoluta de unas promesas, tan maliciosas como halagüeñas. ¿Quién no ve que, por solo haberse parado á escuchar semejantes expresiones, contrarias á las que habia proferido la verdad eterna, nuestros primeros padres hicieron esclava de la muerte á toda la naturaleza, y la sumergieron en la ignorancia, en la miseria, en la ignominia? Oh! y qué deplorable ceguedad es la nuestra! Á do quiera que se dirijan nuestros sentidos, allí se les presenta con evidente claridad el desengaño; pero léjos de admitirlo, aumentamos nuestro alucinamiento á proporcion que se multiplican las luces. El espíritu del error, constante siempre en su malignidad, hace los mayores esfuerzos para separar de nuestra memoria, si no puede arrancar de nuestro corazon, las sublimes verdades que la Fe nos enseña, por conocer que á despecho suyo nos dirigen á la gloria. So pretexto de atender á las necesidades indispensables de la vida, ceba con sagacidad nuestras pasiones, nos empeña en proyectos que absorben toda nuestra atencion, y presenta en la misma dificultad que ofrecen, un aliciente demasiado eficaz para nuestra soberbia: *Hacéd que estas piedras se conviertan en pan*, nos dice. Terrible, general tentacion! La ley de la naturaleza, los deberes de la piedad, las atenciones de justicia, todo nos recuerda la obligacion de proporcionar, aunque sea por medios extraordinarios, nuestra subsistencia y la de nuestros hermanos; pero esta misma necesidad es en manos del tentador un poderoso estímulo para fomentar nuestra avaricia, para tener sepultado nuestro corazon en la tierra, sin permitirnos dirigirlo al cielo, para que fué criado, sino muy raras veces y con lánguidos ojos.

(1) *Genes. c. 3. v. 4. et 5.*

Hacéd que estas piedras se conviertan en pan, clama sin cesar el infierno en el interior de los mortales. Nuestra primera obligacion es la de la conservacion de la vida, y esta exige de justicia todas nuestras atenciones, cuidados, trabajos y desvelos: preciso es buscar recursos extraordinarios, cuando no alcanzan los comunes. Las artes, el comercio, la industria, la economía, la política, todo se procura perfeccionar con el objeto de *convertir en pan las piedras*. Qué primores ofrece á nuestra vista el arte en todos géneros! qué admirables invenciones presenta la industria á cada paso! qué prodigiosos descubrimientos hace diariamente la física! qué dificultades no superan la economía y la política! y todo sin otro objeto que el de *convertir las piedras en pan*. Pero y la Religion? Ay! quisiera guardar acerca de esto un profundo silencio; mas ¿de qué serviria, cuando el mal es tan notorio como funesto? La Religion se debilita, se disminuye, se adelanta á su ruína, á proporcion que se perfeccionan los talentos, las artes y ciencias liberales. Al propio tiempo que se superan mil dificultades, se allanan los montes mas inaccesibles, se riegan y fertilizan los terrenos mas áridos y estériles, para que *las piedras se conviertan en pan*, se va sepultando en el olvido la verdad interesante de que *el hombre tiene mas necesidad del sustento de la divina palabra que del pan material, para la conservacion de su vida.*

Jesucristo se valió para vencer la tentacion de estas mismas palabras; pero nosotros nos hallamos por desgracia en una imposibilidad absoluta de probar su verdad con una experiencia semejante á la suya. Nosotros enemigos declarados de la mortificacion, nosotros cristianos débiles, que solo parece llevamos este nombre para profanarlo y desacreditarlo; nosotros, que abrazamos y adoramos por nuestra profesion la cruz, que abor-

recemos y perseguimos con nuestras obras y deseos; nosotros, á quienes llena de tristeza el nombre solo de ayuno, que á fuerza de abusos hemos desfigurado absolutamente; nosotros, que hemos convertido en un funesto incentivo de las pasiones esta saludable práctica instituída para sofocarlas; nosotros que, si bien con repugnancia nos sometemos á esta sombra de privacion, sabemos por otra parte indemnizarnos con la excesiva abundancia, con la regalada delicadeza, con el mas fino y grato condimento de los manjares, de que procuramos henchir nuestro vientre, fomentando á un mismo tiempo la desidia, la gula, la embriaguez, la infame sensualidad... ah cristianos! ¡pluguiese al cielo que yo me engañara y pudierais criticar justamente mis expresiones de calumniosas! Amarga es la verdad; pero muy interesante y necesaria.

Comparemos nuestros ayunos con los de Jesucristo, á quien debemos imitar; acompañémosle con la consideracion en el desierto, al paso que ponemos la vista en las mesas de los que nos decimos sus discípulos. Qué confusion! la infinita distancia que entre unos y otros média, se conocerá perfectamente comparando los efectos de su rigorosa abstinencia con los de nuestra brutal intemperancia. Jesucristo adquiere una robustez, una fortaleza irresistible, vence completamente á sus enemigos, tan luego como se le presentan. Nosotros... ah! ¿quién hay entre nosotros que al terminar los cuarenta dias, experimente haber debilitado en algo sus pasiones? ¿Quién por el contrario no las siente mas activas y robustas? ¿Quién es el que no anhela la llegada del tiempo, en que sin freno alguno pueda satisfacerlas? Y ¡quiera Dios que no tengamos la osadía de arrojarnos á profanar con nuevos delitos el tiempo santo, que la Providencia destina para expiar los anteriores! Á tal extremo nos conduce el olvido de las sublimes verdades de nuestra Religion veneranda.

Es pues evidente que no podemos fundar en esta feliz experiencia la contestacion con que debemos repeler al tentador, diciéndole que *el hombre no vive de solo pan;* pero la Providencia nos hace palpar á despecho nuestro esta verdad misma, que quisiéramos nosotros borrar de la memoria. La miseria crece, y se agrava en proporcion á los adelantamientos artísticos. Hemos conseguido que *las piedras se conviertan en pan*, y el hambre devora familias enteras á nuestra vista, porque *el hombre no vive de solo pan*. Se mejoran todos los ramos de la industria, y con ellos se aumenta y estiende la pobreza: se forman á millares proyectos de economía para remediarla, y cada vez nos vemos rodeados de mayor número de pálidos esqueletos, que piden con lágrimas el alimento que nadie puede darles, porque *el hombre no vive de solo pan*.

Nada mas vulgar que los elogios que se tributan á la ilustracion del siglo presente, y la satírica compasion de la ignorancia en que vivieron en los pasados nuestros mayores; pero es indudable que estos con sus cortas luces nadaron en la abundancia, y nosotros con nuestros ponderados descubrimientos gemimos en la indigencia. La razon es evidente: ellos consideraban y creían. Sabian que la felicidad no consiste solo en los bienes aéreos del tiempo, sino que depende principalmente de la voluntad, de la gracia del Señor. Ellos tenian por perdido el trabajo, á que no precedia una fervorosa y prolongada oracion: ellos nada se atrevian á emprender sin contar primero con la proteccion del cielo, y sin prepararse con los auxilios de la Religion: ellos no sabian tomar para sí la mas leve parte de las producciones de la naturaleza, del trabajo y de la industria, sin confesarse reconocidos al Señor, y consagrar á su culto la porcion mas selecta. ¿Á dónde dirigiremos la vista, que no descubra monumentos indestructibles de su piedad y Religion? Ellos sabian que nada puede faltar á los que ponen una prudente confianza en la divina Providencia, como lo asegura el Profeta rey (1). Ellos sabian que con la ciencia de la Religion se adquieren indefectiblemente todos los bienes, como dice el Sabio (2): ellos sabian que á los que buscan el reino de Dios, se les dan por añadidura todas las prosperidades de la tierra (3): ellos en suma creían cuanto ha revelado la Verdad infalible, y con esta creencia permanecian constantes en su Religion; y repelian tan vigorosamente con las armas que esta les prestaba, al pérfido tentador, que este espíritu orgulloso no se atrevia á presentarles el ataque, porque los veía escudados con la firmeza de su Fe, y los suponia invencibles.

Nosotros olvidamos, si es que no tenemos la osadía de ne-

(1) *Dominus regit me, et nihil mihi deerit.* Psalm. 22. v. 1.
(2) *Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa.* Sap. c. 7. v. 11.
(3) *Quærite ergo primum regnum Dei... et hæc omnia adjicientur vobis.* Matth. c. 6. v. 33.

garlo positivamente, que *el hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor;* porque así pretenden hacérnoslo creer los agentes de Satanas. Ojalá no lo consiguieran! Pero la idea de una completa felicidad, que aunque nunca llega, se promete siempre, cunde por todos los estados y condiciones : ninguno es tan insensible y humilde, que no quiera tomar parte en la prosperidad universal : todos cooperan en el modo posible á que *las piedras se conviertan en pan;* mas olvidan por desgracia que *el hombre no vive de solo pan, sino tambien de la palabra divina.* De aquí es que el labrador, el artesano dan por perdido el tiempo que se emplea en los ejercicios de la Religion, se niegan á consagrar al culto del Señor las primicias de su trabajo é industria, y se consideran indignos de la sociedad, si no profieren, como los impíos mas descarados, horrendas blasfemias contra las leyes, las ceremonias, los ministros y el Autor mismo de la Iglesia. El militar no se prepara ya para las batallas con la penitencia, la oracion, el pan de los ángeles; y encenagado en la embriaguez y disolucion, no se acuerda de ofrecer los despojos de la victoria en obsequio religioso del Árbitro soberano de las batallas, cuyo poderoso influjo desconoce, atribuyendo el buen éxito únicamente á su valor y pericia. El miserable mendigo, que por necesidad y costumbre tiene siempre en sus labios el nombre del Señor, discurre por todas partes, inventa nuevos medios para excitar la compasion de sus hermanos, intercepta la entrada en los templos, *por convertir en pan las piedras;* pero rara vez se le ve postrado al pié de los altares, implorando la divina misericordia y testificando su Religion. El insensato en fin, lleno de vanidad, lo atribuye todo á su trabajo y estudio, se juzga árbitro de la naturaleza, suponiéndola independiente de la divinidad para sus operaciones. Examinando esos bellos, elegantes y lisonjeros tratados, en que se bebe la moderna ilustracion, difícilmente se hallará en ellos el nombre de Dios, de su providencia, de su Religion, como no sea para rebatir é insultar tan augustos objetos. Y ¿tendrán á mano todos estos miserables las armas de la Religion, para repeler las tentaciones de Satanas y sus secuaces?

No es propio del objeto que me he propuesto, recordar el triste resultado de los proyectos y tentaciones con que procura hacernos caer el comun enemigo, ni hacer observar que las teorías mas halagüeñas son seguidas por lo regular de los sucesos mas infelices; que á los proyectos mas bien formados de economía y prosperidad suceden la pobreza y la miseria; y que la abundancia del *pan que se ha hecho producir á las piedras,* es la triste causa del hambre que devora á muchos. Diré sí, que el desórden toma un enorme incremento; que el empeño *de convertir las piedras en pan* hace que el robo, el engaño, la infidelidad sean los principales medios de conseguirlo, miéntras que otros procuran la subsistencia de su familia por medios aún mas criminales; que el pudor ha desaparecido de nuestro suelo y domina en todos los estados la mas licenciosa disolucion; que los pecados son innumerables y la penitencia muy rara; que el escándalo, el sacrilegio, la impiedad triunfan orgullosos de la Religion, que humillada se disminuye, se retira, se acaba... Se acaba? y cómo no, si nos hemos dejado desarmar sin resistencia?

Se acaba, gran Dios? No, no se acabará, porque son infalibles vuestras promesas : no se acabará. Mas ay! que sabéis arrojar de vuestra heredad á los colonos infieles, y colocar en ella á otros que paguen con exactitud el fruto que prometen. No seamos, Señor, nosotros del número de los expelidos.

Ministros del altar, usád vosotros siquiera las armas de la Religion. Olvidád, perdonád de corazon tantas injurias y persecuciones como estáis sufriendo; amád entrañablemenle á todos vuestros enemigos, y postrados en presencia de Dios, pedíd por ellos con abundantes lágrimas; dirigíd al trono de las misericordias el incienso de las oraciones y sacrificios, á fin de que les haga usar á ellos las mismas armas de que os valéis vosotros, los cubra con el impenetrable escudo de la Fe, y nos fortalezca á todos con su gracia, de modo que hagamos huir vencido al espíritu tentador y se nos presenten en premio los ángeles de la gloria, á cuidar solícitos de nosotros, á colmarnos de consuelo y alegría, y á conducirnos en triunfo á la corte celestial. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VESPERTINO.

LOS QUE DILATAN LA CONVERSION,

SE EXPONEN Á CONDENARSE.

PARA LA PRIMERA DOMINICA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.
Hé aquí ahora el tiempo favorable, hé aquí ahora el dia de salud.
S. Pablo, II. á los corint. c. 6. v. 2.

Ya es tiempo, amados hermanos mios, ya es tiempo de que despertemos de ese sueño letárgico que ha tenido en tan inminente peligro la vida, y nos hacia desconfiar cuasi enteramente de la salud de nuestras almas. Ya es tiempo de que abramos los ojos á la luz del desengaño, que tanto nos interesa, y alejemos para siempre de nosotros los verdaderos males que tanto nos perjudican. Ya es tiempo de que lleguemos á conocer el mortal veneno, que oculta ese mundo destructor, entre el halagüeño cebo de los placeres, honores y riquezas, que no ofrece con el depravado fin de destruírnos causando nuestra infelicidad: *ecce nunc tempus acceptabile.* Pasados son ya los dias de ceguedad, de delirio y de locura, y son llegados los de conocimiento, de reflexion y de juício: *ecce nunc dies salutis:* llegados son ya los dias, tal vez los mas preciosos de nuestra vida; dias de salud para nosotros, de regocijo para los ángeles, de gloria para el mismo Dios. Ya desaparecieron de nuestra vista esas diversiones peligrosas, que con tanta vehemencia llamaban nuestra atencion, nos tenian como embelesados y excitaban en nuestras almas el placer y la alegría; y han ocupado su lugar los tristes cánticos y las lúgubres demostraciones, con que la Iglesia santa

procura excitarnos al dolor, á las lágrimas, á los gemidos. *Ecce nunc tempus acceptabile:* aprovechemos la preciosa oportunidad que nos depara la Providencia, para hacernos verdaderamente felices.

No creáis estar oyendo á un fiero misántropo, enemigo de todas vuestras comodidades; por el contrario, nada deseo tan de veras como vuestro verdadero bien. Sin embargo me veo precisado á exhortaros con la Iglesia de Jesucristo, á que huyáis de la alegría y os abandonéis á un triste llanto; porque no puedo dudar que la alegría con que el mundo nos convida, es aparente, efímera, de ninguna solidez, y que degenera por necesidad en un amargo, inconsolable y desesperado llanto; y por el contrario, que las lágrimas que hoy nos reclama la Iglesia, son la única fuente de donde puede venir á nuestras almas la sólida paz, la alegría pura, la mas deliciosa satisfaccion. De aquí podréis venir en conocimiento que la tristeza que procuro inspiraros con la Iglesia, es la que produce una verdadera penitencia.

No os asuste este nombre, creyendo que se os pide en él un imposible: el nombre de penitencia solo intimida á sus enemigos; su práctica no es insoportable sino para los infelices que la desprecian y la aborrecen. Digo mas; no solo es fácil, es apreciable, es en sumo grado deliciosa para todos aquellos, que se acogen á ella con una sincera confianza, como á la única tabla que puede conducirlos á puerto seguro y librarlos de la eterna desgracia. Exige, es verdad, privaciones, sacrificios, violencias, dolorosas renuncias; pero la esperanza consoladora de un resultado el mas feliz hace que todas estas penalidades sean incomparablemente mas gratas y deliciosas al verdadero penitente, que lo son al voluptuoso los mas exquisitos y ponderados placeres. ¡Ojalá, ojalá, que animados todos los pecadores que me escuchan, de un deseo eficacísimo de su felicidad, recurrieran á la experiencia! Seguro estoy que ninguno me desmentiria; que ninguno tendria motivo para arrepentirse de su resolucion, y todos tendrian un sentimiento verdadero de no haberla tomado mucho ántes. Con este objeto voy á excitaros á ella, recordándoos ántes el peligro á que se expone el que difiere su conversion para mas adelante.

Asistídme, Espíritu divino, con los auxilios soberanos de vuestra gracia, para que pueda hacerlo con acierto. Así os lo

pedimos todos por conducto de la Reina de los ángeles. *Ave María.*

Si el Espíritu santo nos enseña por el órgano de su Iglesia que la virtud de la fe no se pierde por cualquiera de los pecados mortales, y sí solo por el de la infidelidad, él mismo nos asegura por medio del Apóstol que la fe del pecador está muerta en su alma. Triste verdad que este demuestra en su conducta! Conservando la fe, no puede dudar que en el infeliz estado en que se halla, le es imposible la entrada en el reino de los cielos, é inevitable su eterna condenacion; que el único recurso para poder evitar esta desgracia y proporcionarse aquella felicidad, es la penitencia; que si difiere su conversion, aunque sea para el dia mas inmediato, se coloca en un peligro eminentísimo de que la muerte le sorprenda sin convertirse, ya porque no puede contar seguramente con un solo momento futuro de vida, ya porque siendo enemigo de Dios, debe temer con sobrado fundamento, que descargue anticipadamente sobre su cabeza el fatal golpe, como castigo determinado por su inexorable justicia contra el pecado. Y ¿puede conciliarse con esta creencia la insensatez, la ceguedad, la locura, con que el pecador permanece dias, meses, años en un estado tan infeliz, en un peligro tan espantoso? Si supiera con igual certeza que un enemigo habia de acometerle una noche, sin saber ni aún sospechar cuál seria, con objeto de robarle toda su hacienda y despojarle de la vida, ¿dejaria una sola noche de tomar cuantas precauciones juzgara oportunas para evitar esta desgracia? Y si así no lo hiciera, ¿no manifestaria que, ó no creía semejante peligro, ó que por una especie de insensatez abandonaba del todo el cuidado de sus verdaderos intereses y de su existencia? Y ¿qué comparacion cabe entre uno y otro peligro, entre una y otra pérdida? La vida temporal y las riquezas mundanas son bienes, que por su misma naturaleza nos han de faltar un dia; la bienaventuranza se asegura por toda una eternidad: las primeras nos libran solo de alguna que otra miseria; la segunda nos asegura todo cuanto puede conducir á la mas completa felicidad: la pérdida de aquellas no puede sentirse despues de la muerte; la de esta solo en la muerte, que es el momento mas temible, se siente como debe, pues que nos sumergirá para siempre en

el abismo de todos los tormentos, de todas las desgracias, de la mas insoportable desesperacion. Los esfuerzos de aquel enemigo podrán frustrarse por cualesquiera medios; pero los decretos de la Providencia son absolutamente infalibles.

Qué circunstancias tan acreedoras á nuestra consideracion! arriesgar la suerte de toda una eternidad! Al pronunciar esta palabra, se apodera de mi corazon una especie de terror que no me es posible describir. La suerte de una eternidad! Oh! nunca, nunca se acabará, nunca podrá variar la situacion que ha de caber á cada uno en el momento de su muerte: *si ceciderit lignum ad austrum, aut ad aquilonem, in quocumque loco ceciderit, ibi erit* (1): si nos toca una suerte feliz, todo el poder del mundo y del infierno, y aún la omnipotencia del mismo Dios, no alcanzarán á destruirla: nuestra satisfaccion será siempre nueva, siempre completa, siempre segura, y el conocimiento de su eterna duracion será para nosotros lo mas apreciable, lo mas delicioso, lo sumo de la felicidad; mas si por desgracia somos destinados al fuego devorador, nada, nada absolutamente será capaz de extinguirlo, ni aún de mitigarlo en lo mas mínimo: en la naturaleza, ni fuera de ella hay fuerzas capaces de librarnos de su voracidad. El único consuelo pudiera ser la esperanza de ser un dia reducidos á la nada de que fuimos formados; mas aún este se nos negará, viendo por el contrario que la duracion de las penas ha de ser interminable; conocimiento que colmará nuestra desgracia y nos conducirá á una furiosa desesperacion.

Quién no se estremece al recuerdo de tan triste idea? ¡Qué diferencia tan grande, qué oposicion tan completa de destinos! ambos invariables, ambos eternos, ambos en cierto modo infinitos; y sin embargo en el uno se goza con la mas completa satisfaccion de todos los tesoros, de todas las delicias, de cuanto puede contribuir á la verdadera felicidad; y en el otro se padecen con la mas rabiosa desesperacion todos los trabajos, todas las desgracias imaginables. Al ver que por una indispensable necesidad de aquí á pocos momentos ha de cabernos en suerte uno de aquellos dos destinos, sin que podamos alcanzar, cuál de ellos nos tiene preparado la Providencia, ¿quién no pone en

(1) *Eccl.* c. 11. v. 3.

práctica todo lo que puede conducir á la consecucion del primero?

Considerádlo con atencion, meditádlo detenidamente, amados hermanos mios: examine cada uno con imparcialidad lo que le dicta su conciencia acerca del estado en que se halla su alma. Figuráos que en este mismo instante llega á nuestros oídos el ronco sonido de la trompeta, obligándonos sin la mas leve dilacion á comparecer en la presencia del Juez supremo; y que una casualidad imprevista, haciendo venir al suelo repentinamente las columnas de este magnífico templo, nos deja sepultados para siempre entre sus ruínas sin poder recibir el menor auxilio; en cuyo caso ¿quién de vosotros podrá confiar con razonable fundamento que su suerte seria feliz?

Rectísimo y divino Juez! pues que todo, todo sin excepcion está patente á vuestros ojos, ¿en cuántos cristianos de los que tienen la paciencia de escucharme, en cuántos descubrís la marca gloriosa con que se distinguen las ovejas de vuestro rebaño? ¿cuántos por el contrario... pero ¿hasta qué extremo me arrebata mi imprudencia? No pretendo, Señor, que satisfagáis mi impertinente curiosidad, poniendo de manifiesto el oculto libro en que están retratadas con la mas escrupulosa exactitud las conciencias de todos y cada uno de los que nos hallamos reunidos en este templo, porque mi pretension seria en tal caso la mas temeraria é injusta: lo que yo deseo, lo que os suplico con toda la eficacia posible es tan solo, que os dignéis llamar y fijéis la atencion de cada uno, de suerte que pueda ver con claridad la actual situacion de su propia conciencia, é inferir de ahí la suerte que le cabria, si en este momento le citarais ante el tribunal de vuestra justicia.

Al recuerdo de esta circunstancia tan posible me parece ver que cubre el rostro del pecador una mortal palidez, y que se apodera de todos sus miembros un temblor extraordinario: paréceme ver afectado en gran manera su espíritu, su respiracion comprimida, poseído su corazon de una mortal angustia, como si viera á sus piés abierto el horroroso abismo y sintiera una fuerza irresistible que le impelia hácia él. No desmayes, miserable; no desconfies; de ningun modo desesperes: tú, tú eres el blanco á que se dirigen mis expresiones; tú eres el objeto principal de mis desvelos: tú eres la oveja descarriada, á quien en

nombre de ese amorosísimo Pastor busco en este momento con todo empeño para conducirte, aunque sea sobre mis hombros, al venturoso redil en que se te asegura la vida. No desconfíes, pecador, no desesperes; ni ¿quién tendrá la temeridad de desesperar, por mas irreparables que le parezcan los escándalos y perjuicios que ha originado? Pecadores obstinados, pecadores envejecidos, volvéd sobre vosotros: á vosotros llamo, á vosotros convido con la salud. Esa divina y consoladora imágen que está con los brazos extendidos, el costado abierto, y derramando en abundancia por todos los poros de su cuerpo la sangre preciosa con que ha merecido nuestro rescate, me estimula y como que me impele á deciros con toda seguridad, que indudablemente seréis felices, si queréis serlo; que la eleccion de vuestro destino está en vuestra mano; que depende de sola vuestra voluntad. En qué os detenéis pues? Yo veo con indecible placer una recomendable disposicion en vosotros en el ansia santa que os ha reunido en este templo con el fin de asegurar la bienaventuranza; y creo escuchar las palabras con que, al oirme una promesa tan consoladora, exclamáis con la mayor energía en lo íntimo de vuestro corazon, como el jóven del Evangelio (1), *quid faciendo vitam æternam possidebo?* ¿qué es lo que tenemos que hacer, para evitar la inmensa desgracia á que nos hemos hecho acreedores por nuestras maldades, y asegurarnos la felicidad inmortal, de que somos indignos?

Qué debéis hacer? me preguntáis: yo os lo diré en solas dos palabras; aprovechar estos momentos, estos momentos que son los mas preciosos de vuestra vida: eso es precisamente lo que debéis hacer; solo por ese medio lograréis ahuyentar la tempestad que os amenaza. No hay que dudarlo, es preciso decidirse por la penitencia; pero ahora mismo, con sinceridad, con firmeza. Esta resolucion es la mas interesante de toda nuestra vida. Decidíos pues al momento, y yo os aseguro que se desvanecerán todas las dificultades que ahora os opone la pasion. Decidíos al momento, si no... Pero qué! ¿no nos será permitido dilatarlo siquiera por algunos dias? ¿van á cerrarse en este momento las puertas de la divina misericordia, en términos que la menor dilacion nos haga ya imposible la salvacion de nuestras almas?

(1) *Luc. c.* 10. *v.* 25.

No permita el Señor que yo trate de arrancar la consoladora esperanza, que ese amorosísimo Salvador nos inspira hasta en el crítico momento de nuestra muerte; no, no es esa mi intencion; al contrario os exhorto á que esperéis hasta exhalar el último suspiro. Nada mas injurioso á Dios que la desconfianza de su misericordia. Si se reunieran en uno solo los pecados de todos los hombres y de los mismos demonios, y se convirtiera sinceramente á Dios en el último instante de su vida, yo le aseguro... no yo, el mismo Dios es quien le promete, con una especie de juramento, que inmediatamente seria perdonado. Nunca me habréis oído decir, que dejando pasar este dia, este año y muchos años, se hace imposible la salvacion; pero repito que se trata del mayor, del único verdadero interes, y que solo arriesgarlo seria lo sumo de la imprudencia. No digo que sea imposible al pecador acogerse á la penitencia, si desperdicia la presente ocasion; digo solamente que si ahora la aprovecha, puede estar casi seguro de que se salva; que si lo dilata para en adelante, se pone en peligro de perecer sin remedio; y que cuanto mayor sea la dilacion, tanto mayor es el peligro.

Dos causas han de concurrir indispensablemente para la conversion, Dios y el hombre pecador. Ni Dios hará jamas penitente al pecador contra su voluntad, ni pecador alguno se convertirá de veras, si Dios no le infunde la verdadera penitencia. Hé aquí los peligros y las dificultades á que se expone el pecador que dilata su conversion. Al presente no puede dudar que le llama el Señor á la penitencia, y le convida con el perdon y con el cielo.

Sí, señores: todas mis palabras y las que os dirigen al efecto los demas ministros del Altísimo, son otras tantas voces amorosísimas con que él os llama para haceros participantes de su gloria. Dios es la verdad infinita, en quien no cabe la menor ficcion, y no puede llamarnos, sino porque desea con sinceridad que nos convirtamos, y está pronto á dispensarnos las gracias con que nos convida; pero este mismo Dios es infinitamente justo, es infinitamente celoso de su honra, nos ofrece lo que somos incapaces de merecer, lo que de ningun modo nos debe; nos ofrece de pura gracia el sumo bien, de que nos habíamos hecho indignos por la insolencia con que nos rebelámos contra su adorable majestad; y no puede ménos de indignarse, al ver el desprecio que hacemos de sus bondades. Mentecatos! recordád que tiene empeñada su palabra de retraer la gracia al pecador ingrato, que no ha querido aprovechar sus llamamientos; de dejarle en el mas deplorable abandono; de cerrar plenamente los oídos de su misericordia por no escuchar los ruegos que le envíe. No creáis que esta es una amenaza vana y sin efecto. Ay, hermanos mios! ¡no permita el Señor que abrigue yo la temeridad de querer descubrir los inescrutables designos de la Providencia! pero las tristes observaciones que me ha suministrado la experiencia continuada por espacio de treinta y ocho años, me hacen temer con sobrado fundamento que se verifica con exactitud en muchos de los infelices que dilatan su conversion para un tiempo que no debieran. Apénas puedo dudar que he visto realizarse en algunos las terribles amenazas de un san Cipriano que dice: *qui tempus poenitentiæ perdidit, frustra ante regni januam cum fletibus venit*: el que desperdició la proporcion que le ofreció graciosamente la divina misericordia, para asegurar su salvacion por medio de la penitencia, inútilmente recurrirá, pasado aquel tiempo, á las puertas de la misma misericordia. Inútilmente! porque aunque se deshaga en lágrimas para implorar el perdon de sus pecados, aunque clame con las mas vivas ansias, de ningun modo serán atendidas sus oraciones.

Y por qué no han de ser atendidas? ¿no ha prometido el Señor perdonar al pecador en cualquier tiempo, en que sinceramente se convierta á él? Es verdad; pero no lo es ménos que para un sincero arrepentimiento es indispensable la gracia de Jesucristo; y de esta se ha hecho indigno el pecador, por haberla despreciado y repelido, cuando con la mayor generosidad se le ofrecia; y este tiene por verdadera la conversion, que no lo es sino en la apariencia. Así es que, como vosotros mismos habréis podido conocer, cuando un enfermo se halla constituído en un peligro que supone inevitable, prorumpe en los mas tiernos é incesantes gemidos, se deshace en lágrimas, pide con ansia é interesa á todos los circunstantes á que soliciten el perdon de sus culpas; llena de consternacion con estas demostraciones á sus parientes y amigos, excita el celo de los sacerdotes, de aquellos hombres, á quienes tanto ha aborrecido y á cuyo sublime ministerio recurre ahora tan humillado: todo esto hace creer á los circunstantes, que aquel enfermo abriga el dolor mas intenso de sus culpas; que llora sus extravíos pasados con

las lágrimas de una verdadera penitencia; que su conducta no puede ménos de ser agradable á aquel que penetra los corazones; mas ay! apénas cesa el peligro, y se advierte la menor señal de vida, arroja la máscara de la penitencia con que se habia disfrazado, como si pudiera con ella engañar á Dios, como engañó á los hombres; se pone de manifiesto, y descubre que en realidad ha sido, es y será pecador impenitente, esclavo del demonio, destinado para pábulo de las llamas eternas. Aquel fuego devorador que la Fe le presentaba ya próximo, en que se veía caer sin remedio, le aterraba, excitaba en él el odio al cruel fuego, pero no al pecado con que lo habia merecido; sentia ver á su Dios irritado, mas no sentia haberle ofendido.

Ojalá que fuera equivocado en esta parte mi juício! tal vez me interesaria á mí tanto ó mas que á vosotros mismos; pero las amenazas que fulmina contra los pecadores, que llamados á la penitencia, difieren esta para otro tiempo, son en extremo terribles; y nos hacen palpar, que estos tales no pueden contar seguramente con la gracia de Dios, sin la que es del todo imposible la verdadera conversion. Pero ¿no podrán contar al ménos consigo mismos...?

Ciegos pecadores! ¿para cuándo reserváis el convertiros á Dios? ¿Será por ventura para el tiempo, en que la repeticion continuada de las culpas haya engendrado un hábito, una necesidad de pecar? ¿para cuando la costumbre se haya arraigado de modo que sea imposible arrancarla? ¿para cuando, incapaces ya de continuar en ciertas especies de pecados, podáis sin dificultad consagrar á Dios lo que no quiere, lo que desprecia el demonio? Hombres obstinados! ¿con qué tiempo contáis para convertiros, si dejáis pasar el presente? Vuestra muerte es infalible; el momento fatal está decretado de un modo irrevocable; todos los tesoros, todas las medicinas, la mayor habilidad de los facultativos, el mas puntual esmero de los sirvientes, todos los recursos de la naturaleza y del arte no son capaces de retardarlo un solo momento. Y cuál será este? la Religion, la experiencia, la razon, la historia, todo nos demuestra, que no hay un solo instante en que no pueda verificarse nuestra muerte. Ni aún con la mas leve probabilidad podemos contar con un año, con un mes, con un dia, con un minuto. Por otra parte sabemos que al tiempo preciso de nuestra muerte está vinculada la suerte de toda la eternidad: esta lleva consigo la posesion de todo un Dios, ó los tormentos mas insoportables y la desesperacion mas rabiosa. ¿Llegará todavía vuestra ceguedad al extremo de diferir la conversion para dentro de cuarenta, de veinte, de cinco, de dos años, de un mes, de un dia, de una hora? Si despues de lo dicho aún permanecéis insensibles y tratáis de continuar en vuestros desórdenes, es preciso que hayáis perdido el juício, ó no abrigueis el menor sentimiento de Religion. Volvéd en vosotros mismos; reflexionád lo que arriesgáis que es la suerte de toda una eternidad.

Veníd, Señor, á visitar con vuestra gracia á estos miserables: acordáos que fueron un tiempo vuestros amigos, vuestros hijos; que disteis por ellos el precio de vuestra sangre; que moristeis por ellos en una cruz afrentosa. Veníd y decídles con vuestra divina eficacia: *ecce nunc tempus acceptabile:* ahora, ahora es el tiempo; estos son los dias en que podéis adquiriros los méritos con que habéis de ganar mi gloria: *ecce nunc tempus acceptabile:* si los desperdiciáis, es segura vuestra condenacion. Movéd sus corazones, para que se conviertan á vos, único medio de ser completamente felices. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

SERMON

SOBRE

LA DIVINA PALABRA [1].

PARA EL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei.

No de solo pan vive el hombre, mas de toda palabra, que sale de la boca de Dios.

S. Mateo, c. 4. v. 4.

Debiendo anunciaros hoy la palabra de Dios, como único medio de conservar vuestra vida espiritual, con arreglo á la sentencia del Evangelio que acabáis de oir, ningun exordio juzgo mas á propósito que el que usó san Pablo, hablando en semejante ocasion á los fieles de Corinto: *os exhorto*, les dice, *no recibáis en vano la gracia del Señor: ahora es el tiempo aceptable, y el dia de la salud*. Y adoptando yo en la hora este mismo lenguaje, os ruego por las entrañas de Jesucristo, por su terrible venida, por su reino inmortal, grabéis en vuestro corazon aquella divina palabra, que con su omnipotencia nos sacó de la nada; que con su luz inaccesible disipó nuestras tinieblas; que hizo triunfar la verdad, destruyendo la idolatría y el error, y exaltando la gloria del Excelso. Palabra inefable! comparada por san Dionisio al agua, porque vivifica y fecundiza; á la leche, porque da incremento; al vino, porque recrea el ánimo; á la miel, porque purifica, conserva y dulcifica. Palabra benéfica! que da vista á los ciegos, salud á los enfermos, vida á los muertos. Palabra triunfante y victoriosa! que cautiva el

(1) Hállase otro sermon sobre este mismo asunto en la pág. 365 del tomo primero de los de *Mision*.

entendimiento en obsequio de la fe, y erige altares al verdadero Dios sobre las ruínas de los de Astarte, de Baal, de Dagon y de Moloc, elevando la cruz sobre la cabeza de los mas altos monarcas. Palabra en fin adorable! que emanada de la boca de Dios, sirve de alimento espiritual al hombre, que será bienaventurado, si la oye y la observa, como se explica Jesucristo.

Con arreglo pues á estos irrefragables principios de nuestra Religion y cristiana moral, ¿no podré yo inferir la indispensable necesidad que tenéis todos de oir la palabra de Dios, con aquel espíritu de veneracion, respeto y obediencia, que os haga dignos de recibir sus frutos? La materia, señores, no puede ser mas importante, ni mas análoga á vuestros verdaderos intereses. Para tratarla pues con método, os haré ver en primer lugar, vuestra obligacion de oir la divina palabra; y en segundo, el modo de oirla con fruto: dos breves reflexiones, dignas de esta cátedra y á propósito para vuestra enseñanza.

Ayudádme todos á pedir las luces del Espíritu santo, rogándole se digne difundirlas sobre vuestros corazones y mis labios, á fin de que hoy se renueve su gloria en el templo de nuestras almas. Pidamos con espíritu de confianza y de compuncion esta gracia, por la poderosa intercesion de María santísima. Saludémosla todos con el ángel. *Ave María.*

Para quedar plenamente convencidos de la estrecha obligacion de oir la divina palabra, basta un momento de reflexion sobre nuestra propia indigencia espiritual, y la virtud omnipotente de aquella para curar nuestras dolencias y remediar nuestras necesidades. El hombre, señores, es un admirable compuesto de alma y cuerpo; dos sustancias diferentes, que no pueden permanecer largo tiempo vivas sin el competente alimento. Así para que por falta de él no falleciese esta obra singular de las manos de Dios, se dignó el Señor por un efecto de su inefable bondad, proveer con abundancia y esplendidez á todo. Á la subsistencia del cuerpo destinó las aves del cielo, los peces del mar y de los rios, las bestias y frutos de la tierra, ya industriales, ya espontáneos; todo lo cual no solo basta á remediar al hombre en su indigencia, sino tambien á promover su regalo y su delicia; y esto con tanta universalidad y constancia, que desde el principio del mundo, así como nace el sol

sobre los buenos y los malos, así tambien *provee de alimento á toda la carne*, segun la expresion del Salmo (1).

Por lo que hace al alma, hecha á imágen y semejanza del Señor, quiso le sirviese de sustento su divina palabra, por medio de la cual instruídos en su ley santa, en su disciplina, en sus adorables misterios y sacramentos, pudiésemos, ayudados de su gracia, remediar en sus necesidades la vida del espíritu. Por manera que así como el hombre, en cuanto terreno, no puede subsistir largo tiempo sin alimento corporal, y pecaria gravemente siendo homicida de sí mismo, si rehusase tomarlo; no seria ménos reo de suicidio espiritual el que privase á su alma del alimento que le corresponde, segun los designios de Dios.

Hé aquí el sólido fundamento en que estriba la estrecha obligacion que tenéis de oir la palabra divina. Las necesidades de nuestra alma se multiplican, señores, cada dia, y solo la voz de Dios puede iluminar sus tinieblas, disipar su ignorancia y sus errores, desterrar su negligencia y su desidia, animar su fe y confirmar su esperanza, encender en fin su caridad, y dirigir al hombre por las verdaderas sendas de la justificacion.

Esta obligacion pues no comprende solamente á las personas del vulgo, ni es privativa de las gentes ignorantes y timoratas; es extensiva á todos los mortales que desean salvarse, por mas elevados que se juzguen por nobleza, por grado ó por talentos. Oíd, os dice Dios, escuchád, poderosos del siglo, presuntuosos sabios, majestades subalternas, depositarios de la justicia del Señor sobre la tierra; oíd la voz del Soberano de los reyes, de quien vuestro poder y autoridad dimanan; oíd su divina palabra: jamas, os dice, olvidéis los beneficios de vuestro Dios; amádle siempre con toda vuestra alma, con toda vuestra mente y potencias, y á vuestros hermanos como á vosotros mismos: convertíos á mí con todo vuestro corazon, y abandonád las sendas de la iniquidad. No hay mas que un Dios, una fe, un bautismo, una moral, cuyos preceptos comprenden á todos sin excepcion alguna; ni se ha dado otro nombre á los mortales para ser salvos, que el de Jesucristo.

Á todos pues hablo en esta hora; á sabios é ignorantes, á plebeyos y poderosos, á súbditos y magistrados, á gentes de todas edades, sexos y condiciones; vosotros sois hijos de Dios

(1) *Psalm.* 135. *v.* 25.

por adopcion. ¿Ignoráis por ventura que todo el que es hijo de Dios, oye su voz, como se explica Jesucristo por san Juan? (1) Tenéd estas verdades, tenédlas siempre delante de vuestros ojos; enseñádlas á vuestros hijos; grabádlas sobre las puertas de vuestras casas, como os lo manda Dios por un profeta.

Y ¿á qué fin, me diréis, tan exquisita diligencia? — Para remedio de vuestras necesidades espirituales: reconocédlas de buena fe. ¡Qué de tinieblas no oscurecen vuestro entendimiento! ¡qué de pasiones favoritas no dominan vuestro corazon! ¡qué de aversiones secretas no devoran vuestras entrañas! ¡qué de errores no tenéis que disipar! qué de verdades que aprender! Queréis proveer á todo? Oíd la palabra de Dios, que con su virtud omnipotente socorrerá vuestra indigencia.

Ella en efecto, si la oís debidamente, difundirá sus rayos sobre vuestra alma, dirigirá con seguridad vuestros pasos, os mostrará las virtudes y os conducirá á la verdad. La palabra de Dios, dice un sabio, es como una antorcha divina, que arroja de sí la luz mas viva, descubre los mas secretos escollos y penetra hasta los asilos mas oscuros, en que los crímenes se ocultan y se reconcentran los vicios. La voz de Dios resonó con fuerza y magnificencia sobre las aguas, como se explica un profeta; y bien diferente de la del hombre, que solo puede aconsejar y excitar, ella produce lo que ordena, manda y obra juntamente, llena siempre de virtud y de eficacia. La palabra de Dios desenvuelve el cáos de la nada y produce al universo: el cielo y la tierra son obra de su virtud omnipotente, criándolo todo para el hombre, y al hombre para Cristo.

La voz de Dios, dice David, hace temblar las naciones y trastorna poderosamente los cedros elevados del Líbano, conmueve los desiertos de Cades, y postra á los fuertes y robustos de Moab. Poderoso eres, Señor, y nada hay que resista á vuestra voz. La Grecia supersticiosa, la soberbia y altiva Roma, la Persia sensual, la India feroz, la Escitia bárbara, ¿no se reunieron bajo una misma fe al oir vuestra divina palabra, como se explica san Gregorio? Sectas deificadas, sistemas filosólicos, estoicos severos, cínicos arrogantes, epicúreos voluptuosos, ¿no doblasteis vuestra dura cerviz al yugo del Crucificado, por la virtud irresistible de su divina palabra?

(1) *Joan.* c. 8. *v.* 47.

Ella en efecto es viva y eficaz por sí misma, como dice san Pablo á los hebreos, y mas penetrante que una espada de dos filos; pero vosotros (Dios me manda os lo diga), vosotros la teméis, porque no queréis dejar vuestras pasiones. Solo ella es capaz de iluminar vuestras tinieblas, y dirigir vuestros pasos á la bienaventuranza; pero vosotros rehusáis abandonar las sendas de la iniquidad, que os conducen inevitablemente al precipicio. Ella es la única que puede desterrar vuestra ignorancia, sujetar vuestra rebeldía, arreglar vuestros deberes, y mostraros los caminos que os conduzcan á seguro puerto; pero vosotros cerráis de propósito los oídos á sus ecos amorosos, á sus amonestaciones paternales, á sus mas terribles amenazas; y adoptando mas de una vez un lenguaje anticristiano, decís con los impíos en el libro de la Sabiduría: « venid, y gocemos de los bienes... llenémonos de vino y de ungüentos, para no perder la flor del tiempo: coronémonos de rosas ántes que se marchiten: no haya prado que no sea testigo de nuestra lujuria... dejemos por todas partes señales de nuestra alegría... Oprimamos al pobre justo, sin perdonar á la viuda ni al anciano; sea en fin nuestra fortaleza la ley de la justicia. » Los que así te desprecian, ó palabra de mi Dios! bien podrán pasar sus dias rodeados de bienes y regocijos; pero en su muerte *descenderán en un momento al infierno*, como el santo Job se explica.

¡Temblád pues, cristianos relajados, mortales sordos á la voz de Dios! Teméd que el Señor os quite en su cólera á los ministros de su divina palabra, trasladándola á otras regiones, donde consiga mas fruto que entre vosotros. *Los dias se acercan*, dice el profeta Amos, *de enviar hambre á la tierra, no hambre de pan y sed de agua, sino hambre de oir la palabra de Dios... De un mar á otro se conmoverán las gentes, desde el aquilon hasta el oriente circuirán buscando la palabra del Señor, y no la encontrarán*. Esta amenaza terrible, como se explica un sabio, ha tenido ya su cumplimiento en provincias y reinos enteros, que de jardines amenos de santidad, se han convertido en espantosas soledades, por falta de obreros evangélicos.

Nosotros, hermanos mios, por la misericordia de Dios, habitamos en paz en esta tierra de Jesé, entre tanto que vemos al Egipto cubierto de tinieblas y de funestas plagas en castigo de su obstinacion. El cielo nos provee de abundante sustento con el maná de su divina palabra, en el tiempo mismo en que ni la lluvia ni el rocío descienden sobre los infelices montes de Gelboé, sepultados en las densas tinieblas del error y de la infidelidad.

¿Y de dónde, os ruego, una diferencia tan notable? ¿Por ventura del arreglo de nuestra vida, de la santidad de nuestras costumbres? Ah!... preguntádlo sin indulgencia á vuestro interior. Vuestra misericordia ó mi Dios! y la adorable predilección con que siempre habéis mirado á este reino, ha contenido hasta de presente vuestra ira. Mas ay de ti, nueva Corozain! ay de ti, Betsaida! os diré con Jesucristo; pues si en Tiro y en Sidon se hubieran obrado los prodigios que has experimentado tú misma, ya habrian hecho penitencia cubiertos de ceniza y de cilicios. Pero vuestra suerte en el terrible juicio será (yo, señores, me estremezco), será mucho mas dura y mas funesta que la de estas ciudades réprobas; y tú, nueva Cafarnaum, exaltada hasta las nubes, serás sumergida hasta el abismo. Vos, Señor, lo mandáis así decir á los ministros de vuestra palabra; añadiendo, que el que los oye, oye á vos mismo, y el que los desprecia, á vos mismo desprecia, y al Padre que os envió al mundo.

Y ¿qué es lo que pretendo inferir de tan altos principios, ó á qué fin estas terribles amenazas, que Jesucristo nos anuncia en su Evangelio y por boca de sus profetas? Á fin de que conozcáis sin excusa la obligacion que tenéis de oir y obedecer la voz de Dios para salvaros, porque ella es el alimento espiritual de todo fiel cristiano, que á los párvulos sirve de leche para su aumento; á los enfermos de medicina para curar sus dolencias, descubrir sus llagas mas ocultas, animar su espíritu y fortalecer sus pasos por las sendas de la salud; y á todos los viajeros y peregrinos por este valle de lágrimas sirve de pan sustancial, que les da esfuerzo, como á Elías, para seguir sus marchas y huir de los peligrosos lazos que les tienden sus enemigos y perseguidores en el desierto de esta vida.

Para afirmarnos pues en la fe y práctica de estas verdades, nos dice Jesucristo en las palabras de mi tema, que *el hombre no vive de solo el pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios;* declarando *bienaventurados á los que la oyen y observan*. Mas esto pertenece ya á la segunda reflexion, en que os prometí mostrar el modo de oir la palabra de Dios para que sea fructuosa. Seguídme atentos.

De poco nos servirá vivir persuadidos á que la palabra de Dios es el alimento mas análogo á la indigencia espiritual del hombre, si no queremos aprovecharnos de su virtud y su eficacia para sostener la vida del alma. Por mas fecunda que sea en sí misma esta divina semilla, como Jesucristo la llama, nada producirá si cae sobre tierras áridas é ingratas, que la impidan crecer y multiplicarse; sobre corazones duros é indóciles, que la critiquen ó que no la observen. Para sacar pues fruto de la palabra de Dios, es necesario oirla con respeto y obedecerla con fidelidad; porque no son los oyentes de la voz del Señor los que han de justificarse, sino los que la observen, como nos enseña san Pablo; y el mismo Dios, queriéndonos dar una regla fija de conservar la vida del alma, nos dice á todos en el libro de los Proverbios: *reciba tu corazon mis palabras, guarda mis preceptos, y vivirás.* No vincula pues al oido y á la memoria el fruto de la palabra, sino á la docilidad del corazon y á la fiel ejecucion de los mandatos, que os intimamos en nombre de Jesucristo, como legados suyos, segun la expresion de san Pablo á los corintios. El Salvador nos enseña, dice san Agustin; oigámosle, obedezcamos, y temamos. « Id, añade el Salvador á sus discípulos, predicád el Evangelio á todas las criaturas; y si os condujeren ante los reyes y príncipes, no temáis, porque no sois vosotros los que habláis, sino el espíritu de vuestro Padre que está en los cielos, es el que habla en vosotros. Todo el que creyere con una viva fe y fuere bautizado, será salvo; y todo el que debidamente no crea, es decir, el que no tenga fe, ó la tenga sin obras, será condenado. »

Esta es, señores, la suma de nuestra moral, y el blanco á que se dirige la divina palabra; y hé aquí el orígen de la veneracion y fidelidad con que debe ser recibida y ejecutada. Ella en efecto no es ménos digna que el cuerpo de Cristo, dice san Agustin, ó el autor de una homilía que se le atribuye; y por tanto, añade este Padre, no es ménos reo el que oye con negligencia la palabra de Dios, que el que por su descuido deja caer en la tierra el cuerpo de Cristo: *non minus est verbum Dei, quam corpus Christi. Ideo non minus reus est, qui verbum Dei negligenter audierit, quam ille qui corpus Christi in terram negligentia sua cadere permisit.*

Con arreglo á estos principios, no es difícil inferir la causa por que siendo la palabra de Dios tan fecunda y eficaz por sí misma, produce de ordinario tan poco fruto en los oyentes. Entre estos, por lo comun, unos son curiosos, y otros indóciles, los primeros faltan al respeto, y los segundos á la fidelidad. Así unos y otros, ademas de no recibir fruto alguno, aumentan su iniquidad. La obligacion de mi ministerio y el zelo que Dios me inspira, no me permiten dejar de hacer alguna reflexion sobre estas dos causas, que impiden el fruto de la divina palabra. Hijo del hombre, me dice Dios por su profeta Ezequiel, si cuando yo digo al impío, que morirá con muerte eterna, no se lo anuncias, para que abandone sus erradas sendas, él morirá en su iniquidad; mas yo requeriré su sangre de tus manos. No quiera pues el Señor que haga yo traicion á su palabra, porque ni temo la censura de los hombres, ni pretendo complacerles, como decia en otro tiempo san Pablo.

Oíd pues al profeta: *vivo yo*, dice el Señor: *no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su errada senda, y viva... La justicia del justo no le librará en el dia en que pecare, ni la impiedad del pecador le dañará en el dia en que se convierta de su crímen... Convertios, convertios á mí, y abandonád vuestros pésimos caminos.*

¿Y qué efecto, os ruego, causaron estas palabras entre el pueblo de Israél? El que producen de ordinario entre nuestros oyentes curiosos y morosos críticos. Oíd la disposicion de aquellos ánimos, manifestada por Dios al profeta, para que la cotejéis con la vuestra. Veníd, decian, vamos á oir los discursos que nos hablan del Señor, y juzguemos por nosotros mismos de este nuevo predicador. Te hallarás rodeado de un concurso brillante y numeroso, que sentados en tu presencia, observarán un profundo silencio: oirán la voz, y no se aprovecharán de ella. Esta multitud curiosa corren á oir los sermones, como si fuese á los espectáculos. Las gracias de tu estilo, la fuerza y energía de tus expresiones, lo persuasivo de tu elocuencia, será para algunos un agradable concierto de música, que lisonjea sus oídos por un momento; para otros un motivo de censura, si no abundan tus discursos de aquellas vivas imágenes y pinturas, que retraten con exactitud los crímenes de alguno de los circunstantes, para poder decir como Natan á David: tú eres el modelo de este retrato: *tu es ille vir.* Ellos en efecto buscan oradores, y no apóstoles, y por consiguiente no van en pos de

la verdad, sino de los talentos. ¿Qué fruto sacarán de esta vana curiosidad?

¿Y qué diré de los críticos y censores de la palabra? ¡Con qué satisfaccion no deciden del mérito de una pieza, como si fuese de teatro! ¡Con qué facilidad no aprueban el discurso de un predicador, y reprueban el de otro! Juzgar de todos, criticar á todos, censurar á muchos, sin convertirse al oir á ninguno, esto es ser oyentes ilustrados y á la moda. Crímen funesto! disposicion abominable! que dimana de venir á oir la palabra, como si fuese del hombre, y no de Dios; ó como si fuera diversa, segun la diversidad de los talentos. Aunque san Pablo sea vehemente en sus expresiones, aunque san Juan sea todo amor y dulzura, aunque hable Amos con tanta sencillez, Jeremías, Ezequiel y Daniel con tanta energía y elocuencia, ¿no son todos legados de Dios y embajadores que nos hablan en su nombre y con el mismo espíritu?

Yo bien sé que entre los ministros de la palabra no faltan algunos que dicen mucho, y obran poco. Mas aún cuando ellos no obren todo el bien que deberian, ¿deja por esto de ser verdadera la voz de Dios que os proponen? Las faltas de ellos disminuyen ó autorizan las vuestras? Cuando Jesucristo habla de los escribas y fariseos, cuya conducta censura y reprueba, ¿no manda al pueblo que practiquen exactamente todo lo que enseñan? *Omnia quæcumque dixerint vobis, servate et facite.* La virtud, dignidad y eficacia, así de los sacramentos, como de la palabra divina, no depende, señores, de la mayor ó menor santidad de sus ministros, sino de Jesucristo, en cuyo nombre obran y hablan. ¿Sabéis por qué la iglesia de Tesalónica fué colmada en un momento de tantas bendiciones? ¿por qué recogió tanto fruto de la predicacion de san Pablo? Oídlo decir al mismo apóstol: *damos gracias á Dios continuamente, porque habiéndoos anunciado la palabra de Dios, la habéis recibido, no como palabra de los hombres, sino como verdadera palabra del Señor, que obra en vosotros los que habéis creído.* Para recibir pues sus frutos, abandonando toda vana curiosidad, todo espíritu de crítica y de censura, no solo debemos oirla con veneracion y respeto, sino obedecerla con fidelidad.

Sin este requisito, señores, nada podemos adelantar en la carrera de la salud. Jesucristo nos lo enseña expresamente,

cuando habla de su divina palabra bajo la parábola de la semilla. La que cae sobre piedras ó entre espinas, no fructifica, porque aquellas no le permiten echar raíz, y estas la sufocan. Imágen fiel de aquellos cristianos, que, ó por su obstinacion no la reciben, ó por su negligencia no la observan. El hombre incrédulo, el esclavo de la avaricia, de la ambicion, de la belleza, el supersticioso, el vengativo, vienen á nuestros templos, como preparados á resistir la divina palabra. Esta clase de mundanos de corazon cierran de propósito los ojos, para no ver la luz de la resplandeciente antorcha de la voz de Dios, que es la única que puede iluminar sus tinieblas y disipar sus errores. Los preceptos del Excelso son duros para ellos. No pueden sufrir se les hable de la humildad, del desprecio de los bienes terrenos, de la negacion de sí mismos, de la renuncia del mundo réprobo y de las obras de tinieblas, del perdon de la injuria, de la caridad fraterna y de la mortificacion de la carne. Solo apetecen, como los impíos del tiempo de Isaías, que se les lisonjee con palabras blandas, que se les divierta con especies que les causen placer: *loquimini nobis placentia.* Pueblo mio, os diré con este profeta: *el que os adula, el que os alaba, ese os engaña y extravía vuestros pasos.* Si os obstináis en no querer obedecer estos preceptos, hé aquí la sentencia fulminada por Dios contra vosotros: *por cuanto os llamé, y lo rehusasteis,* dice en los Proverbios, *porque extendí mi mano, y no hubo quien atendiera; por haber despreciado mis consejos, y no hacer caso de mis amenazas; yo tambien en vuestra muerte me reiré, y haré burla de vosotros... cuando os sobrevenga la calamidad repentina, y os asalte la tribulacion y la angustia. Entónces me invocarán, y no los oiré, se levantarán de mañana, y no me encontrarán, por haber mirado como odiosa mi disciplina y no haber recibido el temor de Dios.* Tal será el fin de los que vienen á oir la divina palabra con designio premeditado de no aprovecharse de ella.

Y ¿será mas copioso el fruto de los que conociendo su verdad, necesidad y eficacia, no la observan con fidelidad? Ah, señores! ¿De qué sirvió al pueblo de Licaonia, dice un sabio, haber oído con atencion y respeto al Apóstol de las gentes, sin haber abrazado su doctrina, sino de ser mas culpables á los ojos de Dios, por no haberse aprovechado de la palabra que se les anunció? ¿De qué sirvió á Félix haber formado, al oir á Pablo,

el bello proyecto de abandonar el judaísmo para someterse á la ley de Jesucristo, si por falta de fidelidad, renuncia de este propósito al punto que deja de hablar el Apóstol? Temblád aquí vosotros, los que creéis haber adelantado mucho, cuando habéis sentido algun movimiento en vuestra conciencia, al oir la voz de Dios, y que pensáis no estar obligados á mas que á ciertos sentimientos de piedad. Aún cuando confirméis la verdad de la palabra por la confesion de vuestra conciencia, ¿qué fruto sacaréis de este conocimiento? Estos oyentes, dice Santiago, son semejantes al que se mira á un espejo, examinando en él todas las facciones de su rostro. Este apénas ha perdido de vista su retrato, cuando se olvida de todo lo que ántes habia considerado y visto.

Hé aquí una imágen fiel de lo que pasa de ordinario en los que al oir la divina palabra, conocen el mal estado en que se hallan, y retardan su conversion para lo sucesivo. Ellos gastan su vida en formar proyectos quiméricos, sin ejecutar jamas con fidelidad lo que la voz de Dios les ordena; porque los esclavos de las pasiones apénas salen del templo, cuando por mas convencidos que estén de su espiritual indigencia, y del riesgo inminente de su perdicion eterna, se vuelven á engolfar en el mundo, olvidan las ideas de conversion que habian concebido á beneficio de la divina palabra, lisonjeándose de su salud, miéntras Dios los reprueba.

Y si me preguntáis, ¿en qué consiste oir la palabra del Señor con fidelidad? no dudo deciros, que cuando observéis con exactitud los preceptos que os intima con aquel espíritu de Religion, de amor y de caridad que prescribe para todas las obras, entónces podréis llamaros fieles ejecutores de la divina palabra. Oídla pues con los sentimientos de Samuel, cuando decia: *habla, Señor, que tu siervo oye;* ó con los del Apóstol, cuando arrojado del caballo por la voz de Dios, exclama: *qué queréis, Señor, que haga.* Ni debéis contentaros con la veneracion y respeto que exige su dignidad, excelencia y omnipotente eficacia para remedio de nuestra indigencia; sino que debéis ejecutarla con la mayor fidelidad, para que produzca en vosotros los frutos de vida eterna. Y enlazando el fin con el principio, os ruego por las entrañas amorosas de Jesucristo, por su reino inmortal, no recibáis en vano esta divina palabra, alimento espiritual de vuestra alma: grabádla en vuestro corazon, enseñádla á vuestros hijos, apreciádla y obedecédla como á la voz de Dios, con docilidad, con sumision, con rendimiento; para que viviendo conformes á su divina ley, recibáis en vuestra muerte las bendiciones del Señor, que vive y reina, Padre, Hijo y Espíritu santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO.

REPROBACION DE LAS NACIONES

QUE SE APARTAN DE JESUCRISTO,

Y FELICIDAD DE LAS QUE LE SIGUEN.

PARA EL LÚNES DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA (1).

(DE TRONCOSO.)

Cum venerit Filius hominis in majestate sua..., tunc sedebit super sedem majestatis suæ; et congregabuntur ante eum omnes gentes, et separabit eos ab invicem..., et statuet oves quidem à dextris suis, hœdos autem à sinistris.

Cuando venga el Hijo del hombre con toda su majestad..., entónces se sentará en el trono de su gloria: y hará comparecer delante de él á todas las naciones, y separará á los unos de los otros..., poniendo los ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda.

S. Mateo, c. 25, v. 31, 32 y 33.

Terrible espectáculo ofrece hoy á nuestra consideracion la Iglesia nuestra madre: con las palabras del evangelista san Mateo nos recuerda aquel grande acontecimiento que debe tener lugar al fin de los tiempos, cuando el Hijo del hombre, apareciendo revestido de toda su majestad, se sentará en el trono de su justicia para juzgar á todas las naciones del universo. *Entónces*, dice el texto sagrado, *se congregarán ante el eterno Juez todas las gentes, y las separará unas de otras, así como el pastor*

(1) Las ideas de este discurso están tomadas del R. P. Maccarthy, frances, de la Compañía de Jesus, célebre orador de nuestro siglo, que por sus talentos nada comunes se ha adquirido una gloria universal. El Sr. Troncoso las ha acomodado á nuestro estilo y hecho algunas adiciones conforme á nuestras actuales necesidades. — En la pág. 266 del tomo cuarto de los sermones de *Mision* se halla uno para este mismo dia.

separa las ovejas de los cabritos; y colocará las ovejas á su diestra y los cabritos á su siniestra.

Qué asombro! católicos: quien hubiera contemplado á Jesucristo en el establo humilde de la aldea de Belen; quien le hubiera visto envuelto en pañales, llorando, yerto de frio, acompañado únicamente de sencillos pastores y de estúpidos animales; quien le hubiera visto huir en el regazo de su tierna madre á la tierra de Egipto por no ser víctima del furor de un tirano, que habia jurado su exterminio; quien hubiera en fin presenciado todas las humillaciones, la pobreza y los desprecios que hubo de sufrir desde su misma cuna este Hombre-Dios; ¿cómo era posible que, ni aún remotamente, hubiese llegado á imaginar que él debia ser el soberano señor y árbitro del universo; que de él penderia la perdicion ó la salud, la elevacion ó la caída de los imperios y de los estados, como la de los hombres; que él seria el que dispondria á su beneplácito de los destinos del universo?

Nadie hubiera llegado á concebir tal grandeza unida á tanta humillacion, si la palabra eterna Jesucristo, verdad por esencia, no lo hubiera declarado terminantemente en las palabras que acabamos de citar del presente Evangelio. Palabras admirables, que, si bien reflexionamos, no se concretan únicamente al último dia de los tiempos, sino que vienen cumpliéndose tiempo há en todas las regiones del orbe y en toda la sucesion de generaciones, desde que fueron pronunciadas, hasta nuestros dias. Y ¿quién no ve á ese Dios humanado Jesucristo, rey inmortal de todos los siglos, que desde el trono invisible que ocupa en el empíreo, reina solo sobre el mundo que conquistó con su sangre, dispone con autoridad absoluta de los cetros y de las coronas, eleva ó humilla segun su beneplácito á los soberanos, cambia las dinastías y los imperios, se opone á los designios de sus enemigos, sostiene su obra inmortal contra todo el poder del averno, probando á todo el mundo, que á él solo pertenece el arrancar ó plantar, edificar ó destruir, dar la muerte ó la vida á los individuos como á las naciones?

Pero acostumbrado el mundo á no mirar en Jesucristo mas que ese poder espiritual que ejerce invisiblemente en los corazones, y por medio del cual se obran las maravillas ocultas de la gracia, apénas hace atencion á ese otro poder no ménos real, que recibió de su eterno Padre, en cualidad de señor del uni-

verso y de dominador de los reyes y de los pueblos; poder que ejerce con una fuerza irresistible sobre las sociedades humanas, y por medio del cual conduce infaliblemente todas las cosas á sus fines al traves de las revoluciones, de las tempestades y de todos esos grandes sacudimientos que excitan las pasiones humanas; poder en fin, cuyos efectos, cuanto mas sensibles son y mas palpables, tanto mas propios deben ser para causar en el espíritu del hombre reflexivo una impresion saludable y profunda. Y de este poder, de este reinado visible del Hijo de Dios sobre la tierra, es del que vengo yo á hablaros, ofreciendo á vuestra consideracion los principales hechos que nos ha legado la historia de mas de diez y ocho siglos; hechos de que resultará luminosamente y como una demostracion histórica, el juício terrible, la separacion funesta de que habla el santo Evangelio de este dia, ejercido ya por el Hijo del hombre, aún en la vida presente, respecto de todas las gentes del universo. Apliquémonos á estudiarlos con todo detenimiento, y hallaremos que la suerte de aquellas naciones que han reconocido á Jesucristo y combatido bajo sus estandartes, ha sido *vencer;* y por el contrario, el fin irrevocable de las que le han resistido, ha sido *perecer*.

Séanos permitido comenzar por este último miembro para mayor conexion de las ideas; y dividiendo el asunto en dos distintas reflexiones, resultará en la primera la reprobacion é infelicidad de las naciones que se han apartado de Jesucristo y combatido su Religion santa: *hoedos autem à sinistris;* y en la segunda el triunfo y felicidad de aquellas que, cual ovejas del eterno Pastor, le han seguido fielmente y acatado sus divinas máximas: *oves quidem à dextris.* Hé aquí trazado todo el plan. Imploremos la gracia por la mediacion de la Reina de los ángeles. *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

El Profeta rey habia cantado ya las grandezas del reinado de Jesucristo sobre la tierra mas de diez siglos ántes que este apareciese en el hemisferio. Habíale visto en espíritu fundando su trono sobre la montaña santa de Sion, y recibiendo el imperio del orbe de manos del Eterno; y por eso atravesando siglos y distancias inmensas, dijo hablando en persona del mismo Jesucristo (1): « El Señor me ha dicho: tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy; tu tendrás por herencia las naciones y por dominio el universo: tú domarás á los rebeldes con un cetro de hierro y despedazarás á tus enemigos, cuál si fuesen de barro: los reyes aprenderán á temerte; los que gobiernan se turbarán temblando bajo tu yugo, y todo cuanto se hiciere objeto de tu cólera, perecerá. » Si esta terrible profecía ha tenido exacto cumplimiento, nadie mejor que la historia puede manifestarlo. Registremos sus anales.

Sabido es que el pueblo judío fué el primero que se opuso al reinado de Jesucristo. No contento con calumniarle y perseguirle, satisface en fin su sañudo encono dándole la muerte mas alevosa y cruel; y de este modo se hizo acreedor á ser el primero en experimentar una ruína, que atestigua bien el poder vengador de este Rey divino. Jamas se vió castigo mas palpable, ruína mas completa que la de esta nacion deicida. No es menester hacer mencion de los horrores de aquel sitio memorable, en el que por una complicacion de males sin ejemplo en la historia, la hambre, la peste, la guerra intestina y la guerra extranjera, presentó al mundo el espectáculo mas horroroso. Encarnizáronse los ciudadanos los unos contra los otros con mas furor que los mismos enemigos; mas de un millon y cien mil personas fueron víctimas en el corto espacio de algunos meses; las madres devoraron mas de una vez el fruto de sus entrañas, siendo tambien á la vez víctimas de la voracidad de sus propios hijos. ¿Hablaré de la destruccion total de la soberbia ciudad de Jerusalen, en donde, verificándose la prediccion del Salvador, no quedó piedra sobre piedra? ¿Recordaré la ruína de su magnífico templo, la maravilla del universo, que en vano pretendió el mismo vencedor librar del furor de las llamas, sin que en lo sucesivo jamas poder alguno humano haya sido capaz de reedificarlo? ¿Y esa dispersion general, anunciada ya con anticipacion por los profetas y por el mismo Jesucristo, ejecutada rigurosamente y tan palpable á nuestra vista? ¿No veis los infortunados restos de ese desgraciado pueblo, reservados al parecer para dar al universo el espectáculo de un cadáver mutilado, aunque viviente, cuyos miembros esparcidos por todas

(1) *Psalm.* 2. *v.* 7. *usque ad* 12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

partes, presentan el mas insigne monumento de la divina venganza y el horrible castigo del deicidio?

Quién habrá que al contemplar ese pueblo disperso en tantos países, sin poder establecerse en ninguno, aborrecido, perseguido de todos y jamas destruído, adherido mas que ningun otro á sus creencias y á su religion, y sin embargo el único que ni tiene templo, ni altar, ni sacerdocio, ni sacrificio, ni culto: ¿quién habrá digo, que á vista de tan extraño fenómeno no pregunte, quién es esa raza de hombres extraordinarios marcada con unos caractéres tan particulares, y que parece como arrancada de la rama comun de los humanos? Mas á esta pregunta, la historia responde, que ella es la antigua y famosa raza de Abrahan, escogida en otro tiempo y separada por el mismo Dios, para ser la depositaria de los sagrados oráculos y de las promesas relativas al Mesías; pero que en vez de recibir respetuosamente y con amor á ese Mesías deseado con tanto ardor, le ultrajó, le calumnió, le persiguió hasta darle muerte de cruz, y no temió pedir que su sangre cayese sobre ella y sobre sus hijos. Ah! desdichada Jerusalen! La sangre del Justo pediste, y esta ha caído sobre ti: desde aquel momento funesto arrastras el horrible peso del anatema, y semejante á Caín, errante como él y sin comparacion mas criminal, llevas impresa la mancha de una sangre mucho mas pura é inocente que la de Abel. Así se ejecutó, católicos, como lo habian predicho los Libros santos, que esa misma nacion reverencia como divinos, y conserva con tanto cuidado en medio de su desgracia. Tomádlos de sus manos y leeréis en el profeta Daniel (1), « que pasados 490 años el Cristo seria condenado á muerte; que el pueblo autor de este crímen seria arrojado; que la ciudad, el templo y el santuario serian derruídos; que cesarian las ofrendas y sacrificios, y que entónces comenzaria una desolacion que duraria hasta la consumacion y el fin de todas las cosas. » Y ved aquí la reprobacion é infelicidad de los judíos rebeldes y obstinados: *hoedos autem à sinistris.*

Pasemos á ver la ruína de Roma pagana. Ella fué, á no dudarlo, despues de la nacion hebrea, el enemigo mas implacable que tuvo el cristianismo. Sus emperadores ó mas bien sus tiranos, las atroces persecuciones suscitadas en los tres primeros siglos, la sangre en fin de tantos mártires sacrificados á su encono contra la Religion del Crucificado, son una prueba demasiado evidente de lo que acabo de decir. Pues tambien Roma debia ser sacrificada á la gloria de Dios y al triunfo del Evangelio. Hallábase á la sazon esta ciudad orgullosa en el mas alto grado de elevacion, de esplendor y de poder, gloriándose con el dictado de reina del mundo y ciudad eterna, luego que el apóstol san Juan vió en espíritu y proclamó tres siglos ántes, su humillacion y su caída. Su estilo, aunque figurado y profético, marca con la mayor claridad y precision, todos los grados de su decadencia y los diversos castigos que le prepararon su última calamidad. Allí veréis designados los futuros vencedores del pueblo que tantas veces se creyó invencible; el número de reyes y de naciones bárbaras que se dividirán el imperio, su carácter y su marcha; allí los veréis representados, ya como aliados, ya como enemigos, ahora vendiendo sus servicios, despues devorando á los que habian ayudado con sus brazos, quemando sus magníficos palacios, pillando sus tesoros y cubriéndolo todo de luto y de exterminio. Allí creeriais ver los hunos, los godos, los hérulos y todos aquellos feroces conquistadores que aparecieron despues; el furor y los desastres de un Alarico y de un Totila, que consumaron la desolacion de la antigua Roma; y á fin que no se ignore la causa de tan horribles castigos, allí mismo la veréis marcada con caractéres que no dejan lugar á la menor duda: « Así será tratada, dice, la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra, la ciudad de las siete colinas, porque ella es la madre de las fornicaciones y de las abominaciones de la tierra, y porque se ha embriagado con la sangre de los santos y de los mártires de Jesucristo. » *Ebriam de sanguine sanctorum et de sanguine martyrum Jesu* (1). No podia ser mas formal la sentencia, ni mas claramente especificado el motivo de la reprobacion.

¿Quién me diera ahora el poder completar este cuadro, haciéndoos ver el fin desastroso de cada uno de los emperadores romanos que persiguieron el cristianismo? ¡Qué horror no os causaria el ver el trágico fin de un Neron, de un Decio, de un Domiciano, de un Juliano y de sus semejantes! Si os represen-

(1) *Dan. c. 9. v. 27.*

(1) *Apoc. c. 17. v. 6.*

tase aquel horrible Galerio, inventor de tantos tormentos, y mas bien el verdugo que el tirano de los cristianos, herido de repente de una llaga cruel y asquerosa, devorado vivo por los gusanos que salian de sus entrañas, procurando, como Antíoco, desarmar la cólera de Dios con edictos en favor de la Religion, que tan atrozmente habia perseguido, y espirando en medio de las convulsiones de la desesperacion; si yo pudiese...; mas no es posible; basta lo dicho para conocer la ruína de Roma idólatra y de los príncipes perseguidores del cristianismo: *hoedos autem à sinistris.*

Pasemos ahora á considerar cuál ha sido la suerte de las naciones que despues de haber conocido á Jesucristo, han abandonado su culto y perdido la Fe. Lanzád una mirada hácia esas regiones del Asia, un dia tan floreciente, en donde estaban las famosas ciudades de Éfeso, Antioquía y Nicomedia; donde reinaron largo tiempo con el cristianismo las artes, las ciencias, las letras, la sana doctrina y las costumbres; donde los Basilios, los Gregorios, los Crisóstomos hicieron brillar tanta elocuencia y tantas virtudes. Ved á la extremidad de la Europa esa Constantinopla, un dia tan magnífica, tan política, tan sábia, que fundada por el primer emperador cristiano, fué mirada como una nueva Roma ó como una segunda Aténas. Volvéd despues vuestra vista hácia el África, patria de los Atanasios, de los Cirilos, de los Tertulianos, donde florecia la célebre escuela de Alejandro bajo los Clementes y los Orígenes; donde los Cipria-nos y Agustinos dieron tanto lustre á las ciudades de Cartago y de Hipona; comparád el estado presente de esos pueblos con lo que fueron entónces, y los veréis envueltos en las tinieblas de la ignorancia, encorvados bajo el yugo de un despotismo degradante, envilecidos por sus costumbres groseras y brutales, y que han retrogradado, despues de haber arrojado tanta luz, á un estado de infancia social; y entónces reconoceréis, que perdiendo la verdadera Religion, han perdido con ella su gloria, sus luces, su libertad, su dicha y hasta la civilizacion misma. Cosa prodigiosa! No hay país en donde la luz del Evangelio haya sido apagada, que en el momento no haya caído en la barbarie. Así lo exigia vuestra justicia, ó gran Dios! Era necesario que la apostasía de los pueblos tuviese su castigo como la de los particulares, y que se pudiese decir de cada una de estas naciones infieles lo que un profeta dijo de Israel prevaricador: *Scito et vide quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum* (1): conoce y confiesa cuán triste es y cuán amargo el haber abandonado al Señor tu Dios.

Mas ¿por qué ir tan léjos á buscar ejemplos de la reprobacion de los pueblos que abandonan la Fe y la ley de Jesucristo? Bien cerca de nosotros tenemos las pruebas mas positivas. Volvéd vuestra vista á la Francia: contempládla en los últimos años del pasado siglo, cuando el órden social trastornado, holladas las leyes, los establecimientos mas útiles derruídos, los mas preciosos monumentos arrojados por el suelo, el cadalso, la muerte, todo en fin en él representaba al vivo la imágen de Jerusalen anatematizada por el Dios vengador. Preguntádle, cuál fué el motivo de tamaños males; y os dirá, que la impiedad fué la que armó el brazo vengador del Dios de las justicias. Sí, ese pueblo vivió feliz y habia llegado al apogeo de la prosperidad y de la gloria bajo la égida de la Religion santa; pero quiso sacudir este suave yugo, se cansó de ser fiel y dichosa, dió oídos á falsos profetas y á malignos seductores, quiso en fin dar al mundo por un momento el espectáculo de una sociedad sin Dios y sin Religion; y, ó infeliz! sin juício de sangre vino á expiar este crímen horrendo, y con un paso mas en la via del error, el país mas culto y civilizado hubiera sido rayado del número de las naciones. Vos, ó Dios mio, perdonaste á un pueblo arrepentido; mas no así á los autores de esta revolucion impía. La maldicion del Eterno los aplastó; envueltos verdugos y víctimas, casi todos vinieron á parar en el cadalso, último término de sus desgracias; y los que no acabaron sus dias bajo la hacha cortadora, ah! mirádlos cubiertos de oprobio y turbados con crueles remordimientos arrastrar una existencia miserable, arrojados del suelo que los vió nacer y buscando léjos de él una tierra en que poder morir. Tal es el fin de los autores de las revoluciones sacrílegas: *hoedos autem à sinistris.*

Y sin embargo, católicos, estos grandes culpables no eran sino los discípulos de la impiedad; ¿qué podremos pues decir de sus maestros, de aquellos hombres famosos por sus escritos, en los que con tanta profusion sembraron el gérmen fecundo de todos los errores y de todos los crímenes? quedarian por ventura impunes? No, católicos; ellos experimentaron tambien su

(1) *Jerem. c. 2 v. 19.*

condigno castigo y fueron envueltos en la mas completa ruína.

Ruína de su inteligencia y de su razon. Hinchados con su pretendido saber, quisieron someter á él la ciencia de Dios, y por consiguiente perdieron todo saber y toda luz. Tan impíamente orgullosos como los insensatos arquitectos de Babel, pretendieron elevar una torre contra el cielo; y castigados como aquellos con la confusion de lenguas, no pudieron entenderse unos á otros, no produjeron sino sueños incoherentes, contradicciones groseras y sistemas á cual mas absurdos; llegaron á negar la existencia del Ser supremo, hicieron la apología de la nada, ensalzaron el estado salvaje, se asemejaron á las bestias, enseñaron que el verdadero destino del hombre era vivir en los bosques sin ley, sin reflexion, y sobre todo sin pudor; dignos precursores de los que en medio de sus abominables demencias han erigido templos á la razon y adorado á la prostitucion personificada.

Tambien experimentaron *la ruína de sus proyectos y esperanzas.* Se lisonjearon destruir por sus fundamentos el imperio de la Religion y de la moral, echar por tierra todas las potestades legítimas, y establecer sobre los restos de los tronos y de los altares el reino de la destructora filosofía. Pero sus esperanzas fueron vanas; la ejecucion horrible de sus planes dignos del infierno, los monstruosos excesos de sus discípulos y adeptos, llenaron bien presto al mundo de un horror tal hácia su doctrina, que entónces se llegó á reconocer mas que nunca la necesidad de la Religion, de las costumbres y de la autoridad sagrada para la felicidad de los pueblos. En vano pues los partidarios de estas detestables teorías pretenderán con nuevas intrigas volver á sumirnos en nuevas revoluciones; en vano, dije, porque un suceso tan funesto no haria sino desengañar cada vez mas el espíritu cansado ya de ilusiones y desórdenes, y apresurar el momento en que la voz unánime del género humano lanzase un grito de reprobacion eterna contra esos sistemas efímeros é insensatos, contra esos nombres seductores de igualdad y libertad filosófica, bajo los cuales se encubren tan odiosos misterios.

Por último, católicos, hasta en su honor y en su reputacion han esperimentado los corifeos de la impiedad la venganza de aquel Jesus, á quien no dudaron injuriar con los dictados mas infamantes. Se han pintado á sí mismos en sus escritos irreligiosos con los colores del desprecio, del ridículo y de toda clase de infamias; y hasta ese panteon, que conserva los restos del apostol de Fernais y del ciudadano de Ginebra, esa apotéosis que de él han hecho sus adeptos, todo se ha convertido para ellos en motivo de ignominia: sus huesos reposan mezclados en aquella vasta tumba con los de los asesinos de la humanidad, para trasmitir á las futuras generaciones la memoria de sus infamias. ¿Y quién no ve palpablemente en estos hechos la reprobacion de los autores de las revoluciones sacrílegas? *hoedos autem à sinistris.*

Sí, católicos, las naciones, los soberanos, las sociedades, los individuos y todos cuantos han hecho guerra al cristianismo, han experimentado mas ó ménos la mano pesada del Eterno. Y vosotros tambien, incrédulos de todos matices, experimentaréis la reprobacion predicha por el Señor en el Evangelio, si no dejáis las sendas del error y entráis en las vias de la Fe católica. Sí, ya lo experimentáis; y si no decídme: desde el momento en que abjurasteis en vuestro corazon las promesas pronunciadas en el bautismo, y renunciasteis por una secreta apostasía á la doctrina y á la ley de Jesucristo; desde que incautos os dejasteis seducir por los funestos sofismas de la incredulidad, ¿qué tinieblas no han cubierto la atmósfera de vuestras inteligencias? ¿Hay una sola verdad moral que conserve para vosotros su evidencia y su certidumbre? ¿No os halláis engolfados en un abismo de dudas y perplejidades sobre todo cuanto dice relacion á vuestros mas caros intereses? La espiritualidad de vuestra alma, la eternidad de las penas del infierno, la creacion del universo, la libertad del hombre, todos esos puntos tan importantes, tan claros y evidentes para los que creen en el Evangelio, ¿no están para vosotros cubiertos de una profunda oscuridad? Y por qué? porque perdiendo la fe, habéis entrado en aquella region de las sombras de la muerte, en donde el sol de la verdad no derrama sus luces, y en donde todo es vértigo, confusion, error.

Vosotros sobre todo, jóvenes amables, decídme, ¿qué corrupcion no ha infestado vuestros corazones, desde que comenzasteis á mirar con indiferencia, y tal vez con desprecio, las máximas de piedad y Religion? ¿No os habéis hecho semejantes á aquellos, de quienes habla el Apóstol, que habiendo rehusado dar á Dios la gloria que le es debida, fueron entregados á

un sentido réprobo y dejados á merced de sus ignominiosas pasiones? Vuestros pensamientos, vuestros deseos, vuestros sentidos, todo vuestro ser, ¿qué otra cosa respira sino sensualidad? ¿Cuántos han arruinado ya su salud y su fortuna, han llenado de desolacion á sus familias, y hecho desaparecer las mas lisonjeras esperanzas? Tal vez muchos han ahogado talentos preciosos, han dado un golpe mortal á su reputacion y llenado sus almas de tristeza y amargura. Y vosotros ¿no comprendéis, amados jóvenes, que esta humillante degradacion y estas crueles desgracias son el castigo justísimo de vuestra infidelidad? ¿Por qué pues no os apresuráis á volver al Señor, miéntras que el seno de su misericordia está franco, ahora que un sincero arrepentimiento puede todavía salvaros? ¿Esperaréis por ventura aquel dia de la inexorable justicia, cuando ya la ruína del impío no tendrá recurso y su desgracia será inevitable?

Oh! y ¡quién me diera poder lanzar en este instante un grito que fuese escuchado en todo el universo! Yo me dirigiria á las naciones y con el real Profeta les diria: «¿Por qué formáis ligas y vanos conciliábulos contra el Omnipotente y contra su Cristo? ¿qué puede contra el que habita en el cielo, el número de fuerzas y todas las humanas combinaciones? ¿Por ventura no tiene en su mano esa vara de hierro, con que castiga á los pueblos y reduce al universo á la obediencia de sus leyes sacrosantas?» Así es, católicos; la reprobacion y la infelicidad es el término de las naciones que se apartan de Jesucristo y combaten su Religion. Lo habéis visto en la primera reflexion. Ved ahora por el contrario el triunfo y felicidad de las que le han seguido fielmente y acatado sus divinas máximas.

SEGUNDA REFLEXION.

Jesucristo habia dicho (y ya anticipadamente lo habian anunciado sus profetas) que los habitantes del oriente y del occidente vendrian á sentarse con Abrahan, Isaac y Jacob, y que los hijos de esta nacion serían desechados y arrojados á las tinieblas exteriores. Cumplióse en efecto esta terrible prediccion: el pueblo judío fué reprobado, como acabáis de oir, en castigo de su infidelidad, y en su lugar formóse la Iglesia de los pueblos de la gentilidad. Ah! y ¡cómo se regocija el alma, al contemplar en esta eleccion las maravillas del poder y de la bondad de Dios! Aquel por cuya voluntad, algunos granos reservados de la cosecha anual y sembrados en la tierra producen una nueva y abundante mies, se reserva de toda la nacion judía doce hombres, los que disemina como una semilla fecunda por toda la redondez del orbe, y en el momento se eleva de todas partes una cosecha prodigiosa de verdaderos adoradores en espíritu y en verdad. El nuevo pueblo es bajo todos conceptos superior al antiguo, entra en todos sus derechos, recoge toda su heredad, y añade otras riquezas incomparablemente mas preciosas, como que es el poseedor de las realidades en vez de las figuras con que se habia alimentado Israel. El primer pueblo estaba circunscrito á los estrechos límites de la Palestina; el segundo no reconoce otros límites que los del universo: aquel no debia durar mas que por un tiempo, este no concluirá sino cuando finalizen los siglos, segun la palabra expresa de su divino Maestro: «Id (les dice), enseñád á todas las gentes, y ved que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos:» *usque ad consummationem sæculi* (1). Y esta palabra jamas será desmentida por los acontecimientos.

Suscite el infierno obstáculos al parecer insuperables y ponga en movimiento todos los resortes, para oponerse á la realizacion de esta promesa infalible; nada importa, ella se ejecutará en toda su extension, porque escrito está que el averno jamas prevalecerá contra la Iglesia de Jesucristo (2). Sea en hora buena permitido á aquel sublevar á los sabios y los prudentes, al pueblo y los grandes, á los verdugos, los soldados y los césares contra doce pobres pescadores sin armas, sin letras, sin proteccion, sin influencia, que han emprendido la conquista del universo; pero en medio del furor, de las amenazas y del rugido de las naciones y de sus jefes, esos doce hombres, cual gigantes prodigiosos, perfeccionarán su inmensa carrera con la misma rapidez que el sol recorre el vasto espacio de los cielos.

Apénas salen de la Judea, cuando ya se les ve en las extremidades del oriente y del occidente y hasta sobre los dos polos: *à summo coelo egressio ejus* (3). Su voz resuena por todas partes como un horroroso trueno, y á su eco se bambolea el in-

(1) *Matth. c. 28. v. 20.* (2) *Matth. c. 16. v. 18.* (3) *Psalm. 18. v. 7.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

forme coloso de la idolatría, conmuévense sus fundamentos, caen los altares de los falsos dioses, enmudecen los oráculos, confúndense los magistrados, los filósofos y los sacerdotes de los ídolos, el paganismo desaparece y por todas partes se oye pronunciar con gloria el nombre del verdadero Dios. En fin los apóstoles mueren sellando con su sangre, como se lo habia anunciado Jesucristo, el testimonio de su fe, y dejando en pos de sí una numerosa é inmortal posteridad. No por eso se cansa el infierno; durante tres siglos arma contra la Iglesia naciente todo cuanto hay de poderoso sobre la tierra, y agota todos los medios de astucia y violencia para ahogarla desde su orígen. Pero la Iglesia, semejante á un árbol robusto y vigoroso, crece, se fortifica, extiende sus ramas y profundiza sus raíces, á medida que el infierno redobla los golpes de su hacha cortadora: hasta que en fin embotada esta y hecha pedazos contra aquel tronco invulnerable, advierte á su pesar á todo el mundo, que ya es tiempo de adorar al que vive y vivirá á despecho de todo el furor del averno.

Á esta primera victoria suceden nuevas guerras; porque no es posible tenga completa paz en la tierra la religion á la que fué dicho en la persona de sus fundadores: « Mirád que yo os envío como ovejas en medio de los lobos, y seréis perseguidos y aborrecidos á causa de mi nombre; pero no temáis, pequeña grey, porque vuestro Padre celestial ha determinado daros su reino. » Así es, siempre sufrir y siempre triunfar, hé aquí su destino. Seguídla por todas las edades; nada veréis sino peligros, guerras interiores y exteriores: los cismas y las herejías la desgarran, los escándalos la desconsuelan, la infidelidad no cesa de atacarla; mas ella está constituída á prueba de todos los males, y como ha envejecido entre combates, nada la intimida. Ha visto desaparecer en torno de sí los imperios al mismo tiempo que ella permanece; y al cabo de mil ochocientos cuarenta y seis años muestra todavía su frente venerable cubierta de nobles cicatrices, pero siempre en calma y respirando serenidad. ¿La visteis por ventura cubrirse de palidez á vista de esa terrible conjuracion que en nuestro siglo ha estallado contra ella? ¿la habéis visto temblar en presencia de esa coalicion de filósofos, de sabios, de poetas, de oradores, de políticos, de sacerdotes infieles y apóstatas, de hombres poderosos, de asesinos y de verdugos que habian jurado su exterminio? ¿Ha perdido su constancia, cuando á la sátira, al sarcasmo, al ultraje, á la negra calumnia han sucedido las proscripciones, las cárceles, los cadalsos? Qué hizo en medio de tan terrible alarma? Ah! invocó al Señor, y al ruído estrepitoso de la persecucion unia los acentos de su triunfo, diciendo: *Sæpe expugnaverunt me à juventute mea:* « Muchas veces me han asaltado ya mis enemigos, desde los dias de mi infancia; pero sus esfuerzos siempre fueron vanos contra mí: » *Etenim non potuerunt mihi* (1). « Sé bien en quién he puesto mi confianza, y esperaré, sin moverme, en sus promesas: no moriré, porque me ha sido prometida la inmortalidad, y cuando hubiere salido de este nuevo peligro, aún celebraré las misericordias y los beneficios del Dios mi protector. » *Non moriar, sed vivam et narrabo opera Domini* (2).

Díganlo si no los perseguidores del siglo diez y ocho: ellos que juntaron tanta perfidia á tanta crueldad, ¿qué es lo que han ganado contra la Iglesia? Ellos, que se alababan de haber perfeccionado el arte de los Nerones y de los Julianos, ¿fueron por ventura mas felices en sus esfuerzos? Ó por el contrario en el momento mismo en que pensaron anegarla en su sangre, ¿no reconocieron, como ellos, que multiplicar los mártires, era aumentar sus fuerzas y su gloria? Y cuando apelando á otros medios, dijeron: dejémosla morir, reduzcámosla á la indigencia; ¿murió por ventura? Ah, la Iglesia vive: si se la despojó de sus tesoros, la desgracia es para los pobres que alimentaba; en cuanto á ella, rica es y tan rica como lo fué en la época de sus primeros triunfos, porque la Providencia que previene las necesidades de las avecillas del cielo, no abandonará jamas á su Iglesia. Si han sido destruídos sus magníficos establecimientos, el mundo, la patria es quien llorará los inmensos beneficios que con ellos perdieron; pero la Iglesia se consolará en su desgracia prestando nuevos servicios. Si la han despojado de sus bellos ornamentos exteriores, privándola de su antigua pompa y majestad, el pueblo, sí, el pueblo es quien derramará lágrimas de sangre, al ver envilecido el culto de su Dios que le engrandecia; por lo que hace á la Iglesia, se adornará con mas bellas virtudes. Si han sido dispersados sus Finees y sus Onías, si los mas ilustres jefes de la tribu santa comen el pan de la

(1) *Psalm.* 128. *v.* 2. (2) *Psalm.* 117. *v.* 17.

emigracion en los países hospitalarios, las ovejas son las que lanzan los mas amargos balidos en pos de sus pastores, porque se miran privadas del pasto que estos les dispensaban; mas la Iglesia, llorando tambien, rogará con efusion de corazon al Dueño de la viña, para que se digne enviar operarios á su campo; le pedirá pontífices y sacerdotes segun su corazon, y le serán concedidos; y si una nueva resurreccion fuese necesaria, ella la esperaria de aquel á quien todos los milagros son fáciles y cuyo poder tantas veces ha experimentado. En fin, católicos, (puesto que es preciso admitir una triste suposicion) si lo que Dios no permita, nuestros crímenes y nuestra ceguedad nos hiciesen dignos de perder la Fe; si desterrásemos de nuestro suelo la Iglesia de Jesucristo, ella nos abandonaria, suspirando sobre nuestra desgracia, sin que por eso pereciese. Á la manera que el astro del dia, luego que nos deja envueltos en las tinieblas de la noche, nada pierde de su luz y va á llevar este beneficio á otro hemisferio, del mismo modo la Religion nos dejaria envueltos en las densas sombras de la incredulidad, para ir á iluminar con su divina antorcha otras regiones mas felices. Los dos mundos le están abiertos; su dominio no se limita á alguna parte de la tierra. Todos los lugares le pertenecen igualmente que todos los tiempos: del mismo modo que penetró desde el Asia y el África hasta nuestra Europa, traspasaria todavía los mares é iria á otros climas, á engendrar un nuevo pueblo y dar á Dios nuevos hijos. Mas qué dije? iria? pues quién ignora sus triunfos? Las Indias y la Tartaria han oído ya la voz de la Fe, sus conquistas se extienden rápidamente de dia en dia en ese vasto imperio situado á la estremidad del oriente, hácia el que dirigia sus miradas el gran Javier ya espirante. Las orillas heladas del Tánais tienen sus apóstoles; las islas lejanas esperan los suyos; la América ve florecer sus iglesias; la Luisiana salvaje, el Canadá, el Ohío, la Polinesia, la Occeania tienen obispos, sacerdotes é iglesias. Hoy mismo (1), qué confusion para nosotros! hoy mismo la república de Venezuela envía sus mensajeros á la ciudad eterna, á pedir á Gregorio XVI obreros evangélicos que vayan á llevar á aquellos países la Religion, y con ella la civilizacion, la paz, el bienestar y la felicidad de sus habitantes. El padre comun ha escuchado sus votos

(1) Escribíase esto en el mes de julio de 1842.

lleno de emocion. Sí, treinta y ocho religiosos españoles se han hecho á la vela el 22 de abril último en el puerto de Marsella, para ir á llevar á nuestros hermanos en América la luz del Evangelio. Un anciano de setenta y cuatro años preside esa cohorte de Macabeos, que tantos dias de gloria van á dar á Israel. Católicos, los designos del cielo se cumplirán y nada será capaz de contener su rápido curso. Sí, nosotros renunciamos á la sagrada herencia que nuestros piadosos antecesores nos trasmitieron, y las naciones bárbaras están prontas para recogerla: nuestra civilizacion pasaria á ellas con nuestra Fe; nuestras pérdidas serian su ganancia, y nuestra ruína, ay de nosotros! seria su resurreccion.

Sin embargo apartemos de nuestra mente un pensamiento tan funesto; esperemos que la bondad divina nos preservará de semejante desgracia, y apresurémonos á contemplar otra maravilla. Roma pagana cae en castigo de su impiedad; pero de en medio de sus ruínas se ve salir y elevarse majestuosamente Roma cristiana, para no caer jamas. Allí se establece la silla de Pedro fundamento de un edificio indestructible; allí se halla esa serie augusta de pontífices que se suceden sin interrupcion desde los apóstoles, y que eslabonándose con los pontífices desde la antigua ley, forman una cadena desde Aaron hasta nuestros dias. Búsquese en la historia de los pueblos una cosa que pueda compararse con esta sucesion, con esta antigüedad. Ó Roma! capital del mundo católico, iglesia madre y maestra de todas las iglesias, ciudad edificada sobre la montaña para ser visible á toda la tierra; ¡cuán venerable eres á los ojos de los verdaderos fieles! ¡cuán gloriosa apareces, cuando se recuerdan los asaltos que has sostenido, y los innumerables enemigos, cuyos esfuerzos vinieron á estrellarse en tus murallas. Ó Roma! ¡cuántas veces te viste teñida con la sangre de tus pontífices! ¡cuántas los profetas de la herejía osaron anunciar tu caída y el dia de tu última ruína! Y sobre todo ¡con qué tono de seguridad la filosofía del siglo, heredera del encono y de los errores de todas las sectas, publicaba no hace mucho, que era llegada tu última hora! ¡con qué alegría, con qué algazara la oímos celebrar la destruccion del trono y del poder sacerdotal! Y á la verdad, católicos, si en algun tiempo hubiera debido perecer este poder sagrado, hubiera sido entónces indefectiblemente.

En efecto trasportáos con vuestra mente á aquellos dias, no muy lejanos de los nuestros, dias en que un solo hombre dominaba casi todo el continente europeo, y cuyos inmensos ejércitos se extendian desde la extremidad de España hasta el Vístula y desde la Batavia hasta la Grecia; dias en que los soberanos eran casi todos sus aliados, sus tributarios ó sus víctimas. Llegado al colmo del orgullo y del poder, hinchado con sus numerosas victorias y con sus rápidas conquistas, mira como un juego la usurpacion sacrílega del patrimonio de san Pedro. El vicario de Jesucristo, rodeado en su palacio de los soldados del tirano y cautivo en medio de ellos, no duda lanzar contra aquel los rayos de la Iglesia; lo anatematiza y... vosotros, católicos, sabéis los acontecimientos que á esto se siguieron. Roma vió al venerable anciano, el sumo pontífice, arrancado por fuerza de su hogar y de sus estados, separado cruelmente de sus fieles súbditos y de sus consejeros; arrastrado de prision en prision, de destierro en destierro, abrumado con los malos tratamientos y con continuas enfermedades, y en este estado, solo, luchando contra aquel, á quien los reyes y los emperadores no habian podido resistir impunemente. No hay una voz que se eleve en su favor; el clero gime en la opresion sin atreverse á manifestar sus quejas; el sagrado colegio se halla disperso y algunos de sus individuos gimiendo entre hierros; el mundo entero enmudece á vista del perseguidor. Este juzga llegada la época de abatir la tiara, y que á solo su talento está reservado consumar el gran designio, que tantos tiranos habian ensayado ántes inútilmente. La resolucion está tomada; las medidas todas dispuestas y ninguna resistencia humana será ya posible: ello es hecho, la cátedra de Pedro va á caer sin recurso; ó iglesia romana! qué esperanza te queda? La idolatría vuelve ya á aparecer en tu seno. ¿No ves ese templo de Júpiter estator, que se eleva sobre el Capitolio, y los demas dioses del paganismo saliendo del polvo en que estaban sepultados? Prevalecido ha la impiedad; quién podrá defenderte? Quién? Ah! aquel que ha sido establecido para disponer, como juez del porvenir de las naciones y de los hombres. Así es: todo cambia de aspecto; en un momento los elementos se declaran; el soberbio vencedor ya va de retirada; sus ejércitos son sepultados entre los hielos; su poder se desvanece como sombra; la vida le es concedida como una gracia; y hecho el objeto del escarnio y de la burla

de los que ántes temblaron en su presencia, va á concluir sus dias sobre una roca, en una ignominiosa cautividad.

Entre tanto el sucesor de Pedro, libre por medio de prodigios tan insólitos de la Providencia, vuelve á emprender el camino de su capital en medio de las aclamaciones y de los aplausos de los pueblos que se postran en su presencia; entra triunfante en Roma siempre cristiana, vuelve á subir sobre el trono, que las tempestades y los siglos robustecen cada vez mas; da sus leyes á las iglesias; deja la tiara tan gloriosa y venerada, como lo fué siempre, á un sucesor cuyas virtudes saben sostenerla en todo su esplendor; y por medio de esta instantánea resurreccion prueba de nuevo al universo, que en vano se esfuerza el hombre en hacer desaparecer lo que está fundado por la divina diestra.

Católicos, seria interminable, si pretendiese hacer mencion de todos los prodigios obrados por la mano del muy alto, para recompensar la fidelidad de los príncipes y de las naciones en acatar y venerar la Religion santa de Jesucristo. Lanzád una mirada sobre aquel Constantino, á todas luces grande y el primer emperador cristiano; vedle cómo desde el principio de su gloriosa carrera lee ya la promesa de sus futuros sucesos en el mismo cielo, donde le aparece una cruz luminosa con el lema: *Con este signo vencerás.* Constantino lo lee, hace grabar estas hermosas palabras en las corazas y en las armas de sus soldados, eleva esta enseña en medio de sus ejércitos, y desde aquel instante no cuenta sus años sino por sus victorias: abate sucesivamente el orgullo de cinco emperadores idólatras; pronto llega á ser el único señor del Imperio romano, en donde hace adorar al Crucificado; funda un nuevo imperio tan floreciente como el primero, y muere en fin en una apacible vejez, despues de reinar treinta años lleno de gloria y dejando un nombre inmortal.

Y ¿qué no podria yo decir de un Clodoveo y de la batalla de Tolbiac tan célebre y gloriosa en los anales de la historia; de un Carlo Magno, de su fe y sumision á la Iglesia católica y de su prosperidad, fruto de sus virtudes? ¿qué ejemplos tan admirables me suministraria sobre todo esa serie interminable de monarcas que hicieron florecer la Religion en nuestra España, en términos de merecer entre los soberanos de la Europa el honroso título de *reyes católicos* por escelencia? Ah! ¿cuánta

gloria y cuánto honor no dieron á este suelo? ¿qué dias de gozo, de engrandecimiento y de verdadera felicidad no disfrutó la Iberia bajo el reinado de unos monarcas tan piadosos como los Recaredos, Alfonsos y Fernandos? El alma se engrandece al contemplar lo que fué España en aquellos dias, en que la Religion era la norma, el tipo de nuestra legislacion y de nuestras costumbres.

Gran Dios! ¿y estos ejemplos serán inútiles al siglo XIX? Llegue, Señor, el dia en que los que rigen los destinos de nuestro país, se persuadan íntimamente de que la Religion y sola la Religion puede hacernos verdaderamente felices. Conozcan que no hay otro medio de tener órden, prosperidad y garantías sociales, que el hacer observar escrupulosamente las leyes divinas, sin las que nunca llegarán á tener toda su fuerza y vigor las humanas. Y aprendan por último, que una reprobacion inevitable debe ser el término de los pueblos que se apartan de Jesucristo, y combaten su Religion sacrosanta, así como por el contrario los que, cual ovejas del eterno Pastor, le siguen fielmente y acatan sus divinas máximas, serán siempre felices y bienaventurados: *Et statuet oves quidem à dextris suis, hoedos autem à sinistris.*

SERMON.

LOS TEMPLOS SON DIGNOS DE TODA VENERACION.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Domus mea domus orationis vocabitur; vos autem fecistis illam speluncam latronum.

Mi casa se llamará casa de oracion, mas vosotros la hicisteis cueva de ladrones.

S. Mateo, c. 21. v. 13.

Así como debemos á Dios el amor mas perfecto, por ser infinita su bondad, así le debemos el honor mas grande, por ser infinita su excelencia. Aquel pertenece á la virtud de la caridad, este al de la religion; pero el Señor exige de nosotros con la mayor escrupulosidad el cumplimiento de uno y otro.

La religion es una virtud que nos mueve á reconocer en Dios una majestad infinita, un dominio absoluto sobre todas las cosas, y un poder supremo é ilimitado para disponer de ellas cómo y cuándo le plazca; títulos que nos obligan á tributarle el mayor de todos los cultos, honrándole y adorándole con una extraordinaria sumision, y manifestándole nuestra gratitud por los beneficios que á cada paso nos dispensa. Y como sea igualmente dueño y criador de nuestra alma que de nuestro cuerpo, de aquí es que exige nuestras adoraciones por los dos concep-

(1) Para el mismo dia hay otro sermon en la pág. 332 del tomo tercero de los de *Mision*, casi del mismo asunto, y sobre él versa tambien el de Santander que se halla en la pág. 315 de dicho tomo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gloria y cuánto honor no dieron á este suelo? ¿qué dias de gozo, de engrandecimiento y de verdadera felicidad no disfrutó la Iberia bajo el reinado de unos monarcas tan piadosos como los Recaredos, Alfonsos y Fernandos? El alma se engrandece al contemplar lo que fué España en aquellos dias, en que la Religion era la norma, el tipo de nuestra legislacion y de nuestras costumbres.

Gran Dios! ¿y estos ejemplos serán inútiles al siglo XIX? Llegue, Señor, el dia en que los que rigen los destinos de nuestro país, se persuadan íntimamente de que la Religion y sola la Religion puede hacernos verdaderamente felices. Conozcan que no hay otro medio de tener órden, prosperidad y garantías sociales, que el hacer observar escrupulosamente las leyes divinas, sin las que nunca llegarán á tener toda su fuerza y vigor las humanas. Y aprendan por último, que una reprobacion inevitable debe ser el término de los pueblos que se apartan de Jesucristo, y combaten su Religion sacrosanta, así como por el contrario los que, cual ovejas del eterno Pastor, le siguen fielmente y acatan sus divinas máximas, serán siempre felices y bienaventurados: *Et statuet oves quidem à dextris suis, hoedos autem à sinistris.*

SERMON.

LOS TEMPLOS SON DIGNOS DE TODA VENERACION.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Domus mea domus orationis vocabitur; vos autem fecistis illam speluncam latronum.

Mi casa se llamará casa de oracion, mas vosotros la hicisteis cueva de ladrones.

S. Mateo, c. 21. v. 13.

Así como debemos á Dios el amor mas perfecto, por ser infinita su bondad, así le debemos el honor mas grande, por ser infinita su excelencia. Aquel pertenece á la virtud de la caridad, este al de la religion; pero el Señor exige de nosotros con la mayor escrupulosidad el cumplimiento de uno y otro.

La religion es una virtud que nos mueve á reconocer en Dios una majestad infinita, un dominio absoluto sobre todas las cosas, y un poder supremo é ilimitado para disponer de ellas cómo y cuándo le plazca; títulos que nos obligan á tributarle el mayor de todos los cultos, honrándole y adorándole con una extraordinaria sumision, y manifestándole nuestra gratitud por los beneficios que á cada paso nos dispensa. Y como sea igualmente dueño y criador de nuestra alma que de nuestro cuerpo, de aquí es que exige nuestras adoraciones por los dos concep-

(1) Para el mismo dia hay otro sermon en la pág. 332 del tomo tercero de los de *Mision*, casi del mismo asunto, y sobre él versa tambien el de Santander que se halla en la pág. 315 de dicho tomo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos. Este es precisamente el orígen del culto interior y exterior, que constituye la esencia de la Religion.

Mas, ay! esta virtud que produjo en otro tiempo tantos héroes, que con tal profusion tiñó de sangre inocente la superficie de la tierra, y llenó el cielo de almas bienaventuradas, ha desaparecido de entre nosotros, sucediendo en su lugar la mas vil y detestable hipocresía. Cubiertos con el falso exterior de la Religion, que estamos bien distantes de profesar de buena fe, adoramos á Dios con los labios, al propio tiempo que le despreciamos con el corazon. En extremo supersticiosos como los escribas, todo el fondo de nuestra religion se reduce á meras exterioridades, y solo podria conocerse que somos cristianos, porque una vez á la semana venimos al templo de Jesucristo á formar parte con los verdaderos fieles.

Que venimos al templo, he dicho? ¡Ojalá que hasta de esta ceremonia nos abstuviéramos, puesto que es un signo falaz é hipócrita con que tratamos de ocultar nuestra irreligion é impiedad! Porque decidme, ¿qué espíritu nos anima al entrar en la casa del Señor? ¿Con qué intencion venimos á este lugar sagrado, en que el Dios verdadero, el Señor de toda la naturaleza quiere ser honrado de un modo especial? ¿Qué ideas ocupan nuestra imaginacion el tiempo que estamos en él? ¿Qué propósitos formamos para cuando regresemos á nuestras casas, á la compañía de nuestros amigos, al cumplimiento de nuestros deberes? ¿Nos penetramos del respeto y veneracion que se merece, de la compostura que debemos observar en él? Lo consideramos como lo que es, ó lo convertimos impiamente, como los judíos, en cueva de ladrones, en expresion del mismo Jesucristo?

En el discurso de mi oracion examinaremos todas estas cuestiones, aunque de paso, por no molestar vuestra atencion. Pidamos al Padre de las luces me dispense las que necesito, para explicarme de modo que podáis todos entenderme, y decidiros á respetar como es debido su santa casa, comprometiendo en favor nuestro á su castísima Esposa y templo vivo del divino Jesus. *Ave María.*

El Señor, que sin necesidad de criatura alguna produjo tantas, para manifestar y hacer extensiva su bondad, determinó

ser adorado de los hombres para hacerles tener siempre presente su poder inmenso y su majestad infinita, sin que pueda decirse por eso que necesita sus adoraciones; y pudiendo haberlos obligado á que emplearan todos los momentos de su vida en el ejercicio de la Religion, atendiendo no obstante á las necesidades á que se hallan expuestos, eligió y destinó expresamente algunos tiempos y lugares, como dueño absoluto que es de todos ellos. Y ved ahí en solas dos palabras el destino que tienen las fiestas y los templos. Inútiles son por tanto las disputas de los ignorantes y las opiniones de los que se suponen mas instruídos: los templos están consagrados expresa y únicamente para dar á Dios en ellos el honor y el culto que le son debidos; por lo que, cualquier otro empleo que se les dé, es contrario á su institucion. El Señor los reservó exclusivamente para sí, y seria un crímen horrendo el tratar de robárselos. En ellos habita particularmente en la tierra; en ellos recibe el agradable incienso de nuestras oraciones y sacrificios; en ellos derrama á manos llenas sobre los cristianos los tesoros inapreciables de su amor y de su omnipotencia; en ellos le adoran postrados los ángeles; en ellos cantan incesantemente sus alabanzas los serafines; en ellos...; pero qué mas puedo decir? El templo es el palacio principal que Dios habita en este mundo, no solo de un modo invisible y puramente espiritual, sino tambien bajo las especies sacramentales en que se deja percibir de nuestros sentidos. Oh! y con cuánto mayor fundamento que Jacob, podemos decir á los cristianos: *verdaderamente reside en este lugar santo la majestad de Dios: cuán terrible es este sitio! Esta es la casa de Dios y la escalera ó puerta del cielo* (1). ¡Con cuánto mayor motivo que Moises deberemos exclamar, que *no hay en toda la redondez de la tierra nacion alguna tan grande y esclarecida que tenga tan próximos y accesibles sus dioses, como nosotros tenemos el nuestro en los templos!* (2)

Con efecto, ni aún el de Salomon, que justamente atrajo por su celebridad la admiracion de todo el universo, puede ni debe ser comparado con los nuestros, pues nada contenia sino una débil sombra, una figura imperfectísima de aquel Dios grande que habita en los nuestros real y verdaderamente. Al contemplar esta sola circunstancia mi entendimiento se confunde, y

(1) *Gen. c. 28. v. 16. et 17.* (2) *Deut. c. 4. v. 7.*

de la innumerable multitud de ideas que le ocurren, ni acierta ni es capaz de elegir, porque todo cuanto desecha, le parece lo mas á propósito para el asunto propuesto. Mis labios no se acomodan á proferir mas que estas expresiones: *Dios habita en esta casa, este es el palacio del Señor, esta es la puerta, la entrada del cielo.* Inferíd vosotros, ¡qué espíritu de devocion, qué sentimientos de humildad, de penitencia, de amor deben animar al cristiano recogido en el templo!

Los judíos, aunque carnales, groseros y propensos á la idolatría, se desprenden con tanta generosidad y profusion de todas sus alhajas é intereses para la construccion del tabernáculo, que Moises se ve precisado á prohibir por una órden expresa, que se ofrecieran nuevos dones (1); sin duda porque ocupados los artífices en la recoleccion del oro y la plata, no podian trabajar un momento en aquel. Concluído ya el tabernáculo, ninguno tenia la osadía de acercarse al lugar en que estaba oculta la gloria del Señor, y aún el sumo sacerdote solo entraba una vez en el año, previas unas purificaciones y disposiciones las mas escrupulosas. Los turcos en sus mezquitas, los idólatras en sus pagodas, los cristianos en los palacios de sus monarcas y en las casas de los grandes, observan siempre la mayor compostura, humildad y modestia. Los gentiles, dice san Justino, jamas entraban en sus templos sino con los piés descalzos y poseídos de terror. Apénas entraban, dice hablando de los mismos el Crisóstomo, se conducian como si vieran pintada en las paredes la imágen del silencio. Y ¿necesitaremos los cristianos que se nos exhorte á venerar los nuestros? El Apóstol manda, que las mujeres estén en el templo con el mas profundo respeto, y con la cabeza cubierta por consideracion á los santos ángeles que circulan en gran número por todo su ámbito (2). En otro lugar (3) ordena, que los cristianos hagan siempre las oraciones con las manos levantadas al cielo. Y ¿con cuánta mas razon deberemos hacerlo así en el templo, donde el sacerdote en nombre de la Iglesia advierte que todos debemos elevar al mismo punto no solo las manos sino tambien nuestros corazones, y no da principio al tremendo sacrificio, hasta que todo el pueblo le contesta que ya tiene puesta en el Señor toda su atencion? En esto, dice muy bien el Crisóstomo, se nos da á entender que no han

(1) *Exod. c.* 36. *v.* 6. *et* 7. (2) I. *Cor. c.* 11. *v.* 10. (3) I. *Tim. c.* 2. *v.* 8.

de entrar con nosotros al templo los cuidados del mundo, que no han de ocupar nuestro corazon los negocios de la tierra, que no es este el lugar á propósito para tratar con las criaturas, y que no se nos permite abrir la boca sino para hablar con el Señor y bendecirle.

En esta suposicion ¿cuál os parece que deberá ser contra nosotros su ira é indignacion, cuando reunido el pueblo para cantar sus alabanzas, dirigiendo el sacerdote, acompañado de tanta multitud de ángeles, las oraciones mas fervorosas, ofreciendo el Unigénito de Dios el precio inestimable de su sangre, de su vida, de su divinidad para remedio de nuestra miseria, tenemos nuestro corazon distraído en la nada del mundo, manifestando el mas impío desprecio, llamamos hácia nosotros la atencion de nuestros hermanos ostentando una insolente osadía, y acaso estamos pisando con una sacrílega ingratitud la sangre preciosísima que derramó el Redentor por nosotros, y ultrajando su divinidad sacratísima? Pero vosotros, mas groseros aún que los judíos, no sois capaces de conocer la indignacion que le causan al Señor estas irreverencias, si no se os hacen presentes los castigos tan horrorosos que ha impuesto á los profanadores de su santa casa. ¿Quién no se estremece, al ver que este es el único pecado que él mismo castigó con sus propias manos? La soberbia de nuestros primeros padres, la corrupcion general del mundo, las infandas impurezas de los habitantes de Sodoma, la sacrílega idolatría de los hebreos, los crímenes mas enormes han sido castigados en todos tiempos por medio de las criaturas. El agua, el fuego, el rayo, Moises, los ángeles han sido los ejecutores de la divina justicia; pero cuando es profanado el templo de Jerusalen, el mismo Jesucristo, cambiando en furor la humildad y mansedumbre que enseñaba y practicaba con tanto celo, tira por el suelo las mesas, arroja el dinero, toma en sus manos el azote, y acometiendo á los profanadores los hace huir de allí diciéndoles, animado de un santo celo: *mi casa es casa de oracion, y vosotros queréis hacerla cuera de ladrones.* Y ¿cuál os parece que seria el pecado de aquellos que con tal severidad experimentaron la reprension y el castigo de Jesucristo? No era otro, segun la misma Escritura, que vender los animales que habian de inmolarse para los sacrificios, no en el templo, sino en el atrio; no en el templo de los cristianos, sino en el de los judíos; no en el tiempo en

que se estaban ofreciendo los sacrificios, sino mucho ántes. Y ¿nosotros en lo mas interior de nuestros templos, al pié de nuestros altares, en el instante mismo de ofrecer el mas adorable de los sacrificios... Ay! mis labios se resisten á declarar tan escandalosos sacrilegios. Vosotros lo sabéis muy bien, y yo me avergüenzo de saberlo.

El Señor tuvo á bien conceder á san Juan Crisóstomo, para su consuelo, la gracia de ver los innumerables ángeles que con la mayor solicitud discurrian por el templo, presentándole las oraciones de los hombres, y poniendo en manos de los hombres los beneficios que él les dispensaba; y á mí por desgracia me estaba reservado ver... lo diré? Y por qué no? ¿de qué me serviria ocultarlo á los mismos que lo practican? Yo veo una multitud de demonios, ocupados en impedir por todos los medios posibles que los hombres dirijan al Señor las mas humildes preces, y que Dios prestando benigno sus oídos se decida á concederles las gracias que solicitan. Yo veo, repito, ocupados en esta accion tan perversa muchos demonios. Y á la verdad ¿son otra cosa esos hombres impíos que entran en la Iglesia, con ménos miramiento y compostura que en un establo ó habitacion de bestias? ¿Puede darse otro nombre á esos pantomimos, que con sus gracias diabólicas llaman la atencion de los que saben apreciar el respeto y veneracion que se merece este lugar sagrado? ¿No son verdaderos satélites de Lucifer esos jóvenes atolondrados, que con mengua de la Religion y del cristianismo, vienen solo á ocuparse á las puertas del templo y dentro de él en esas diversiones profanas, en esos juegos que se tendrian por imprudentes aún en un teatro; y esto precisamente al tiempo mismo que nuestra madre la Iglesia les recuerda la dolorosa pasion y muerte del divino Redentor? ¿No son aún peores que demonios esos impíos... No quiero, Señor, traer á la memoria los pensamientos impuros, las miradas lascivas, las conversaciones deshonestas, las citas sacrílegas, las acciones... Dónde voy? qué van á proferir mis labios? Si hablo con sacrílegos de esta naturaleza, ¿qué conseguiria con recordarles lo que no los horroriza, ni aún les disuena, por haberse familiarizado con todo género de sacrilegios? ¿Qué respeto y veneracion espero conseguir de ellos para vuestros templos? ¿Podré persuadirme que las mujeres se resuelvan á cortar desde ahora para siempre esas largas conversaciones, que sostienen como si estuvieran en un

estrado? ¿que abandonando los hombres la abominable costumbre de entrar corriendo ó á paso precipitado, como si fueran por las calles, sin arrodillarse delante del sagrado tabernáculo, sin hacer siquiera la señal de la cruz, sin dar el mas leve indicio de su Religion, se decidan á variar de conducta y dar á vuestra casa la veneracion que se merece? á temerla y respetarla como entrada de la corte celestial?

Pero, ay! yo no puedo persuadirme de esto: el mal es muy inveterado; ha echado hondas raíces, y se extiende por todas partes. Los signos de la indevocion pasan á verdaderos desprecios, á insultos sacrílegos á la majestad infinita del Santo de los santos. Vosotros estáis viendo continuamente á algunos que en lo mas esencial del sacrificio, al tiempo de la consagracion se sientan á divertirse y distraer á los demas, y aún se retiran á puntos donde ni puedan ver, ni ser vistos, manifestando en esto que no creen la existencia real del Hombre-Dios en aquel adorable sacramento. Vosotros (séame permitido hacer esta observacion, aunque no pertenece directamente al asunto principal), veis que cuando este Dios sacramentado se digna salir de su casa por el pueblo, á dar á los hombres las mayores pruebas de su amor, léjos de acompañarle y volver á su sagrada casa, huyen muchos acelerando el paso, corriendo á tomar otra calle, por no arrodillarse, ni descubrir la cabeza, como si no estuvieran obligados á tributar este sagrado homenaje al Rey soberano de los cielos. Impíos!!! qué idea tenéis de su majestad infinita? Juzgáis que en volviéndole la espalda, no puede conoceros? Creéis ocultaros á su vista en acelerando el paso? ¿Suponéis indigno de vuestras adoraciones ese augusto sacramento, á cuyo nombre se postran no solo los hombres sino los brutos, los ángeles y los mismos diablos? ó queréis exceder á estos en vuestra irreligion é impiedad? ¿Qué conocimiento tenéis, ó qué idea formáis de su excelsa majestad, de su poder infinito, de su eterna sabiduría, de su absoluto dominio? Sin duda os le figuráis ciego é ignorante, para profanar sus templos y creéis engañarle con la mayor facilidad.

Los piadosos emperadores Teodosio y Valentiniano determinan en honor del templo de los cristianos, que á ningun malhechor por grave y horrendo que sea su delito se le pueda prender ni castigar en refugiándose á él: ellos mismos no se resuelven á entrar, sin despojarse primero de todos los distintivos de

su grandeza y majestad, y aún así no se atreven á acercarse al sagrado altar sino al tiempo de ofrecer sus oblaciones; ceremonia que acompañaban con la humildad mas profunda y respetuosa. Tal era la veneracion con que miraban estos príncipes la casa del Señor. Y nosotros, hombres despreciables, no hallamos diferencia alguna entre el templo y la plaza; estamos en esta con sumo placer, con estremado gusto, y en aquel con la mayor violencia é inquietud. Los ministros de Dios nos vemos en la dura precision de acelerar los oficios divinos, hacerlos sin reverencia, sin circunspeccion, sin preparativos, quebrantando todas las rúbricas, por no fastidiaros y alejaros del templo, aunque acaso valiera mas que no vinierais á él. De aquí se sigue que el Señor, como él mismo lo dice por su profeta (1), abomina nuestras solemnidades, detesta y llama embusteras nuestras fiestas, aborrece como hipócrita nuestro culto, desecha como supersticiosas nuestras oraciones, niega lleno de indignacion cuanto le pedimos, como no sea algun beneficio temporal que, cegándonos cada vez mas, nos aleje mas tambien de sus eternas misericordias en justa recompensa de nuestros desórdenes. Del sacrílego desprecio que hacemos de la casa del Señor, resulta la mayor parte de los males que nos aquejan: piérdese la confianza, olvídase la oracion, la Religion se desacredita, pierde su esplendor, es despreciada, aborrecida, insultada, se la obliga á huir á otras regiones, en donde le dispensen mas favorable acogida.

Venid, amorosísimo Jesus, venid á remediar tamaña desgracia, á librarnos de los males que nos amenazan. Si para esto es necesario, tomád en vuestras manos el azote, y descargád sobre nosotros desapiadados golpes. Aquí hay una multitud de ladrones profanadores de vuestra casa; ladrones que os roban el tiempo, el culto, la adoracion que se os debe por un derecho incontestable; ladrones que os niegan y usurpan lo que es vuestro, como si ningun dominio tuvierais sobre ello. Descargád sobre ellos el azote de vuestra indignacion. Puesto que por su culpa se disminuye vuestro culto, se entibia vuestra Fe, se profana vuestra casa, huye de nuestro suelo vuestra Religion, descargád sobre ellos la pesada mano de vuestra justicia. Animado en parte de aquel celo que os hizo tomar el látigo para arrojar á los profanadores del templo de Jerusalen, no extrañéis que os pida todo lo contrario á lo que os pedian vuestros profetas, y desean vivamente estos detestables sacrílegos. Si os demandan á grandes voces la lluvia, hacéd que se sequen hasta los mares; si os piden la serenidad, enviádles el trueno, el pedrisco, el rayo, la inundacion; si os suplican que concedáis abundantes frutos á la tierra, enviád la esterilidad mas espantosa; si os piden la salud de sus enfermos, hacéd que la muerte extienda su inexorable guadaña aún sobre los sanos y robustos. Nada os detenga: caiga sobre ellos el azote de vuestra ira: hacédles conocer á despecho suyo que queréis ser honrado, obedecido, adorado; que tenéis un derecho inviolable para exigirlo; que sois su Dios y ellos vuestras criaturas; que todo os lo deben, porque todo es vuestro, porque sobre todo tenéis un absoluto dominio. Ábranse por último sus ojos á fuerza de golpes, ya que no han sido suficientes á abrirlos tantos favores y gracias. Vean que nada son sin vuestro socorro, que nada pueden sin vuestro auxilio, que nada valen sin vuestra gracia, que nada tienen sin vuestra liberalidad, que nada consiguen sin vuestra Religion. Préstense á los golpes de vuestra justicia, ya que se han negado á los penetrantes gritos de vuestra misericordia. Aprendan, como los judíos, á apreciar lo que vale vuestra santa casa por el rigor, pues no han sabido apreciarlo por las exhortaciones de vuestros ministros: así temblarán en vuestra presencia y conocerán que vuestra casa no es cueva de ladrones, sino lugar de oracion y puerta del cielo. Así se volverán á vos suplicándoos que cesen vuestros rigores, y conociendo que esto no es posible, si no cesan igualmente sus delitos, se decidirán á detestarlos, á mudar de vida, á satisfacer á vuestra infinita justicia y á respetar vuestro santo templo, como entrada que es para la bienaventuranza. Amen.

(1) *Isai. c.* 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE

EL JUÍCIO UNIVERSAL.

PARA EL MIÉRCOLES SEGUNDO DE CUARESMA (1).

(DE VALDIGNA.)

Viri ninivitæ surgent in judicio cum generatione ista, et condemnabunt eam, quia pœnitentiam egerunt in prædicatione Jonæ: et ecce plus quam Jonas hic.

Los ninivitas se levantarán en juício contra esta generacion, y la condenarán, porque hicieron penitencia á la predicacion de Jonas; y el que está aquí, es mas que Jonas.

S. Mateo, c. 12. *v.* 41.

Terrible amenaza es la que Jesucristo hizo á los escribas y fariseos, segun nos refiere el Evangelio del dia de hoy. Los escribas y fariseos habian oído al Señor los sermones que predicaba, la doctrina que en ellos enseñaba; habian visto los milagros con que la acreditaba, el fruto que hacia, la benignidad con que curaba los enfermos, y su inocentísima conducta, en la cual no hubo la mas mínima mancha. Esto que debia cautivar y atraer á los escribas y fariseos para que siguiesen al Señor, por estar dominados de sus vicios, no solo los apartaba, sino que tenian por reprensible su conducta, y tanto que hasta sus milagros les parecian ántes obra del demonio, que de la virtud y poder de Dios; y para examinar mas de cerca, digámoslo así, sus milagros y el modo con que los hacia con tanta frecuencia, tuvieron la audacia temeraria de pedirle, que hiciese un milagro en su presencia: *Volumus à te signum videre.* Nuestro Señor, que habia dicho que no tenian necesidad de médico los sanos sino los enfermos, curaba á estos con suma blandura y con una suavidad propia de su misericordioso y dulce corazon; y como médico asimismo no usaba de la aspereza y rigor, sino con aquellos que obstinados en sus vicios rehusaban sujetarse á la blandura y suavidad. Tales eran los escribas y fariseos, hombres malignos, llenos de envidia del séquito que tenia Jesucristo, que por eso los llamó *generacion mala y adúltera;* y en vez del milagro que pedian, les anunció el juício durísimo de Dios con ellos, la acusacion de los ninivitas contra ellos, y su condenacion eterna. Los ninivitas, les dijo, se levantarán contra vosotros en el dia del juício y os condenarán, porque ellos hicieron penitencia por la predicacion de Jonas, y vosotros no la hacéis por mi predicacion. Ántes mi doctrina, mis portentos, mi predicacion, que á otros sirve para curarse de sus dolencias espirituales y corporales, á vosotros os sirve de aumentar vuestra malicia y perversidad, como veréis en el dia de la cuenta, en el cual vuestra conducta será condenada y la de los ninivitas aprobada. Es muy terrible esta amenaza: no se hallan semejantes á esta en el Evangelio, sino las muchas que nuestro Salvador hizo á los escribas y fariseos. Oyentes devotísimos, el Hijo de Dios vino del cielo á la tierra á curar nuestras dolencias: nos ha tratado y trata como á enfermos muy necesitados de médico; y á la verdad son innumerables los que este Señor ha curado y cura. Pero hay muchos enfermos, esto es, muchos pecadores, que resisten á la blandura de los remedios, que desprecian la penitencia, y parece que quisieran un milagro muy particular para convertirse á Dios, para no pasar ni tener que sufrir la dureza y rigor de la penitencia. Mas á estos les dice el Señor: los ninivitas y todos los que he curado con el remedio de la penitencia, os acusarán y os condenarán en el dia del juício ¡Oh, cuántos acusadores están preparados, para hacer ver á todo el universo la malicia de los impenitentes, su ceguedad y su desgracia final! qué confusion! qué lágrimas! *Ibi erit fletus et stridor dentium* (1).

Si en nosotros, oyentes, no está la fe enteramente apagada, solo de oir el nombre del dia del juício, del dia de la cuenta, de la severidad del Juez divino, y lo formidable de la sentencia

(1) Véase un sermon para este dia en la pág. 190 del tomo segundo de los de *Mision*. Es de Trento sobre el carácter del cristiano.

(1) *Matth. c.* 25. *v.* 30.

que ha de pronunciar á la vista de todos los ángeles buenos y malos, en presencia de todos los hombres santos y pecadores, es bastante para aborrecer al pecado y al mundo sobre todo lo aborrecible. Permitídme pues que esta mañana os haga una insinuacion de la ira y furor del divino Juez en aquel dia.

Bastante era para que nos llenásemos de temor, y para que concibiésemos alguna pequeña parte de la formidable indignacion del divino Juez, los nombres que dan los profetas á aquel dia, el mas espantoso que verá el mundo. Unos lo llaman tempestad, otros torbellino, otros miseria, otros amargura, otros calamidad, otros ruína, furor, incendio, guerra, sedicion, alboroto; que todo quiere decir, venganza que Dios tomará de los pecadores aquel dia, por tantos y tan crueles modos, que exceden á cuantos nombres pueden aplicarse á una tribulacion que las encierra todas; de suerte que nunca en el mundo se vió ni se verá angustia semejante: *Erit enim tunc tribulatio magna, qualis non fuit ab initio mundi usque modo, neque fiet* (1). Pero esto, dicho así en general, no se percibe, ni hace en nuestros ánimos aquella impresion que es justa. Preciso es que descendamos á examinar mas en particular esta gran venganza que Dios tomará del mundo, para que profundice de algun modo en el corazon de los pecadores. Dispondrá Dios pues, que esta venganza sangrienta la comiencen sus mismos enemigos los pecadores, permitiéndoles toda suerte de desenfreno; y que los rebeldes ellos mismos se ensangrienten unos contra otros, para que su última ruína y estrago empiece por su misma maldad. Nunca en el mundo se habrán visto, ni tan horrendas calumnias, ni envidias tan implacables, ni odios tan sangrientos, ni deshonestidades tan afrentosas, ni usuras tan declaradas, ni impiedades tan públicas, ni tan triunfante como entónces toda suerte de iniquidad: *Quoniam abundabit iniquitas* (2). Mas entre todas las maldades, que Dios tomará por instrumentos para vengarse de los pecadores, sobresaldrán mas que otras, la ambicion y el odio, enemigos sin duda los mas crueles del género humano. No habrá reino en el mundo, que no esté en campaña contra otro, oponiéndose recíprocamente todas sus fuerzas para conseguir plena victoria, y sujetar los vencidos á la mas bárbara inhumanidad. Lo mismo será ser un ejército vencedor,

(1) *Matth. c. 24. v. 21.* (2) *Ibid. v. 12.*

que arrojarse como tigres hambrientos sobre los infelices vencidos, sin darse por contentos hasta despedazarlos con sus propias manos. No se verá en las provincias conquistadas sino robos, incendios, violencias, suplicios y toda suerte de crueldad. El odio y el cuchillo no perdonarán, ni á los ancianos ni á los jóvenes, ni á las mujeres ni á los niños, ni á los poderosos ni á los sacerdotes, ni á suerte alguna de personas, ni á sexo ni á edad: todos serán víctimas de la crueldad y de la rabia. Aquellos, á quienes no alcanzare el enojo de los vencedores, se despedazarán cruelmente en las sediciones, alborotos y guerras civiles, en las cuales será tal el desórden, el odio y el furor, que se perderán todos los respetos, aún aquellos que la naturaleza ha impreso mas altamente en los corazones de los hombres. Los padres entregarán á sus hijos á durísimos suplicios; los hijos ejecutarán con sus padres atroces venganzas; los consortes no temerán el quitarse la vida recíprocamente. En fin cada pueblo será un desórden, cada familia la misma crueldad, cada ciudad la misma fiereza, cada reino la misma inhumanidad. Y si todo esto os pareciese poco, añadíd la hambre general de toda la tierra, que amenazará acabar con las reliquias de la guerra y la sedicion; y hambre tal que hasta las madres degollarán á sus tiernos hijos para comerlos, como sucedió en la espantosa hambre de Samaria, que así entienden algunos intérpretes las palabras de Jesucristo: *Vae autem nutrientibus in illis diebus* (1). Añadíd el voracísimo contagio que se encenderá en los hombres, de suerte que las calles y las plazas mas anchas de las ciudades serán á un mismo tiempo sepulcros, donde yacerán amontonados los muertos, y hospitales para los afligidos y aterrados enfermos. ¿Qué os parece, oyentes, de todo este gran cúmulo de infelicidades, de todo este conjunto de infortunios y de angustias?

Acaso habrá entre vosotros alguno que imagine, que como hablo de un suceso tal vez muy distante de nuestros dias, no tengo reparo en pintarlo con expresiones fuertes, y tal vez hiperbólicas, fiado en que no será fácil la comprobacion. Mas si acaso hay entre vosotros quien juzgue tan siniestramente, oídme ahora os suplico. Llegóse el tiempo que Dios tenia destinado para castigar á Jerusalen del horrible delito que cometió en

(1) *Matth. c. 24. v. 19.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quitar la vida á su mismo Hacedor; y así como ántes en aquella ciudad tenia colocadas sus mayores delicias, así entónces derramó sobre ella el vaso de su ira. Rebeldes los hebreos al Imperio romano, tomó este las armas para reducirlos á obediencia. Destinóse un grueso y formidable ejército para esta expedicion, y despues de dos años que gastaron en la conquista de Palestina, embistió el grueso del ejército á Jerusalen, en donde ademas de sus muchos habitadores, se habia juntado innumerable gente, huyendo de la violencia de los romanos. Comenzó el asedio con tanto ardor por parte de los sitiadores, como despecho de los sitiados. Se dilataba el cerco por la resistencia de los hebreos, y al mismo tiempo la hambre y la sedicion eran otros enemigos interiores, que los consumian y aniquilaban. Se hallaban combatidos dentro y fuera : dentro los oprimian las crueles facciones, en cuyos reencuentros se perdian innumerables vidas, de suerte que los infelices que habian ido á refugiarse á Jerusalen, no encontraban otro abrigo que el ser víctimas de los sediciosos. Oprimíales el hambre con tanto extremo, que se veían precisados á comerse los cadáveres para poder vivir; y los que tal vez huían de tantos males arrojándose por los muros de Jerusalen, si lograban librarse de las manos de los romanos, caían en las de los árabes y sirios, que les quitaban la vida. Dos mil fueron destrozados en una noche de los que huyeron de la ciudad. Por la parte de fuera los combatia todo el ejército romano, cuyo solo aspecto, el chasquido de las hondas, los golpes de los arietes, el estruendo de las cajas y las voces de todo el ejército que anhelaba la presa, era un linaje de horror intolerable. Vencieron los sitiadores el primero y segundo muro que defendia la ciudad; y cuando ya amenazaba de cerca su rendicion, ofreció el emperador Tito á los sitiados una benigna capitulacion; pero obstinados en defenderse, ó lo que es mas cierto en arruinarse, se hicieron sordos á las imperiales promesas, hasta que viendo el césar la desesperacion y despecho de los hebreos, aplicó sus últimos esfuerzos para rendirlos. Ganaron la torre llamada *Antonia :* desde allí les fué fácil dar fuego al templo famosísimo en todo el orbe, y dilatándose el incendio por toda la ciudad, la asaltaron los romanos con tal furor, que se vió precisada á rendirse, y aún á ofrecerse al cuchillo de los enemigos, que en breve hicieron correr la sangre por las calles de Jerusalen, en donde no se veían sino montones de cadáveres de los que habian sido degollados ó destrozados por el furor de la tropa. Un millon y cien mil fueron los muertos, cuyo estrago horrorizó de tal suerte al emperador, que al verlo levantó los ojos al cielo, aunque gentil, y se excusó delante de Dios, de que no era autor de tan sangrienta ruína. Noventa y siete mil fueron los que se hicieron esclavos, y los estimaban en tan poco, que treinta de ellos los vendian por un sueldo. Quinientos solian crucificar cada dia, yo no sé si por divertimiento de las tropas, ó en castigo, como parece mas probable, de haber ellos pedido que fuese crucificado Jesucristo. Así, oyentes, fué destruída Jerusalen, se arruinaron sus muros, se abatieron sus torres, se asoló el templo, se demolieron los altares, se arrasó el santuario, y fueron muertos cruelísimamente casi todos sus moradores. Y ¿para qué os he contado yo todo este pedazo de historia? ha sido meramente por entreteneros? No, oyentes : mas altos designios tengo. ¿Pondréis vosotros duda en este hecho, que con tanta individualidad os he referido? No debéis tenerla, porque nos lo refiere un autor verídico (1), testigo ocular, y de mucha autoridad aún para los santos Padres. Pues sabéd ahora, que un estrago tan horrible como el que sucedió en Jerusalen, no es mas que una figura, una sombra del que amenaza al mundo en las guerras y sediciones que han de preceder á su última destruccion. Así comunmente lo entienden los sagrados intérpretes; y aún por eso la infalible verdad, Jesucristo, siempre que habló de la destruccion general del mundo, habló tambien indistintamente como de la de Jerusalen, para que se entienda que esta habia de ser figura de aquella. Mas qué digo yo, Dios mio? ¿sombras son las guerras de Palestina de las que han de preceder al fin del mundo? Sí, oyentes, vuelvo á deciros. Contád pues vosotros, si podéis, los robos, los incendios, las hambres, las sediciones, los contagios, las guerras, los muertos y todos los males que se juntarán para comenzar la destruccion del mundo. Si en el estrago de Jerusalen, que fué no mas que sombra, fué tan grande la ira de Dios contra aquel pueblo, ¿cuál será la ira y la indignacion que vomitará contra todo el mundo, que es la realidad y lo figurado por aquella destruccion? Faltan voces y aliento para hablar de una ira tan formidable.

(1) Flavio Josefo, sacerdote de Jerusalen, *De bello judaico, lib. VI et VII.*

Toda esta ira, aunque superior á nuestra capacidad, no es mas que una gota de aquel cáliz amarguísimo de la última tribulacion, que á pesar suyo han de apurar los pecadores; una pequeña centella del inmenso fuego de indignacion, que arderá en el rostro de Jesucristo: *Ignis à facie ejus exarsit* (1). Este es el primero y mas ligero golpe, que han de recibir los pecadores en aquella sangrienta batalla: *Haec autem omnia initia sunt dolorum* (2). Pues á la verdad, esto no será mas que la venganza que tomarán los rebeldes de sí mismos; la cual, aunque cruelísima, no será tan grande como la que tomarán los ejércitos de Dios, destinados á vengar las injurias hechas á su Criador. Y ¿qué ejército es este, que tan implacable se ha de mostrar contra los pecadores? Este ejército serán todas las criaturas, á las cuales mandará Dios tomar armas invencibles y escogidas, alistándolas en sus ejércitos, para que tomen venganza de sus enemigos: *Et armabit creaturam ad ultionem inimicorum* (3). Como suele hacer un príncipe sitiado de sus vasallos rebeldes, que á todos cuantos han permanecido fieles bajo su obediencia, les hace tomar las armas, para oponerse y castigar la audacia de sus enemigos; así Dios congregará y juntará á sus legiones todas las criaturas que han permanecido fieles en su obediencia: la tierra con las bestias, el agua con sus peces, el aire con las nubes, el fuego con sus rayos, los cielos, el sol, la luna y los astros, y, para decirlo de una vez, pertrechará á todo el orbe, le abastecerá de armas y municiones de guerra, para hacerla vivísima á los pecadores insensatos: *Et pugnabit cum illo orbis terrarum* (4). Así pues escuadronadas todas las criaturas, comenzará la verdadera guerra contra los pecadores. Parece que en esta ocasion el sol y todas las demas lumbreras celestes han de ser los que hagan la señal de la batalla: *Erunt signa in sole, et luna, et stellis* (5). Padecerá el sol frecuentes eclipses, porque trocados los movimientos del cielo, serán mas fáciles los encuentros de unos astros con otros: perderá su luz y se vestirá de un negro horror, como dice san Juan, y como de saco y silicio, que será vestido como de luto, para hacerle las exequias al mundo: *Et sol factus est niger, tamquam saccus cilicinus* (6). La luna se vestirá de un color sangriento: *Et luna tota facta est sicut sanguis:* por seña de que Dios se ha de embriagar con la sangre de los pecadores. Desordenado todo el cielo, ó parará repentinamente sus movimientos, ó los acelerará con tanto ímpetu, que el curso de un año lo hará en una hora, con universal asombro del mundo; de suerte que á los ojos de los mortales se verá el cielo todo envuelto como un libro delgado, quando se arrolla y encoge dentro de una mano: *Et coelum recessit, sicut liber involutus* (1). Donde serán tales, oyentes, las primeras señas de la batalla, ¡cuán formidable será la guerra! Se oscurecerá el aire con las tinieblas mas densas que se habrán visto en el mundo: las de Egipto, con ser tan formidables, que la Escritura las llama palpables, serán nada en comparacion de las que caerán sobre la tierra en esta ocasion, que la convertirán en un horroroso abismo. No habrá otra luz algunas veces, que la de los relámpagos acompañados de truenos tan horrendos, que harán estremecer á todo el orbe: otras se encenderán muchos cometas en el aire, y caerán en tanta copia sobre los hombres para abrasarlos vivos, como si fuera una copiosa lluvia de fuego, ó con la abundancia que caen los higos ya maduros, cuando los sacude un viento recio: *Et stellae de coelo ceciderunt super terram, sicut ficus emittit grossos suos, cum à ventu magno movetur* (2). No serán mas benignas las nubes en arrojar rayos y centellas, ántes bien abrirán las puertas de todos sus senos, y como un enjambre, cuando se mueve repentinamente de su lugar y se esparce por todo el aire en brevísimo tiempo, así encendidas súbitamente las minas aéreas arrojarán de sí tantos rayos y centellas, como cayeron sobre las famosas ciudades de Pentápolis, que Dios redujo á cenizas. El mar, ligado hasta entónces y contenido dentro del cerco que le señaló la palabra de Dios, como impaciente de no haberse podido extender en tantos siglos, dará bramidos espantosos, levantará olas mas elevadas que las torres, se entumecerá con tanto extremo, que amenazará sorberse toda la tierra y sepultar en sus entrañas á los hombres; y de las partes mas remotas se oirá el estruendo que causará el encuentro de unas olas con otras. ¿Qué os diré de la tierra, hasta entónces madre de los hombres, liberal en ofrecerles la mayor parte de cuanto han menester para la conservacion de la vida? Que entónces, madrastra cruel, no solo les negará los socorros y alimentos, sino que airada de

(1) *Psalm.* 17. v. 9. (2) *Matth.* c. 24. v. 8. (3) *Sap.* c. 5. v. 18.
(4) *Sap.* c. 5. v. 21. (5) *Luc.* c. 21. v. 25. (6) *Apoc.* c. 6. v. 12.

(1) *Apoc.* c. 6. v. 14. (2) *Ibid.* v. 13.

haber llevado sobre sus hombros tanta muchedumbre de pecadores ingratos, se conmoverá con terremotos impetuosos, haciendo todos los esfuerzos posibles para sacudir de sus espaldas tanto peso de iniquidad. Sueño serán, en comparacion de los grandes terremotos que habrá entónces en el mundo, cuantos nos refieren las historias, por impetuosos que hayan sido, aunque contéis entre ellos los que sucedieron en tiempo de Tiberio César, que en una noche arruinaron doce ciudades principales de la Asia; ó los del reino de Nápoles, que se tragaron á la ciudad de Heraclea por una abertura de la tierra; ó el que refiere san Gregorio Turonense, que arrebató á un monte junto con un lugar que tenia en su eminencia, y los sumergió dentro del Ródano; ó el que sucedió en el siglo pasado en el lugar de Puire en los Grisones, que quedó sepultado entre las ruínas de un monte con tres mil personas, que eran sus moradores, á excepcion de solo cinco que se salvaron. Sueño digo que serán todos esos terremotos, y algunos otros de mas reciente memoria, que no están escondidos á vuestra noticia, en comparacion de los espantosos temblores que habrá entónces; de suerte que apénas quedará edificio entero en el mundo que no quede arruinado, ciudad que no esté destruída, reinos que no se hallen asolados, sin los muchísimos edificios, pueblos y ciudades, que se sorberá la tierra por sus aberturas, con sus moradores.

¿Qué será entónces de los pecadores, sitiados, embestidos, castigados, heridos por todas partes? á dónde irán, que puedan encontrar asilo? ¿á cuál de las criaturas han de recurrir que los protejan? No les valdrán sus mas escondidos retretes, porque allí serán sepultados entre sus ruínas: no el huir á los bosques, porque allí las fieras los despedazarán con sus dientes, con sus uñas ó con sus venenos, como autores principales de la tribulacion que á ellas tambien alcanzará: no á los montes, porque estos serán movidos de su lugar, trasladados tal vez á sitios distantes; y aún vuelto lo de arriba abajo por los extraños sacudimientos de la tierra: no á las islas bárbaras y desiertas, porque estas padecerán los mismos accidentes que los montes: *Et omnis mons, et insulae de locis suis motae sunt* (1). No al mar, porque este no solo estará bravo é iracundo, sino tambien inac-

(1) *Apoc. c. 6. v. 14.*

cesible; pues es sentencia de algunos, que estará elevado quince codos mas alto que las montañas mas elevadas, de suerte que parecerá un monte altísimo de agua, que amenazará anegar á todo el mundo. ¿A dónde pues irán los pecadores á encontrar asilo, si todo les es contrario? Enemigo tienen al cielo, enemigos á los astros, enemigo al aire, enemigas á las nubes, enemigo al fuego, enemiga á la tierra, enemigo al mar, enemigos á sí mismos; porque el temor les despedazará las entrañas, los traerá secos, ahilados, moribundos, pero moribundos de una muerte prolija y cruel: *Arescentibus hominibus prae timore et exspectatione, quae supervenient universo orbi* (1). Si nos ponemos á considerar los efectos portentosos de la ira de Dios contra los hombres, cuando todos á excepcion de muy pocos los anegó y sepultó en las aguas del diluvio, no puede ménos nuestro corazon de aterrarse á vista de un castigo, de que parece que llegó á arrepentirse el mismo Dios, que juró que nunca mas las aguas se pasearian triunfantes sobre los hombres. Corazon es menester de bronce, para que no se conmuevan las entrañas á vista de tan horrible tragedia, en la cual junto con los hombres fueron anegados todos los vivientes para mayor venganza, á excepcion de los peces y de los pocos que se libraron en el arca. Sin embargo, oyentes, esa guerra hecha al linaje humano y á todo el mundo, aunque tan sangrienta, la hizo solo una criatura. ¿Cuál pues será la ira de Dios, cuando no una criatura sola, sino todas las criaturas corroboradas con la fuerza del Omnipotente, fortalecidas con el poderoso brazo de Dios, embistan á los pecadores, no sucesivamente sino todas á un tiempo, sin concederles lugar, espacio ni treguas, en que no encuentren esa ira formidable, que los aterre, oprima y confunda por modos crueles, impensados, reservados de Dios por tantos siglos, para castigar con ellos á los pecadores, y vengarse de una vez de todas las injurias, hasta poner término á la licenciosa audacia de los hombres?

Mas ¿por qué voy mendigando razones para conjeturar de algun modo la ira del Omnipotente, si de una vez (estoy por decirlo así) os puedo hacer palpable, si no toda, á lo ménos una gran parte de la divina indignacion? No es menester mas que poner los ojos en Jesucristo, para que al punto quede abatido,

(1) *Luc. c. 21. v. 26.*

y aún deshecho el ánimo mas orgulloso. Rasgaránse los cielos repentinamente, á la imperiosa voz de un arcángel se abrirá la tierra, y vomitará el infierno todos sus habitadores; de suerte que en un punto se verán juntos todos los hombres ante el acatamiento del divino Juez. ¡Oh, qué expectáculo este para los pecadores! Aparecerá Jesucristo en la region del aire, revestido de tanta majestad, que quedarán asombradas las Virtudes de los cielos; la tierra estará temblando como encogida, y los montes se derretirán como cera á vista de una ira tan formidable. El fuego abrasador que vibrará por los ojos, abrasará á sus enemigos con ardores intolerables. ¡Qué espanto, qué confusion la de los impíos en aquella ocasion! ¡Oh, qué llanto y rechinamiento de dientes! Si los justos apénas podrán tolerar tanta indignacion, ¿qué será de los pecadores? Yo sé, que el evangelista san Juan, aunque tan acostumbrado á la íntima familiaridad de Jesucristo, en cierta ocasion que se le apareció este Señor, revestido de majestad y grandeza, fué tal la turbacion y el espanto que se apoderó de su corazon, que se cayó como muerto á los piés de majestad tan terrible (1). Yo sé que el pueblo israelítico, al ver la majestad, pompa y aparato con que Dios hablaba con Moises, estremecido de los truenos, rayos y relámpagos que hacian humear la cumbre de Sina, le suplicaron á su caudillo, que les dijese cuanto gustase de parte de Dios, pero que no les hablase cara á cara su Majestad, porque temian morir de espanto: *Loquere tu nobis, et audiemus: non loquatur nobis Dominus, ne forte moriamur* (2). ¿Quién no sabe, que Job fué un varon santísimo, canonizado por la boca del mismo Dios, sin semejante entónces en la tierra en santidad, ejemplo de todas las virtudes, que él mismo, aunque modestísimo, refiere de sí? Pues con todo eso deseaba y reputaba por favor especial estar escondido en los ocultos senos de la tierra, para no llegar á ver con sus ojos el rostro indignado de su Criador (3). ¿Qué os diré de santa Teresa de Jesus, de aquella gran mujer, honra de su siglo y de nuestra nacion? ¿Quién puede decir la familiaridad que tuvo con Jesucristo, nuestro bien, las mercedes incomparables que recibió de su Esposo? Bastará saber, que por espacio de dos años vió siempre á su mano derecha á Jesucristo, que la acompañaba en todas sus operaciones. No obstante, la misma santa nos protesta, que en algunas ocasiones que le vió con alguna majestad, y no tan familiar como acostumbraba, se le erizaban los cabellos de suerte, que no podia tolerar tan excesiva grandeza. ¿Cuál será pues la que ostentará contra los réprobos, no cuando vaya á tratar con ellos con mansedumbre y familiaridad, sino cuando haga ostentacion de su furor, de su indignacion y de su inmensa autoridad? ¿cuando haya encorvado, cuanto es posible su arco, para que salgan con mayor ímpetu las flechas de su ira? ¿cuando vaya revestido de la justicia como de peto, del juício como de celada, de la equidad como de escudo inexpugnable, y de la ira como de agudísima lanza? *Induet prothorace justitiam, et accipiet pro galea judicium certum: sumet scutum inexpugnabile aequitatem; acuet autem duram iram in lanceam* (1). Entónces los réprobos se volverán hácia los montes, que poco ántes habian experimentado contrarios y enemigos, á suplicarles encarecidamente, que se dignen desplomarse sobre ellos, para esconderlos en sus senos de la ira del divino Juez: *Et dicunt montibus, et petris: cadite super nos, et abscondite nos à facie sedentis super thronum et ab ira Agni* (2). Mas viendo que los montes estarán insensibles á sus ruegos, todos despavoridos procurarán esconderse en las aberturas de las piedras y en las cavernas de la tierra: *Et introibunt in speluncas petrarum, et in voragines terrae, à facie formidinis Domini* (3). Pero hagan lo que quieran los infelices, que á todo su pesar han de ser víctima del divino furor, y en su misma presencia han de oir aquel trueno espantoso de la sentencia final: *Ite, maledicti, in ignem aeternum*, que los arrojará con ímpetu indecible al estanque de fuego, á ser pasto de las eternas llamas encendidas al soplo de la ira de Dios.

Mas ¿qué es lo que yo he hecho en el dia de hoy? ¿De qué sirve que yo atado del todo á la Escritura, para autorizar en todo lo posible mis palabras, haya empleado esta mañana en haceros descripciones funestas, dibujos horribles de la formidable ira que ha de preceder y acompañar al juício de Dios, de la venganza que los pecadores tomarán de sí mismos, de la guerra que á fuego y sangre les harán todas las criaturas, armadas de la divina venganza y de la ira insufrible, que ostentará el divino Juez en su acompañamiento, en su rostro, en su vestido y

(1) *Apoc. c. 1. v. 17.* (2) *Exod. c. 20. v. 19.* (3) *Job, c. 14. v. 13.*

(1) *Sap. c. 5. v. 19. 20. et 21.* (2) *Apoc. c. 6. v. 16.* (3) *Isai. c. 2. v. 19.*

en sus formidables palabras? ¿De qué sirve todo esto, digo, si los pecadores miran este suceso tan distante, que están persuadidos, que esto tardará muchos siglos? Y cuando no esté tan léjos de nuestros dias, las señales que yo mismo he dicho que han de preceder, ¿les servirán de aviso para que imploren con tiempo la divina clemencia y eviten la ira divina, que solo cogiéndolos desprevenidos, puede ser tan formidable y temible como yo he ponderado? Confieso, oyentes, que está totalmente oculto á nuestra noticia el fin del tiempo y de los dias, que Dios ha concedido al mundo; mas no me podéis negar, que no tenemos ninguna certeza de que no sucederá en nuestros dias. Y qué? ¿os parece á vosotros, que si acaso nuestros ojos hubiesen de ver las terribles señales que han de preceder á la destruccion general del mundo, que entónces seria fácil acogerse al sagrado de la penitencia para implorar la divina misericordia, ántes que en su lugar se sustituyera el furor divino? ¡Ay de vosotros, pecadores, que pensáis en esta ocasion, como en otras muchas, llenos de engaño y ceguedad! Ignoráis las Escrituras? ¿Ignoráis vuestras mismas enfermedades espirituales, que entónces se harán mas incurables por vuestra obstinacion? ¿Ignoráis cuán calamitosos serán aquellos dias y poco aptos para la penitencia, atendida vuestra perversidad, los falsos profetas, predicadores engañosos, secuaces del Antecristo, las sectas y herejías, triunfantes entónces mas que nunca en el mundo, y de tanto séquito, que muchos de los que hasta entónces permanecieron en justicia, abandonarán la fe? *Et multi pseudoprophetæ surgent, et seducent multos* (1). En tanto grado, que parece que Dios se dará priesa en abreviar aquellos dias tan funestos, para que no se pierdan todos los hombres: *Et nisi breviati fuissent dies illi, non fieret salva omnis caro* (2).

Y ¿entónces, decís, que será tiempo cómodo para hacer penitencia? Ó ceguedad deplorable! ó delirio insufrible! A mas, ¿sabéis vosotros, cuando vino el diluvio de Noé, en qué estado se hallaban los hombres? ¿qué aprecio hacian de los divinos mandatos? Si no sois tan temerarios que neguéis la fe á las sagradas Escrituras, debéis entender, que vino el diluvio sobre los pecadores, cuando estos estaban mas entregados á sus deleites, á sus recreaciones, á sus placeres, y á una vida brutal y

(1) *Matth. c. 24. v. 11.* (2) *Ibid. v. 22.*

licenciosa. Entónces, cuando ménos pensaban en este castigo, vino sobre ellos la divina indignacion. No bastaron los avisos de Noé, ni la construccion del Arca, para que abriesen los ojos y viesen la ira de Dios que venia sobre ellos: *Et non cognoverunt*, dice la infalible verdad Jesucristo, *donec venit diluvium, et tulit omnes.* Pues oíd ahora lo que os protesta esa misma divina Verdad: *Ita erit et adventus Filii hominis* (1). Así, ni mas ni ménos: cuando los pecadores estarán mas ciegos, cuando estarán mas entregados á la infidelidad y á la desobediencia de los divinos mandatos, cuando pensarán en gozar mas libremente de las licencias del apetito; entónces, tan repentinamente como se enciende un relámpago en el Cielo, vendrá el Hijo de Dios á vengarse de los pecadores y acabar de una vez del todo al mundo: *Sicut enim fulgur exit ab oriente, et paret usque in occidentem; ita erit et adventus Filii hominis* (2). Y ¿vosotros decís, que en todo caso estaréis prevenidos? ¿que no os cogerá de repente la divina indignacion? ¿que tendréis tiempo para implorar la clemencia divina? Ó insensibilidad portentosa! Puede engañaros Jesucristo? Pues si este Señor os protesta, que en aquel dia ha de coger á los pecadores descuidadísimos de su venida, ¿cómo decís, que estaréis prevenidos? Sí, estaréis prevenidos como las vírgenes necias; estaréis prevenidos como el mal siervo, cuando fué llamado á cuentas por su señor; es decir, que estaréis prevenidos de necedades, de locuras y de gravísimas injurias hechas al divino Juez. De esto sí tendréis abundante prevencion, mas no de la penitencia que os lisonjeáis. Ahora sí que es tiempo de prevenirla, y de implorar la divina clemencia etc.

(1) *Matth. c. 24. v. 39.* (2) *Ibid. v. 27.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON.

SIN LA FE ES IMPOSIBLE AGRADAR Á DIOS.

PARA EL JUÉVES DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

O mulier, magna est fides tua : fiat tibi sicut vis.
O mujer, grande es tu fe : cúmplase lo que deseas.
S. Mateo, c. 15. *v.* 28.

Cuando el Rey profeta se vió en la triste necesidad de elegir una de las tres plagas con que determinó el Señor castigar al pueblo escogido, aún pudo exclamar con sobrada verdad, que eran demasiadamente grandes y dignas de alabanza las misericordias de Dios (1). David elige la peste devastadora por espacio de tres dias como la mas suave, ó la ménos terrible de aquellas plagas; y aunque en este corto período ve bajar al sepulcro setenta mil hombres, consternando á todo su pueblo la horrorosa presencia de la muerte que le amenaza con una entera desolacion, pudo sin embargo asegurar con toda certeza, que aún eran demasiadamente grandes las misericordias del Señor. Todos aquellos azotes no eran mas que correcciones de un prudente y amoroso padre, que deseaba por aquellos medios, aunque fuertes, librar á sus hijos de una desgracia incomparablemente mas cruel, á que se habian hecho acreedores cerrando sus oídos á las voces de su misericordia. El castigo digno de temerse, el compendio y como término de todas las desgracias y males, es aquel de que con un énfasis elocuentísimo se

(1) II. *Reg. c.* 24. *v.* 14.

lamenta el mismo Dios, cuando por uno de sus profetas exclama (1) : *væ eis, cum recessero ab eis.* ¡Ay de aquel pueblo, ay de aquella nacion, á quien Dios abandona y deja de mirar como heredad suya! ¡Ay de aquella nacion desventurada, que llegue á sumirse en el abismo de la infidelidad! Eterna é irremediablemente será presa infeliz de una muerte cruel y desesperada, por perder la fe, que es el fundamento de la salud y de la vida.

Cuando veo en la historia la deplorable suerte de la deicida Jerusalen, la entera desolacion de aquel suntuoso y admirable templo, y el vergonzoso abatimiento á que se vió reducido aquel pueblo, luego que arrojó de su corazon la fe del verdadero Dios, ay de la España, digo! ay de nosotros, si á imitacion de los judíos seguimos provocando con nuestros desórdenes la ira del Señor hasta el extremo de obligarle á privarnos de este don preciosísimo! Cuanto mayores han sido los dones y beneficios que su misericordia infinita nos ha dispensado, tanto deberán ser mas terribles los efectos de su justicia, si tenemos la temeraria osadía de despreciarlos, arrojando de nosotros, como aquel pueblo ingrato, las creencias religiosas.

Á fin de evitar esta enorme desgracia, que es irremediable, si no se mejoran nuestras costumbres, he creído oportuno recordaros la indispensable necesidad de la fe para conseguir la vida eterna. El Evangelio de este dia nos presenta un ejemplo de las gracias que el Señor suele dispensar, aún en esta vida, á los que prestan un verdadero asenso á sus palabras. Preséntase inflexible á los ruegos y súplicas de la Cananea y de los apóstoles que intercedieron en su favor, y hubiera continuado en su resolucion, si la fe de esta mujer no le hubiera conmovido hasta el extremo de exclamar en alta voz : *O mujer, mucha, muy grande, muy viva es tu fe; recibe en premio de ella la salud de tu hija, que tan vivamente deseas.*

¡Ojalá que mis palabras os inspiren una fe semejante á esta, para que podáis conseguir, no iguales, sino mayores bienes que la Cananea; como son los de la gracia, sin los cuales no se puede conseguir la vida eterna. Pidámoselo muy de veras al Señor por la intercesion de su bendita Madre. *Ave María.*

(1) *Osee, c.* 9. *v.* 12.

Es una conocida y temeraria imprudencia el quererse constituir el hombre juez árbitro en los asuntos que no entiende, y mucho mas en aquellos que no puede entender, por ser muy superiores á la esfera de su capacidad. Tales son por lo comun los delirios de los filósofos en materia de Religion. ¿No es, suelen decir con afectacion y arrogancia, no es una verdadera injusticia el querer violentar la razon del hombre, para que crea lo que no llega á comprender, y asegure ser verdadero lo que en su opinion no puede ménos de ser falso? ¿Á qué puede conducir, ó con qué objeto se nos propone como necesaria la ridícula creencia del misterio de la Trinidad? ¿Cómo es posible que asienta nuestra razon á un misterio, tan repugnante, tan imposible? Para creerlo hemos de persuadirnos á que Dios es uno solo, y al mismo tiempo tres; que las tres personas que le suponen, son real y efectivamente distintas, y sin embargo que todas son semejantes, iguales en naturaleza, en eternidad, en poder, en todo; que su naturaleza es una sola, la misma; que esta existe ántes de sí misma, que ha sido engendrada, verdadera y propiamente hablando, siendo ingenerable y eterna. No es posible discurrir acerca de semejante misterio sin tropezar á cada paso en una multitud de absurdos, de contradicciones que lo hacen absolutamente increíble, y aún repugnante.

Esto mismo sucede, si tratamos de penetrar el de la encarnacion del Verbo eterno. Y un Dios infinitamente bueno ¿se podrá divertir en tener en esta cruel y continua tortura la humana razon, que ha criado para que conozca la verdad? Y lo que es mas extraño aún, un Dios infinitamente sabio, ¿consentirá en que dependa la felicidad única del hombre del asenso á unas proposiciones tan ridículas y absurdas? Dios crió y destinó á todos para la gloria. Estos misterios no son igualmente creídos, ni aún propuestos en todas partes, y seria una desigualdad monstruosa, una insoportable injusticia hacer felices á unos por sola la circunstancia de haber visto la primera luz del dia en el país en que se creen como verdades reveladas, y excluir á otros de la felicidad, porque tuvieron la desgracia de nacer en donde las desechan sus padres como ficciones humanas, como inventos de la supersticion y del fanatismo. ¿Por qué se ha de hacer al hijo responsable de la incredulidad de sus padres? No estando en la esfera de sus atribuciones la eleccion de la patria en que haya de recibir la vida, ¿por qué ha de influir

tan poderosamente esta impertinente circunstancia en la diferencia de suertes que han de cabernos por toda la eternidad?

Por medio de estos pueriles discursos, partos legítimos del orgullo y la ignorancia, supónese triunfante de la Religion el filósofo ateísta, y se cree autorizado para declamar á cara descubierta contra la revelacion y la Providencia. Insensato! ¿Quién es el hombre para tener la insolencia de llamar á su Dios á cuentas, y pedirle razon de sus acertadas disposiciones? El autor de nuestra naturaleza ha dispuesto que sea razonable el obsequio de nuestra fe (1), por lo que ha fundado su creencia en una razon tan sencilla, que sin dificultad convence á todos los que de propósito no se obstinan en cerrar sus ojos á la verdad, cual es la de que lo dice el que no puede engañarse ni engañarnos; pero al mismo tiempo determinó que los misterios sean esencialmente oscuros en esta vida; muy superiores, mas no contrarios á la razon. De donde se infiere, que quiso vincular á la humildad de nuestra fe el mérito para nuestra gloria.

El mérito para la gloria? Sí, señores; de nada pueden servir aquí las ponderadas luces de la razon, y el incrédulo se ve precisado á confesar con los católicos que todas las conjeturas, cavilaciones y sofismas de la prudencia humana no pueden servir de regla para conocer lo que depende solo de la voluntad divina. La gloria que esperamos, como de un órden muy superior á toda la naturaleza, es una pura gracia que quiere dispensarnos la bondad y beneficencia de nuestro Dios; es un don que á ninguno debia, aunque estuviéramos todos adornados de la inocencia que por desgracia no tenemos; es un beneficio extraordinario que nadie puede merecer abandonado á sus propias fuerzas, y que por un puro efecto del divino amor se prepara, se ofrece, y efectivamente se dispensa á todos los que deseen disfrutarlo. Y ¿quién será el temerario que pretenda dictar leyes y fijar condiciones á Dios, para que le conceda lo que de ningun modo le debe? Siendo la gloria una propiedad exclusivamente suya, que á todos pudiera negar sin faltar á las leyes de la justicia, de la equidad y del órden, sin que nadie pudiera con razon quejarse, es evidente que solo á él pertenece establecer las condiciones y requisitos que haya de tener el hombre para adquirirla.

(1) *Rom. c.* 12. *v.* 1.

Pero ¿cómo sabremos, si el Señor de hecho las ha establecido, y cuáles sean en su caso? Dependiendo esto solamente de su libre voluntad, solo podemos llegar á conocerlo por su misma revelacion. Tratemos pues de consultarla.

Para derribar el espíritu tentador al hombre del derecho que con la vida le habia concedido Dios á la gloria inmortal, dió principio á su infernal proyecto inspirándole con astucia algunas dudas: trató de persuadirle ser inverosímiles, del todo falsas las palabras que Dios le habia dirigido, y que no tenian mas objeto que burlar su credulidad, tener siempre cerrados sus ojos y oscurecida su razon, para que no discurriera con libertad acerca de las verdades que mas le interesaban. Esto es precisamente lo que pretenden de nosotros los enemigos de nuestra fe: se valen de las mismas escandalosas lisonjas, echan mano de las mismas artería y sugestiones, son en fin unos verdaderos satélites de Lucifer. Y ¿es posible que no se avergüencen estos mentecatos, que no huyan del comercio y sociedad de los demas hombres á sepultar su confusion en el mas escondido asilo, al ver tan perfectamente descubierto el orígen de su ilustracion? Por no querer sujetar su orgullosa razon á la infinita sabiduría de su Dios, se someten, toman por maestro al espíritu del error y de la mentira, y de tal modo siguen sus abominables instrucciones, que no osan añadir una sola palabra á lo que él dijo en el principio del mundo. Su sugestion es idéntica, es una misma: por sus bocas se comunica la voz del dragon infernal. Comparád las expresiones de los unos con las del otro, y no advertiréis la mas mínima diferencia. Examinád con detencion y prudencia cuál sea el verdadero principio de la seduccion, y aprendéd á temerla y detestarla: de lo contrario experimentaréis infaliblemente los mismos resultados que los primeros hombres. Tuvieron estos la imprudencia de dar asenso á las falsas voces de Satanas, negándoselo con una impía desfachatez al infinitamente verdadero é incapaz de engañarnos; y en aquel mismo momento se vieron sumidos en el abismo de la ignorancia mas deplorable, de la mas absoluta ceguedad. Aún se hicieron incapaces de hallar el camino, por donde pudieran salir de aquel intrincado y horroroso laberinto, y su razon, rodeada de tinieblas, no podia discurrir medio alguno para libertarse de la enorme miseria en que se habian sepultado. Tal era su estupidez, que cuando Dios los buscó para ofrecerles el remedio, se ocultaron, huyeron de su vista, creyendo poder sustraerse á su severa mirada, al golpe de su justa indignacion. Sin duda alguna hubiera sido irremediable y eterna su desgracia, si la bondad infinitamente sábia y poderosa del Señor no hiciera un esfuerzo propio suyo para librarlos de ella. Y viendo que la soberbia, la ambicion, el orgulloso deseo de la independencia los habia conducido al extremo de poner en duda sus palabras, determina humillar su razon obligándolos á cautivarla en su obsequio, y hacerles creer sin el menor recelo verdades incomparablemente mas elevadas, arcanos mucho mas sublimes, misterios que jamas pudieran comprender; y solo por este medio, bajo esta precisa condicion, les promete su reconciliacion y la bienaventuranza para que los habia criado. Ofréceles en unas cláusulas, no ménos oscuras que breves, la venida de su Hijo al mundo, para reparar la falta que ellos habian cometido en perjuicio suyo y de sus descendientes; y á la fe y esperanza en este divino Salvador vincula la salud eterna de todos los mortales, de tal suerte que nadie, absolutamente nadie puede ya ser salvo sino por este medio (1). Les anuncia al Mesías, como el único salvador de todos los hombres, y esto mismo recuerda á cada paso en sus Escrituras, segun que los hombres aumentan su ingratitud para con él; y cuanto mas indignos se hacen, tanto mas eficaces y persuasivas son sus promesas. La perversidad y corrupcion del mundo llega á exceder la medida de la infinita misericordia, de tal modo que se hace indispensable una destruccion universal; y aún en este caso dispone que no perezcan todos los vivientes, sino que se conserven algunos, aunque pocos, para perpetuar en el mundo la memoria de este divino libertador: y estos se salvaron por disposicion suya en el arca misteriosa, símbolo el mas expresivo de la Iglesia, en que se depositan con todo esmero las indestructibles verdades de la Fe.

Discurra como quiera el filósofo, aumente, cuanto le plazca, las dificultades, pondere la incredibilidad ó imposibilidad de las verdades reveladas, busque razones especiosas para eludirlas, y aún ridiculizar las obras de la Omnipotencia; solo conseguirá hacer ostensibles su orgullo y su incapacidad para comprender lo que excede los límites de su razon. Deténgase en buen hora

(1) *Act. c. 4. v. 12.*

á discurrir acerca de esta circunstancia que acabo de notar; suponga como limitado el poder de Dios, si no alcanzó á salvar la familia de Noé fuera del arca, ó como ridículo este medio, si pudo hacerlo sin valerse de él: el cristiano respetando siempre todo cuanto procede de una providencia infinitamente sábia, conocerá que pudo sin dificultad alguna salvar la vida de los hombres fuera del arca, y aún evitar que les tocara una sola gota de agua, cuando el universo entero se hallaba sumergido. ¿Quién osará desconocer esta virtud en la mano que formó de la nada el universo entero? Pero que sin embargo no lo hizo, precisamente porque no quiso hacerlo, porque no fué esa su voluntad. Tal es la fe del católico, que se abstiene de penetrar aquellos arcanos que la Omnipotencia parece quererle ocultar de intento; por cuya razon solo supone acerca de esta circunstancia, que habiéndose hecho los hombres indignos de la vida, y siendo un puro efecto de la divina bondad el dispensar á algunos este beneficio, á nadie quiso concederle sino por este medio. Noé y sus hijos creyeron en sus palabras, á cuya fe debieron su salvacion, siendo por tanto muy razonable que perecieran los que opusieron una necia incredulidad. Borróse la memoria de estos con su muerte, y la de aquellos se perpetuó en la fe, que cerrada con ellos en el arca misteriosa, conservaba y habia de trasmitir á su posteridad el recuerdo de la venida del Mesías. La humildad de la fe no nos permite pasar mas adelante.

La vida de todos los patriarcas, las predicciones de los profetas, la institucion de los sacrificios, las ceremonias todas de la ley de Moises, y la providencia con que el pueblo escogido fué libertado del yugo de Faraon, protegido en el Desierto y posesionado de la Palestina, todo contribuía á renovar la augusta promesa y la necesidad de creer y esperar la venida del libertador, para participar el fruto de su sacrificio. Las figuras mas expresivas fueron la sangre del cordero, con que mandó señalar en el Egipto las puertas de las casas, para librar de la muerte á los primogénitos de los hebreos, y la serpiente de metal que dispuso se levantara sobre un palo en el Desierto, para que á su vista sanasen los israelitas de las mordeduras de las serpientes verdaderas, que de otro modo eran incurables, y conducian á una muerte pronta y desesperada. Esta última es tan clara que no necesita explicacion alguna. La mordedura de la

serpiente era mortífera, sin que todos los recursos de la medicina, sin que toda la naturaleza ofreciera un solo remedio capaz de curarla; y con una cosa tan fácil, y á juício de los incrédulos tan impertinente como era el mirar solamente una imágen del reptil que los habia mordido, quedaban sanos en el momento. Y para que la figura fuera aún mas demostrativa, hace poner Moises, inspirado del mismo Dios, el signo milagroso en lo alto de un madero, á fin de que á nadie le sea lícito dudar que es un símbolo del Redentor de los hombres, colocado en lo alto de la cruz: objeto que si miran con los ojos de la fe los miserables, heridos de muerte con el pecado del primer hombre, asegurarán la vida del alma, absolutamente imposible de recobrarse por otro medio. El Hijo del hombre, nuestro divino redentor Jesucristo, manifestó por su misma boca la interpretacion verdadera de aquel signo, diciendo (1), que así como Moises hizo levantar en el Desierto la serpiente, así seria él mismo elevado en un infame madero, para que todos cuantos mirándole crean sinceramente ser el Hijo del Eterno, no perezcan, como perecerán sin remedio todos los que se resistan á creerlo, sino que consigan la salud eterna en recompensa de su fe. En no creyendo, continúa el Salvador (2), no se necesita ya nuevo juício; desde el mismo momento quedan sentenciados á una muerte eternamente desgraciada, *porque yo soy el único camino por donde se puede llegar á la gracia de mi eterno Padre*, y ninguno ha llegado, ni es posible que se acerque jamas, dirigiéndose por otra via.

Con mucha frecuencia se encuentra repetida esta verdad en el Evangelio. La vida eterna, se dice en una parte (3), consiste en conocer al eterno Padre y á su enviado Jesucristo. El incrédulo, se dice en otra (4), nunca disfrutará la verdadera vida, sino que será siempre el objeto de la divina indignacion. El que creyere y fuere bautizado, se salvará; mas el que no crea, irremediablemente quedará condenado (5). Aún para recibir las aguas salutíferas del sacro bautismo, se establece como punto necesario la verdadera fe, y por eso el Salvador dispuso y mandó expresamente que fuesen instruídos en sus augustos misterios los que hubieran de ser bañados en ellas. El apóstol san Felipe, ántes de bautizar al eunuco de la reina Candace, que con tan vivas ansias se lo suplicaba, le exigió la confesion, y le

(1) *Joann. c.* 3. *v.* 14. *et* 15. (2) *Ibid. v.* 18. (3) *Joann. c.* 17. *v.* 3.
(4) *Joann. c.* 8. *v.* 24. (5) *Marc. c.* 16. *v.* 16.

obligó á repetir que creía de todo corazon que Jesucristo era hijo verdadero de Dios (1).

No quiero detenerme á recopilar testimonios, que aunque innumerables, no tendrian mas autoridad que la que presta uno solo. Los Concilios de Florencia y de Trento, los Padres san Ireneo, san Juan Crisóstomo, san Agustin, san Bernardo, la Iglesia universal, todos los teólogos católicos convienen unánimes y prestan apoyo á mi asercion. Compadécense todos de la suerte de aquellos, que, como de los bramires refiere un historiador cristiano, presentan un género de vida en un todo semejante al de los mas austeros anacoretas, y porque les falta la fe, perecen irremediablemente; no porque la infidelidad sea pecado en los que nunca oyeron las verdades reveladas, sino porque la culpa que contraen con la naturaleza, y la que añaden por lo ménos no reconociendo y amando al verdadero Dios, luego que empiezan á usar de su razon, no puede remitirse sino por los méritos del Redentor del género humano; y estos no se comunican á los que no tienen noticia de la redencion. Sin necesidad pues de mas pruebas, creo haberos persuadido de la necesidad de la fe para conseguir la felicidad, y del orgullo de los filósofos que se oponen á creer los misterios que nos ha revelado el Señor, solo porque no alcanza á comprenderlos su débil razon. Infelices! no advierten que se hacen mas acreedores, y experimentarán con mas rigor la ira de Dios en el dia de las venganzas, que aquellos otros que no creyeron la revelacion, por no haber llegado á sus oídos.

Cautivemos nuestra razon en obsequio de la fe: renovemos las promesas que hicimos á Dios en el bautismo, puesto que ya se ha roto por nuestras infidelidades la escritura que hizo él con nosotros en aquella sagrada ceremonia. Pidámosle sin intermision su divina gracia; importunémosle, hagámosle una especie de violencia como la Cananea del Evangelio: no desmayemos por mas que aparente repelernos como á ella, que por fin viendo nuestra constancia, nos concederá sus divinos auxilios, con los que venceremos la resistencia que pueda oponer nuestra orgullosa razon á creer las verdades reveladas, por mas difíciles é inconcebibles que le parezcan; y consiguiendo agradar á Dios en esta vida, nos haremos acreedores al premio inmortal, prometido á los verdaderos creyentes. Amen.

(1) *Act. c.* 8. *v.* 36 *et* 37.

SERMON.

DE LA GENEROSIDAD DE LA RELIGION CRISTIANA PARA CON LOS PECADORES.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Vis sanus fieri?... Surge, tolle grabatum tuum, et ambula.
Quieres ser sano?... Levántate, toma tu lecho, y anda.
S. Juan, c. 5. *v.* 6 *y* 8.

¡Qué débiles son los esfuerzos del hombre, cuando los emplea contra los designios de la Omnipotencia! ¿Qué ha conseguido la impiedad, desde el orígen ó establecimiento de la Religion, con poner en ejercicio todos sus ardides, y en movimiento todos sus resortes, para arrancarla del corazon de los discípulos del Crucificado? ¿Qué ha adelantado con esparcir por todas partes multitud de libros seductores, de folletos adornados con una excesiva profusion de las envenenadas flores de una falsa elocuencia, de escenas escandalosas, de decretos impíos, de aterradoras amenazas, de dicterios picantes, todo con el depravado fin de retraer de la fe á los verdaderos creyentes? Apénas el cristiano empieza á sentir que ceden en parte estas traidoras sugestiones, cuando se dispone á romper las cadenas de su opresion, declama contra el estado de violencia en que se le ha tenido; y como la inclinacion natural redobla sus esfuerzos

(1) En la pág. 163 del tomo primero de los sermones de *Mision*, hay uno de Neuville para este dia sobre la necesidad de servir á Dios desde la juventud.

obligó á repetir que creía de todo corazon que Jesucristo era hijo verdadero de Dios (1).

No quiero detenerme á recopilar testimonios, que aunque innumerables, no tendrian mas autoridad que la que presta uno solo. Los Concilios de Florencia y de Trento, los Padres san Ireneo, san Juan Crisóstomo, san Agustin, san Bernardo, la Iglesia universal, todos los teólogos católicos convienen unánimes y prestan apoyo á mi asercion. Compadécense todos de la suerte de aquellos, que, como de los bramires refiere un historiador cristiano, presentan un género de vida en un todo semejante al de los mas austeros anacoretas, y porque les falta la fe, perecen irremediablemente; no porque la infidelidad sea pecado en los que nunca oyeron las verdades reveladas, sino porque la culpa que contraen con la naturaleza, y la que añaden por lo ménos no reconociendo y amando al verdadero Dios, luego que empiezan á usar de su razon, no puede remitirse sino por los méritos del Redentor del género humano; y estos no se comunican á los que no tienen noticia de la redencion. Sin necesidad pues de mas pruebas, creo haberos persuadido de la necesidad de la fe para conseguir la felicidad, y del orgullo de los filósofos que se oponen á creer los misterios que nos ha revelado el Señor, solo porque no alcanza á comprenderlos su débil razon. Infelices! no advierten que se hacen mas acreedores, y experimentarán con mas rigor la ira de Dios en el dia de las venganzas, que aquellos otros que no creyeron la revelacion, por no haber llegado á sus oídos.

Cautivemos nuestra razon en obsequio de la fe: renovemos las promesas que hicimos á Dios en el bautismo, puesto que ya se ha roto por nuestras infidelidades la escritura que hizo él con nosotros en aquella sagrada ceremonia. Pidámosle sin intermision su divina gracia; importunémosle, hagámosle una especie de violencia como la Cananea del Evangelio: no desmayemos por mas que aparente repelernos como á ella, que por fin viendo nuestra constancia, nos concederá sus divinos auxilios, con los que venceremos la resistencia que pueda oponer nuestra orgullosa razon á creer las verdades reveladas, por mas difíciles é inconcebibles que le parezcan; y consiguiendo agradar á Dios en esta vida, nos haremos acreedores al premio inmortal, prometido á los verdaderos creyentes. Amen.

(1) *Act. c.* 8. *v.* 36 *et* 37.

SERMON.

DE LA GENEROSIDAD DE LA RELIGION CRISTIANA PARA CON LOS PECADORES.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Vis sanus fieri?... Surge, tolle grabatum tuum, et ambula.
Quieres ser sano?... Levántate, toma tu lecho, y anda.
S. Juan, c. 5. *v.* 6 *y* 8.

¡Qué débiles son los esfuerzos del hombre, cuando los emplea contra los designios de la Omnipotencia! ¿Qué ha conseguido la impiedad, desde el orígen ó establecimiento de la Religion, con poner en ejercicio todos sus ardides, y en movimiento todos sus resortes, para arrancarla del corazon de los discípulos del Crucificado? ¿Qué ha adelantado con esparcir por todas partes multitud de libros seductores, de folletos adornados con una excesiva profusion de las envenenadas flores de una falsa elocuencia, de escenas escandalosas, de decretos impíos, de aterradoras amenazas, de dicterios picantes, todo con el depravado fin de retraer de la fe á los verdaderos creyentes? Apénas el cristiano empieza á sentir que ceden en parte estas traidoras sugestiones, cuando se dispone á romper las cadenas de su opresion, declama contra el estado de violencia en que se le ha tenido; y como la inclinacion natural redobla sus esfuerzos

(1) En la pág. 163 del tomo primero de los sermones de *Mision*, hay uno de Neuville para este dia sobre la necesidad de servir á Dios desde la juventud.

en razon de la resistencia que se le opone, no pára hasta recobrar plenamente su libertad, y poder ostentar con orgullo sus religiosos sentimientos, su fe nunca apagada, su obediencia y amor hácia el Autor soberano de su vida.

Así es á la verdad, cristianos; pero ¿me permitiréis que descubra el fondo de mi corazon? ¿Llevaréis á mal que con mi acostumbrada sinceridad os diga, que la alegría que me ocasionan semejantes escenas, no es pura porque vuestro desengaño no es completo? Decídme si no, ¿quién se esmera en reformar sus costumbres? quién ha dicho un eterno *á Dios* á sus desórdenes? quién se ha desnudado de sus funestas preocupaciones? Ay! en vez de la moral sublime de Jesucristo, en lugar de las sacrosantas verdades del Evangelio, yo veo pulular entre los cristianos las carnales y groseras máximas de los Epicuros, Espinosas y Rousseaus, y los delirios de los charlatanes Diderotes y Voltaires. Yo os veo inclinados á esas absurdas creencias de que la Religion cristiana se vale de horribles calabozos, de hogueras abrasadoras, de extraordinarios é insufribles tormentos, para castigar las culpas, y aún las debilidades de los hombres. Funesto engaño! No negaré que alguna vez use de rigor, pero esto lo hace tansolo, cuando la pertinacia de sus pérfidos hijos la pone el azote en la mano; cuando rebeldes y obstinados de ningun modo quieren volver á su gracia; cuando rehusan el perdon que gratuitamente les ofrece; cuando desprecian sus avisos, sus correcciones, sus misericordias; y aún en estos casos sostengo ser falso, absolutamente falso que se valga de esos medios infernales, que por retraeros de volver á su gremio, propalan sus astutos enemigos.

Si queréis persuadiros de esta verdad, acercáos conmigo á leer el Evangelio de este dia. En él veréis que en vez de hogueras encendidas, tiene deliciosos baños de aguas salutíferas, destinados á purificaros de los fétidos humores del vicio, á lavar el alma de la fea mancha de las culpas y asegurar así la verdadera felicidad á los que de otra suerte perecerian sin remedio. Acercáos al sagrado tribunal de la penitencia, y veréis una copiosa multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, no ya esperando á que baje el ángel del Señor á mover sus aguas, para conseguir la salud de sus dolencias, como los que esperaban en la piscina de Jerusalen, sino llamados, atraídos, arrastrados por las amorosas voces de la Iglesia y de sus ministros,

á participar todos, todos sin excluir á uno solo, de las infinitas misericordias del Señor. Venid á examinar de cerca esta prodigiosa piscina, y oiréis repetir mil veces la invitacion de Jesucristo al enfermo de 38 años: *vis sanus fieri?* y conceder repentinamente la salud á los que, como aquel, la desean de corazon, por mas arraigados que estén sus vicios y por grande que sea su debilidad.

No esperéis que venga á divertiros con frases pomposas, con un peinado y elegante discurso; pero tampoco debéis temer que haya de aterraros con los espantosos juícios del Señor. Haceros creíble y amable nuestra divina Religion, exponiendo á vuestra consideracion la dulzura y suavidad de su carácter, por el anhelo con que busca, y por la generosidad con que ofrece perdonar aún á sus mayores enemigos, he aquí mi principal, mi único objeto. Pedíd rendidamente al Señor que supla con la influencia de su poder y sabiduría lo que á mí me falta para desempeñarlo con acierto, por la intercesion de nuestra amabilísima Protectora. *Ave María.*

Es muy natural al delincuente el deseo de que queden impunes sus delitos. Pasados los momentos en que satisfizo los deseos de su pasion, y restituídos á su alma el conocimiento y tranquilidad de que en todo ó en parte le habian privado, luego se le representa el austero semblante de la justicia que inflexible le amenaza con el castigo, proporcionado al número y gravedad de sus crímenes. Esta idea le incomoda, le asusta, le hace odiosa la justicia divina, y le estimula á poner en ejecucion todos los medios de huir ó evadirse de su dominio; y si se le presentase un poder que le asegurara el perdon de todos sus crímenes, se someteria gustoso á su imperio, aunque fuera el mas detestable, y se viera precisado á renunciar la fe del verdadero Dios.

Qué ceguedad tan funesta! ¡qué inmensa desventura la del pecador que se halla en semejante situacion! Esto mismo que con tan vivas ansias desea, y mas aún de lo que él ni se atreveria á desear, se lo ofrece la Religion; y él ó no lo ve, ó tiene la insensatez de despreciarlo.

Yo no sé por qué se imagina el impío tan terrible y espantosa la Religion de Jesucristo y sus santos sacramentos. Figúrasele

ver sin duda en el Dios de los cristianos un enemigo implacable de la especie humana, lleno siempre de furor contra todos sus individuos, lanzando á todas partes los rayos de su indignacion, y avivando con el soplo de su ira las llamas del infierno. ¡ Atroz, injuriosa, infinitamente ofensiva es por cierto semejante idea respecto á un Dios cuya misericordia y amor al hombre no tienen límites! Subíd hasta el orígen de la Religion divina, y por su carácter os convenceréis de tan horrenda falsedad.

Adan, el primero, el mayor en cierto sentido de los pecadores, es amorosamente buscado y dichosamente conducido á la bienaventuranza en las alas de esta Religion. Continuando despues la admirable historia de sus progresos y vicisitudes, consultád á tantos pecadores, á tantos gentiles, á tantos incrédulos, que por la clemencia infinita de Dios han abjurado sus errores y abandonado la senda del vicio; consultádlos, y no solo les oiréis decir como á David (1), que son innumerables las misericordias del Señor, sino que veréis sus ojos anegados en llanto, al recordar el tiempo que han perdido en seguir con la mayor ansia una vana sombra de felicidad, exponiéndose á perder la verdadera, la única capaz de llenar en el modo posible el inmenso vacío de su corazon. Presentáos en la corte de Faraon; bajád al abismo que abrió paso al pueblo de Israel; atravesád aquel árido y dilatado Desierto; subíd á la cumbre del Sina; preguntád á las aguas del Jordan, á los muros de Jericó, al fértil suelo de la Palestina... Pero no, no quiero que os toméis tanta molestia, para persuadiros de lo que ama Dios al hombre, de los estupendos é incesantes prodigios obrados en el seno de la Religion en beneficio de unos seres rebeldes, idólatras é incrédulos. No os enviaré á preguntar al impío Caín, á los fratricidas hijos de Jacob, á los extremadamente criminales ninivitas, al rey adúltero y asesino, á los mas famosos pecadores, cuál es la conducta que observó con ellos la Providencia, luego que se determinaron á reconocerla. Nosotros estamos mucho mas adelante : Nazaret, Belen, Samaria, Betania, Jerusalen, el cenáculo, el huerto de las Olivas, el monte Calvario... Ah! ¡cuántos y cuán elocuentes panegiristas tiene la misericordia ilimitada del Señor! ¡Cuántas y cuán auténticas son las escrituras, en que se obliga de un modo irrevocable á perdonar y

(1) II. *Reg.* c. 24. v. 14.

olvidar completamente todos los pecados, admitir de nuevo á su gracia y restablecer en el derecho á su gloria á todos los pecadores que de veras lo solicitan! ¡Cuántos y cuán irrecusables son los testimonios que nos ofrece de un amor extremado, de un amor divino, de un amor infinito!

Pero aún es poco todo esto : ya debemos considerar como poco expresivas las consoladoras y enérgicas parábolas de la mujer que halla la dracma perdida, del pescador que indistintamente reúne en su red todo género de peces, del pastor que lleva sobre sus hombros la oveja extraviada, del padre que hace los mayores extremos de amor con el hijo rebelde...; todas estas figuras deben huir á presencia de la realidad : todos estos y los demas símbolos de nada pueden servir á quien ha visto un Dios hecho hombre, cargado de todas las miserias, marcado con el sello de la culpa acercarse á la piscina, en que solo podia sanar ántes el que llegaba primero al movimiento de las aguas, y convidar al paralítico que no tenia quien le condujera, instarle, darle en fin la salud que tanto anhelaba.

Ó amorosísimo Redentor! y se gloría de su saber el incrédulo? ¿Será racional el hombre que acusa de severa é intolerante la Religion que vos mismo fundasteis? ¿Será posible que cuando todos los seres irracionales y aún sin vida publican vuestra divinidad, vuestro poder, y le excitan al conocimiento y amor de vuestras bondades, solo él se obstine en desacreditar é impugnar la Religion que las predica? Permitídme, Señor, que le diga que parece en efecto fundada su incredulidad, porque increíble parece que haya perdon para ofensas de esta especie. Semejante perdon preséntase como incompatible con vuestra honra, como depresivo de vuestra majestad; tiende á posponer vuestra gloria á la gloria del hombre, á fomentar la insolencia del soberbio que se jacta de burlarse impunemente de vuestra grandeza, de vuestra justicia, de vuestra santidad...

Pero dónde voy conducido por mi exaltacion? Así opina el insensato que no tiene mas ideas de la Divinidad, que las que le sugiere su orgullosa pero débil razon; así opina el incrédulo, mas no el verdadero creyente, que ve correr en el Calvario la sangre é inmolar una víctima omnipotente, infinita, cuyo precio es mayor sin comparacion que la injuria que todos los hombres y todos los ángeles pudieran hacer á su Dios, aunque estuvieran pecando incesantemente por toda una eternidad. No

formará este juicio el católico, sabiendo que se le aplican en el baño saludable de la penitencia los méritos de un Dios, que se hizo hombre para restablecer al hombre en la gracia de su Dios, de un Hombre-Dios que muere, por dar vida eterna al hombre soberbio que con su rebelion atrajo sobre sí la muerte, cuya sentencia no habia salido aún de los labios del Criador.

Y ¿quién en vista de unas demostraciones tan palpables de la misericordia divina se obstinará en desconocerla? Deponéd, pecadores, deponéd ese vano y pueril terror que os aleja de la Religion, que os la hace despreciable y odiosa. No creáis que para vosotros está interceptado el camino de la salud; no os persuadáis á que solo el que logre tocar el primero las aguas de la piscina, conseguirá la curacion de sus dolencias. Todos los enfermos, todos los cojos, todos los ciegos, todos los paralíticos son igualmente admitidos, llamados, atraídos á este baño saludable; todos los pecadores son acogidos con clemencia, cuando vuelven reconocidos al seno de la Religion cristiana. Desengañáos; esta nada tiene de terrible y austero; su carácter es muy diferente, es diametralmente opuesto á la idea que os ha hecho formar un enemigo, que os aborrece á vosotros tanto como á ella: es su carácter de paz, de dulzura, de amor. No sabe querer el mal, por lo que aún al mayor impío desea, procura, ofrece todos sus bienes. Conociendo la miseria del hombre, su objeto principal es aliviarle, ponerle á salvo de sus desgracias á que esta le conduce. Á todos les pregunta llena de dulzura, *vis sanus fieri?* ¿queréis libraros de esas cadenas opresoras en que os tiene enredados el demonio? y solo con acceder, con solo manifestar un ligero deseo, ella misma les ayuda, les presta fuerzas, los conduce por la mano al puerto de salvacion.

El divino Fundador de esta Religion desplegó en el tiempo de su carrera mortal el mismo carácter de tolerancia y benignidad. Despreciando los insultos de los groseros judíos, se familiariza, se acompaña públicamente con los usureros, con las adúlteras, con los pecadores mas escandalosos; y cuando el hipócrita fariseo murmura acerca de esta conducta, le responde amoroso, que el fin de su venida á la tierra ha sido precisamente sacar á los pecadores del abismo de su miseria, salvarlos de su perdicion (1). Y por si acaso sus promesas no han logrado

(1) *Luc.* c. 19. v. 10.

desengañarlos completamente, recurre á hechos positivos: permite que uno de sus amigos, un apóstol, un Pedro dé una lastimosa caída en el tiempo mismo que está palpando el cumplimiento de las profecías, que demuestran hasta la evidencia la divinidad de su persona; y léjos de abandonarle en justo castigo de su enorme crímen, parece como que se olvida de los tormentos que está padeciendo, por atender á la urgente necesidad de su apóstol. No es dado á la lengua de un mortal el declarar los sentimientos, las ideas, los afectos que excitó en el espíritu del delincuente discípulo la expresiva mirada de su benignísimo maestro. En vez de reconvenirle por tan fea ingratitud, le da pruebas mas decisivas, mas relevantes, mas finas del abrasado amor que le profesa; le infunde aquel don de lágrimas con que logró extinguir el fuego de la divina indignacion, que de otra suerte le hubiera devorado; aquel espíritu de penitencia, con que al momento quedó su alma tan pura como si jamas hubiera estado manchada con la culpa; aquella fortaleza, con que en presencia de los jueces publica la divinidad del Nazareno, la obcecacion de los pontífices, el horroroso atentado de las turbas, el deicidio imperdonable del pueblo judío; aquella caridad que no solo le hace digno del perdon, no solo santifica su alma haciéndole participar el copioso fruto de la redencion, sino que le hace acreedor al honor mas elevado, á la mas excelsa dignidad que vió jamas el mundo, al cargo de administrador supremo de todas sus gracias, pastor de los mismos apóstoles, su vicario, ó lugarteniente en la tierra, sumo sacerdote de su Iglesia, centro y cabeza de su divina Religion.

Detengámonos un momento á ponderar semejante conducta. ¿Qué os parece mas digno de admiracion en Jesucristo, la generosa clemencia con que perdonó el pecado de Pedro, ó la sábia economía con que por su medio quiere facilitar á todos la remision de los nuestros? En el momento en que el imprudente discípulo consuma su enorme crímen, es completamente perdonado, buscado, engrandecido por aquel Señor á quien acaba de ofender: él es precisamente elegido para dispensador de todas las gracias; en él se deposita la potestad suprema para perdonar á los pecadores; él es el sacerdote superior, el maestro universal de la Religion cristiana; á él se le confiere la facultad de enviar por todo el universo ministros inferiores; se le autoriza para dictar leyes á la Iglesia, y prescribir las reglas

que debe observar en la augusta ceremonia de perdonar los pecados.

Hé aquí, señores, los que movidos de un celo indiscreto censuráis tan agriamente los desórdenes del clero; los que miserablemente seducidos juzgáis desacreditar la Religion, ponderando los excesos de sus ministros, hé aquí uno de los designios que emplea la Providencia, para proporcionaros á vosotros el perdon y la misericordia! Cierto es; los sacerdotes sucumbimos tambien á la tentacion; nos dejamos arrastrar de la fogosidad de nuestras pasiones; pecamos; pero lo permite un Dios infinitamente bueno, que no lo haria así, como dice san Agustin, á no saber que de esta permision han de resultar incalculables ventajas: lo permite para que sepamos por experiencia propia, cuánta es la debilidad de nuestra naturaleza, cuánta la violencia de nuestras pasiones, y cuán tristes los resultados de la culpa. Permite que tengan necesidad de ser perdonados los que tienen la comision de perdonar á los otros, para que aprendan en sí mismos la conducta que deben observar con sus hermanos, para que los traten del modo que ellos desean ser tratados. Permite que Pedro caiga en la tentacion, para que pueda dirigir sabiamente á todos los ministros de la Iglesia, exhortándolos á que imiten con sus penitentes la conducta que Jesucristo observó con él, llamándolos con instancias, buscándolos con esmero, atrayéndolos con agrado, concediéndoles la absolucion de todas sus culpas, por mas graves y numerosas que sean, en el momento que las detesten con sinceridad, y franqueándoles todos los tesoros de su Iglesia.

Ya me parece oir á algunos, que vienen á contradecirme con la conducta de muchos ministros, cuya excesiva severidad despide á los penitentes sin dispensarles el beneficio de la absolucion, ó los sujeta á pruebas demasiado rigorosas, impracticables. Mas yo les respondo, que todas las pruebas y medios de que nos valemos no tienen otro objeto que asegurarnos, en el modo posible, de la sinceridad del arrepentimiento; y así ninguno, á no hacer una manifiesta traicion á su ministerio, deja de otorgar el perdon de sus culpas al que encuentra verdaderamente arrepentido de ellas. Por grandes, por enormes, por innumerables que sean los pecados, todos quedan perdonados al que de corazon los detesta.

Esta fué en todos tiempos la práctica de la Iglesia de Jesucristo, que bien penetrada del espíritu de su divino fundador, arrojó de su seno á los soberbios que pretendian cerrar á ciertos pecadores las puertas de la reconciliacion. Esta bondadosa madre no solo acogió siempre con amor y dulzura á cuantos han pretendido de veras volver á la gracia de su Dios, sino que se ha valido de todos los recursos practicables, para atraer á los infelices que alucinados con la idea de la falsa prosperidad que suponian hallar en el vicio, ó acobardados á vista de la gravedad y multitud excesiva de sus culpas, permanecian en el camino de la perdicion: ha procurado infundir en los que parecia hallarse en una absoluta impotencia, el espíritu, la decision necesaria para reparar los perjuicios que habian ocasionado á sus hermanos y aún á todo el cuerpo de la Iglesia, dándose por satisfecha con un deseo sincero de repararlos; ha ofrecido incesantemente sus oraciones al Señor, y las ha multiplicado en proporcion al aumento de los desórdenes; ha presentado todos los dias la hostia santa ante el trono de las misericordias por sus hijos pervertidos y rebeldes; ha llorado con indecible amargura la desventurada desercion de los infelices traidores al juramento de fidelidad eterna que le tenian prestado. Ah! ¿cuál os parece será su sentimiento, viendo que á pesar de sus voces amorosas muchos de sus hijos corren presurosos, ciegos y frenéticos á precipitarse en el mas horroroso abismo sin detenerse á escucharlas; cuando los ve burlarse con la insensibilidad de los delirantes, del amargo llanto que derrama por ellos; cuando considera que su perversidad y sus blasfemias inutilizan las súplicas fervientes que dirige por su conversion al trono de las misericordias?

Más todavía: si un celo indiscreto arranca alguna vez á alguno de sus ministros expresiones mas fuertes de lo que dicta la prudencia contra los extraviados rebeldes, trabaja con fervor esta Religion de paz y mansedumbre por recordarles que son nuestros prójimos, nuestros hermanos; que si la ignorancia, la pasion, la miseria de nuestra condicion nos incitan á perseguirlos, ella no quiere otra venganza que el sufrimiento, el olvido de las injurias, el amor y la oracion. Son inexplicables el espíritu y la intencion con que ofrece las penitencias, las mortificaciones, las limosnas, las lágrimas, los ruegos, los sacrificios, los méritos de sus verdaderos hijos en beneficio de los que, obstinados en su ceguedad, se resisten á volver á su gremio.

Ahora bien; yo os ruego que me respondáis con ingenuidad; esa filosofía falaz ¿sabe conducirse de este modo con los que supone ser sus enemigos? Ah! por el contrario, á pesar de su decantada filantropía, de su ominoso tolerantismo, de sus fingidas promesas de felicidad, castiga inexorable la menor de sus injurias con la persecucion y la muerte; se enfurece con la mas leve sospecha de poca adhesion á sus proyectos. No, el hombre que no pertenece á la Religion divina, que no participa de su espíritu, no puede jamas olvidar las ofensas de sus semejantes, amar á sus enemigos, rogar por ellos con toda la vehemencia de su corazon. Semejante idea no puede engendrarse en el entendimiento del hombre; solamente la Religion es capaz de enseñársela, porque es parto suyo, como que lleva consigo el sello de la Divinidad.

Acudamos pues todos á este puerto de salvacion. Lleguemos presurosos; no queramos perder esta oportunidad tan ventajosa que nos presenta, abriéndonos las puertas de la misericordia. Escuchemos sus voces amorosas: *Vis sanus fieri?* nos dice como Jesucristo al paralítico: ¿queréis conseguir una remision completa de todas vuestras culpas? queréis purificar vuestras almas en la sagrada piscina? Venid á mí; venid sin temor ni recelo alguno. Ya habéis visto que con solo reconocer sus extravíos, confesar su debilidad y pedir de buena fe el perdon, lo obtienen en el momento los herejes, los impíos, los mas insignes pecadores. Venid á mí; acogéos á mi piedad que á todos alcanza; pedídme el perdon, y aún sin pedirlo, con solo desearlo lo conseguiréis. Venid; que para los que llegan contritos y confiados, no tengo esas hogueras, esos horribles tormentos con que procuran intimidaros algunos poco instruídos en la verdad, ó demasiado adelantados en la malicia; tengo sí dispuestos unos deliciosos baños, una saludable piscina, cuyas aguas refrigerarán el fuego de vuestra concupiscencia, mitigarán el volcan de vuestras pasiones, os limpiarán completamente de la lepra mas inveterada, desarraigarán las enfermedades mas envejecidas, cicatrizarán las llagas mas profundas y cancerosas, y asegurarán vuestra salud eterna. Venid, aunque hayáis contraído las obligaciones mas inviolables, aunque hayáis firmado las escrituras mas fuertes, aunque con todo género de juramentos os hayáis sujetado á lo contrario. Venid confiados; yo os ofreceré los medios mas oportunos y seguros para evadiros de todos vuestros compromisos, para superar tantas dificultades. Yo tengo autoridad para romper esas infames escrituras, para anular esos impíos juramentos, restableciéndoos en el ejercicio de una santa y entera libertad. Venid; no temáis la indignacion de una madre á quien habéis injuriado, causado tantos perjuícios, robado tantos hijos, deshonrado con tantas blasfemias, manchado con tan abominables torpezas, y herido en lo íntimo de su corazon con tan enormes sacrilegios: yo doy al olvido todo esto en el momento que volvéis á mí, y solamente tomaré las saludables precauciones que juzgue necesarias, para evitar la recaída, y haceros caminar sin intermision por el camino que solo puede conduciros á la mansion de los bienaventurados.

Qué hacemos en este estado de inaccion, pecadores? Resolvámonos de una vez; marchemos presurosos á ese puerto de salvacion; corramos á ampararnos de él, ántes que se nos cierren las puertas. Y pues él solo es capaz de asegurar nuestra libertad, nuestra independencia, nuestra eterna dicha, acojámonos á su amparo y aseguremos para siempre tan preciosos objetos. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HOMILÍA.

NO SE DEBE ASPIRAR Á LA GLORIA DE JESUCRISTO, SIN LLEVAR SU CRUZ.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Domine, bonum est nos hic esse... Ipsum audite.
Bien estamos aquí, Señor... Escuchád á él solo.
S. Mateo, c. 17. v. 4 y 5.

No hace muchos dias que nos exhortaba la Iglesia á ocultar dentro de nosotros mismos la tristeza, para diferenciarnos así de los hipócritas que la manifiestan en el semblante, como señal de una rigorosa penitencia; pero hoy quiere desterrarla de nuestro corazon, y animarnos á continuar esta laboriosa carrera, descubriéndonos la gloria feliz que nos está preparada, si llegamos á su término. Ardua es la empresa: crucificar continuamente nuestra carne, resistir á nuestras inclinaciones, violentar todos nuestros deseos... es el mayor sacrificio que puede exigírsenos. Pero es un Dios el que lo exige, y nos asegura que toda su dificultad desaparece, si se compara con el premio que nos tiene prometido. No pudiendo los hombres formar la menor idea de la felicidad á que son llamados, por las figuras del pueblo hebreo, ni por los testimonios de los profetas, ni por las palabras del mismo Jesucristo, determina por último ponérsela á la vista y aún hacer que la gusten de algun modo; á cu-

(1) Para este dia hay otro sermon del mismo González en la pág. 68 del tomo cuarto de los de *Mision*.

yo efecto elige tres de sus discípulos, y retirándose con ellos á un elevado monte, hace brillar en la superficie de su cuerpo la gloria de su alma. Moises y Elías acuden ansiosos á ver en tan delicioso estado á su libertador, y á hablar con él de las circunstancias de su pasion. Pedro, deslumbrado con aquellos brillantes resplandores, suspira por eternizarse en aquel lugar. El Eterno desciende del excelso trono de su gloria, y complaciéndose con la vista de su amado Hijo, le declara y manda reconocer como tal.

Todo es admirable en aquel monte misterioso. Dios manifiesta y hace gustar á los hombres las delicias celestiales, para suavizar la aspereza del único camino que puede conducirlos á su posesion. La ley, los profetas, los cielos, el mismo Dios dan testimonios irrecusables de la divinidad de Jesucristo y de la verdad infalible de sus palabras. Jesucristo nos asegura, que sin mortificarnos en esta vida, no podemos ser felices en la otra.

Á pesar de esta multitud de portentos y maravillas nosotros imprudentes, si bien damos crédito á tan auténticos testimonios, aspiramos sin embargo á la felicidad de los cielos, aborreciendo la mortificacion en la tierra. Inconsecuencia monstruosa! fatal engaño! que quisiera yo disipar en la exposicion del Evangelio presente. No es mi ánimo retraeros de la alegría, ántes bien os exhortaré á que procuréis participar de la que infunden la felicidad y la gloria de Jesucristo; pero deseo igualmente que no le negúeis en su ignominia, ni le abandonéis en sus tormentos.

Los débiles, Señor, los enfermos y flacos no podemos arribar á la cumbre de la perfeccion en que habita y se pone de manifiesto vuestra gloria: es indispensable para ello que se abata de algun modo vuestra majestad, que descienda á lo profundo y cenagoso de este valle, y que por el vil instrumento de mi lengua os dignéis hablar á las turbas, ansiosas de escuchar vuestra doctrina celestial. Así os lo ruegan por medio de vuestra Madre y nuestra abogada. *Ave María.*

Es tan pesada la cruz que el Señor nos manda llevar en esta vida, que aún vista en hombros ajenos, intimida y acobarda á los mas esforzados. Nuestro maestro y redentor Jesucristo la

toma sobre sí á presencia de sus apóstoles, para animarlos sin duda con su ejemplo á cargar con ella, ó excitarlos al ménos á que partiesen con él su enorme peso; mas Pedro se horroriza, la juzga superior aún á las fuerzas del Omnipotente, y se empeña en persuadirle que debe alejarla, no solo de los hombros sino tambien de la consideracion, dirigiéndole aquellas memorables palabras: *absit à te, Domine* (1): léjos de vos, Señor, semejante empeño. Fatal miseria la del hombre! Pedro, el primero de los apóstoles, el escogido para pastor y maestro de todo el orbe cristiano, despues de tres años empleados en la compañía y escuela de Jesucristo, es todavía ignorante en la ciencia de los cielos, aún no conoce el verdadero espíritu de Dios, porque su razon, oscurecida con el polvo de la tierra y los afectos de la carne, necesita una luz brillante y prodigiosa que la penetre con sus rayos. Esta luz es la que se le presenta en la cumbre del monte. Allí, en aquella soledad, léjos del comercio de los pecadores y separado de los escándalos del mundo; allí, en aquella elevacion, desde donde se pisa con el mas justo desprecio toda la tierra y se toca ya con la mano la puerta dichosa de los cielos; allí es donde prodiga sus favores el Omnipotente; allí infunde la mas sublime ciencia; allí descubre los misterios mas inefables de su divinidad; allí se familiariza con el hombre, le hace ver claramente el fin para que le ha criado, y gustar en parte las inestimables dulzuras de su gloria.

Ah! descarguémonos por un momento del enorme peso de la carne que nos oprime, y superando todas las dificultades que se nos oponen, subamos al monte santo, y veremos lo que no consiguió ver en otro monte Moises, á pesar de sus ardientes deseos y fervorosas súplicas. Veremos la gloria de Dios...; pero son muy débiles nuestros ojos para poder resistir el brillo de aquella luz y majestad. ¿Quién será el osado mortal que se determine á descorrer el velo, con que se oculta Dios á los hombres, y que por un efecto de su bondad descubre á Pedro, Juan y Santiago? No se atreven á tanto los evangelistas sagrados, contentándose con decir sencillamente, que el Señor se trasfiguró en presencia de los tres apóstoles, de Moises y Elías que allí se aparecieron; que su divino rostro resplandecia lo mismo que el sol, tornándose sus vestiduras tan blancas como

(1) *Matth. c. 16. v. 22.*

la nieve; que atónito, enajenado Pedro á vista de tan sorprendente espectáculo, *Señor*, exclama sin poder contenerse, *nada puede hacer al hombre tan feliz como la permanencia en este monte celestial. Nosotros, si nos lo permites, levantaremos aquí mismo tres tiendas, una para ti, otra para Moises y otra para Elías; y fijemos aquí nuestra morada para siempre.*

Para siempre! Pedro: ¿para siempre en una soledad, en que no hay el menor arbitrio con que acudir á las necesidades indispensables de la vida mortal? Para siempre! ¿sin pensar siquiera en una choza para ti y para tus compañeros? Para siempre, sí. Aún el nombre de necesidad es enteramente desconocido en el lugar en que se ve la gloria del Señor. A su aspecto se trasforma su alma, se deifica, nada es ya capaz de apetecer sino la duracion eterna de su felicidad.

Y qué es por último lo que vieron allí los apóstoles? Les manifestó el Señor toda la belleza y hermosura de su rostro? Pero su luz es inaccesible, y nunca llegarán á gozar tanta dicha los ojos de los mortales, porque son incapaces. ¿Fué acaso su verdadera gloria, la sustancia misma de su divinidad? Mucho ménos; porque siendo tan superior á la delicadeza del espíritu, ¿cuánto mas lo será á la grosería de los sentidos? Ah! un solo rayo, una ligera vislumbre que de la gloria del alma asoma por entre mil celajes al exterior del cuerpo, es lo que arrebata de este modo la admiracion de los apóstoles. Pero qué asombro! este mismo rayo de luz se difunde en un solo momento por toda la redondez de la tierra; saca á los Elías de la inaccesible soledad en que se ocultan; penetra á los abismos, y hace salir á los Moises de sus tenebrosos senos; asciende hasta los cielos y obliga al Eterno á bajar del excelso trono de su gloria, para manifestar su complacencia en este acontecimiento tan prodigioso y estupendo. Y si tales efectos produce un solo destello de la gloria de Dios, ¿cuál os parece será la gloria del alma, que libre del peso de la tierra y colocada en aquella morada celestial, cuya belleza no pudo describir el último de los profetas, á pesar de haber reunido al efecto todas las preciosidades de la tierra; se acerque en medio de aquella multitud innumerable de ángeles y santos al solio mismo de la Divinidad, goce el lleno de su luz, se recline como el amado discípulo en el pecho amorosísimo del Señor, beba en aquella copiosa fuente el verdadero dulcísimo néctar de los dioses, disfrute aquella deliciosa

embriaguez que absorbe y enajena, mas no turba ni debilita la razon, y experimente las dulzuras de aquella completa bienaventuranza?

Varones contemplativos, almas angelicales, las que aún en este penoso destierro conversáis continuamente con el Señor y estáis siempre ocupadas en la meditacion de sus divinas perfecciones, venid, desengañád á los ciegos y alucinados mundanos. Abrid en su presencia los senos de vuestro corazon, y verán en él lo que no pueden hallar en el mundo, á pesar de atormentarse cruelmente por alcanzar la vana sombra de felicidad, que está siempre presente á sus ojos fascinados, pero cada vez mas distante de su inquieto corazon. En él verá la verdadera riqueza el avariento, consumido por buscar el oro, sin poder hallar mas que la escoria. En él encontrará la verdadera grandeza el ambicioso, fatigado siempre por seguir el camino de la gloria mundana, sin que logre alcanzar otra cosa que un humo ligero, que luego se disipa. En él gustará la verdadera dulzura el voluptuoso, atormentado sin cesar por beber la dorada copa del placer, en la que jamas encontraron sus labios sedientos sino amarguras que molestan su paladar, y aún venenos que suelen causarle una doble muerte. En él leerá la verdadera ciencia el soberbio filósofo, inquieto toda su vida por descubrir la verdad que se le huye, y se le esconde en castigo de su orgullo, abandonándole á su ignorancia y fatuidad, que le hacen caer en mil errores absurdos. Ah! si pudieran penetrar vuestro interior, si llegaran á gustar una sola vez aquella dulce satisfaccion, aquel gozo inexplicable que sin advertirlo os obliga á exclamar á cada paso como Pedro: *Domine, bonum est nos hic esse:* Señor, no nos privéis jamas de estas dulzuras celestiales; si oyeran que nada os molesta ya en el mundo ni os causa la menor pena, sino el haber de levantaros de los piés del Salvador; si supieran que toda vuestra dicha consiste en la esperanza, en una contemplacion llena de oscuridades y enigmas, en la sola vista de un débil rayo de su gloria, que para llegar á vuestros ojos, tiene que atravesar las densas nubes de la carne y el vestido; qué diversa idea formarian de la gloria! cuánto mas anhelarian por llegar á conseguirla! ¡Qué suaves les parecerian los trabajos, austeridades y penitencias indispensables para merecerla!

Porque desengañémonos; cuanto sea mas preciosa la corona, tanto debe ser la victoria mas difícil; y es una temeridad el aspirar por medio del sosiego, de la comodidad y del regalo á la feliz abundancia, que no puede ser sino el fruto del trabajo, de la fatiga y del sudor. Si Jesucristo nos descubre los resplandores de su gloria, lo hace con el objeto de animarnos para cargar con la cruz; si deja ver á sus discípulos la brillante claridad de su cuerpo glorificado, les hace oir al mismo tiempo la conversacion que tiene con los profetas, en que se trata de la ignominia de la pasion y de la crueldad de la muerte. No sé verdaderamente como este Pedro, que ya no puede dudar de la divinidad de su maestro que con tanta severidad le ha reconvenido, y que á pesar de su natural dulzura le repelió de sí seis dias ántes, aplicándole el odioso nombre de *escandaloso* y *Satanas;* no sé, digo, cómo tiene ahora la imprudencia de reproducir sus necios consejos, é insistir en sus escandalosas proposiciones. No bien percibe que su maestro habla con el legislador y el profeta del medio indispensable de redimir el género humano y restablecer el honor divino, vilipendiado por la soberbia del hombre, que era ir á Jerusalen á dar con su pasion y muerte un exacto cumplimiento á la ley y á los profetas, cuando dejado llevar de un amor indiscreto, y sintiendo perder la felicidad que actualmente disfruta, cómo, Señor! exclama, de ninguna manera: *bonum est nos hic esse.* ¿Cabe mayor imprudencia que la de abandonar una gloria tan cumplida, por ir á Jerusalen á buscar unos tormentos tan crueles? ¿A qué es el ir á aquella ciudad, si disfrutamos aquí la dicha que en ella pudiéramos merecer? Aquí, aquí estamos bien: *bonum est nos hic esse.*

Convengamos, señores, en que tambien eran hombres los apóstoles, y que aún tenian necesidad de que se les infundiese un nuevo espíritu para perfeccionarlos. Esta terquedad en su dictámen, este miedo á la adversidad, este odio á la cruz, ¿qué otra consecuencia podia tener de la que tuvo? San Márcos califica de ignorante á san Pedro, asegurando que no sabe lo que dice: yo me inclino mas bien á suponer, que habló como un hombre á quien tiene ciego su pasion. Mas aún aquí no se abrieron perfectamente sus ojos, puesto que su obstinacion le condujo poco despues al mas horrendo de los crímenes, al de desconocer y negar abiertamente á Jesucristo por medio de un execrable perjurio. Y ¿cuántos hay en todos los estados, que tienen la desgracia de imitar su conducta escandalosa?

Con efecto es demasiado comun el querer acompañar á Jesu-

cristo glorificado en el monte Tabor, y abandonarle despues de su prision en el de las Olivas; el exclamar viéndole lleno de gloria: *Señor, aquí debemos permanecer eternamente;* y decir, al mirarle cubierto de ignominias, *juro que no conozco á ese hombre;* alabar la Providencia en la prosperidad, y quejarse de ella, y aún blasfemarla, en el infortunio. Son por desgracia muchos los discípulos del imperfecto Pedro, y demasiadamente raros los imitadores del humilde Job. Este reconoce á su Dios en la mayor indigencia del mismo modo que en la mas copiosa abundancia; besa la mano que le priva de los hijos, y confiesa ser la misma que se los ha concedido; bendice la Providencia en medio de su dolorosa y hedionda enfermedad, lo mismo que en la mas sana y robusta salud; adora postrado á su Dios, cuando se ve insultado de sus amigos, y hasta de su mujer, del mismo modo que al verse elogiado de los hombres y del Criador: aquel, por el contrario, confiesa la Divinidad en la manifestacion de la gloria, y la niega en el sufrimiento de las ignominias; no quiere apartarse de su maestro en el monte Tabor, y huye precipitadamente de su compañía en el de las Olivas: cuando el rostro del Señor despide á todas partes los brillantes rayos de la divinidad, exclama: *bonum est nos hic esse:* no quiero mas felicidad que esta; y cuando está oscurecido con salivas, sudor y sangre, dice con descaro: *non novi illum:* nada tengo que ver con semejante hombre. ¡Asombrosa inconsecuencia, pero demasiado comun por desgracia! El mundo entero, la Providencia, todo se nos figura destinado expresamente á procurar nuestra propia comodidad, y aún á regalar y dar pábulo á nuestras pasiones. Cuando todo sucede á medida de nuestro deseo, reconocemos, confesamos, tributamos mil elogios á la Providencia; mas en cambiándose la suerte, prorumpimos luego en quejas, en censuras, y tal vez en maldiciones y blasfemias contra ella.

¡Terrible vicio, que cunde por todos los estados, y acaso se insinúa por entre las mismas virtudes! En la penitencia se practican con gusto las austeridades que se conforman con nuestra inclinacion; se oye la voz de Dios en el ministro que la anuncia, si no está en oposicion con el apetito; cuando aquellas mortifican una carne inocente, fomentando el orgullo de nuestra alma, nos agradan sobremanera; mas cuando se oponen á nuestra pasion, nos incomodan, se atribuyen á la ignorancia del confesor

ó á sus rarezas, y no se cumplen sino con una repugnancia que destruye todo su mérito. En la oracion, cuando el Señor se digna conceder aquellos consuelos é inefables dulzuras, que se miran como el preludio de la bienaventuranza, el espíritu se anima, se dilata, se complace en el ejercicio, tiene que hacerse una violencia insufrible para interrumpirlo; mas apénas el Señor se retira, privándonos de aquellos consuelos que ántes nos concediera, ya en castigo de nuestra presuncion, ya por probar nuestro sufrimiento y acrisolar nuestra caridad, el espíritu se entibia, decae, desmaya, y la oracion nos parece fria, insípida, fastidiosa. ¡Qué poco justa es la idea que nos hemos formado de la Providencia divina! Pero no es extraño, al ver el alto concepto que hacemos de nosotros mismos, y el error en que estamos acerca de nuestras necesidades. Regularmente antojadizos, como el enfermo, deseamos con ansia lo que perjudica mas á nuestra salud, y solo nos incomoda y molesta lo que arrancaria seguramente la raíz de la enfermedad. Nos quejamos del médico prudente y sabio que mortifica por algunos dias nuestro gusto, con el fin de asegurar nuestra vida dilatados años; y estas diligencias que debieran infundirnos un agradecimiento eterno, son por una dolorosa inconsecuencia causa de que le aborrezcamos, por parecernos que nos aborrece á nosotros. Miserable, funesto engaño! Tan léjos está de eso, que el amor que nos profesa, y un deseo eficaz de devolvernos la salud, le obligan á molestarnos; y es evidente que cuanto mayores sean aquellos, acrecentará la molestia, si es necesario.

Yo no veo en el Tabor á María, y la veo en el Calvario: la veo en el sepulcro, al tiempo de colocar en él el yerto y espantoso cadáver de su Hijo, cubierto de palidez, sangre y heridas; mas no la descubro, al tiempo de salir de allí el mismo cuerpo, resucitado y adornado de los dotes gloriosos. Estas observaciones me demuestran, que debe sernos mas recomendable la Providencia, cuando nos aflige, que cuando nos deleita; cuando nos castiga, que cuando nos colma de bienes. El vano deseo de la independencia, un empeño tenaz de consultar á nuestro apetito y hacer precisamente aquello á que nos inclina, fué la causa de que nos rebeláramos contra Dios, y de que quedáramos despojados por desgracia del derecho que teníamos á la bienaventuranza. Para reparar aquellos incalculables perjuícios, es preciso resistir á nuestra voluntad y someternos ciegamente á

la de Dios. No hay otro medio, y es necesario aprovecharlo, á pesar de la porfiada resistencia que puedan oponer nuestras pasiones. Esto es lo que tanto repugnaba el apóstol san Pedro, que aún estaba muy distante de la perfeccion evangélica; mas esto es precisamente lo que de él y de todos exige nuestro divino Maestro, y esta la obligacion indispensable que nos impuso su Padre celestial, al darnos el testimonio mas auténtico de su divinidad y comprobar la verdad de su doctrina. Este es, dice con una voz de trueno, mi mismo hijo, mi misma sabiduría, mi misma palabra: *Ipsum audite*: escuchádle. Su doctrina es la doctrina de los cielos, sus palabras son la verdad misma, palabras de vida eterna, las palabras del mismo Dios: *escuchádle*. Él nos asegura que necesitamos morir en el tiempo, para resucitar y vivir en la eternidad. Él nos manda renunciar á la tierra, á la carne, á la misma vida, para adquirirnos el cielo, para glorificar el espíritu, para conseguir una gloriosa inmortalidad. Él nos ordena resistir, violentar nuestras pasiones, mortificar nuestros apetitos, negarnos á nosotros mismos, llevar continuamente la cruz, de cualquier especie que sea, y por mas intolerable que parezca su peso, seguir sus huellas por entre las asperezas de la vida, para que podamos acompañarle tambien en las dulzuras de la gloria.

Y ¿quién será capaz de resistir á la voz de Dios, cuando en premio de nuestra obediencia y resignacion á sus adorables decretos, nos promete tanta felicidad? Ah! si en eso consiste, oigamos con humildad las palabras de su santísimo Hijo, sigamos llenos de valor y confianza el camino que nos dejó trazado, amemos la tribulacion y la penitencia, venzamos todas las dificultades que nos impiden la subida al monte santo, y no omitamos diligencia alguna hasta llegar á él. Oh! ¡qué felicidades nos están reservadas en aquel lugar dichoso! En él disfrutaremos la amable compañía de todos los justos de una y otra ley, gozaremos la presencia de todos los ángeles, nos acercaremos al trono de la Divinidad, cuya gloria veremos claramente, sin que haya nubes ó celajes que nos lo impidan, oiremos la voz del eterno Padre, no ronca y aterradora, sino dulce y amable; y hablando de la cruz, de los dolores, de los tormentos ya pasados, beberemos en abundancia, nos embriagaremos eternamente en aquella fuente inagotable de delicias, proporcionadas á los sacrificios que hagamos ahora para merecerlas. Amen.

SERMON.

DEBEMOS TRABAJAR PARA CONSEGUIR LA GLORIA.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(**DE EGUILETA.**)

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem..., et ducit illos in montem excelsum seorsum; et transfiguratus est ante eos.

Toma Jesus á Pedro, y á Santiago, y á Juan..., y los lleva aparte á un monte alto, y se trasfiguró delante de ellos.

S. Mateo, c. 17. v. 1 y 2.

Hoy nos dice el Evangelio, amados fieles mios, que Jesucristo nuestro Señor llevó á tres de sus discípulos, Pedro, Juan y Diego, á un monte, que segun san Gerónimo (1), y la opinion mas fundada, fué el Tabor; y que allí en su presencia se trasfiguró, esto es, hizo que se manifestase en su cuerpo sacratísimo alguna parte de aquella inmensa gloria, que gozaba en su alma benditísima desde el primer instante. Habia prometido su Majestad, como advierten Lira y el papa san Leon (2), que algunos de los suyos le verian con resplandores de gloria ántes de morir, y los llevó al Tabor para cumplirles la palabra, pues en la república de Dios nunca riñeron la virtud y la verdad.

Se trasfiguró el Señor, y de tal suerte, que su divino rostro resplandeció como el sol en fuerza de las luces del alma, que reverberaban en el cristal purísimo de su cuerpo, y sus vestidos competian en la blancura con la nieve, y aún mucho mas. ¡Ó almas, y qué gloria nos aguarda! Almas justas, almas atri-

(1) *Hieron. Epist. ad Eustoch.*
(2) *Lyra in Matth. c. 17. Leo, Hom. de Transfig.*

la de Dios. No hay otro medio, y es necesario aprovecharlo, á pesar de la porfiada resistencia que puedan oponer nuestras pasiones. Esto es lo que tanto repugnaba el apóstol san Pedro, que aún estaba muy distante de la perfeccion evangélica; mas esto es precisamente lo que de él y de todos exige nuestro divino Maestro, y esta la obligacion indispensable que nos impuso su Padre celestial, al darnos el testimonio mas auténtico de su divinidad y comprobar la verdad de su doctrina. Este es, dice con una voz de trueno, mi mismo hijo, mi misma sabiduría, mi misma palabra: *Ipsum audite*: escuchádle. Su doctrina es la doctrina de los cielos, sus palabras son la verdad misma, palabras de vida eterna, las palabras del mismo Dios: *escuchádle*. Él nos asegura que necesitamos morir en el tiempo, para resucitar y vivir en la eternidad. Él nos manda renunciar á la tierra, á la carne, á la misma vida, para adquirirnos el cielo, para glorificar el espíritu, para conseguir una gloriosa inmortalidad. Él nos ordena resistir, violentar nuestras pasiones, mortificar nuestros apetitos, negarnos á nosotros mismos, llevar continuamente la cruz, de cualquier especie que sea, y por mas intolerable que parezca su peso, seguir sus huellas por entre las asperezas de la vida, para que podamos acompañarle tambien en las dulzuras de la gloria.

Y ¿quién será capaz de resistir á la voz de Dios, cuando en premio de nuestra obediencia y resignacion á sus adorables decretos, nos promete tanta felicidad? Ah! si en eso consiste, oigamos con humildad las palabras de su santísimo Hijo, sigamos llenos de valor y confianza el camino que nos dejó trazado, amemos la tribulacion y la penitencia, venzamos todas las dificultades que nos impiden la subida al monte santo, y no omitamos diligencia alguna hasta llegar á él. Oh! ¡qué felicidades nos están reservadas en aquel lugar dichoso! En él disfrutaremos la amable compañía de todos los justos de una y otra ley, gozaremos la presencia de todos los ángeles, nos acercaremos al trono de la Divinidad, cuya gloria veremos claramente, sin que haya nubes ó celajes que nos lo impidan, oiremos la voz del eterno Padre, no ronca y aterradora, sino dulce y amable; y hablando de la cruz, de los dolores, de los tormentos ya pasados, beberemos en abundancia, nos embriagaremos eternamente en aquella fuente inagotable de delicias, proporcionadas á los sacrificios que hagamos ahora para merecerlas. Amen.

SERMON.

DEBEMOS TRABAJAR PARA CONSEGUIR LA GLORIA.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(**DE EGUILETA.**)

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem..., et ducit illos in montem excelsum seorsum; et transfiguratus est ante eos.

Toma Jesus á Pedro, y á Santiago, y á Juan..., y los lleva aparte á un monte alto, y se trasfiguró delante de ellos.

S. Mateo, c. 17. v. 1 y 2.

Hoy nos dice el Evangelio, amados fieles mios, que Jesucristo nuestro Señor llevó á tres de sus discípulos, Pedro, Juan y Diego, á un monte, que segun san Gerónimo (1), y la opinion mas fundada, fué el Tabor; y que allí en su presencia se trasfiguró, esto es, hizo que se manifestase en su cuerpo sacratísimo alguna parte de aquella inmensa gloria, que gozaba en su alma benditísima desde el primer instante. Habia prometido su Majestad, como advierten Lira y el papa san Leon (2), que algunos de los suyos le verian con resplandores de gloria ántes de morir, y los llevó al Tabor para cumplirles la palabra, pues en la república de Dios nunca riñeron la virtud y la verdad.

Se trasfiguró el Señor, y de tal suerte, que su divino rostro resplandeció como el sol en fuerza de las luces del alma, que reverberaban en el cristal purísimo de su cuerpo, y sus vestidos competian en la blancura con la nieve, y aún mucho mas. ¡Ó almas, y qué gloria nos aguarda! Almas justas, almas atri-

(1) *Hieron. Epist. ad Eustoch.*
(2) *Lyra in Matth. c. 17. Leo, Hom. de Transfig.*

buladas, consoláos en vuestras aflicciones con el premio que os espera.

Aparecieron allí Moises y Elías, prosigue el Evangelio, y se pusieron á conversar con Jesucristo nuestro Señor. Habia opiniones erradas, dice san Juan Crisóstomo (1), sobre si era su Majestad Elías ó alguno de los profetas, y vienen, dice san Efren (2), á testificar que no es Elías, sino señor de Elías; ó vienen Moises muerto y Elías vivo, dice san Vicente Ferrer (3), para publicar que es juez de vivos y muertos. Lo que hablaron, segun san Lúcas (4), fué sobre la pasion y muerte del Salvador. Válgame Dios! de la muerte de Jesucristo hablan viéndole glorioso! Sí, fieles mios, y es bellísimo documento; acuérdese el hombre de la muerte, al verse con glorias mundanas, con honras y dignidades, porque sin duda es el medio mas poderoso para despreciarlas y para cortar apetitos.

San Pedro, mi padre, anegado en avenida tanta de luces, pretendió edificar tres tabernáculos ó casillas, para gozarlas; pero que erró en ello, le dijo nuestro Redentor, porque no puede haber gloria perpetua en esta vida. Á la misma sazon una nube lucidísima y una voz del eterno Padre impidió á Pedro que prosiguiese. No es otra cosa la tribulacion ó trabajo, que Dios envia, que una voz, que da benignamente al cristiano, para que no se despeñe. Este es mi querido Hijo, dijo la voz, oídle y obedecédle. Oídle, dice, no al demonio, no al mundo, ni á la carne, sino al que viene á dar la vida por vosotros. Al oir la voz, cayeron los apóstoles aterrados. Ó santo Dios! qué será en el dia del juicio, si esto pasa en el monte de la gloria? Cayeron de ojos, que como les mandaron oir, tuvieron por demas los ojos para obedecer. En fin, alentados por el soberano Maestro, se levantaron, y vieron solo á Jesus. Qué verdad! solo Jesus es el amigo que no falta. Bajó del monte, y les encargó el secreto de cuanto habian visto. Han visto glorias, y estas se callan en la vida mortal; pero no les manda callar lo que han oido, porque no se deben callar los méritos, con que oyeron se consigue la bienaventuranza.

Esta es, fieles mios, la letra del Evangelio, toda reducida, como habéis oido, á manifestarnos la trasfiguracion del Señor, la cuál, en comun sentir de los intérpretes sagrados, es símbolo de la gloria. Á consecuencia de esto, bien pudiera proponeros sus grandezas para excitaros á desearla; pero tengo por mas conveniente omitir por ahora este punto, y cargar en otro la consideracion. Todos saben, que para subir á la eminencia de un monte, es forzoso ir con trabajo, venciendo poco á poco su aspereza; ved pues aquí, lo que es necesario para llegar á la cumbre del monte de la gloria; es preciso ir cuesta arriba, porque es forzoso vencer con la gracia del Señor la grande aspereza, que traen consigo las muchas miserias de la vida: por lo mismo ha de ser todo mi asunto manifestaros, que para conseguir la gloria eterna es preciso trabajar mucho, miéntras que nos dure la vida, y que aún así será muy corto cualquier trabajo para merecerla. Imploremos para el acierto el auxilio de María santísima, nuestra madre, saludándola devotamente con el ángel: *Ave María.*

(1) *Chrysost. Hom. 17. in Matth.* (2) *Ephr. Hom. de Transfig.*
(3) *Vinc. Fer. Serm. in sabbat. Dom. I. Quadrag.* (4) *Luc. c. 9. v. 31.*

No una sino muchas veces habéis oido, queridos fieles mios, que el camino del cielo padece violencia, y que no se puede llegar á él, sino viviendo crucificados con el mundo, con las pasiones y apetitos: esta es una verdad indubitable, y tan repetida en los sagrados Libros, que á no querer cegar con la misma luz, seria temeridad oponerse á ella. Solo puede reinar con Cristo, dice san Pablo (1), el que sufra, y padezca igualmente por Jesucristo. Quien ha de seguir á su divino Maestro, dice san Lúcas (2), es preciso que se niegue á sí mismo, y que lleve su cruz. No puede ser coronado de gloria, repite el Apóstol (3), sino el que haya sabido sufrir las penalidades y molestias de la vida. Esta es la frase de que ordinariamente usan las divinas Letras á cada paso; por consiguiente, oyentes mios, no hay cielo, no es posible subir al dichoso monte de la gloria, sino trabajando y padeciendo mucho. No lo extrañéis, porque si Jesucristo para entrar en la gloria celestial, fué conveniente, dice san Lúcas (4), que padeciese tanto, como todos sabemos que padeció, ¿no será muy justo, que los que nos preciamos de ser discípulos suyos, padezcamos igualmente en esta vida miserable, siguiendo las pisadas de tan buen maestro, para ser compañeros suyos en la eterna bienaventuranza? Desengañémonos,

(1) II. *Timoth. c. 2. v. 12.* (2) *Luc. c. 9. v. 23.*
(3) II. *Timoth. c. 2. v. 5.* (4) *Luc. c. 24. v. 26.*

que los miembros deben conformarse con la cabeza, y habiéndonos abierto el cielo nuestro redentor Jesus á fuerza de infinitas penas, es muy puesto en razon, que nosotros sigamos tambien su ejemplo, en cuanto lo permitan nuestras fuerzas.

Á la verdad, católico auditorio, aún padeciendo mucho, ¿no se nos hará mucho favor? ¿Qué son todas las penas y aflicciones de la vida, comparadas con la eternidad? Si se miran los trabajos de este mundo con los ojos del cuerpo corruptible, no hay duda en que parecerán grandes, y efectivamente lo son, atendida la flaqueza humana; que aún por eso dijo san Juan en su Apocalípsi (1), que los santos llegaron á conquistar el reino de los cielos á costa de muchos y grandes trabajos; pero mirádlos con los ojos de la fe; ponéd en balanza de una parte lo que dais y hacéis por Dios, y de otra el premio que os prepara, ¿qué proporcion hallaréis entre uno y otro? Escuchád á san Pablo, y os lo enseñará, porque es muy notable lo que dice este apóstol, y la circunstancia del tiempo en que lo dijo (2).

Habia predicado el Evangelio á las naciones, anunciándoles el nombre de Jesucristo: en sus peregrinaciones apostólicas, ¡cuánto habia sufrido por Dios! qué trabajos y fatigas! qué vigilias y sudores! ¿quién podrá ponderar los peligros, que padeció en la tierra y en el mar, en las ciudades y en los desiertos, de parte de los suyos y de parte de los extraños, de parte de los ladrones y de parte de sus hermanos? ¿En dónde no se habia señalado con su zelo y por su frecuente predicacion á los príncipes y á los pueblos, á los grandes y á los pequeños? Por sus continuas persecuciones, qué no sufrió? por naufragios, qué no padeció? por acusaciones delante de los jueces, qué no sostuvo? por baldones en plazas públicas, qué no recibió? por cadenas en prisiones, por golpes, por bofetadas, y por los mas rigurosos y mas indignos tratamientos, qué no toleró?

Añadíd á esto tantas virtudes, como habia practicado, y aún practicaba todos los dias. Qué amor de Dios! qué aborrecimiento de sí mismo! qué desprecio de todo lo sensible! qué negacion de sí mismo! qué pobreza, no solamente de corazon y de espíritu, sino pobreza corporal y verdadera! qué castigo de su cuerpo! qué abstinencias y ayunos tan rigurosos! qué oraciones tan repetidas! qué súplicas tan fervorosas! ¿Hubo

(1) *Apoc. c. 7. v. 14.* (2) *Rom. c. 8. ex v. 35. II. Cor. c. 11. ex v. 21.*

jamas hombre, que juntase mas rico fondo de méritos, y que pudiese esperar mas abundante cosecha ni hablar con mas confianza? Advertíd pues ahora, cuál era su concepto. *Todas mis obras, todas las mortificaciones, todos los trabajos de mi vida, no pueden entrar en comparacion con la bienaventuranza que espero.* Este era el juício del santo apóstol; y da la razon: *porque todo lo que sufrimos y padecemos en la vida, es momentáneo, fácil y transitorio; pero el premio que nos aguarda, es grande en sí mismo, y eterno en su duracion* (1).

Por esta misma causa el Hijo de Dios, despues de proponernos su Evangelio difícil y severo, enemigo de los sentidos y de la naturaleza, lleno de mortificacion, de penitencia y de abnegacion, nos manda alegrarnos, recibir y llevar con santo regocijo, la carga que nos impone: *gaudete, et exultate* (2); porque en medio de la pobreza, del abandono y renuncia de todas las cosas, en medio de las lágrimas y aflicciones, todo nos debe ser gustoso y fácil; todo debe parecernos dulce y agradable, al considerar la recompensa tan grande y el dichoso fin, que se nos tiene preparado: *Quoniam merces vestra copiosa est in coelis.*

¡Oh, cómo conocieron esta verdad los moradores de la eterna patria, los santos digo, que han recibido ya la corona de sus trabajos en la celestial Jerusalen! ¿qué no hicieron, qué no padecieron por conquistar el reino de los cielos? En primer lugar, fueron exactísimos observadores de la ley divina; es decir, que resistieron todas las tentaciones, por violentas que fuesen; que se preservaron de pecar en las ocasiones mas peligrosas; que reprimieron sus pasiones mas dominantes y tuvieron la sensualidad continuamente sujeta, como es debido, á la razon y á la ley divina; que en medio de las riquezas conservaron el espíritu de desprendimiento, en medio de las grandezas el espíritu de humildad, en medio de los gustos y comodidades el espíritu de mortificacion, y en medio del mundo el espíritu de retiro y soledad. Es decir, que practicaron la penitencia, la paciencia y la caridad, que consolaron á los pobres, amaron al prójimo, perdonaron á sus enemigos; en una palabra, que cumplieron con todas las obligaciones generales y particulares de la ley divina, ya sea en el ejercicio de buenas obras, ya sea en el cuidado de los negocios humanos, ya sea en la administracion

(1) II. *Cor. c. 4. v. 17. et 18.* (2) *Matth. c. 5. v. 12.*

de justicia, ya sea en el gobierno de su casa, ya sea en todo lo que miraba á su Dios, en lo que tocaba á sí mismos, y en todo lo demas.

¿Pensáis, oyentes mios, que con esto hicieron los santos mas de lo que debieron, para ser puestos en el grado de siervos fieles, y para recibir del Padre de familias la dicha de su salvacion? Pues si consultáis y creéis á los mismos santos, os responden, que fueron siervos inútiles, que nada se les debia, que solamente contaban con la misericordia del Señor, cuya piedad corona en nosotros, segun dice san Agustin (1), no tanto nuestros méritos, cuanto sus divinos dones.

Añadíd á lo expuesto un zelo muy superior; porque no se contentaron los santos con la observancia de los mandamientos, sino que procuraron juntar tambien el fruto de los divinos consejos. Pasád en espíritu á los desiertos de Egipto; considerád aquellos famosos solitarios de la Tebaida; seguídlos hasta el extremo de aquellas peñas; buscádlos en las crudezas de las cavernas ó cuevas: son hombres, ó son ángeles? ¡Siempre velar, siempre ayunar, siempre orar, siempre meditar, siempre privarse de todo! Qué es esto? es vivir, ó morir continuamente? ¿Para qué tantas oraciones, tantas abstinencias, tantas austeridades, tantas disciplinas? Ay fieles, que lo entendéis muy mal! No obstante todos los rigores que ejercitamos con nosotros mismos, os responderán, y en su nombre os responde san Juan Clímaco (2), no obstante tantos rigores, cuidamos demasiado de nuestros cuerpos: fuéramos dichosos, si despues de cincuenta, sesenta ó mas años de soledad y servicio en obsequio de nuestro Dios, pudiéramos ser recibidos en su santa morada, y tener asiento entre sus predestinados.

Así han pensado tantos fervorosos anacoretas; así han pensado en los monasterios y claustros tantas personas religiosas, y aún así han pensado tantos justos en medio del mismo siglo: unos y otros se daban por contentos, por satisfechos, bien servidos y pagados de sus lágrimas, de sus penas, de sus ayunos, de sus cilicios, enfermedades y demas aflicciones de la vida, con la esperanza bien fundada que tenian de que, como dijo san Pablo (3), despues de los combates les restaba una corona de gloria por toda la eternidad.

(1) *Aug. lib.* 1. *Conf. c.* 20. (2) *Climac. Escal. c.* 5.
(3) II. *Timoth. c.* 4. *v.* 8.

Pues ¿qué diremos de aquellos combatientes de la Iglesia militante los santos mártires? ¡Oh, qué suplicios tan severos imaginó la barbaridad de los tiranos para atormentarlos! Pero pregunto: pudieron acaso acobardarlos? Los llevaban al tormento, los clavaban en cruces, los tendian sobre ruedas, sobre llamas de fuego, en parrillas, en hogueras ardientes, y en aceite hirviendo; pero sobre el potro, sobre las cruces, sobre las ruedas, sobre las llamas ¿qué se oía de sus bocas, sino cánticos de alegría? Un san Estéban, al verse en medio de una tempestad de piedras, ¿pensaba mas que en orar por sus mismos enemigos? San Andres abrazaba la cruz, como el objeto de todos sus deseos; san Lorenzo advertia varonilmente á los verdugos, que las llamas habian quemado ya un lado de su cuerpo, y los convidaba para que le volviesen del otro. Válgame Dios! ¿de dónde le venia este aliento y fuerza mas que humana? Pero de dónde podéis pensar que les viniese? De que veían los cielos abiertos sobre su cabeza; miraban á Jesucristo su jefe, que les presentaba las palmas que traía en sus manos, y en su consecuencia perdian el sentido, y no solamente no tenian pena por sus tormentos, sino que sentian en ellos un gusto y suavidad indecible, hasta clamar y decir, como san Agustin en otro tiempo (1): *Hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in æternum parcas:* no perdonéis, Señor, aquí en este cuerpo miserable y corruptible, con tal que por este medio perdonéis nuestras miserias, y nos hagáis participantes de vuestra gloria celestial.

Ved, fieles mios, cuán bajo concepto formaban los santos de todos los trabajos del mundo, comparados con la recompensa del cielo. Todas las penas, castigos, aflicciones y martirios les parecian tan suaves y ligeros, que no tenian en su aprecio lugar alguno.

Reflexionemos pues ahora, para nuestra instruccion y enseñanza, que hombres eran los santos como nosotros, aunque por otra parte mucho mas inocentes, mas mortificados y mas fervorosos que nosotros. Pues si estos hombres, despues de purificados en el servicio de Dios; despues de haber hecho infinitos sacrificios de sí mismos, y de sus inclinaciones, las mas naturales, las mas vivas y las mas dominantes; despues de haber vivido sujetos á una regla estrecha y penosa; despues de estar

(1) *Aug. ap. Rodrig. Perf. tract.* 8. *c.* 23.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

crucificados con el mundo, despues de haber derramado su propia sangre; si estos hombres, despues de tanto mérito, no se reputaban por dignos de recompensa y de ser recibidos en el cielo; nosotros por cuatro Ave Marías mal rezadas, por una corta limosna, por una obra de piedad perezosamente practicada, y de ordinario interrumpida; por último, nosotros, despues de una vida tibia y floja, ¿podremos lisonjearnos de tener incontrastable derecho á toda la gloria eterna y á toda la felicidad de los bienaventurados? Qué locura y desatino!

Fieles de mi corazon, las leyes del cristianismo siempre han sido, son y serán las mismas; no hay en ellas aceptacion de personas, y lo mismo manda á uno que á otro Jesucristo. Por consiguiente, si los santos, para entrar en el cielo, hicieron tanto, y aún les parecia poco, nosotros por nuestra parte debemos tambien seguir sus pasos, si queremos ser eternamente felices como ellos. ¿Por qué pensáis que los santos fundadores juntaron los hombres en las soledades, y los sujetaron á las leyes de una disciplina mas rigurosa? ¿Os parece que fué su intento proponer á sus discípulos un nuevo Evangelio, ó añadir rigores inútiles á la ley, que propone Jesucristo para el comun de todos los fieles? Ó error intolerable!

Sabéd, católicos oyentes, que cuando los cristianos formaban, aún en medio del mundo, una congregacion de santos, de la que no era digno el mismo mundo; cuando las mujeres manifestaban la piedad con su pudor y su modestia; cuando los fieles brillaban como purísimos astros en medio de las naciones corrompidas, entónces, á no llevar la idea de vivir con mayor mortificacion y austeridad, como la llevaron muchos, queriendo imitar á los profetas y á san Juan Bautista (1), hubiera sido inútil el retirarse á las soledades, porque la congregacion de los fieles era buen efugio y asilo de la virtud, y la vida comun de ellos era un camino, que guiaba fielmente á la salvacion eterna. Pero despues que, extendiéndose la Fe de Jesucristo, empezó á resfriarse; despues que, habiéndose hecho cristiano el mundo, trajo consigo á la Iglesia su corrupcion y sus máximas, entónces aquellas almas, á quienes quiso preservar el espíritu de Dios, viendo las ofensas y contradicciones de las ciudades, viendo que la vida comun no era ya en ellos vida cristiana, bus-

(1) *Fleury*, Costumbres de los cristianos, *c.* 26.

caron un asilo en la soledad, levantaron unos lugares seguros en medio de los desiertos, y juntaron hombres, para que allí se librasen de la corrupcion general; pero el fin que se propusieron, fué renovar las antiguas costumbres de los cristianos y facilitar á sus discípulos la observancia del Evangelio, que es la regla universal de todos, y que todos tenemos obligacion de observar; de manera que todas las precauciones de retiro, silencio y austeridad, que nosotros miramos como ajenas de nuestro estado, no fueron mas que unos medios, que estos santos penitentes tuvieron por necesarios, para observar unas obligaciones que les eran comunes con nosotros.

Es verdad que se obligaron á ciertos ejercicios particulares, que no propone por preceptos el Evangelio; pero con los auxilios de estos ejercicios particulares no intentaron mas que llegar con mas seguridad á la observancia de la ley de Dios: por esto renunciaron el sagrado lazo del matrimonio, para facilitar mas y mas la pureza y la castidad, mandada generalmente á todos los fieles; por esto se sujetaron á las leyes de un riguroso silencio, para evitar con mas seguridad las conversaciones de vanidad, de ociosidad, de malicia y de disolucion, prohibidas á todos los cristianos, y que son tan comunes en el mundo; por esto renunciaron absolutamente los bienes y las esperanzas del siglo, para llegar con mas facilidad á la pobreza de espíritu y al desprecio de las cosas perecederas, que á cada uno de nosotros se nos manda en el Evangelio; por esto se encerraron dentro de los muros de un retiro severo, para apartarse para siempre de los placeres y pompas del mundo, de que todos hemos hecho renuncia en el sagrado bautismo; por esto en fin se impusieron el yugo de los ayunos, de las vigilias y demas mortificaciones, para domar una carne, que todos estamos obligados á crucificar continuamente, y para hacer como una ley doméstica la penitencia, que á todos manda el Evangelio, como ley indispensable.

Ved, fieles mios, cuál fué el fin de los santos patriarcas en sus respectivas fundaciones; proponer en la práctica de los consejos unos socorros, para cumplir con mas facilidad las obligaciones de la ley, á que todos estamos sujetos, que fué lo que hicieron los santos: esta fué su idea, pues, como todos saben, no es la severidad evangélica para unos y la indulgencia para

otros, porque, segun enseña el apóstol san Pablo (1), no hay diferencia de judío ni de gentil, de príncipe ó de vasallo, de cortesano ni de solitario : en esto consiste la uniformidad de nuestra sagrada Religion, y esta es preciso que observemos con toda su austeridad, como la observaron los santos, si queremos subir como ellos al monte santo de la gloria.

Decídme pues ahora : ¿es por ventura vuestra vida semejante á la vida de los santos? Ojalá que fuese así; pero la experiencia enseña lo contrario. Frecuentemente insisten los ministros de Dios en persuadir á las almas, que trabajen para ganar el cielo, como trabajaron los santos: que para esto se nieguen á sí mismas; que hagan violencia de sus apetitos, que repriman sus pasiones, que se sujeten á ciertos ejercicios cotidianos de virtud. Mas qué obstáculos, qué dificultades no encuentran! qué excusas tan frívolas, qué pretextos tan vanos no hallan! qué delicadezas, qué ocupaciones no pretextan! Aún en muchas almas, que parece siguen el camino de los santos, no vemos que sucede así? Oyen gustosas hablar de Dios y de las cosas eternas; son irreprensibles en cuanto á la ira, lujuria y otros vicios; pero si se les habla de que paguen á sus acreedores lo que les deben, de que recompensen el sudor de los criados con sus justos salarios, de que mortifiquen y contengan su lengua murmuradora, de que abandonen las visitas, el vano adorno de sus cuerpos, los concursos y pasatiempos profanos, qué sucede? Lo qué sucedió, cuando aquel jóven del Evangelio consultó al Hijo de Dios, y quiso saber lo que debia hacer para salvarse : al punto se sujetó á lo que el Señor del mundo le ordenó, y aún le respondió, que ya lo habia observado; pero luego que Jesucristo le dijo : ve y vende lo que tienes, dálo á los pobres y sígueme; esta palabra le entristeció, y sin replicar cosa alguna, se retiró : *Abiit tristis* (2). ¿Qué importa pues, alma cristiana, que no te condenes por vengativa, ni lujuriosa, si te lleva el diablo por ser murmuradora, injusta ó idólatra del mundo y de la fortuna?

Ay, fieles mios! á Dios se ha de servir sin reserva, que así le sirvieron los santos; y quien así no le sirva, no piense tener parte con ellos. ¿Cabe entre cristianos, que se mire con tanta

(1) *Rom.* c. 10. v. 12. (2) *Matth.* c. 19. v. 22.

indiferencia un negocio de tanta entidad como el de la salvacion eterna? ¡Un negocio, que es el mas importante, ó, por mejor decir, el único que verdaderamente nos interesa, pues de él pende nada ménos que nuestra eterna felicidad, que se trate con tal desidia, como si fuera el mas despreciable de todos! ¡Que este negocio tan esencial, y que deberia estar siempre á la frente de todos los demas negocios, ceda vergonzosamente á todos en el ejercicio de nuestras acciones! ¡Que este negocio tan amable, al que las promesas de la Fe y los consuelos de la gracia unen tantas dulzuras, sea para nosotros el mas triste y desabrido! Ó ceguedad de los hombres! ó locura imponderable!

Fieles de mi corazon, todos los demas cuidados, ménos el de la salud eterna, son profanos, impuros y despreciables : no son mas que unas inquietudes vanas, estériles y casi siempre pecaminosas; solamente pueden santificarse, yendo unidos con los cuidados de la salvacion eterna; y que sin embargo no se haga caso! Dónde cabe tal desvario? ¿dónde, sino en un corazon obstinado, en quien no hagan mella los desengaños? ¿Es posible, ó pecador! es posible que tan poco aprecio hagas del fin último para que Dios te crió? Dios te dió el ser que tienes, para que sirviéndole en esta vida, le gozases por eternidades en la otra; ¿por qué pues no le sirves con todas las veras del corazon? Qué ama, quien á esta bondad no ama? qué teme, quien á esta majestad no teme? á quién sirve, quien á este Señor no sirve? ¡Que llegue á tanto la maldad de los hombres, que se atrevan á ofender insolentemente á su Dios, abandonando su salvacion! Ó desacato del mundo! ó ceguedad incomparable! ó insensibilidad mas que de bestias! ó atrevimiento digno de los demonios! Fieles oyentes mios, ¿es posible que por un deleite bestial, ó un vil interes caduco, queráis perder vuestra salvacion y ser pasto de las eternas llamas? Quién no se cae muerto aún solo de oirlo?

Abríd, católicos, los ojos para conocer vuestro engaño : ya quedáis enterados que para subir al monte de la gloria, es forzoso ir cuesta arriba, y á costa de muchos trabajos; ya quedáis instruídos prácticamente con los ejemplos de los santos, que aún padeciendo mucho, se nos hará mucha gracia en darnos la eterna bienaventuranza. Qué resta pues á vista del desengaño? ¿qué resta, sino entablar nueva vida, siguiendo el ejemplo de

tantos penitentes, para ser compañeros suyos en el cielo? Esto es, fieles mios, lo que resta: ánimo pues, para ponerlo por obra. ¿No es mucha razon, que pues ahora nos da Dios tiempo, lo procuremos aprovechar? ¿No es mucha razon, que trabajemos como los santos, para lograr aquella gloria, y gloria eterna para que fuimos criados? ¿Quién pues no se anima desde este punto con todas las veras del corazon? Todos renunciámos al mundo y sus placeres en el sagrado bautismo; todos renunciámos á la carne, obligándonos á no vivir segun sus deseos corrompidos, sino á castigarla, domarla y crucificarla; todos renunciámos á Satanas y sus obras, esto es, las pompas, los juegos, los recreos y todo cuanto no es de Jesucristo. ¿Quién pues se niega vilmente á cumplir estas promesas tan solemnes? Si las cumplimos, aseguramos la gloria eterna; de otra suerte nos perdemos para siempre. Y que haya hombre que las deje de cumplir! que por un triste deleite ó vil interes quiera exponer su salvacion eterna! Ó brutalidad mas que de bestias!

Baste ya, pecador, de ceguedad y rebeldía: para el cielo fuiste criado, y este debe ser toda tu atencion: bien sé que hasta aquí has mirado con mucha indiferencia este punto importantísimo, porque te dejaste engañar del demonio, del mundo y del apetito; pero aún estás en tiempo de recuperar lo perdido, si desde ahora te resuelves á seguir el ejemplo de los santos con lágrimas y amargura: solo con arrepentirte de veras y dar á Dios una firme palabra de observar en adelante su santa ley, aseguras la gloria eterna; oh qué medio tan benigno y tan fácil! Si con arrepentirte de haber perdido una joya, volviese á tu poder, ¿no te arrepentirias muy de veras? Pues, cristiano mio, el tesoro de la gloria llegaste á perder por la culpa; pero hay el consuelo de que puedes recuperarlo por la penitencia. Pues á qué aguardas? cómo no se parte de pena tu corazon? cómo no te mueres de sentimiento? Perder una gloria, y gloria eterna! perder la compañía de María santísima, nuestra madre! perder á todo un Dios para siempre! ¡Oh, no lo permitáis, Dios y padre clementísimo!

Llega pues, cristiano, llega sin dilacion á los piés de Jesucristo, llega con gran dolor de tus pecados, para que no se pierda por tu malicia lo que obró en ti su omnipotencia: pecaste como miserable; pero ahí tienes al Cordero de Dios inmaculado, y al que borra los pecados de los hombres; ahí tienes al Señor y dueño único de tu vida, al Dios dulcísimo del amor, al insigne bienhechor del universo, al iman de tu corazon y centro único de tus afectos; ahí le tienes, esperando tu conversion y penitencia. Ó misericordia sin término! ó paciencia de mi Dios! No hay en el infierno fuego bastante para castigar mis pecados y aún queréis compasivo perdonarme! Ó exceso de bondad y de clemencia!

Ó dulce Jesus! ó redentor mio! cuán suave sois! cuán amable con los miserables pecadores! ¡que mereciendo el infierno, y mil infiernos que hubiera, me hayáis sufrido y esperado con tanto amor! Oh bendita sea para siempre tal paciencia! Bendígante, Señor, todas las criaturas por tan inefable favor; bendígate la tierra; bendígante los cielos; y sobre todo, tú, alma mia, *benedic*, te dice el real Profeta (1): bendice, alaba y engrandece á un Dios tan bueno, tan amoroso, tan compasivo, tan benigno y misericordioso; á un Dios, que pudiendo haberte precipitado á las eternas llamas desde el mismo instante en que le ofendiste gravemente, te ha esperado benignísimo, solo con el fin de que te conviertas de veras y te dispongas por este medio para ser compañero suyo en la gloria. Alaba pues alma ingrata, alma rebelde, alma infame, alma pecadora, alaba y engrandece á tan soberano bienhechor; alábale, y en justa correspondencia saca un propósito firme de servirle puntualmente y con todas las veras del corazon. Hasta aquí has buscado y servido al demonio, dejándote arrastrar de los viles gustos, honras, deleites y recreos; sea hoy el dia dichoso en que, dando de mano á todos los placeres de la tierra, no tengas mas objeto que buscar á tu Dios, amar á tu Dios, honrar y glorificar á tu Dios. Esto es lo que te importa; pues á qué aguardas? Este es el camino único que te conduce á la gloria eterna: no hay ni puede haber otro; no hay gloria de lo contrario; por este anduvieron los santos, y por este has de andar tú, si quieres salvarte como ellos; pues qué haces? cómo no te caes muerta á fuerza de agradecida? Gime, clama y suspira con el mas profundo sentimiento; llora tus desaciertos, y toda llena de confusion pide á tu Dios, como aquel famoso publicano, perdon de todos ellos; díle, como él, y con la misma eficacia (2): *Deus, propitius esto mihi peccatori:* Dios mio, sed propicio con este pobre pecador, apia-

(1) *Psalm.* 102. *v.* 1. (2) *Luc. c.* 18. *v.* 13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dáos de mí, compadecéos de mí, habéd misericordia de mí; no lo merezco, es verdad; pero supla, Señor, vuestra sangre lo que falte á mi disposicion; esa sangre amorosa es nuestro amparo; á ella pues nos acogemos, y por ella os pedimos perdon y misericordia. No es así, fieles mios? Ojalá que de dolor no me podáis responder. Buen ánimo, ánimo y aliento para llorar nuestras culpas; no mas ingratitud contra un padre tan amoroso, no mas ofender á tan infinito bienhechor: lloremos sí nuestros pecados; clamemos con amargura, diciendo de todas veras: Señor mio Jesucristo, etc.

HOMILÍA.

LA CONVERSION DEL PECADOR

NO DEPENDE DE SUS MÉRITOS,

SINO DE LA GRACIA DE DIOS.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum; et transfiguratus est ante eos.

Toma Jesus á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva á un monte alto apartado, y se trasfiguró en su presencia.

S. Mateo, c. 17. v. 1 y 2.

¡Cuán interesante y satisfactoria es para los cristianos la escena misteriosa que pone á su vista la Iglesia en este dia! Oh! quién tuviera la dicha de saberla apreciar debidamente! ¡quién se hallara con fuerzas suficientes para subir á la elevada cumbre en que se representa! Pero es demasiada la debilidad y torpeza de nuestros piés para superar los obstáculos que se hallan al paso de este difícil ascenso. El espíritu de los Gerónimos, la sublimidad de los Agustinos... todo es poco. La agilidad é inteligencia de los ángeles era necesaria al efecto. Qué asombrosa maravilla! La gloria de un Dios-Hombre! ¡la infinita gloria de un Dios salvador, constituído cabeza de toda la especie humana! ¡la gloria inefable de un Dios, que se digna tomar sobre sí toda la miseria del hombre, para elevarle á la participacion de su misma gloria! Oh! si el príncipe de los apóstoles se dignara comunicarme un débil rayo de la luz y energía que produjo en su alma la vista de Jesucristo glorificado, ¡cuántos y cuán puros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dáos de mí, compadecéos de mí, habéd misericordia de mí; no lo merezco, es verdad; pero supla, Señor, vuestra sangre lo que falte á mi disposicion; esa sangre amorosa es nuestro amparo; á ella pues nos acogemos, y por ella os pedimos perdon y misericordia. No es así, fieles mios? Ojalá que de dolor no me podáis responder. Buen ánimo, ánimo y aliento para llorar nuestras culpas; no mas ingratitud contra un padre tan amoroso, no mas ofender á tan infinito bienhechor: lloremos sí nuestros pecados; clamemos con amargura, diciendo de todas veras: Señor mio Jesucristo, etc.

HOMILÍA.

LA CONVERSION DEL PECADOR

NO DEPENDE DE SUS MÉRITOS,

SINO DE LA GRACIA DE DIOS.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum; et transfiguratus est ante eos.

Toma Jesus á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva á un monte alto apartado, y se trasfiguró en su presencia.

S. Mateo, c. 17. v. 1 y 2.

¡Cuán interesante y satisfactoria es para los cristianos la escena misteriosa que pone á su vista la Iglesia en este dia! Oh! quién tuviera la dicha de saberla apreciar debidamente! ¡quién se hallara con fuerzas suficientes para subir á la elevada cumbre en que se representa! Pero es demasiada la debilidad y torpeza de nuestros piés para superar los obstáculos que se hallan al paso de este difícil ascenso. El espíritu de los Gerónimos, la sublimidad de los Agustinos... todo es poco. La agilidad é inteligencia de los ángeles era necesaria al efecto. Qué asombrosa maravilla! La gloria de un Dios-Hombre! ¡la infinita gloria de un Dios salvador, constituído cabeza de toda la especie humana! ¡la gloria inefable de un Dios, que se digna tomar sobre sí toda la miseria del hombre, para elevarle á la participacion de su misma gloria! Oh! si el príncipe de los apóstoles se dignara comunicarme un débil rayo de la luz y energía que produjo en su alma la vista de Jesucristo glorificado, ¡cuántos y cuán puros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

afectos de júbilo, de devocion y de gratitud producirian mis palabras! Las nubes del error y de la ignorancia se disiparian enteramente, y puesta de manifiesto la verdad en todo su resplandor, exigiria de la razon mas orgullosa el obsequio respetuoso de una fe humilde y confiada; el mas tímido y cobarde se reanimaria, sentiria renacer en su pecho la esperanza mas firme y consoladora; derretiríase en lágrimas copiosas de penitencia el corazon mas empedernido; el pecador mas tibio y helado se abrasaria en las llamas del amor divino; el hombre ingrato, considerándose como un miserable reptil en comparacion de aquel Señor á quien debe su ser, prorumpiria en alabanzas y acciones de gracias en obsequio de su Hacedor: todos los afectos del hombre experimentarian una pronta y feliz trasformacion.

Sin embargo en nuestra mano está aprovecharnos de esta saludable leccion que nos da la Iglesia, recordándonos la trasfiguracion gloriosa de nuestro divino Salvador. Despojémonos un momento de la grosería de nuestras pasiones, y revestidos de un espíritu puro, humilde y recto, elevémonos al lugar que es el teatro de tan estupenda maravilla. Con este objeto nos la recuerda la Iglesia, y con el mismo voy á renovar yo su memoria, ofreciendo, cristianos, á vuestra consideracion la sucinta historia que de ella nos hace el Evangelio. No puede quedar la menor duda en que el asunto es de los mas sublimes é importantes. Pero careciendo yo de las luces necesarias para poder describirlo dignamente, y vosotros de la capacidad indispensable para comprenderlo, estamos en la obligacion de recurrir al Espíritu de Dios, á fin de que nos dispense sus poderosos auxilios. Pidámosle con toda eficacia tan inestimable favor por la intercesion de su amada Esposa y nuestra madre. *Ave María.*

De nada servirian los deseos y esfuerzos del hombre miserable para dejar de serlo, si la misericordiosa providencia del Omnipotente no le inspirara, moviera y concediera sus auxilios para realizarlo. Nadie, absolutamente nadie puede acercarse, ni dar un solo paso hácia el puerto de la salud, si no le conduce la poderosa diestra del Altísimo. Aún digo muy poco: tan extremadamente debilitado quedó el hombre en la caída que dió desde el elevado estado de su inocencia, que por sí solo no

puede pedir ni aún desear que le levanten. Pero el amor y la misericordia del Señor, á pesar de los motivos que tiene para aborrecerle, le recuerdan que es obra de sus manos, y no le permiten abandonarle. Olvida sus extravíos, y atendiendo solo á su miseria, se conduele y derrama sobre él las bendiciones de su misericordia. Conoce demasiado su debilidad é impotencia, y sin extrañar que no le llame, sin aguardar á que le pida, y ántes muchas veces de que él vuelva en sí para poder conocer su desgracia, alarga el Señor su mano amorosa y le saca del profundo abismo en que habia sido sumergido: *Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem.* Ignorado era de los apóstoles el designio del Salvador; y aunque les habia prometido que algunos gozarian la dicha de ver al Hijo del hombre sentado en el solio de su reino (1), ninguno llegó entónces á penetrar el verdadero sentido de esta promesa, ninguno tenia la menor idea, ni era capaz de pensar en tan sublime gloria; mas el Señor (qué generosa dignacion!), el Señor por un puro efecto de su bondad los llama, los pone en movimiento, los toma por la mano, vence todas las dificultades, y los conduce sin el menor trabajo por su parte al monte, en cuya cumbre los coloca, para que puedan ver y participar los refulgentes brillos de su gloria.

Y habrá alguno que no admire tan inmensas bondades? ¿en quien esta generosa beneficencia no produzca una esperanza segura de participar un dia eterno todo el lleno de su gloria? Sé muy bien que es demasiado elevada la cumbre del monte que la Providencia destinó para teatro de sus liberalidades. Conozco nuestra debilidad, y que abrumados con el enorme peso de nuestra corrupcion, apénas podemos dar un paso por terreno llano y suave. Oigo al Profeta que, confundido al considerar la inmensidad de la gloria y la excesiva pequeñez del hombre, exclama (2): *¿quien, Señor, será el afortunado que llegue á la sublime altura y fije su residencia en el lugar destinado para morada de vuestra majestad?* y que deseando proporcionar el mérito con el galardon, parece exigir tantas y tan heroicas virtudes, tal inocencia en las obras, tanta pureza de costumbres y tan admirable rectitud de intencion, cual solo podrán encontrarse en los celestiales espíritus. Todo es cierto; pero no lo es

(1) *Sunt quidam de hic stantibus qui non gustabunt mortem, donec videant Filium hominis venientem in regno suo.* Matth. c. 16 v. 28.
(2) *Psalm.* 23. *v.* 3.

ménos que Dios ha formado el cielo, no solo para estos, sino tambien para los hombres; y que los pecadores son el objeto de sus misericordias. Justo, saludable es que nos avergüence y confunda la memoria de nuestros pecados; mas no que nos conduzca á una furiosa desesperacion. Nadie desconfíe: el sacrílego, el blasfemo, el iracundo, el adúltero, el impío, todos los pecadores deben confiar, considerando la eleccion que el Señor hizo de sus discípulos, para concederles la gracia de ver su gloria en el Tabor. El primer elegido es un pecador varias veces reconvenido por este divino maestro, repelido con las expresiones sumamente severas, de que solo en otra ocasion se valió para repeler al espíritu maligno, *vade Satana;* un Pedro, cuya negacion acreditó despues la justicia de tales reprensiones. Sus dos compañeros fueron igualmente reprendidos por Jesucristo en otra ocasion (1) por su ambicion desmedida. Nadie, repito, desconfíe: Dios sabe, cuando es su beneplácito, ablandar los corazones mas endurecidos, valiéndose de la eficacia de su poder, convertir en vasos de eleccion á los enemigos mas encarnizados de su Iglesia, y trasformar en mansos corderitos los lobos que con tanta ferocidad destrozaban su rebaño. Su infinita misericordia no se desdeña de conducir y sentar á su mesa, aunque tenga que echar mano de una especie de violencia, á los cojos y mancos, á los tullidos y ciegos, á los andrajosos y mendigos, para celebrar sus desposorios. Las Magdalenas, las Samaritanas, los Pedros, los Saulos... oh! ¡cuántos pecadores memorables por la enormidad de sus crímenes, deben á su generosa misericordia las delicias de la gloria que felizmente disfrutan!

¡Qué dulce consuelo para tantos miserables que gimen oprimidos bajo el peso de sus culpas! Quién á vista de esto podrá desconfiar de su salud? Qué es lo que puede desanimar al pecador? ¿Le deslumbra el resplandor de la gloria, el brillo de la majestad, el fulgente acero de la espada de un Dios ofendido? Ah! quien así piensa no tiene idea de la bondad y clemencia del Señor. Este, dice mi venerado maestro santo Tomas de Aquino, elige solo tres de sus discípulos para espectadores de su trasfiguracion, á fin de que sirviendo de guias al resto de los hombres, superen estos con mas facilidad el obstáculo que su

(1) *Marc.* c. 10 v. 38.

cobardía pudiera oponer á su salvacion. Todos, continúa este sabio angélico preceptor, todos estamos en obligacion de oir, obedecer, respetar y dejarnos conducir por los consejos é instrucciones de aquellos, que Dios ha constituído ministros suyos y dispensadores de sus gracias. Y ¿qué confianza tan consoladora no debe inspirarnos esta providencia? No quiere que oigamos de su misma boca las verdades de vida eterna, ni aún espera á que poséidos de un terror pánico semejante al de los hebreos, le pidamos que nos hable por medio de sus ministros, por evitar así que el terrible sonido de su voz acabe con nuestra existencia; elige espontáneamente tres entre sus apóstoles, Pedro, Santiago y Juan, unos miserables como nosotros, pecadores y acaso mas criminales que nosotros, y que necesitan igual ó mayor indulgencia que la que se nos dispensa á nosotros. Estos son los encargados por el Salvador para dirigirnos por el áspero camino de la tierra á la mansion tranquila de la bienaventuranza. En vista de esto ¿seremos tan osados que despreciemos sus saludables consejos y nos opongamos á seguir su direccion? ó tan tímidos que nos acobarde su conducta y su presencia? Recelaremos poner en sus manos nuestra salud?

Ah! conoce, mortal bienaventurado, persuádete por último de la excesiva ternura con que Dios te ama; depón el miedo y la cobardía que te afectan en este momento, sál de ese cieno inmundo, en cuya hediondez estás como sepultado; sacrifica con resolucion tus perversas inclinaciones; sujeta con firmeza esas pasiones que te tienen en tan vergonzosa esclavitud y que tantos sacrificios han exigido y arrancado de ti; emprende con valor la marcha por esa senda estrecha, superando su escabrosidad, su aspereza, sus espinas, obstáculos que solo se oponen á quien no se atreve á arrostrarlos; sube presuroso á la cumbre de una vida espiritual y penitente; pon debajo de tus piés, pisa con orgulloso desprecio los seductores halagos que el mundo corrompido te ofrece; arroja para siempre de tu afecto las riquezas de la tierra, las vanidades del siglo, los placeres del sentido; elévate á ese monte apartado, y gozarás una satisfaccion infinitamente superior á los deseos de tu desmedido corazon, viendo á Jesucristo trasfigurado, como le vieron los apóstoles en el Tabor.

No es dado á los mortales formar la mas imperfecta idea de las inmensas delicias reservadas en el monte sublime de la glo-

ria para galardonar la virtud. Una puequeña vislumbre que resalta en el exterior del cuerpo de Jesucristo, de un cuerpo todavía pasible y mortal, destinado á sufrir los tormentos mas ignominiosos y la muerte mas infame; un rayo, un solo reflejo el mas débil de aquella gloria que se divisa por entre los celajes de la carne y del vestido, arrebata la admiracion, suspende la accion de los sentidos, embriaga las potencias, trasforma prodigiosamente á todos los espectadores, y les hace persuadirse á que la tierra se ha trasladado al cielo. Nada hay aquí que cause espanto y terror como en el Sinaí; por el contrario todo atrae, todo causa un dulce embeleso, un encanto inexplicable, todo beatifica en este monte misterioso. Los Hijos del trueno desconocen los estímulos de la ambicion, y sacrificarian con indecible gusto cuantos honores pudieran disfrutar en la tierra, por asegurar el ínfimo lugar en esta morada de la bienaventuranza. Pedro depone todos los temores y recelos, descuida hasta de su propia conservacion, y enajenado exclama á nombre de los tres: *Domine, bonum est nos hic esse:* aquí, Señor, aquí estamos perfectamente: nada podemos temer, nada nos queda que desear; fijemos aquí nuestra residencia, pero fijémosla para siempre. Jamas, amado maestro, jamas nos separemos de este paraíso de delicias: fuera de él todo es dolor y miseria, y aquí todo es felicidad y gloria.

Gran Dios! si así colmó los deseos insaciables del hombre la vista sola de vuestro cuerpo glorioso, ¿cuál será la dicha de las almas que lleguen un dia á disfrutar la vista clara de vuestra divina esencia? Pero, cristianos, si los apóstoles lo abandonan todo, todo sin excepcion, por gozar el solo placer de recrearse en una tan pequeña parte de la gloria del Salvador, ¿rehusaremos nosotros sujetarnos á las mayores privaciones y á los mas costosos sacrificios, por conseguir la posesion íntegra é inalterable, no ya de una pequeña parte, sino de toda la gloria del mismo Dios? ¿No será suficiente la esperanza de tanto bien á reanimar nuestra tibieza?

Pero que! ¿será posible que el mortal llegue á disfrutar tanta dicha? ¿es real y efectivo, ó solo una ilusion el prodigio que hoy se nos descubre en el Tabor? ¿El deseo no me figura tal vez un espectáculo que solo existe en mi imaginacion exaltada? No, cristianos: subid con la consideracion al monte santo, y os convenceréis por experiencia de la verdad que os anuncio. Subíd, y en el momento se desvanecerán todas vuestras dudas: allí palparéis los testimonios mas irrecusables. Veréis que vuestra gloria estaba expresamente anunciada una multitud de siglos ántes de que fuerais capaces de sentirla, aún ántes de vuestra existencia. Oiréis al sabio Legislador de los hebreos que, viendo cumplida exactamente la promesa que le hizo Dios en el Sinaí, publica y demuestra que su ley era una mera sombra de la que promulga hoy en el Tabor el Legislador de los cristianos; que su tan ponderada tierra de promision era una imperfecta figura, un mero signo de la gloria que á los discípulos del Mesías se da hoy en parte y se promete en su totalidad para otro dia mas feliz. Subíd, y veréis rasgarse el velo que ocultaba el verdadero sentido de todas las profecías y ponerse en claro los misterios impenetrables de la ley. Veréis que desde el primero hasta el último de los patriarcas, desde el primero hasta el último de los profetas, todos, todos sin excepcion inspirados del cielo anunciaron de acuerdo, que el Hijo de María era el Hijo verdadero, el unigénito del mismo Dios, el Mesías que viene á glorificar á los hijos de los hombres, y que su Religion es divina, sus promesas infalibles, sus palabras palabras de verdad eterna. Veréis que todos los prodigios, todas las figuras, todos los misterios, todas las profecías, todos los acontecimientos del pueblo escogido dan evidente testimonio de estas verdades, y nos enseñan que la gloria de Jesus Nazareno es la única que puede hacer felices para siempre á los hijos de Adán, uniéndolos y glorificándolos en él del mismo modo que él está unido, vive y es glorificado en su eterno Padre. Veréis...

Pero ¿se puede desear un testimonio mas auténtico y convincente? Pretenderemos que baje un ángel del cielo á asegurarnos esta verdad? Pues no solo un ángel, el autor de todos los ángeles, el criador de los cielos, el infinitamente sabio y veraz, el mismo Dios la atestigua de un modo expreso y terminante. El Verbo eterno hace que se descubra un rayo de su divinidad oculta bajo la especie humana, y su cuerpo se presenta á la vista de los mortales mas hermoso y resplandeciente que el sol, comunicando su claridad y resplandor aún á las vestiduras que le cubrian, para que por estas señales pueda ser reconocido el dia grande en que resucite glorioso, y evidentísimamente de-

mostrada la verdad de su resurreccion y de su divinidad. El eterno Padre desciende del elevado solio de su majestad, rodeado de una nube, sin comparacion alguna mas resplandeciente que la que alumbró por la noche á los hebreos en el Desierto, y con una voz cuyo majestuoso y terrible sonido derribó en tierra á los apóstoles poseidos de un temor extraordinario, exclama: este es mi Hijo muy amado, á quien debéis oir y obedecer; este es el prometido por espacio de tantos siglos para hollar la cabeza de la astuta serpiente, que sumió á la naturaleza en un mar inmenso de vicios y miserias; este es el Hijo, á quien estaba reservado derramar sobre todas las tribus del universo las inumerables bendiciones y gracias, que yo habia resuelto concederles desde la eternidad; este es el Hijo, predestinado para fundar sobre los imperios terrenos un reino celestial é indestructible; este es el Hijo, cuya sangre ha de rubricar el tratado de una paz inalterable y eterna entre mi infinita majestad ofendida y los hombres pecadores; este es el Hijo, nacido ántes de la creacion del universo, ántes que hubiera tiempo, en la misma eternidad, para maestro, legislador, hostia, sacerdote, redentor, salvador y juez de toda la descendencia de Adan, esclava del pecado de su primer padre; este es el Hijo de Dios, cuya sabiduría, bondad, poder y justicia son la misma sabiduría, bondad, poder y justicia de su eterno Padre; este es... mas ¿qué se puede añadir despues de haber dicho que es el Unigénito de Dios? *Ipsum audite*, os diré solamente, valiéndome de la expresion misma del Omnipotente.

Con efecto, despues de haber patentizado su divinidad nos manda á todos y cada uno oir sus palabras celestiales, obedecer sus sacrosantos preceptos, seguir sus máximas encantadoras, profesar su Religion divina. Oidle, deístas inconsecuentes, y llegaréis á convenceros de que Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad; sabréis que el principal obsequio que exige del hombre es el de la fe, de una fe razonable, pero no clara, porque en el mero hecho dejaria de serlo. Escuchádle, reformadores orgullosos, y os persuadiréis á que deben ser reputados como gentiles y publicanos todos aquellos, que niegan pertinaces su obediencia á la Iglesia católica, que es la coluna indestructible de la verdad, y fuera de la cual no hay camino alguno de salvacion. Escuchádle, aprendices de filósofos, los que

careciendo de la desfachatez necesaria para atacar de frente á la Religion y á sus dogmas, declamáis tan agria y descomedidamente contra sus ministros; escuchádle y sabréis, que quien oye á estos, oye á Jesucristo, y quien los desprecia, desprecia á Jesucristo y se niega á reconocer al eterno Padre que le ha enviado. Escuchádle, amadores del mundo, idólatras de sus glorias, de su lujo profano, de sus seductoras máximas, de sus corrompidas costumbres, y conoceréis que para ser discípulos del Hombre-Dios, es indispensablemente necesario abatirse, humillarse, hacerse semejantes á los inocentes parvulillos, y renunciar de corazon á todas las vanidades y pompas mundanas. Escuchádle, viles esclavos de la codicia, y se abrirán vuestros ojos para medir la elevacion del monte de la gloria, cuyo ascenso se hace imposible á los que se hallan dominados de tan vil pasion; escuchádle, y os llegaréis á persuadir de que para esto es necesario desprenderse con generosidad en favor del indigente de todo lo superfluo, y aún de todo cuanto se posee sobre la tierra. Escuchádle, miserables enemigos de la penitencia, y os desengañaréis de que para subir con el Salvador á los cielos, es preciso negarse á sí mismos, cargar sobre los hombros la cruz que nos envíe, y llevarla siempre con resignacion y alegría, sin quejarnos nunca, por mas pesada que nos parezca. Escuchádle, aduladores impíos de los descendientes de Adan, y os avergonzaréis de enseñarles, que su naturaleza nada ha perdido de su primitivo vigor por la culpa, que tiene en sí misma cuanto es necesario para levantarse, siempre que tenga la desgracia de caer; que no necesita por tanto los auxilios del Omnipotente para restituirse á su obediencia y amor. Oigámosle todos, y veremos que colocado en lo mas alto de los cielos y manifestándonos por su Evangelio la gloria que nos tiene preparada, nos dice con el acento de un padre amoroso y compasivo: venid á mí todos, venid sin temor ni desconfianza, que en mí hallaréis el alivio de vuestros trabajos, el remedio de vuestras necesidades, la satisfaccion de vuestros razonables deseos: venid y gozaréis eternamente la inmensa gloria que yo disfruto.

Oigámosle, hermanos mios; y arrojando de nuestro corazon los errores que abriga acerca de los medios que han de conducirnos al monte de la gloria, depuesto el criminal orgullo que

nos hace presumir de nuestras propias fuerzas mas de lo que son en realidad, el Señor movido de su bondad, nos dispensará sus poderosos auxilios, infundirá en nuestras almas una gracia eficaz, nos llamará como á los apóstoles predilectos; y obedeciendo nosotros su voz amorosa, llegaremos un dia al verdadero Tabor, al monte de los cielos, á la cumbre de la felicidad. Amen.

HOMILÍA.

LA FELICIDAD VERDADERA

SOLO PUEDE CONSEGUIRSE EN EL CIELO.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum; et transfiguratus est ante eos.

Toma Jesus á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto, y se trasfiguró delante de ellos.

S. Mateo, c. 17. *v.* 1 *y* 2.

El mundo, con objeto de llamar la atencion de los hombres hácia el teatro, en donde se vale de los espectáculos profanos para infundirles sus máximas, ha creído sin duda hacerlo mas apreciable, condecorándolo con el glorioso título de *escuela práctica de las costumbres*. Tal vez hablaria con mas propiedad, si lo llamara escuela práctica del desórden, de la disolucion y del vicio, cuyo nombre le aplican todos ó la mayor parte de aquellos talentos extraordinarios que el Espíritu santo se ha dignado colocar en su Iglesia por directores y maestros. No es mi objeto resolver esta cuestion, mayormente careciendo de los conocimientos experimentales necesarios al efecto. Quiero suponer que, mediando una prudente y acertada eleccion, pueda mirarse como una recreacion inocente, y que no ocasione otro perjuicio que la pérdida del tiempo, que seguramente es muy precioso. Mas ¿qué comparacion cabe entre los resultados que deben esperarse de los espectáculos profanos, y el imponderable beneficio que nos proporcionan las sagradas escenas que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos hace presumir de nuestras propias fuerzas mas de lo que son en realidad, el Señor movido de su bondad, nos dispensará sus poderosos auxilios, infundirá en nuestras almas una gracia eficaz, nos llamará como á los apóstoles predilectos; y obedeciendo nosotros su voz amorosa, llegaremos un dia al verdadero Tabor, al monte de los cielos, á la cumbre de la felicidad. Amen.

HOMILÍA.

LA FELICIDAD VERDADERA

SOLO PUEDE CONSEGUIRSE EN EL CIELO.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum; et transfiguratus est ante eos.

Toma Jesus á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto, y se trasfiguró delante de ellos.

S. Mateo, c. 17. *v.* 1 *y* 2.

El mundo, con objeto de llamar la atencion de los hombres hácia el teatro, en donde se vale de los espectáculos profanos para infundirles sus máximas, ha creído sin duda hacerlo mas apreciable, condecorándolo con el glorioso título de *escuela práctica de las costumbres*. Tal vez hablaria con mas propiedad, si lo llamara escuela práctica del desórden, de la disolucion y del vicio, cuyo nombre le aplican todos ó la mayor parte de aquellos talentos extraordinarios que el Espíritu santo se ha dignado colocar en su Iglesia por directores y maestros. No es mi objeto resolver esta cuestion, mayormente careciendo de los conocimientos experimentales necesarios al efecto. Quiero suponer que, mediando una prudente y acertada eleccion, pueda mirarse como una recreacion inocente, y que no ocasione otro perjuicio que la pérdida del tiempo, que seguramente es muy precioso. Mas ¿qué comparacion cabe entre los resultados que deben esperarse de los espectáculos profanos, y el imponderable beneficio que nos proporcionan las sagradas escenas que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ofrece á nuestra consideracion la Iglesia de Jesucristo? Elíjase entre aquellos el mas completamente acabado, el mas notable por todas sus circunstancias, el mejor en todo sentido; ¿podrá jamas compararse con la representacion que hoy se nos hace de la trasfiguracion gloriosa de nuestro divino Maestro? En aquellos un héroe, muchas veces fingido, que solo existe por lo regular en la imaginacion acalorada de un poeta, y que comunmente ostenta los defectos ó inclinaciones de que adolece su autor, recibe por recompensa de su heroísmo una admiracion que no conoce, ó á lo mas unos débiles aplausos que es imposible lleguen á sus oídos. En esta... oh! qué notable diferencia, qué enorme distancia, qué oposicion tan patente se descubre! En esta el Santo por esencia, el verdadero Dios manifiesta una parte de la gloria infinita que se ha merecido justamente con el heroísmo verdadero de sus virtudes, y asegura su posesion á cuantos quieran disfrutarla, dejando abierto y expedito el camino que ha de conducirlos á ella con seguridad. En los primeros se tributan exclusivamente al héroe los elogios, sin que quepa la menor parte á los espectadores; en la segunda, si bien el héroe principal es el solo acreedor á todos los honores, delicias y bienaventuranza, se comunica sin embargo toda entera á cuantos la deseen con sinceridad.

Ah! quiera el Señor que yo acierte á delinear siquiera esta escena tan magnífica, que describe de un modo sucinto, pero sublime, el Evangelio de este dia; haciéndoos ver al mismo tiempo, cuán incapaces son todos los placeres de esta vida, aún los mas inocences, de formar nuestra felicidad, y cuán imprudentes somos por tanto en esperarla de ellos. Así lo deseo y así lo suplico humildemente por la intercesion de su santísima Madre, que si no fué llamada á presenciar esta escena momentánea, goza en el dia y gozará en la eternidad la verdadera gloria. *Ave María.*

Oprimido el hombre con el enorme peso de sus culpas, daria tal vez consigo en el abismo de la desesperacion, si aquel Dios, á cuyas gracias tan infielmente ha correspondido, no se dignara ofrecerle con instancias su misericordia infinita, llamarle á grandes voces á su posesion y dar los primeros pasos para conducirle á ella; y hé aquí por donde da principio el grandioso espectáculo de la trasfiguracion del Señor. Tomó Jesus, dice el Evangelio, á Pedro, á Santiago y á Juan. Aquí tenemos tres apóstoles, que léjos de solicitar semejante felicidad, ni la esperaban, ni tenian la menor idea de ella. Por otra parte carecian de todo fundamento, para suponer que su Maestro les daria la preferencia entre los demas compañeros, y no tenian las luces necesarias para comprender las reiteradas promesas que les habia hecho, de que ántes de terminar su carrera mortal, verian algunos de ellos al Hijo del hombre bañado del resplandor de su gloria (1). El Señor, sin embargo de todo esto, los llama movido solamente de su amor y beneficencia : los llama, sin preceder de su parte mérito, peticion ni deseo alguno : los llama, como lo hizo con un David, con una Samaritana, con tantos otros pecadores : los llama... digo muy poco. Las palabras del Evangelio dictadas por una Sabiduría infinita expresan con demasiada claridad la intension, la vehemencia de un amor ciego é ilimitado. *Assumit*, nos dicen, *Petrum, et Jacobum, et Joannem..., et ducit illos in montem excelsum seorsum :* toma á los tres discípulos predilectos y los conduce á la cumbre del monte. ¡Bienaventurado el pecador, que recibe con una pronta docilidad las impresiones de la gracia con que Dios le llama! Su felicidad en tal caso es infalible; nada tiene que temer. Al beneficio de la vocacion seguirán indudablemente los mas eficaces auxilios, con los que robustecido el espíritu, podrá superar cuantas dificultades se le presenten en el camino de la felicidad.

Los toma y los lleva á un monte elevado. No quiero decir que el amantísimo Jesus tomara materialmente á los discípulos, los colocara sobre sus hombros amorosos, y sin que ellos de su parte pusieran cosa alguna, los trasladara al lugar destinado para la manifestacion de su gloria; digo sí, que viendo la pronta y ciega sumision con que siguen el impulso de la vocacion, tomó de su cuenta el remover todos los obstáculos, suavizar todas las asperezas, desvanecer todas las dificultades, como lo hace constantemente con todos y cada uno de los mortales en iguales circunstancias. Ni la distancia, ni la escabrosidad, ni la elevacion del monte, nada los detiene, nada es capaz de hacerles prever la menor molestia; todo está para ellos llano y expe-

(1) *Matth. c.* 16. *v.* 27.

dito, todo les parece suave y delicioso. Dichoso, repito, mil veces feliz el hombre que sin oponer la mas leve resistencia, sin que le ocurra la menor duda, se presta con una completa docilidad á las inspiraciones, por cuyo medio le prepara la divina Providencia la subida al monte santo por la senda de la verdadera y sólida virtud.

Es preciso confesar que la subida es áspera, sumamente difícil, porque el monte es muy elevado. ¡Qué penosos sacrificios no exige la práctica de una sólida virtud! ¡Romper los fuertes lazos con que el mundo nos tenia aprisionados! declararse á sí mismo la guerra mas obstinada y sangrienta! ¡contradecir á todas las inclinaciones que se han recibido con la naturaleza! ¡privarse voluntariamente de todo cuanto deleita al sentido y á la imaginacion, y sujetarse por eleccion propia á lo que mas aflige y mortifica! Difícil, escabroso, vuelvo á decir, parece seguramente el ascenso de tan elevada montaña. Así por lo ménos opina, tal le parece al miserable, que perfectamente hallado con los bienes aparentes del mundo, no se decide á renunciar su posesion para siempre, ó á lo mas, resistiendo á la gracia inapreciable de la divina vocacion, comete la imprudencia de retardar esta empresa para el tiempo de su vejez, en que empiecen á entibiarse ó extinguirse del todo sus pasiones. Mas ¡bajo cuán diferente aspecto se manifiesta á las almas felices, que reconociendo la voz encantadora de su Dios, la siguen sin repugnancia, la obedecen sin detencion, se apresuran á poner por obra cuanto exige de ellas! El Señor en premio de su obediencia las toma por la mano, como que marcha delante de ellas, allanando, suavizando, sembrando de flores, de dulzuras, de satisfacciones el camino, y presentándoles á cada paso nuevas delicias, á cuya vista léjos de sentir el menor cansancio, se reaniman, se enardecen, corren presurosas, llegan con demasiada facilidad á la cumbre, donde consiguen ver la gloria del Señor.

Luego que llegan los tres discípulos al Tabor, los hace Jesucristo espectadores de la escena mas encantadora, la mas sublime, la mas gloriosa que pudieran imaginar. Es cierto que no les descubrió la gloria toda de su alma, porque eran absolutamente incapaces de conocerla por entónces; pero permitió que en su divino rostro y en sus vestiduras se manifestase algun rayo de aquella brillante claridad, semejante en todo á la que

por necesidad resultará en los cuerpos de los bienaventurados de la suma é incomprensible gloria del alma, verificada su reunion. Y esta sola vista es á los discípulos tan extraordinariamente deliciosa y satisfactoria, que absorbe por de pronto todas sus potencias, sacia todos sus deseos, les hace creer que han llegado al colmo de su felicidad. No es extraño: no siendo capaz el hombre en esta vida de formar idea alguna de aquella gloria inefable, que solo puede conocerse en la otra, el Evangelio por no dejarnos sin noticia alguna acerca de un negocio tan interesante, elige entre las cosas materiales aquellas cualidades que nos parecen acercarse á lo sumo de la perfeccion, como es por ejemplo el brillante resplandor del sol y la sin igual blancura de la nieve, y comparando á Jesus con uno y otra, nos dice que su rostro nobilísimo resplandecia, despedia rayos tan claros y fulgentes como los de aquel, y sus vestiduras no cedian en albor á esta. Pero estas comparaciones son demasiadamente débiles: cuanto hay de hermoso, agradable y digno de admiracion en todos los seres materiales, todo es imperfecto, grosero y despreciable, si se compara con el divino resplandor que de la gloria del alma se comunicará á los cuerpos de los bienaventurados. Así es que acostumbrados los apóstoles á ver el sol en su mayor claridad y la nieve en su mas perfecta blancura sin experimentar la menor admiracion, al ménos extraordinaria, se sienten enajenados, absortos en una especie de embriaguez la mas satisfactoria, considerando el rostro y vestiduras de su maestro trasfigurado.

Muy semejante á esta suele ser la situacion de algunas almas que, vencidas las dificultades que el enemigo les oponia al emprender el camino de la virtud, han conseguido con la gracia del Señor hacer admirables progresos en su ejercicio, de modo que puede decirse que han arribado á la cumbre. Feliz situacion! Allí es donde se les presenta el Señor gloriosamente trasfigurado: allí experimentan la verdadera fragancia, la exquisita suavidad, la incomparable dulzura, la felicidad dichosa de su estado. Los tesoros, los deleites, los honores, toda la gloria del mundo es ya para ellas una escoria, una inmundicia, una miseria, un peso insoportable. Todo les es indiferente, despreciable, odioso en comparacion de las delicias que les proporciona el ejercicio de la virtud. Á pesar de eso no deben confiar en ellas demasiado, puesto que no es esa la gloria á que son llama-

das. Aún no han concluído su carrera, no han cesado todos los peligros, los enemigos no han abandonado absolutamente el campo, y es seguro que, por reparar la humillacion de las anteriores derrotas, acometerán de nuevo con un furor desesperado, tomando diversas, pero mas exquisitas precauciones. Disfrazado el amor propio con la máscara de la virtud, intentará seducirlas; y cuando el Señor por medio de sus inspiraciones ó por la voz de sus ministros les haga conocer la necesidad indispensable de negarse á sí mismas, contradecir con mayor ahinco sus deseos, morir al mundo, conformarse con la conducta de Moises y Elías, que viendo al Salvador en el acto glorioso de su trasfiguracion, ni pensaban, ni hablaban de otra cosa que de los azotes, de las espinas, de los clavos, de la cruz, de la muerte que debia padecer en Jerusalen; entónces tal vez cerrarán los oídos á unas palabras tan melancólicas, como lo hacian en el Tabor los tres discípulos, y ocupadas exclusivamente de la tranquilidad y dulzura de su estado presente, exclamarán como aquellos, sin advertir que se oponen á la expresa voluntad de su Dios: *Domine, bonum est nos hic esse:* dejádnos, Señor, en este estado, y librádnos de todos los trabajos, miserias y padecimientos de esta vida; no nos obliguéis á abandonar esta venturosa situacion.

Tal era la impresion que en las almas de los privilegiados apóstoles causaba la trasfiguracion del cuerpo de Jesucristo, que esperaban gozar allí un dia eterno, que nada les dejase que desear y borrara de su memoria hasta la idea de las necesidades mas indispensables de la vida. Contémplanse colocados en la cumbre de la felicidad, y solo aspiran á perpetuarla; pero este mismo deseo hace que por su indiscrecion cambie repentinamente la escena, y desaparezca de su vista el objeto portentoso en que ponian toda su complacencia. Una densa nube, si bien por otra parte luminosa, oculta de improviso á sus ojos aquella vision sorprendente. Á la inefable satisfaccion que los tenia como enajenados, sucede una especie de terror que los hace caer en el suelo sin sentido, y las amorosísimas expresiones con que el Unigénito de Dios, lleno de dulzura y suavidad, procuraba atraerlos, son reemplazadas por una voz aterradora, que como un espantoso trueno sale de los labios del eterno Padre, que lleno de severidad les dice: *hic est Filius meus dilectus... ipsum audite.* Que es como si dijera: imprudentes, ¿tendréis la osadía de oponeros abiertamente á los eternos é infalibles designios de la Providencia? Vuestro sapientísimo Maestro os ha anunciado repetidas veces su pasion y muerte afrentosa, como el único medio de proporcionar la bienaventuranza á todos los hijos del primer pecador; la ley toda de Moises es una viva y expresa representacion de esto mismo; los profetas lo aseguran con la mayor claridad y frecuencia; y ¿vosotros pretendéis retraer el obedientísimo Jesus de su viaje á Jerusalen, solo por gozar una débil sombra de la felicidad que aquel ha de reportaros? Conocéd vuestra indiscrecion y tenéd entendido que vuestro Maestro, á quien veis glorificado, es el Unigénito de Dios, un mismo Dios con el Padre eterno, la verdad por esencia, la sabiduría infinita, el único oráculo que debéis escuchar: *Ipsum audite.* Oid pues sus palabras, seguíd sus consejos, obedecéd sus mandatos, y despreciád con resolucion las sugestiones del amor propio y del interes que promueve Satanas, para convertir en un medio de condenacion la felicidad misma de vuestro estado presente.

Oídle, almas justas, y no creáis que vuestra felicidad está vinculada á esas consolaciones transitorias que os suele dispensar el Señor, acaso sin otro objeto que el de reanimar la tibieza y debilidad que mostráis en los ejercicios espirituales. Oídle, y recibiendo con humildad esos consuelos, no tratéis de exigir como de derecho su continuacion. Oídle, no sea que envíe sobre vosotros la nube de la tribulacion que convierta vuestro gozo en una amargura insoportable; no sea que de lo contrario le pongáis en la precision de cambiar en severidad su ternura, y de haceros conocer por experiencia que es indispensable el viaje á Jerusalen en busca de la cruz. Oídle, puesto que sabéis que es la sabiduría infinita, y persuadíos á que la verdadera gloria no puede disfrutarse en esta vida mortal: conocéd por último que el mundo es un campo de batalla, en que nunca debe cesar el combate contra nosotros mismos, que solo perseverando hasta el fin podemos asegurar la eterna bienaventuranza.

Oigámosle con docilidad. ¡Infeliz el que rehuse reconocerle por Unigénito de Dios, juez y salvador de los hombres! Desdichado! pues desde aquel momento fulminó contra sí mismo la sentencia de eterna reprobacion (1). Oigámosle, y dejémonos

(1) *Joann.* c. 3. v. 18.

conducir ciegamente por su mano. El camino en los principios es indudablemente áspero, escabroso, molesto; pero siguiendo sin intermision sus inspiraciones y llamamientos, nos tomará él mismo por la mano, caminará delante de nosotros, suavizando la aspereza, allanando la escabrosidad, cambiando en delicias la molestia de las mortificaciones que conducen á la cumbre de la virtud; y nos colocará sin el menor trabajo en el monte del cielo, donde bebiendo á torrentes las dulzuras de su gloria, penetrados de un júbilo inmenso, indecible, infinito, exclamaremos con mas sólido fundamento que los discípulos: *Domine, bonum est nos hic esse.* Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN VERITAS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON.

EL DESPRECIO Á LOS LLAMAMIENTOS DE DIOS CONDUCE Á LA IMPENITENCIA FINAL (1).

PARA EL LÚNES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Quæretis me, et in peccato vestro moriemini.
Me buscaréis, pero inútilmente, porque moriréis en vuestro pecado.
S. Juan, c. 8. v. 21.

Ya se acerca, cristianos, el tiempo de vuestra feliz y dichosa reconciliacion. Van á desvanecerse completamente las densas tinieblas, que han ocultado á vuestros ojos los hermosos rayos de aquel Sol, que con su presencia llena de alegría el corazon de todos los vivientes. Van á romperse las cadenas con que habéis gemido tanto tiempo, oprimidos bajo la mas cruel é infame esclavitud. La mas piadosa y amante de las madres no se contenta con renovar la memoria de la pasion dolorosa, de la inhumana muerte del Salvador, y recordar el apreciable misterio de nuestra maravillosa redencion; se empeña, digámoslo así, en reproducir estas ideas, grabándolas en nuestro corazon de un modo indeleble; desea que nuestras almas sean lavadas de nuevo con la sangre del Cordero inmaculado; quiere sacarnos del estado lastimoso de pecadores y devolvernos la preciosa vida de la gracia y el derecho á la gloria, que teníamos ya del todo perdido. Á este fin nos priva por espacio de cuarenta dias de

(1) Sobre este mismo asunto y para el mismo dia se halla otro sermon en la página 457 del tomo tercero de los de *Mision*.

conducir ciegamente por su mano. El camino en los principios es indudablemente áspero, escabroso, molesto; pero siguiendo sin intermision sus inspiraciones y llamamientos, nos tomará él mismo por la mano, caminará delante de nosotros, suavizando la aspereza, allanando la escabrosidad, cambiando en delicias la molestia de las mortificaciones que conducen á la cumbre de la virtud; y nos colocará sin el menor trabajo en el monte del cielo, donde bebiendo á torrentes las dulzuras de su gloria, penetrados de un júbilo inmenso, indecible, infinito, exclamaremos con mas sólido fundamento que los discípulos: *Domine, bonum est nos hic esse.* Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN VERITAS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON.

EL DESPRECIO Á LOS LLAMAMIENTOS DE DIOS CONDUCE Á LA IMPENITENCIA FINAL (1).

PARA EL LÚNES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Quæretis me, et in peccato vestro moriemini.
Me buscaréis, pero inútilmente, porque moriréis en vuestro pecado.
S. Juan, c. 8. v. 21.

Ya se acerca, cristianos, el tiempo de vuestra feliz y dichosa reconciliacion. Van á desvanecerse completamente las densas tinieblas, que han ocultado á vuestros ojos los hermosos rayos de aquel Sol, que con su presencia llena de alegría el corazon de todos los vivientes. Van á romperse las cadenas con que habéis gemido tanto tiempo, oprimidos bajo la mas cruel é infame esclavitud. La mas piadosa y amante de las madres no se contenta con renovar la memoria de la pasion dolorosa, de la inhumana muerte del Salvador, y recordar el apreciable misterio de nuestra maravillosa redencion; se empeña, digámoslo así, en reproducir estas ideas, grabándolas en nuestro corazon de un modo indeleble; desea que nuestras almas sean lavadas de nuevo con la sangre del Cordero inmaculado; quiere sacarnos del estado lastimoso de pecadores y devolvernos la preciosa vida de la gracia y el derecho á la gloria, que teníamos ya del todo perdido. Á este fin nos priva por espacio de cuarenta dias de

(1) Sobre este mismo asunto y para el mismo dia se halla otro sermon en la página 457 del tomo tercero de los de *Mision*.

las diversiones que tan perjudicialmente nos distraen en otros tiempos, nos obliga á debilitar con el ayuno los ardores de la carne, que es el mayor de nuestros enemigos, nos mueve á ofrecer á Dios, con mas fervor y continuacion que en otras circunstancias, el incienso de nuestras oraciones. Á este fin manda bajo las penas mas rigurosas y dignas de temerse, que todos los fieles se acerquen á purificar sus almas en las aguas de la verdadera penitencia, y que pasen despues á alimentarlas con el pan de los ángeles, con el cuerpo adorable y con la sangre preciosa del hijo de Dios. Y á este fin nos encarga á sus ministros, que trabajemos en este tiempo con un celo infatigable en desengañar, instruir y exhortar á sus hijos.

Este ha sido todo mi empeño, el único fin de mi trabajo, el objeto de todas mis fatigas en los años anteriores; pero todo en vano por desgracia; y esta es al presente la causa de mi dolor. Os he hablado como á cristianos, procurando convenceros y ganaros para Dios con el testimonio de los profetas, con las verdades del Evangelio y con la doctrina infalible de la Iglesia; pero me engañaron mis halagüeñas esperanzas. Os hablé como á pecadores, ofreciendo á vuestra consideracion la fealdad espantosa de la culpa y los terribles estragos que causa en el alma del infeliz que la comete; mas no he podido convenceros. Os hablé como á hombres, haciéndoos conocer que es una desatinada locura exponerse á perder unos bienes seguros, inmensos, infinitos, por alcanzar otros aparentes, dudosos, perecederos y demasiadamente limitados: cuál haya sido el fruto de mi trabajo vosotros lo veis con indiferencia, y yo lo lloro con la mayor amargura. Algunos admiran mi celo y me tributan unos elogios excesivos, y para mí despreciables, odiosos, y que tal vez pueden serme perjudiciales excitando mi orgullo; elogios que no pueden impedir la continuacion de los perjurios, de los rencores, de los escándalos, de los adulterios, de los hurtos, de las murmuraciones, de todo género de pecados; ni alcanzar el perdon de las injurias, la reconciliacion de los enemigos, la reparacion de los daños, la práctica de la penitencia, que es lo que pretendo exclusivamente con mis exhortaciones. En vista de esto, y conociendo ser inútiles los demas medios de que pudiera valerme, el puro y verdadero amor que os profeso, me ha sugerido la idea de trataros hoy como á brutos (permitídme esta expresion, hija de mi celo por vuestra salvacion). Es decir,

supuesto que no os ponen en movimiento las amorosas voces del Señor, que no os atraen sus consoladoras promesas, que no hacéis caso de las razones mas convincentes, me veo en la precision de haceros entrar en vuestros deberes por el temor del castigo. Pienso pues hablaros, como Jesucristo á las turbas, del mas terrible que podemos sufrir en esta vida y en la otra, de la impenitencia final y del inminente peligro en que nos hallamos de que el Señor descargue sobre nosotros tan cruel azote, si es que ya no lo ha hecho.

Señor, si aún nuestros nombres no están borrados del libro de la vida, si no habéis todavía decretado la irrevocable sentencia de condenacion, enviádme vuestro divino Espíritu, para que hable por mis indignos labios, no á los oídos, sino al corazon de los fieles que me escuchan; no unas palabras transitorias, sino que permanezcan grabadas para siempre en lo interior de sus almas; no unas expresiones estériles, sino unas verdades penetrantes que arranquen verdaderas lágrimas, que muevan á un sincero arrepentimiento, que exciten una penitencia saludable. Si esta oracion es desechada, precisamente por ser mia, la misma os dirige todo mi auditorio, en el que alguno habrá que merezca ser oído; y por si así no fuere, recurrimos á la proteccion de la Emperatriz soberana de los cielos. *Ave María.*

Por muy poco conocimiento que tenga el cristiano de la majestad infinita de Dios y de la indigna bajeza de sí mismo, no podrá desconocer que el pecado mortal merece una pena rigurosísima, que es acreedor á unos castigos demasiadamente terribles, que ha de ser castigado con infinitos tormentos. Estas consideraciones debieran moverle á superar las tentaciones, por mas fuertes que se presentasen, y á vencer la violencia de la pasion. Pero el enemigo, que es el que con astucia infernal excita al pecado, dirige sus principales tiros contra la razon, oscureciéndola, debilitándola y extinguiendo casi del todo sus luces para que no conozca el peligro, para que no vea su infelicidad, para que nada pueda separar ni detener al hombre en la carrera de sus iniquidades. Así es que en el vil estado de estupidez y embrutecimiento, en que se halla el pecador, nada le hace impresion, sino lo que molesta su cuerpo despreciable. Semejante al jumento, que sin entender las palabras, obedece

á pesar suyo al que le castiga con la vara, y al perro que suelta la presa y sirve con fidelidad á su amo por el solo temor del látigo, así el pecador rarísima vez abandona su infeliz estado, se arrepiente y convierte á Dios, sin que preceda el justo temor del castigo que merece por su culpa.

Si sois pues cristianos, si pensáis enjugar las lágrimas de vuestra piadosa madre la Iglesia, si queréis eximiros de la condenacion eterna, á que os habéis hecho acreedores por vuestros delitos, volvéd la vista á los siglos pasados, examinád con atencion lo que sucede en la actualidad, é inferíd de ahí lo que necesariamente ha de suceder. Revolvéd con diligencia los inmensos volúmenes de la historia, abrid y leéd con esmero el instructivo libro de la naturaleza, y reflexionád con la mayor seriedad sobre vosotros mismos. Ah! la primera señal de vida que da el hombre en su nacimiento, es una prueba evidentísima de las miserias á que nace condenado. El principio de su ser es por lo comun el principio de su dolor: los ardores del sol le sofocan, los rigores del invierno le traspasan, el fuego le quema y empobrece, el agua le enfria y ahoga, la tierra le cansa, le fatiga, excita su sudor, le quebranta en fuerza del trabajo, incesantemente se ve oprimido de nuevos y mas crueles tormentos. Aquí le lastima un abrojo, allí le araña una zarza, ahora le muerde una vibora, luego le asusta una sierpe, ya le desgarra una fiera, ya le molesta la amargura, ya le desvelan los cuidados, ya le causan miedo los peligros; los mismos bienes le martirizan, en sus semejantes encuentra otros tantos enemigos; este le infama, aquel le deshonra, el otro le hiere, uno le roba, otro le asesina; todo cuanto le rodea, le amenaza con la muerte, y esta por último le arrebata; y como si aún esto fuera poco, lleva continuamente dentro de sí mismo un enemigo que le atormenta con mas crueldad, que le hace una guerra mas injusta, separándole de lo que mas le agrada, conduciéndole á lo que mas le perjudica, incitándole para que abrace lo que aborrece, arrancándole del objeto de su amor, haciéndole mezclar un llanto verdadero con sus risas aparentes, llenando del acíbar mas amargo los breves gustos que le distraen algun tanto de sus continuos pesares. En una palabra, nace con trabajo, vive atormentado de la miseria, muere oprimido del dolor.

Tal es el hombre, la obra mas perfecta de todo el universo, la criatura mas favorecida, la mas privilegiada, la mas querida

del Señor. Ah! no salió de sus manos benéficas en tan triste y lastimoso estado; ántes bien fué criado en la mayor elevacion, en la mas copiosa abundancia, en la mas completa felicidad que pudiera gozar y apetecer sobre la tierra. La muerte, la enfermedad, el dolor, la ignorancia, la concupiscencia, ningun mal es obra de Dios; todos se introdujeron en el mundo, esclavizaron á la naturaleza, oprimieron á la humanidad para castigo del pecador. El impío los llamó con sus palabras, los atrajo con la injusticia de sus obras. Tendéd la vista por esa multitud innumerable de hombres sumergidos en las aguas del diluvio, confundidos con las bestias, luchando con la muerte que los arrebata, sin que nadie sea capaz de socorrerlos; pues en este estado tan terrible los colocó á todos el pecado. Pasád á las cinco ciudades, tan famosas por su desgraciada suerte; ved las furiosas llamas que en un solo momento se apoderan de todas ellas, consumen sus edificios, abrasan sus campos, reducen á pavesas todo cuanto encuentran; reparád en sus infelices habitantes sobrecogidos de espanto y de terror, que procuran huir y en todas partes encuentran cerrado el paso; que claman y nadie los oye, que gritan y nadie los favorece; que el fuego devorador se introduce por sus miembros y abrasa lo interior de sus entrañas; que en medio de los alaridos mas lúgubres, de las blasfemias mas execrables, de los mas insufribles tormentos acaban su vida infeliz: pues nadie mas que el pecado atrajo sobre ellos tales horrores. En una parte veréis abrirse repentinamente la tierra y tragar vivos á los hombres: en otra advertiréis que fuego del cielo los reduce á cenizas; aquí sentiréis los efectos de una esterilidad, que ocasiona en los hombres una palidez y extenuacion horrorosas; allí los de una peste insaciable, cuyo objeto parece ser la destruccion del género humano; por este lado una inundacion que arranca de quicio los edificios mas soberbios, que lleva por delante pueblos enteros, que arrebata, deshace, sepulta todo cuanto encuentra al paso; por aquel una guerra destructora que inunda la tierra en torrentes de sangre y lleva á todas partes la desolacion, la esclavitud, el hambre, la muerte... El pueblo de Israel, aquella nacion privilegiada entre todas las naciones, aquel pueblo elegido por Dios para objeto de sus bendiciones, para instrumento de sus incomprensibles designios, para depósito de sus inmensas misericordias; el pueblo de Israel, ya se halla en el Egipto agobiado bajo

el despotismo de Faraon que ha jurado su total ruína; ya prófugo en un desierto, acosado de hambre, expuesto á morir de sed, perseguido de una multitud asombrosa de sierpes, cuya mordedura era mortal, oprimido con unos preceptos, cuyo excesivo número hacia casi imposible su cumplimiento, reducido por último á la esclavitud mas vergonzosa, la mas cruel, la mas insufrible; ya viéndose en la precision los padres de alimentarse con los cuerpos de sus propios hijos en el memorable sitio que sufrieron por espacio de tres años, cuyo resultado fué la ruína de los muros de Jerusalen, la destruccion del templo, la ocupacion de sus riquezas por los caldeos, el abandono de sus mujeres á la incontinente brutalidad del soldado, la muerte de los sacerdotes, cuyo cuello estaba bajo la cruel espada del bárbaro, el exterminio de la ciudad, la prision de su rey, privado inhumanamente de la vista, la esclavitud en fin de todos los habitantes, que quedaron por tanto sin honor, sin libertad, sin auxilio alguno, y reducidos á un extremo de infortunio, cuya pintura horroriza y arranca las lágrimas del mas insensible.

Todos estos trabajos fueron enviados por el Señor en castigo de los pecados de su pueblo. Nosotros pudiéramos darnos por contentos, si no nos enviara otros; pero por desgracia, como si todos ellos fueran despreciables, nos amenaza con uno tan excesivo que no admite comparacion. *Quæretis me, et in peccato vestro moriemini:* nos dice en el Evangelio de este dia: me buscaréis, pero moriréis en vuestro pecado. Terrible, espantosa maldicion! Todos los otros castigos son verdaderas gracias, son apreciables beneficios, son grandísimos favores, son azotes dirigidos por su amor y misericordia; todos van encaminados al mayor bien, á la verdadera felicidad del hombre. Pero la impenitencia final con que hoy nos amenaza, es un castigo dictado por sola su justicia, dirigido expresamente á vengar la ofensa infinita que le hace el hombre con su pecado; un castigo, del que ningun bien puede esperar el pecador, ántes debe temer irremisiblemente el cúmulo de todos los males; un castigo que hace inevitable su eterna condenacion.

A pesar de su ignorancia conocia el pueblo de Israel la terribilidad espantosa de esta pena: cuando gemia atormentado de las otras calamidades, alzaba contra el cielo su voz impía, prorumpiendo en sacrílegas murmuraciones contra Moises y contra Dios que se le habia dado por caudillo; mas cuando irritado el Señor por su detestable idolatría, le amenaza con que no ha de acompañarle en su viaje, consternados todos y animados de un excesivo dolor, persuadidos á que nunca les ha manifestado tan abiertamente su indignacion, arrojan sus galas y le suplican con la mayor ansia por medio de Moises, que les levante aquel castigo. No nos moveremos de aquí, le dicen; jamas saldremos de este desierto, si nos falta vuestra compañía y direccion. Sufriremos contentos y resignados las inclemencias, pereceremos de hambre, nos dejaremos morir de sed y devorar de las fieras, renunciamos la tierra fértil que nos habéis prometido, ningun bien apetecemos, si nos abandonáis (1). Sabian muy bien que abandonados de Dios, era imposible su felicidad, que caerian en todos los peligros, que serian vencidos por todos sus contrarios, que darian sobre ellos todas las desgracias: lo sabian, porque varias veces habian experimentado el poder irresistible de su poderosa diestra.

Aún sin esta experiencia, han llegado á conocer los gentiles la inmensa desdicha que oprime á los que Dios abandona. Consultando el cruel Holofernes á sus capitanes acerca de la conquista de Betulia, Aquior, uno de los mas ancianos é instruídos, le refirió en pocas palabras la historia del pueblo hebreo, y concluyó diciendo (2): ántes de acometer procura averiguar, si su Dios le es propicio, ó si este Señor le ha abandonado en castigo de sus desórdenes. En el primer caso, líbrate muy bien de intentar cosa alguna contra él, pues es seguro que, aún sin armas y sin gente, nuestro ejército será derrotado, y nosotros ó sufriremos la muerte, ó una vergonzosa esclavitud. En el segundo, no hay que perder un momento; acometámosle sin temor alguno, que sin remedio vendrá á parar á nuestras manos, pues es incapaz de hacer la menor resistencia. Del mismo modo hablaba el bárbaro Senaquerib, comparando los hombres abandonados de Dios á los huevos que desampara la paloma en el nido, y de que jamas vuelve á hacer el menor caso. Y así es á la verdad, porque el pecador queda expuesto á todos los peligros sin defensa ni esperanza. Cuando Jeremías conoció que Dios habia abandonado su heredad, convocó á las bestias para que se juntasen y dieran priesa á devorarla, sin temor de que

(1) *Exod.* c. 33. (2) *Judith*, c 5. v. 24. *et* 25.

nadie les hiciera resistencia (1). ¿Para qué me consultas, ni buscas alivio á tu congoja, decia Samuel al rey Saúl, si el Señor te ha desamparado? Tus males son incurables, tu infelicidad consumada, tu desgracia no tiene remedio.

La esperanza, este único consuelo del cristiano pecador, no tiene lugar en el que ha sido abandonado de Dios. Si la Iglesia, dice san Agustin, supiera quiénes son estos pecadores, jamas ofreceria oraciones por su salvacion, como hace con el demonio, porque sabe con evidencia que son tan irrevocables los decretos de Dios respecto á ellos, como respecto á este. Infelices! cada dia se irá oscureciendo mas su razon, debilitando su voluntad, endureciendo su corazon, para que no conozcan su desgracia, ni procuren librarse de ella, ni hagan caso de los avisos que estremecen á otros pecadores. Beneficios, promesas, castigos, amenazas, reconvenciones, llamamientos, ejemplos de muertes repentinas... todo es inútil, todo es perdido para el pecador abandonado. Tal vez iluminado por algun rayo de luz, que superficialmente se presenta á su entendimiento, ó aterrado con una desgracia que le oprime, aparentará desear el remedio, pedirá el soçorro, y acaso acudirá á la penitencia á buscar la salud; pero *morirá en su pecado*, porque pasada la calamidad, olvidada la desgracia, disipado aquel rayo de luz, se endurecerá de nuevo su corazon como el del rey de Egipto, caerá inmediatamente en su antiguo estado, ó por mejor decir, se añadirán cada dia nuevos grados á su infidelidad, hasta que venga á sumergirse, no en las aguas del Mar rojo como aquel, sino en las llamas abrasadoras del infierno. ¿Qué pruebas mas evidentes de la voluntad, del poder, de la justicia de Dios, que las que dió Moises á Faraon? Mas este desventurado no llegó á convencerse, por tener ya cerradas del todo á la luz las puertas de su razon, y ser su alma incapaz de un verdadero desengaño. Tembló á vista de las plagas con que Moises afligió á su pueblo, y principalmente á la de la muerte repentina de los primogénitos, y dió muestras de reconocer su error, de arrepentirse de su temeridad, de obedecer las órdenes del Todopoderoso. El pueblo hebreo consigue libertad para salir del Egipto; mas apénas pone el pié fuera de la ciudad, se olvida Faraon de todo lo ocurrido, organiza su ejército, le persigue, llega á la orilla del mar, y se arroja por el camino que sus aguas habian abierto, para que pasase aquel. Mas, ay! apénas se introduce con su ejército, vuelven estas á juntarse, y todos, sin salvarse uno solo, quedaron sepultados en sus abismos.

(1) *Jerem.* c. 12 v. 9.

¡Espantosa pintura, horrible retrato del pecador constituído en un estado de impenitencia final! Ay! si será mi triste alma una copia de original tan desventurado! ¡Ay de vosotros, si vuestra conducta está representada en la de Faraon! Vuestro término será idéntico al suyo, porque del mismo modo que Moises habla de aquel rey infeliz, se expresan Isaías y san Pablo del que se halle en su caso. Igualmente, dicen, le privará Dios de sus inspiraciones, le negará sus gracias eficaces, endurecerá su corazon, le abandonará á sus perversos deseos, le entregará á la mas cierta é infalible reprobacion, le dejará morir en su pecado. El miserable vivirá como cristiano, creerá como cristiano, acudirá al sagrado de los sacramentos como cristiano, buscará á Dios como cristiano; pero morirá en su pecado, porque su fe será muerta, su esperanza vana, su arrepentimiento fingido.

Aterra en verdad lo que anuncia Dios por Jeremías (1) á esta clase de pecadores. Cuando esté mas encendido el fuego de sus pasiones, dice, les daré una bebida abundante, dulce y sumamente fresca, que logrará embriagarlos y sumergirlos en el mas profundo sueño, en un miserable y eterno letargo, de que nunca despertarán, ni podrán jamas volver á levantarse.

En dónde está, pecador, tu religion? ¿dónde la fe de que tanto te glorías, si no das crédito á mis palabras? Repara que el mismo Dios te habla por mi boca. Y si las crees, dónde está tu razon? dónde tu entendimiento? Huyes con tanto cuidado de los peligros que te expondrian á perder tu hacienda, tu salud, tu reputacion, y ¿no te horroriza el peligro de tu impenitencia final, ántes bien lo buscas tú mismo? Tu vida se ha de acabar sin remedio, y con ella las delicias y prosperidades temporales; pero resucitarás un dia, desde cuyo infeliz momento empezarás á sentir los resultados de tu locura é insensatez: tu desgracia será entónces irremediable, durará por toda una eternidad.

(1) *Jerem.* c. 51. v. 39.

Pero la misericordia de Dios, me diréis, no tiene límites; su amor á los cristianos es infinito; murió por todos en la cruz, y no es posible que olvide jamas lo que le costó nuestra redencion. Dígase en buen hora que perecerá el gentil, que se condenará el idólatra, que el ateo será víctima de su incredulidad; mas el cristiano... Ah! este léjos de temer que Dios le desampare, que le precipite en el infierno, debe estar bien persuadido á que será siempre el objeto de su amor. —Funesta credulidad! fatal confianza! maldito error! ilusion perniciosísima! Con que porque Dios se haya propuesto favorecer á los cristianos, privilegiarlos, darles las pruebas mas terminantes de su amor, ¿han de poder ellos violar impunemente sus leyes sacrosantas, despreciar su respetable poder, burlarse de su majestad infinita?

Los judíos fueron un tiempo, como ahora los cristianos, el pueblo predilecto de Dios, el principal objeto de su benéfica providencia, el depósito de sus tesoros y gracias. Fueron ingratos, y perdonó su ingratitud; volvieron á pecar, y volvió á perdonarlos; se rebelaron tercera y cuarta vez, y no por eso les negó el perdon de sus reincidencias; pero llenaron por último la medida, agotaron la paciencia, provocaron la indignacion de Dios, y desde el fatal momento en que Jesucristo les dijo: *yo marcho, y aunque me busquéis, moriréis en vuestro pecado*, quedaron privados de su amor, destituídos de su misericordia, borrados del libro de la vida, y caminarán dispersos por todo el mundo, llevando consigo á todas partes el sello de su reprobacion eterna.

Cristianos eran los apóstoles y elegidos para maestros de la religion del Crucificado; pero en el instante que este dijo al pérfido Júdas (1): *quod facis, fac citius*, le abandonó, decretó irrevocablemente su condenacion, y llegó á verificarse, no obstante que iluminado por alguna débil luz que su cariñoso Maestro dirigió aún á su corazon, llegó á conocer su temeridad, á horrorizarse de su ingratitud, á arrepentirse de su sacrilegio, á detestar su codicia, á restituir el precio de su perfidia. No tenia remedio; ya habia sido abandonado, su nombre estaba ya escrito en el fatal catálogo de los réprobos: ya no habia perdon para él, aunque le hubiera pedido con incesantes lágrimas, como el miserable Antíoco. Era ya incapaz de misericordia, aun-

(1) *Joann.* c. 13. v. 27.

que hubiera recurrido á Dios, como el desgraciado Saúl. Él mismo se anticipó su desgracia con la muerte; se precipitó ántes de tiempo en las voraces llamas que le han de consumir por una eternidad.

Cristianos somos nosotros, preferidos siempre en el amor de Dios. Nos hemos rebelado ingratos contra él, sin que dejara de amarnos por eso; ha llamado por el contrario sin cesar á las puertas de nuestro corazon, ha procurado desengañarnos y atraernos á su gracia. Nosotros ignorantes hemos continuado, ó mejor, hemos aumentado nuestros desórdenes abusando de todos sus beneficios, despreciando todos los castigos, burlando todas las amenazas, riéndonos de todos sus avisos; ó, para decirlo con las palabras del mismo Jesucristo, no hemos creído que es el Hijo de Dios, el enviado de Dios: no lo hemos creído, negándonos á la doctrina de sus ministros. Por eso nos hemos atraído la terrible maldicion que fulminó contra los judíos: *in peccato vestro moriemini*. Dios nos desamparará, nos abandonará completamente; nos privará de su gracia, nos entregará á los perversos deseos de nuestro corrompido corazon, nos dejará correr libremente por el camino de la iniquidad, nos cegará para que no veamos el peligro, endurecerá nuestro corazon...

Suspendéd, Señor, por un rato la ejecucion de vuestro decreto. Dirigíd compasivo los ojos á las lágrimas que vierten los de estos infelices; atendéd á la sinceridad con que claman á las puertas de vuestra misericordia; escuchád los gemidos con que os piden el perdon de todas sus culpas. Qué! será mi pueblo mas infiel que las ciudades de Pentápolis? No habrá siquiera veinte justos? no habrá diez? ¿no ha de haber al ménos cinco, por cuyo amor perdonéis á los demas? Sí, Dios mio: es necesario perdonarlos. Aunque su felicidad ó desgracia nada importaran, importa mucho la gloria de vuestro santo nombre. Si no los perdonáis, se jactarán vuestros enemigos de que ha prevalecido su malicia sobre vuestra misericordia, despreciarán vuestro poder, se burlarán de vuestra majestad, deshonrarán vuestra providencia. Acordáos de la palabra que me tenéis dada, de oirme favorablemente, siempre que os pida esta gracia. Cuando mandasteis levantar la serpiente de metal, jurasteis que todos cuantos la mirasen, quedarian perfectamente sanos de las mordeduras de las serpientes verdaderas; y por vuestro Apóstol me

habéis asegurado, que el mismo efecto produciria en las heridas mortales del pecado el Hijo del hombre levantado en la cruz. Todos los fieles que me escuchan se postran en vuestra presencia, y dirigen confiados su vista á ese madero sacrosanto. No hay arbitrio pues, es indispensable perdonarlos. Estáis obligado, permitídme la expresion. Si está firmada la sentencia de su condenacion, tambien lo estaba la de reprobacion de todo el género humano, y á pesar de eso la presencia de vuestro Hijo humanado os obligó á revocarla: firmada estaba la destruccion de Nínive, y las lágrimas y penitencia de sus habitantes os movieron sin embargo á anular el decreto. Suspendéd, para hablar con mas propiedad, la sentencia fatal de nuestra condenacion, porque seguro estoy de que aún no nos habéis abandonado del todo. Condecédnos un espíritu de contricion, para detestar nuestras culpas, el don de lágrimas para llorarlas, la resolucion para confesarlas con ingenuidad, y una gracia eficacísima, por la cual cumplamos tan fielmente nuestros deberes, que os obliguemos á cumplir vuestra promesa de dar la gloria al que así lo hiciere. Amen.

SERMON.

LAS OBRAS DEL PREDICADOR,

AUNQUE MALAS,

EN NADA PERJUDICAN Á SU DOCTRINA.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Super cathedram Moysi sederunt scribæ et pharisei. Omnia ergo quæcumque dixerint vobis, servate et facite.

Sobre la cátedra de Moises se sentaron los escribas y fariseos. Guardád pues y hacéd todo lo que os dijeren; mas no hagáis segun sus obras.

S. Mateo, c. 23. *v.* 2 *y* 3.

SEÑOR,

¡En qué diferentes estados se ofrece hoy á mi vista vuestra majestad adorable! ¡Cuán diferentes son los afectos que producen en mi alma las especies que ocultan vuestra sustancia, y la imágen que me recuerda vuestras ignominias! Yo no sé ciertamente á dónde dirija mis ojos, ni en qué pueda fijar con preferencia mi consideracion. Si miro á ese glorioso tabernáculo, por el mismo velo que oculta vuestra gloria, paréceme que veo salir los rayos de vuestra majestad, cuyo brillo me deslumbra; si á esa figura lastimosa, apénas alcanza mi fe á persuadirme

(1) Para este dia se hallan dos sermones en la parte de los de *Mision*, el uno en la pág. 312 del tomo segundo acerca de la dulzura y libertad del cristianismo, y el otro en la pág. 480 del tomo tercero sobre la paciencia de Dios en tolerar al pecador.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habéis asegurado, que el mismo efecto produciria en las heridas mortales del pecado el Hijo del hombre levantado en la cruz. Todos los fieles que me escuchan se postran en vuestra presencia, y dirigen confiados su vista á ese madero sacrosanto. No hay arbitrio pues, es indispensable perdonarlos. Estáis obligado, permitídme la expresion. Si está firmada la sentencia de su condenacion, tambien lo estaba la de reprobacion de todo el género humano, y á pesar de eso la presencia de vuestro Hijo humanado os obligó á revocarla: firmada estaba la destruccion de Nínive, y las lágrimas y penitencia de sus habitantes os movieron sin embargo á anular el decreto. Suspendéd, para hablar con mas propiedad, la sentencia fatal de nuestra condenacion, porque seguro estoy de que aún no nos habéis abandonado del todo. Condecédnos un espíritu de contricion, para detestar nuestras culpas, el don de lágrimas para llorarlas, la resolucion para confesarlas con ingenuidad, y una gracia eficacísima, por la cual cumplamos tan fielmente nuestros deberes, que os obliguemos á cumplir vuestra promesa de dar la gloria al que así lo hiciere. Amen.

SERMON.

LAS OBRAS DEL PREDICADOR,

AUNQUE MALAS,

EN NADA PERJUDICAN Á SU DOCTRINA.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Super cathedram Moysi sederunt scribæ et pharisei. Omnia ergo quæcumque dixerint vobis, servate et facite.

Sobre la cátedra de Moises se sentaron los escribas y fariseos. Guardád pues y hacéd todo lo que os dijeren; mas no hagáis segun sus obras.

S. Mateo, c. 23. *v.* 2 *y* 3.

SEÑOR,

¡En qué diferentes estados se ofrece hoy á mi vista vuestra majestad adorable! ¡Cuán diferentes son los afectos que producen en mi alma las especies que ocultan vuestra sustancia, y la imágen que me recuerda vuestras ignominias! Yo no sé ciertamente á dónde dirija mis ojos, ni en qué pueda fijar con preferencia mi consideracion. Si miro á ese glorioso tabernáculo, por el mismo velo que oculta vuestra gloria, paréceme que veo salir los rayos de vuestra majestad, cuyo brillo me deslumbra; si á esa figura lastimosa, apénas alcanza mi fe á persuadirme

(1) Para este dia se hallan dos sermones en la parte de los de *Mision*, el uno en la pág. 312 del tomo segundo acerca de la dulzura y libertad del cristianismo, y el otro en la pág. 480 del tomo tercero sobre la paciencia de Dios en tolerar al pecador.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de vuestra divinidad, viéndola tan abatida. Aquel me llena de confianza, porque ¿qué no debo esperar de un Dios, que determina unirse tan estrechamente conmigo, que me alimenta con la sustancia de su divinidad? Esta me llena de terror y sobresalto, porque estando cargado de pecados propios, ¿qué no deberé temer de aquella justicia inexorable que con tanto rigor castigó los ajenos en su inocente Hijo? El primero como que fomenta mi soberbia, recordándome la elevada potestad de sus ministros, que sin duda alguna es mayor que la de los emperadores, mayor que la de todos los ángeles, mayor, si me es permitido decirlo, que la de vuestra misma Madre : la segunda reprime mi orgullo, me confunde, me aterra con la consideracion de las penas que merezco por mis delitos, tanto mas enormes, cuanto mayor es la santidad de mi ministerio.

Ministerio terrible! ministerio que siendo una continuacion del de Jesucristo, requiere una santidad semejante á la suya! Pero ay! una triste experiencia demuestra que la excelencia de este ministerio sacerdotal ni destruye la naturaleza, ni disminuye las pasiones del hombre, y que en él, aunque sea llamado el sacerdote á un estado de perfeccion, no siempre corresponde, ántes por desgracia no faltan algunos, que olvidados de sus deberes enseñan, predican, exhortan á los fieles, á imitacion de los soberbios y supersticiosos fariseos, al cumplimiento de las obligaciones cristianas, que olvidan, desprecian y violan ellos mismos, como si no estuvieran sujetos á las mismas leyes. Fatal y lamentable escándalo! Pero escándalo, que aunque promueva, no autoriza ni excusa los pecados de los simples fieles, como nos lo enseña Jesucristo en el Evangelio de este dia. Aunque nuestros sacerdotes sean tan criminales y escandalosos como los escribas, no por eso hemos de despreciar, ni ménos reprobar su doctrina, ántes bien debemos separarla de sus obras, si queremos conocer que estas pueden ser propias del hombre, cuando aquella debe mirarse siempre como del mismo Dios.

Esta leccion del divino Maestro pienso yo repetiros en esta tarde, sin que sea mi designio hacer mi apología ni la del clero. Penetrado de un amargo dolor, supongo que los sacerdotes somos defectuosos, que acaso seremos criminales, y aunque por la misericordia de Dios no tanto como propala una insolente maledicencia, pero lo muy suficiente, al ménos por mi parte,

para abrigar con fundamento los temores que agitaban al Apóstol (1) de ser juzgado por Dios indigno de premio, despues de haber enseñado á otros el camino de la salud. Defiendo solo nuestra doctrina, ó por mejor decir la vuestra, sapientísimo y divino Maestro; de quien espero las luces, la energía y la gracia que exigen la gloria de vuestro nombre y el interes de vuestra Religion. Así lo espera y os lo ruega mi auditorio, que os presenta sus súplicas por conducto de vuestra Madre amantísima. *Ave María.*

En todos tiempos y países se ha considerado á los sacerdotes, como el órgano destinado por los dioses para manifestar á los mortales su voluntad. De aquí la veneracion y respeto que les han tributado los pueblos, y la determinacion de constituirlos en varias naciones jueces árbitros de todos los negocios de importancia. Los etíopes, los egipcios, los atenienses, los germanos, los francos, los descendientes de Rómulo, todos hacian el mayor aprecio y estimacion de sus sacerdotes; en un todo parecian estar pendientes de sus labios; tansolo en ellos creían hallarse depositada la verdad y la sabiduría, y obedecian ciegamente sus palabras, considerándolas como palabras de los dioses. Los sacerdotes eran por lo comun los que dictaban leyes á los pueblos : los sacerdotes juzgaban en todas las causas de alguna gravedad : los sacerdotes daban la investitura, y deponian á los cónsules y á los reyes. A tal extremo llegó en algunas partes la sumision y deferencia á los sacerdotes, que con solo decir uno de ellos, aunque fuera al rey, que no era la voluntad de los dioses que viviera, al punto se condenaba él mismo á la muerte, queriendo mas, dice un historiador, morir obedeciendo al sacerdote, que vivir negándose á creer en sus palabras. Esta persuasion parece una máxima universal grabada en el corazon del hombre por el autor de la naturaleza. Por ella traslucian en el sacerdote una excelente cualidad que le hacia muy superior á todos los demas hombres, veían un no se qué de divino, que debia resultar de su frecuente comunicacion con los dioses, por lo que tenian por infalibles todas sus resoluciones. Por eso el filósofo Platon juzgó que no podria ser perfecta su

(1) I. *ad cor.* c. 9. v. 27.

república, si no se vinculaba al sacerdocio la suprema potestad; y el grande Alejandro, habiéndole preguntado un privado suyo la razon de por qué habia dispensado tantos honores y gracias al sumo sacerdote, contra quien venia tan irritado, le respondió: *non hunc adoravi, sed Deum, cujus sacerdocio fungitur:* lo he hecho precisamente por respeto al Dios, de quien es ministro.

Este concepto tenian formado de sus sacerdotes los idólatras, que engañados por sus mismos ardides se persuadian á que eran los conductos de que se valian los ídolos para hablarles, descubrir sus pensamientos y manifestar su voluntad excelsa. Los cristianos, que sabemos y confesamos sin el menor recelo, que el único verdadero Dios ha constituído en la Iglesia sus ministros, para que promulguen su ley, hagan saber su divina voluntad y enseñen á los demas el modo de adorarle, servirle, merecer y gozar eternamente de su presencia; los cristianos, que conocemos y estamos bien persuadidos de que Jesucristo es quien habla por boca de sus sacerdotes, que les ha prometido su compañía y asistencia hasta la consumacion de los siglos, para que en ningun tiempo salga de sus labios doctrina que no vaya marcada con el sello de la verdad (1); los cristianos, para quienes es una verdad inconcusa, que oyendo á los sacerdotes, oímos al mismo Jesucristo, y que despreciamos á Jesucristo, cuando despreciamos las instrucciones que ellos, como ministros suyos nos dan (2); los cristianos, á quienes repetidas veces dice el Apóstol, que la doctrina de los sacerdotes es la del mismo Dios, y que como tal, y no como palabras humanas, hemos de recibirla y apreciarla; los cristianos que creemos firmemente estas verdades, ¿qué juicio deberemos formar de nuestros sacerdotes?

No es mi ánimo formar una disertacion propia de las aulas en que, valiéndome de los repetidos testimonios de la Escritura sagrada, de los Concilios y de los santos Padres, demuestre la verdad de la revelacion, ni la autoridad de la Iglesia católica, para decidir las cuestiones pertenecientes al dogma y á la moral; esto pareceria indicar que recelo de la sinceridad de vuestra creencia. Tampoco trato de persuadiros que la doctrina que recibimos de los sacerdotes, es la misma que han enseñado Je-

(1) *Matth.* c. 28. v. 20. (2) *Luc.* c. 10. v. 16.

sucristo y sus apóstoles: semejante intento seria suponeros demasiado escasos de instruccion en la historia principal de nuestra Religion sacrosanta. Consúltense todos los siglos, todas las Iglesias, todos los pastores, no hallaremos alteracion alguna sustancial entre las verdades que nos enseñan y las virtudes que nos recomiendan. Si alguno por desgracia declina de esta trillada senda, en la misma separacion, tansolo en la novedad descubre ó manifiesta las señales del error. El que de tal modo se condujere, no enseñaria al pueblo cristiano desde la cátedra del Espíritu santo, sino desde el lugar de la herejía y de la pestilencia. No; los sacerdotes de Jesucristo no aspiran al dominio despótico que ejercen sobre los pueblos los sacerdotes idólatras, no dictan leyes, no se suponen con derecho á disponer de la vida de los fieles, ni á distribuir á su arbitrio los cetros y coronas, ni á decidir como jueces en las desavenencias de los monarcas. Pero se creen autorizados para enseñar por todo el universo las verdades y misterios, á cuya creencia se hallan obligados todos los hombres, y las virtudes que no pueden ménos de practicar, si aspiran á una felicidad verdadera. Este derecho les compete por su mision, y cualquiera que en estos asuntos pretenda negarles el asenso, positivamente desobedece al Señor que los ha enviado con este objeto. Por eso decia Dios á los hebreos por Moises (1), que en las dudas de consideracion consultaran al sacerdote, cuya respuesta debian tener por una verdad infalible, y considerarla como sentencia definitiva; que de ella no habia apelacion; que con ella debian aquietarse; en fin, que no se apartaran, ni dieran un solo paso á la izquierda ni á la derecha del camino que aquel les mostrase. Que si alguno tenia la insolencia de resistir al imperio del sacerdote, fuera castigado de muerte, para que á su vista temiera lo restante del pueblo, ninguno se dejara dominar de la soberbia y se arrancara de raíz el mal del pueblo de Israel. Cuasi en las mismas palabras y con la misma pena lo tenia ya decretado en el Éxodo. Honra, teme á tu Dios, dice tres veces á su hijo en un mismo capítulo el Eclesiástico, y reverencia y obedece á sus sacerdotes (2).

Acaso parecerá extraño que Dios inculque tan repetidas veces este precepto, y ordene un castigo tan severo contra sus

(1) *Deut.* c. 17. v. 9. 10. 11. *et* 12. (2) *Eccli.* c. 7. v. 31. 32. *et* 33.

infractores; pero ¿quién duda que el desprecio y ofensa que se hace al ministro ó embajador de algun soberano, se dirige, se refunde en el soberano mismo á quien representa? Y aunque hubiera alguno que pudiera dudar una cosa tan manifiesta, el mismo Dios asegura por el profeta Zacarías (1), que *se le hiere á él en la pupila del ojo con solo tocar á uno de sus sacerdotes.* Y Jesucristo dice expresamente en el Evangelio á los apóstoles, y en su persona á todos sus sucesores en el sacerdocio (segun indiqué ántes): *el que á vosotros oye á mí me oye, y el que á vosotros desprecia, me desprecia á mí y á mi eterno Padre que me ha enviado.* De esta autoridad creo inferir con algun fundamento que así como el eterno Padre envió á su Hijo, así ha enviado este á sus sacerdotes por maestros de los demas hombres; y que del mismo modo que la doctrina que enseñaba y predicaba Jesucristo, no era suya sino del Padre que le habia enviado, así la que predican los sacerdotes, no es de los sacerdotes, sino de Jesucristo, de quien tienen la mision. Este divino fundador de la Iglesia ya dejó señalados quiénes eran los que debian enseñar á los otros, destruyendo con esta determinacion las falsas sentencias de aquellos, que habian de enseñar un dia que á todos y cada uno de los fieles compete ó es permitido entender á su modo las verdades de la Religion. Estaba bien persuadido de que un cuerpo que todo fuera ojos, seria un monstruo de poca utilidad que acaso podia ocasionar muchos perjuicios; que indefectiblemente reinaria una entera confusion, un completo trastorno en la sociedad, en que todos estuviesen autorizados para mandar y ninguno tuviera obligacion de obedecer, del mismo modo que en el cuerpo, en que todos los miembros quisieran dirigir y ninguno recibir las impresiones del principal. Los delirios, los absurdos, las contradicciones que se vieron precisados á admitir los herejes, apénas adoptaron esta soberbia y detestable máxima, son la mas evidente prueba de lo que Jesucristo predijo. Acaso sin pretenderlo demostró con extraordinaria gracia tantas monstruosidades un célebre satírico en su fábula de la culebra, en que manifiesta el resultado que necesariamente debia tener el empeño de la cola, que cansada de ser siempre dirigida por la cabeza, tomó á su cargo la direccion que esta le cedió gustosa, á fin de proporcionarle un triste desengaño. La simple vista de los dogmas que proponen nuestros ilusos, es la impugnacion mas completa de sus errores, por cuya razon deben considerarse como perdidos el tiempo y el trabajo que se emplearan en demostrarlos.

(1) *Zachar.* c. 2. v. 8.

Ciertamente á ningun hombre sensato puede ocurrir duda alguna en este asunto; mas si se ofreciera, solo necesitaríamos para desvanecerla, echar mano del Evangelio de Jesucristo en este dia. ¿Cómo hemos de creer, dicen algunos, mas bien incitados por la perversidad de su corazon que por las dudas de su entendimiento, cómo hemos de creer y prestar obediencia á lo que exigen de nosotros los sacerdotes, si ellos mismos patentizan en sus obras la falsedad de su doctrina? si no practican lo que mandan practicar á los demas? *dicunt et non faciunt.* ¿Cómo han de persuadirnos que es divina, y por tanto obligatoria, la ley que predican, siendo ellos los primeros, los mas constantes, los mas obstinados en violarla? Si no creen sus propias palabras, ¿cómo pretenden que las creamos nosotros? Y si efectivamente asienten á lo que dicen, ¿cómo conciliar la monstruosa contradiccion entre la doctrina y las costumbres de todos ó la mayor parte de ellos?

Vuelvo á decir que no es mi ánimo por ahora hacer la apología de nuestros sacerdotes. Aunque lo resista la piedad cristiana, quiero suponer ciertos todos los excesos que se les atribuyen; y me abstendré ademas de criticar la conducta de los que con tanto encarnizamiento se ocupan en difundir entre los fieles semejantes ideas. Supongo mas bien que no hallando cosa que reformar en sus costumbres, los incita á procurar la reforma de las nuestras el fervor de su caridad, semejante ó tal vez superior á la del Apóstol; que el celo de la honra del Señor les arranque una confesion, por medio de la cual, dándose toda la publicidad posible á nuestros desórdenes, conseguirán avergonzarnos y decidirnos á variar de conducta. Yo en nombre de todos los ministros del Señor no puedo ménos de agradecer su buena intencion; y en recompensa les daré este consejo, á fin de que su celo sea mas eficaz y el fruto mas seguro: *obedeced al sacerdote que os exhorta á que busquéis en el Evangelio de Jesucristo el órden y método con que debéis advertir á vuestro hermano sus defectos, si queréis ganarle para Dios.*

Nada importa que el sacerdote no acomode su conducta á lo

que os enseña. La doctrina de Jesucristo y de su Iglesia ¿recibe por ventura su verdad de los labios del sacerdote que la anuncia? La que este predica, es la palabra de Dios, que aunque se comunique por el órgano del mismo Lucifer, no dejará de ser verdadera. El pecador mas endurecido, el hereje mas obstinado, el impío mas incrédulo pueden efectivamente dar al hombre por medio de los sacramentos, la gracia, las virtudes y aún la gloria, porque aquellos no reciben su virtud de la disposicion del ministro que los confiere, sino de Jesucristo que los ha instituído. Del mismo modo la divina palabra no perderá el carácter de divina, por ser un hombre quien la profiere; no dejará de ser santa, porque salga de una boca pecadora; será siempre una verdad infalible, por mas que la desmienta con sus obras el que la publica. ¿Qué boca mas detestable, qué labios mas impuros que los del pontífice Caifas? Y sin embargo, cuando estaba proyectando el mas enorme de todos los crímenes, hablaba en nombre del Señor, porque hablaba todavía como sacerdote, y para consumar su iniquidad profiere una sentencia, que es el fundamento de nuestra Religion y de toda nuestra esperanza (1). Jesucristo veía mejor que nosotros la hipocresía, la supersticion, la soberbia, el odio, todos los vicios de que eran esclavos los doctores de la ley mosaica, y á pesar de eso exhorta y manda expresamente á los judíos, que detestando sus obras, obedeciesen sin réplica las leyes que les dictasen desde la cátedra de la verdad. Continuando la suposicion hecha anteriormente digo, que seremos aún mas criminales que ellos los sacerdotes de la nueva ley; pero es indudable que ejercemos un ministerio mas elevado, ocupamos una cátedra no ménos santa, hablamos á nombre de un Dios, que por su misma boca nos ha declarado su voluntad y promulgado su ley. No se dirá con razon que como los orgullosos fariseos imponemos al pueblo preceptos duros, cargas insoportables, de que tratamos de excluirnos nosotros. La ley es una para todos; aún es mas severa para los sacerdotes. No tratamos de eludir su cumplimiento con interpretaciones arbitrarias; no disimulamos la ley que condena nuestros desórdenes. Ningun sacerdote, por mas avaro que se le suponga, ha dicho ni dirá jamas desde la sagrada cátedra, que la avaricia es una virtud ó que no es un vicio detes-

(1) *Vos nescitis quidquam, nec cogitatis quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat.* Joann. c. 15. v. 49. et 50.

table. Ninguno, por mas que tenga la desgracia de sucumbir á la vergonzosa pasion de la lujuria, dejará de condenar este vicio brutal, como indigno del hombre, como repugnante á su naturaleza. Ninguno, aunque sea el mas indolente, preconizará una vez siquiera la pereza como verdadera virtud. Lo mismo digo de los demas vicios, que seria superfluo enumerar, pues los indicados son suficientes á manifestar la sinceridad con que condenamos en público las mismas obras en que nos ejercitamos, que es una prueba inequívoca de la verdad de nuestras palabras y de la divinidad de nuestra doctrina.

¡Infeliz, mil y mil veces desdichado el que con cualquier pretexto desprecia ó se resiste á creer la doctrina, que el Dios omnipotente le comunica por nuestros labios! ¡Desventurado el que no reciba los documentos de los ministros, destinados por el Señor para enseñar á los hombres su divina ley! Seguro es, dice Jesucristo (1), que no cederá á la evidencia de los milagros: aunque resucitaran los muertos para desengañarle, no admitiria el desengaño. Y ¿cómo podria excusarse este miserable, en el tribunal de la divina justicia, con el ejemplo que el sacerdote le dió en su conducta pecaminosa? Confieso de buena fe que serian mas eficaces las exhortaciones á la virtud, si nuestras obras fueran en todo conformes á nuestras palabras; que este es nuestro deber, puesto que nos llama Dios á un estado de mayor perfeccion, y que por eso mismo seremos altamente responsables al Juez supremo de los escándalos con que inutilizamos muchas veces el fruto de la predicacion; pero repito que nada de esto puede disculpar á los simples fieles que se entregan á los desórdenes. El sacerdote podrá descubrir en sus obras que es, como todos los demas hombres, hijo de un pecador; mas en su doctrina se conduce como un ministro del Dios de la verdad. Sus obras podrán ser obras de muerte; pero sus palabras son palabras de vida eterna. Sus obras podrán ser motivo de escándalo; pero su voz en la sagrada cátedra se dirigirá exclusivamente á la edificacion de los fieles. En aquel lugar santo harán ver cuán detestables y dignas de execracion son sus propias acciones, á nadie llamarán á la imitacion de sus extravíos; dirán sí á todos, fundados en las palabras del Evangelio: vivíd como yo os mando, no como yo vivo: mis obras son mias,

(1) *Luc.* c. 16. v. 31.

mis preceptos, mi doctrina, mis exhortaciones son de Dios. El pecado no deja de serlo, porque yo lo cometa, y aunque todos los ángeles del cielo vinieran á enseñaros lo contrario, no deberiais creerles.

Las culpas pues de los sacerdotes no deben impedir que los fieles reciban con sumision y docilidad sus instrucciones. Así lo hacen los que procuran imitar á su divino Maestro. Estos echando un denso velo sobre los pecados ajenos, ó recordándolos solo para llorarlos, se persuaden de que en los labios del sacerdote reside la verdad y la sabiduría; que por sus palabras se manifiestan los preceptos de la ley, y que por su boca les habla el Dios omnipotente, absoluto dueño de todas sus potencias y talentos. El soberbio, por el contrario, aunque sea un prodigio de virtud el que le habla, se resiste á dar asenso á sus expresiones, sin examinarlas primero con toda escrupulosidad en el tribunal de su razon; y si no se conforman con sus luces ó con sus deseos, se vale de cualquier pretexto para desecharlas, para impugnarlas, y aún para proferir contra ellas mil dicterios, por mas que se le asegure ser palabras de su Dios.

Alejád, Señor, de nosotros el espíritu de la soberbia. Ya que tanto os habéis humillado por nuestro amor, como lo manifiestan ese adorable sacramento y ese madero infame, hacédnos humildes y mansos de corazon : infundíd á vuestros sacerdotes los auxilios sobrenaturales que necesitan, para desempeñar dignamente los altos deberes de su ministerio, y á los fieles la docilidad indispensable, para que se dejen dirigir por el camino de vuestros mandamientos. De este modo se persuadirán los cristianos de que no es un pecador, como yo, el que les habla, sino vos mismo, que sois el Santo de los santos, el Dios de la santidad, el Unigénito del eterno Padre, el que les dice por tantas bocas cuantas son las heridas que abrieron en su cuerpo sacratísimo los azotes, que vos habéis sido quien ha instituído en la Iglesia los sacerdotes, para que promulguen vuestra ley y les declaren vuestra voluntad; y despreciando la conducta escandalosa de estos, obedecerán sus exhortaciones y se encaminarán por la senda que ellos les describen, al término feliz de la bienaventuranza. Amen.

SERMON

SOBRE

LA VOCACION.

PARA EL MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA (1).

(DE MASSILLON.)

Tunc accessit ad Jesum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, et ait illi : dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram in regno tuo.

Entónces la madre de los hijos del Zebedeo se acercó á Jesus con sus dos hijos, y le dijo : mandád que estos dos hijos mios se sienten en vuestro reino, uno á vuestra derecha, y otro á vuestra izquierda.

S. Mateo, c. 20, *v.* 20 *y* 21.

¡Qué pocas veces sucede, católicos, que la naturaleza convenga con la gracia, y que los fines de la Fe sirvan de regla á los proyectos y deseos de un amor absolutamente humano! Esta madre solamente pide para sus hijos una gloria y una grandeza temporal; sus deseos de verlos unidos á Jesucristo no eran mas que por las esperanzas de que algun dia ocupasen los primeros puestos de un reino terrestre; les dispone destino á medida de su gusto, sin atender á si los divinos decretos son conformes á la temeridad de sus esperanzas; no consulta mas que á los excesos de su maternal amor; y sin reflexionar si la elevacion en que quiere colocar á sus hijos, es el estado que Jesucristo les tiene preparado, los ensalza y quiere sentarlos por sus propias manos sobre unos tronos imaginarios, y usur-

(1) En la pág. 24 del tomo tercero de los sermones de *Mision* se ha puesto uno para este dia, que trata de los gravísimos daños de la soberbia.

mis preceptos, mi doctrina, mis exhortaciones son de Dios. El pecado no deja de serlo, porque yo lo cometa, y aunque todos los ángeles del cielo vinieran á enseñaros lo contrario, no deberiais creerles.

Las culpas pues de los sacerdotes no deben impedir que los fieles reciban con sumision y docilidad sus instrucciones. Así lo hacen los que procuran imitar á su divino Maestro. Estos echando un denso velo sobre los pecados ajenos, ó recordándolos solo para llorarlos, se persuaden de que en los labios del sacerdote reside la verdad y la sabiduría; que por sus palabras se manifiestan los preceptos de la ley, y que por su boca les habla el Dios omnipotente, absoluto dueño de todas sus potencias y talentos. El soberbio, por el contrario, aunque sea un prodigio de virtud el que le habla, se resiste á dar asenso á sus expresiones, sin examinarlas primero con toda escrupulosidad en el tribunal de su razon; y si no se conforman con sus luces ó con sus deseos, se vale de cualquier pretexto para desecharlas, para impugnarlas, y aún para proferir contra ellas mil dicterios, por mas que se le asegure ser palabras de su Dios.

Alejád, Señor, de nosotros el espíritu de la soberbia. Ya que tanto os habéis humillado por nuestro amor, como lo manifiestan ese adorable sacramento y ese madero infame, hacédnos humildes y mansos de corazon : infundíd á vuestros sacerdotes los auxilios sobrenaturales que necesitan, para desempeñar dignamente los altos deberes de su ministerio, y á los fieles la docilidad indispensable, para que se dejen dirigir por el camino de vuestros mandamientos. De este modo se persuadirán los cristianos de que no es un pecador, como yo, el que les habla, sino vos mismo, que sois el Santo de los santos, el Dios de la santidad, el Unigénito del eterno Padre, el que les dice por tantas bocas cuantas son las heridas que abrieron en su cuerpo sacratísimo los azotes, que vos habéis sido quien ha instituído en la Iglesia los sacerdotes, para que promulguen vuestra ley y les declaren vuestra voluntad; y despreciando la conducta escandalosa de estos, obedecerán sus exhortaciones y se encaminarán por la senda que ellos les describen, al término feliz de la bienaventuranza. Amen.

SERMON

SOBRE

LA VOCACION.

PARA EL MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA (1).

(DE MASSILLON.)

Tunc accessit ad Jesum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, et ait illi : dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram in regno tuo.

Entónces la madre de los hijos del Zebedeo se acercó á Jesus con sus dos hijos, y le dijo : mandád que estos dos hijos mios se sienten en vuestro reino, uno á vuestra derecha, y otro á vuestra izquierda.

S. Mateo, c. 20, *v.* 20 *y* 21.

¡Qué pocas veces sucede, católicos, que la naturaleza convenga con la gracia, y que los fines de la Fe sirvan de regla á los proyectos y deseos de un amor absolutamente humano! Esta madre solamente pide para sus hijos una gloria y una grandeza temporal; sus deseos de verlos unidos á Jesucristo no eran mas que por las esperanzas de que algun dia ocupasen los primeros puestos de un reino terrestre; les dispone destino á medida de su gusto, sin atender á si los divinos decretos son conformes á la temeridad de sus esperanzas; no consulta mas que á los excesos de su maternal amor; y sin reflexionar si la elevacion en que quiere colocar á sus hijos, es el estado que Jesucristo les tiene preparado, los ensalza y quiere sentarlos por sus propias manos sobre unos tronos imaginarios, y usur-

(1) En la pág. 24 del tomo tercero de los sermones de *Mision* se ha puesto uno para este dia, que trata de los gravísimos daños de la soberbia.

pa los derechos de Dios, que es el único árbitro de la suerte de los hombres.

Sí, católicos, solamente Dios que ve nuestros corazones, y que desde el principio ha señalado el camino por donde quiere conducirnos, es quien puede inspirarnos la eleccion; á él solo pertenece llamarnos al estado, en que nos ha preparado en sus eternos consejos los medios para nuestra salvacion; á él solo debemos consultar en un negocio, en que él es el único que nos puede iluminar y guiar. Las costumbres, las pasiones, las circunstancias de la riqueza, del puesto, del nacimiento, que son las que regularmente tienen mas parte en la eleccion de estado, son unas guias falaces, que casi siempre son causa de que nos engañemos; y como el engaño en esta materia es el mas irreparable de todos, os quiero manifestar hoy las reglas de la Fe en un punto tan importante de la doctrina cristiana.

Es verdad que la mayor parte de los que me oyen ya han hecho eleccion de estado, por lo que no les es permitido elegir otro nuevo; pero me parece que no será inútil el manifestarles, en el defecto de la vocacion, la primera raíz de sus infidelidades á las obligaciones de su estado, ó para que enmienden con abundantes lágrimas la imprudencia de su eleccion, ó para que respetando el órden de Dios en los diversos caminos que ha señalado á los hombres, no se hagan árbitros de la suerte de sus hijos, que está en las manos del Señor.

Este pues es todo el asunto de mi discurso. La eleccion de estado es entre todas las circunstancias de la vida, en la que con mas frecuencia se introduce el engaño. La eleccion de estado es entre todas las circunstancias de la vida, en la que mas debe temerse el engaño. Lo raro de una vocacion verdadera, y los peligros de una vocacion falsa, son los puntos en que pretendo instruiros. Imploremos, etc. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

La santidad es la general vocacion de todos los fieles; y *el Señor nos ha llamado á todos*, hablando con el Apóstol, *para que seamos santos y puros en su presencia.* No obstante el camino para llegar á este feliz término no es uno mismo respecto de todos los hombres; esta vida es una tierra extraña, en donde hay diferentes é infinitas sendas, por las que caminamos

todos nosotros, como pasajeros, hácia la celestial patria; pero no podemos caminar con seguridad, sino cuando la mano de Dios nos ha colocado en ellas.

Y á la verdad, católicos, la razon y la Fe nos prohiben igualmente el pensar que el Señor, despues de habernos llamado á la luz del Evangelio, haciéndonos nacer de padres fieles, no ha querido mezclarse, por decirlo así, en nuestra suerte; y que sin determinar cosa alguna en órden al género de vida y al estado en que queria que obrásemos nuestra salvacion, nos ha dejado de tal modo en manos de nuestro consejo, que haya fiado únicamente á nuestro capricho una eleccion tan decisiva para nuestra eternidad.

Dije primeramente, que es contra la razon; porque esto seria figurarnos, como algunos locos filósofos, que la divinidad es insensible, que deja al acaso y á la ventura el cuidado de las cosas de la tierra; que no tiene en sus manos las suertes de los hombres; que sigue el curso de las revoluciones humanas, sin darles ella misma el movimiento; que se deja llevar del impulso casual y fortúito; que mueve á este grande universo, sin gobernarlo ni guiarlo; y que mas es esclava, que gobernadora de los sucesos. Seria quitarle aquella atenta providencia y aquella universal sabiduría, que dispone de todo desde el uno hasta el otro extremo de la tierra, con peso, con número y con medida; que forma aquella armonía y aquel órden admirable, en el que es preciso conocer un Ser supremo é intelectivo, que por unos inexplicables caminos lleva todas las cosas á su fin. Seria, en una palabra, ó darnos un universo de hombres sin Dios, ó un Dios mas flaco y despreciable que el hombre.

Dije en segundo lugar, que es contra la Fe; porque la eleccion de los justos no es mas que la eterna disposicion de los medios que deben infaliblemente libertarlos; y siendo el principal de estos la eleccion de estado, debió sin duda incluirse en aquella voluntad misericordiosa, que les ha preparado los caminos seguros para la salvacion; y por otra parte, debiendo tambien servir la suerte de los malos, en los designios de Dios, para mil secretos fines en órden á la salud eterna de los justos, debió tambien entrar en el plan eterno de su justificacion, y ser igualmente decretada desde el principio, como la misma suerte de los escogidos. Es pues indubitable, que ántes que naciésemos habia señalado el Señor para cada uno de nosotros el

plan de nuestras suertes y el camino de nuestra eternidad, por decirlo así; que entre los muchos caminos que forman las diversas condiciones de la sociedad, no hay mas que uno para nosotros, y que aquel es por donde Dios quiere salvarnos.

No obstante lo cierto de estas verdades, es indubitable que las mas veces no es el camino que nosotros nos escogemos, el que Dios nos habia preparado desde el principio, y que entre todas las circunstancias de la vida, en ninguna es el engaño mas frecuente que en la eleccion de estado. Vosotros, católicos, seréis de este mismo dictámen, si queréis considerar la naturaleza de esta eleccion y las esenciales circunstancias que deben acompañarla. Primeramente, las pasiones y la preocupacion hacen que en este punto sean mas frecuentes los engaños, y nunca pueden ser excesivas la circunspeccion y madurez en este particular. En segundo lugar, esta eleccion depende de los fines de Dios para con nosotros, y así no debe decidir de ella el órden de la naturaleza. En tercer lugar, tambien depende de ella la felicidad y descanso de nuestra vida, y así es preciso atender en esta eleccion á nuestro gusto, mas que al ajeno, y nunca contar con el respeto humano. Finalmente es el único camino que nos guia á la salvacion, y así el principal cuidado de esta eleccion deben ser las felicidades y provechos que nos pueden resultar en órden á nuestros eternos intereses. Ahora bien, católicos, ¿dónde están los que en la eleccion de estado observan todas estas condiciones? Pues inferíd qué engaños no habrá en ella. La inconsideracion, la costumbre, el respeto humano y la concupiscencia son el peso que hace inclinar la balanza en los diversos destinos de los hombres; y si queremos registrar los primeros fines que decidieron de nuestra vocacion, acaso no habrá entre los presentes quien no halle su principio en alguna de estas venenosas raíces.

Y primeramente, católicos, ¿hay asunto en toda nuestra vida en que se necesite de mas madurez, de mas cuidado, de mas atencion, que en esta eleccion de que hablamos? ¿Qué conocimiento no debe tener uno de sí mismo, para que las inclinaciones no desaprueben despues la resolucion? ¿Qué continuas y fervorosas oraciones no debieran preceder á esta grande accion, para que el Señor se dignase manifestarnos sus caminos? ¿Con qué inocencia de costumbres no debiéramos prepararnos para inclinar al cielo con estas santas primicias de

nuestra vida, á que él mismo nos colocase en aquel camino, en que únicamente podemos concluir con felicidad nuestra carrera?

No obstante esta eleccion suele hacerse en una edad, en la que apénas se halla la razon capaz de conocer, y por consiguiente mucho ménos de elegir. Un punto en que la mas atenta circunspeccion debiera temer el engañarse, siempre es obra de las diversiones y de los gustos pueriles de la infancia; apénas empezamos á formar las primeras voces, cuando ya determinamos el negocio mas serio de la vida; y las irrevocables palabras que deciden nuestra suerte, son las primeras que nos enseñan á formar, aún ántes que hayamos aprendido á entenderlas; acostumbran anticipadamente á nuestro tierno entendimiento á estas ideas que le sugieren, y la eleccion de estado no es mas que una impresion recibida desde la niñez; y así ántes que se manifiesten nuestras inclinaciones y que sepamos lo que somos, entramos en unas obligaciones eternas, y determinamos lo que hemos de ser para siempre.

Y aún cuando se espere á una edad mas madura para elegir estado, tampoco son mas serios los cuidados que en esto se ponen, sino que regularmente la ocasion ó la casualidad deciden de la eleccion. Una dignidad eclesiástica que no esperábamos, nos despoja inmediatamente de la ignominia del siglo, y nos coloca en el lugar santo: la muerte de un hermano mayor muda nuestros intentos, y nos vuelve al mundo que acabábamos de dejar, y nuestra vocacion para el altar espira á proporcion que vemos renacer nuevas esperanzas en la tierra: un enfado es muchas veces todo el motivo de apartarnos repentinamente del mundo y de precipitarnos en el retiro: una conexion de amistad nos hace seguir la fortuna y la suerte de un amigo; finalmente entre todas las elecciones ninguna hay en que tenga ménos parte la prudencia cristiana que en la del estado, y por eso no hay otra en que sean mas frecuentes los engaños. Porque ¿cómo no queréis engañaros en una eleccion tan grave y decisiva, cuando en ella os valéis de ménos precauciones, que en las acciones mas insignificantes de vuestra vida? Y ¿cómo habéis de conocer los designios de Dios en órden á vuestra suerte, si no os dignáis de consultarle, ni contáis con su Majestad en la que os formáis á vosotros mismos?

Y en esto, católicos, vosotros á quienes Dios ha constituído

cabezas de vuestras familias, en esto no tenéis excusa. ¿Enseñáis á vuestros hijos á que desde su tierna edad hagan al Señor aquella oracion del Profeta: *Señor, enseñádme vuestros caminos, y manifestádme las sendas por donde me queréis guiar?* (1) ¿Pedís al cielo continuamente que se explique en órden á su destino? ¿Decís al Señor, como en otro tiempo los apóstoles: Señor, vos que conocéis el corazon de todos los hombres, manifestádnos cuál de estos hijos habéis elegido? *Ostende quem elegeris* (2). ¿Hacéis que su tierno entendimiento se dedique á contemplar lo importante de esta eleccion? ¿Les dais suficientemente á conocer que de ella depende su salud eterna, y que nunca pueden ser demasiadas las precauciones en un asunto en que son irreparables las faltas? ¿Les enseñáis á que juzguen de la vocacion del cielo, no por las locas costumbres del mundo, sino por las reglas de la Fe, por aquella inclinacion á cierto estado, que nace con nosotros mismos, y que parece nos la imprimió el Autor de la naturaleza; por las disposiciones naturales que parece nos destinan á él; por las impresiones de la gracia que no cesa de aficionarnos á él secretamente; por la pureza de los motivos que nos determinan á abrazarlo; por la naturaleza de nuestras inclinaciones, que nos minoran en él los peligros; y finalmente por el consejo de aquellos á quienes confiamos nuestra conciencia, y que conociendo lo íntimo de nuestra alma, se hallan con mas proporcion para poder conocer los caminos que nos convienen? ¿Qué padres hay que se ocupen en un cuidado tan cristiano é indispensable? Ah! ántes procuran no dar á sus hijos unas instrucciones de las que les pesaria que se aprovechasen; procuran apartarlos de los lugares y de las personas donde pudieran recibirlas; siempre les están exagerando los inconvenientes del estado que se opone á los intereses de su casa, y ponderando las utilidades y contentos de aquel á que los destinan; y solamente se valen de sus pasiones, para inspirarles una eleccion que les debiera servir para vencerlas.

Segunda raíz de nuestros engaños en la eleccion de estado. Esta eleccion que únicamente depende de los fines de Dios para con nosotros, por lo comun solamente es obra de la naturaleza. No se atiende á otra señal de vocacion, mas que á la clase

(1) *Psalm. 24. v. 4.* (2) *Act. c. 1. v. 24.*

del nacimiento ó al estado de la fortuna: nos persuadimos á que en estos sucesos, puramente humanos, ha delineado Dios el plan de nuestro eterno destino; que el ser primogénito de una familia, es lo mismo que haber sido escogido del cielo para suceder en los títulos y dignidades de nuestros mayores; que el ser el segundo de la casa de nuestros padres, es un derecho que nos abre la puerta de la del Señor; y que un nacimiento muy ilustre con una mediana fortuna, es una precision inevitable de escoger á Jesucristo por su esposo.

Confieso que la divina sabiduría se vale algunas veces de estas señales humanas para manifestarnos desde léjos, y cumplir en nosotros los fines de su misericordia; que las circunstancias del nacimiento, del nombre, de la fortuna, pueden ser medios adorables que nos preparó su bondad desde el principio de los siglos, para facilitarnos la eleccion del estado á que nos destina, y que muchas veces nuestra situacion temporal es la primera gracia que nos dispone para la eternidad; pero esta regla no es segura ni universal. Muchas veces un Jacob es llamado á las bendiciones de la primogenitura, al mismo tiempo que á Esaú se le destina la menor parte: muchas veces un David, último de su familia, es ungido con la uncion santa, y declarado rey de Israel, al mismo tiempo que sus hermanos, con prendas mas estimables á los ojos del mundo, quedan en una condicion oscura y privada: muchas veces un Aaron, no obstante su mayor edad, es llamado al sacerdocio, y Moises su hermano menor, es declarado del cielo por jefe de los ejércitos del Señor. Ah! ¿qué conexion puede tener la vocacion, que es un don gratuito del cielo, con el curso inevitable de una descendencia carnal? ¿Qué conexion puede haber entre los intereses sensuales y los incomprensibles misterios de la gracia? ¿Por ventura ha sujetado Dios sus eternos designios de misericordia al capricho de las disposiciones humanas? ¿Las prendas propias para un estado están siempre unidas al órden del nacimiento de las familias? ¿El gusto que nos inspira la eleccion, viene acaso con la jerarquía del nacimiento? ¿Ha formado la naturaleza el corazon de los hermanos menores mas puro ó apto para cumplir con las santas y sublimes obligaciones del sacerdocio, que el de sus hermanos mayores? Dios mio, vos no sois en vuestras elecciones esclavo de las ideas y antojos de los

hombres; no sois un Dios de carne y sangre, ni procedéis en vuestras obras como los hombres.

Pero me diréis que es imposible poder colocar en el mundo toda una familia numerosa. Ah! y ¿es posible, católicos, que por no dividir vuestros bienes hayáis de sacrificar á vuestros hijos, al fruto de vuestras entrañas? Pero diréis tambien, que seria cosa lastimosa el verlos afrentar su familia, y seguir un partido poco decente á su nacimiento. ¿Con que vuestros hijos ó han de ser grandes segun el mundo, ó reprobados en la presencia de Dios? ¿No ha de haber para ellos mas que uno de estos dos destinos? ¿Una fortuna mediana os ha de parecer mas funesta que su eterna desgracia? Serian desgraciados en el mundo; ¿pero os parece nada el que lo sean en la eternidad? La verdadera desgracia consiste en no colocarse cada uno en el estado que le conviene. Si decís que de este modo se arruinan las casas, os engañáis, católicos, porque de este modo es como prosperan. Dios mira con ojos mucho mas favorables aquellas felices familias en que cada uno ocupa el puesto que su Majestad le ha señalado. El anciano Jacob ve al tiempo de morir la futura grandeza de sus hijos, porque aunque les anuncia diferentes destinos, solo les pronostica los fines de Dios para con ellos. La prosperidad de las casas no siempre estriba en la fortuna, sino en las cualidades y en la virtud de los que las sostienen. *Si el mismo Señor no edifica la casa, en vano trabaja el que se esfuerza á levantarla* (1); y por eso su decadencia y sus calamidades son como una maldicion que Dios ha unido para siempre al pecado de vuestras vocaciones forzadas: sacrificáis los infelices hijos menores á la grandeza del primogénito, y sucede que los excesos le consumen, que muere sin sucesion, y su nombre se acaba con él y con el sacerdocio forzado de sus hermanos. ¡Cuántas casas ilustres, de que ya no hay memoria, subsistieran aún hoy, si estos sacrificios de la ambicion y del antojo no hubieran arruinado sus cimientos y sepultado su nombre y su grandeza en sus ruínas! Dejád á vuestros hijos en la mano de Dios, católicos, porque no hai para nosotros estado seguro, ni en órden al mundo, ni en órden á la eternidad, sino aquel en que el mismo Señor nos coloca.

(1) *Psalm.* 126. *v.* 5.

Tercer principio de nuestros engaños en la eleccion de estado. Como este es para nosotros el único camino de salvacion que Dios nos ha preparado, en su eleccion solamente debemos atender á las utilidades que nos pueden resultar para nuestra salud eterna; es decir, que la Religion y la razon quieren que entre todos los caminos escojamos aquel, que atendidas las cualidades de nuestras inclinaciones y flaquezas, nos proporcione mas medios para nuestra salvacion.

No quiero decir que sea preciso retirarse á las soledades, huir de los empleos que mantienen la tranquilidad de los pueblos y la felicidad de los imperios, y negarse á las necesidades del estado, despreciar las profesiones que son útiles para mantener la sociedad, y de las que se forma su órden y armonía; huir como un escollo el sagrado lazo del matrimonio, al que la Religion llama *santo y digno de honor*, con pretexto de que hay estados mas seguros para la salvacion. El silencio, el retiro, y aún la austeridad de los claustros no siempre son la profesion mas segura para todos los hombres: en ella hallaréis mas escollos que en el mundo, si no habéis sido llamados de Dios; la seguridad no consiste en el estado, sino en la vocacion del cielo. Lot permanece fiel en medio de Sodoma, en donde le habia colocado el Señor, para confundir con el ejemplo de un justo los desórdenes de una ciudad pecaminosa; y cae en el monte, donde se detuvo contra la órden del ángel que le queria llevar mas adelante. El retiro os servirá de escollo, si no os lleva á él el Espíritu de Dios; y la corte, de lugar de gracia y santificacion, si os llama á ella la voluntad del cielo.

Lo que quiero decir es, que siendo el principal negocio el llegar á un término feliz, seria necedad el dar preferencia al camino que se elige, solamente por ser de mas comodidad y lucimiento, y no por hallarse en él mas auxilios y proporciones para concluir con felicidad la carrera. Si atendemos á este principio, ¿cuántas vocaciones veremos defectuosas? Y si no, vamos á la raíz: ¿de qué proviene que aquel haya seguido la carrera de la toga? Porque le pareció que haria mejor fortuna por el camino de la magistratura, que en la carrera militar. Por qué sigue el otro la de las armas? Porque su nombre y los servicios de sus mayores le permitian aspirar á los primeros grados, y cualquiera otro partido que tomase, le dejaria en la oscuridad de una vida privada. ¿Por qué uno compra á costa

de todos sus bienes un empleo que le acerca á la persona del príncipe? Porque estando á la vista del soberano, se halla mas cerca del orígen de las gracias. ¿Cuáles son los motivos que tiene el otro para inclinarse á la Iglesia? ¿Qué va á buscar en ella, sus tesoros ó sus funciones; sus honores ó sus ministerios; el esplendor del santuario, ó al Dios que en él se adora? No tiene mas señales de vocacion para un ministerio de humildad, que los fines de elevacion y de gloria; para un ministerio de solicitud y de trabajo, que las esperanzas del descanso y de la pereza; para un ministerio de desinteres, de modestia y de caridad, que los proyectos de lujo, de profusion, y de abundancia; y como el infiel Eliodoro, solamente va al templo, porque ha oído decir que en él hallará inmensas riquezas y los santos despojos de los pueblos.

La avaricia es la única que regularmente decide de la variedad de nuestros destinos; porque ademas de que el espíritu de Dios no puede ser autor de estos motivos humanos, una eleccion que es obra de la concupiscencia, no puede ménos de ser favorable al amor propio; si los fines de fortuna, de elevacion, de deleite os han abierto el camino por donde vais, es preciso que en él halléis ocasiones de soberbia, de ambicion, de pereza y de sensualidad, tanto mas inevitables para vosotros, cuanto mas declara vuestra eleccion que sois por desgracia inclinados á estos vicios; y así seréis un mundano sensual, un cortesano ambicioso, un soldado impío, un magistrado injusto, un ministro corrompido, pues solamente habéis elegido el mundo por sus deleites, la corte por el favor, las armas por la libertad, la toga por los vanos distintivos, y el altar por los honores y riquezas del santuario. Dios castigará tambien el desórden de vuestra eleccion, favoreciendo en ella las pasiones que os la inspiraron. Seréis colocados en los primeros tribunales de justicia; conseguiréis el favor del príncipe; seréis distinguidos con todos los honores militares, y ensalzados sobre el trono del santuario; pero estos favores temporales serán dones que os concederá Dios en su indignacion; y como han sido obra de vuestra concupiscencia, serán tambien instrumentos del mas justo castigo.

Pero si es cierto que no debe un gusto desarreglado decidir de la eleccion de nuestro destino, tambien lo es que nunca debe decidir de esta eleccion el respeto humano que violenta

el gusto, y las mas inocentes y naturales inclinaciones que nacieron con nosotros, y que precisamente son obra del Autor de la naturaleza: última causa de nuestro engaño en la eleccion de estado.

Á la verdad, como de esta eleccion depende todo el sosiego y felicidad de nuestra vida, las condescendencias que violentan el corazon en este asunto, son peligrosas; aquellas determinaciones en que tienen mas parte el respeto y el temor de los sugetos de quienes dependemos, que nuestras propias inclinaciones, siempre traen consigo el arrepentimiento y la amargura; todo lo que se determina en este particular sin nuestra inclinacion y como contra nuestra voluntad, no puede tardar mucho en ser desaprobado por nosotros mismos.

Ahora bien, ¿no es este respeto humano el que motiva casi siempre la decision de nuestro destino, y el que nos fuerza á resoluciones que desaprueba nuestro corazon? Uno toma el partido de las armas, y sigue un camino de que le apartan mil razones de temperamento, de gusto, de conciencia, y aún de interes, solamente porque siendo de distinguido nacimiento, le parece impropio dedicarse á los cuidados domésticos, y porque el mundo tendria este sosiego por una indigna cobardía. Otro prefiere un peligroso celibato á un matrimonio que le degradaria de su honor en el mundo, y quiere mas exponerse á todas las resultas de su fragilidad, que afrentar su nombre con un enlace desigual. Otro, sin tener inclinacion alguna al retiro, se consagra al Señor por pura soberbia, porque no teniendo para mantenerse segun su clase, ni con que establecerse en el mundo, el santo retiro le parece mas honroso á la vista de los hombres, que una fortuna baja y oscura.

Casi ninguno decide de su suerte segun su corazon; y aunque sea dueño de sí mismo, elige el estado, gobernándose por el temor del mundo y de sus juícios. En la tierna edad se mira como ley la voluntad de aquellos á quienes se debe la vida: no nos atrevemos á manifestar deseo alguno que se oponga á sus designios; procuramos ahogar nuestra repugnancia, que presto llegará á ser delito. Hay algunos padres tan bárbaros é inhumanos, que por elevar á uno de sus hijos sobre sus antepasados, y hacerle ídolo de su vanidad, no reparan en sacrificar á los demas y precipitarlos en el abismo; apartan del mundo á los hijos, que no tienen mas vocacion, ni mas amor al retiro

que la autoridad de sus padres; llevan al altar unas desgraciadas víctimas, que van á él mas para ser sacrificadas á la codicia de sus padres, que á la grandeza del Dios que en él se adora; dan á la Iglesia ministros, que no son llamados á ella, y que solamente aceptan el santo ministerio como un yugo pesado que se les impone por una injusta ley; finalmente, con tal que lo que queda en el mundo de una familia, luzca, brille y le haga honor, no les da cuidado que las sagradas tinieblas del santuario oculten los pesares, los disgustos, las lágrimas y la desesperacion de aquella parte de la misma familia que se presenta á la vista del Señor. Oh Dios mio! ¡qué terrible será en el dia de vuestras venganzas la presencia de estas desgraciadas víctimas para aquellos padres desnaturalizados! ¡y cómo la desgracia de su suerte excitará vuestra justicia, para que vengue su sangre contra los autores de su ser y de su eterna infelicidad! De este modo la imprudencia, el nacimiento, la concupiscencia y los respetos humanos deciden de la suerte de casi todos los hombres; y de aquí proviene que haya tantos malcontentos en todos los estados, tantos disgustos en los matrimonios, tantas disensiones y tanta division en las familias, tantas murmuraciones y pesares en las cortes, tanto sinsabor en la milicia, tanta violencia, tanto enojo y tan amargura en los claustros. Por eso todos se quejan de su suerte y envidian la ajena; la mujer que vive en el mundo, tiene por feliz á la esposa de Jesucristo, y esta no tiene mas deseos que parecerse á la mujer del mundo: el cortesano suspira por el sosiego de una vida privada; y al hombre particular le parece que no hay felicidad como la de la corte. Por eso finalmente nadie es feliz en el mundo, porque casi ninguno se halla en el lugar que le corresponde. Pero si entre todas las circunstancias de la vida en la eleccion de estado es mas frecuente el engaño, tambien es ella en la que mas debe temerse este engaño.

SEGUNDA PARTE.

De todas las circunstancias de la vida en ninguua debe temerse tanto el engaño como en la eleccion de estado, ya se considere por parte de Dios, á quien usurpa sus derechos, ya por parte de las gracias y de los socorros de que nos priva, ó finalmente, por parte de las resultas, casi siempre irreparables, que trae consigo.

Por parte de Dios, á quien usurpa sus derechos. Aunque su Majestad nos ha dado el ser y la libertad, no por eso ha cedido los derechos que tiene sobre su obra. Nosotros no debemos disponer de nosotros mismos; él solo es quien debe emplearnos, segun los fines que se propuso, cuando nos formó, y quien debe ordenar el uso que ha de hacerse de los dones que de él hemos recibido. Apénas salió el primer hombre de entre sus manos, cuando le aplicó á cultivar el lugar de delicias que habia de ser su morada; y con dedicarle á esta ocupacion, parece que quiso dar á entender á todos sus descendientes, que á él solo pertenecia el señalarnos empleo en este universo, en que nos ha colocado.

Pero aún cuando su soberanía no le diera este derecho sobre la criatura, por su sabiduría debiera ser el único árbitro de nuestro destino; porque conociendo él solo las mas secretas inclinaciones de nuestro corazon, descubriendo ya en los primeros principios de nuestras pasiones todo cuanto podemos ser; juzgando de nosotros mismos por las diversas relaciones de vicio ó de virtud, que tienen los infinitos estados en que puede colocarnos, con las cualidades naturales de nuestra alma; viendo en nosotros mil disposiciones ocultas, que nosotros no conocemos, y que solamente esperan la ocasion para manifestarse; habiendo sido él solo quien sacó de la nada, y quien dió á todas las criaturas aquel órden admirable y aquel curso armonioso que no ha podido alterar la duracion de los tiempos; él solo puede prever cuáles son, en este conjunto tan bien ordenado, las circunstancias del siglo, de la nacion, del país, del nacimiento, de los talentos, del estado, mas favorables á nuestra salvacion, y juntándolas todas, por un efecto de su misericordia, formar como el hilo y sucesion de nuestro destino. Por eso le invocan los apóstoles, cuando tratan de nombrar sucesor al discípulo infiel, porque él es quien conoce los corazones: *Vos, Señor, que conocéis los corazones de todos los hombres*, le decian, *manifestádnos el que habéis elegido* (1).

Á la verdad, católicos, solo Dios es quien nos conoce, y nosotros no nos conocemos á nosotros mismos. Nuestras inclina-

(1) *Act. c. 1. v. 24.*

ciones nos engañan, nuestras preocupaciones nos arrastran, la confusion de los sentidos hace que nos perdamos de vista; cuanto nos rodea, nos representa nuestra imágen, ó confusa, ó mudada; y es evidente que nosotros no podemos hacer la eleccion de nuestro estado sin engañarnos, porque no nos conocemos suficientemente, para poder decidir cuál es el que nos conviene, nos apartamos de las manos de la soberanía y ciencia divina, queremos ser nuestra guia y nuestra confianza; semejantes al Pródigo del Evangelio, obligando al padre de familias á que deje á nuestra disposicion y á nuestro capricho los dones y prendas, cuyo uso queria arreglar él mismo, rompemos todos los lazos de dependencia con que aún estamos unidos á él; y así en vez de vivir bajo la proteccion de su brazo, nos deja andar extraviados, léjos de su presencia, siguiendo el impulso de nuestras pasiones en regiones extrañas.

Segunda razon: si es tan de temer el engaño en la eleccion de estado, es principalmente por razon de las gracias y socorros de que nos priva. Sí, católicos: así como son distintos los ministerios en el cuerpo de Jesucristo, lo son tambien los dones y las gracias. Como en todos los estados hay sus peligros y sus dificultades particulares, en todos se necesita de particulares socorros para vencer estos obstáculos y evitar estos peligros. En los tesoros de la divina misericordia hay, por decirlo así, gracias de magistratura, de sacerdocio, de mando militar, de padre de familias, de hombre de república y de persona privada; gracias de matrimonio, de celibato, de corte y de retiro; y como Dios nunca intenta el fin sin disponer ántes los medios para conseguirlo, al mismo tiempo que en sus eternos decretos señaló á cada uno de nosotros el estado en que queria que obrásemos nuestra salud eterna, vinculó á esta eleccion los socorros propios y singulares con que pudiésemos cumplir sus obligaciones.

Pero, católicos, para participar de las gracias de un estado, es necesario que Dios nos haya llamado á él: si solo por vuestro capricho lo habéis abrazado, á vosotros toca buscar los medios para llenar sus obligaciones: si el Señor no os preparó el camino en que habéis entrado, tampoco os alargará su mano misericordiosa, y tendréis que caminar solos por él. El Señor no ha de mudar por nosotros el órden inmutable de sus eternos consejos: vosotros os habéis apartado del plan de su providencia, y no ha de retractar la inmutabilidad de sus designios, por acomodarse á vuestro antojo, sino que os entregará á vuestra propia desgracia. Vosotros no habéis elegido el estado y ministerio que os destinaba en el cuerpo místico de su Hijo, y así tampoco os mirará sino como un miembro monstruoso, que está fuera de su lugar, y no es capaz de recibir el influjo y el espíritu que anima á lo restante del cuerpo.

Por eso el Señor en sus misericordiosos fines para con vosotros os habia preparado gracias de retiro, de mortificacion, de castidad y de silencio; queria santificaros en lo interior de su santuario, léjos del mundo y de sus peligros; habia determinado uniros á sí con sagrados lazos, y haceros llevar su yugo desde vuestra tierna edad; tambien os habia dotado de felices inclinaciones, las cuales parece os manifestaban desde léjos el camino que el Señor os preparaba, de una alma sencilla y tímida, de un espíritu pacífico y naturalmente apartado de las continuas inquietudes que pide la vida del mundo, de secretos y continuos deseos de consagraros á él; y no obstante todos estos atractivos y todas estas felices señales, en que parecian estar escritos los fines de Dios respecto de vosotros con unos caractéres tan claros, os pusisteis bajo un yugo diferente. Ah! la santidad del lecho conyugal os servirá de ocasion de lujuria y de incontinencia; violaréis la fe de un sacramento tan respetable; vuestros hijos hallarán en vosotros el modelo de sus desórdenes; el mundo, para el que no fuisteis llamados, os engañará; los peligros, en que no os puso la divina Providencia, serán para vosotros ocasion inevitable de caída; todo servirá de tentacion ó escollo á vuestra flaqueza; los mas inocentes placeres mancharán vuestro corazon, los objetos mas indiferentes serán funestos para vuestra inocencia, las obligaciones mas fáciles hallarán en vosotros una repugnancia invencible, inficionaréis todas las cosas con el mal uso que haréis de ellas, y en lo mismo en que vuestros prójimos, á quienes el Señor ha colocado en ese estado, hallan seguridad, hallaréis vosotros un triste naufragio. Por eso tragó el mar en otro tiempo á un profeta infiel, no obstante el socorro de un navío y la habilidad de los pilotos, porque habia entrado en él contra la voluntad de Dios; y respetó las pisadas del príncipe de los apóstoles, á quien mandó el Señor que caminase sobre las olas, y se acercase á él. Todo es peligroso para el que no tiene por guia al Señor,

y el mismo peligro es seguridad para los que siguen sus caminos.

Pero por otra parte queria el Señor que trabajaseis para vuestra eterna salud en el estado de simple fiel, os habia preparado las gracias de este estado, y este era el camino que os habia de guiar hasta el término feliz: las mismas disoluciones de vuestra primera edad, las vivas inclinaciones á la fama y á la ambicion, un corazon demasiadamente aficionado á los deleites, todo esto daba bastantemente á entender que un ministerio de trabajo, de modestia, de pureza angélica, de oracion y de estudio, no era el estado que os convenia. Con todo eso usurpasteis este honor divino, os colocasteis vosotros mismos en el lugar santo; llegasteis, ayudados de los favores humanos, adonde solamente debiera haberos ensalzado la gracia; os abristeis con vuestra ambicion la puerta de la casa del Señor, que solamente está abierta á la humildad y á la inocencia; alcanzasteis con importunidades una dignidad, que solamente se merece huyendo de ella; y ¿qué habéis hecho mas que formaros de todos vuestros ministerios otros tantos escollos? El confesonario será el lazo de vuestra inocencia, el púlpito el teatro de vuestra soberbia, el altar el lugar de vuestros delitos, el patrimonio de los pobres ocasion de vuestras profusiones y desórdenes, la familiaridad con las cosas santas la raíz de vuestra impiedad y obstinacion. Si sois pastor, seréis un mercenario; si os halláis elevado sobre el trono sacerdotal, seréis un hombre de pecado, sentado en el templo de Dios; y ¿de qué provienen todas estas desgracias? De que siendo vuestra vocacion obra del hombre, no podéis ejecutar en ella la obra del Señor; poseéis el don de Dios injustamente, y así es preciso que lo profanéis; deshonráis el santuario al mismo tiempo que lo gobernáis, porque lo manchasteis al entrar en él; no sois medianeros entre Dios y los hombres, entre la tierra y el cielo, sino anatema del cielo y escándalo de la tierra.

Ah! católicos, si todos los dias perecen tantas almas no obstante las gracias vinculadas á su estado; si el pérfido discípulo se hace prevaricador y cae de la gracia y ministerio del apostolado á que le habia llamado Jesucristo; si Salomon, declarado rey por la voluntad del Señor, y con unas señales tan ciertas y singulares de su proteccion y amparo, halla en los peligros del reinado escollos donde se estrella su flaqueza; ¿cuál podrá ser

el destino de los que privados de estos socorros, están expuestos á los mismos peligros? Si la debilidad del hombre muchas veces no se puede mantener aún en los caminos por donde la guia la mano de Dios, ¿caerá acaso ménos veces cuando camine sola?

¡Y despues de esto nos admiramos, católicos, de que hayan degenerado tanto las costumbres de los cristianos! Solemos preguntar, ¿de qué proviene que nuestros siglos sean tan diferentes de los de nuestros padres; que todos los estados hayan corrompido sus caminos; que la magistratura no sea mas que una honrosa ociosidad, ó un arte de hacer servir las leyes á despojar á los pueblos, en cuyo favor se hicieron; que el camino de las armas no sea mas que una profesion declarada de irreligion y libertinaje; que la corte sea el teatro de todas las pasiones; que todas las artes, inventadas para las necesidades y alivio del pueblo, solo estén destinadas al lujo y al desenfreno público; que el arte de las artes, el honor del santuario, casi no sea mas que un vergonzoso tráfico de ambicion y de codicia; que el contagio no haya perdonado aún á aquellos santos y religiosos asilos levantados entre nosotros; y que aún en estas casas de retiro, de oracion y de austeridad, en donde parece que habia de hallar el Señor aquella fe que no se halla en lo restante de la tierra, reine algunas veces el espíritu del mundo, mas que en el mismo mundo? Nos admiramos, vuelvo á decir, y los justos que hay aún entre nosotros, gimen continuamente en presencia del Señor, y le preguntan con dolor, ¿de qué proviene que haya abandonado á su pueblo?

Pero es muy fácil hallar la razon; todo está corrompido, porque casi nadie ocupa el lugar que le corresponde. Por eso el magistrado, que se ha hecho árbitro de las pasiones humanas, sin aquellas gracias de luz, de integridad, de firmeza y de zelo por el bien público, que son tan necesarias para cumplir con sus funciones, no es mas que una fantasma revestida con unas insignias de justicia y dignidad, que se mueve á todos vientos, y que casi da tantas caídas como pasos: por eso el cortesano, dedicado á una vida sensual, ambiciosa, disimulada, llena de deleites, y privado de aquella rectitud de corazon, de aquel temor de Dios, de aquella viva persuasion de las verdades eternas, que conservó puros y sin mancha á los Danieles y á las Esteres en medio de una corte infiel, viene muy pres-

to á ser el triste juguete de todos los antojos humanos, y no conoce mas dueño que un dueño mortal, ni mas divinidad que la fortuna: por eso el militar, cercado de todos los peligros de su estado, careciendo de la prudencia y valerosa fe que bastó para santificar á los Josués, á los Gedeones, á los Davides y á todos los conquistadores cristianos en medio de la licencia de las armas, no puede defenderse mucho tiempo contra los desórdenes, cuyas disposiciones tiene ya en su corazon: por eso el ministro de Jesucristo, destinado á ser sal de la tierra y á curar la corrupcion de los pueblos, se inficiona él mismo, porque no ha recibido la virtud sacerdotal que todo lo santifica, y á la que nada puede manchar: por eso finalmente el solitario, ó la vírgen consagrada á Jesucristo, habiéndose echado sobre sí una pesada carga, sin haber recibido la gracia que la aligera, llevan sin fervor, y aún murmurando, el yugo, en vez de llevarlo con alegría; dan al mundo un corazon que nunca habian entregado del todo al Señor; ocultan bajo unas exterioridades de mortificacion mil profanos deseos; hallan en el silencio del retiro las peligrosas imágenes de los placeres, mucho mas temibles para el corazon que los mismos placeres; aman lo que ya no pueden poseer; caen, aún estando léjos de los peligros, y de un lugar de seguridad hacen ocasion de ruína.

Esta es, católicos, la raíz de la depravacion de todos los estados, la falta de vocacion: y ¿qué consecuencias tan irremediables no tiene este desórden y esta falta de vocacion? Última razon por que es tan temible el engaño en la eleccion de estado. No quiero detenerme en deciros, que no hallándoos en el camino que os debe guiar á la salvacion, cuanto mas andáis por él, mas os descaminái s, y nunca podréis conseguirla; tampoco quiero deciros, que la falta de vocacion es una de aquellas culpas acerca de las cuales casi nunca sentimos remordimientos; que en vez de reparar esta falta, entre tantas personas como todos los dias se ve que hacen elecciones desacertadas, no se ve ni una que haga escrúpulo en este particular; pero os pregunto, ¿conocéis las irreparables resultas de una vocacion ilegítima? Si sois hombre de república, ¿conocéis lo mal que empleáis vuestra autoridad, todos los males que hacéis, y los bienes que dejáis de hacer? Los pueblos hubieran sido defendidos y edificados por otro, á quien el Señor hubiera puesto en vuestro lugar, y se hallan oprimidos y escandalizados bajo vuestro

mando; se hallan autorizados los abusos y despreciados los proyectos útiles. Ved si podréis reparar estos desórdenes, que no conocéis siquiera, y acaso perpetuará vuestro mal ejemplo hasta la última edad de la monarquía.

Si os entrometisteis en el lugar santo, las instrucciones serán ó inútiles ó despreciables por vuestro mal ejemplo; las leyes quedarán sin fuerza y sin vigor por el abandono y trasgresiones del legislador; los ministros serán autorizados en sus prevaricaciones por la infidélidad del pastor principal; los pecadores se confirmarán en la culpa; los flacos se hallarán sin socorros; los justos sin consuelo; los sacramentos sin fruto; las oraciones de la Iglesia sin eficacia: y el ministerio sin respeto y sin dignidad; todas las fuentes de la gracia estarán cerradas para los fieles, por la corrupcion de aquellos que habian de ser los sagrados canales por donde corriesen; se perderán muchas almas, que en la piedad y zelo de un ministro fiel hubieran hallado la gracia y la salvacion. Registrád este abismo, y ved si podéis hallar remedio para estos males.

Si habéis entrado en una casa de religion, vuestras costumbres sirven únicamente para relajar la piedad de vuestros hermanos con vuestro mal ejemplo; hacéis vacilar su vocacion con los disgustos que les ocasionáis; hacéis que se rebele su docilidad con vuestras murmuraciones; introducís en el lugar santo las máximas del mundo con vuestras conversaciones; y aún despues de vuestra muerte perpetuáis la tibieza y el desórden con sola la memoria de vuestra vida.

Ved ahí, católicos, vosotros que inspiráis á vuestros hijos desgraciados vocaciones injustas, ved las funestas consecuencias y los infinitos delitos, de que este solo pecado os hace culpables en la presencia de Dios. Bien podréis reparar vuestros impuros deleites castigando vuestra carne, vuestras injusticias con liberalidades, vuestros escándalos con ejemplos de virtud, vuestros odios y venganzas con obras de caridad y de misericordia; pero aunque derraméis torrentes de lágrimas, nunca podréis satisfacer á Jesucristo por la pérdida de una infinidad de almas, que habrán encontrado el escollo para su salvacion en el desórden, en la ignorancia, en la falta de talento de un ministro, á quien vuestra codicia, y no la vocacion del cielo, habia elevado á las primeras dignidades de la Iglesia. Aunque distribuyáis entre los pobres todos vuestros bienes, ¿podréis

nunca reparar los males que hará en la casa de Dios una vírgen loca y mundana, á la que únicamente puso vuestra autoridad por cabeza de las esposas de Jesucristo? Esta introducirá relajaciones, engañará á las almas, aniquilará las gracias, impedirá el que se hagan muchos bienes, introducirá muchas pasiones, pondrá unos obstáculos perpetuos á la renovacion del espíritu primitivo y á la reforma de las santas reglas. Ah! vuestro arrepentimiento y vuestras lágrimas nunca borrarán las culpas que no pueden reparar, ó por hablar con mas propiedad, nunca os arrepentiréis, y nunca se os concederán las lágrimas para llorarlas.

Pero si los efectos de este engaño son irreparables, amados oyentes mios, respecto de los padres ambiciosos que os los inspiraron, no lo son ménos respecto de vosotros que os dejáis engañar. Porque aún dado caso que os arrepintáis, ¿qué remedio se os puede señalar? qué medidas podréis tomar? Si estáis revestidos de una dignidad santa ¿habéis de manifestar vuestra ignominia, despojándoos de ella? ¿habéis de disimular la ignominia de la Iglesia, permaneciendo en ella? ¿se os ha de arrancar del altar, en donde os habéis presentado delante de toda la congregacion de los fieles? ¿se os ha de dejar en él contra la órden de Dios que no os admite? Y por otra parte, ¿será bastantemente heroico vuestro arrepentimiento, para que os mueva á despojaros de esta pompa, y para que lleguéis á unos términos tan extraordinarios, sin los que no obstante es imposible que consigáis vuestra eterna salud? Habéis contraído unos empeños, ó de matrimonio, ó de religion, de los que no está en vuestra mano el apartaros, y así para conseguir la salvacion estáis como obligados á un imposible; pero por otra parte, ¿os salvaréis en un estado, que no siendo el que os corresponde, no puede ser el camino de vuestra salvacion?

Oh Dios mio! vos que tenéis en vuestras manos las suertes de los hombres, ¿qué nuevos remedios pueden quedar á vuestra gracia para estas almas infelices? Podréis acaso estorbar el que perezcan? Sí, católicos: es verdad de fe que cualquiera que sea la situacion de la criatura, su suerte nunca es desesperada en la tierra, y no hay estado en que no sea posible la penitencia. El Señor no está de tal modo sujeto á las leyes de su justicia, que no pueda templar su rigor con un exceso de su misericordia; y aunque la ley declaraba reos de muerte á los

que entraban en el aposento de Asuero sin ser llamados, aún quedaba recurso á los temerarios que la violaban, y el gran rey podia alargarles el cetro de su bondad y clemencia. Pero qué raras eran estas gracias! Solamente Ester fué favorecida con ellas; y ¡qué dignos somos de lástima, si estando condenados á perecer por la ley comun, se reduce toda la esperanza de nuestra salvacion á la incertidumbre de una excepcion, de la que apénas se halla un ejemplar en un siglo!

No es mi intento infundir vanos temores en las conciencias: la verdad solamente asusta para instruir y consolar. Por eso, amados oyentes mios, si todavía no habéis hecho esta importante eleccion, evitád los escollos, orád mucho, consultád vuestras cualidades, vuestras inclinaciones, vuestras fuerzas, vuestras flaquezas y los intereses de vuestra salvacion; desterrád todos los fines humanos; disponéos para la gracia de una buena eleccion con la inocencia de vuestra vida; ponéd en esto toda vuestra atencion, y hacéd que el Señor se interese en vuestra suerte, de tal modo que nunca la deje en vuestras manos. Si ya habéis hecho la eleccion, y dudáis de si han tenido en ella mas parte los motivos humanos que los fines de la gracia, hacéd cierta vuestra vocacion con vuestras buenas obras; considerád que la fidelidad á las obligaciones de vuestro estado es la mas segura señal de que habéis sido llamados á él; ponéd el remedio que podéis por vuestra parte, y aprovecháos de los remordimientos; mudád la peligrosa tibieza en que vivís, en una santa diligencia; la vida absolutamente natural que hacéis, en una vida de fe: las negligencias culpables en rigurosos cuidados; el desprecio de vuestras obligaciones en una fidelidad, que os haga respetar todo lo que debéis amar, y nunca estéis tranquilos acerca de la verdad de vuestra vocacion, hasta que cumpláis con todas sus obligaciones.

Pero si fuere cierto que el Señor no ha tenido parte en vuestra eleccion de estado, si la imprudencia, el respeto humano y las pasiones son las que os han formado el estado en que vivís, confieso que vuestra suerte es digna de lástima, pero no por eso es desesperada. Es verdad que estáis léjos del reino de los cielos; pero aún podéis aspirar á él; miéntras nos hallamos en estado de podernos arrepentir, podemos esperar; Dios puede conceder al dolor de una eleccion injusta las mismas gracias que hubiera concedido á la legítima. Es verdad que exterior-

mente no estáis en el estado que Dios quiere; pero siempre está el corazon en este estado, cuando se vuelve á su Majestad. Ocupáis un lugar que no os habia señalado el Señor; pero una fe viva, un amor fervoroso, un arrepentimiento sincero santifican todos los estados; y si amamos y servimos á Dios, siempre estamos en nuestro propio estado. Os habéis expuesto contra su órden á un mar borrascoso, como el profeta Jonas; habéis caído, como él, en lo profundo del abismo; pero aún hay remedio; clamád al Señor como él, cuando se vió sepultado en el vientre del monstruo, y decídle: Señor, aunque con una eleccion injusta me he apartado de vuestra mano adorable, que debia conducirme, clamo á vos desde lo profundo del abismo que me habéis abierto, para que me trague; *De ventre inferi clamavi* (1). Es verdad que no hay cosa que pueda igualar al extremo peligro en que me hallo; un monstruo formidable me tiene cautivo y me cerca por todas partes: *Abyssus vallavit me;* la profundidad de las aguas, como la de mis delitos, se ha levantado sobre mi cabeza: *Pelagus operuit caput meum*. Parece que la tierra ha formado nuevos abismos para aprisionarme eternamente: *Terræ vectes concluserunt me*. Con todo eso, ó Dios de mis padres, vos que los llevasteis sobre vuestras alas, atravesando las olas del mar, atendéd á que, por mas desesperada que parezca mi suerte, no dejo por eso de esperar en vos; vos podréis sacarme, cuando gustareis, de la profundidad en que me he precipitado. El abismo oye vuestra voz; y luego que le mandéis que me arroje de sí, me pondrá en vuestras manos; para vos no es mas difícil el librarme de lo profundo de la corrupcion en que me hallo, que si estuviera dentro del recinto de Jerusalen: *Et sublimabis de corruptione animam meam, Domine Deus meus*. Sí, gran Dios, no obstante lo peligroso de este estado, que parece me priva de toda esperanza de salir de él, espero que he de tener el consuelo de volver á vuestro santo templo, á ofreceros en él mis agradecimientos y aplacaros, mezclando con la sangre de las víctimas las lágrimas de un sincero arrepentimiento: *Verumtamen rursus videbo templum sanctum tuum*. Ah, Señor! que los que despues de haberse apartado de vos, se obstinan en huir de vuestra presencia, y de la soberbia desesperacion del exceso de su miseria

(1) *Jon. c. 2. v. 3. et seqq.*

forman razones para no desear su libertad, que estos sean abandonados de vuestra misericordia, pues la abandonan ellos mismos, parece justo: *Qui custodiunt vanitates frustra, misericordiam suam derelinquunt*. Pero yo, Señor, que por mas funestas que sean las tinieblas de la muerte en que vivo sepultado, siempre esperaré, miéntras me permitáis invocaros: *Ego autem in voce laudis immolabo tibi* (1). Veréis que soy mucho mas fiel que ántes en seguir vuestros santos caminos; si vuestra misericordiosa mano me saca del peligro, jamas retractaré las promesas que en este lugar de horror os hace mi alma, penetrada de arrepentimiento: *Quæcumque vovi, reddam pro salute Domino*. Y lo restante de mi vida no será mas que un amargo pesar de haberos ofendido y de haberme apartado de vuestras órdenes, y un continuo cuidado de merecer con la exacta observancia de vuestros preceptos la recompensa que prometéis á vuestros siervos fieles. Amen.

(1) *Ibid. et seqq.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON.

EL EGOÍSMO ES PERJUDICIAL Á LAS SOCIEDADES Y Á LOS MISMOS EGOÍSTAS.

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est a Patre meo.

El estar sentados á mi derecha ó á mi izquierda, no me pertenece á mí concederlo á vosotros, sino á los que está preparado por mi Padre.

S. Mateo, c. 20. *v.* 23.

El egoísmo es sin disputa una de las pasiones ó vicios mas funestos á la sociedad y á los individuos que la componen. Él es el orígen, el pábulo, el fomento de todas las pasiones y de todos los vicios: es la raíz viciada, de donde nacen todas las desgracias, y la envenenada fuente de donde fluyen todos los males y horrores de la vida.

Tan cierto como es que la conservacion y prosperidad de todo el cuerpo interesan mucho mas sin comparacion que las de un solo miembro, así lo es igualmente que el interes particular debe ceder al bien general. El egoísta prefiere en todo caso sus propios intereses á los de toda la sociedad, y como si esta no existiera con otro objeto que el de satisfacer sus propias necesidades y antojos, todo lo refiere á sí mismo, todo lo sacrifica en las infames aras de su amor propio. No hay enemigo mas

astuto, mas disimulado, y de consiguiente mas temible que él, pues bajo el velo de la mas noble de las virtudes, cual es la caridad, oculta el abominable vicio de una grosera concupiscencia, de un sórdido interes, de un desordenado amor propio; de cuyo ardid se vale siempre para dominar á todos sus semejantes, ó á la mayor parte por lo ménos.

Sirva para nuestro desengaño el terrible ejemplo de los dos hijos del Zebedeo, que la Iglesia expone hoy á nuestra consideracion. Santiago y Juan, privilegiados por muchos motivos y en varias ocasiones en el amor de su pariente y maestro Jesucristo, apénas le oyen asegurar que despues de ser perseguido, atormentado é ignominiosamente muerto, habia de resucitar un dia lleno de gloria y majestad, para ocupar un solio magnífico en un reino mas feliz y ostentoso que todos los de este mundo, se deslumbran, aspiran ambiciosos á la adquisicion de los mas distinguidos honores, de las primeras dignidades, de los puestos mas elevados en tan ponderado reiuo; manifiestan expresamente al Salvador sus imprudentes deseos; le piden con anticipacion los dos asientos mas próximos, los mas inmediatos al trono; y para obtener su aprobacion, se declaran dispuestos á ejecutar todo cuanto pueda exigir de ellos, aunque sea el sacrificio de sus vidas. El Maestro celestial que penetraba el interior de sus corazones y veía claramente la ambicion que ellos creían ocultar con sus palabras, les reconviene con su acostumbrada dulzura, en vez de acceder á su solicitud, y les dice que ni saben lo que solicitan ni lo que prometen.

Esta sucinta, pero importante, historia me servirá de fundamento para descubrir algunos de los muchos perjuícios que por el ambicioso egoísmo se ocasionan á las sociedades y á los mismos egoístas. Y cuidado que no se limitará mi discurso á declamar contra la ambicion que tiene por objeto la adquisicion de los altos destinos políticos; la ambicion en sí misma, segun que es aplicable á todos los hombres y á todas las clases de la sociedad, será mi objeto. Pero espero poco fruto de mi trabajo, si el Señor no se digna dispensarnos los auxilios de su gracia, que os excito á pedirle por la mediacion de su amantísima Madre. *Ave María.*

No proponiéndose en sus operaciones las sociedades otro fin

que el bien y la prosperidad respectiva de los particulares, está muy puesto en razon, que se excite el celo de cuantos se hallen en estado de cooperar á tan grandioso objeto, con una recompensa proporcionada á sus desvelos y trabajos. Cuanto sean mas elevados los destinos, tanto son por necesidad mas graves los cargos, mas vastas las obligaciones, mas espinoso y difícil el desempeño de sus deberes: es muy justo por tanto que sea mayor la recompensa, esto es, proporcionada al mérito que se adquiere. Pero hé aquí la verdadera piedra del escándalo. De lo mismo que tan imperiosamente y por una necesidad absoluta exigen el órden, la razon, la justicia, todas las conveniencias sociales, abusa nuestra miseria para fomentar el desórden y los trastornos. La naturaleza enseña al hombre y le impone una estricta obligacion de amarse á sí mismo y procurarse por todos los medios posibles, pero lícitos al mismo tiempo, toda la felicidad de que es susceptible; mas este amor ordenado por la naturaleza vino á degenerar por la culpa en un amor desmedido y ciego, en un brutal egoísmo, por el cual mira el hombre con zozobrosa inquietud, con mortal envidia la suerte de los que se presentan á su vista como mas felices, desea vivamente igualarse con ellos en felicidad, y se afana poniendo en ejecucion cuantos medios le dicta esta pasion infame, por excederlos, si le es posible. Al ver el brillo, la ostentacion, la fastuosa opulencia, la regalada comodidad que por lo comun acompañan á los destinos principales, á los empleos superiores al suyo, su corazon se inflama á impulso de la ambicion que le estimula, le devora, le excita los deseos mas infames; y sin fijar su atencion, ignorando acaso completamente los trabajos, inquietudes y desvelos que son anejos á su desempeño, la terrible responsabilidad que llevan consigo, el talento, la instruccion, el espíritu y la virtud indispensables para llenar sus deberes, no compara su capacidad con las obligaciones, ni las fuerzas de que puede disponer con el peso que intenta colocar sobre sus hombros; no examina con una madura reflexion segun la prudente máxima de un poeta gentil (1), *quid ferre recusent, quid valeant humeri;* compara sí con su deseo los honores é intereses que se promete, entabla al punto su solicitud, no omite diligencia alguna á fin de que salga bien despachada, agota todos

(1) *Horat. De arte poët.*

los recursos que le presenta su fecunda imaginacion, sacrifica á este deseo los intereses propios y los ajenos, se deprime hasta el extremo de cometer las mas indignas humillaciones, prostituye lo mas sagrado del honor y del decoro, en todas partes y á toda costa procura granjearse padrinos ó protectores que tomen de su cuenta la solicitud, y, como otra Salomé, les encarga hasta el fastidio, les recomienda cada dia que pidan por él: *dic ut sedeant.*

Si el superior, movido de su integridad, del deseo del acierto, de su justificacion, se detiene á inquirir las disposiciones ó capacidad del aspirante, si pregunta, como el Salvador á los hijos de Salomé: *potestis bibere calicem?* ¿estáis dispuestos, os halláis con fuerzas suficientes para levantar las cargas del destino que solicitáis? al punto, muy pagados de sí mismos, responden como aquellos: *possumus;* nada temáis, hemos meditado bien, hemos previsto los resultados de toda clase que puede tener el desempeño de nuestro anhelado destino; nada es difícil al hombre animado de una buena voluntad y de un sincero deseo de procurar el bien general. Si les exige, como circunstancia que debe preceder á su nombramiento, las hojas de servicios, al punto le manifestarán numerosas certificaciones, en que se recomiendan extraordinariamente, presentándolos como los mas importantes, aunque jamas hayan dado un solo paso que los haga dignos de semejantes elogios. Sus méritos suelen ser nominales, y se suponen como efectivos, sus servicios nulos, y aparecen en gran número, su aptitud imaginaria, y se presenta como indisputable. Es demasiado lo que se exagera, lo que se inventa en semejantes casos.

Examinemos ahora los deseos del egoísta y sus verdaderas intenciones. Hace una ridícula ostentacion de los trabajos que ha padecido para que se le conceda el descanso; alega los méritos que ha contraído, los supone en alto grado relevantes, porque desea conseguir la recompensa; recuerda su aptitud, la que se desdeña de poner en paralelo con la de los otros aspirantes, á fin de que se le dé la preferencia. Es preciso confesar que si sus méritos y su capacidad son verdaderos, es decir, si es exacta su relacion, sus deseos son muy ordenados, son muy justos. El órden, la justicia, la conservacion y prosperidad de las sociedades exigen imperiosamente el premio de los trabajos, una recompensa proporcionada á los méritos; mas yo no

veo, ántes bien mi razon se resiste á comprender que sea un condigno premio de los servicios uno de esos altos destinos, cuyo desempeño requiere mayor aplicacion, estudio mas continuado, trabajos mas difíciles, sacrificios mas costosos, desvelos mas incesantes; un empleo que absorbe por necesidad todos los talentos del empleado, sin dejarle tiempo ni libertad para disfrutar tranquilamente las ventajas que su posesion pudiera prometerle. Esto con sobrada razon debe llamarse un verdadero castigo, y el egoísta ni pretende ni quiere que se le castigue. Así es que cuando empieza á sentir las obligaciones que se ha impuesto, conoce que se equivocó tomando por premio una molestia insoportable, una carga que excede en mucho su posibilidad. Entónces, á imitacion de los hijos del Zebedeo, que cuando llegó el caso de poder beber el cáliz amargo de la pasion, huyeron cobardes por evitar aquel compromiso, no obstante haber asegurado que lo beberian, para lo que manifestaron las mas aptas disposiciones y el mejor espíritu; así, digo, rehusando entónces el egoísta todo lo que el cargo presenta de gravoso, ó tiene que desempeñarlo por medio de agentes mercenarios, que por lo comun se ocupan mas de los intereses propios que del desempeño de los ajenos deberes, ó incurre por necesidad en faltas de mucha consideracion con grave perjuício de los interesados, si á pesar de estar convencido de la limitacion de su talento y de la falta de instruccion, se arroja á hacerlo por sí mismo.

¡Ojalá que todos los superiores se hallaran dotados de la penetracion, prudencia é integridad necesarias para repeler las importunas solicitudes, que son por sí solas suficientes á demostrar la ineptitud de la mayor parte de los pretendientes! ¡Ojalá que, á imitacion de Jesucristo, procuraran asegurarse de las intenciones que estos abrigan preguntándoles : *potestis bibere calicem?* estáis bien penetrados de los deberes que os obligáis á cumplir? Persuadidos á que la divina Providencia es la única que puede proveer, y provee en efecto á todos y á cada uno de los hombres de las cualidades, disposiciones y talentos necesarios para desempeñar con exactitud los ministerios á que los destina, ¡ojalá se dedicaran á buscar aquellos precisamente, cuyas prendas son un testimonio inequívoco de que son elegidos por aquella, repeliendo á los temerarios ambiciosos, que tanto anhelan por intrusarse sin llamamiento alguno de

parte de Dios, con aquellas palabras de Jesucristo á los discípulos aspirantes á los primeros asientos en el reino de los cielos, *non est meum dare vobis:* nosotros debemos consultar la voluntad del cielo y no seguir sin consejo la nuestra en la distribucion de los empleos : estos no son un libre patrimonio nuestro y estamos en la obligacion de proveerlos en aquellos sugetos, cuyas disposiciones nos indican haber sido elegidos al efecto por la Providencia. ¡Qué perspectiva tan encantadora presentarian entónces las sociedades! ¡Qué paz tan preciosa, qué abundancia, qué prosperidad tan excelentes disfrutarian en este caso! Por el contrario, si atendidas las molestas solicitudes de los ambiciosos, destituídos por lo comun del verdadero mérito, fueran colocados al frente de los negocios hombres ineptos, ignorantes, ciegos egoístas, esclavos viles de sus intereses particulares, ¡cuántos desórdenes, qué cúmulo de injusticias, qué perjuícios tan enormes no se experimentarian por todas partes! El desórden, la injusticia, la pobreza, la discordia, la rebelion, todos los vicios, todas las desgracias serian el fruto, fruto amargo en verdad, de una determinacion tan ajena de la prudencia, de la razon y de la justicia.

En prueba de esta triste verdad demos una rápida ojeada por los diversos y mas principales ramos, que en materia de destinos abraza la sociedad. La administracion de la hacienda, colocada en manos ineptas, seria la causa inevitable de su verdadera destruccion, ocasionaria vejaciones incalculables, á las que sucederian el ocio, el fraude, el robo; la agricultura, la industria, el comercio, las artes, todas las fuentes de la riqueza se irian agotando por momentos. La administracion de justicia á disposicion de un sugeto poco íntegro causaria la violacion escandalosa de las leyes, la nulidad de los derechos, la impunidad de los criminales, la opresion de los inocentes, el desprecio de los legisladores, la relajacion y el desenfreno para entregarse con entera libertad á todo género de excesos. La administracion de la milicia en poder de un bisoño en el arte de la guerra, ó de un soldado poco interesado en la gloria de su patria, relajaria la disciplina militar, haria odiosa la subordinacion, debilitaria la fuerza física y por consecuencia la moral, que unidas forman el apoyo de los imperios, y pondria por tanto en un gran peligro su existencia. La administracion de los bienes y gracias espirituales en manos ineptas, en manos indignas... ay! gran

Dios! no permitáis tan inmensa desgracia: librádnos de este mal que seria el mas deplorable. Sola la idea de su posibilidad me llena de amargura. Esta consideracion presenta á mi vista el cuadro mas doloroso; me hace mirar el rebaño desnudo, debilitado, sacrificado inhumanamente, para proporcionar á los pastores el alimento, el regalo, el abrigo; pero abandonado al propio tiempo á sí mismo, sin tener quién se desvele por proporcionarle el pasto saludable, preservarle del contagio que le amenaza, y atender á la reparacion de la parte infestada aplicándole los remedios oportunos. Se me figura ver al lobo devorador que está en acecho, esperando con ansia la ocasion favorable de lanzarse sobre la presa, y que los perros, á cuyo cargo está su custodia, acobardados callan y se amparan de los pastores, que huyen igualmente despavoridos, dejando á merced del enemigo las ovejas, que son en consecuencia cruelísimamente devoradas. Creo ver las calles y plazas cubiertas de miserables mendigos, que piden con lágrimas amargas el pan necesario á la conservacion de su vida, que perecen al rigor del hambre devoradora, sin que haya un alma compasiva que se preste á remediar sus necesidades. Me parece ver una numerosa multitud de ciegos, precisados á caminar por entre mil precipicios y derrumbaderos, suspirando inconsolables por un guia que los dirija con alguna seguridad, sin descubrir quién quiera tomarse este cuidado, como no sea alguno, que mucho mas ciego que ellos, les acelera y hace mas lastimosa la caída. Se me figura ver...

Oh! no permita el Señor que se realicen mis temores. Infelices! ay! ellos mismos esterilizarian, destruirian la grandiosa obra de la redencion de la misma manera que los otros la de la creacion y Providencia. Pero lo harian impunemente? Tal vez conseguirian eludir el juicio de los hombres, y aún seducirlos hasta el extremo de que llegaran á tributarles elogios por lo mismo que no merecian sino imprecaciones; pero hay otro juez infinitamente superior, de quien nadie puede librarse: hay un Señor infinitamente sabio, á quien es imposible engañar no obstante las arterías todas de la simulacion y la lisonja; hay un juez sumamente íntegro, que ni atiende á recomendaciones, ni á súplicas, ni á lágrimas, ni á excusas; hay un juez infinitamente justo que no puede ser engañado con ardides, con adulaciones, ni con dádivas. ¿Podrian eludir el fallo de este tribu-

nal supremo, que de suyo es irrevocable? Figurémonos que ha llegado el momento, en que este Juez inexorable hace comparecer en juicio á estos desventurados egoístas, y les dice con toda severidad desde su tribunal excelso: *redde rationem villicationis tuæ* (1): dadme razon de vuestra mayordomía; que les exige la cuenta mas exacta de su administracion y el alcance que resulte contra los administradores, sin perdonar un solo maravedí. Aquí no hay medio alguno de salvacion, ni aún el recurso de componerse con los colonos. Todos, por el contrario, se declararán enemigos de estos miserables, y exigirán del Juez á grandes voces el castigo competente. El Señor no alabará la destreza y astucia con que engañaron á sus hermanos, como lo hizo con el mayordomo infiel (2), sino que condenará su infidelidad, movido de los ruegos y súplicas que le dirigirán las familias, los pueblos, las provincias, los imperios reducidos á la indigencia, á la desolacion, á una completa ruína por culpa suya, y las almas rescatadas de la esclavitud de Satanas á costa de la sangre del Cordero inmaculado, ligadas de nuevo con las cadenas de aquel tirano por la mala administracion de las gracias que el Señor habia depositado en sus manos para su remedio. Qué horror! qué desesperacion! La parábola de la higuera, la del sarmiento, la de la viña, la del siervo infiel...

¿Para qué molestaros con la enumeracion de unas figuras, cuya explicacion conocéis perfectamente? Si la eterna desgracia tiene que ser irremisiblemente el paradero, el castigo de los que no han hecho el bien que podian y debian, ¿cuál os parece que será el de los infelices, que han ocasionado ademas tan incalculables males? Los intereses, las comodidades, los honores, cuya idea los habia alucinado ántes, serán despues el torcedor mas cruel segun aquellas palabras de san Juan (3): *quantum glorificavit se, et in deliciis fuit, tantum date illi tormentum et luctum:* dad á esos miserables los mas horrorosos tormentos, arrancádles el llanto mas copioso y amargo en proporcion á lo que se glorificaron y vivieron entregados á los deleites. Aprendamos á ser humildes y desinteresados, viviendo contentos y agradecidos á la Providencia por la situacion en que nos ha colocado. No aspiremos á los destinos mas elevados, aunque por otra parte nos creamos con fuerzas suficientes para soportar el

(1) *Luc. c. 16. v. 2.* (2) *Ibid. v. 8.* (3) *Apoc. c. 18. v. 7.*

peso de las obligaciones que nos imponen, pues lo mismo creían los hijos del Zebedeo, y sin embargo manifestaron, abandonando á su maestro, lo que se puede esperar de un ambicioso. Tengamos presente, que cuanto mas nos elevemos á la cumbre de los honores, tanto mas lastimosa ha de ser un dia nuestra caída. Jamas se aparte de nuestra imaginacion la respuesta de Jesucristo á sus pretendientes discípulos, y considerándola detenidamente, seguros podemos estar de que no conseguirá deslumbrarnos el falso resplandor de los bienes terrenos. Renunciemos, despreciemos á estos, si no queremos ser excluídos para siempre de la participacion de los bienes celestiales.

SERMON.

AÚN EN ESTA VIDA ES RECOMPENSADO DE ALGUN MODO EL JUSTO, Y CASTIGADO EL PECADOR.

PARA EL JUÉVES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Homo quidam erat dives, qui induebatur purpura et bysso, et epulabatur quotidie splendide, et erat quidam mendicus, nomine Lazarus, qui jacebat ad januam ejus, ulceribus plenus, cupiens saturari de micis, quæ cadebant de mensa divitis, et nemo illi dabat.

Habia un hombre rico que vestia púrpura y seda, y daba todos los dias convites espléndidos. Á su puerta estaba un mendigo, llamado Lázaro, lleno de llagas, esperando con ansia las migajas que caían de la mesa, y nadie se las daba.

S. Lúcas, c. 16. *v.* 19, 20 *y* 21.

El ignorante, que deteniéndose en la superficie exterior de las personas y cosas que le rodean, no pasa á reconocer el interior, se expone á formar unos juícios muy equivocados de ellas. Deslumbrado por el brillante resplandor del oropel, suele comprarle á un precio muy subido, como si fuera oro verdadero. ¡Qué delicioso punto de vista presentan las campanillas formadas por el agua! ¡Qué colores tan vivos y variados os-

(1) Del mismo González, y para este dia, hay otro sermon en la pág. 288 del tomo cuarto de los de *Mision*, dirigido á probar, que no es la tierra el lugar destinado para recompensar cumplidamente la virtud y dar el condigno castigo al vicio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

peso de las obligaciones que nos imponen, pues lo mismo creían los hijos del Zebedeo, y sin embargo manifestaron, abandonando á su maestro, lo que se puede esperar de un ambicioso. Tengamos presente, que cuanto mas nos elevemos á la cumbre de los honores, tanto mas lastimosa ha de ser un dia nuestra caída. Jamas se aparte de nuestra imaginacion la respuesta de Jesucristo á sus pretendientes discípulos, y considerándola detenidamente, seguros podemos estar de que no conseguirá deslumbrarnos el falso resplandor de los bienes terrenos. Renunciemos, despreciemos á estos, si no queremos ser excluídos para siempre de la participacion de los bienes celestiales.

SERMON.

AÚN EN ESTA VIDA ES RECOMPENSADO DE ALGUN MODO EL JUSTO, Y CASTIGADO EL PECADOR.

PARA EL JUÉVES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Homo quidam erat dives, qui induebatur purpura et bysso, et epulabatur quotidie splendide, et erat quidam mendicus, nomine Lazarus, qui jacebat ad januam ejus, ulceribus plenus, cupiens saturari de micis, quæ cadebant de mensa divitis, et nemo illi dabat.

Habia un hombre rico que vestia púrpura y seda, y daba todos los dias convites espléndidos. Á su puerta estaba un mendigo, llamado Lázaro, lleno de llagas, esperando con ansia las migajas que caían de la mesa, y nadie se las daba.

S. Lúcas, c. 16. *v.* 19, 20 *y* 21.

El ignorante, que deteniéndose en la superficie exterior de las personas y cosas que le rodean, no pasa á reconocer el interior, se expone á formar unos juícios muy equivocados de ellas. Deslumbrado por el brillante resplandor del oropel, suele comprarle á un precio muy subido, como si fuera oro verdadero. ¡Qué delicioso punto de vista presentan las campanillas formadas por el agua! ¡Qué colores tan vivos y variados os-

(1) Del mismo González, y para este dia, hay otro sermon en la pág. 288 del tomo cuarto de los de *Mision*, dirigido á probar, que no es la tierra el lugar destinado para recompensar cumplidamente la virtud y dar el condigno castigo al vicio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tentan los globulitos que los muchachos hacen con el agua y el jabon! Mas examinándolos de cerca, al punto conocemos su insignificante mérito; y si llegamos á tocarlos, en el momento desaparecen, dándonos á conocer que no eran otra cosa que un poquito de aire, nada. Si un necio acierta á pasar por el punto en que otro ha perdido una piedra preciosa, y la ve, la desprecia teniéndola por un pedazo de cristal, y como el bruto de la fábula, la pisa, la entierra en el lodo como cosa inútil. Uno dejado llevar de la dulzura de la miel, la gusta con ansia, sin advertir que está envuello en ella un veneno mortífero; otro fastidiado del amargo de la quina, la desecha, no obstante ser el remedio mas eficaz, el único para conservar la salud y tal vez la vida.

Esta es la pintura mas exacta del vicio y de la virtud. El mundo ignorante, que ve retratada en el semblante del pecador una excesiva alegría y en el del justo una mortal tristeza; que observa á aquel festivo, risueño, complaciente, erguido, robusto, y á este triste, lánguido, macilento, extenuado; que encuentra á aquel en medio de los placeres, en las concurrencias, en los espectáculos, en los paseos, y á este solo, retirado de la sociedad, cerrados sus ojos á cuantos objetos le ofrece el mundo seductor, privado hasta de las mas inocentes diversiones, entregado siempre á la oracion, á la práctica de una rigorosa penitencia, de unas austeras mortificaciones; que solo ve, en una palabra, lo que agrada y atrae en el vicio, y lo que presenta de molesto y repugnante la virtud, se resuelve por aquel sin vacilar un momento. Y si tal vez se detiene á reflexionar, es solo con el fin de que sea mas glorioso el triunfo del vicio sobre la virtud. Comparemos, dice, á un Baltasar con un Job, un rico con un Lázaro... Ah! es necesario estar ciego, para no conocer que los primeros disfrutaban en este mundo la mas completa felicidad, y los segundos eran esclavos de la miseria mas extremada. Tales son los juícios y el lenguaje del mundo.

Y ¿cómo es posible que los hombres se decidieran por el partido del vicio, si no hallaran en él algun deleite, alguna satisfaccion, algun interes temporal; y que por el contrario huyeran de la virtud, siendo tan conforme á su naturaleza, si no vieran como inseparable de su ejercicio una multitud de molestias, de privaciones, de disgustos? Si al traves de los placeres

descubrieran las penas, la inquietud que lleva en pos de sí la culpa, y por entre lo austero de la virtud traslucieran la suma suavidad, las inefables dulzuras que derrama en el alma del justo, no podrian ménos de cambiar de dictámen; pero como por una parte se fijan en el exterior de estos dos contrarios, y por otra ven que los Libros santos, los Padres de la Iglesia y los doctores católicos enseñan de acuerdo, que el premio de la virtud y el castigo del crímen están reservados para otra vida, se niegan á creer que aún en esta pueda ser feliz el justo y desgraciado el pecador.

Este error es precisamente el que trato de desvanecer en esta tarde, demostrando al efecto que los justos que padecen (porque no todos se hallan gravados de miserias, como no todos los perversos nadan en la abundancia) son felices en medio de sus padecimientos, y los pecadores desdichados en el colmo de sus placeres. ¡Ojalá hubiera yo experimentado las inexplicables delicias de la virtud, como por desgracia he sufrido los inquietos y crueles remordimientos que siguen al pecado, para poder haceros de ellas una pintura exacta! Entónces... Mas yo espero que el Señor, movido de su infinita misericordia y de los ruegos de su bendita Madre, me dispensará los auxilios necesarios. *Ave María.*

Habiendo ántes indicado que lo que induce al hombre á despreciar el ejercicio de la virtud y entregarse al del crímen, es el fijarse en el exámen exterior de uno y otro, quiero que conozcáis los errores á que semejante imprudencia le conduce, haciéndoos notar despacio lo que opina acerca de los bienes temporales. Ve á los grandes rodeados de una multitud de viles esclavos, ocupados en estudiar sus infames pasiones, para lisonjearlas y prodigarles el incienso de las mas humillantes adulaciones: los ve entregarse con entera libertad á todos los placeres y diversiones, gozar todos los regalos y comodidades sin otra regla ni medida que su deseo, sin que nadie se atreva á contradecirles, porque la menor indicacion se consideraria como un atentado contra la excelsa dignidad de su persona; y concluye de aquí, que la grandeza es uno de los mayores bienes que pueden disfrutarse en la tierra, dando fomento en su corazon á la soberbia. Ve que los mismos ó acaso mayores be-

neficios gozan los ricos; que no hay cosa que no consigan, ni dificultad que no superen las riquezas; que si se desean palacios magníficos, briosos caballos, casas de campo, carrozas, trenes espléndidos, todo está á disposicion del que tiene dinero; que si necesita criados, luego se le presentan los de mayor habilidad; que si se halla enfermo, al punto se hace venir á los mas acreditados facultativos, quienes apresuran el viaje, para llegar lo mas pronto posible, á pesar de hallarse á mucha distancia; que si quiere regalados manjares, no hay pez en el agua, ave en el aire, carnes y frutas en la tierra, que no se presenten á saciar su apetito, su inmoderada gula. El mundo entero con todos sus bienes y delicias está obediente á la voz del oro, dicen los mundanos: no hay bien comparable á las riquezas; y hablando de este modo, desean y llaman para sí la vil codicia. Ve los placeres que rodean siempre al hombre carnal, el gusto que toma en las diversiones, aunque sean indecentes, en las conversaciones amorosas, en las canciones lascivas, en el trato familiar con las principales bellezas; cuán satisfecho está de sí mismo, al ver correspondido su amor profano; cuánto placer disfruta en presencia de su querida, á quien acompaña en casa, en el paseo, en el baile, en todas partes; ve el gran deleite que resulta del tacto impuro, de la mirada lasciva, del vil adulterio, del estupro vergonzoso, y dice: nadie puede ser feliz sin gozar los placeres de la sensualidad; y con sola esta expresion se atrae el corazon de los deshonestos.

El humo de la gloria mundana, las conveniencias del opulento, el deleite del sensual es lo que ciega á los mundanos, porque no ven mas que el exterior de sus objetos. Aquella satisfaccion de que se colma el corazon del vengativo, cuando ha tomado una completa venganza, la alegría de ver humillado á su enemigo, el regocijo que le ocasiona el feliz éxito de un litigio, tal vez injusto, el orgullo de que todos le consideren como hombre de prestigio, aún entre los magistrados, por cuya razon nadie se atreve á contradecirle ni á reclamar, aunque agobie á sus semejantes con todo género de injusticias; la satisfaccion de poder decir: nadie como yo; todos se humillan en mi presencia é inclinan la cabeza con el mayor respeto, es una gloria sin igual. El regocijo de un hombre, á quien favorece la fortuna aumentando su hacienda, proporcionándole cosechas abundantes, dejándole airoso en todas sus empresas; tomando de

aquí ocasion, para suponer que de nadie necesita, cuando de él necesitan todos; que ni los potentados de la tierra, ni el mismo monarca le igualan en comodidades y conveniencias, porque á las que estos disfrutan reúne él la independencia de toda dominacion y la libertad de los pesados cargos del gobierno; ni teme al hielo, ni al agua, ni al pedrisco, ni á una quiebra en sus intereses, porque esta seria una desgracia de poco momento, pudiendo repararla con los abundantes tesoros que encierran sus arcas. Cómo es posible hallar semejante felicidad sobre la tierra? Un impío Baltasar, señor de un dilatado imperio, rodeado de toda la grandeza de la corte, en medio de los aplausos y adulaciones de sus súbditos y compañeros, habitador de un suntuoso palacio, sentado á una mesa, cubierta de los mas exquisitos manjares, de los vinos mas generosos, servidos en los vasos de plata y oro que Salomon habia mandado fabricar para el servicio y ornamento de su templo; acompañado de las damas mas hermosas, mas rica y profanamente vestidas y dispuestas á complacerle, aún en sus mas injustos y detestables caprichos; en medio de un coro inmenso de músicos, cuyos acentos armoniosos no tienen mas regla que su voluntad; sin enemigos que le inquieten, sin peligros que le asusten, sin sediciones que turben su reposo... hé aquí el mas perfecto modelo de la felicidad mundana; este es el compendio de cuantos bienes puede gozar el hombre sobre la tierra: esta es la pintura que el mundo hace del pecador.

Y cuál es la suerte del justo? Siempre menospreciado, abatido, hollado de todos, hecho el objeto de la irrision y mofa de los atrevidos, retirado del mundo, enemigo de los placeres, opuesto á toda diversion, siempre triste, macilento siempre, siempre convertido en un esqueleto, sin ojos mas que para llorar, sin boca mas que para pedir el perdon de sus culpas, sin manos mas que para atormentarse, sin vida mas que para padecer; un hombre sin honor, que jamas vuelve por su causa, aunque reciba mil ultrajes; sin libertad, que en todo cree ofender á Dios; sin carne ni sangre, que despedaza la una y derrama la otra con la disciplina y el cilicio; semejante á un Hilarion, habitando en el monte como los brutos salvajes y como si no hubiera nacido para la sociedad, enterrado vivo en el cóncavo de una peña sin mas compañía que las fieras, sin otro alimento que las frutas silvestres, sin mas bebida que el agua,

siempre mortificándose, siempre llorando, siempre lleno de inquietudes y sobresaltos, sin olvidar jamas el juício que le espera; semejante á un Gerónimo, que figurándosele insignificantes las penitencias ordinarias que sufria desnudo en el desierto, como que se propone abrirse el pecho en fuerza de los golpes que se daba con una piedra; semejante á un Pedro de Alcántara, envuelto en un tosco saco, huyendo de las comodidades que hubiera podido disfrutar en el palacio del emperador Cárlos V, seco en fuerza de tan continuado ayuno, armado á todas horas de la disciplina, rodeado del cilicio, enemigo del sueño, del descanso y hasta de sí mismo, pues por una especie de barbarie se obligó á no dar jamas á su cuerpo el menor gusto que le pidiera; semejante á Job, privado repentinamente de todos sus ganados, de sus casas, de toda su hacienda, de todos sus hijos, reducido á la última miseria, desnudo, sin cama en que reclinarse, cubierto de asquerosas y crueles llagas, lleno de gusanos, sin otra medicina que una teja para raerlos, despreciado de sus criados, abandonado de algunos de sus amigos, insultado de los otros, mofado de su mujer, fastidiado de su vida, abrumado de pesares, de tormentos, de todas las desgracias, destituído de todo humano socorro; semejante al mendigo del Evangelio, cubierto de úlceras extremadamente fétidas, sin mas médicos que los perros que iban á lamerlas, aquejado de una hambre cruel que le hacia desear con viva ansia las migajas que caían de la mesa del rico...; este es el retrato del justo: tal es la pintura que hace el mundo de la virtud y santidad.

Sí, el mundo, que ciego con sus glorias, cierra sus ojos á la impresion de los verdaderos bienes; el mundo insensato, incapaz de conocer los verdaderos bienes del espíritu; el mundo carnal y grosero, á cuya débil penetracion se oculta lo que pasa en el interior del hombre así opina, y quiere á toda costa que opinemos como él. Mas á pesar suyo, á pesar de las contrarias apariencias con que pretende alucinarnos, y de las bellas exterioridades que nos presenta para perdernos, el justo es verdaderamente feliz y el pecador verdaderamente desdichado aún en esta vida. Aquel goza una paz envidiable, una alegría sólida, unas delicias indecibles; este lleva dentro de sí mismo un enemigo que le persigue, un verdugo que le atormenta, un tirano que le martiriza. No me detendré á manifestaros, que ni todos

los pecadores se ven tan favorecidos de la fortuna, ni todos los justos tan perseguidos de la desgracia, como se quiere ponderar. Tampoco hablaré de los punzantes cuidados anejos por lo regular á la grandeza y al poder, ni de la poca seguridad de los bienes de la tierra, del trabajo con que se adquieren, de la inquietud con que se conservan, del dolor que ocasiona su pérdida. Si en otra ocasion os ofrecí estos desengaños, como filósofo cristiano, ahora os digo, como ministro del Evangelio, que no paréis la consideracion en lo que se ve por defuera, sino que escrudiñéis el interior; que tratéis de examinar el testimonio de la conciencia de cada uno, para que podáis ver la dulce serenidad del justo y la inquieta turbacion del pecador; cuán suavizadas y almibaradas, por decirlo así, están las penalidades de aquel y rociados de cruel amargura los criminales gustos de este; que no hay delicia comparable con el ejercicio de la virtud ni tormento mas agudo que el remordimiento, consecuencia necesaria del pecado.

Al modo que (es reflexion de san Agustin), al modo que un hombre, fatigado del trabajo de todo el dia é inquieto con la idea de una injuria grave que ha recibido, vuelve á casa por la noche, y salen á su encuentro á la puerta su amable consorte con sus hijos, hermosos todos, llenos de alegría y regocijo, que ufanos le abrazan, le prodigan tiernas caricias y le suplican que éntre á gozar el descanso que desea, y á tomar el regalo que le tienen dispuesto, lo que le hace olvidar absolutamente sus pesares y cansancio; así el justo, cuando acosado de persecuciones, de pesares y tormentos, se retira al interior de su alma, le sale al encuentro su conciencia, y como una esposa llena de atractivos y rebosando alegría en su semblante, le estrecha con ternura en su seno y le dice amorosa: alégrate, amigo mio, que vas á recibir el premio de tu sufrimiento; ya te tengo preparado un descanso, una paz, unos regalos deliciosos: ven, amado mio, ven: entra en el jardin de las delicias, y coge aún en esta vida miserable el premio debido á tus virtudes.

Entra con efecto el justo en el interior de su alma y descubre... Infeliz de mí, en qué empeño me he comprometido! Mártires gloriosos de Jesucristo, veníd, ocupád este lugar y decídme, ¿qué os manifestaba vuestra conciencia, cuando con tanto ahinco solicitabais los tormentos y los sufriais con tan indecible alegría? Apóstol santo, ¿qué era lo que te llenaba de

consuelo en las vigilias, en las cárceles, en los trabajos? Ilustres Marco y Marceliano, explicádnos el gozo que experimentabais clavados juntos en un madero. Pobrecito Lázaro, dínos la satisfaccion que te resultaba de tus dolores y miseria. Jamas, responden, jamas hemos gozado un placer tan puro, un gozo tan consumado, un convite tan delicioso y amable.

Así es, nada en el mundo puede compararse con la tranquilidad de una buena conciencia. Ella, dice san Agustin, arroja el gusano que molesta en el exterior, no deja sentir las prisiones, las cárceles, la amargura, ningun género de trabajo. *O felix conscientiæ puritas!* tú conviertes al alma en un paraíso de delicias, donde está plantado el árbol de la vida y de la sabiduría celestial; tú la haces el tálamo, la esposa del mismo Dios, el palacio de Jesus, la morada del Espíritu santo. *O felix sanctæ conscientiæ jucunditas!* tú haces ver al alma que ella es el lecho feliz, en que descansa y se recrea con su amada esposa el Esposo celestial. Los varones contemplativos se arrebatan de tal modo, al querer ponderar la felicidad inmensa que disfruta el justo, que sus palabras mas bien parecen despropósitos que razones verdaderas; por lo mismo me abstengo yo de manifestar mis sentimientos en esta parte. Solo diré de paso, que el testimonio de la buena conciencia persuade eficazmente al alma de que todo un Dios es ya suyo; que posee todas las riquezas, el poder, la sabiduría, la salud, la santa amistad, las virtudes, la gloria de Dios; que este, como un esposo ciegamente enamorado, la regala, la acaricia, le da el ósculo suavísimo de su dulce paz, la embriaga en el torrente infinito de sus inmensas delicias. En la tierra, dicen con el Apóstol Orígenes y san Agustin, en la tierra están ya sentados los justos cerca del trono de la Divinidad, gozando plenamente sus inmortales delicias. Esta gloria, esta felicidad es la que llena de regocijo á los mártires en sus tormentos, á los anacoretas en su retiro, á los confesores en su pobreza, á los penitentes en sus trabajos.

Eleváos, almas justas; pisád esa tierra vil que oprime con su peso al pecador. Veníd, bebéd, embriagáos con el vino dulcísimo con que os brinda vuestro Dios en pago de vuestra fidelidad. Sabéd, pues lo asegura él mismo por el Apóstol (1), que ni el

(1) *Rom. c. 8. v. 35.*

hambre, ni la sed, ni la enfermedad, ni la persecucion, ni la pobreza... nada es capaz de robaros vuestro tesoro, ni de alterar en lo mas mínimo vuestra quietud ó turbar vuestro reposo. Insultád con el P. san Basilio á los mundanos, que os menosprecian y dan en rostro con vuestros trabajos; decídles que todas las glorias del mundo son nada; que todos los tesoros de la tierra son estiércol; que todos los deleites del sentido son tormentos amarguísimos en comparacion de vuestra gloria, de vuestros tesoros y de vuestros placeres: *O felix conscientiæ securitas!* Vosotras habéis servido á vuestro Dios, vosotras habéis agradado á vuestro Dios, vosotras sois amigas íntimas de vuestro Dios, vosotras sois amadas esposas de vuestro Dios. Soberbios del mundo, ricos de la tierra, amadores de los deleites, á todos os desafío. Decídme, ¿cuándo alguno de vosotros, ni todos juntos, habéis disfrutado una satisfaccion semejante? cuándo habéis experimentado una alegría tan verdadera? cuándo habéis poseído unos bienes tan sólidos? cuándo habéis gozado una felicidad tan completa? Miserables! avergonzáos de vuestra insensatez. De vosotros habla el Espíritu santo, cuando dice (1), que *el hombre animal no es capaz de conocer los bienes espirituales con que regala Dios á sus amigos.* Huíd llenos de confusion, retiráos cubiertos de ignominia á presencia de un justo solo. ¿De qué os sirve decir, poseídos de un henchido orgullo: *similis ero Altissimo;* que no tenéis igual sobre la tierra, cebando vuestros ojos hidrópicos en la abundancia del dinero; apropiaros las palabras del avariento (2): *alégrate, alma mia, que ya nada puede faltarte;* ó las de Salomon, que *no hay gusto que no hayáis tenido, ni placer que no hayáis probado?* Cuanto mas presentes estén á vuestra memoria, tanto mas cruelmente os atormentará vuestra conciencia. Os sucede, continúa san Agustin, lo que á un hombre, rendido en fuerza del trabajo de todo el dia, maltratado de unos, injuriado de otros, habiendo perdido aquí los mil y alla los dos mil, casi desesperado se vuelve á su casa, donde creyendo hallar algun reposo, no halla sino mayores inquietudes y disgustos, porque la ve sucia, asquerosa; y su mujer sin haberle preparado alimento, cama ni comodidad alguna, sale á recibirle hecha una sierpe, prorumpiendo en gritos furiosos, en imprecaciones horribles, y ame-

(1) *I. Cor. c. 2. v. 14.* (2) *Luc. c. 12. v. 19.*

nazando su vida con una espada que empuña como desesperada. Este sí que es el retrato perfecto del pecador. Perdiendo la paciencia, la caridad, la templanza, todas las virtudes, apénas acaba de gustar aquel deleite momentáneo, aparente, aquella sombra de placer, cuando tiene su conciencia manchada, asquerosa, fétida, desesperada y armada de un agudo puñal con que le atraviesa sin cesar el corazon, diciéndole: qué has hecho, traidor? Has pecado, has perdido tu Dios, te has declarado enemigo suyo... ¿Dónde se han ido aquellos bienes, que te prometian tus fingidos amigos con el solo objeto de perderte? ¿No ves cómo ahora te desamparan, te abandonan en tu desgracia? ¿que nada hacen por sacarte del profundo abismo en que te has sumergido? por librarte de los crueles tormentos que padeces? Infeliz! te has declarado enemigo de un Dios, que tiene en su mano la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, la riqueza y la miseria, la gloria y el infierno. Desventurado! te has rebelado contra un Dios justo, que sabe mandar á la tierra que se abra y trague á los pecadores como tú; contra un Dios, que sabe enviar fuego del cielo y devorar á los rebeldes como tú; contra un Dios, que sabe disparar rayos abrasadores, que en un solo momento convierten en pavesas los hombres desalmados como tú; contra un Dios, que sabe inundar al mundo entero, para sumergir á los hombres corrompidos como tú.

En vano se fatiga el miserable pecador en sofocar estos crueles remordimientos; su conciencia le sigue á todas partes sin dejar de acusarle. Si busca nuevos desahogos á sus pasiones, en ellos mismos le presenta el mas horrible precipicio. Quiere complacerse en su grandeza? Luego le manifiesta á Lucifer, arrojado de lo mas alto de los cielos á lo mas profundo del abismo. Se ocupa en sus comodidades? Al punto le recuerda un Baltasar, muerto repentina y desastrosamente en la noche de su tan ponderada cena. Trata de recrearse á vista de sus riquezas? En el mismo momento le trae á la memoria la desgracia de Ananías y Safira, por haber ocultado la mitad de su propia hacienda. Va á entregarse de nuevo á sus criminales placeres? Le hace ver la multitud de desdichados, cuya vida terminó en el acto mismo de su pecado. No hay consuelo para el infeliz pecador: acosado en todas partes de tan crueles remordimientos, siempre le parece ver desnuda y pendiente sobre su cue-

llo la vengadora espada de la justicia divina. Un ligero dolor de cabeza se pinta en su imaginacion como el principio de una enfermedad mortal; la muerte de un pariente, de un amigo le parece ser el pronóstico de la suya, todas las tempestades cree venir dirigidas contra su vida, y al estampido del trueno le parece ver encendido el rayo que baja sobre su cabeza. No halla sosiego ni descanso, porque le es imposible apartarse del cruel verdugo de su conciencia. No hay, dice san Próspero, valiéndose de las palabras de san Agustin, no hay en el mundo cosa que dé mayor tormento que la conciencia del pecador. Verifícase la profecía de Moises, de que el pecador experimenta los efectos de la maldicion de Dios en casa y fuera de ella, en el pueblo y en el campo, en la prosperidad y en la desgracia, en las obras, en las palabras, en los pensamientos, en los deseos. Cuando Júdas se proponia gozar el fruto de su codicia, se halla fieramente acometido de su criminal conciencia, que le llena de turbacion, le inquieta, le agita, le conduce á la desesperacion, pone en sus manos el lazo para acabar con una vida, mil veces mas amarga é insufrible que la muerte á que le conduce. Job, por el contrario, en medio de su afliccion, Daniel entre las garras de los leones, Isaías aserrado, los niños de Babilonia introducidos en el horno, Pedro en la cruz, Andres en el aspa, Estéban en medio de las piedras, rebosan de placer y de júbilo, se consideran inundados de delicias y completamente felices, viendo que se atraen por estos medios las bendiciones del cielo. El Salvador, despues de haber recibido cuantas injurias y tormentos eran capaces de discurrir las potestades infernales, abandonado de sus propios discípulos y amigos, clavado en la cruz, sin socorro ni alivio humano, gozaba á torrentes las inmensas delicias de la gloria. Entre todos los bienaventurados, aún de los mas elevados serafines, no hay ni puede haber uno siquiera tan completamente feliz, como lo era el alma bendita de nuestro Salvador, al mismo tiempo que su cuerpo sufria tan horrorosos tormentos. Pero, ó desgracia! los hombres carnales ven su pasion, no su gloria: observan sus trabajos, no su felicidad; conocen sus tormentos, no sus delicias. No es sensible para ellos perder el bien infinito é incomprensible, y se desesperan y prorumpen en blasfemias contra el cielo, con solo ver en peligro la salud, las comodidades, los bienes mezquinos del cuerpo. Como jamas han gustado las dulzuras ni experimenta-

do la tranquilidad, que el bien verdadero produce en el alma del justo, no advierten su falta. Se acongojan, se dejan dominar por el furor á vista de las tribulaciones que en el dia los persiguen, y no acaban de persuadirse á que sus pecados son la causa: se resisten á creer que en estas y otras mas lamentables circunstacias el justo no se altera ni se asusta, ántes bien goza la alegría, la felicidad, la gloria compatible con el estado de peregrinacion en que vive.

Abríd, Señor, los ojos de nuestra alma, para poder persuadirnos de una verdad tan interesante. Hacéd que resuenen sin cesar en nuestros oídos aquellas palabras de tanto consuelo que dirigiais en otro tiempo á los apóstoles (1): *si dejáis por mi amor los bienes aparentes de la tierra, recibiréis ciento par cada uno, aún en esta vida;* premio que, segun san Gerónimo, consiste en los bienes del espíritu, en las delicias del alma, en la tranquilidad de conciencia; bienes infinitamente mas grandes, mas dulces, mas apetecibles que los del cuerpo. ¿Qué extraño es, cristianos, que corráis tras la sombra de felicidad con que os alucina el mundo, os ciega el demonio, os engaña la carne, si no habéis gustado aquellas celestiales dulzuras? ¿Qué extraño es que aún creáis que Lázaro es infeliz y el rico dichoso? Si queréis pues poder discurrir con acierto acerca de los bienes y males de esta vida, es necesario que una vez siquiera os pongáis de parte de la virtud. Demasiado tiempo habéis gustado los placeres del vicio, y si continuáis del mismo modo, no podréis ser imparciales. Deseád al ménos participar de los que suponéis males intolerables en el justo; sujetáos á la mortificacion; privád á vuestros sentidos del goce de esos falsos placeres; deponéd la inclinacion por ese lujo que arruína las familias; amád la pobreza de espíritu. Solo así os libraréis de los tormentos que ahora sufre el rico, y os haréis acreedores á las delicias que el mendigo Lázaro goza y gozará por una eternidad.

(1) *Matth. c.* 19. *v.* 29.

SERMON.

LOS INGRATOS Á LA PROVIDENCIA CAEN FÁCILMENTE EN LA INCREDULIDAD.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Malos male perdet, et vineam suam locabit aliis agricolis, qui reddant ei fructum temporibus suis.

Hará perecer rigurosamente á tales malvados, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen el fruto á su debido tiempo.

S. Mateo, c. 21. *v.* 41.

Por mas horrorosas é intolerables que parezcan y sean en realidad las penas con que Dios castiga el pecado del hombre, se hace increíble que este se abandone de tal modo á la perversidad de su corazon, que llegue á acusar de injusto al que es la justicia por esencia. Pero es indudable que sucede así, y con alguna frecuencia, en el dia entre los cristianos. La Iglesia nuestra madre, solícita siempre en procurar nuestra felicidad por todos los medios posibles, para quitar sin duda todo recelo ó pretexto en este asunto tan delicado, nos propone en el Evangelio presente la parábola de que se valió el Salvador, para obligar á los judíos á que pronunciasen ellos mismos la sentencia de su reprobacion. Un padre de familias, les dice, tenia una viña excelente y con todas las comodidades posibles; la dió en arrendamiento á unos labradores, con condicion de que en cada año habian de darle alguna parte del fruto que produjese. Trascurrido mucho tiempo sin que los arrendatarios cumplie-

do la tranquilidad, que el bien verdadero produce en el alma del justo, no advierten su falta. Se acongojan, se dejan dominar por el furor á vista de las tribulaciones que en el dia los persiguen, y no acaban de persuadirse á que sus pecados son la causa: se resisten á creer que en estas y otras mas lamentables circunstacias el justo no se altera ni se asusta, ántes bien goza la alegría, la felicidad, la gloria compatible con el estado de peregrinacion en que vive.

Abríd, Señor, los ojos de nuestra alma, para poder persuadirnos de una verdad tan interesante. Hacéd que resuenen sin cesar en nuestros oídos aquellas palabras de tanto consuelo que dirigiais en otro tiempo á los apóstoles (1): *si dejáis por mi amor los bienes aparentes de la tierra, recibiréis ciento par cada uno, aún en esta vida;* premio que, segun san Gerónimo, consiste en los bienes del espíritu, en las delicias del alma, en la tranquilidad de conciencia; bienes infinitamente mas grandes, mas dulces, mas apetecibles que los del cuerpo. ¿Qué extraño es, cristianos, que corráis tras la sombra de felicidad con que os alucina el mundo, os ciega el demonio, os engaña la carne, si no habéis gustado aquellas celestiales dulzuras? ¿Qué extraño es que aún creáis que Lázaro es infeliz y el rico dichoso? Si queréis pues poder discurrir con acierto acerca de los bienes y males de esta vida, es necesario que una vez siquiera os pongáis de parte de la virtud. Demasiado tiempo habéis gustado los placeres del vicio, y si continuáis del mismo modo, no podréis ser imparciales. Deseád al ménos participar de los que suponéis males intolerables en el justo; sujetáos á la mortificacion; privád á vuestros sentidos del goce de esos falsos placeres; deponéd la inclinacion por ese lujo que arruína las familias; amád la pobreza de espíritu. Solo así os libraréis de los tormentos que ahora sufre el rico, y os haréis acreedores á las delicias que el mendigo Lázaro goza y gozará por una eternidad.

(1) *Matth. c.* 19. *v.* 29.

SERMON.

LOS INGRATOS Á LA PROVIDENCIA CAEN FÁCILMENTE EN LA INCREDULIDAD.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Malos male perdet, et vineam suam locabit aliis agricolis, qui reddant ei fructum temporibus suis.

Hará perecer rigurosamente á tales malvados, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen el fruto á su debido tiempo.

S. Mateo, c. 21. *v.* 41.

Por mas horrorosas é intolerables que parezcan y sean en realidad las penas con que Dios castiga el pecado del hombre, se hace increíble que este se abandone de tal modo á la perversidad de su corazon, que llegue á acusar de injusto al que es la justicia por esencia. Pero es indudable que sucede así, y con alguna frecuencia, en el dia entre los cristianos. La Iglesia nuestra madre, solícita siempre en procurar nuestra felicidad por todos los medios posibles, para quitar sin duda todo recelo ó pretexto en este asunto tan delicado, nos propone en el Evangelio presente la parábola de que se valió el Salvador, para obligar á los judíos á que pronunciasen ellos mismos la sentencia de su reprobacion. Un padre de familias, les dice, tenia una viña excelente y con todas las comodidades posibles; la dió en arrendamiento á unos labradores, con condicion de que en cada año habian de darle alguna parte del fruto que produjese. Trascurrido mucho tiempo sin que los arrendatarios cumplie-

sen lo que habian ofrecido, envió el padre de familias algunos de sus criados para recordárselo y exigirles los frutos; mas ellos en vez de obedecer, los maltrataron: envió segundos criados, que no tuvieron mejor suerte, pues fueron tan inhumanamente acogidos como los primeros: envió por último á su propio hijo, esperando que le guardarian otras consideraciones; pero se engañó, porque aquellos hombres indignos é ingratos hasta lo sumo cometieron la insolencia, no solo de arrojarle de la viña, como menospreciando su dominio y el de su padre, sino de quitarle la vida, creyendo que por ese medio se harian dueños de la heredad. Despues de una conducta tan extraña y criminal ¿cómo os parece que deberá conducirse con ellos el padre de familias, cuando determine ir en persona á tomarles la cuenta? No penetrando los judíos el sentido de la parábola, ó por mejor decir, convencidos de la fuerza de la verdad, respondieron unánimes: *malos male perdet, et vineam suam locabit aliis agricolis, qui reddant ei fructum temporibus suis:* hará perecer rigurosamente á tales malvados, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen el fruto en sus tiempos; deberá castigar á aquellos hombres en proporcion á su ingratitud y perfidia abandonándolos á la miseria, y entregando su heredad á otros mas justos y mas agradecidos.

Terrible y espantosa, pero justa sentencia! Y tanto mas terrible, cuanto que nos amenaza á nosotros, si tenemos la insensatez de imitar la conducta de aquellos parricidas colonos: lo que podréis conocer perfectamente por la explicacion que para vuestro desengaño quiero haceros, aunque en compendio, de esta parábola. La viña es la Iglesia de Jesucristo; los labradores que la tomaron en arrendamiento, son figura de los cristianos; el fruto ó renta que debe pagarse, son las buenas obras, el cumplimiento de aquellas solemnísimas promesas que por nuestros padrinos hicimos á Dios, al entrar en el número de sus colonos por el sagrado bautismo; los criados significan los predicadores que el Señor envía, y á quienes nosotros maltratamos, despreciando sus exhortaciones, burlándonos de sus consejos, negando su doctrina; por último en el hijo está representado del modo mas perfecto nuestro divino Redentor, á quien damos una cruel y afrentosa muerte con nuestros multiplicados desórdenes.

Ya que por la misericordia de Dios hemos conservado íntegra la fe de nuestros padres, no obstante haber degenerado de sus piadosas costumbres, aprovechemos estos instantes de luz; los de tinieblas son irremediables, si permanecemos en nuestra ingratitud: caeremos en la incredulidad, como las naciones cuya conducta imitamos; idea que procuraré explanar en mi discurso.

No abandonéis, Vírgen inmaculada, este pueblo que se acoge á vuestra proteccion. Intercedéd con vuestro Hijo, á fin de que nos conserve en su viña y nos conceda la gracia que necesitamos para corresponder con los frutos de las virtudes. Á este fin os rezamos el *Ave María*.

No podria el enemigo comun del género humano apoderarse tan fácilmente de las almas é inclinar su voluntad al pecado, si no arrojara primero en su entendimiento las semillas de la ignorancia y del error. De aquí proceden, como de un viciado orígen, tantos absurdos como el comun de los fieles adopta por verdades cristianas, y la dificultad de desimpresionarlos acerca del concepto que de ellas tienen formado. Tal es, por ejemplo, la persuasion de que todos los fieles se salvan, ó de que ningun cristiano se condena. Error funesto! error que lisonjeando extremadamente las viles pasiones del hombre, ha llenado el mundo de vicios, la Iglesia de monstruos y el infierno de cristianos! porque muy satisfechos estos con su fe, no cuidan de las obras; suponen que nada perjudica á sus almas sino la herejía; corren sin freno alguno por el camino de la iniquidad; pasan sus dias alegres en el vicio; y como es consiguiente y lo asegura el Espíritu santo, vienen á parar en su muerte al abismo de todas las desgracias.

La impiedad que ha conocido ser este el medio mas oportuno para atraerse un número considerable de cristianos, pondera, exagera el beneficio de la fe, apoyada en las mismas expresiones de que los maestros de la Religion se sirven para demostrar la necesidad que de ella tenemos para conseguir la salud eterna. El evangelista san Juan le parece ser de la misma opinion, asegurando expresamente que los fieles no pueden ser juzgados; que ninguno perecerá de los que verdaderamente crean en Jesucristo (1). Pero de estos y otros semejantes testi-

(1) *Joan. c. 3. v. 18.*

monios solo se infiere lo que acabo de decir, esto es, que para salvarnos es absolutamente necesaria la fe. Por cierto es una terrible desgracia el nacer en la infidelidad, en el paganismo; y por el contrario una dicha incomparable la de ser admitidos en la Iglesia de Jesucristo, en el centro de la Religion. Oh! ¡cuántas gracias debemos dar al Señor, por habernos dispensado este beneficio! Apénas salimos á la luz del mundo, se nos infunde en las fuentes saludables del bautismo la fe divina, este don precioso, que nos da un derecho á la gloria, á la suprema felicidad, á la mansion de los justos. Quién será capaz de ponderar semejante dicha? ¡Felices, mil veces felices nosotros por haber nacido en un reino católico, en un reino iluminado con la brillante antorcha de la fe, en un reino que aún no ha sido infestado por los pestilentes vapores de la infidelidad y de la herejía! ¡Felices nosotros, que cercados por todas partes de protestantes, de apóstatas, de judíos, de ateístas, hemos sabido conservar el sagrado depósito de la fe que nos encomendaron nuestros piadosos padres! Pero mas felices, si á pesar de los obstáculos que se nos oponen, logramos conservarlo en lo sucesivo.

Este don precioso es un favor particular que Dios dispensa á quien quiere y como quiere; un beneficio que ni se recibe ni se conserva sin especial gracia del Todopoderoso. No podemos dudar que este Señor benignísimo nos lo ha dispensado; mas no sabemos igualmente si será su voluntad continuárnoslo en adelante, manteniéndonos en su favor, en su amistad, en su Religion; ántes bien es mucho de temer que irritado en vista del menosprecio, de la ingratitud con que correspondemos á tan singular beneficio, nos prive de él, lo aparte para siempre de nosotros, nos arroje de su amada viña: es muy de temer esta irreparable desgracia. Repetidas veces os han amenazado del mismo modo los oradores evangélicos; mas por desgracia, y acaso por un efecto de la terrible justicia de Dios que va poco á poco cegando nuestro entendimiento y endureciendo nuestro corazon, para que, como asegura el profeta (1), no conozcamos la verdad, para que no creamos, para que no lleguemos á convertirnos, viéndose él en la precision de perdonarnos; por esto sin duda hemos graduado de exageraciones, tal vez de delirios

(1) *Isai. c. 6. v. 10.*

las amenazas de los ministros de la Religion; nunca hemos creído que puedan verificarse, y hemos continuado los desórdenes de nuestra vida. Pero ya es necesario persuadirnos, no solo á que es posible, sino tambien muy fácil que el Señor, colmada la medida de su indignacion, descargue sobre nosotros el golpe fatal. Aún digo poco; debemos temer con fundamento que está muy próximo el dia de las venganzas.

Ya ha trascurrido no un año, ni un lustro, sino toda nuestra vida, sin que hayamos pensado seriamente en cumplir las solemnes promesas que hicimos á Dios, al tiempo de ser admitidos en su Iglesia. Este padre amantísimo nos ha enviado sabios predicadores, que han procurado desengañarnos, advertirnos nuestro peligro; mas nosotros no hemos hecho el menor caso de sus exhortaciones: los inmensos beneficios que nos ha dispensado, léjos de excitarnos á gratitud, han fomentado nuestra soberbia; hemos correspondido con el desprecio á los males de todo género con que nos ha afligido, y que eran suficientes á ablandar los corazones mas insensibles. En los tiempos mas calamitosos, ó para hablar con toda propiedad, en los tiempos presentes, en que con mayor motivo que los ninivitas debiéramos sujetarnos al ayuno y á la mortificacion para aplacar la ira del cielo; en estos infortunados tiempos, en que la mas ligera diversion debiera considerarse como un vil menosprecio de la Providencia, como un horrible atentado contra la Divinidad; en estos infelices dias, en que las lágrimas debian ser nuestro único alimento, la oracion nuestro principal ejercicio, la penitencia nuestro solo cuidado; en estos dias aciagos en que el labrador abandona sus tareas, el padre sus hijos, el marido su consorte, todos sus deberes, sus casas y familias; en estos dias de luto y de consternacion el pecador no abandona sus vicios, el cristiano impío en sumo grado tiene valor para decir que son inútiles las oraciones; se hacen confesiones sacrílegas, se comulga indignamente, como si Dios no fuera sabio ni justo; se buscan los groseros deleites de la carne, como si no los prohibiera una ley eterna; se procura la satisfaccion de las pasiones, como si no hubiera un Juez supremo; se retiene lo injustamente adquirido, como si no hubiera eternidad; se maldice, se perjura, se profanan los templos y las festividades; los padres descuidan la educacion de los hijos, haciéndose estos por su parte inobedientes á la voz paternal, á los mandatos de los autores de

sus dias; los jóvenes se entregan con gusto al voraz fuego de la sensualidad; los consortes no contentos con los deleites que por su estado se les permiten (y que casi me atrevo á decir, que por ley general debieran prohibírseles por el abuso que de ellos hacen), buscan en el infame adulterio mayor desahogo á sus brutales pasiones; se menosprecian los preceptos de la Iglesia; el ayuno, la oracion, las mortificaciones se miran como las mas odiosas y ridículas prácticas; se ha desterrado la virtud; las atenciones del alma se descuidan; no se hace caso de los sacramentos, ni de las exhortaciones, ni de los consejos del sacerdote ó del amigo; se pisa la ley del Señor; en una palabra, se burla á los ministros de Jesucristo, y se da una muerte infame á este divino Redentor, á este Hijo unigénito del Padre celestial.

Así manifestamos á Dios nuestra gratitud por el singular beneficio de habernos introducido en el seno de su Iglesia; este es el fruto que ha cogido de nosotros despues de tantos años como nos ha sufrido; así damos cumplimiento á la promesa de renunciar al mundo con sus vanidades, á Satanas con sus obras, y á la carne con sus deleites; esta es toda la renta que ha cobrado de nosotros, indignos y pérfidos colonos de su viña. Siendo nuestra conducta del todo semejante á la de los labradores de que hoy habla el Evangelio, permitídme que os haga la misma pregunta que Jesucristo hizo á los judíos al proponerles esta parábola: ¿qué deberá hacer con nosotros este Señor, que nos ha considerado siempre como su viña predilecta? Ay! la respuesta no es dudosa. Si habéis de hablar con ingenuidad, no podréis ménos de responder lo mismo que los judíos: *malos male perdet, et vineam suam locabit aliis agricolis, qui reddant ei fructum temporibus suis*: nos tratará como á aquel pueblo ingrato, privándonos de nuestra Religion, y trasladándola á otros países, cuyos habitantes sepan apreciar tan gran beneficio y satisfacerle el fruto convenido; hará con nosotros lo que con los habitadores de África, cuando de tal modo se abandonaron á los deleites del sentido, que prestándose con demasiada credulidad á las cavilaciones del impío Mahoma, y cegándose con el falso brillo de la felicidad que en su religion les prometia, negaron la fe del Crucificado, por doblar la rodilla delante de aquel monstruo hijo del infierno: hará lo que ha hecho con las naciones modernas, cuya prevaricacion y resultados son demasiado recientes para que los ignoréis. Inglaterra, llamada el jardin de los santos, se sumió en la herejía, en un funesto cisma que hasta el dia la tiene separada de la Iglesia católica. El reino de Francia naturalmente católico sucumbió á las perversas ideas de los filósofos; admitió primero el ejercicio de toda religion, las abandonó despues todas, se hizo ateo en una palabra.

¡Ay de nosotros, si el Señor nos abandona como á estas desventuradas naciones! ¡Ay, si nos dejamos dominar del amor profano y del empeño de soltar la rienda y dar libertad á nuestras pasiones, que son las causas que las han conducido á extremo tan lamentable! Yá me parece ver del todo arrancada la raíz de la Fe en nuestra España, para trasplantarla á otras regiones mas felices: acaso los bárbaros, que nosotros despreciamos en el dia, serán escogidos para cultivar la preciosa viña de la Iglesia, de que seremos arrojados nosotros en castigo de nuestra ingratitud. Creo oir la voz de Dios que nos pregunta por Isaías en persona del prepósito Sobna (1): *Quid tu hic?* ¿para qué habéis sido admitidos en la viña de la Iglesia, comprada á costa de mi sangre? *Quid tu hic?* ¿para qué os hice miembros de mi Religion, toda santa, toda divina? *Quid tu hic?* ¿para qué iluminé yo vuestro entendimiento con las inextinguibles luces de la Fe? ¿para qué os escogí entre tantos millones de almas como yacen envueltas en las sombras de una profunda ignorancia, de la mas ciega infidelidad? ¿para qué os introduje en el saludable baño de mi sangre preciosísima? ¿para qué os he franqueado con tanta profusion el tesoro inagotable de mis gracias? ¿Todo esto ha sido precisamente, para que despreciarais mis dones, abandonándolos por un placer infame, por un vil interes, por el humo de una gloria vana? ¿para que mas ignorantes que los infieles, vivierais una vida brutal, no solo sin religion, sino ademas sin ley natural, sin entendimiento, sin juício, dando una plena satisfaccion á vuestras pasiones, como si nada tuvierais que temer ni esperar? ¿Es esta la renuncia que habéis hecho de los bienes terrenos, de todo cuanto por halagaros os prometieron vuestros mas infames enemigos? ¿Así me habéis amado con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma, con todas vuestras fuerzas? ¿Así

(1) *Isai. c. 22. v. 16.*

habéis aborrecido todas las cosas por mi amor, vuestros hermanos, vuestros padres, vuestra misma vida? ¿No sabéis que cuando fuisteis alistados en mi Religion santa, introducidos en mi Iglesia, rociados con mi sangre, jurasteis con la mayor solemnidad no emplearos en toda vuestra vida en la menor cosa que contrariara á mi servicio? Ya pues que no lo habéis cumplido, ya que habéis sido tan ingratos, como los malos labradores, *expellam te inde*: os arrojaré de un gremio tan feliz, os privaré de mis gracias, os abandonaré á vosotros mismos, á esos crueles tiranos, cuya odiosa dominacion preferís á mi ley suavísima.

Sí, cristianos; como el infeliz Esaú, dice san Agustin, por atender al regalo de su cuerpo, perdió el derecho á la primogenitura á que habia sido llamado, así nosotros por no apetecer mas bienes que los groseros del cuerpo, el interes, el deleite, la venganza, bienes que solo pueden hacer la felicidad de los brutos, perderemos miserablemente la dichosa herencia de Jesucristo, á que se nos habia dado derecho en el bautismo. Ay! que se cumplirá en nosotros la terrible amenaza del Salvador en el Evangelio: vendrán los bárbaros, los gentiles, y como otro Jacob, continúa san Agustin, arrebatarán la herencia, el mayorazgo de la Fe y de la Religion, y nosotros los hijos legítimos seremos reprobados, desheredados, expelidos del reino de Jesucristo, como el infeliz Esaú. Ay! que ya veo empezar á verificarse la fatal amenaza. Errantes y fugitivos los sacerdotes, arruinados los templos, la casa de Dios convertida en habitacion de bestias, insultadas y arrojadas por el suelo las imágenes de los santos, incendiados los altares, pisado el Cordero sin mancilla, el cuerpo santísimo y la sangre preciosa del Hijo de Dios...

Exurge, quare obdormis, Domine? ¿Dónde, Señor, está aquel poder que sumergió en las aguas del Mar rojo á Faraon y á todo su ejército, por oponerse á vuestra voluntad? ¿dónde aquel celo que os movió á quitar la vida á Oza, por solo atreverse á tocar el Arca del testamento, con el fin de impedir su caída? ¿dónde aquella mano que escribió la última sentencia contra el impío Baltasar, porque profanaba los vasos sagrados? ¿dónde aquel azote que arrojó del templo á los mercaderes, que convertian vuestra casa en cueva de ladrones? ¿dónde aquella voz omnipotente, á cuyo imperio cayeron derribados por tierra los judíos armados que iban á prenderos? *Exurge, quare obdormis?* ¿Cuándo ha sido tan despreciado vuestro poder, tan burlada vuestra providencia, tan escarnecida vuestra Religion, tan provocada vuestra justicia, tan vilipendiada vuestra majestad? *Quare obdormis?* ¿Cuándo habéis tenido ocasion mas oportuna de manifestar el poder irresistible de vuestro brazo? ¿cuándo ha habido motivo mas justo para disparar los rayos abrasadores de vuestra ira? ¿Dónde está aquella espada con que el patrono de las Españas triunfó tan gloriosamente de todos los enemigos de vuestro santo nombre? ¿Ó no sois ya un Dios celoso de vuestra honra y vengador de los agravíos? Mas no sé á dónde me lleva mi exaltada imaginacion: ignoro lo que deseo y lo que me atrevo á pediros. El ejercicio de vuestra omnipotencia, las maravillas obradas por el ministerio de Moises, los milagros de que os valisteis para establecer vuestra Religion... no son estos los medios que debéis emplear con los cristianos de estos dias; con unos hombres indignos de este glorioso nombre; con unos hombres, cuyas obras desmienten la Fe que publican sus lenguas; con unos hombres, cuya vida deshonra vuestra Religion mas que todos los escritos y argumentos de los impíos; con unos hombres, que se avergüenzan de ejercitar la virtud y hacen alarde de sus costumbres gentílicas. El desprecio, la inaccion, el silencio... así correspondéis á unos insultos tan groseros, á una conducta tan escandalosa: esos son los castigos que les imponéis, pero castigos terribles, por mas que en la apariencia sean levísimos, pues manifiestan que el descaro con que os ofenden, ha colmado la medida de vuestra indignacion; que el menosprecio que hacen de la fe y de la gracia recibidas en el santo bautismo, ha excitado todo el furor de vuestra ira. Infelices! El fatal golpe de vuestra justicia está para caer sobre nosotros. Los beneficios de vuestra mano nos han llenado de soberbia; hemos abusado de vuestra liberalidad y sufrimiento; os hemos acusado de injusto, cuando nos habéis afligido con calamidades; hemos despreciado cuantos avisos nos habéis dado por medio de vuestros ministros; nada ha podido movernos á pagaros el fruto debido. Nos habéis enviado por último vuestro divino Hijo; ese Hijo, en quien tenéis todas vuestras complacencias, ese Hijo único, que es el retrato de vuestra hermosura, el espejo clarísimo en que os mirabais; ese Hijo, que es vuestra misma naturaleza, vuestra misma sustancia, y le hemos dado mil muertes con nuestros desórdenes.

Abrid los ojos que os ha cerrado el demonio, cristianos pecadores, y ved al Hijo de Dios que viene á cobrar de vosotros la renta de su viña; á coger el fruto de las buenas obras que le debéis; á pediros cuenta de la sangre que derramó por vosotros. ¿Es posible que hayáis de continuar siempre en vuestra ceguedad? ¿Es posible que exclaméis, como los labradores de la parábola: *hic est hæres, venite occidamus eum:* este es el Hijo de Dios, quitémosle la vida, y será nuestro su reino? *Hic est hæres*: ¿este es el Juez supremo que ha de residenciar todas nuestras obras, *occidamus eum:* acabemos con su existencia y nada tendremos que temer? *Hic est hæres:* ¿este es el Señor que nos exhorta á la mortificacion y nos prohibe los placeres; que nos obliga á perdonar las injurias, que nos manda deponer los adornos y emplear nuestras riquezas en alimentar y vestir al indigente, *occidamus eum*: muera á nuestras manos y viviremos sin temor, sin ley, sin freno alguno? ¿Es posible que hayáis de manifestar en vuestras acciones el deseo de que no haya Dios, como el impío lo desea en su corazon? Mas, puesto que así lo queréis, así sucederá con efecto: ya no habrá Dios para vosotros; se trasladará con su Religion adorable y con la Iglesia, su santa esposa, á regiones mas felices; escogerá para su viña labradores mas fieles, colonos mas agradecidos, arredentarios mas justos, hombres mas racionales que vosotros. Os abandonará á los deseos de vuestro corazon corrompido, á la ignominia mas terrible, á una reprobacion inevitable: *Malos male perdet.* Entónces podréis dar una completa satisfaccion á vuestras desenfrenadas pasiones; viviréis como brutos, y como brutos moriréis, sin sacerdotes, sin sacramentos, sin fe y sin esperanza. Nadie rogará por vosotros, porque habréis sido arrojados de la Iglesia, que es la casa de oracion. Aún al tiempo de salir de esta vida, no dirigirá por vosotros esta tierna madre aquellas preces que dirige en igual caso por todos sus hijos: perdónalos, dice hablando con su Esposo, que aunque han pecado, no han tenido la desgracia de negar la fe, sino que siempre han creído firmemente en las tres divinas personas, Padre, Hijo y Espíritu santo.

Ó Dios justo! suspendéd un momento la ejecucion de vuestros adorables decretos. Si necesitáis algun sacrificio para aplacar vuestra indignada justicia, descargád el golpe sobre los impíos y malos cristianos que la han provocado. *Convertantur*

peccatores in infernum: enviád un rayo abrasador que consuma los pecadores obstinados, sepultád en los calabozos infernales á los que prefieren los gustos del tiempo á los placeres de la eternidad. Pero me olvido que hablo á un Dios, que es la misericordia por esencia. Venid, luz verdadera, é iluminád el entendimiento de estos mortales seducidos por las astucias del comun enemigo, que en ese caso es segura su conversion.

Pecadores, abrid los ojos á la luz de esta verdad. Quién sabe si será esta la última vez que se os comunique? Recibid benignamente los avisos del cielo; tratád con consideracion á los enviados del Padre celestial; pagádles el fruto de vuestras buenas obras, si queréis conservar la Fe, si queréis que el Señor no os arroje de su viña y os abandone absolutamente. Aunque la deuda sea exorbitante, aunque vuestra conducta haya sido la mas inicua con sus criados y con su propio Hijo, aunque vuestros crímenes no tengan número, no desmayéis por eso: la penitencia verdadera revoca los decretos de la Providencia, supera todos los obstáculos, pone expedito el camino de la salud. El rey Ezequías, el real Profeta, los habitantes de Nínive... Pero qué necesidad tenemos de ejemplos de esta clase? La misericordia de Dios es infinita, y está dicho todo. Acogéos á ella y aseguraréis la fe y todas las virtudes en esta vida, y la gloria que es su recompensa en la otra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON.

REPROBACION DE LOS JUDÍOS

POR LA QUE DEBEMOS TEMER LA NUESTRA.

PARA EL VIÉRNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Ideo dico vobis, quia auferetur à vobis regnum Dei.
Por tanto os digo, que se os quitará el reino de Dios.
S. Mateo, c. 21. *v.* 43.

La parábola que hoy nos anuncia el santo Evangelio, y la terrible consecuencia que de ella deduce Jesucristo, no solo debe llenar de una vergonzosa confusion al judío protervo, que desconoció á su Salvador, quitándole afrentosamente la vida, sino inspirar al mismo tiempo un saludable temor á todos aquellos cristianos, que viven abandonados á sus pasiones y olvidados de los beneficios de Dios. Un padre de familias plantó una viña, dice Cristo á los judíos, cercóla con vallado, hízole lagar de pisar, edificó una torre, y dióla en arrendamiento á unos viñadores. Venido el tiempo de la vendimia, envió á sus siervos á recoger los frutos. Pero los viñadores á uno de ellos hirieron, á otro mataron, á otro apedrearon. Á pesar de tan indigno tratamiento, envió de nuevo el padre de familias mayor número de siervos para el mismo efecto; mas no fueron mejor tratados. Últimamente envió á su hijo, diciendo: á mi hijo respetarán; pero ellos en su interior dijeron: este es el heredero, veníd, quitémosle la vida y poseeremos la heredad. Aprehendido pues, le sacaron de la viña y le dieron muerte. Cuando venga

el dueño de la viña, ¿qué hará con estos obreros? les pregunta Jesucristo. Tratará á estos malhechores como merecen, respondieron los judíos, y entregará su viña á otros colonos, que le den los frutos á su tiempo. Por esta causa os digo, les responde el Salvador, se os quitará el reino de Dios, y será entregado á gentes, que hagan frutos de vida eterna y correspondan mejor que vosotros.

Terrible sentencia, señores! mas no por terrible, ha dejado de experimentar sus funestas consecuencias un pueblo, tan favorecido ántes de Dios, y que en el dia se halla en la mayor desolacion y abatimiento, sin templo, sin sacrificio, sin sacerdocio y sin altar, por haber desconocido al Mesías, y cerrado los ojos de propósito á la luz de su Evangelio. Mas su deplorable infelicidad y sus enormes delitos, que fueron causa de su reprobacion y ruína, aunque hayan sido el orígen de los *tesoros del mundo, y la diminucion de los judíos la riqueza de los gentiles*, como se explica san Pablo; sin embargo debemos mirar con estremecimiento la traslacion de estas gracias, ó reino de Dios, del judaísmo al pueblo de los gentiles, principalmente si atendemos á que nuestra conducta no es ménos reprensible que la de los judíos, y á que Dios que les quitó su viña, arrojándolos por su ingratitud de la Iglesia, nos la puede quitar igualmente á nosotros en castigo de nuestras culpas. Examinemos pues las causas de la reprobacion de los judíos, para conocer el justo temor que deben inspirarnos de ser envueltos en semejante infelicidad. Esta será la materia del discurso, en el cual procuraré no separarme de los divinos oráculos, para apoyar mis pruebas, no sea que juzguéis intento infundiros un pánico terror, hijo de mi humor melancólico. Ayudádme todos á pedir las luces del Espíritu santo, poniendo por intercesora á su augusta esposa María santísima. Saludémosla con el ángel del Señor. *Ave María.*

Ante todas cosas, para entender el sentido de la parábola y la fuerza de la sentencia de Jesucristo, es necesario saber qué viña sea esta, quiénes los obreros de ella, quién el dueño que los privó de esta herencia, y á quiénes la trasladó. En seguida trataré de las causas que dieron motivo á esta traslacion, y son el fundamento de nuestro justo temor.

La viña del Señor de los ejércitos, dice el profeta Isaías, es la casa de Israel. El padre de familias es Dios, que la eligió por pueblo suyo con preferencia á las demas naciones, que sepultadas en la idolatría, palpaban las densas tinieblas de la ignorancia y del error, adorando al sol, la luna, las estrellas, las bestias, los mas viles insectos, las legumbres mas despreciables, y aún al mismo demonio. En esta casa de Israel plantó Dios la viña de su Iglesia. Dióla para su cultivo á los hijos y descendientes de este patriarca; sacólos á este fin de la esclavitud de Egipto, y para colocarlos en la tierra de promision, los condujo por el Desierto, sustentándolos á fuerza de milagros por espacio de cuarenta años. El cielo los proveía de alimento en abundancia; su gobierno teocrático los hacia irresistibles; el cananeo, el ferezeo, el geteo, el amorreo y el jebuseo fueron triste víctima de la espada del Dios de los ejércitos, y los muros de las ciudades mas inexpugnables, se arruinaban á presencia del Arca de su divino testamento, que llevaba siempre por delante el terror, la muerte y la victoria de sus enemigos.

Y ¿fueron estos los únicos beneficios que hizo Dios á los judíos ó casa de Israel, operarios de su viña? Ah! si registramos las santas Escrituras, hallaremos que todos estos fueron solo preludios de su benéfica predileccion. Dióles leyes justas y sábias; instruyólos en el conocimiento del verdadero Dios; arregló su culto, para que pudiesen adorarle en espíritu y verdad, y llevar frutos abundantes de vida eterna; residia entre ellos como en propiciatorio: dióles con la Religion templo, el mas suntuoso que hubo jamas sobre la tierra, sacerdotes para los sacrificios, profetas que les anunciasen las verdades y sus voluntades eternas. Qué mas? prometióles una eterna alianza, un pacto sempiterno, si permanecian fieles en la observancia de sus preceptos; y para mas distinguirlos, y obligarlos á la gratitud, se dignó el Señor en el trascurso de los siglos enviar á su Unigénito al mundo, para que tomando carne en el vientre virginal de una doncella de la tribu de Judá, redimiese con su sangre á todo el universo. Este augusto personaje Dios y Hombre vivió entre los judíos, hermanos suyos por la sangre, por espacio de treinta y tres años, dándoles saludables documentos, sanando cojos y tullidos, curando enfermos y obsesos, y resucitando muertos.

Mas ellos (quién lo creyera, señores?) ingratos á tantos beneficios, sordos al clamor de los profetas, y siempre rebeldes al Espíritu santo, que hablaba por su boca, no solo abusaron de estas gracias, persiguiendo y maltratando á los siervos del gran Padre de familias, sino que incurrieron en un horrendo deicidio, dando afrentosa muerte al Unigénito de Dios. Hé aquí en suma las causas de la reprobacion de los judíos, y el orígen de la exaltacion del gentilismo, al que Dios trasladó el reino de su Iglesia, llamándonos á su admirable luz, y entregándonos esta viña, para que cultivándola como buenos obreros, nos produjese frutos de amor de Dios y caridad fraterna, que ofrecerle á su debido tiempo. Y nosotros, señores, ¿cómo correspondemos á tan singulares beneficios? qué cultivo damos á la viña de nuestra alma? ¿qué frutos hemos conseguido en la Iglesia, que sean aceptos al Señor? Yo no sé qué responderos; pero me atrevo á decir, que no siendo inferior el desórden de nuestras costumbres al de las de aquel pueblo ingrato, esto mismo debe inspirarnos un temor justo de ser privados de la viña de la Iglesia, ó á lo ménos de la gracia, sin la cual nada podemos obrar en el órden de la salud eterna. Hagamos una breve discusion sobre los beneficios concedidos por Dios á uno y otro pueblo, y reconociendo por un riguroso cotejo las ventajas que en esta parte hacemos al pueblo judío, podremos despues formar el paralelo entre sus pecados y los nuestros, y deducir por justas consecuencias las causas de su reprobacion y de nuestro temor. Seguídme atentos.

Dios sacó de Egipto á los israelitas, librándolos de una dura esclavitud, y conducidos por ministerio de Moises y Josué, los introdujo en la tierra de promision, arrojando de ella las gentes que la habitaban. Así lo dice David en uno de sus admirables cánticos: *de Egipto, Señor, trasladaste la viña, arrojaste las gentes, y la plantaste.* Nosotros siendo gentiles, y sin conocimiento del verdadero Dios, fuimos sacados por su misericordia del Egipto ó de las tinieblas de la idolatría y de la dura esclavitud del pecado, no por ministerio de alguno de sus profetas, sino por Jesucristo su unigénito, que nos llamó á su admirable luz, y nos redimió con su preciosa sangre, mostrándonos, como á hijos de Abrahan segun el espíritu, una verdadera tierra de promision, que es su Iglesia, colocándonos en ella, como hijos adoptivos y herederos de aquel reino, que habia quitado

á los judíos. Á estos dió profetas; á nosotros apóstoles y evangelistas; á los judíos dió templo magnífico, culto brillante, ceremonias pomposas y todo lo necesario para su justificacion; á nosotros concedió templos mas augustos, destinados, no á sacrificar animales, sino para el sacrificio del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo; nos dió sacramentos mas eficaces, ceremonias mas nobles, sacerdocio mas sublime y gracias mas abundantes. Á los judíos eligió como su pueblo favorito, marcándolos con el signo de la circuncision; á nosotros concedió el sacramento del bautismo, en el cual somos reengendrados y signados con el carácter de cristianos, y los demas sacramentos que instituyó Jesucristo en su Iglesia para nuestra justificacion. Á los judíos concedió una declarada proteccion, dirigiendo sus marchas, proveyéndoles de sustento con aquel milagroso maná, que hizo descender del cielo, y residiendo entre ellos, para darles sus oráculos en el propiciatorio; á nosotros ha concedido una mas alta proteccion, dándonos para alimento de nuestra alma en el desierto de esta vida, aquel pan celestial figurado en el maná; es decir, el cuerpo y sangre de Jesucristo en la divina eucaristía, que debe permanecer real y verdaderamente en su Iglesia hasta la consumacion de los siglos, con arreglo á su infalible promesa.

¿Quién por el simple cotejo de estos hechos, que aprendemos en la sagrada historia de nuestra Religion, no conoce las grandes ventajas que hacemos á los judíos en materia de proteccion y de beneficios recibidos del Señor? Examinemos ya su ingratitud y enormes crímenes, que fueron causa de que perdiesen el reino de Dios, para formar el paralelo ó comparacion de sus delitos con los nuestros.

Ellos, en primer lugar, abusaron de los beneficios de Dios con horrible menosprecio. Hijos de Abrahan, segun la carne, no lo fueron todos segun la promesa, por la imitacion de su fe. Bien presto degeneraron de la piedad de sus padres Abrahan, Isaac y Jacob, trasfiriendo á los ídolos el culto, solo debido al verdadero Dios, y por esta incredulidad fueron desgajados, dice san Pablo, de la oliva fructífera de la Iglesia. Nosotros, como reflexiona un célebre expositor, llamados á la admirable luz del Evangelio y hechos amigos de enemigos que éramos, destruímos los ídolos, ídolos abominables de madera y de piedra,

que eran el objeto ridículo de nuestra adoracion; pero bien presto erigímos en nuestro corazon otros no ménos despreciables, á quienes damos culto.

Para comprender esta verdad, distinguíd dos especies de idolatría, la de la antigüedad y la de los siglos posteriores. Aquella consistia en adorar las criaturas, y esta en amarlas. Los antiguos idólatras dieron culto á Pluton y Mercurio, dioses de las riquezas y el comercio; pero los nuevos idólatras, mas delicados y de gusto mas fino que los otros, se contentan con amarlas. Y este amor, en que consiste la avaricia, ¿qué otra cosa es, segun san Pablo, que una verdadera idolatría? *Mortificate... avaritiam, quæ est simulacrorum servitus* (1). Los antiguos idólatras adoraron á Baco, dios de la embriaguez y de la gula; pero los modernos se limitan á amar la gula misma, y este amor es otra especie de idolatría, peculiar de aquellos cristianos, *cuyo dios es su vientre*, como se explica el Apóstol, llamándolos *enemigos de la cruz de Cristo*. Los antiguos idólatras erigian templos y daban adoracion á Vénus, diosa, segun ellos, de los deleites impuros; pero los idólatras de nuestro siglo se contentan con ofrecer incienso y erigir ara en su corazon al objeto mismo de su deleite criminal; y á esto llama san Pablo, *esclavitud de los ídolos, que no tiene parte en el reino de Cristo y Dios*. Ved aquí la frecuencia con que caemos en el primer delito ó motivo, que dieron los judíos para ser privados de su reino.

La segunda causa que dieron para su reprobacion, fué desatender á los profetas, que les anunciaban la verdad, persiguiendo á veces y quitando la vida á estos siervos, que enviaba el gran Padre de familias, como colectores de los frutos de su viña. La pena con que debia ser multado tan enorme delito, la anunció el mismo Jesucristo, lamentándose de la ingratitud de su pueblo con estas palabras (2): «Jerusalen, Jerusalen, que quitas la vida á los profetas, y apedreas á los que se te han enviado, ¿cuántas veces he querido congregar tus hijos, como la gallina congrega bajo las alas á sus pollos, y no habéis querido? Hé aquí que vuestra casa quedará desierta.»

Por lo que á nosotros hace, nadie ignora que hemos tenido apóstoles, evangelistas y doctores que nos han hablado en nombre de Jesucristo; ni aún en el dia nos faltan predicadores ze-

(1) *Coloss.* c. 3. v. 5. (2) *Matth.* c. 23. v. 37.

losos, ministros ilustrados, que nos anuncien las verdades y los juícios del Eterno. Y ¿cómo son tratados de ordinario estos siervos del Padre de familias? Vosotros lo sabéis, señores. Es verdad que no los apedreáis, ni les quitáis la vida, como lo ejecutaban los judíos; pero les quitáis la honra y buena fama; injuria y hostilidad tan enorme, que no es inferior á la muerte, pues como afirma san Pablo de sí mismo (1), mas querria morir, que el que alguno le privase de la gloria de su honor: *bonum est enim mihi magis mori, quam ut gloriam meam quis evacuet:* y el Espíritu santo dice en los Proverbios (2), que *la buena fama es preferible á todas las riquezas.* Á pesar de estos oráculos tan expresos, nada es mas frecuente en nuestros dias, que desacreditar á los ministros de la palabra. Segun el dictámen de los mundanos, unos son codiciosos, otros inflados y soberbios, este de cortos talentos; aquel ignorante en la elocuencia; á veces son impostores, exageradores, declamadores importunos, verdugos de las conciencias, enemigos de la sociedad y de la humanidad. Qué mas? hombres ilusos, visionarios, orugas y peste de la república, gravosos á los pueblos, seductores de beatas, ociosos, vagabundos... ¿No son estos los dicterios con que son tratados en nuestros dias los siervos del Padre de familias? ¿no son estos los frutos que recogen en la viña de su Iglesia? ¿no es este el brillante idioma de los incrédulos y libertinos de nuestro siglo? ¡Con qué satisfaccion no vierten estas y semejantes calumnias en sus asambleas bacanales y lupercales estos apóstoles de la sensualidad, para pasar por hombres instruídos, cultos y civilizados, á presencia de los ídolos que han erigido en su corazon! Engreídos con las falsas ideas de su filosofismo, y dejándose arrastrar de la vanidad de sus sentidos, como dice el Apóstol, oscurecido su entendimiento con las tinieblas de su ignorancia, viven apartados de Dios, por la ceguedad de su corazon. Ciegos miserables y guias de otros ciegos, marchan al precipicio á grandes pasos, atrayendo la ira del Señor sobre su pueblo.

Ni se contentan con burlarse del Evangelio, persiguiendo con injurias á sus ministros, sino que desconocen á Jesucristo y le maltratan, hasta crucificarle con sus lenguas y obras, que fué la tercera y última causa de la reprobacion de los judíos. El

(1) I. *Cor. c.* 9. *v.* 15. (2) *Prov. c.* 22. *v.* 1.

Salvador, hecho carne, vino entre los suyos, dice san Juan (1), y no le conocieron. El traje humilde en que apareció sobre la tierra, fué una piedra de tropiezo y de escándalo, segun la expresion de san Pablo, y cayendo sobre ella, se hirieron y quebrantaron, como les pronosticó el mismo Jesucristo. Heródes, persiguiéndole de muerte; los fariseos y escribas, desacreditando su doctrina y atribuyendo sus milagros al poder de Belzebú, príncipe de los demonios; Pilátos, sentenciándole á los azotes y al suplicio afrentoso de una cruz; los ministros de la ejecucion, tratándole con la mayor ignominia y crueldad; el pueblo grosero é ignorante, cubriéndole de injurias sobre el Calvario: todos estos cayeron de tropel sobre la piedra, se hirieron, se quebrantaron, y por su incredulidad se desgajaron del frondoso árbol de la Iglesia hasta el presente dia, en castigo de su ingratitud, que ha trascendido á sus hijos y descendientes por todas las siguientes generaciones, como lo pidieron sus mayores, poco ántes de derramar la sangre del justo. ¡Pena debida á delitos tan enormes!

Y juzgáis por ventura inferiores los vuestros? Ah, señores! el que tenga oídos para oir, oiga, os dice Jesucristo. Si los judíos, como se explica san Pablo (2), *hubieran conocido la divina sabiduría que encerraba el misterio* (de la encarnacion), *nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria;* jamas le hubieran injuriado ni cubierto de tantos oprobios; pero vosotros, que llamados misericordiosamente á su admirable luz, plantados en el seno de su Iglesia, reengendrados y adoptados por hijos en las aguas saludables del sacro bautismo, y hechos templos vivos del Espíritu santo; vosotros, digo, que hacéis profesion de conocer y amar á Jesucristo, por cuyos méritos habéis sido elevados á la altísima dignidad de hijos de Dios y herederos de su reino inmortal, ¿cómo desempeñáis los deberes de cristianos? ¿No puede con justicia vuestro Salvador haceros la misma reconvencion, que en otro tiempo á los judíos por medio de su profeta: *este pueblo me honra con los labios, pero su corazon está léjos de mí?* (1)

Echád por un momento la vista sobre la innumerable multitud de gentes que encierra esta capital; examinád su vida y sus costumbres. ¡Qué de Júdas no descubriréis, haciendo trai-

(1) *Joan. c.* 1. *v.* 10. (2) I. *Cor. c.* 2. *v.* 8. (3) *Isai. c.* 29. *v.* 13.

cion á su divino Maestro, y vendiéndole por el vil precio de una pasion favorita! ¡qué de escribas y fariseos, que hablando en tono de oráculos de la disciplina mas severa, de la moral mas rigurosa, de la reforma de costumbres, jamas se han propuesto el arreglo de las suyas! ¡Qué de Heródes, tratando á lo ridículo á Jesucristo en su doctrina, en sus misterios, en sus ministros! ¡Qué de Pilátos, faltando á la justicia, y condenando la inocencia por el vano respeto de no desagradar á los grandes, ó por una detestable codicia! ¡Qué de gentes de todos estados, edades y condiciones, insultando al Salvador, é irritando su furor con juramentos, blasfemias, sacrilegios, sensualidades, rapiñas, dolos, monopolios y toda especie de vicios capitales! ¿No son estos, os ruego, otros tantos cristianos de solo nombre, que injurian su profesion de tales, como san Agustin se explica, y que cuanto está de su parte, *crucifican de nuevo á Jesucristo con sus culpas*, segun la expresion del Apóstol? (1)

Hé aquí un exacto cotejo de los crímenes cometidos por los judíos para ser privados del reino de Dios, por comparacion á los pecados que nosotros cometemos en el seno del cristianismo. En beneficios recibidos del gran Padre de familias les hacemos ventajas, y nuestros delitos en nada son inferiores, como os he demostrado. Ellos por su ingratitud perdieron la viña ó Iglesia del Señor. Dios es árbitro soberano de sus gracias, y sin que nadie le pueda argüir de injusticia, dueño de trasladarlas á otras naciones, segun su beneplácito, privando de sus dones á los que han abusado de ellos. Esta ha sido la conducta ordinaria de su divina providencia con respecto á su Iglesia. Apostataron los ángeles rebeldes, y en su lugar sustituyó á los hombres; en el progreso de los siglos, las bendiciones que parece debian pertenecer á Ismael, Esaú y Manases, fueron dadas por inspiracion divina á Isaac, Jacob y Efraim: á Saúl fué sustituído David; los gentiles á los judíos; á Júdás traidor sucedió san Matías en el apostolado.

Qué se sigue de aquí? Deducíd vosotros las consecuencias; y para que sean justas, no olvidéis que las promesas hechas por Jesucristo á su Iglesia, de que *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (2), y de estar con nosotros hasta la consumacion de los siglos, no deben entenderse de la Iglesia particular de algun reino ó provincia, sino de la universal ó católica, extendida por todo el mundo, oculta en unas partes por la persecucion de sus enemigos, en otras manifiesta ó con culto público, porque la profesan ó toleran los soberanos del territorio. Esta durará tanto como el mundo, sin que basten para su extincion, ni las fuerzas humanas, ni todo el poder del infierno, por ser Dios su escudo inexpugnable y su defensa. Pero no debéis discurrir del mismo modo acerca de varias iglesias particulares, que chocando sobre la piedra angular, que es Jesucristo, ya en la eucaristía, ya en sus sacramentos ó misterios, han sido tronchadas, como ramas secas é inútiles de aquel frondoso árbol, que les suministraba ántes el jugo y el verdor.

(1) *Hebr.* c. 6. v. 6. (2) *Matth.* c. 16. v. 18.

En confirmacion de esta verdad echád por un momento la vista sobre esos desgraciados países, en que tanto florecia ántes el catolicismo, separados ya de nosotros y envueltos en las tinieblas de sus errores. Volvéd los ojos al Norte, al Mediodía, y veréis con dolor separadas de la *católica* las célebres iglesias de las Islas de los santos, las griegas cismáticas, las de Oriente, las de Egipto y tantas otras del África. ¿No chocaron todas estas y se deshicieron contra la piedra de la doctrina y preceptos de Jesucristo? Sus pecados ¿no les atrajeron su ruína y separacion del reino de Dios? ¿No deberá esto inspirarnos un temor saludable de ser arrojados de la viña como ellos? ¿No podrá el Señor formar de las mismas piedras hijos de Abrahan por su fe, que le den sus frutos en tiempo?

Últimamente, señores, consultád sobre la materia á san Pablo en su epístola á los romanos (1): « si algunos de los ramos, dice de los judíos, fueron tronchados, y tú siendo acebuche fuiste ingerto en ellos, y hecho partícipe de la raíz y aceite de la oliva, no te glories contra los ramos... Tú dirás, los ramos fueron quebrados para ser yo ingerto. Está bien, ellos fueron desgajados pôr su incredulidad: tú estás firme en la fe; no te ensoberbezcas, sino teme, no sea que Dios, que no perdonó á los ramos naturales, no te perdone á ti. Atiende á la bondad y á la severidad de Dios; la severidad, en órden á los que cayeron, la bondad, respecto de ti, si permanecieres en ella; de otra suerte serás tambien cortado: y ellos, si dejan su incre-

(1) *Rom.* c. 11. v. 17. *ad* 23.

dulidad, serán ingertos, porque Dios es poderoso para ingerirlos otra vez. »

Hé aquí, hermanos mios, las causas y graves fundamentos que deben inspirarnos un justo y saludable temor de perder la viña de la Iglesia, en que Dios nos ha colocado para obrar frutos de vida eterna. Si nuestros pecados pues son los mismos ó mayores que los de los judíos; si desconocemos y abusamos de los beneficios de su infinita bondad; si desatendemos su divina palabra é injuriamos á los ministros de ella; si léjos en fin de obedecer sus preceptos, crucificamos de nuevo á Jesucristo con nuestras culpas, ¿no deberemos temer ser envueltos en la desgracia de los judíos y de tantas otras naciones separadas de la Iglesia, y entregadas á un sentido réprobo? Y cuando no llegue á tal extremo nuestra infelicidad, ¿no deberemos temer, que irritado por nuestras culpas el Padre de familias, nos prive de su gracia, sin la cual no podemos obrar frutos de vida eterna, ni poseer su reino? *Auferetur à vobis regnum Dei... noli altum sapere, sed time... alioquin et tu excideris.*

Omnipotente y sempiterno Dios, Señor de toda bondad y padre de misericordia, apartád, os rogamos, vuestros ojos para no ver nuestras iniquidades. Nosotros hemos pecado, abusando de vuestra clemencia; no somos ya dignos de llamarnos hijos vuestros. Mas reconocemos nuestros yerros; los detestamos á presencia vuestra y de los ángeles tutelares de este templo; volvemos arrepentidos y con un firme propósito de no volveros á ofender. Nos arrojaréis, Padre nuestro? nos negaréis el perdon que pedimos humillados? Alentád vuestra esperanza, hermanos mios, y ratificád vuestra resolucion á los piés de Jesucristo, diciendo en lo íntimo de vuestro corazon: *Señor mio Jesucristo etc.*

SERMON.

POR LA CULPA NOS SOMETEMOS Á LA ESCLAVITUD DEL DEMONIO.

PARA EL SABADO DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Facta est fames valida in regione illa... et adhæsit uni civium.
Hubo un hambre extremada en aquella tierra... y se acogió á uno de los ciudadanos.

S. Lúcas, c. 15. *v.* 14 *y* 15.

Una de las mayores y mas extravagantes locuras del hombre es, dice el P. san Cipriano, creer que por medio de injusticias con sus semejantes y de ofensas directamente contra Dios ha de prosperar en esta vida, y adelantar ó mejorar de fortuna. Porque verdaderamente ¿no es Dios el autor soberano, el único absoluto dueño de todas las riquezas de la tierra? ¿No es perfectamente libre para repartirlas á quien quiera, del modo que le parezca mas oportuno y en el tiempo que mas le plazca? ¿No se halla adornado de suficiente poder, para colmar de bienes en un momento al pobre mas miserable, y reducir á una extremada miseria al rico mas opulento? ¿No está en su mano el realizar ó impedir los proyectos que con tanto estudio y reflexion forman sus criaturas? ¿No es atribucion exclusivamente suya el aumentar, disminuir ó frustrar del todo la fuerza y actividad de las causas segundas? Y siendo esto así, ¿cómo presume el pecador tenerle de su parte, y obligarle á que proteja sus inte-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dulidad, serán ingertos, porque Dios es poderoso para ingerirlos otra vez. »

Hé aquí, hermanos mios, las causas y graves fundamentos que deben inspirarnos un justo y saludable temor de perder la viña de la Iglesia, en que Dios nos ha colocado para obrar frutos de vida eterna. Si nuestros pecados pues son los mismos ó mayores que los de los judíos; si desconocemos y abusamos de los beneficios de su infinita bondad; si desatendemos su divina palabra é injuriamos á los ministros de ella; si léjos en fin de obedecer sus preceptos, crucificamos de nuevo á Jesucristo con nuestras culpas, ¿no deberemos temer ser envueltos en la desgracia de los judíos y de tantas otras naciones separadas de la Iglesia, y entregadas á un sentido réprobo? Y cuando no llegue á tal extremo nuestra infelicidad, ¿no deberemos temer, que irritado por nuestras culpas el Padre de familias, nos prive de su gracia, sin la cual no podemos obrar frutos de vida eterna, ni poseer su reino? *Auferetur à vobis regnum Dei... noli altum sapere, sed time... alioquin et tu excideris.*

Omnipotente y sempiterno Dios, Señor de toda bondad y padre de misericordia, apartád, os rogamos, vuestros ojos para no ver nuestras iniquidades. Nosotros hemos pecado, abusando de vuestra clemencia; no somos ya dignos de llamarnos hijos vuestros. Mas reconocemos nuestros yerros; los detestamos á presencia vuestra y de los ángeles tutelares de este templo; volvemos arrepentidos y con un firme propósito de no volveros á ofender. Nos arrojaréis, Padre nuestro? nos negaréis el perdon que pedimos humillados? Alentád vuestra esperanza, hermanos mios, y ratificád vuestra resolucion á los piés de Jesucristo, diciendo en lo íntimo de vuestro corazon: *Señor mio Jesucristo etc.*

SERMON.

POR LA CULPA NOS SOMETEMOS Á LA ESCLAVITUD DEL DEMONIO.

PARA EL SABADO DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Facta est fames valida in regione illa... et adhæsit uni civium.
Hubo un hambre extremada en aquella tierra... y se acogió á uno de los ciudadanos.

S. Lúcas, c. 15. *v.* 14 *y* 15.

Una de las mayores y mas extravagantes locuras del hombre es, dice el P. san Cipriano, creer que por medio de injusticias con sus semejantes y de ofensas directamente contra Dios ha de prosperar en esta vida, y adelantar ó mejorar de fortuna. Porque verdaderamente ¿no es Dios el autor soberano, el único absoluto dueño de todas las riquezas de la tierra? ¿No es perfectamente libre para repartirlas á quien quiera, del modo que le parezca mas oportuno y en el tiempo que mas le plazca? ¿No se halla adornado de suficiente poder, para colmar de bienes en un momento al pobre mas miserable, y reducir á una extremada miseria al rico mas opulento? ¿No está en su mano el realizar ó impedir los proyectos que con tanto estudio y reflexion forman sus criaturas? ¿No es atribucion exclusivamente suya el aumentar, disminuir ó frustrar del todo la fuerza y actividad de las causas segundas? Y siendo esto así, ¿cómo presume el pecador tenerle de su parte, y obligarle á que proteja sus inte-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reses, al propio tiempo que provoca con nuevos y mas horrendos desórdenes el rigor de su inexorable justicia? De otra suerte, esto es, si no cuenta con la proteccion de este Señor omnipotente, ¿en quién confía, ó de quién espera ser socorrido, para prosperar continuando en la carrera de sus desórdenes? Confiará acaso en su industria? Pero sin el auxilio divino no hay industria ni ciencia alguna. Será en su trabajo? Pero Dios puede impedirlo ó inutilizarlo de muchas maneras. Será en los bienes de fortuna que posee? Pero el infinitamente Poderoso tiene á su disposicion el fuego, el rayo, el pedrisco, la inundacion, la esterilidad y otros innumerables arbitrios, para privarle de ellos.

¿Quién diria al desventurado Pródigo, al salir de la casa de su padre, colmado de riquezas, de robustez y de gozo, que de allí á muy poco tiempo habia de verse reducido á la mayor indigencia, á una hambre rabiosa, á una debilidad extremada, á una desesperada infelicidad? No fueron sus riquezas presa de los ladrones ni del incendio; su salud no se debilitó en fuerza de enfermedades; ninguna desgracia le sobrevino de aquellas que repentina é impensadamente suelen sobrecogernos, precipitándonos de la cumbre de la fortuna al abismo de la miseria: el incendio solo de su pasion, el fuego de su lujuria, el ardor de su concupiscencia, el volcan de sus pasiones, sus desórdenes, en una palabra, fueron los que le hicieron gastar con los ídolos de sus placeres, con unas infames rameras el fruto del sudor, del trabajo, del ingenio de su padre: la vileza de su ingratitud, la osadía de su rebelion, la desvergüenza con que abandonó la casa paterna, atrajo sobre sí la esterilidad, el hambre, la mas extremada pobreza, todos los males que son por lo regular resultados inseparables del crímen.

Tiempo es, cristianos, de conocer que el pecado es la causa de todos nuestros males. Y por si hay alguno que pueda dudar acerca de esto, me ocuparé en demostrarlo, pintando al mismo tiempo todo el horror de la esclavitud é ignominia á que se entrega el hombre, apartándose de Dios por la culpa.

Mi voz es sumamente débil, Señor, para atraer á vuestra santa casa á los hijos rebeldes, que se han apartado de ella á la opuesta region del pecado; la vuestra solo es capaz de penetrar hasta el interior de sus corazones, sin lo que jamas se resolverán á volver. Sea mi lengua el conducto por donde se difunda

esa voz omnipotente, como os lo pedimos todos por la mediacion de vuestra Madre. *Ave María.*

No afligirá Dios con hambre el alma del justo, dice el Espíritu santo (1). Por eso sin duda llamó el Apóstol al pecado raíz de amargura, incapaz de producir otra cosa que hieles; porque como lo aseguró el Señor en la primera maldicion fulminada contra él, sus frutos serán espinas, abrojos, sudor, hambre, cansancio y todo género de desventuras para el miserable pecador. Todas estas maldiciones se hallan reproducidas muy extensamente en el libro del Deuteronomio (2), que me detendria á referir, si no temiera seros molesto.

Pero no trato de haceros conocer los efectos del pecado por meras amenazas; quiero presentaros hechos históricos que no dejan la menor duda. Aterrados los habitantes de Jerusalen con la horrible esterilidad, con la peste devastadora, con las muertes continuas, con las guerras sangrientas, con los poderosos y encarnizados enemigos, y con las demas plagas que sobre ellos envió de golpe la Providencia, procuraron con ansia averiguar el orígen, la causa de tan severo rigor por parte de un Dios que tanto los habia ántes privilegiado, y el profeta Jeremías se la indica en dos palabras. *Scrutemur vias nostras*, les dice (3): examinemos nuestras obras; veamos detenidamente nuestra conducta; miremos nuestras costumbres; y en su desarreglo, en la vileza de nuestra correspondencia, en nuestros desórdenes encontraremos la verdadera y única causa de tantas calamidades. Y ¿por qué no me será permitido deciros otro tanto en las actuales circunstancias? Os cansáis en vano, inútilmente os afanáis por buscar en otra parte el orígen verdadero de la guerra devastadora que sufrimos. No lo busquéis en la ignorancia de uno, en la ambicion de otro, en la perfidia de este, en la malicia de aquel: *scrutemur vias nostras;* nuestros pecados son los que la han encendido, los que la fomentan, los únicos que nos hacen sentir sus funestas consecuencias. No atribuyáis la esterilidad que nos aflige á la escasez de aguas, á los hielos de la primavera, ni á los granizos ó nublados del verano: *scrutemur vias nostras:* nuestros desórdenes han esterilizado la fe-

(1) *Prov.* c. 10. v. 3. (2) *Deut.* c. 28. (3) *Thren.* c. 3. v. 40.

cundidad de la tierra y nos privan de sus frutos. No os persuadáis á que la presente necesidad, la inercia del Gobierno, la injusticia de los tribunales patrocinan ó excitan los robos, que reducen á la miseria á familias bien establecidas: *scrutemur vias nostras:* nuestros delitos, nuestras injusticias nos han merecido este justo castigo.

Sabéd, decia el P. san Basilio á los fieles de Capadocia, que se hallaban oprimidos de una calamidad muy semejante á la nuestra; sabéd, que solamente por los pecados con que ofendemos al Señor, han venido sobre nosotros tantos males. El hedor de nuestras culpas ha cambiado el temperamento de las estaciones, robando sus frios al invierno, á la primavera sus humedades, al sol sus calores, al cielo sus influencias, sin las cuales es necesario que perezca la tierra. No lo dudéis, concluye; el hambre, la peste, la guerra, todas las miserias que nos afligen, son plagas enviadas por el Dios de la justicia en castigo de nuestras culpas. Todos los males que sufrimos en esta vida, decia el P. san Gerónimo, no tienen otro orígen que nuestro pecado. ¿Á qué vienen pues las maldiciones, en que á cada paso prorumpimos contra los supuestos autores de nuestra desgracia? Maldigamos á nuestro pecado, que es la única verdadera causa. Y ¿á qué el empeño de buscar medios naturales para eludir estos efectos de la divina justicia? Si no arrancamos su raíz, bien se nos puede decir lo que el angustiado profeta decia á la desventurada Jerusalen (1): *frustra multiplicas medicamina, sanitas non erit tibi:* en vano buscamos remedio para nuestra dolencia, pues todos serán ineficaces; nuestro mal no tiene remedio, es incurable nuestra enfermedad. Nos sucede precisamente, dice san Gerónimo, lo mismo que á los marineros que conducian en la nave al inobediente Jonas: acometidos de una tempestad borrascosa, y temiendo que se hundiera la nave, al ver que empezaba á sumergirse, la registran con el mayor esmero, por si habia alguna rotura por donde se introdujera el agua; mas no hallándola, se ocupan en verter la que despedian las olas. La nave sin embargo continúa sumergiéndose, de suerte que por aligerarla del peso, arrojan al fondo del mar las mercancías. *Frustra multiplicas medicamina, sanitas non erit tibi:* se les podria decir. Por mas diligencias que practiquéis,

(1) *Jerem. c. 46. v. 11.*

no cesará ni disminuirá el peligro: lo que excita esa tempestad furiosa, el peso que oprime la embarcacion, es solo el pecado de Jonas que vosotros ignoráis; y en tanto que este rebelde permanezca entre vosotros, en vano os fatigáis por evitar el peligro; esos recursos extraordinarios serán inútiles, no se apaciguará la tormenta, no se serenará el cielo: *sanitas non erit tibi.*

Miéntras permanezca en nuestro corazon el maldito pecado, cuantos arbitrios discurramos, cuantos medios ejecutemos, á fin de preservarnos de la calamidad, todos serán inútiles, y tal vez perjudiciales, porque el Señor que nos la envía para nuestro castigo, frustrará todos nuestros designios, como nos lo amenaza por un profeta. Á pesar de vuestro trabajo en cultivar la tierra, se malograrán las cosechas; todo el esmero y diligencia que pongáis en criar los ganados, serán insuficientes para evitar que perezcan ó den en manos de vuestros enemigos; por mas que os empeñéis en ocultar vuestras alhajas y dineros, el mismo Dios lo descubrirá para que os lo roben; á pesar de vuestras oraciones y deseos continuará la guerra, el hambre, el latrocinio, la persecucion, todos los males: *sanitas non erit tibi.*

Sírvanos de ejemplo y escarmiento el rebelde Pródigo, cuya historia debe estar siempre presente á nuestra imaginacion. Gastó muy en breve las inmensas riquezas que su padre le habia dado, y acabó de consumirlas precisamente, cuando la region á que se habia retirado, era presa de una hambre cruel. Se halla por tanto comprendido en esta miseria, y el insensato no conociendo que se la envía el Señor en castigo de su ingratitud, de su rebeldía, de su torpeza, de su pecado, recurre á los medios ordinarios para evadirse de ella. Solicita el amparo de aquellas viles mujercillas que habian agotado su sustancia; mas estas viéndole pobre, le menosprecian, le insultan y le arrojan de su casa con la mayor ignominia. ¿Qué hará en este caso, hallándose solo, desamparado, destituido de todo humano socorro? ¿Recurrirá al cielo pidiendo perdon de sus pecados, que son los que le han conducido á tan lamentable situacion? Nada ménos que eso: confiado en su juventud, determina ponerse á servir, para ganar siquiera el sustento necesario á su conservacion.

Con efecto se acomoda en casa de un ciudadano, y este le

envía á una granja, para que dé principio á los trabajos á que le destina. Y cuáles os parece serian estos? Óyelo y avergüénzate, pecador: mírate en este fiel espejo; considera el verdadero retrato de tu vida y llénate de confusion. *Misit illum in villam suam ut pasceret porcos:* su ocupacion es guardar cerdos; oficio mas vil é ignominioso entre los judíos, que entre nosotros el de pregonero y verdugo. Guardar cerdos! Ay, infeliz! mira lo que has ganado con el abuso de tu libertad; considera el fruto que coges de tu independencia; repara la honra y dicha que has encontrato al ausentarte de la casa de tus padres; observa el honor, la nobleza y la corona que has ganado para tu familia. Si algun dia el cielo te restituyese á tu casa, ¡qué regocijo, qué felicidad causaria á tus deudos y amigos el verte en tan dichoso estado! el considerar tu fortuna, tu grandeza, tu elevacion! ¡Con cuánta razon podrian aplicársete las palabras que el Señor dirigió á nuestro primer padre, viendo el estado lastimoso á que le redujo su fatal inobediencia: *ecce Adam quasi unus ex nobis factus est!* (1). Ya se vieron cumplidos tus deseos; ya eres feliz; nada tienes que envidiar á tus semejantes, pues has llegado á disfrutar el honor, la felicidad y la gloria á que pudieras aspirar: *ut pasceret porcos.* Quién le conoceria al verle ocupado en un ejercicio tan indigno? Cuál de sus parientes se dignaria hablarle? cuál de sus amigos le admitiria á su trato? ¿Quién no le tendria por ciego, loco, enteramente privado de juício, al considerar que habia dejado el regalo, el honor, la abundancia y todas las comodidades en la casa paterna, por envilecerse y verse reducido á tal extremo de miseria é infelicidad?

El mismo juício debe formarse de ti, miserable pecador. Tú has abandonado la casa de tu Dios y las riquezas que en ella disfrutabas; no has sabido apreciar el excesivo honor que te hacia reconociéndote por hijo; has resistido su gracia; te has negado á admitir su gloria. Desventurado! todo lo perdiste, por vivir á tu libertad, por buscar la independencia. Consumiste la dichosa herencia que te concedió tu amoroso padre, viviendo en la sensualidad, en la lujuria, en todo género de torpezas. Los detestables ídolos de tu amor te dejaron en un momento pobre de virtudes, desnudo de buenas obras, destituído de la

(1) *Gen. c. 3. v. 22.*

divina gracia; y tú temerario, en vez de reconocer la necesidad que tenias de volver á la casa de un padre tan amoroso, te agregaste al servicio del demonio, de la criatura mas vil y despreciable, del mayor enemigo de tu padre y de ti mismo. En semejante situacion te has trasladado á la region mas apartada de tu Dios, que siendo inmenso por naturaleza, solo en ese lugar de horror deja de habitar; en cuya casa no puede fijar su vista penetrante, siendo infinita su comprension; cuya pestilencia le rinde y derriba, siendo infinito su poder; cuyo hedor le es insufrible, á pesar de ser infinita su paciencia. Ahí estarás enteramente libre de sus duros preceptos, de sus consejos intolerables, de sus enfadosas reprensiones: ahí experimentarás el inmenso placer que resulta de ser el hombre absoluto dueño de sí mismo, y la inefable delicia que produce el ejercicio tan deseado de la libertad y de la independencia. Alégrate, regocíjate contemplando tu hermosura en este clarísimo espejo. Conseguiste por fin sacudir el yugo y sustraerte de la obediencia de tu Dios. Mas, ó insensato! que por no sufrir el imperio suavísimo del padre mas tierno y amoroso, te has hecho vil esclavo del tirano mas cruel. Compara por un instante la bondad de Dios con la malicia del demonio; el amor con que dió por ti su vida el primero, con el odio que el segundo te profesa, y por el que desea tu perdicion; la ternura con que aquel te llamaba, con el desprecio que este te manifiesta; el honor excesivo que te dispensaban los ángeles en la casa de tu Dios, con la vil ignominia á que ahora te sujetas por servir á los animales mas inmundos.

Ut pasceret porcos: este es el empleo á que destina el demonio á todos sus esclavos, á todos los pecadores. Así paga y agradece los servicios que le hacen con pérdida de una felicidad, de una gloria eterna: así recompensa el ímprobo trabajo que se toman por darle gusto: así les cumple las halagüeñas promesas que les hace en el tiempo de la tentacion; destinándolos á apacentar y guardar cerdos. Y ¿quién es el necio que espera otra cosa del padre del error, del engaño y de la mentira? ¿Quién es el insensato que supone recibir otra recompensa del autor de todas las injusticias? ¿Quién es el atolondrado que pretende otros honores del príncipe de la ignorancia? *Ut pasceret porcos!* Ah desventurado pecador! ah indigno cristiano! ¿Eres tú aquel mismo, que para salir de tu primitiva vileza, hi-

ciste bajar á la casa de tu alma la hermosura de los cielos, la nobleza de los ángeles, la majestad del Criador? ¿Eres tú aquella criatura, tan amada, tan ennoblecida, tan privilegiada del Señor, que causaba envidia á los ángeles de la gloria? ¿Eres tú el que poco hace gozabas la incomparable dicha de sentarte á la mesa con los hijos predilectos de Dios? Imposible es que te conozcas á ti mismo, pues perdiste con la culpa la luz, la razon, el conocimiento, el sentido, el juicio; todo lo perdiste : *consumpsit substantiam suam*. El nuevo tirano te ciega; los compañeros de tus desórdenes te engañan; los viles aduladores fomentan tu locura aplaudiendo tus excesos; pero el Redentor, desconociéndote por hijo suyo, parece que se avergüenza de haber derramado por ti su sangre preciosa; el ángel destinado á tu custodia, huye con precipitacion al verte tan envilecido; las almas justas, compadecidas de tu miseria, la lloran incesantemente; los mismos que te adulan en tu presencia, te desprecian en su corazon; el príncipe de las tinieblas se burla de tu necedad, y cuanto mas le sirves, tanto mas te abate, te infama, te deshonra y llena de ignominia. Aún el mismo Dios, que ama tan de veras al bruto habitador de las selvas, al gusanillo que arrastra por el suelo, al grano mas pequeño de arena, al átomo mas imperceptible é informe, te aborrece á ti considerando tu indignidad. Los justos apreciadores de la virtud, que admiten en su trato con indecible gusto al pobre mendigo, al triste enfermo, al esclavo miserable, huyen de tu compañía y se consideran degradados al dirigirte la palabra. El tirano, á cuyo servicio te has sujetado, te desprecia como debe, posponiéndote á los mismos cerdos que te hace guardar, dándoles á ellos el alimento con abundancia, y privándote á ti, á pesar de verte morir de hambre, hasta de comer una sola bellota de las que á ellos les sobran. Tú solo desconoces tu afrenta, tu vileza, tu desgracia. Más ignorante é irracional que los cerdos, te revuelcas con ellos en el lodazal de la lascivia, de la soberbia, de la avaricia, de los mas feos y enormes crímenes, y sin probar el alimento vives tranquilo, gustoso y te consideras como el mas feliz de los mortales. ¡Maldita sea mil veces tal felicidad, tan funesta locura, tan lamentable tranquilidad, tan abominable gusto! ¿Cuándo ha de llegar el tiempo en que salgas de tan vergonzosa estupidez? ¿Es posible que no te acuerdes de la nobleza, de las comodidades, del bien que gozabas en la gracia de

tu Dios? Mira, mira cuán de veras llora tu ausencia : despierta de ese fatal sueño, sál de ese letargo mortífero, vuelve en ti de esa locura, y mira cuán vivamente penetrado de dolor está su corazon por haberte perdido. Mira sus piés lastimados y vertiendo sangre, su cuerpo fatigado y caído en tierra hasta tres veces por buscarte : mira su hermosura, desfigurada con el sudor y el polvo, oscurecidos sus ojos con el llanto, secas sus fauces y enronquecida su voz en fuerza de las muchas voces con que te ha llamado, y acabada su vida con el sentimiento que le ocasionas negándote á responderle. Qué! no estás acostumbrado á verle abatido hasta tal punto? ¿Le desconoces, viéndole tan afrentado, tan herido, tan inhumanamente muerto? Pues de ahí puedes inferir, y en eso mismo debes reconocer la obra de tus manos desventuradas. Observa la corona tan esclarecida que has colocado sobre su cabeza, el cetro tan magnífico que has puesto en sus manos, la noble púrpura con que le has vestido, los dulces y exquisitos manjares con que le has regalado, el honor excelso con que has exaltado su nombre y persona, la gratitud con que has pagado sus beneficios haciéndole morir en el cadalso mas infame.

Ó Dios de la majestad! ¿Es posible que solo porque yo temerario me sujete al servicio de Satanas, despues de haber desperdiciado las inmensas riquezas que generoso me concedisteis, hayáis sufrido tan crueles tormentos? ¿que porque yo he querido envilecerme hasta el punto de apacentar los cerdos de mis inmundas pasiones, hayáis vos padecido una muerte tan afrentosa? Y despues de unas injurias tan enormes ¿aún tenéis paciencia para sufrirme? aún me conserváis el amor de un padre cariñoso? aún queréis perdonarme y me ofrecéis vos mismo el perdon? Y yo vivo sin arrepentirme? y yo tengo la osadía de continuar ofendiéndoos? y yo tengo entendimiento y no me decido á pediros perdon? Ojalá, Dios mio, que mi dolor pudiera deshacer lo hecho! ¡Ojalá que mi arrepentimiento sea bastante á reparar tan atroz injuria! ¡Ojalá que mis lágrimas sean capaces de mitigar vuestros crueles dolores! No os acordéis, Señor, de mi locura; mirád solo mi arrepentimiento. Ya reconozco la causa, la única causa de todos mis males : mi pecado los ha atraído sobre mí. Mis repetidos crímenes han armado vuestra diestra, para entregarme al mas infame tirano, para abandonarme al oficio mas vil é ignominioso, para dejarme cor-

rer á la infeliz region de todas las desgracias. Solo mi pecado...; mas ya lo detesto de corazon; ya me reconozco como el Pródigo; ya vuelvo á vuestra casa como él á la de su padre. Acogédme, Dios de piedad, tan amorosamente como aquel fué acogido, para que dentro de poco celebre en vuestra compañía el convite que solo puede saciar mi hambre, conservar mi alma feliz por la eternidad. Amen.

PLÁTICA

DE LA CONTRICION.

PARA LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA (1).

(**DE CHEVASSU.**)

Erat Jesus ejiciens dæmonium, et illud erat mutum.

Jesucristo estaba lanzando á un demonio que enmudecia al hombre que estaba poseído de él.

S. Lúcas, c. 11. *v.* 14.

Este demonio, que causaba la mudez del que estaba poseído de él, es una imágen bien palpable, que Dios expone á los ojos de los hombres, para hacerles conocer el efecto espiritual que este espíritu de malicia causa en las almas, con mucha mas frecuencia que aquel que causa en los cuerpos; y así en medio de encontrarse muy pocos que tengan ligada la lengua del cuerpo por obra del demonio, se encuentran por el contrario muchos que tienen atada la lengua del alma por sus impresiones. No se ve otra cosa mas á menudo que estos mudos espirituales, sobre todo en este tiempo en que la Iglesia nos manda hablemos á sus ministros para utilidad de nuestra conciencia. Los mayores habladores son por lo comun los mas mudos, cuando se trata de confesar sus pecados. No obstante, por faltar á esta obligacion, se cae en manos del demonio con mas frecuencia que por otro cualquiera delito, porque como este inmundo espíritu fué el primero que juntó al pecado la impenitencia, vino por este medio á hacerse señor de los impenitentes. Jamas ha querido el

(1) Sobre la incontinencia se halla un sermon para este dia en la pág. 413 del tomo segundo de los de *Mision*, y de la contricion hay otro, tambien de Chevassu, en la pág. 35 del tomo cuarto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rer á la infeliz region de todas las desgracias. Solo mi pecado...; mas ya lo detesto de corazon; ya me reconozco como el Pródigo; ya vuelvo á vuestra casa como él á la de su padre. Acogédme, Dios de piedad, tan amorosamente como aquel fué acogido, para que dentro de poco celebre en vuestra compañía el convite que solo puede saciar mi hambre, conservar mi alma feliz por la eternidad. Amen.

PLÁTICA

DE LA CONTRICION.

PARA LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA (1).

(**DE CHEVASSU.**)

Erat Jesus ejiciens dæmonium, et illud erat mutum.

Jesucristo estaba lanzando á un demonio que enmudecia al hombre que estaba poseído de él.

S. Lúcas, c. 11. *v.* 14.

Este demonio, que causaba la mudez del que estaba poseído de él, es una imágen bien palpable, que Dios expone á los ojos de los hombres, para hacerles conocer el efecto espiritual que este espíritu de malicia causa en las almas, con mucha mas frecuencia que aquel que causa en los cuerpos; y así en medio de encontrarse muy pocos que tengan ligada la lengua del cuerpo por obra del demonio, se encuentran por el contrario muchos que tienen atada la lengua del alma por sus impresiones. No se ve otra cosa mas á menudo que estos mudos espirituales, sobre todo en este tiempo en que la Iglesia nos manda hablemos á sus ministros para utilidad de nuestra conciencia. Los mayores habladores son por lo comun los mas mudos, cuando se trata de confesar sus pecados. No obstante, por faltar á esta obligacion, se cae en manos del demonio con mas frecuencia que por otro cualquiera delito, porque como este inmundo espíritu fué el primero que juntó al pecado la impenitencia, vino por este medio á hacerse señor de los impenitentes. Jamas ha querido el

(1) Sobre la incontinencia se halla un sermon para este dia en la pág. 413 del tomo segundo de los de *Mision*, y de la contricion hay otro, tambien de Chevassu, en la pág. 35 del tomo cuarto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

demonio confesar su pecado. Nada aborrece tanto como la confesion de los pecados; de ninguna cosa aparta mas vivamente que de esta á aquellos que le están sujetos. Para este efecto llena sus almas de un falso rubor, que hace se avergüencen de confesar lo que no se han avergonzado de cometer: que se sonrojen del remedio, no sonrojándose del mal; que se tema descubrir lo que no podrá estar oculto. De este modo atrae gran número de pecadores al mas falso de cuantos partidos hay, haciéndoles oculten por algun tiempo lo que estará eternamente descubierto, y que con efecto estaria oculto por toda la eternidad, si se hubiese declarado en el tiempo. Estos son los mudos del diablo, es decir, á quienes el diablo hace mudos. Con esto no solamente les impide alcancen perdon de sus pecados, sino tambien los fortifica en sus malos hábitos y los endurece en el mal. Por esto decia David ántes de su penitencia: mis huesos se han envejecido, porque yo he callado: *Quoniam tacui, inveteraverunt ossa mea* (1). Ya hablámos en otra ocasion (2) de los que hacen malas confesiones por no declarar sus pecados; hoy hablaremos de los que caen en el mismo defecto por falta de contricion. Para esto explicaremos, primero, cuál debe ser la contricion de un verdadero penitente, y segundo, cuánto tiempo debe durar esta contricion. Las cualidades y la duracion de la contricion: ved aquí la materia del presente discurso.

PUNTO PRIMERO.

Para confesarse bien y reconciliarse con Dios en el sacramento de la penitencia, es necesario tener una verdadera contricion. En todo tiempo ha sido necesario este movimiento de contricion; y tan necesario, que sin él jamas persona alguna ha obtenido perdon de sus pecados. *Fuit quovis tempore*, dice el santo Concilio de Trento, *ad impetrandam peccatorum veniam hic contritionis motus necessarius* (3). Esta contricion, dice el mismo Concilio, es un dolor del alma y una detestacion de los pecados cometidos, con un firme propósito de no volver á cometerlos en adelante: *Animi dolor ac detestatio de peccato commisso, cum proposito non peccandi de cætero*: estas palabras hacen ver cuál debe ser el dolor de un penitente, que quiere alcanzar perdon de sus pecados.

(1) *Psalm.* 31. *v.* 3.
(2) Se ha puesto la plática, á que alude Chevassu, en la pág. 16 del tomo cuarto de los sermones de *Mision*.
(3) *Sess.* 14. *cap.* 4.

I. Debe ser sobrenatural en su principio y en sus motivos. En su principio, que es Dios, él es quien lo da y lo pone en el corazon del hombre. Estos pecadores, dice el mismo Dios por su profeta Ezequiel, me han olvidado; ellos volverán á acordarse de mí, porque yo he quebrantado de dolor su corazon, que se apartaba y se alejaba de mí: *Recordabuntur mei..., quia contrivi cor eorum fornicans et recedens à me* (1). La contricion debe tambien ser sobrenatural en sus motivos; es decir, que debe ser concebida por motivos de fe y de Religion, porque el pecado desagrada á Dios, ofende su infinita majestad, nos hace sus enemigos y dignos de las penas eternas. Así una infinidad de pecadores se engañan, tomando por contricion un dolor puramente natural, excitado por la memoria y fealdad del pecado, por las reprensiones y pena que se recibe con ellas. Ah! y qué de ilusiones se padecen en esta materia! Siéntese, por ejemplo, enternecido el corazon, cuando un sacerdote, un padre ó una madre nos representan la fealdad y las consecuencias del pecado; pero ¿será esto siempre una obra sobrenatural del Espíritu santo? No, pues ordinariamente no es mas que un movimiento puramente natural, que, segun nos enseña la Fe, es insuficiente para el sacramento de la penitencia. Aquella doncella tuvo un descuido; siente la ignominia y la confusion del pecado, ¿lo siente porque desagrada á Dios? No por cierto; sí solo porque desagrada á los hombres la deshonra y le hace perder la reputacion. Ese otro jóven se aflige por haber disipado su caudal en gastos locos é imprudentes; pero ¿cuál es el motivo de su dolor? ¿es por ventura Dios, á quien ha ofendido con sus excesos? Nada de eso; sí solo la pobreza y la miseria á que se ve reducido por su mala conducta. Aquel ladron y este otro bribon se arrepienten de sus latrocinios é injusticias; pero ¿será acaso por amor á la justicia? No, sino por temor del castigo. Así ese bribon no deja de ser bribon, ese ladron no deja de ser ladron, temen la pena y no el pecado; siempre es un lobo rapaz, ó bien venga ó bien se vuelva: *Lupus venit fremens, lupus redit tremens*, dice san Agustin (2), *lupus est tamen fre-*

(1) *Ezech.* c. 6. *v.* 9. (2) *De vita apost., Serm.* 21.

mens et tremens. No condeno el temor, cuando es sobrenatural, ni Dios quiere que se condene. La Escritura nos enseña, que el temor del Señor es principio de la sabiduría, y el Concilio de Trento dice (1), que el temor del infierno y de las penas eternas es bueno y útil; y que léjos de hacer al hombre hipócrita y mayor pecador, le dispone para recibir el perdon de sus pecados en el sacramento de la penitencia. Pero ese temor, añade el Concilio, dispondrá suficientemente á la justificacion, cuando excluya la voluntad de pecar y esté acompañado de la esperanza del perdon y de un principio de amor de Dios, el cual es una de las disposiciones necesarias para la justificacion, como dice en otra parte el mismo Concilio (2).

Pues, hermanos mios, ¿estáis vosotros bien persuadidos de que la contricion debe ser sobrenatural, y que debe venir de Dios? Habéis tenido el cuidado de pedírsela? ¿Le habéis suplicado humilde y fervorosamente os la conceda, como lo han hecho todos los santos penitentes? San Cárlos, que se confesaba con tanta frecuencia, y cuya vida era tan arreglada, jamas hizo la confesion anual, sin haberse ocupado ántes horas enteras en pedir á Dios la contricion; y vosotros que os confesáis muy rara vez, y que tenéis una vida llena de imperfecciones, ¿qué digo yo de imperfecciones? de delitos y pecados; ¿que tiempo ocupáis para obtener de Dios un corazon contrito y humillado, cuando os es tan necesario?

II. La contricion debe ser interior, porque es un dolor del alma, no del cuerpo: *Est dolor animi*, dice el Concilio de Trento. Debemos, dice un profeta, rasgar nuestros corazones, y no nuestros vestidos: *Scindite corda vestra, et non vestimenta vestra* (3). El exterior, las apariencias de penitencia son buenas; pero esto es la menor parte. La acusacion de los pecados, las lágrimas, los ayunos, las mortificaciones tienen una singular virtud; pero estas cosas son precisamente los preparativos que un corazon contrito hace para este sacrificio. Es necesario entrar en el corazon, pues ha sido el primer culpable, y debe ser el primer penitente. El corazon es el que debe llorar, como dice san Agustin, explicando aquellas palabras del real Profeta: *In cubilibus vestris compungimini: hoc est*, dice el santo, *in cordibus vestris* (4). Considerád, dice este santo doctor, lo que

(1) *Sess. 14. cap. 4. de sacram. pœnit.* (2) *Sess. 6. cap. 6. de justif.*
(3) *Joël, c. 2. v. 13.* (4) *Aug. in Psalm. 4.*

hizo Jesucristo, cuando resucitó á Lázaro metido en el sepulcro hacia ya cuatro dias, y que era figura de los pecadores sepultados en sus malos hábitos. Jesucristo tembló y se turbó en la resurreccion de este muerto, para enseñarnos que el pecador debe estremecerse de horror en la acusacion de sus delitos, para que la violencia del dolor venza el hábito del pecado: *Quare fremuit et turbavit semetipsum in resurrectione Lazari? nisi quia fides hominis, sibi merito displicentis, fremere quodammodo debet in accusatione malorum operum, ut violentiæ poenitendi cedat consuetudo peccandi* (1). ¿Mas en dónde encontraremos semejantes penitentes? Confesiones se hacen muchas, pero la contricion es muy rara. Muchos gimen, es verdad, prosigue san Agustin, y yo gimo tambien, y lo que me hace gemir es el ver que ellos gimen tan mal. Si pierden el oro ó la plata, se acongojan; pero aunque pierdan la gracia, no lloran. Si pierden un pleito, se afligen; pero el haber ofendido á Dios no les causa pena; rien y juguetean al pié de los confesionarios. Qué insensibilidad! *Multi gemunt, gemo et ego; et eos gemo, quia male gemunt*. La contricion pues debe ser interior.

III. Debe ser al mismo tiempo muy fuerte y universal. Llamádla vosotros como quisiereis, ó contricion sin el sacramento, ó atricion con el sacramento; dolor perfecto ó imperfecto; yo digo que debe ser el mayor de todos los dolores, porque el pecado es el mayor de todos los males. Si Dios debe ser preferido á todo lo demas, debemos sentir mas que otra cualquiera cosa, el haber perdido su gracia. La contricion debe tambien ser universal. *Animi dolor ac detestatio est de peccato commisso*, dice el Concilio de Trento; quiere decir, que debe extenderse á todos los pecados, á lo ménos á los mortales que se hubieren cometido. No os engañéis, hermanos mios, para perderos, basta conservar afecto á un solo pecado mortal. Bien penetrado estaba de esto David, cuando decia á Dios: *A mandatis tuis intellexi; propterea odivi omnem viam iniquitatis* (2).

IV. La última cualidad de la contricion es que sea eficaz, y que encierre el propósito de no volver mas á pecar: *Cum proposito non peccandi de cætero*. No basta decir con la boca á vuestro confesor, que no volveréis á cometer los pecados que acabáis de confesarle; es necesario estar interiormente resuel-

(1) *Idem, tract. 4. in Joann. n. 19.* (2) *Psalm. 118. v. 104.*

to á ello. Cuando se os dice desde el púlpito ó en el confesonario, que es necesario mudar de vida, y que si no, os perderéis; convenís en ello sin dificultad: *emmendemus in melius*, respondéis inmediatamente; estoy resuelto, decís, á hacer mejores obras y vivir mas cristianamente en adelante. Hacéis unas promesas tan cumplidas, que se espera no volveréis jamas á ver á tal persona, que restituiréis los bienes mal adquiridos, etc. Todo esto está reducido á palabras, con las cuales no solo engañáis al confesor, sino tambien á vosotros mismos, poniendo toda vuestra seguridad en una absolucion lograda por sorpresa. Pero no podréis engañar á aquel Señor, que escudriña los riñones y los corazones, y que algun dia os redargüirá con vuestra doblez y vuestra hipocresía: *Non est reversa ad me prævaricatrix in toto corde, sed in mendacio* (1). Pues ¿cuándo será absoluto y eficaz el buen propósito?—Cuándo? cuando el penitente trabaje seriamente en desarraigar sus malos hábitos, cuando tenga cuidado de evitar las malas compañías, las ocasiones peligrosas y todo lo que pueda volver á ponerle en el peligro de pecar. David habia concebido este buen propósito, cuando decia: *Juravi, et statui custodire judicia justitiæ tuæ* (2). San Agustin lo habia concebido tambien, cuando sus pasiones, á cuya violencia se habia abandonado en su juventud, le decian: *Dimittisne nos, et à momento isto non erimus ultra tecum?* (3) Pero te sucede á ti otro tanto, amado hermano mio? Y tú, amada hermana mia, experimentas esto mismo? Ya hace mucho tiempo, decís, estáis enfadados de vivir mal, y prometéis mudar de vida; pero ¿en dónde está esa mudanza? ¿qué efecto han producido vuestra condicion y vuestro buen propósito? Temblád por tantas confesiones como habéis hecho, sin tener un verdadero dolor de vuestros pecados. Ya os he explicado las cualidades que son esenciales á la contricion: falta ahora haceros ver cuánta debe ser su duracion.

PUNTO SEGUNDO.

Si no se os ha olvidado la idea de la contricion que os di al principio, si con los Padres del Concilio de Trento la habéis considerado como un dolor sobrenatural é inspirado de Dios,

(1) *Jerem. c. 3. v. 10.* (2) *Psalm 118. v. 106.* (3) *Conf. l. 8. c. 11.*

como un dolor amargo é interior, como un dolor supremo, universal y eficaz; habréis ya llegado á comprender, que un dolor pasajero y seguido de frecuentes recaídas, como el de una gran parte de pecadores, no puede ménos de ser un dolor falso, una sombra y máscara de penitencia, como dicen los santos Padres: *Poenitentiæ larva et umbra* (1). La verdadera contricion debe ser durable y permanente. Es necesario tenerla al tiempo de confesarse, despues de haberse confesado, y perseverar en ella hasta la muerte.

I. La contricion es necesaria al tiempo de confesarse: sin ella la confesion no es confesion, sino una simple relacion de los pecados cometidos. Confesarse con la boca y no con el corazon, no es confesarse, como dice juiciosamente el papa Nicolao I: *Qui enim ore, non corde confitetur, non confitetur, sed loquitur* (2). La Escritura nos da un ejemplo bien notable en las personas de los reyes Saúl y David: ambos pecaron, ambos confesaron su delito: *Peccavi*, dijo Saúl á Samuel; lo mismo dijo David á Nathan; y á pesar de eso, solo uno mereció oir que Dios le habia perdonado: *Cur, cum Saul diceret, ipse peccavi, non meruit audire, quod David, quod Deus ei ignovisset?* pregunta san Agustin (3). Cabe en Dios acepcion de personas? *Numquid est acceptio personarum apud Deum? absit.* No permita Dios que tal pensemos, responde este Padre. Es indubitable que estos dos reyes usaron el mismo lenguaje; pero no tuvieron el mismo corazon: los dos hablaron de una misma manera; pero con sentimientos muy diferentes, que los divinos ojos veian en ellos, como quien penetra el fondo de los corazones: *In simili voce quam sensus humanus audiebat, dissimile pectus erat, quod oculus divinus discernebat.* Dios veia en David un corazon humilde, y en Saúl un corazon soberbio y arrogante; en David un corazon contrito y penitente, y en Saúl un corazon rebelde y endurecido. Yo pequé, decia Saúl á Samuel; mas ruégote cargues con mi pecado: *Sed nunc, quæso, porta peccatum meum* (4). Yo pequé, mas sin embargo honrádme delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel: *Sed nunc honora me coram senioribus populi mei, et coram Israel.* ¡Oh, y cuántos se encuentran aún hoy dia imitadores de este desventurado príncipe, que se contentan con hacer la relacion

(1) *Chrys. Hom. 5. in* II. *ad cor.* (2) *Nic. I. Ep. ad regem Salom.*
(3) *L. 22. contr. Faust. cap. 67.* (4) I. *Reg. c. 15. v. 25.*

de sus pecados, sin dolerse de ellos! Se acusan delante de los hombres de que son culpables, mas no se acusan delante de Dios: confiesan sus pecados al sacerdote, mas no los confiesan á Dios. Confiésanlos al sacerdote para descargarse, para desembarazarse, para no pensar mas en ellos, para seguir la costumbre, para recibir algunas consolaciones humanas de los discursos de un hombre, que nos da á entender se compadece de nuestro estado; mas no los confiesan á Dios, porque no se duelen de haberle ofendido, ni condenan los pecados que han cometido. La confesion por tanto debe estar acompañada de contricion, pues sin ella mas es una relacion y una historia, que una confesion sacramental.

II. Pero no basta tener contricion al tiempo de confesarse; es necesario tenerla despues de la confesion, continuar humillándose delante de Dios y sentir la miseria y peso de sus pecados. Esto nos enseña David, cnando dice á Dios: yo os manifesté mi pecado, y no he ocultado mi injusticia: *Delictum meum cognitum tibi feci, et injustitiam meam non abscondi* (1). Reparád como despues de decir que habia confesado su pecado, añade, que no habia ocultado cosa alguna; ¿y esto? porque continuó confesándolo, detestándolo y pidiendo perdon á Dios. Hay algunos que despues de haber confesado sus pecados, los ocultan en cierto modo, porque léjos de volver á pensar en ellos, hacen por olvidarlos; apártanlos de su vista, y así dejan de exponerlos á los ojos de Dios. No es esta la disposicion de un verdadero penitente: la confesion que este hace de sus pecados á Dios, al mismo tiempo que los declara al sacerdote, es permanente, y nace de una disposicion durable, que confiesa siempre su pecado y que lo condena siempre. Este hombre, cual otro Job, conversa dia y noche con su dolor; tan presente y familiar debe ser como todo eso: *Confabulabor cum amaritudine animæ meæ* (2). Este hombre, cual otro David, no halla reposo ni dentro ni fuera de sí, cuando piensa en sus pecados, cuya vista le sobresalta, le inquieta y le turba: *Non est pax ossibus meis à facie peccatorum meorum* (3). Tal es el carácter de un verdadero penitente: está contrito cuando se confiesa, y tambien despues de haberse confesado.

III. Y lo que es mas, todo el tiempo de su vida. Los verda-

(1) *Psalm.* 51. *v.* 5. (2) *Job, c.* 7. *v.* 11 (3) *Psalm.* 37. *v.* 4.

deros penitentes lo son siempre: hacen penitencia hasta la muerte, y no interrumpen esta grande obra, hasta llevarla á la última perfeccion. David, aquel gran modelo de penitentes, siempre tuvo presente su pecado; jamas cesó de llorarlo, y él mismo nos asegura que siempre tuvo delante de sus ojos su dolor: *Et dolor meus in conspectu meo semper* (1). Por esto dijo san Efren, que si David pecó una noche, lloró todas las noches: *Una nocte peccavit, et singulas noctes flevit.* Para comprender cuánta fué la duracion de su dolor, bástanos consultar los siete Salmos, llamados *penitenciales*, que son como los archivos de su penitencia. No hizo ménos impresion en el corazon de san Pedro la contricion, pues fué tan durable y permanente, que siempre estaba derramando lágrimas, tanto que despues de su muerte se le encontraron las mejillas cavadas y casi agujereadas, como nos lo enseña uno de los antiguos Padres (2). Mujeres mundanas, mirád á la Magdalena penitente, puesta á los piés de Jesucristo; y no obstante que el mismo Hijo de Dios le habia perdonado los desórdenes de su vida pasada, concibió una contricion tan viva, que la empeñó en una áspera y severa penitencia por todo el resto de su vida. Si acaso estos ejemplos os parecen superiores á vuestras fuerzas, os propondré otro, cuya imitacion no podréis recusar: este es el del emperador Teodosio. Habiendo llegado á noticia de san Ambrosio la gran mortandad ejecutada por órden de este príncipe en Tesalonia, para castigar el pueblo de esta ciudad, el santo arzobispo le representó vivamente la atrocidad de este delito que habia cometido, mas por un furor arrebatado que por malicia; y le exhortó á que hiciese penitencia pública. Teodosio se sujetó á ella con una humildad tan edificante, que hizo saltar las lágrimas á todos los circunstantes, y san Ambrosio nos asegura, que fué tan vehemente y tan continuo su dolor, que no hubo en todo el resto de su vida ni un solo dia en que no se arrepintiese de su pecado: *Deflevit publicè in ecclesia peccatum suum; neque ullus postea dies fuit, quo non illum doleret errorem* (3). Pecadores, ¿os halláis en semejante disposicion, cuando pensáis en vuestros pecados? Os acordáis de ellos para gemir delante de Dios? ¿ó es acaso mas bien para divertiros con vuestros compañeros y complaceros nuevamente en ellos? Tenéd

(1) *Psalm.* 37. *v.* 18. (2) *Clemens.* (3) *Ambr. de obit. Theod.*

entendido que la contricion de los pecados no debe ser pasajera, sino que debe durar toda la vida: así lo sienten los doctores de la Iglesia. Siendo el pecado siempre aborrecible, dice santo Tomas, es necesario aborrecerlo siempre (1). Este es el único medio de tener en paz nuestra conciencia.

Ya habéis visto cuánto debe durar la contricion. Pero, cristianos, creéis vosotros esta verdad? ¿Estáis bien persuadidos que debéis vivir en esta compuncion de corazon hasta la muerte, sin dar tregua alguna á vuestro dolor, que vuestra penitencia no debe tener otro término que el de vuestra vida? Ay! penitentes, penitentes (si es que lo sois en la realidad y no en la apariencia), pensád seriamente en esta verdad: que debéis detestar vuestros pecados, aborrecerlos y dejarlos para siempre: *Poenitentes, poenitentes, si tamem estis poenitentes, et non irridentes, mutate vitam*, os dice san Agustin (2). ¿Á qué fin acercaros con tanta frecuencia á los confesonarios, si no lleváis ni dolor de vuestros pecados, ni deseo de convertiros? ¿Y de qué os sirve humillaros un instante, perseverando siempre en vuestros desórdenes, sin querer mudar de vida? *Quid prodest, o poenitentes,* continúa san Agustin, *quia humiliamini, si non mutamini?* Pidamos á Dios incesantemente este espíritu de penitencia: digámosle con frecuencia, á imitacion de un santo obispo: *Da, Domine Deus meus, cordi meo poenitentiam, spiritui contritionem, oculis lacrymarum fontem* (3). Ay mi Señor y mi Dios! penetrád mi corazon de un vivo arrepentimiento de haberos ofendido tan gravemente; criád en mí un nuevo espíritu que comprenda la enormidad del pecado y que se llegue á afligir sensiblemente; concedédme, si os agrada, los sentimientos de penitencia y de contricion que me son tan necesarios para borrar mis pecados, para obtener perdon de ellos, para ser admitido á vuestra gracia y merecer la dicha de poseeros eternamente. Así os lo deseo, etc.

(1) *Th. 3. p. suppl. q. 4. a. 1.* (2) *Homil. inter. 50. v. 41.*
(3) *Anselm. Or. 10.*

HOMILÍA.

NO ATREVIÉNDOSE LOS INCRÉDULOS Á IMPUGNAR LA DOCTRINA DE JESUCRISTO, DIRIGEN LOS TIROS CONTRA SUS MINISTROS.

PARA LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Quidam autem ex eis dixerunt: in Beelzebub principe dæmoniorum ejicit dæmonia.

Mas algunos de ellos dijeron: en virtud de Belzebú, príncipe de los demonios, lanza los demonios.

S. Lúcas, c. 11. v. 15.

Entre tantas calamidades y miserias, con que de algun tiempo á esta parte nos aflige la providencia, siempre justa, de nuestro Dios, llama muy particularmente mi atencion y derrama en mi espíritu un extraordinario sentimiento el odio decidido y la persecucion diabólica que sufre la verdad, pues temo llegue á hacerse por este medio mas perjudicial que provechoso el sagrado ministerio de anunciarla. Yo veo en la historia sagrada las causas que por lo comun esterilizan este grano misterioso, sembrado en diferentes partes de la tierra; pero en ninguno de sus libros alcanzo á ver un terreno de tal manera ingrato, que corresponda al trabajo, al esmero y á los continuados sacrificios del cultivador, con un odio implacable, con

(1) En la página 80 del tomo cuarto de los sermones de *Mision* hay uno tambien de González, para este dia sóbre que es sumamente difícil, aunque no imposible, levantarse de las recaídas en la culpa.

entendido que la contricion de los pecados no debe ser pasajera, sino que debe durar toda la vida: así lo sienten los doctores de la Iglesia. Siendo el pecado siempre aborrecible, dice santo Tomas, es necesario aborrecerlo siempre (1). Este es el único medio de tener en paz nuestra conciencia.

Ya habéis visto cuánto debe durar la contricion. Pero, cristianos, creéis vosotros esta verdad? ¿Estáis bien persuadidos que debéis vivir en esta compuncion de corazon hasta la muerte, sin dar tregua alguna á vuestro dolor, que vuestra penitencia no debe tener otro término que el de vuestra vida? Ay! penitentes, penitentes (si es que lo sois en la realidad y no en la apariencia), pensád seriamente en esta verdad: que debéis detestar vuestros pecados, aborrecerlos y dejarlos para siempre: *Poenitentes, poenitentes, si tamem estis poenitentes, et non irridentes, mutate vitam*, os dice san Agustin (2). ¿Á qué fin acercaros con tanta frecuencia á los confesonarios, si no lleváis ni dolor de vuestros pecados, ni deseo de convertiros? ¿Y de qué os sirve humillaros un instante, perseverando siempre en vuestros desórdenes, sin querer mudar de vida? *Quid prodest, o poenitentes,* continúa san Agustin, *quia humiliamini, si non mutamini?* Pidamos á Dios incesantemente este espíritu de penitencia: digámosle con frecuencia, á imitacion de un santo obispo: *Da, Domine Deus meus, cordi meo poenitentiam, spiritui contritionem, oculis lacrymarum fontem* (3). Ay mi Señor y mi Dios! penetrád mi corazon de un vivo arrepentimiento de haberos ofendido tan gravemente; criád en mí un nuevo espíritu que comprenda la enormidad del pecado y que se llegue á afligir sensiblemente; concedédme, si os agrada, los sentimientos de penitencia y de contricion que me son tan necesarios para borrar mis pecados, para obtener perdon de ellos, para ser admitido á vuestra gracia y merecer la dicha de poseeros eternamente. Así os lo deseo, etc.

(1) *Th. 3. p. suppl. q. 4. a. 1.* (2) *Homil. inter. 50. v. 41.*
(3) *Anselm. Or. 10.*

HOMILÍA.

NO ATREVIÉNDOSE LOS INCRÉDULOS Á IMPUGNAR LA DOCTRINA DE JESUCRISTO, DIRIGEN LOS TIROS CONTRA SUS MINISTROS.

PARA LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Quidam autem ex eis dixerunt: in Beelzebub principe dæmoniorum ejicit dæmonia.

Mas algunos de ellos dijeron: en virtud de Belzebú, príncipe de los demonios, lanza los demonios.

S. Lúcas, c. 11. v. 15.

Entre tantas calamidades y miserias, con que de algun tiempo á esta parte nos aflige la providencia, siempre justa, de nuestro Dios, llama muy particularmente mi atencion y derrama en mi espíritu un extraordinario sentimiento el odio decidido y la persecucion diabólica que sufre la verdad, pues temo llegue á hacerse por este medio mas perjudicial que provechoso el sagrado ministerio de anunciarla. Yo veo en la historia sagrada las causas que por lo comun esterilizan este grano misterioso, sembrado en diferentes partes de la tierra; pero en ninguno de sus libros alcanzo á ver un terreno de tal manera ingrato, que corresponda al trabajo, al esmero y á los continuados sacrificios del cultivador, con un odio implacable, con

(1) En la página 80 del tomo cuarto de los sermones de *Mision* hay uno tambien de González, para este dia sóbre que es sumamente difícil, aunque no imposible, levantarse de las recaídas en la culpa.

unas injurias insoportables, con una persecucion inhumana. ¿Dije no haberlo visto en libro alguno de los que componen la historia sagrada? He dicho mal: en el Evangelio que la Iglesia tiene destinado para este dia, se halla un ejemplo demasiadamente expresivo. El grano, de que habla la parábola, significa, segun la explicacion del mismo Jesucristo, la palabra de Dios, por la que se manifiestan á los hombres las mas grandes é interesantes verdades. La primera y principal entre todas estas es sin duda alguna la que demuestra la divinidad del Salvador.

Para persuadirla este maestro celestial ofrece, despues de muchos otros medios terminantes, una prueba la mas irrecusable, obrando á presencia de las turbas en un solo acto cuatro milagros, que no pueden ménos de arrebatar la admiracion de aquella multitud. Un ciego recobra la vista, un sordo el oído, un mudo el uso de la palabra, un miserable poseído del demonio la libertad. Tan raro como admirable prodigio, que es de suyo suficiente á evidenciar en el mundo entero la divinidad del Mesías, y convertir á su fe, á su gracia, y convidar por este medio á su gloria á sus mas ciegos enemigos, se convierte por la perversidad de los judíos en ocasion de su última desgracia; porque no pudiendo dudar del hecho, se aumenta imponderablemente su odio contra él, le insultan enfurecidos, le calumnian en público, y le dicen con blasfemo descaro, que lanza los demonios en virtud de Belzebú príncipe de ellos. Atroz insulto, que completa su ceguedad y hace que sea mas obstinado su empeño de perseguirle, hasta acabar con su inocente vida!

Si los fariseos de nuestros dias dieran crédito, como deben, á los irrefragables testimonios de las Escrituras santas, esta sola relacion seria suficiente á convencerlos de la injusticia con que aquel pueblo ciego é ignorante correspondió á los beneficios de su libertador, y les daria motivo para prever la enorme desgracia, de que se ven amenazados los que tienen la imprudencia de imitar tan detestable conducta. Cuanto esté de mi parte, procuraré demostrar estas verdades por si de algun modo consigo salvar de tan inminente riesgo á los que en él se hallan, y evitar la caída de los que hasta ahora afortunadamente se han preservado.

Dignáos, Señor, sacarnos de la tiranía del demonio y poner expeditos nuestros sentidos y potencias, para que conociendo la fuerza de la verdad, la abracemos, como que de esto depende nuestra felicidad, sin atender al conducto por donde se nos comunica. Con este objeto implora en favor nuestro los auxilios del Espíritu santo nuestra protectora y abogada. *Ave María.*

Demostrada de modo que no puede ponerse en duda, la divinidad de Jesucristo y de su Religion adorable en los milagros obrados expresamente á este fin por su omnipotente Fundador, por los apóstoles, por los mártires y por una multitud innumerable de santos de los primeros siglos de la Iglesia, ninguna necesidad tienen al presente los ministros del Evangelio de reproducir aquellas pruebas para exigir de los fieles, cualquiera que sean su categoría, su edad y circunstancias, un firme asenso á las verdades reveladas. Los misterios y dogmas, los preceptos y obligaciones que les predican, son sin la mas leve diferencia los mismos que por su divina boca anunció á los hombres el Doctor y Maestro universal. Su verdad no depende del celo, de la eficacia ó de la claridad con que los anuncia el sacerdote, sino que les viene precisamente de la sabiduría y veracidad infinita de aquel Señor que se ha dignado revelarlos. Sin embargo puede asegurarse con fundamento, que los sacerdotes reproducen con frecuencia los milagros que hoy nos recuerda la Iglesia obrados por Jesucristo; y aún, lo que parece repugnante, que son mas útiles é interesantes, aunque no tan palpables y ostentosos. Dirigidos por la gracia infinitamente poderosa del Señor, pues no alcanzan á tanto las fuerzas todas de la naturaleza, hacen en el espíritu del pecador lo que Jesucristo en el cuerpo de aquel miserable que se hallaba poseído del demonio. Consiguen abrir sus ojos á la luz clarísima de la verdad y sus oídos á las penetrantes voces del desengaño; poner en movimiento su lengua, para que manifiesten sus culpas por medio de la confesion y se entreguen á una oracion fervorosa, continuada y saludable; desatar sus manos, para que se ejerciten en la práctica de las virtudes cristianas, y sus piés, para que puedan caminar sin estorbo ni dificultad alguna por la estrecha senda que conduce á la mansion del descanso; y lanzando de sus almas al pecado y al demonio que las poseían, y rompiendo las cadenas con que las tenian esclavizadas, dejarlos en ple-

na libertad, para que puedan entregarse á los ejercicios de piedad y Religion cristiana.

Tan estupendos prodigios exigen una justa gratitud de los que tienen la felicidad de experimentarlos, é infunden una santa admiracion en el pueblo fiel, que advierte un cambio tan glorioso como inesperado. Unos y otros dan respectivamente á Dios la adoracion y la gloria que les permite la debilidad de sus fuerzas, bendicen sus imponderables misericordias y se ocupan gustosos en tributar respetuosas y humildes acciones de gracias á aquel Dios bueno, que se ha dignado conceder á los ministros de su Iglesia una potestad, de que carecen los ángeles que asisten delante de su trono en el cielo. Bien diferente es por cierto la conducta del ciego y orgulloso fariseo. No pudiendo sufrir su soberbia que los católicos hagan el justo aprecio de las bellas excelentes cualidades que á él se le niegan, y viendo que la arreglada conducta que observan sus hermanos, es el fiscal mas severo, el mas continuo, rígido é insoportable censor de la suya; y no teniendo por otra parte toda la insolencia necesaria para impugnar á cara descubierta una doctrina que detesta, no obstante la infernal hipocresía con que exteriormente finge aprobarla, declama con la mas diabólica malignidad contra los ministros que le enseñan y exhortan á su cumplimiento, censura todas sus acciones, aún las mas inocentes, critica su conducta, descubre sus defectos, aún los mas leves, y considerando insuficientes estas arterías para realizar sus inicuos planes, se arroja á inventar las mas atroces calumnias; imputa al estado las debilidades casi siempre exageradas de alguno de sus individuos, y como si tuviera una completa seguridad del triunfo, exclama: *in Beelzebub principe dæmoniorum ejicit dæmonia.* No le es posible negar, ni aún poner en duda, la verdadera iluminacion del ciego, la curacion del mudo, la libertad del que habia visto poseído del demonio: conoce que seria el mayor absurdo, la mas necia temeridad tratar de persuadir á cualquiera que use de su razon, que semejante curacion no es un beneficio digno del mayor aprecio, una obra que excede las fuerzas de la naturaleza: el empeño solo le haria sospechoso, le atraeria el odio ó el desprecio universal. Así es que observando, al ménos en público, un misterioso silencio acerca del hecho, dirige sus envenenados tiros contra el autor; ó para hablar con mas claridad, no atreviéndose á impugnar pública y

abiertamente la verdad de una obra tan prodigiosa, agota los tesoros de su elocuencia en desacreditar á los ministros que la predican.

Ay, señores! Jesucristo no ha dejado de ser perseguido, aún despues del sacrificio del Calvario, porque no ha cesado con su muerte la predicacion de su doctrina. Una porcion de fatuos ha tomado á su cargo la defensa y la prosecucion de la conducta de los fariseos, sin advertir que sus tiros contra los ministros del Evangelio demuestran con la mayor evidencia la divinidad de su mision y de su doctrina, así como los de aquellos contra Jesucristo patentizaban la divinidad de su persona. Pero consolémosnos, venerables hermanos, consolémosnos al vernos hechos el blanco del desprecio, de la irrision, de la sátira, de la maledicencia, de la calumnia. El Santo por esencia, el infinitamente Santo lo fué ántes que nosotros, y no es justo que el discípulo sea mas privilegiado que el maestro. Él mismo nos lo habia dicho en su Evangelio (1): *non est servus major domino suo: si me persecuti sunt, et vos persequentur.* Y si apénas hubo vicio alguno, que aquellos insensatos no imputaran á Jesucristo, ¿por qué se ha de extrañar que se nos imputen á nosotros aún los mas horrendos crímenes, si no falta quien sigue los planes de aquellos? Sin embargo no llevaréis á mal que os recuerde, que os inculque la exhortacion del Apóstol (2), pues en pocas circunstancias será mas urgente la necesidad en que nos hallamos de ponerla por obra. En las tribulaciones, en las vigilias, en los ayunos, finalmente en todas nuestras obras, así interiores como exteriores, debemos conducirnos de modo que nuestra conducta sea un testimonio irrecusable de nuestra inocencia, de la elevacion de nuestro ministerio, de la divinidad de nuestra doctrina, y al mismo tiempo de la perfidia de nuestros calumniadores. Poco importa nuestra fama en particular: de aquí á pocos momentos se ha de poner de manifiesto la verdad, y la justicia de un Dios, que todo lo ve y todo lo sabe, ha de dar á cada uno su merecido; pero es de sumo interes el honor de nuestro ministerio. Por las entrañas de Jesucristo evitemos cuanto pueda dar motivo ú ocasion á los fariseos modernos para desacreditarlo. Desacreditado es del todo inútil, é inutilizado es en gran manera perjudicial. Sacrifiquemos gusto-

(1) *Joann.* c. 15. v. 20. (2) II. *ad cor.* c. 6. v. 3. *et* 4.

sos todo cuanto sea compatible con las necesidades indispensables de la vida, por sostener y trasmitir íntegro á la posteridad el honor del sacerdocio y la gloria de su divino Fundador: *ut non vituperetur ministerium nostrum.*

Es de temer que á pesar de todos nuestros esfuerzos, no lleguemos á convencer y persuadir á nuestros incrédulos; por el contrario, exclamarán cada vez mas enfurecidos: *in Beelzebub pricipe dæmoniorum ejicit dæmonia:* son unos hipócritas, aparentan unas virtudes que no tienen, para vendernos con mas facilidad como divina y celestial una doctrina que es suya propia, y anunciada con el fin de que todos contribuyamos sin repugnancia á la satisfaccion de sus infames pasiones. Si no producen buen efecto las diligentes indagaciones que hacen por descubrir en nuestra conducta verdaderos crímenes, no tendrán reparo en inventarlos; la murmuracion será reemplazada por la calumnia, y cubriendo esta con el fingido velo de un santo horror al pecado y de un celo ardiente por el bien espiritual de los fieles, le darán una escandalosa publicidad, valiéndose siempre para ello de los medios ménos sospechosos; cuanto mayores fueren nuestro celo y nuestra virtud, tanto será mayor el encono con que procuren desacreditarnos. Mas como nosotros tratemos de ser irreprensibles, Dios hará que quede sin efecto su maledicencia; y si por algunos momentos consiguen mancillar nuestra reputacion, servirá para ceñirnos en el cielo la mas preciosa é inmarcesible corona. Entre tanto trabajemos infatigablemente por reproducir los prodigios de que nuestro divino Maestro nos da ejemplo en este dia. Venguemos nuestras ofensas, dando vista á los ciegos y poniendo expeditos los sentidos de estos infelices, para que conozcan que solo por cerrar la puerta á sus odiosas cavilaciones, nos abstenemos de proponer todas aquellas verdades, que de modo alguno pudieran favorecer nuestros intereses.

Pero no es razon tampoco que por medio de un silencio criminal demos ocasion á los verdaderos cristianos, para que supongan ser ciertas las acusaciones de aquellos. Así cuando con la mayor acrimonia vomiten nuestros enemigos el veneno de la maledicencia, contestémosles compadecidos, pero con resolucion, haciendo la misma réplica que Jesucristo á los fariseos: *filii vestri in quo ejiciunt?* En nombre de quién os hablan vuestros semejantes? Esos necios amadores del mundo que os exhortan á seguir sus máximas corrompidas, á confiar en sus tesoros, á gozar sus deleites, á seguir sus vanidades, ¿de qué Dios se suponen profetas? El Evangelio nos asegura ser del todo incompatible el servicio de Dios con el amor del mundo: Dios exige de nosotros el odio á cuanto el mundo ama, y el amor, el ejercicio de cuanto el mundo aborrece. Por consecuencia no es posible que hablen en nombre del Señor los que os aconsejan que debéis conformaros con los deseos, con las máximas, con las obras del mundo.

Pero la vida de los sacerdotes está en oposicion con su doctrina. No quiero detenerme á demostrar que ya previó y dejó desvanecido este sofisma el mismo Jesucristo: quiero argüiros directamente. Cualquiera que sea nuestra conducta, nunca será capaz de falsificar la doctrina que os anunciamos, porque es la doctrina revelada por el mismo Dios; la misma que anuncian, hablando como ministros del Evangelio, todos y cada uno de los sacerdotes, aún aquellos que desgraciadamente se conforman en todo ó en parte con vuestras máximas: los defectos, los vicios que podamos tener, son nuestros, pero la doctrina es la palabra del mismo Dios. Esta, esta es, para hablar sin rodeos, la que os molesta, la que os indigna, la que se os hace insufrible. Contra esta se dirigen vuestros tiros, no contra los pecados de los sacerdotes, que no os parecen muy reprensibles en otras personas, y mucho ménos en vosotros. ¿Puede darse intencion mas pérfida, mas injusta, mas detestable? Esterilizar el grano de la divina palabra, hacer enmudecer á los pastores del rebaño de Jesucristo, privar á los fieles del alimento indispensable para la conservacion de la vida espiritual, es por cierto uno de aquellos crímenes mas enormes, que nuestro divino Salvador dice (1), no serán perdonados en el siglo presente ni en el venidero.

Hé aquí el funesto resultado de semejante conducta. Nadie, absolutamente nadie debe desesperar acerca de su salvacion, ínterin conserve la vida; pero debe temer esta desgracia como inevitable, si se empeña en repeler con intencion determinada las inspiraciones y llamamientos del Señor: esta es una de las señales de reprobacion que generalmente reconocen los Padres de la Iglesia y los teólogos.

(1) *Matth.* c. 12. v. 32.

La conducta del fariseo es una especie de misterio inexplicable, ó hablando con mas propiedad, es una continuada y manifiesta contradiccion. Coloca toda su gloria en aquello mismo, con que procura cubrir á los demas de ignominia. Esclavo de todos los vicios, que censura con la mayor vehemencia en los ungidos del Señor, quiere pasar en el concepto de sus semejantes por un modelo de todas las virtudes; pretende usurpar los elogios debidos á estos, haciendo que recaiga el vituperio sobre los verdaderamente virtuosos. Su soberbia quisiera desterrar del mundo los horrorosos cuadros, con que los predicadores evangélicos exponen á la vista de los fieles la deformidad espantosa del pecado, delineada con los mas negros coloridos; porque no puede ménos de ver en ellos un vivo retrato de sí mismo. Al oir una descripcion tan exacta y circunstanciada, se le figura que todos le señalan con el dedo como el original de aquella copia. No puede sufrir que las razones, las amenazas, las promesas, con que procura el Señor atraer las almas al camino de la virtud por conducto del sacerdote, le arrebaten de entre las manos la inocente presa con que de seguro contaba ya para saciar su voracidad; y furioso y desesperado se vuelve contra él, le calumnia, y exclama en voz alta, animado del infame deseo de inutilizar las armas que le proporcionan tan gloriosos triunfos: *in Beelzebub principe dæmoniorum ejicit dæmonia.* Y ¿cómo es posible que la verdad santa resida en labios tan impíos? ¿Cómo ha de hablar Dios á los hombres por unos órganos tan abominables, que solo pueden ser instrumentos de Belzebú, que los domina y ha fijado en ellos su residencia? Lo peor es que se les contestaria en vano con las palabras del Salvador. No, de nada serviria preguntarles: *filii vestri in quo ejiciunt?* En vano se les dirá, que siendo tan criminales los sacerdotes como ellos propalan, no pueden dar testimonio mas auténtico de su doctrina, pues condenan abiertamente sus mismas acciones, y pronuncian con anticipacion la mas terrible sentencia contra sí mismos. Todo es perdido: el fariseo de nuevo cuño pone todo su conato en apagar del todo la luz de la verdad, para que nadie pueda percibir la ignominia de que le cubren sus delitos, para que ninguno sea capaz de ver ni seguir el camino de la felicidad, que para él es impracticable. Enorme crímen! funesta desgracia! digna de la compasion y lágrimas de los verdaderos cristianos.

Pidamos, hermanos mios, su libertad, su remedio al Dios de las misericordias. Ejercitemos, venerables sacerdotes, todo aquello á que alcancen nuestras fuerzas; y animados de un santo celo por la gloria de Dios y la salud espiritual de estos infelices ilusos, procuremos abrir sus ojos y sus oidos, poner en movimiento su lengua, arrojar de sus almas al demonio que las tiene poseídas; y si para ello no alcanzan los esfuerzos ordinarios de las oraciones, añadamos el ayuno y la mortificacion. Presentémosles al Señor en el adorable sacrificio del Cordero inmaculado. Trabajemos por impedir la seduccion de las almas incautas, para que estas, aquellos y nosotros tengamos la satisfaccion de gozar un dia eterno la recompensa de la verdadera virtud. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE

CALLAR POR VERGÜENZA LOS PECADOS EN LA CONFESION (1).

PARA LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

(DE EGUILETA.)

Erat Jesus ejiciens dæmonium, et illud erat mutum.
Estaba Jesus lanzando un demonio, el cual era mudo.
S. Lúcas, c. 11. v. 14.

Hoy, amados fieles mios, tenemos en el Evangelio á Jesucristo nuestro Señor arrojando á un demonio del cuerpo de un pobre hombre, á quien no solamente le tenia mudo, como dice san Lúcas, sino tambien ciego, como dice san Mateo (2), y aún sordo, en sentir de san Juan Crisóstomo (3). Todas las puertas del socorro le habia cerrado el enemigo infernal para impedir su remedio; pero al fin lanzó Jesucristo al demonio con su omnipotencia, y habló el mudo, libre ya de quien le ponia impedimento en su lengua: admiráronse las turbas al ver la maravilla; cosa rara! Los doctos y discretos no se dieron por entendidos, como la plebe; ántes bien calumniaron el milagro de Jesucristo. Dios libre de soberbios á los discretos y doctos, que de otra suerte, ni milagros bastarán para mover sus corazones, como no bastaron para mover los de los fariseos. Hubo en estos algunos, prosigue el Evangelio, que atri-

(1) Acerca de lo mismo hay una doctrina de Santander en la pág. 134 del tomo cuarto de los sermones de *Mision*.
(2) *Matth. c. 12. v. 22.* (3) *Chrysost. Homil. 41. in Matth. 12.*

buyeron el milagro á Belzebú, príncipe de los demonios. No lo extrañéis, porque el mejor alimento se corrompe, si lo recibe un estómago estragado: otros pedian señales en el cielo, como hacer parar el sol, á la manera que sucedió en tiempo de Josué (1), para saber si el milagro se habia obrado por virtud divina, ó por virtud del demonio. Yo no sé qué ha de hacer Dios, para que le obedezcan los hombres, cuando ni bastan milagros.

Conoció su Majestad la mala intencion de aquellos hombres perversos, y por lo mismo les arguye con esta semejanza misteriosa: todo reino, toda familia ó ciudad que se halle dividida en bandos, no puede permanecer, como ni las paredes de una casa, si no tienen union entre sí: luego si en virtud de Satanas, príncipe de los demonios, los arrojo yo de los hombres, como vosotros decís, es forzoso decir tambien, que Satanas tiene dividido su reino, pues arroja de los hombres otros demonios como él, cuando por su oficio debia conspirar con ellos contra los hombres: por consiguiente no puede su reino permanecer, porque no reina la union. Esto no se puede pensar, ni vosotros lo pensáis de un enemigo tan cruel de todo el género humano: luego es preciso confesar, concluye Jesucristo, que yo he obrado el prodigio, no por virtud de Satanas, sino por virtud de Dios.

Pero aún mas: vosotros mismos confesáis, que vuestros hijos, esto es, los exorcistas que tenéis, arrojan y expelen los demonios por virtud divina; ¿por qué pues habéis de pensar, que yo los arrojo por virtud del diablo? En aquellos no advertís cosa alguna, que exceda las fuerzas de un hombre; en mí tenéis las mayores pruebas de que me acompaña la omnipotencia divina: luego creyendo, como creéis, que vuestros exorcistas arrojan los demonios por virtud de Dios, debéis tambien pensarlo de mí con muy superior razon: de lo contrario vuestros mismos exorcistas serán jueces vuestros; esto es, ellos mismos sentenciarán, que procedéis por odio y envidia contra mí, no por amor á la verdad.

Ahora bien, les dice Jesucristo, si yo arrojo á los demonios por virtud de Dios, como es preciso lo confeséis, debéis confesar tambien, que ya llegó á vosotros el reino de Dios, quiere

(1) *Josue, c. 10. v. 13.*

decir, exponen los intérpretes sagrados (1) : si yo arrojo á los demonios por virtud de Dios, se infiere claramente que yo vengo á destruir el reino del demonio, y por consiguiente que soy el Mesías prometido, el Hijo del eterno Padre, que, segun lo anunciado por los profetas, ha de venir, como bien sabéis, á echar por tierra sus fuerzas y á establecer en vosotros el reino de Dios : prueba de ello será, prosigue Jesucristo, que hasta aquí ha mantenido su imperio este enemigo infernal contra todo el género humano ; pero ya en breve se verán derrotadas sus armas, porque yo dejaré libres de su esclavitud á los hombres. Poderoso ha sido hasta aquí ; pero lo ha sido porque no ha encontrado resistencia : ahora vengo yo á quebrantar sus fuerzas, y dejándole gloriosamente vencido, le despojaré de su poder, como empiezo ya á ejecutarlo, arrojándole de las almas y de los cuerpos. Él es enemigo mio, pues no sigue mi partido, como lo es tambien todo aquel que no quiere seguirme, y por consiguiente vosotros, fariseos, que no dais asenso á mis verdades : él es enemigo mio, pero tan cruel, que lo mismo es verse desposeído por mi virtud soberana de la posesion que tiranamente habia tomado en algun hombre ó en alguna alma, que al punto sale á buscar descanso en los lugares áridos, incultos ó desiertos ; pero no encontrándolo (porque toda su ansia es hacer mal á los hombres), vuelve intrépido á buscar su antigua posesion, y empeñado en ello, dice tenazmente : he de volver á la casa que dejé ; esto es, he de hacer todo cuanto pueda por volver al dominio del hombre ó del alma, que contra mi voluntad he dejado ; y lo peor es, dice Jesucristo, que por abandonar los ejercicios de piedad y resfriarse las almas en el fervor, que por la gracia se les habia comunicado, logra sus intentos el infernal espíritu, y por consiguiente vuelve á su antigua posesion ; pero con tal fortaleza, que lleva en su compañía otros siete demonios, aún mucho peores que él, para hacerse incontrastable ; resultando de aquí quedar el pobre hombre ó la pobre alma en mucho peor estado que al principio.

Pues si el demonio, infiere Jesucristo por conclusion para convencer á los judíos, pues si el demonio es enemigo mio tan cruel, ¿cómo podéis presumir, ni es posible, que yo arroje á los demonios en virtud de Belzebú? Estando en esto, salió una

(1) *Natal. Alex. hic.*

devota mujer, admirada sin duda de la energía, y eficacia con que Jesucristo convencia á los judíos, diciendo en altas voces : ¡dichoso el vientre en que anduviste y los pechos que mamaste! que es lo mismo que solemos nosotros decir : dichosa la madre que te parió! Pero el Señor le respondió, que en realidad solamente son dichosos los que oyen la palabra de Dios, y ejecutan lo que se les dice para su bien. Por eso dijo san Agustin (1), que aún fué mas dichosa la Madre de Dios, por haberle traído siempre en su corazon, que por haberle traído en su propio vientre. De aquí podéis inferir, qué cuidado no deberéis poner en venir á oir la palabra de Dios y en obrar conforme á ella.

Esta es, fieles mios, la letra del Evangelio ; en la cual, como habéis oido, tenemos un hombre mudo, porque así lo habia puesto el demonio ; pues segun dice san Juan Crisóstomo (2) y es comun sentir de los intérpretes sagrados, solo era mudo, porque el demonio le quitaba con su malignidad el uso de la lengua ; mas á pesar del demonio hízole Cristo que hablase. Yo no soy Cristo, pero sí ministro suyo, aunque indigno ; y por lo mismo, asistido de su gracia, espero con este sermon hacer hablar á las almas, que poseídas y engañadas del demonio, permanecen mudas en la confesion, callando sus pecados por vergüenza. Dificultoso es conseguir el triunfo, yo lo confieso ; pero todo es fácil con el auxilio y ayuda de Dios, dice el apóstol san Pablo (3). Escuchádme atentos por vuestro bien y remedio ; pero ántes solicitemos la divina gracia, diciendo : *Ave María.*

No hay duda, católico auditorio, que si se mira la confesion con los ojos débiles de la carne y del amor propio, puede parecer al pecador cosa dura, el haber de manifestar los mas feos pecados que cometió ; pero si atiende con los ojos perspicaces de la fe las conveniencias que trae consigo el manifestarlos, fácilmente se desvanece toda dureza y dificultad, dice el santo Concilio de Trento (4). Sabéd pues, oyentes mios, que la buena confesion confunde á los demonios, hace las paces entre Dios y el pecador, destruye los vicios, acarrea las virtudes, cierra la boca del infierno, y abre las puertas del paraíso, que tenia cerradas el pecador con el hierro de las culpas ; pero sabéd igualmente que, para conseguir estas excelencias en la

(1) *Aug. lib. de sanct. Virg. c. 3.* (2) *Chrysost. in Matth. Hom. 33. c. 9.*
(3) *Ad philip. c. 4. v. 13.* (4) *Trident. sess. 14 c. 5.*

confesion, es necesario, que á mas de ser dolorosa y compungida, sea tambien entera, esto es, que no enmudezca el pecador, dejando de confesar algun pecado grave maliciosamente ó por vergüenza; porque obrando así, no hay gloria, no hay cielo, no hay perdon, ni misericordia para el pecador, por mas que confiese las demas culpas, ántes bien comete un horrible pecado mortal de sacrilegio en confesarse de esta manera.

Todo esto es cierto, y sin disputa; pero tambien lo es, y la experiencia misma nos enseña todos los dias, que sin embargo son muchos los que, como demonios mudos, callan pecados en la confesion por vergüenza, pues, como dijo san Gregorio (1), es tan poderosa esta pasion, que muchas veces suele padecerse mas sangrienta batalla en vencerla para confesar la culpa cometida, que se pudiera pasar en vencer la tentacion, para no llegar á cometerla; esta es, la que se propone al penitente, como un muro inaccesible y un ejército incontrastable. ¡Qué, yo he de decir aquel pecado tan feo! ¡qué, he de manifestar aquel pensamiento torpe, que consentí! yo mismo me he de infamar! cómo es posible?

Aquí el demonio con su astucia maliciosa, se pone de parte de esta pasion, como lo vemos en el mudo del Evangelio, y sugiriendo varias, aunque aparentes, razones, hace crecer la vergüenza, sobrecogiendo á los penitentes de tal suerte, que casi les cierra la garganta, para que no lleguen á explicarse. ¡Ó astucia infernal, y á cuántas almas tienes por otro tanto en los eternos fuegos! Vistió Dios al pecado de vergüenza, para retirar al hombre de cometerlo, y vistió á la confesion de esperanza para esforzar con ella y su perdon á confesarlo; pero trocó y mudó el demonio los vestidos, dice san Juan Crisóstomo (2), puso al pecado vestido de esperanza, para que con la vana confianza en la misericordia de Dios se resuelva el cristiano á cometerlo, y vistió á la confesion de vergüenza, para que se retire de confesarlo. ¡Ó astucia infernal, repito, y cómo engañas con tus falsas invenciones! ¡Ó enemigo de las almas, y qué ardides buscas para su precipicio!

Alerta pues, cristiano mio, alerta para dejar frustrados los intentos del maldito padre de la mentira: ó vencer ó morir, decia un famoso capitan, para esforzar á sus soldados; y esto

(1) *Greg. l.* 22. *Moral. c.* 14. (2) *Chrysost. Hom.* 3. *de de pœnit.*

mismo te digo yo: ó vencer esa pequeña vergüenza, para confesar tus culpas, ó morir con muerte eterna; no hay medio entre uno y otro: aunque gastes la vida en los ayunos mas rigurosos, aunque despedaces tus carnes á fuerza de cilicios y disciplinas, aunque repartas los tesoros mas ricos en limosnas, no hay perdon, supuesto el pecado, si no lo manifiestas en la confesion; es preciso infaliblemente, ó vencer tu repugnancia, ó condenarte para siempre.

Pero, válgame Dios! ¿qué repugnancia puede haber para manifestar los pecados á un hombre, que por ningun caso puede hablar de ellos, aunque le importase la vida; á un hombre frágil y pecador; á un hombre, que tiene sus entrañas llenas de compasion; á un hombre, que nada mas desea que remediar á quien pecó; á un hombre en fin, que ha oído y sabe que se pueden cometer esos y mayores pecados en el mundo? Ay, fieles mios! necedad es, y mas que necedad, dejaros vencer de la vergüenza para confesar las culpas. Atencion si no, á tres razones, que han de ser toda la prueba de mi asunto, y en las que veréis el desengaño.

La primera razon que convence de necio al pecador, que calla maliciosamente sus pecados, es el sigilo de la confesion y la fragilidad del mismo confesor. No hay quien no sepa, que es tan estrecho y tan sagrado el precepto que tiene el confesor de no manifestar las culpas que se le revelan en el confesonario, que no hay caso alguno, en que pueda descubrir, ni aún el pecado mas leve, sea de la especie que fuese; ni aunque fuera para el remedio de todo un reino; ni aunque fuera para evitar todos los males que hay en el mundo; ni aunque fuera para conservar su misma honra y su misma vida; no católico, no hay poder, no hay tribunal, ni violencia que pueda obligarle á ello; ni aún á ti mismo puede hablar, fuera de la confesion, de los pecados que le confesaste, sin expresa licencia tuya. Por eso hablando Dios por su profeta Oséas de los sacerdotes, dijo (1): que habian de comer los pecados de su pueblo; porque de la suerte, que lo que se come, se oculta, se deshace y se digiere, así se ocultan y desaparecen los pecados oídos en la confesion. Pero vamos al cap. 25. del Éxodo para mayor claridad.

Mandó Dios á Moises, que hiciese unas despabiladeras de

(1) *Oseæ, c.* 4. *v.* 5.

oro, para cortar las pavesas de las luces, y unos vasos igualmente de oro y llenos de agua, en que apagar las pavesas. Notád, dice el Abulense (1), la extremada pulcritud y limpieza que quiere Dios en su templo : no se contentó con que hubiese despabiladeras para las luces, sino que quiere tambien, que haya vasos con agua, para que no salga el mal olor de las pavesas. ¡Oh, lo que enseña esta ceremonia para los ministerios sagrados! pero mucho mas para la confesion, dice el Pictaviense (2). ¿Qué hace el cristiano, cuando se confiesa, sino cortar las pavesas de las culpas, que le impedian arder en amor divino, para subir á su centro de la gloria? Ved ahí las despabiladeras; pero aún quiere Dios que haya mas : estas pavesas cortadas pueden echar mal olor de infamia contra el penitente; pues qué remedio? Haya, dice su Majestad, haya unos vasos de oro, unos sacerdotes purísimos, llenos de agua de sabiduría, prudencia y compasion, en que se apaguen las pavesas, para que no salga el mal olor de las culpas : tanto como esto cuida Dios la honra del cristiano que se confiesa, con el secreto de la confesion. Ved pues si hay que temer que le descubra el confesor : por consiguiente es necio, y mas que necio, el que no le manifiesta sus pecados con toda sencillez.

Pero no es este el embarazo mayor : es cierto que en algunos pobrecitos ignorantes, como mujeres, hijas de familia ó criadas, suele dejarse ver alguna vez, mayormente si los confesores son conocidos, ó tratan con sus madres ó señoras, que esta es una de las perniciosas consecuencias de comunicar los ministros del Señor con sus confesados, dejando á parte otras muchas, que podia referir, y que vemos todos los dias con no poco dolor. Cuidado, señoras, con el remedio de este abuso; por lo comun casi todas las mujeres adolecen de este achaque; las mas de ellas tienen una especie de sensualidad en tratar con sus confesores, apasionándose ciegamente por ellos en cualquier asunto, que á tanto llega la debilidad de su juício. Huíd, señoras, huíd de la familiaridad con los ministros de Jesucristo, pues creédme, que así conviene; como tambien, que si alguna rara vez quisiereis, á fuer de agradecidas, hacerles algun obsequio ó regalillo, aunque lo mejor será no pensar en tales expresiones, que obréis cautelosamente, y de manera que

(1) *Abul. in Exod. c. 25. q. 32.* (2) *Berchor. l. 1. moral. in Exod. c. 17.*

no puedan comprender quién lo hizo. Y nosotros, sacerdotes del Altísimo, procedamos como fieles dispensadores de los misterios divinos, sin vilipendiar nuestro oficio; estemos prontos al socorro y alivio de nuestros prójimos, en hora buena : siempre que la caridad ó la necesidad exija el trato con los penitentes, no lo rehusemos; pero aún entónces sea, dice el venerable Puente (1), con precaucion en nuestras palabras, con moderacion en nuestro porte, en fin manifestando en un todo, que no somos hombres de la tierra, sino del cielo. En los demas lances y ocasiones, en que no resulte beneficio alguno espiritual, ni saludarlos, que así encargaba Jesucristo á sus discípulos se portasen con cuantos encontrasen en el camino (2); no porque deseaba el Señor que fuesen agrestes y groseros, dice san Buenaventura (3), sino para enseñarles, que no se divirtiesen en cumplimientos inútiles y del siglo. Baste de digresion, y volvamos al asunto.

Es cierto, vuelvo á decir, que alguna persona que otra, rústica y de poco alcance, suele dejar de confesar sus pecados, persuadiéndose, que el confesor los ha de manifestar á sus padres, á sus amos, deudos ó conocidos; mas á muy poca instruccion que tengan, se desengañan y salen de su ignorancia : pero qué sucede? Que luego el demonio, siempre solícito de la perdicion de las almas, gira por otro lado, y lo peor es, que comprende tambien en él á muchos inteligentes. Infúndeles unos vanos respetos, para que no confiesen sus culpas, ó á lo ménos para que no las manifiesten de tal forma, que descubran el infeliz estado de su alma; que en sustancia viene á ser lo mismo que negarlas, porque no las explican con claridad, con rectitud y sinceridad, como deben, sino que quieren confesarse culpados, pero de suerte que se den á conocer sus faltas lo ménos que se pueda : á este fin pasan ligeramente por las mas vergonzosas llagas de su alma, temiendo cargue mucho en ellas su atencion el ministro de Jesucristo; encierran con gran disimulo en una sola palabra las mas horribles caídas; las refieren con mucho cuidado, cuando advierten divertido al sacerdote en otra cosa, para que casi no pueda percibirlas; en una palabra proceden con tal malicia, que temen los conozca demasiado el médico de sus almas. Mas ¿por qué tanta doblez en manifes-

(1) *Puente, tom. 4. de los estados, trat. 5. cap. 14 § 2. n. 4.*
(2) *Luc. c. 10. v. 4.* (3) *Bonav. in Luc. c. 10. et Ambr. ibid.*

tar clara y sencillamente su corazon? No saben que el confesor nada puede revelar? Sí lo saben, pero infúndeles el demonio, vuelvo á repetir, unos vanos respetos; y si queréis saberlos, oíd cómo los propone en su interior acaso alguno que me escucha.

Bien sé, me dirá, bien sé que á nadie me puede descubrir el confesor; bien conozco, que, como dice san Agustin (1), lo que sabe el confesor en el confesonario, lo sabe aún ménos que aquello que ignora; bien considero, que estará mas oculto mi pecado en el confesor, que aún en mí mismo, porque yo lo puedo decir, y el confesor no lo puede manifestar; pero temo, y qué temes? que se horrorizará el confesor de mis execrables pecados. Ó ciego, y mas que ciego! desentraña ese temor, y verás que es aprehension sin fundamento. Una de dos, ó te conoce el confesor, ó no te conoce: si el confesor es extraño y desconocido, importa poco para ti que se admire ó no de tus pecados, aunque sean nunca oídos, porque concluído el acto sacramental, se acabó todo, y todo se echó en olvido. Si el confesor es conocido tuyo, y temes por esta causa exponerte á callar algun pecado grave, busca otro confesor que no te conozca, y desahógate con él á toda satisfaccion, pues supuesto ignora quién eres, cesa ya todo motivo que pueda causarte horror; y á este fin, ó ministros del Altísimo! procurád siempre dejar con libertad á vuestros penitentes, para que se confiesen con quien gustaren, y aún persuadídles, y aconsejádles, que alguna vez que otra entre año vayan con otro confesor docto, diestro y timorato, á quien puedan manifestar su pecho sin embarazo alguno y consultar con él todo el estado de su alma, para mayor satisfaccion de confesores y confesados.

Mira en pocas palabras, alma cobarde y pusilánime, echado por el suelo tu temor y remediado tu espíritu. Pero no me contento con esto; yo tengo de hacerte ver, que aunque sea conocido el confesor, es vano y sin fundamento el horror que te se figura; y en prueba de ello dígame todo el mundo, ¿es por ventura extraño que lleve la zarza espinas? ¿Pues por qué lo ha de ser que lleve pecados el árbol pecador? ¿Se admira nadie de que se quiebre un vidrio, y que el otro quede entero? Ya se ve que no, porque pudo este quebrarse como el otro: pues si el

(1) *Aug. in Psalm.* 66.

confesor es hombre tan frágil como tú, ¿qué razon hay, dice san Agustin (1), para que pienses, que se admire y horrorice, porque como frágil caíste? Tan léjos está de asombrarse, que ántes se edifica al ver que, como dice san Cipriano (2), honras tu confusion con la confesion. Díme si no por tu vida: no es virtud el confesarse? Nadie lo duda, dice el Crisóstomo (3); es justicia, es victoria de sí mismo, es magnanimidad, es humildad: infiere ahora san Ambrosio (4); luego será mas digno de alabanza el que fuere mas humilde, confesando las culpas mas horrorosas; que aún por eso dijo el Espíritu santo, que la santa confusion y vergüenza trae consigo á las almas mucha gracia y mucha gloria (5). ¿Quién pues se ha de horrorizar de ver practicada la virtud? Es tan bella esta señora, que á todos parece bien; aún los mismos pecadores, que la persiguen con sus obras, se alegrarian poseerla; luego es necedad y mas que necedad figurarse tal horror. ¿Se detuvo en eso el patriarca Júdas para manifestar la torpeza, que cometió con su nuera? (6) ¿Se detuvo en eso un David, un san Pablo, el buen Ladron, la Magdalena y otros muchos pecadores? Claro está que no; todos confesaron humildemente sus culpas, y por eso se hallan hoy honrados de todos.

Desatád á Lázaro, decia Jesucristo á sus discípulos (7); quitádle sin detencion ese sudario del rostro. Señor que se horrorizarán los apóstoles al verle tan horrible, asqueroso y feo, como que ha estado cuatro dias en un sepulcro! No tendrán de qué, si tal hicieren, que siendo Lázaro, como dice san Ambrosio (8), símbolo del pecador, que confiesa dolorido sus pecados, no pueden asombrarse, sino alegrarse, cuando le ven restituído á nueva vida de gracia; luego es aprehension despreciable, vuelvo á repetir, imaginar que se horrorizará el confesor con las culpas que se le manifiesten, por mas feas y abominables que sean. ¿No veis la expedicion, con que los cirujanos de los hospitales generales dan lancetadas, sajan, cortan huesos, brazos y piernas, sin inmutarse? Y por qué? porque ya están acostumbrados á eso. Pues lo mismo sucede con los confesores: bien puede ser que alguno, poco práctico y de un corazon ar-

(1) *Aug. lib. de ver. et fals. pœnit. cap.* 19.
(2) *Cypr. Serm. de Pas. Dom.* (3) *Chrysost. Serm. de pœnit.*
(4) *Ambros. l.* 2. *de pœnit. c.* 10. (5) *Eccles. c.* 4. *v.* 25.
(6) *Genes. c.* 38. *ex v.* 15. (7) *Joan. c.* 11. *v.* 44.
(8) *Ambr. l.* 2 *de pœnit. cap.* 7.

rugado, se asuste alguna vez; pero desengañáos, que los que están bien curtidos y prácticos en curar mayores heridas y llagas, no solamente no se inmutan, sino que se alegran, cuando ven á un pecador humilde á sus piés, á la manera que se alegra el cazador, cuando encuentra fiera mas brava, como el pescador, cuando pica mayor pez, como el pastor, cuando halla la oveja mas perdida, como el médico, cuando sana y deja libre al enfermo mas peligroso, y como el capitan, que á fuerza de su industria y valor rindió el castillo mas fuerte.

Mira, cristiano mio, cómo es una manifiesta ceguedad el callar pecados en la confesion, por graves, feos y enormes que sean; mira cuán digno de desprecio es el horror, que se te figura y propone para confesar tus culpas. Á la verdad, dice san Juan Crisóstomo (1), ¿dónde cabe que no habiendo tenido vergüenza para ofender á Dios, la tengas para salir del pecado y justificar tu alma? ¿Qué mayor maldad, dice san Bernardo (2), que herir de muerte á tu alma sin vergüenza, y avergonzarte con las vendas, con que se cura la herida? No te avergonzaste de manchar tu alma con el lodo de la culpa, y ¿tienes vergüenza de lavarla con la dulce agua de la confesion? Ó perversidad inicua y abominable! ¿Qué razon puede haber, dice san Agustin (3), para tener empacho de confesar delante de uno aquella culpa, que quizá cometiste sin empacho delante de muchos? Más que de necio se debe graduar á quien obre de esta manera, pues me parece que ya es especie de locura.

La segunda razon, que convence de irracional la vergüenza, es el interes del mismo penitente. Ya dejo dicho, que supuesto el pecado, es forzoso el confesarlo, ó condenarse sin remedio. Ahora bien, alma infeliz y desdichada, qué intentas con tu silencio? Ó estás determinada á no confesar jamas ese pecado, y por consiguiente á morir en desgracia de Dios, ó estás resuelta á confesarlo alguna vez para ponerte en su gracia y amistad: si estás determinada á no confesarlo, bien te puedes contar con los condenados; te diré con san Agustin (4), tú, que te podias salvar confesándote, te condenarás callando; pero si, como es regular, no escogerás tan inmensa desdicha, sino que pensarás en confesarlo alguna vez, ¿por qué no ha de ser ahora? ¿por qué no ha de ser luego al punto sin dilacion alguna? ¿Qué adelantas con dejarlo un dia y otro dia, un año y otro año? Pero qué has de adelantar? ir aumentando las culpas para tu eterno precipicio; recibes los sacramentos, y con ellos tu eterna condenacion; repites las confesiones, y con ellas haces otros tantos horribles sacrilegios; no te abstienes de la sagrada comunion, y cada vez que comulgas, llevas en el pecho un demonio mas que te atormente.

(1) *Chrysost. Serm. de pœnit. et confes.* (2) *Bernard. Serm.* 1. *Circumc.*
(3) *Aug. l.* 2. *de visit. infirm. cap.* 5. (4) *Aug. in Psalm.* 66.

Á mas de esto, aún para ti mismo eres el mas cruel verdugo, porque nada te alivia, nada te divierte, nada te consuela. ¿Quién será capaz de ponderar los remordimientos, las amarguras y aflicciones que padece el que calla maliciosamente algun pecado? Ó qué turbacion! qué zozobras¡ qué inquietud! Todos sus pensamientos son crueles, dice el Espíritu santo (1); aún el sonido de las hojas de los árboles le asusta; si oye hablar, si oye leer, todo hace eco en su culpa, dice san Ambrosio (2); si come, si duerme, si camina, en todas ocasiones se le representa el pecado; en todas partes le hiere la insufrible espina del remordimiento, pues, como dice Isaías (3), no puede tener paz, no puede hallar sosiego el pecador, miéntras que no salga del infeliz estado de la culpa: los gustos le sirven de pena, los divertimientos de amargura; si le apunta una enfermedad, tiembla de pavor; si le amenaza la muerte, se estremece; al fin en nada encuentra descanso, porque toda su vida es un continuo sobresalto; y lo peor es que va creciendo mas y mas, cuanto mas se dilata el confesar la culpa; hoy es como un grado, mañana como dos, despues de mañana como cuatro, y así va subiendo de punto, hasta poner la pobre alma en el mayor precipicio. ¿Queréis ver un dibujo práctico de esta verdad? Ponéd pues los ojos en los padres de Moises, cuando se vieron en la precision de exponer su querido hijo á las aguas del rio Nilo; ó qué angustia! ó qué pena, ó qué dolor! Mas por qué? Oid la historia, para que mejor lo entendáis, pues soy amigo de hablar y explicarme con toda claridad (4).

Nació Moises en Egipto, á tiempo que el rey Faraon tenia mandado, que luego que naciese de los hebreos algun varon, lo echasen sin dilacion en el rio, para impedir por este medio su multiplicacion. Los padres de Moises, enamorados de la hermosura del niño, le escondieron por espacio de tres meses, pe-

(1) *Sap. c.* 17. *v.* 3. (2) *Ambr. Apolog.* 1. *de David. cap.* 9.
(3) *Isai. c.* 48. *v.* 22. (4) *Exod. c* 2. *v.* 2. *et* 3.

ro hallando al cabo de ellos no ser posible tenerle oculto mas tiempo, determinaron ponerle en una cestilla de mimbres, y arrojarle en el rio Nilo. Aquí, fieles, quiero que consideréis la pena de aquellos corazones; mirád abierta la cestilla, y que ya toman al niño Moises para ponerle en ella. ¿Quién podrá ponderar el dolor, que tendrian aquellos padres? Oh, qué pensamientos tan tristes! oh, cómo se lamentan! dice Filon (1). Y por qué? no tanto porque le exponen á la furia de las aguas, dice su docta pluma, como por no haberle expuesto desde el principio; siempre habia de ser penoso echar al rio el infante, pero fuera ménos sensible arrojarle recien nacido. Ved ahí, dice Filon, por qué se lamentan los padres de Moises, ved ahí por qué no solo se lamentan, sino que se quejan, se acusan y reprenden, porque ellos mismos aumentaron con la dilacion su sentimiento.

Pues, alma cristiana, ¿concebiste como miserable en tu corazon aquel pecado feo, la bestialidad, la torpeza ó desenvoltura? Nació por tu desgracia pecando tambien por obra? Bien sabes que es forzoso exponerle á las aguas de la confesion; no hay otro remedio para librarte del infierno, que confesarlo humildemente. ¿Pues qué adelantas con callarlo un mes y otro mes por vergüenza, si ha de crecer la pena? No sientes el tormento que te acusa? ¡Ay de ti, si no lo sientes, porque es señal de que tienes muerta la fe! pero teniéndola viva, es imposible ménos; y lo peor es que crecerá, cuanto mas tardares en confesarlo. Vuélvete pues contra ti misma, que tú misma te aumentas el dolor; sea tu remedio el que decian los padres de Moises, segun afirma Filon: *Debueramus recens natum exponere*, arrojar en la confesion el pecado recien nacido; sea tu remedio, el que procura quien se halla con comidas indigestas en el estómago, pues no permitiéndole el menor sosiego, descansa, dice Orígenes (2), si vomita. Vomite el alma en la confesion su pecado, y descansará de la inquietud que tiene en su conciencia: arroje con toda claridad todas sus culpas, y hallará en su corazon...; pero qué? Esta es otra poderosa razon á favor del mismo penitente: oídla por vuestro bien, y con toda brevedad.

Así como es propio de una mala confesion perturbar la conciencia y dejar el corazon inquieto y desasosegado con infinitos remordimientos y latidos, que constituyen á la pobre alma en el mayor precipicio; así tambien por el contrario, es propio de una buena confesion serenar aquella horrible amargura y turbacion; porque la divina gracia, que es la fuente de todo bien, obra en el alma tan maravillosamente, que trasformando el hombre viejo en hombre nuevo, puede decir con toda verdad, que despues de haber padecido la tempestad mas deshecha, como los marineros de la nave de Jonas (1), llegó por último la mayor tranquilidad, el mayor consuelo, y la mayor paz y serenidad. Ántes era como un mar erizado y tempestuoso, que así contempla el Espíritu santo al pecador, miéntras permanece en el estado miserable de la culpa (2); pero lo mismo fué arrojar á los piés del confesor, con un corazon contrito y reconocido, aquella pesada carga de pecados que le daba tanta pena, que empezar inmediatamente á quedar quieta y sosegada, comenzando desde luego á gustar aquellos dichosos frutos, que por Isaías llama Dios mar de justicia ó de santidad, y rios de paz (3). Ántes se veía llena de miedo, llena de congojas, llena de tristeza, como una mujer que va de parto, sin poder mitigar su pena ni hallar alivio en su dolor; pero llegando á dar á luz en la confesion sacramental los hijos de sus entrañas, esto es, las culpas y pecados, que la martirizaban sin consuelo, queda gozosa y alegre, dice san Agustin (4), como la mujer despues del parto; porque volviendo á morar el Espíritu divino en aquella dichosa casa, que habia sido cueva y habitacion del demonio, la enriquece y llena de aquellos preciosos dones, que llama san Pablo justicia ó santidad, paz y alegría en el Espiritu santo (5). Para decirlo en una palabra y con toda claridad, lo mismo es confesarse el pecador, verdaderamente contrito y pesaroso de las ofensas cometidas, que por mas execrables que hayan sido sus culpas, y aunque excedan á las arenas del mar, recupera la gracia de Dios que habia perdido; serena su conciencia, dejándola con suma paz; cesan los vientos y borrascas, que le constituían en el mayor precipicio; y por ultimo aquella profundísima tristeza, efecto miserable del pecado, se convierte en alegría del espíritu, de que resulta en su interior la mas inefable dulzura y quietud! Le sucede puntualmente lo que al

(1) *Phil. l. 1. de vit. Moys.* (2) *Orig. Homil. 2. in Psalm. 37.*

(1) *Jon. c. 1. ex v. 4.* (2) *Isai. c. 57. v. 20.* (3) *Isai. c. 48. v. 18.*
(4) *Aug. in Psalm. 70.* (5) *Rom. c. 14. v. 17.*

famoso Sanson, que si al pasar á Tamnata para desposarse, tropieza con un leon, que aterraba con su vista, logra por fruto de su valor el despedazarlo entre sus manos, y encontrar en su boca un panal dulcísimo de miel (1).

Ved, fieles mios, como en compendio los frutos admirables de una buena confesion, de una confesion entera y dolorida, de una confesion en que con grande pena y dolor se manifiestan todos los pecados, sin callar ninguno maliciosamente ó por vergüenza. Á consecuencia de esto, qué quereis ya que os diga? Oh qué necios sois en querer privaros de aquella paz y serenidad, que es el fruto de una confesion sincera y perfecta! ¡qué necios sois en despreciar aquella tranquilidad y alivio, que experimenta el alma compungida, cuando ha sacudido con sinceridad el yugo de sus delitos! ¡qué necios sois en venir á declararos pecadores, y hacer de una declaracion, tan penosa y repugnante á la naturaleza, el mayor de todos vuestros delitos! Si vuestra confesion se hiciese á los hombres, que no ven lo íntimo del corazon, si solamente á ellos manifestaseis vuestras conciencias, pudierais sacar por fruto de vuestro engaño el haberos ocultado á vuestro Juez; pero venís á comunicar con el mismo Jesucristo, que os conoce; con el mismo Señor, que ha sido testigo invisible de toda vuestra vida, y que lee en vuestro corazon, como en un libro abierto, lo mas vergonzoso que ocultáis en él; con aquel gran Dios, que si ahora calla, sufre y disimula, vendrá de repente, ó cuando ménos lo penséis, á castigaros como juez. Pues qué ceguedad es la vuestra?

Ánimo y aliento, oyentes mios, para confesar enteramente vuestras culpas, si queréis sanar, como el mudo del Evangelio: esta resolucion debemos tomar los que como miserables hemos ofendido á nuestro Dios, porque no hay mas medio ni remedio si hemos pecado, que arrojar enteramente nuestras culpas á los piés del confesor, ó condenarnos para siempre. Pues á qué aguardáis? Mudos del demonio, ¿hasta cuándo ha de durar el vivir en su esclavitud? Habéis oído, que ni por parte del confesor, ni por parte de vosotros mismos hay razon alguna para no confesar las culpas; habéis oído, que el confesor nada puede manifestar; habéis oído, que no se admira ni le causan espanto aún las culpas mas horrendas; habéis oído, que con ca-

(1) *Judic. c. 14. ex v. 5.*

llarlas sois verdugos de vosotros mismos por las inquietudes y turbaciones que padecéis; habéis oído por el contrario, que confesándolas humildemente, lográis en vuestro interior la mayor serenidad.

¿Hasta cuándo pues ha de durar la ceguedad? ¿hasta cuándo habéis de ser rebeldes á los amorosos desengaños y voces de vuestro Dios? ¿Es posible que mas haya de poder la vergüenza que la razon? ¿es posible que mas dolor os cause el confesar vuestras culpas, que un infierno eterno, que os aguarda en su defecto? ¿es posible que haya de prevalecer el poder de Satanas al poder de Jesucristo? Eso no, cristiano mio; muera sí el demonio y el infierno todo, y viva la soberana ley de nuestro Dios; publíquense ahora los pecados, aunque sea en todo el mundo, si necesario fuese, porque no quede victorioso Lucifer: esto es lo que debe ser.

Alto pues, alma cristiana; no haya mas dilaciones, no haya mas empacho, no haya mas vergüenza para confesar tus culpas; mira que te lo pide y ruega nada ménos que el mismo Dios. Ea, enfermo desdichado, tú, que há tantos años que vives en ese tabardillo de culpas; tú que há tantos años que las callas maliciosamente, Cristo viene rogándote esta tarde, para que sanes de tan miserable dolencia; este Señor viene rogándote, que confieses tus pecados. Puede llegar á mas su fineza? Ó misericordia sin término! ó paciencia de mi Dios! el médico rogar al enfermo para que deje que le sanen! oh, alábente, Dios mio, tus misericordias admirables! Quién no se rinde á tan misericordioso llamamiento? quién se hace sordo á tan amorosas voces?

Baste ya, pecador vergonzoso, de ingratitud y rebeldía; baste de pusilanimidad en confesar tus culpas, y dando á Dios una firme palabra de ejecutarlo cuanto ántes, arrójate á los piés de Jesucristo con el mas vivo dolor; arrójate á sus piés sacratísimos con humildad y quebranto, que aún quiere abrazarte, como padre, si te arrepientes de todas veras. Bien pudiera usar de rayos, ó castigar de otra forma tu execrable ingratitud; pero tal es su bondad, que aún te aguarda compasivo, aún te llama tierno y amoroso: hoy viene franqueándote su misericordia, y franqueándola igualmente con la mayor generosidad á todos los pecadores: seáis quien fueseis los que habéis ofendido á vuestro Dios; aunque excedan vuestras culpas á las arenas del mar,

á todos convida con su piedad; todos hallaréis el remedio, si lo buscareis de corazon. ¿No es así, dulce Jesus, y prenda de mi alma? Que sí, nos responde benignísimo con la muda voz de su paciencia. Venid á mí, dice por boca de san Mateo (1), venid á mí los que estáis afligidos y atribulados, que en mí encontraréis vuestro alivio y refrigerio; venid los que, ciegos con las tinieblas de vuestra ignorancia y errados juicios, tropezáis en los pecados, que yo soy vuestra luz y vuestro camino; venid los que estáis enfermos por vuestras culpas, que en mí hallaréis la salud, la respiracion y la vida; venid flacos, venid pusilanimes en confesaros, y recaídos en el vicio, que yo soy y seré vuestra constancia y fortaleza; venid los que os quemáis con el fuego de la lujuria, que en mí hallareis una fuente de aguas vivas, con que apagar los incendios de vuestros apetitos; venid, cautivos del demonio y del pecado, que en mí hallaréis la libertad verdadera, y os soltaré de vuestra esclavitud y cadenas.

¡Ó padre mio amantísimo, y á cuánto llega vuestra bondad! cargado me veo de culpas y desnudo de merecimientos, que á tal extremo ha llegado la relajacion de mi vida; y aún queréis compasivo perdonarme! Oh, alábente, Dios mio, tus misericordias admirables! Cómo no me caigo muerto á fuerza de agradecido? Ó mi Dios y mi Señor! cuán ingrato he sido á vuestros favores! cuán rebelde á vuestros auxilios! ¿Cómo puedo yo sin lágrimas acordarme de las veces, que podiais haberme quitado la vida en aquellos tiempos tan mal gastados, y no lo hicisteis? ¿Cuántos millares de almas arden ahora mismo en el infierno por ménos culpas, que las que yo cometí entónces? ¡Y que usando de rigor con aquellos miserables, os hayáis portado conmigo con tanta piedad y clemencia! ¿Quién, ó Dios amorosísimo! quién ató las manos á vuestra justicia en aquella hora? ¿quién os rogó por mí, cuando yacia en el mas profundo sueño? ¿quién detuvo el castigo de vuestro furor, al tiempo que yo con mis maldades lo provocaba? Mis pecados daban voces contra mí, clamando por venganza; y vos os haciais sordo. Mi malicia iba creciendo cada dia contra vos; y no por eso acortabais los plazos de vuestra misericordia para conmigo. Ó exceso de bondad y de clemencia! ¿Con qué podré, padre mio, pagaros

(1) *Matth. c. 11. v. 28.*

tal fineza? ¿qué haré yo en justa correspondencia por tantos y tan inefables beneficios? Pero qué tengo de hacer? ay Jesus de mi vida! ay Salvador mio! No me resta mas arbitrio que esa sangre amorosa, y arrojarme á vuestros piés. Aquí pues me tenéis á vuestras plantas, aunque lleno de confusion y vergüenza; aquí tenéis á esta oveja descarriada, que nada mas ha hecho, que huir de los silbos de su pastor; reconocédla, Señor, como vuestra, que al fin, aunque descarriada, se suelve á vos. A vos me vuelvo, Redentor mio; volvéos á mí, esperanza mia, volvéos á mí, pues me presento humilde, contrito y reconocido. Oh, quién nunca hubiera pecado! ¡oh, quién hubiera muerto de pena y sentimiento, ántes que haberos ofendido! pero no mas culpas, no mas ofensas, ántes morir que pecar. No lo prometéis así? Ojalá que de dolor no me podáis responder. Salgan pues los suspiros del corazon; lloremos nuestros pecados, clamemos con amargura, diciendo de todas veras: *Señor mio Jesucristo etc.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VESPERTINO.

CONOCIENDO LOS MALES QUE CAUSA EL PECADO, NO PODEMOS MÉNOS DE DETESTARLO.

PARA LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Quasi à facie colubri fuge peccata... Dentes leonis dentes ejus, interficientes animas hominum.

Huye del pecado como de la vista de la serpiente... Sus dientes son dientes de leon que matan las almas de los hombres.

Eclesiástico, *c.* 21. *v.* 2 *y* 3.

¿Quién es capaz en el mundo de conciliar la sinceridad de la Fe y el uso perfecto de la razon con la desarreglada conducta del pecador? La Fe, la razon y la experiencia le hacen palpar que es inevitable la muerte, y que en toda su vida no hay un solo momento en que no pueda ser sorprendido y devorado por aquella fiera. La Fe le enseña que de ningun modo le será posible evitar una de las dos suertes, que la providencia irresistible de Dios ha decretado para todos los mortales; á saber, las delicias de la gloria ó los tormentos del infierno: le enseña igualmente que una alma manchada con el pecado mortal jamas podrá entrar en el reino de los cielos, y que por el contrario hallándose adornada con la gracia del Señor, no puede caer en los calabozos infernales; que el estado de gracia ó de pecado en que se halle el hombre en el instante último de su vida, decidirá infalible, absoluta é irrevocablemente su suerte para toda

la eternidad. La razon le instruye en que todo el tiempo que pueda durar su vida mortal, aunque sea un siglo ó cien millones de siglos, es ménos que un momento indivisible comparado con la eternidad; y que por tanto el mayor, el único de sus verdaderos intereses es asegurarse para entónces una suerte feliz, aunque sea á costa de sufrir todas las incomodidades, dolores, privaciones y trabajos; ó lo que es lo mismo, que todo su anhelo debe ser huir del pecado y conservar á toda costa la gracia y la virtud. La experiencia le exhorta á que esté siempre dispuesto, porque la muerte puede asaltarle, cuando esté mas descuidado, como sucede por lo comun á la mayor parte de los hombres.

Esto no obstante el cristiano se ciega, se deja seducir; apetece, busca su engaño; se expone voluntariamente á los peligros; se arroja, se precipita en el pecado; se empeña en hacer cada dia mas difícil, si no del todo imposible, su salida de este abismo, con la frecuente repeticion de sus caídas.

Admirable es por cierto esta conducta; pero hay otras cosas que llaman mas mi admiracion. Soy hombre, soy miserable, soy pecador y veo por experiencia propia la suma debilidad de nuestra naturaleza; el poder, la violencia de nuestras pasiones, y la sagacidad, obstinacion y perfidia de nuestros enemigos; y no me extraña por tanto, que el hombre, aunque cristiano, se rinda alguna vez y caiga en la culpa. Lo que me llena de confusion, de temor y de desconfianza, es el ver que siéndole tan fácil é interesante, no se apresure á reparar inmediatamente su caída, que tenga la imprudencia de permanecer dias, meses, años y acaso toda la vida en un estado tan lamentable: esto es lo que de ningun modo acierto á conciliar con la sinceridad de la fe y con la sanidad y entereza de la razon.

Pasados aquellos ominosos momentos en que os procurasteis el desahogo de todas las pasiones, ¿experimentáis algun nuevo placer, alguna otra satisfaccion en abrigar en vuestro seno ese venenoso basilisco que tiene inundado vuestro corazon de su mortífera ponzoña; ese monstruo de malignidad que os hace incapaces de todo bien, y que con una fuerza irresistible atrae sobre vosotros el inmenso cúmulo de todas las desgracias? ¿Qué es si no pecadores, qué es lo que os mueve á permanecer en el infeliz estado de la culpa?

Voy á decíroslo en pocas palabras; el no conocerla: por lo

que insistiendo en el objeto que me propuse en el principio de esta cuaresma, que es exhortaros á la verdadera penitencia, procuraré haceros conocer en algun modo lo que es el pecado mortal, pues tengo por imposible que conociéndolo, no lo detestéis de todo corazon y lo desterréis para siempre de vosotros, que es en lo que aquella consiste, segun demostré la tarde pasada (1).

Señor, en el feliz resultado de esta empresa se cifra tal vez la gloria de vuestro honor y la salvacion de estas almas redimidas con vuestra sangre; y siendo por una parte muy escasas mis luces, y no pudiendo asegurar por otra que las disposiciones de mis oyentes sean mas favorables que hasta aquí, solicito los auxilios de vuestra gracia, para que mis palabras consigan el efecto deseado. Hagámosle todos esta súplica por la mediacion de su santísima Madre. *Ave María.*

No pudiendo el arte ni la naturaleza subministrarnos colores suficientes para retratar con perfeccion el horrible y abominable monstruo del pecado mortal, me valdré para daros alguna idea, aunque muy débil, de su monstruosidad, de las tiernas y expresivas lágrimas con que lo lloró el Hombre-Dios. Cuando en la muerte de Lázaro y á vista de Jerusalen lloró este divino Salvador, cuya omnipotencia habia demostrado mas de una vez, no se propuso otro objeto, que darnos á conocer los estragos que el pecado causa en el alma, que tiene la desgracia de cometerlo. No creo poderos presentar una prueba mas palpable de la infinita deformidad, de la odiosidad execrable, de los espantosos efectos de este monstruo. Todo un Dios, el Dios poderoso y fuerte, aquel Dios inalterable, que sufre con una serenidad propia de la grandeza infinita de su alma los tormentos mas crueles y la muerte mas horrorosa; este mismo Dios solo parece dar indicios de alguna debilidad, cuando tiene á su vista, no el mismo pecado, sino solo una débil figura, una imágen imperfecta. Pero no debemos extrañarlo, porque con solo presentarse á su imaginacion la idea de este monstruo en el huerto de las olivas, le abandona el espíritu, le faltan las fuerzas, se

(1) El vespertino á que se refiere el Sr. González, se halla en la pág. 68 del tomo cuarto de los sermones de *Mision*.

rinde, desfallece, cae por tierra y prorumpe en un general y copiosísimo sudor de sangre, que acabara con su vida, si el cielo compadecido de su cruel situacion, no se hubiese dignado confortarle por el ministerio de un ángel. Bien conocia que todos los pecados del género humano, que cargaba sobre sí con la cruz, eran incapaces de imprimir la mas mínima mancha en su alma; sin embargo se estremece, se aterra, le parece imposible soportar una escena que en cierto modo le hace odiosa la vida: y el hombre, el débil mortal, el infeliz pecador, léjos de estremecerse ni horrorizarse con su presencia, lo busca con ansia, hace los mayores esfuerzos por familiarizarse con él como con el amigo mas íntimo, se sienta con él á la mesa, lo coloca á su lado en el lecho, le da acogida amistosa en su seno, lo...! dónde vas á parar?

Oídme atentos, desventurados pecadores (¡ojalá que mis palabras fueran tan eficaces, como las que dirigió el Salvador al cadáver de Lázaro!); oídme atentos y podréis conocer en algun modo lo que es el pecado. Cuando Jesucristo, avisado de la muerte de aquel por Marta y María, se presentó en el castillo de Betania, se hallaban las dos hermanas inconsolables, penetrados de dolor los amigos, llenos de compasion los apóstoles; y aún el mismo Jesus, á pesar de su omnipotencia é infinita sabiduría, manifestó con copiosas lágrimas el agudo sentimiento que le causaba la muerte del que habia sido su amigo; pero este permanece inmoble, sin llorar, sin afligirse, sin hacer la menor demostracion de sentir su desgracia. Mas cómo, si estaba ya difunto? cómo, si era absolutamente incapaz de conocer su situacion?

Imágen funesta! lamentable, pero fidelísimo retrato del pecador! Los mismos efectos que produce la muerte en el cuerpo, produce el pecado en su alma: la despoja enteramente de la vida; de la vida mas preciosa, la mas noble, la mas apreciable, la mas gloriosa; la priva de la vida de la gracia, por la que era amigo íntimo, hijo predilecto de Dios, participante de la divina naturaleza, dueño de todos los tesoros de la Omnipotencia y heredero del reino de la inmortalidad. Pero, oh desventura! por la muerte de su alma ha sido despojado de tan inmensos bienes; todos, todos sin excepcion le han sido arrebatados; de todos se ha hecho incapaz, puesto que ha perdido la vida. Pérdida fatal! muerte horrorosa! desgracia digna de llorarse con

lágrimas de sangre! No, no es extraño que la lloren los ángeles del cielo en extremo compadecidos, siendo así que la conocen con perfeccion: no es extraño que la lloren consternadas las almas justas, y se estremezcan al ver su espantosa figura: no es extraño que la llore el Dios omnipotente que habia dado el ser á su pobre alma; el mismo Dios que viéndola una vez desventuradamente muerta, se dignó restituirle la vida á costa de su misma sangre, del sacrificio mas doloroso, de la muerte mas inhumana, y como que se manifiesta dispuesto á padecer y morir de nuevo, si necesario fuere, para volverla á la vida.

En medio de todo esto el pecador es el único que nada siente, que por nada se aflige, que nada echa de ménos, porque se le ha acabado el sentimiento, ha perdido enteramente el uso de la razon, le ha faltado la vida. Así es que oprimido con un peso enorme, insoportable, con el odio y detestacion del mismo Dios, ni procura sacudirlo, ni advierte siquiera que lo lleva sobre sí.

El odio del mismo Dios! sí, pecador: *odio sunt Deo impius et impietas ejus*, dice el sabio (1). Desde el momento desventurado en que te arrojaste al abismo de la culpa, atrajiste sobre tu pobre alma todo el furor, toda la execracion de Dios: te aborrece de modo que ni aún puede tolerar tu presencia: *mundi sunt oculi tui, ne videas malum, et respicere ad iniquitatem non poteris* (2): al querer fijar sus miradas compasivas en la obra de sus manos, se le presenta con la mayor viveza tan ignominiosa, tan horriblemente desfigurada y espantosa, que le es repugnante mirarla. El odio, la execracion de todo un Dios; del absoluto dueño, del árbitro soberano del universo entero; del dispensador de todos los bienes y males; de todo un Dios, á quien adoran con el mas profundo respeto, cuya gloria defienden con el mas ardiente celo, y cuyas injurias desean vengar con la mas justa severidad los cielos y la tierra, los brutos y las piedras, las plantas y los elementos...! ¿Cómo es, insensible pecador, cómo es que no te asustan y aterran tantos y tan poderosos enemigos? Abre siquiera los ojos del cuerpo, reflexiona un momento: mira con seriedad tu ignorancia, tu debilidad, tu miseria; mira el fiero despotismo de tus pasiones; mira el trabajo, el hambre, la sed, el dolor, la enfermedad, la muerte;

(1) *Sap. c. 14. v. 9.* (2) *Habac. c. 1. v. 13.*

mira los incendios, los terremotos, la esterilidad, la peste, la guerra; mira esas furiosas tempestades que despiden con tanta frecuencia los rayos de la divina venganza; mira esas terribles inundaciones que haciendo salir de madre los mas caudalosos rios, se absorben en pocos momentos poblaciones enteras con todos sus habitantes; mira por último el violento fuego de un infierno aterrador que abrasa sin consumir tantos millones de almas; mira y no dudes que todo, todo es efecto de un solo pecado, pero de un pecado que ya se nos ha perdonado por la misericordia del Señor.

Todas las criaturas animadas de un ardiente celo por la gloria de su criador omnipotente, y deseando vengar la injuria que se le ha irrogado por el hombre, se declaran enemigas implacables de este monstruo de ingratitud; le aborrecen, le persiguen de muerte; y el hombre insensato sin advertir que va marcado con el sello ignominioso, cuya vista excita contra sí el furor de toda la naturaleza; este miserable ¿vive sin recelo, en la mas deplorable confianza, en la mas perniciosa seguridad: este ser incomprensible ¿se atreve á fijar sus piés en la tierra, sin temer que la tierra se abra, le devore, le sepulte para siempre? ¿se atreve á tomar el alimento, á beber una sola gota de agua, sin que le ocurra que puede esconderse en ella el mas activo veneno, que en un momento y de un modo desastroso haga terminar su existencia? ¿se entrega descuidado al sueño, sin ocurrirle que acaso no dispertará ya jamas? Qué es esto! ¿puede ignorar acaso el pecador, que desde el momento en que tuvo la desgracia de cometer el pecado, lleva escrita en su frente con caractéres indelebles la sentencia de su eterna condenacion? ¿puede ignorar que en el momento mismo en que le arrebate la muerte, se precipitará su alma en el insondable abismo de todas las desgracias; será presa de las furiosas llamas de un infierno en que arderá sin fin, sin consuelo, sin esperanza, sin remedio? Cómo conciliar la fe con semejante conducta? Á no verse con tanta frecuencia, ¿seria creible, podria imaginarse una insensatez tan asombrosa, una ceguedad tan funesta? Solo el pecado, solo una injuria infinita hecha contra una majestad infinita pudiera cegar en tales términos el entendimiento y debilitar hasta el extremo la resplandeciente antorcha de la Fe en el corazon del hombre: ay! casi está amortiguada.

El difunto Lázaro no podia ver una siquiera de cuantas dili-

gencias se practicaron para volverle á la vida. Si los inumerables rayos del sol se hubieran reunido en el estrecho recinto de su sepulcro, aún no hubieran llegado á percibir sus ojos la mas mínima claridad; si la música mas sonora y armoniosa, ó el horrible estruendo de una numerosa artillería hubiera estallado de improviso á sus mismos oídos, no hubieran podido percibir el mas débil sonido, porque estaban absolutamente cerrados con los candados de la muerte; si toda la dulzura de la miel ó los amargos mas crueles é insoportables se hubieran colocado dentro de su boca, su paladar no hubiera percibido la mas pequeña sensacion, de la que no era susceptible por estar inhabilitado por la muerte: así el pecador, privado por la culpa de la preciosa vida de la gracia, queda completamente destituído del uso de sus miembros, de los sentidos, de la razon, de todas las operaciones vitales. El miserable, para colmo de su desgracia, vive en una ilusion, en un engaño funesto: conserva la vida natural; conserva el ejercicio de sus sentidos corporales y aún el uso de la razon para los negocios terrenos: conserva por un efecto de la divina misericordia la fe y la esperanza, á ménos que expresamente haya arrojado de su corazon estas virtudes; percibe los objetos materiales con la misma claridad, con tanta perfeccion como los percibia en el estado de la gracia. Tal vez considera, discurre acerca de los bienes espirituales y eternos, y no cree por tanto que le ha faltado la razon, el movimiento, el sentido, la vida en el órden sobrenatural. Todo absolutamente le falta, y nada echa de ménos: funesto, lamentable engaño!

Si Lázaro, si cualquiera de los demas difuntos fueran dueños en el instante de su fallecimiento de todas las riquezas que oculta la tierra en sus entrañas; de los palacios mas magníficos que ha podido inventar el arte para halagar las pasiones; de todos los muebles, adornos y regalos á que parece estar vinculada la felicidad de los mortales; si todo esto, digo, estuviera á su disposicion, en aquellos momentos de nada les serviria, aunque tal vez por adquirirlo y asegurar su dominio aceleraran su muerte con los desvelos, trabajos y sacrificios empleados al efecto. Todo, todo pereció para ellos con la muerte: idea en extremo dolorosa!

Observa, pecador, y verás un espantoso, pero fiel retrato de tu situacion desventurada. Todas las virtudes, todos los méritos

adquiridos por ellas en el discurso de tu vida, todo pereció para ti con la muerte de tu alma. Aquellos tesoros inapreciables que habias conseguido reunir á costa de tantos y tan dolorosos sacrificios, depositándolos en el cielo para preservarlos de la oruga, de la polilla, de los ladrones, todo pereció por tu imprudencia, todo te lo arrebató el pecado. Despues de diez, cincuenta ó mas años empleados en fervorosas oraciones, en rigurosos ayunos, en abundantes lágrimas, en la práctica de todas las virtudes, has tenido la debilidad de sucumbir á la tentacion, en cuyo fatal momento perdiste desgraciadamente cuanto habias merecido hasta entónces; y si mueres en aquel infeliz estado, es tan segura, tan irreparable tu eterna condenacion, como si nunca hubieras hecho la mas pequeña obra meritoria en la presencia de Dios.

No es mi ánimo aterraros, amados hermanos mios; solo sí procuraros un desengaño y apartaros, si me es posible, de ese abismo de miserias en que os ha sumergido la culpa. Lo repito, aunque con el mayor sentimiento de mi corazon: aunque hubierais reunido los méritos de todos los apóstoles, de todos los mártires, de todos los confesores, de todas las vírgenes, de todos los bienaventurados; aunque el Unigénito de Dios os hubiera cedido todo el precio de su sangre, que es infinito, todo lo perdisteis, todo se acabó para vosotros, en el momento en que por el pecado disteis á vuestra alma una desastrosa muerte. Qué pérdida tan lamentable! pero no desmayéis por eso, que el Dios de las misericordias os proporciona el medio de repararla. Vosotros no pudierais merecerlo de modo alguno, porque no conserváis el menor derecho; pero un Dios amorosísimo custodia con exquisita diligencia todos vuestros tesoros, para devolvéroslos íntegros, cuando por una verdadera penitencia entréis de nuevo á participar sus bondades.

Ó benignidad inapreciable de nuestro Dios! venid, pecadores; corréd presurosos al saludable baño de la penitencia, en que os esperan tantos bienes: no queráis exponeros al inminente peligro de llorar con una irremediable desesperacion la negligencia, la insensatez con que habéis desperdiciado la mas bella ocasion, que se os presenta ahora para reparar vuestra pérdida, volver á la posesion de todos vuestros tesoros y recobrar todos los méritos que desgraciadamente habiais perdido. Venid sin la menor dilacion, que todos se os devuelven inmediatamente:

acogéos al sagrado de la penitencia y conseguiréis entrar de nuevo en relaciones con vuestro Dios, quien restituirá á vuestra alma la inapreciable vida de la gracia. Venid, no malgastéis los momentos que son preciosos. Recordád lo que os he dicho; á saber, que en el estado de pecado, en que os encontráis, nada podéis merecer delante de Dios.

No quisiera que mis exhortaciones sirvieran de ocasion ó de estímulo; para que los pecadores abandonaran el cuidado de su alma y se retrajeran de obrar el bien: ministro del Dios de la verdad, no puedo ménos de anunciar esta, por mas terrible que sea á los cristianos; ellos serian responsables, si interpretaban mal mis palabras. Las oraciones, los ayunos, las limosnas, todo género de buenas obras, todo esto es incapaz de merecer la gracia ni la gloria; y lo peor es que semejantes obras no pueden resucitar por medio de la penitencia, porque jamas han gozado el beneficio de la vida: sin embargo no por eso debéis dejar de orar, de mortificaros, de obrar bien, porque ¿quién sabe si la misericordia del Señor se inclinará hácia vosotros, viendo tan buenas disposiciones, aunque no podáis fundar en ellas derecho alguno para obligarle á que se compadezca de vuestra miseria? ¿Quién sabe si Dios quiere prepararos por esos medios, para que recibáis mejor las ulteriores influencias de su gracia? Si su bondad infinita llama para sí al pecador mas abandonado que ni remotamente piensa convertirse, ¿cómo es posible que desprecie y abandone á los que manifiestan ciertos deseos de volver á su amistad? Sin embargo lo cierto es que, por dilatar vuestra conversion, os priváis de los méritos que con esas buenas obras pudierais atesorar para el mas terrible de los dias; porque aquellos se fundan en la posesion de la divina gracia, de la verdadera caridad, de que el pecador carece. Por eso dice expresamente el apóstol san Pablo (1), que la fe mas firme, las mortificaciones mas austeras, las limosnas mas abundantes, de nada sirven faltando la caridad: es decir, que por ellas no es capaz el pecador de contraer mérito alguno en la presencia de Dios.

De aquí podéis inferir que le es imposible volver por sí solo á la vida de la gracia. Para esto es indispensable reparar el honor de Dios que ha vilipendiado con la culpa, y dar á su infi-

(1) I. *Cor.* c. 13. v. 2. *et* 3.

nita majestad una satisfaccion igual á la gravedad de la injuria que le ha irrogado. Y cómo ha de serle esto posible? quién es el hombre comparado con su Dios? La imaginacion se pierde al considerar esto: la distancia es inmensurable, infinita; pero ella es la regla por donde se mide la gravedad de la ofensa y la dificultad de satisfacer. Por esta razon el menor de los pecados mortales hace á Dios una injuria infinita; y el infeliz pecador se ve constituído en una verdadera imposibilidad de repararla. Qué digo el pecador? todos los hombres, y aún todos los ángeles juntos son incapaces de volver á Dios el honor que le quita un solo pecado. Y aunque el Señor por un acto de su generosidad y misericordia pudiera aceptar cualquiera retractacion, humillacion ó sacrificio del pecador, perdonándole por este medio su pecado; mas en el tribunal de su infinita justicia ha resuelto no aceptar satisfaccion alguna, si no guarda una perfecta igualdad con la gravedad de la ofensa.

Miserable pecador! qué desgracia tan lamentable has llamado sobre ti! Alma infeliz! alma desventurada! ya casi no me admira que el hombre á pesar de su soberbia envidie la suerte del irracional y haga lo posible por embrutecerse. Ó pecado! triste orígen de todos los males, y mas horroroso que todos ellos! Ó pecado! tú solo sujetas al hombre á la servidumbre mas infame y cruel; tú le haces esclavo de Satanas, tú aprisionas al alma con unas cadenas tan duras, que nada será capaz de romper, aunque se reunan las fuerzas todas del mundo, porque son nada ménos que la justicia omnipotente del Señor: tú despojas de la gracia las obras del pecador, haciendo que no puedan salir del órden de la naturaleza, y de consiguiente que carezcan de toda proporcion con los bienes sobrenaturales: tú impides que sean oídas sus oraciones en el trono de las misericordias; y le pones en peligro de que se verifique en él la terrible imprecacion que fulminó el Señor por el profeta David, cuando hablando del pecador dice: *et oratio ejus fiat in peccatum* (1).

No, gran Dios, no permitáis que llegue jamas el caso de que sus oraciones contribuyan á agravar su desdicha, á arraigar mas y mas sus vicios, á hacer del todo irreparable su infelicidad.

(1) *Psalm.* 108. v. 7.

Ya que lograsteis aplacar la ira de vuestro eterno Padre, satisfacer su justicia, restablecer todo su honor hasta el punto de agradarle esta satisfaccion mucho mas de lo que podíamos haberle ofendido todos los pecadores, humillándoos en su presencia, ofreciéndoos en sacrificio á vos mismo, que sois igual en la perfeccion á su majestad infinita; ya que nos habéis merecido á todos el perdon rescatándonos con el precio infinito de vuestra sangre; ya que nos habéis sacado de la odiosa esclavitud en que vivíamos, comprándonos de nuevo y adquiriendo sobre nuestras almas otro derecho semejante al que os compete por ser nuestro criador, no nos abandonéis á nosotros mismos y al furor de vuestra indignacion. Pidiéraos en buena hora el Rey profeta la condenacion de todos los pecadores; yo ni me hallo dotado de su celo ni de su espíritu, y así os pido lo contrario. En las oraciones del pecador no miréis el pecado que tanto os horroriza, mirád el hombre, obra de vuestras manos; mirád su alma rescatada con vuestra sangre. Hacéd alarde de vuestro poder; pero sea para destruir las fuerzas del infierno y arrebatarle esa presa que mira como suya: sea para obrar en todos nosotros los admirables prodigios de vuestra misericordia.

No puedo mas. Amados hermanos mios, infelices pecadores, mirád atentos el débil retrato, en que acabo de presentaros vuestra desgraciada situacion. Privados de la vida mas preciosa, aborrecidos de Dios, perseguidos de muerte de todas las criaturas, condenados al horroroso fuego del infierno, despojados de todos cuantos méritos habiais adquirido en el discurso de vuestra vida, absolutamente incapaces de contraer otros nuevos y de salir por vosotros mismos del profundo abismo en que os habéis sumergido; no os horrorizáis? no teméis por vuestras almas? ¿Aún resistiréis obedecer al Señor, que os llama por mis labios, para aplicar un pronto remedio á todos vuestros males? ¿Perderéis todavía esta ocasion, que su infinita misericordia os proporciona, y que tal vez será la última? Ay! ay. almas justas! deshacéos en lágrimas á vista de semejante desgracia. Compadecéos de estos miserables, ángeles gloriosos. Entreguémonos todos con nuestro amorosísimo Redentor al mas amargo llanto, pidiendo al mismo tiempo fervorosamente al Señor por estos infelices ciegos, sordos, mudos, paralíticos, privados de la

razon; más estúpidos que los jumentos; más insensibles que los pedernales; más endurecidos que los diamantes, y si así puede decirse, mas criminales y dignos de castigo que los mismos demonios: pidamos al Dios de las misericordias que los restituya á la vida, al conocimiento, al uso de sus sentidos, á su gracia y amistad, para que puedan merecer la bienaventuranza de la gloria. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INSTRUCCION

SOBRE

LA NECESIDAD DE UNIR Á LA SUMISION DE CORAZON LA SIMPLICIDAD DE ESPÍRITU.

PARA LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA.

(DE COCHIN.)

Estaba Jesus lanzando un demonio, que era mudo... Mas algunos dijeron: en virtud de Belzebú, príncipe de los demonios, lanza los demonios.

S. Lúcas, c. 11. v. 14 y 15.

No hay un vicio, hermanos mios, que ponga mas obstáculo á la santificacion que la preocupacion y la envidia. ¿Por qué otra causa Israel, testigo tantas veces de los milagros de Jesucristo, tiene la desgracia de endurecerse y de desconocerle? ¿Por qué otra causa los fariseos abusan del prodigio de que habla el Evangelio de este dia, para tratarle como un seductor que trae todo su poder de Belzebú, príncipe de los demonios? Hermanos mios, ellos estaban impresionados de las primeras ideas que se habian formado del Mesías; estaban preocupados contra su persona á causa de la oscuridad de su orígen, de la pobreza de sus padres y de su simplicidad exterior; estaban ofendidos de la oposicion contínua que manifestaba Jesucristo respecto de su conducta y acciones; y así se dejan arrastrar de la prevencion y de la envidia.

El remedio de la ignorancia es la propagacion de las luces, y aún el odio cede á los beneficios; pero la preocupacion se mantiene firme contra los testimonios mas públicos y palpables. Veréis á Jesucristo en el santo Evangelio que multiplica sus milagros; que se hace mas accesible al pueblo; que habla á todos con miramiento y con bondad; que se comunica á los fariseos, aún á los mas encarnizados en perseguirle; que frecuenta sus casas; que se sienta en sus mesas; y sin embargo no veréis que estos hombres abran los ojos y le hagan justicia. Precavámonos pues, cristianos, de que nos dominen la envidia y la preocupacion. Acordémonos de que uno de los caractéres mas esenciales del cristiano es la simplicidad. Desconfiemos de ese espíritu de orgullo que quiere profundizarlo todo, raciocinar sobre todo, y juzgar indiscretamente de cuanto se le pone delante. Nosotros pertenecemos á Dios por todo lo que somos, y no podemos agradarle, sino cuando juntemos á la sumision del corazon la simplicidad del espíritu. Procuremos pues fortalecernos en estas disposiciones, meditando el Evangelio de este dia, que es en extremo útil é interesante. Prestádme vuestra atencion.

La enfermedad que se presenta hoy á Jesucristo, era de muy distinta naturaleza que las demas que habia curado. En otras ocasiones habia lanzado los demonios, habia dado oído á los sordos y habla á los mudos; pero hasta ahora no se le habia presentado un enfermo que reuniese estos tres accidentes.

Los evangelistas están acordes en hacernos notar que este era un artificio del espíritu de las tinieblas, para sustraerse del poder de Jesucristo; como si el Autor de la naturaleza no tuviese poder para hacerse oir de las criaturas mas insensibles. Expliquemos estas primeras palabras del Evangelio. *Estaba Jesus lanzando un demonio, y este era mudo.* Todo pecador está bajo del imperio del demonio, pues que siempre obra por sus inspiraciones y se presta á los movimientos que le sugiere: hablo de los pecadores, cuya volúntad consiente formalmente en el mal. Sin embargo todo pecador no es sordo ni mudo en el momento que se entrega á la iniquidad. Cuando empieza á darse al pecado, todavía oye el grito de la conciencia, se atemoriza de la voz que se levanta contra sus desórdenes, y habla el lenguaje de la conversion y la penitencia. Cuando Jesucristo habla, bien sea por el medio de secretas inspiraciones, ó por

sucesos maravillosos y extraordinarios, ó por el órgano de sus ministros, aún hace su palabra algun efecto: el pecador á lo ménos se asusta y se conmueve; y si no se convierte, forma proyectos y deseos de conversion y de salvacion. Pero por el contrario se ve reducido al estado de este hombre del Evangelio, cuando ha llegado á formar costumbre, y cuando se ha familiarizado con el crímen. Entónces habla Dios, y no le oye; se explica la conciencia, y no la escucha. El hombre ya no sabe llorar su estado ni solicitar el remedio; ya no puede resistir la impresion de las pasiones de que se ha hecho un vil esclavo. Tiemblen, hermanos mios, los que ya experimentan los tristes efectos de este estado; y aunque no es tan desesperado que carezca absolutamente de remedio, teméd, pecadores, sus funestas consecuencias: hoy sana Jesucristo á este hombre, tanto para vuestra instruccion, como para vuestro consuelo; y mediante que con tanta generosidad le libra de sus enfermedades, tambien puede restituiros el uso de todas las facultades que habéis perdido por el pecado.

El primer movimiento que produce este triple milagro en el pueblo, es un sentimiento de admiracion; pero como siempre se hallan espíritus orgullosos que, ó nada quieren creer, ó se avergüenzan de pensar como los demas hombres, este milagro sufrirá tambien sus contradicciones. Hay algunos que no se atreven á combatir y atacar la verdad; pero tampoco examinan el principio y la causa de ella. Si no hubiesen presenciado los fariseos el prodigio que se acaba de obrar, hubieran empezado por negarlo absolutamente, ó por ponerlo en duda, atribuyendo la fama de esta maravilla á la credulidad del pueblo, que se deja sorprender fácilmente; pero ellos han sido testigos del estado de este hombre, y ahora lo son de la mudanza que obra en él la palabra del Salvador. ¿Cuál será pues el partido que tomen, para disminuir en el espíritu del pueblo la autoridad de este milagro? *Algunos de ellos dijeron: en virtud de Belzebú, príncipe de los demonios, lanza los demonios.* ¡Qué dignos son, hermanos mios, de compasion aquellos que han formado la costumbre de contradecir las obras mas santas y las acciones mas loables! ¿Por qué causa no han de convenir en el bien, cuando es evidente é indudable? ¿Por qué formarse el principio de no alabarlo jamas? Hablo con ciertos espíritus duros y feroces, insufribles por temperamento y por orgullo, y

para quienes nada es bueno y útil sino lo que han pensado ó ejecutado. Ah, cristianos! si estáis animados de la caridad, ¿debéis conocer otros intereses que los de Dios, los de la verdad y la virtud? Las cosas que miran á la gloria del Señor, al engrandecimiento de su reino y á la edificacion de vuestros hermanos, ¿no merecen vuestra atencion y vuestros elogios? Rezelosos siempre del pecado, ¿no debéis alabar todo lo que lleva la marca y el carácter de la virtud? Pero llevemos adelante el discurso, porque Jesucristo guarda, segun parece, silencio sobre esta primera acusacion. Entre la multitud que le rodea, hay algunos demasiado temerarios que le piden, para probarle, señales del cielo: como si el lanzar un demonio, dar oído á un sordo y habla á un mudo, no probasen sobradamente la extension de su poder. Jesucristo habia ya respondido á semejante peticion, haciéndoles notar un prodigio que debian ver despues, aunque con la mayor indiferencia; á saber, á Jonas, conservado milagrosamente por tres dias en el vientre de la ballena y vuelto á la vida, figura de su sepultura y resurreccion. Hoy pues le acusan de que lanza los demonios en virtud de Belzebú, y para combatir esta insidiosa acusacion, se sirve de un principio incontrastable. *Todo reino*, les dijo, *dividido contra sí mismo, será asolado, y caerá casa sobre casa.* Jesucristo, sin detenerse á oir su respuesta, les hace otra pregunta mas convincente todavía. *Si yo*, les dice, *por virtud de Belzebú lanzo los demonios, vuestros hijos ¿por quién los lanzan?* ¿acaso por Dios, ó por el demonio?

Esta es la única vez que se habla en el santo Evangelio del poder concedido á los hijos de los hebreos de arrojar los demonios. Para ilustrar este pasaje me parece conveniente daros una idea del orígen de este poder. Salomon por la sabiduría que el Señor le habia comunicado, habia adquirido conocimientos superiores á todos sus antepasados, y entre otros el maravilloso secreto de lanzar los demonios, aplicando, dicen los comentadores, ciertas plantas y oraciones, á las cuales habia concedido el Señor esta virtud. Dios quiso tambien que este poder se trasmitiese solo á los niños, porque la inocencia y la simplicidad de su corazon les hacian superiores á todos los demas para mandar al demonio; y así nos refiere el historiador Josefo muchos prodigios de esta especie, de que fué testigo, y que Jesucristo mismo confirma con estas palabras: *vuestros hi-*

jos ¿por quién los lanzan? Hé aquí, hermanos mios, las palabras y las razones poderosas de que se vale Jesucristo para convencer á este pueblo incrédulo; pero él las desprecia cada vez mas obstinado. Si á lo ménos su silencio fuese un testimonio de su docilidad, todavía pudiera disculpárseles; pero no callan sino para meditar nuevos sofismas, y así Jesucristo falla su condenacion, diciéndoles: *por esto serán ellos jueces de vosotros.* ¡Cuántas veces, hermanos mios, podríamos dirigir á los padres y madres esta amenaza: vuestros hijos serán vuestros jueces! Sí, padres ciegos y contemplativos, que con el pretexto de contemplar á vuestros hijos, dejáis crecer en ellos las disposiciones mas criminales, y toleráis que se fortalezcan en las inclinaciones mas corrompidas. Sí, padres arrebatados y coléricos, que por un exceso enteramente contrario, apagáis en el corazon de vuestros hijos las semillas de la virtud, que el Señor habia sembrado en ellos, y les ponéis el yugo de una dependencia insoportable. Sí, padres ambiciosos y emprendedores, que no aspiráis sino á elevar á vuestros hijos á puestos superiores á vuestra propia fortuna, para los cuales no han recibido ni disposiciones ni talentos. Sí, padres escandalosos, que sois con vuestros ejemplos los primeros corruptores de vuestros hijos: ellos serán jueces de vosotros. No esperarán, no, para pronunciar su sentencia y condenacion, el dia de la manifestacion universal: desde ahora mismo con sus graves desórdenes, con su escandalosa altanería, con el desprecio y la ingratitud con que pagan vuestros cuidados, os increpan el abuso de la autoridad paternal, y dan un público testimonio de la mala educacion que han recibido.

Jesucristo parece debia suponer que los judíos, por mas incrédulos que fuesen, dejarian su incredulidad á la fuerza de tales razonamientos; y así les dice: *si con el dedo de Dios lanzo los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado á vosotros.* Como si dijese: yo no lanzo los demonios en nombre de Belzebú, porque seria temeridad pensar que el demonio trabajase en destruir su propio imperio. Vuestros hijos hablan en nombre de Dios, cuando mandan á ese espíritu; pues ¿por qué os obstináis en cerrar los ojos á los efectos de su poder, miéntras que el reino de Dios está en medio de vosotros? Jesucristo prueba la existencia de este reino con la comparacion siguiente. *Cuando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están todas las cosas que posee; mas si sobreviniendo otro mas fuerte que él, le venciere, le quitará todas sus armas, en que fiaba, y repartirá sus despojos.* Cristianos presuntuosos, este fuerte armado es el demonio: Jesus, al darle este nombre, ha querido enseñarnos á temerle; pero al mismo tiempo advierte á los cristianos tímidos, que este otro hombre mas fuerte que él, es Jesucristo mismo, el cual ha querido tomar esta cualidad para fortalecer su confianza. El demonio es el fuerte armado; pero ya que somos tan frágiles y débiles, no intentemos combatirle con nuestras propias fuerzas. El demonio es muy hábil para defender sus conquistas, y procura mantener una calma peligrosa en el alma á quien ha dominado; pero si queréis sacudir este yugo, llamád en vuestro socorro al mas fuerte y mas poderoso que él: llamád á Jesucristo, que os ayudará á quitarle todas sus armas y á repartir sus despojos. *El que no es conmigo, contra mí es;* dice despues Jesucristo; *y el que no coge conmigo, esparce.* Meditád, hermanos mios, atentamente estas palabras. ¡Qué desgracia para un cristiano no estar con Jesucristo, pues que en él está nuestra fuerza, nuestra salvacion y nuestra vida! Pero ser contrario de Jesucristo, tener á Jesucristo por enemigo, es el colmo de las desgracias. No digáis, mis hermanos, que hacéis bastante con absteneros de esos vicios vergonzosos que degradan la humanidad, y que podéis permitiros sin peligro algunas flaquezas, que no llegan á corromper el fondo del corazon. Yo en este caso solo quiero haceros una pregunta: ¿estáis con Jesucristo, cuando llenos de orgullo y de amor propio, sois insensibles á la necesidad de vuestros hermanos, cuando os alejáis de la mortificacion y de la cruz, cuando tentáis vuestra sensualidad en las comidas, cuando tenéis una exquisita delicadeza y refinamiento en los vestidos; cuando os dejáis llevar de la crítica, la maledicencia y la mentira, y sois tímidos y lánguidos en el servicio de Dios? ¿Reconocéis en estos defectos alguna conformidad con Jesucristo? No creo, hermanos, que llegue á tanto vuestra temeridad: la conciencia misma seria entónces quien os arguyese. Pues sin embargo de esto vivís en oposicion con Jesucristo, porque no hay medio en estos dos extremos; ó con él, ó contra él. ¿Queréis saber, mis hermanos, cuál es el peligro de una vida, que sin ser abiertamente criminal, es del todo inútil á los ojos de Dios? Escuchád vuestra condenacion, almas frias, perezosas y pusilánimes: *el que no*

coge conmigo, esparce, dice Jesucristo; esto es, yo siembro en la afliccion, en la amargura, en la penitencia, para recoger en la alegría; vosotros sembráis en la delicadeza, en los placeres, en la abundancia, y así no recogéis sino en la amargura: yo enseño á llevar la cruz, á contradecir los apetitos, á caminar en el camino estrecho, y este es el camino único que indico para llegar á la vida; vosotros teméis las aflicciones, rehusáis los trabajos, satisfacéis vuestras inclinaciones; pues ya renunciáis á la corona. Jesucristo pasa insensiblemente del espíritu al corazon: al espíritu le habla con razonamientos sólidos y ahora va á hablar al corazon con verdades poderosas y eficaces; y en esta conducta me parece, hermanos mios, que ha querido indicarnos el órden que debemos seguir en la reforma de los vicios. Hay algunos pecadores que quieren acreditar en el mundo sus talentos, afectando un aire de incredulidad y de duda sobre todas las materias de Religion. Cuando vienen á nuestros tribunales, ó bien instados de sus remordimientos, ó porque la necesidad de las circunstancias lo exige así, la primera idea que nos dan de su estado, es una manifestacion de todos los principios de incredulidad, para probar que no sin razon se han dejado seducir. Se imaginan que vamos á hacer del tribunal de justicia un lugar de controversia, y se engañan ciertamente. Jesucristo nos enseña hoy la conducta que debemos tener en estos casos. Despues de haber hablado á su espíritu lo que se necesita para conocer el orígen de su incredulidad, quiere que pasemos prontamente á su corazon, y que les probemos, que los errores que padecen en sus opiniones y en la creencia de los divinos misterios, son efectos de sus enormes vicios. Aquellos pues, hermanos mios, que llevando una vida desarreglada y anticristiana experimentan violentas dudas sobre la Religion, estudien la situacion de su corazon, y verán por sí propios, que si estuviese bien ordenado, no se mantendria mucho tiempo el espíritu en sus incertidumbres; y como estas regularmente se reproducen por las frecuentes recaídas en el pecado, Jesucristo combate estas reincidencias con las siguientes palabras: *Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares secos buscando reposo; y cuando no lo halla, dice: me volveré á mi casa de donde salí.*

Pecadores que me escucháis, vosotros que con ocasion de este tiempo santo de penitencia, deseáis la conversion y prometéis volveros á Dios, si el Señor os concede la gracia suficiente para vivir segun las reglas que ha establecido en su Evangelio, acordáos que aunque el ministro pronuncie la sentencia de reconciliacion y de gracia, no lo habéis hecho todo sin embargo. El fuerte armado habrá salido de vuestro corazon; pero no habrá renunciado tentaros y perseguiros, y á medida que vuestra alma sea mas pura, que sean mas generosos vuestros esfuerzos y mas sólidas vuestras resoluciones, él manifestará mas solicitud para encadenaros otra vez. Me parece que estoy oyendo á este leon infernal rugir al rededor de nuestros sagrados tribunales en estos dias de penitencia, y vomitar contra los pecadores esta terrible amenaza: yo me haré dueño de esos corazones de donde se me quiere arrojar; ellos no vivirán siempre en el fervor: los ministros no estarán á su lado continuamente para exhortarlos é instruirlos; pasarán estas fiestas, y los misterios no les harán impresiones tan sensibles. Yo entónces me aprovecharé de su flaqueza para vencerlos. Jesucristo, hermanos mios, nos hace una exacta descripcion de los medios de que se valdrá este enemigo para sorprendernos, á fin de que los evitemos con toda vigilancia. El fuerte armado esperará el momento en que vuestra alma purificada de todas sus manchas, ya no respire sino un olor de santidad y de justicia; y para asegurarse mas de su victoria, traerá consigo otros auxiliares. Se trasformará en ángel de luz, empleará la hipocresía, la mentira y la seduccion, multiplicará los artificios, estudiará las inclinaciones mas favoritas de vuestro corazon, no perdonará diligencia ni fatiga, tomará consigo otros siete espíritus peores que él, y para conservar su costosa conquista, entrarán dentro del corazon y fijarán allí su morada.

¡Qué fácil es, hermanos mios, reconocer en esta pintura el efecto que produce el pecado de reincidencia, el cual es mas fácil de precaver que de curar! En lugar de una pasion de que el hombre era esclavo, le asaltan los vicios mas vergonzosos. ¿No vemos, por ejemplo, pasar un intemperante del exceso del vino á la pasion de la carne; de este desórden á las perfidias, á las enemistades, á las venganzas; de estos crímenes á la impenitencia final, y de la impenitencia á los infiernos? La causa de tantas desgracias no es la recaída? *Por tanto*, nos dice Jesucristo, *que el estado postrero de este hombre es peor que el primero.* Dejo para una instruccion particular el fijar vuestra aten-

cion sobre este pecado; y paso á explicar las últimas palabras del Evangelio. Jesucristo habia hablado de una manera tan enérgica, que una mujer que se hallaba presente levantó la voz, y le dijo: *bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste.* Notád, hermanos mios, que hallándose siempre en todas las instrucciones de Jesucristo muchos de los escribas, fariseos y doctores, es decir, gentes capaces de reconocer la fuerza de sus raciocinios y elogiarlos como merecian, callan sin embargo, ó no hablan sino para contradecirle; y es una mujer quien levanta su voz para alabarle. Nosotros, hermanos mios, esperemos tambien mas consuelos en el ejercicio del ministerio de la palabra santa de las almas mas simples y limitadas, que de los cristianos mas ilustrados é instruídos. ¿Cuántos, por ejemplo, de los que nos escuchan piensan honrar al ministro con su presencia, y que les somos deudores del trabajo que se toman para oirnos? ¿Cuántos hay que retienen muchas de las verdades que les predicamos, ó para examinar su sentido, ó para dárselo conforme á sus vicios? ¿Cuántos que hacen comparaciones odiosas entre los ministros, con el fin solo de parecer inteligentes? ¿Sabéis á quiénes debemos buscar como ministros de Jesucristo? Pues no es á los que nos alaban, sino á los que alaban al Dios que predicamos; no á los que bendicen el vientre que nos ha traído, es decir, que no estiman sino el exterior y la corteza del ministerio; que no atienden sino al talento, á la facilidad y á mil otras gracias que Dios no concede á todos; sino á los que bendicen por sus obras al Dios que nos envía. ¿Qué responde Jesucristo á esta mujer, cuando le dirige estas palabras: *bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste? Antes bienaventurados*, le dice, *los que oyen la palabra de Dios, y la guardan.* Sí, hermanos mios, felices los que la escuchan, y los que se hallan en un pueblo donde se presenta de tantas maneras y bajo formas tan diferentes; pero los unos la desprecian, y otros se disgustan de ella. Hay pocos cristianos que por asistir á los sermones, no sacrifiquen con gusto su descanso, sus negocios y placeres; pero oir lo que dice el predicador, y olvidarlo, es una misma cosa, y se recibe de la boca del ministro una regla de conducta, al mismo tiempo que la condenacion de las obras que se practican. Separarse del bien y afirmarse en el mal, es una de las mayores desgracias que pueden acontecer al hombre: al contrario el colmo

de la felicidad consiste en retener la palabra de Dios y practicarla.

Ó Dios mio, pues que el pueblo, cuya instruccion me habéis confiado, es fiel á su primera obligacion, hacéd que tambien lo sea para todas las restantes; y que ya que con su asistencia frecuente á la palabra santa manifiesta el amor y respeto que le profesa, pruebe asimismo este amor con sus obras, y que sea por ellas vuestra gloria y nuestro consuelo en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON.

LÉJOS DE ABANDONARNOS EL SEÑOR, NOS LLAMA POR SUS MINISTROS.

PARA EL LÚNES DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Multi leprosi erant in Israël sub Eliseo propheta; et nemo eorum mundatus est nisi Naaman syrus.

Muchos leprosos habia en Israel en tiempo del profeta Eliseo; mas ninguno de ellos fué limpiado sino Naaman de Siria.

S. Lúcas, c. 4. v. 27.

Ya se acerca, cristianos, el tiempo tan suspirado en que se os concede á todos la paz, el descanso, la tranquilidad y la corona. Ya se aproximan los dias de propiciacion en que va á mitigarse la ira de Dios contra los pecadores, á borrarse el espantoso decreto de condenacion firmado contra ellos por las injurias é ingratitud con que han correspondido á los favores de la Providencia. Veníd todos los que suspiráis por la felicidad verdadera, todos los que tenéis hambre de la divina gracia, todos los leprosos, veníd; no creáis que se os cierran las puertas como á las viudas de Israel durante los tres años y seis meses que estuvo cerrado para ellas el cielo; no temáis continuar mas tiempo atormentados de la lepra; á todos se os ofrece con la

(1) Para este mismo dia hay un sermon de Massillon en la pág. 319 del tomo cuarto de los de *Mision*, sobre el corto número de los escogidos.

mayor abundancia, como á la viuda de Sidonia, todos vais á ser curados de la lepra de la culpa como el sirio Naaman. Veníd, que abierta tenéis una fuente copiosa é inagotable de gracias, de bendiciones y de gloria. Llegád confiados á beber de sus clarísimas aguas, pues á nadie se niegan, á nadie se escasean, á todos sin excepcion alguna se les franquean sus copiosos raudales. Veníd, mortales, todos los que os halléis agitados de tentaciones, de temores, de inquietudes, de remordimientos, de desconfianzas; todos los que os sintáis oprimidos del peso de los crímenes mas enormes y arraigados, aunque gravite sobre vosotros esa terrible responsabilidad; cuantos gemís agobiados bajo el yugo formidable de Satanas, veníd sin recelo alguno, y con una plena confianza: llegado es el tiempo en que recibáis el alivio, la tranquilidad, el consuelo; el venturoso dia en que vais á volver al amor y gracia de vuestro Dios y al derecho de su gloria.

Veníd: á nombre del Señor os llamo á que cojáis el copioso fruto de la redencion que con tanta generosidad os ofrece: inminente es el peligro á que os exponéis en el caso de no aceptar sin réplica ni demora alguna el convite que os hace este Redentor benignísimo. Bienaventurados los que como la viuda de Sidonia y Naaman respondan con una pronta docilidad á las voces con que Dios se digna llamarlos por mis labios! Mas ¡infelices de aquellos que con excusas y pretextos nacidos de su afecto á las criaturas se hagan sordos, ó difieran para mas adelante el cumplimiento de las amorosas voces del Criador! Ay, ay de ellos! No solo por tres años, sino por toda una eternidad, se les cerrarán las puertas de la misericordia: jamas se verán limpios de su lepra; perecerán desgraciadamente por su insensatez.

En vuestra mano está, Señor, el corazon del hombre. Sé que la gloria ha de ser el galardon de sus méritos, y que para que pueda merecerla, le habéis concedido la libertad; pero sé del mismo modo, que sin ofender en lo mas mínimo á esa libertad, podéis atraerle suavemente, aunque con toda seguridad, á vuestra gracia. No sea yo, Señor, como el profeta Eliseo, que solo consiga la curacion de uno de tantos leprosos como hay en Israel; sea así como Moisés, que fué conducido por vuestra providencia á sacar de la esclavitud de Faraon á todos los israelitas. A fin de que los pecadores que me escuchan, puedan sa-

lir de la esclavitud de Satanas, sugerídme las expresiones de que debo valerme, como os lo suplican fervorosamente por la intercesion de vuestra Madre amantísima. *Ave María.*

Desde el momento feliz para el cristiano, en que por una prueba de su amor determinó el Unigénito del eterno Padre colocar en nuestros tabernáculos su adorable majestad, oculta bajo el velo de las especies sacramentales, jamas ha cesado de llamarnos á todos para el cielo, ofreciéndonos el inmenso cúmulo de bienes que forma la bienaventuranza verdadera. Mas en ningun tiempo lo hace con tan repetidas y amorosas instancias como en el presente. Semejante al padre de familias, que desea celebrar con demostraciones de un júbilo extraordinario la colocacion de su hijo predilecto, á cuyo fin expende cuantiosas sumas, practica exquisitas diligencias, y tal vez prodiga su patrimonio y arruína su casa por preparar un convite espléndido, un festin magnífico; olvida los resentimientos é injurias que ha recibido de sus parientes, de sus deudos, de sus amigos y conocidos, y desea con ansia que todos le acompañen á aquella ceremonia; así el Señor, habiendo empleado su poder, su justicia, su sabiduría y su misericordia; habiendo deprimido su honra, su grandeza, su majestad; y estando ya para agotar sus fuerzas, apurar el cáliz de la pasion, derramar su sangre y consumar el sacrificio de su inocente vida, por proporcionar la conversion de las almas, hijas predilectas de su amor, haciendo subir hasta el mas elevado grado su ternura y benignidad; nos llama con el afecto mas expresivo, hace los mayores esfuerzos por atraernos, ofrece dar al olvido todos sus agravios é injurias. Á todos sin excepcion nos llama, y como si temiera que su presencia adorable pudiera intimidarnos, excita el celo de sus ministros, para que nos exhorten; valiéndose de todos los medios posibles para hacernos corresponder á estos llamamientos. Vosotros sois buenos testigos de la exactitud, del esmero, de la eficacia, con que estos ministros han procurado desempeñar su comision. Ojalá que acertara yo á imitarlos! No hay medio de que no se hayan valido para persuadiros, para moveros, para vencer la obstinada resistencia de vuestro corazon. ¡Con qué viveza os han representado los peligros que amenazan al pecador, y la felicidad con que ha de ser remunerada

la virtud! ¡Con qué energía os han exhortado á caminar por la senda de la justicia y á detestar al abominable monstruo del vicio! ¡Cuán claramente os han hecho ver la futilidad de los placeres y bienes del mundo, y la solidez inalterable de los del cielo! ¡Con qué dulce suavidad se han insinuado en lo mas íntimo de vuestros corazones! Os han puesto á la vista el verdadero estado de vuestras almas, venciendo la repugnancia que teniais á considerarlo; han arrancado con una dulce violencia las raíces de los vicios, y arrojado en el lugar que estos ocupaban, las semillas de las virtudes; han preparado en vuestras almas la morada, el templo, el solio para el Espíritu santo, á fin de que salgáis á recibirle, pues ya se aproxima; para que le abráis las puertas de vuestro corazon, á cuyos umbrales se halla cargado de los inmensos tesoros de su amor, de su gracia y de su gloria; mas vosotros todo lo habéis despreciado. Hoy me envía á mí, para que os haga conocer los peligros á que os exponéis continuando en vuestra insensatez; me manda anunciaros aquella hambre cruel, aquella esterilidad horrorosa, con que por mas de tres años castigó á su pueblo en tiempo de su profeta; me envía para que os recuerde los pocos leprosos que fueron sanados en tiempo de Eliseo; me envía...

Pero no digo bien: yo no soy hoy nuncio de terror; yo vengo á llamaros por medios suaves; vengo á excitaros á que abráis sin dilacion alguna las puertas de vuestra alma, y deis entrada á la dicha que os prometo. Corréd presurosos á arrojaros en los brazos de ese afectuosísimo padre que os busca, os ama, no se desdeña de estrecharos junto á su seno, aunque os ve cubiertos de miseria, de ignominia, de hediondez y de pecados. Desdeñarse! *Aunque la mas tierna madre pudiera aborrecer, abandonar, olvidar al hijo amado que se engendró en sus entrañas, yo,* dice el Señor por su profeta (1), *no soy capaz de olvidarme de vosotros.* Verdad es que no puede mirar sin horror al pecado y al alma pecadora; pero no lo es ménos que tiene tomadas todas las medidas para limpiar esa lepra inmunda, purificar, hermosear vuestras almas, darles ese alimento que tanto necesitan, para ponerse en disposicion de ser admitidas á su compañía, á su mesa, á su amor, á la participacion de sus tesoros.

En todos sus templos están preparados los saludables baños

(1) *Isai.* c. 49. v. 15.

de la penitencia; y sus ministros esperan ansiosos que os acerquéis, para cooperar del modo que les es permitido, á vuestra salud y felicidad: en todos tenéis dispuesta la mesa; y los ungidos del Señor esperando impacientes vuestra llegada, para serviros el pan de los ángeles, el maná de los cielos, el alimento de la inmortalidad. Elevád vuestra vista á ese glorioso tabernáculo, y veréis como el Hijo del Eterno ha depositado en él su majestad y su gloria, su vida y su divinidad; veréis como bajo el mas comun alimento del hombre, y oculto en las especies de pan y vino, os ofrece su cuerpo y sangre. Época feliz! venturosos dias para el hombre! dias del amor, de la misericordia, de la bondad incomprensible de todo un Dios! Mirád y veréis en él preparada la víctima que ha de satisfacer á la justicia, aplacar la ira y apagar el fuego de la divina indignacion; veréis la sangre de un precio infinito, próxima á ser derramada y ofrecida por los pecados de los hombres.

Veníd, veníd todos llenos de confianza. Los pecados juntos de todo el género humano, y aún los de los espíritus infernales, no equivalen á una sola gota de esa sangre preciosísima. No os acobarde el número ni la gravedad de vuestras culpas: detestádlas de corazon, y estád ciertos de que todas serán perdonadas. Una sola gota de esa sangre divina basta para borrar y perdonar todos los pecados que hayáis cometido, é inumerables mas que se pudieran cometer; y esa sangre omnipotente va á correr por todas partes en la mayor abundancia, para aplicarse sin la menor excepcion á todos y cada uno de los que quieran lavarse en ella. Ese Dios de amor, compadecido de nuestra miseria, á todos nos convida, para que aprovechemos esta ocasion favorable, cogiendo el copioso fruto de la redencion que nos ofrece. Imitadora la Iglesia de la compasiva generosidad de su divino fundador, abre, ensancha las puertas del perdon, y nos exhorta á que clamemos confiados: oíd, Señor, nuestra oracion, y no despreciéis nuestras súplicas; olvidád nuestras iniquidades y enviád con anticipacion vuestras misericordias, porque hemos quedado extremadamente pobres, reducidos al estado mas lamentable por nuestros pecados.

Á nombre de Jesucristo y de su Iglesia convidamos sus ministros con el perdon, con la gracia y con la gloria á los pobres y á los ricos, á los enfermos y á los sanos, á los mendigos, cojos, mancos y tullidos, á todos los pecadores. Qué dignacion!

qué amor tan grande de nuestro Dios! El mas poderoso, el mas grande, el mas excelso, el Rey soberano de todos los reyes ofrece su palacio, su mesa, su mas fina amistad, todo su honor, sus tesoros, su inefable grandeza á los vasallos mas indignos de sus bondades, y derrama con la mayor profusion á las puertas de su real palacio vestidos preciosísimos, joyas de un precio inestimable, riquezas inmensas á los mas infelices y miserables, á los mendigos pordioseros, á las criaturas mas ingratas; á todos asegura, confiere la sanidad, la robustez, el perdon, los placeres, el derecho á una bienaventurada inmortalidad. Aquel Dios grande, cuya inexorable justicia dejó perecer de hambre en otro tiempo á las viudas de Israel, y de la enfermedad de la lepra á casi todo su pueblo, por falta de médicos y medicinas, nos ofrece hoy á todos los mas preciosos dones de su gracia. Y ¿será posible que haya un solo pecador que desprecie, que no acepte al momento una oferta semejante? Yo no puedo creerlo así: no puedo dudar que vuestra fe, vuestra esperanza y el sincero deseo que tenéis de asegurar una suerte feliz para la vida que no se ha de acabar, os conducen al templo á percibir las amorosas voces de Dios, que os llama para el cielo; á gustar el alimento saludable de la doctrina celestial; á discurrir el medio mas eficaz de libraros del pecado, y volver á la vida dichosa de la gracia, romper las cadenas del demonio, y recobrar el honor de hijos adoptivos y tiernamente amados de Dios; evitar la ruina y condenacion de vuestras almas, y emprender el camino recto y seguro de la salvacion y de la gloria. Este objeto supongo que os conduce á este lugar, porque es precisamente lo que os ofrece el Unigénito de Dios que se sacrifica por vosotros.

La ocasion es la mas favorable: tendréis la imprudencia de dejarla pasar? El asunto, cristianos, es demasiado serio: en esta precisa circunstancia se ha de conocer si tenéis Religion, si tenéis Fe, si usáis de vuestra razon. Nadie se fia de las palabras en cosas de tanta importancia: las obras han de dar testimonio de vuestros sentimientos. Para todos se abren las nubes del cielo, es decir, las puertas de la gloria. Cuantos obstáculos pudieran impedir vuestra entrada en aquel reino bienaventurado, se superan, desaparecen solo con que vosotros queráis. Ó recogéd esos dones que el cielo os envía, ó permitídme que os llame insensatos, puesto que queréis dejaros morir de hambre: ó

entrád al momento, ó confesád que habéis perdido el juício, que os ciegan las nubes de la incredulidad, que os resistís á creer la existencia de otra vida, ó que positivamente queréis que la vuestra sea por siempre desgraciada; ó ponéos de parte de la viuda de Sarepta, ó confesád que queréis ser contados en el número de las otras viudas. Halláis vosotros algun medio? Mañana, me diréis; dentro de algunos años; en la vejez; á la hora de la muerte...

No es tiempo ahora de repetir lo que tantas veces y con tanta claridad y elocuencia se os ha dicho por otros celosos ministros del Evangelio, para desvanecer esos fútiles pretextos, con que os empeñáis en excusar vuestra impenitencia. No, no saldré del asunto que me he propuesto; no necesito salir para convenceros, si vosotros no oponéis una imprudente resistencia. Ahora se os ofrece de pura gracia, sin mérito alguno de vuestra parte, y á pesar de las voces con que clama contra vosotros una rigurosa justicia, el perdon, la gracia, la amistad, la union con Dios y el derecho á la bienaventuranza; pero se ofrecen por un Dios, que no tiene contraída con vosotros obligacion alguna; por un Dios, ofendido atrozmente y animado de la mas justa indignacion contra sus viles ofensores; por un Dios, infinitamente celoso de su honra, que sabe privar por muchos años del pasto espiritual á los que le desprecian, y negarles, cuando lo pidan, las gracias que anteriormente despreciaron; por un Dios, cuyas misericordias no están en mano del hombre. Quiero suponer que lleguéis al tiempo, que sin el mas leve fundamento os prometéis; pero ¿aprovecharéis entónces la gracia que despreciáis ahora? Y aunque así fuera, ¿por qué (sed ingenuos), por qué entónces sí y ahora no? Porque ahora que tenéis proporcion y tiempo, queréis gozar del mundo, satisfacer vuestras pasiones, servir al demonio y vivir en el pecado; y entónces, que os abandona el mundo y las pasiones se amortiguan desapareciendo sus objetos, entónces no pecaréis, porque os será imposible pecar. Dad el colorido que gustéis á vuestras excusas, este es el verdadero motivo de diferir la penitencia; no hay otro. Y una conversion hecha con tales disposiciones, será verdadera? será capaz de restableceros en el amor y gracia del Señor? merecerá el nombre de penitencia?

Ay, amados hermanos mios! ah pecadores ciegos é insensatos! Volvéd sobre vosotros mismos; no os alucinéis tan groseramente. Yo pregunté mal, cuando dije, si aprovechariais entónces la gracia que despreciáis ahora: debí preguntar, ¿tendréis entónces la proporcion, la gracia, los medios de toda especie, que tan generosamente se os ofrecen ahora, y de los que hacéis un desprecio tan abominable como funesto? Ah!... nadie se ha burlado impunemente de Dios: justo es este Señor en sus obras, y sus palabras son infalibles. Él nos asegura que despreciará las oraciones, se burlará de las lágrimas, volverá severo sus ojos y dejará morir sin remedio en su pecado á todos aquellos que desprecien el beneficio de la vocacion, que en tiempo oportuno se les ofrece. Llamados fueron á la gloria á que sois llamados ahora vosotros, todos los leprosos de Israel en tiempo de Eliseo, y solo Naaman fué curado de su lepra. Verdad terrible que nos recuerda aquella otra que repite Jesucristo en su Evangelio, y que yo quisiera dejar profundamente grabada en vuestros corazones: *muchos son los llamados y pocos los escogidos: ninguno de los que habiendo sido llamados, rehusaron el convite, gustará jamas las delicias de mi mesa y de mi gloria* (1).

Es indudable que la providencia de Dios dispone comunmente, que nuestra dicha dependa de aquel momento crítico en que se nos ofrece: si dejamos que pase inútilmente, perecemos sin remedio. No niego que Dios tiene prometido al pecador el perdon de sus culpas en cualquier tiempo en que arrepentido se lo pida; y que ha empeñado su palabra de no negar al hombre cuanto le pida para beneficio de su alma: esto es ciertísimo. Mas ¿podrá vivir vanamente confiado en estas promesas el pecador, el imprudente pecador que no ha querido admitir el perdon ofrecido á su debido tiempo, que ha resistido á las inspiraciones de la gracia, que ha repelido los llamamientos de Dios, que ha dejado pasar el momento, la ocasion, destinados por la Providencia para ejercer en él sus infinitas misericordias? Ay! no es mi ánimo induciros al horrible precipicio de la desesperacion; quiero solo cumplir mis deberes, advirtiendo á todos los pecadores su peligro, para que traten de evitarlo. Por el amor de Jesucristo os ruego, que no fieis de meras exterioridades: solo de uno sabemos con certeza que, convertido á la hora crítica de la muerte, haya conseguido el perdon de sus ex-

(1) *Luc. c. 14. v. 24.*

travíos; y aunque esto basta, como dice el grande san Basilio, para que ninguno de los pecadores desespere, mas es preciso recordar que ha sido uno solo, continúa este Padre; y esta razon es muy poderosa para no fomentar una funesta confianza. Ha sido uno solo; y este singular prodigio se obró precisamente en el tiempo, en que con asombro del cielo y de la tierra se hacia presa de la muerte el Autor soberano de la vida. Ha sido uno solo; mas no sabemos que ántes le hubiera convidado Dios con el perdon y él lo hubiera despreciado. ¿En qué fundarán pues su confianza los que lo han despreciado tantas veces y con tanto descaro? ¿Será tal vez en la experiencia, que les manifiesta á otros tales como ellos, que en la vejez, en la enfermedad, á la hora de la muerte son asistidos de la gracia, claman por el perdon, detestan su pecado, y á pesar del continuado desarreglo de sus costumbres, nos dejan llenos de consuelo, haciéndonos creer que mueren en la paz del Señor y son admitidos á la participacion de su gloria? Consuelo miserable! ¡cuántas veces en el discurso de su vida se han cubierto esos mismos con la máscara, y han fingido con perfeccion el oficio de penitentes! Y ¿quién nos asegura que no fingen del mismo modo en aquel apuro? que sus lágrimas no son hipócritas? que su dolor no es puramente natural? que sus oraciones no van dictadas por el amor propio? Consultád la experiencia, si consiguen librarse de aquel peligro. Recordád entre tanto que otros muchos pidieron el perdon que ántes habian despreciado, y no lo alcanzaron, perecieron, se condenaron, por no haberlo aceptado, cuando se les ofreció. ¿Qué espera el adúltero, el incestuoso, el sensual, el pecador, que llamados una y muchas veces, se hacen sordos, vuelven la espalda, se detienen meses, años, toda la vida, y se ocupan en nuevos pecados, en nuevas ofensas, en mayores ultrajes del Señor? Qué esperan...? Ay! ay, miserables! en qué fundan sus esperanzas?

Soy demasiado molesto: concluyo. ¡Bienaventurados los que reciben el alimento espiritual sin dilacion, sin demora alguna! ¡Felices los que tratan de limpiarse de la lepra del pecado en el momento en que les predican los profetas! ¡Mil veces felices vosotros pues todos sois al presente convidados! no solo á Naaman, á todos os llama el Señor por mi boca; á todas las viudas de Israel se abren las nubes del cielo y de la misericordia. Pero sabéd que van luego á cerrarse: la ocasion es la mas favorable, y no volverá, si se pierde. Decidíos, si sois cristianos, si conserváis aún algo de racionales.

Dad, Señor, á estos pecadores unas voces tan fuertes como las que disteis al difunto Lázaro; sacádlos por vuestro amor del fétido sepulcro de los vicios: llenádlos de fortaleza para que emprendan el camino de la conversion; rociád sus almas con la sangre que vais á derramar por ellos. Por esa misma sangre, por ese amor no permitáis que perezca uno solo de los cristianos, y en especial de los que han venido á buscaros á este santo templo; al contrario, hacéd que todos entren en la mansion celestial, donde justamente agradecidos cantemos vuestras misericordias por una eternidad. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE

LOS PECADORES MOROSOS.

PARA EL TERCER LÚNES DE CUARESMA.

(DE TRENTO.)

In veritate dico vobis, multæ viduæ erant in diebus Eliæ in Israël, quando clausum est cœlum.

En verdad os digo que habia muchas viudas en Israel en tiempo de Elías, cuando fué cerrado el cielo.

S. Lúcas, c. 4. v. 25.

Vendrá tambien para vosotros, pecadores, un tiempo tan calamitoso, y tan escaso y avaro de toda celestial rociada, como lo hubo en Israel en tiempo de Elías, cuando habiendo cerrado el cielo de Samaria y llevádose consigo las llaves á un desconocido desierto, dejó que en mas de tres años no cayese gota de agua sobre el estéril y desolado terreno, por manera que árido y triste todo el país, marchitas todas las plantas y secas todas las raíces, no se veían verdeguear los collados, ni apuntar un tallo de yerba ni de flor en los prados. Si me preguntáis cuál será este tiempo tan lastimoso, y á qué pecadores ha de afligir; os responderé que tal tiempo á mas tardar es el de la muerte, y que tales pecadores son muchos de aquellos que aguardan con especialidad para convertirse, el tiempo de la muerte. Tambien se habla con vosotros y de vosotros, que resueltos por otra parte á convertiros á Dios, haciendo una buena y general confesion, la indispensable mudanza de vida y una oportuna retirada del mundo, lo andáis siempre retardando y difiriendo de tiempo en tiempo y de edad en edad, de suerte que en la Navidad lo dejáis para la Pascua y en la Pascua para

la Navidad, ó en ambos tiempos para un jubileo, sin determinaros por último á ponerlo en ejecucion. Ahora sois demasiado jóvenes y queréis disfrutar el buen tiempo y coronaros de rosas; ahora estáis sobremanera distraídos y seria necesario recogerse; ahora os halláis sumamente ocupados y no tenéis tiempo para pensar en ello. Entre tanto vienen las Navidades, vuelven las Pascuas y se pasan los jubileos. Otros innumerables del mismo carácter que vosotros y que se hallaban en igual situacion, supieron aprovecharse de una ocasion favorable; pero y vosotros? Ah! vosotros aún no lo habéis hecho, ó no lo habéis hecho de veras, ó lo diferís todavía, hasta que en la inútil veleidad de convertiros siempre, seáis sorprendidos por la muerte sin haberos convertido jamas. En esta suposicion permítaseme hoy, señores mios, hablar de intento con estos pecadores, por lo ménos cuanto baste para que conozcan su peligro y engaño, si logro conseguirlo. Por tanto escuchádme con atencion, pecadores morosos, y hacéos cargo al mismo tiempo de los tres fatalísimos riesgos á que os exponéis retardando así el convertiros; pues en primer lugar, es incierto el tiempo de poderlo hacer; en segundo lugar, es incierta la gracia para hacerlo; y en tercer lugar, es certísima y cada vez mayor la dificultad para hacerlo. Estas son tres reflexiones, que, si os penetráis bien de ellas, os moverán sin duda á convertiros prontamente. Empecemos por la primera.

Sin perder tiempo voy inmediatamente á estrecharos, pecadores morosos, y á vosotros en primer lugar que confiáis justamente en el tiempo, fundando en él vuestras esperanzas, frívolas á la verdad y caducas; esperanzas que se secarán como el heno, esperanzas que se marchitarán como la flor, esperanzas que se disiparán como el humo, esperanzas que desaparecerán como una niebla, como una sombra, como un vapor; puesto que niebla, sombra, vapor, humo, flor y heno se llama en las sagradas Escrituras el tiempo de vuestra vida, en que las fundáis. Entre tantas imágenes me ofrece una bellísima el santo Job, que quiero poneros á la vista. Compara sus dias á una nave que navega en alta mar (1). Impelida aquella de un favora-

(1) *Dies mei... pertransierunt quasi navis.* Job, c. 9. v. 25 et 26.

ble y propicio viento, surca las undosas llanuras, y despreciando aquellas olas que convirtiéndose en blanca espuma la azotan por los costados, navega á velas llenas y tendidas hácia el puerto por que únicamente suspira; pero como no pocas veces sucede, hé aquí que de improviso cesa el viento, se pegan al palo las velas, se igualan las ondas formando á la manera de un cristalino baño, y el pesado leño, como si estuviese clavado, se detiene inmóvil por causa de la funestísima calma, en aquellas mismas aguas que ántes hendia con tanta velocidad. Viento inconstante y ligero es mi vida, dice en otro lugar el santo Job (1). De semejante viento impelidos corremos, mis amados oyentes, ya por acá, ya por allá, entre mil aventuras, vicisitudes y peligros de naufragios, de corsarios, de escollos, de bajíos y de sirtes, el tempestuosísimo mar de la vida presente, pues mar es en efecto segun los santos Padres. Miéntras que dura el viento, seguimos nosotros navegando y caminando. Mas ¿cuántas veces sucede que de improviso calma y se echa? ¿Para cuántos en efecto cesó de soplar, apénas zarparon del puerto, quiero decir, apénas salieron del seno materno? ¿para cuántos, que aún habian caminado muy poco en su navegacion? ¿Á cuántos tambien abandonó á lo mejor, cuando casi tocaban la ribera, esto es, cuando estaban para obtener los cargos á que aspiraban, para conseguir los empleos en que habian puesto la mira, ó para concluir los contratos que les traían tan manifiestas utilidades? Y ¿qué fundamento tenéis, pecadores morosos, para persuadiros de que no ha de faltaros tambien, y aún de improviso, á vosotros?

No seréis en efecto, dejando ya aparte las metáforas, de aquellos que se vanagloriaban, segun Isaías, de haber hecho alianza hasta con la muerte y un tratado hasta con el infierno (2); y no siendo así, os advierto con Hugo de san Víctor, que la muerte os tiende por todas partes sus redes y os aguarda (3). Aguardó á Isboset en su lecho, cuando gozaba del mas dulce sueño, y le cortó á traicion de un tajo la cabeza; aguardó á Acab, al salir del carro en que huía, y le traspasó el corazon con un dardo; aguardó á Aquimelec en el carro de su triunfo,

(1) *Ventus est vita mea.* Job, c. 7. v. 7.
(2) *Percussimus fœdus cum morte, et cum inferno fecimus pactum.* Isai. c. 28. v. 15.
(3) *Mors ubique te expectat.*

si puede decirse así, y le rompió con una piedra los sesos; aguardó á la ventana adornada de todas sus galas á Jezabel, y la estrelló en una calle pública; aguardó en fin á todos los hijos é hijas de Job reunidos en un alegre convite, y los sepultó infelizmente en las ruínas de la casa. Qué mas? Ella se introduce en las estancias mas secretas, en las chozas mas miserables, en los ministerios mas santos de los sacerdotes y en los tálamos mas alegres de los nuevos esposos, haciendo centellear infinitas veces entre las nupciales y serenas teas la melancólica y funesta luz de su negra hacha. En suma, en la fatal guerra que ha intimado desde el principio á los hijos de Adan, no digo á tratados de paz, pero ni aún da oídos á proposiciones de tregua, siempre combatiendo y siempre venciendo, y teniendo para este efecto á su sueldo apoplejías, catarros y flujos de sangre; allí fuego con que quemar, aquí aguas donde sumergir, allá riñas donde matar, y acá pasos resbaladizos para precipitar.

Mas si siempre y en todos los lugares te espera la muerte, tú, amado pecador mio, si eres prudente, sigue el citado autor, la aguardarás en todas partes (1). ¡Qué cosa tan vana seria lisonjearos y seduciros por ventura á vosotros mismos con la robustez de las fuerzas, con una salud constante, con una edad florida, con un temperamento vigoroso! La muerte, así como no respeta la edad anciana, así tampoco teme la edad fuerte, ni cede á la edad florida. Por esto el real Profeta la vió dar vueltas armada de arco y espada, teniendo esta desenvainada y preparadas en aquel las flechas (2). Echa mano á la espada, cuando quiere herir á los ancianos, que por el peso de los años encorvaron la nevada cabeza hasta debajo de sus brazos; pero toma prontamente el arco, cuando quiere herir á los jóvenes, que confían neciamente en poder libertarse de sus golpes con la fuga. Y ¿qué espera ella para revolverse ya contra los unos, ya contra los otros, sino las órdenes de aquel supremo y divino Monarca que tiene contados por minutos los dias y las horas de nuestra vida, y que tiene asimismo en su mano las llaves de la vida y de la muerte?

Para desvanecer, pecadores morosos, las necias esperanzas

(1) *Si sapiens es, ubique eam expectabis.*
(2) *Gladium suum vibravit, arcum suum tetendit.* Psalm. 7. v. 23.

que fundáis en el tiempo que acaso os queda que vivir, creo no haya argumento mas eficaz que las expresiones respectivas á este punto del mismo Dios, en quien está concederos ó no tal tiempo de vida. Oíd pues cómo se explica. *Los años de los malvados se abreviarán.* Esto se dice en los proverbios (1). *No te empeñes demasiado en lo malo, no sea que mueras en un tiempo que no será tuyo.* Esto se lee en el Eclesiastes (2). *Morirá el impío ántes que se cumplan sus dias.* Esto lo dice Job (3). *Los hombres sanguinarios y engañadores no llegarán á la mitad de sus dias.* Así lo leemos en los Salmos (4). Y hablando el santo David en persona de un pecador, exclama: ¡*Ah, que me han cogido ántes que yo lo pensara, los lazos de la muerte!* (5) Del mismo modo y con palabras tan claras y terminantes se explica Dios en otros muchos lugares de la Escritura. En esta suposicion decídme vosotros, que ponéis vuestra confianza en el tiempo y en la vida, ¿hay cosa mas incierta que este tiempo y esta vida en que la fundáis? ¿tiempo y vida, que, segun la incontrastable autoridad del mismo Dios, se acortan por causa de los mismos pecados, cuya abominacion remitís para otro tiempo? ¿tiempo y vida, pudiera añadirse, que vuestros pecados por sí mismos abrevian con mucha prontitud, puesto que el pecado, segun la doctrina del Apóstol, así como ha introducido la muerte en el mundo, así tambien la acelera? (6) La aceleran esos excesos en el vino, esos excesos en la comida, esos excesos de la sensualidad y otros grandes desórdenes. Replicádme ahora vosotros, que no tenéis enteramente por seguro el tiempo que habéis destinado para vuestra conversion, sino que lo esperáis. Sí, sí, hombres engañadores y engañadores de vosotros mismos, os responderé con Isaías (7), sí esperádlo, que hacéis bien en esperarlo. Por lo que á mí hace, bien comprendido tengo por las palabras del Señor lo que ha de suceder: no necesito de mas. *Consumacion y abreviacion,* (entendédlo tambien vosotros en las citadas é infalibles expresiones y en otras

(1) *Anni impiorum breviabuntur.* Prov. c. 10. v. 27.
(2) *Ne impie agas multum... ne moriaris in tempore non tuo.* Eccles. c. 7. v. 18.
(3) *Antequam impleantur dies ejus, peribit.* Job, c. 15. v. 32.
(4) *Viri sanguinum et dolosi non dimidiabunt dies suos.* Psalm. 54. v. 24.
(5) *Præoccupaverunt me laquei mortis.* Psalm. 17. v. 6.
(6) *Stimulus... mortis peccatum est.* I. Cor. c. 15. v. 56.
(7) *Viri illusores.* Isai. c. 28. v. 14.

muchas que pudieran citarse) *consumacion y abreviacion,* he oído de mi Dios y Señor (1).

¿No sucedió así, como bien sabéis, á aquel rico del Evangelio y á Baltasar en Babilonia? Pensaba este á solas una noche acerca de la abundancia de las cosechas con que se habian colmado sus trojes y rebosaban sus bodegas, y decia entre sí mismo: *¡ó dichoso de mí, que tengo para pasar muchísimos años, disfrutando una vida cómoda, regalada y alegre con festines, cenas y banquetes!* (2) ¡Mas hé aquí que en el mismo instante oye una voz terrible como un rayo que le dice: ó necio y desventurado de ti! ¿qué años, qué años? *Esta noche, esta noche misma todo finalizará para ti con el fin de tu vida* (3). El perverso Baltasar, confiado en las torres y murallas que rodeaban su Babilonia, y en la numerosa guarnicion que velaba para su defensa, nada temia todos los esfuerzos que pudiesen hacer los persas y medos para sojuzgarla. Así pues se sentaba alegre y tranquilo á disfrutar una esplendidísima cena, sirviéndose para templar su intemperancia con una horrible profanacion de aquellos mismos sacrosantos vasos, que se habian empleado en el servicio del Señor y consagrado en el santo templo de Jerusalen; pero Dios le sorprendió y en aquella misma noche fué muerto (4). Ah! ¿por qué, digo yo hablando de este en particular, por qué no habia de precaverse? por qué no habia de temer? ¿No se lo habia advertido Daniel, no le habia leído la amenaza que estaba escrita, no le habia descifrado las misteriosas palabras *Mane, Thecel, Phares* (5), estampadas prodigiosamente en la pared, y que le profetizaban su fatal y próxima muerte? Sin embargo Baltasar aún la creía muy remota.

Ven acá tú ahora, pecador, que quiero hoy por la mañana ser tu Daniel: escúchame. *Mane:* Dios ha contado los dias de tu vida y, en uno mas, en otro ménos, todos los ve rebosando de iniquidad, que cada dia se aumenta, y por esto resuelve en fin cortar el curso de ellos (6). *Thecel:* Dios te ha pesado en su

(1) *Consummationem... et abreviationem audivi à Domino Deo.* Isai. c. 28. v. 22.
(2) *Anima, habes multa bona posita in annos plurimos... comede, bibe, epulare.* Luc. c. 12. v. 19.
(3) *Stulte, hac nocte animam tuam repetunt à te.* Luc. c. 12. v. 20.
(4) *Eadem nocte interfectus est Balthasar rex.* Dan. c. 5. v. 30.
(5) *Ibid. v.* 25.
(6) *Numeravit... et complevit.* Ibid. v. 26.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

balanza, y no te ha encontrado con el justo peso (1). No te ha encontrado con el justo peso, porque, infiel á tus promesas tantas veces repetidas, has reincidido siempre en tus execrables obscenidades; no te ha encontrado con el justo peso, porque no queriendo, á despecho de las divinas inspiraciones, dejar tal hábito culpable, quieres mas bien no frecuentar los sacramentos que abandonarlo: no te ha encontrado con el justo peso, porque á pesar de las amonestaciones que te han hecho los zelosos ministros del Señor, y á pesar hasta de las murmuraciones del pueblo, concurres todavía á indignas reuniones de diversion y conservas tal costumbre vituperable: no te ha encontrado con el justo peso, porque aún habiendo sido rogado muchas veces, no has querido reconciliarte; porque no has extinguido aquel odio, no has restituído aquellos bienes, no has reformado tal abuso, no has quitado el escándalo. Por tanto con la pérdida de la vida se te intima tambien la pérdida del reino, de aquel reino eterno y bienaventurado que estaba destinado para ti (2). Tal será, bien podéis esperarlo, hermano mio, hermana mia, tal será vuestra suerte, como lo ha sido de tantos otros, quizá conocidos vuestros; tal será vuestra suerte: y tú, jóven, tú, hombre robusto, y tú, hombre lleno de grandes esperanzas, os veréis, ó arrebatados de este mundo, y acaso sin sacramentos, por un violentísimo mal, ó muertos improvisamente de un furioso golpe, ó de otro modo imprevisto conducidos en breve á una inesperada muerte. Y ¿quién sabe, si acontecerá alguna de estas catástrofes dentro de alguno de los templos que profanasteis con vuestras irreverencias, ó en medio de alguna de las calles que escandalizasteis con vuestra inmodestia? Quizá tendido y bamboleándose en el féretro será conducido al sepulcro vuestro cadáver por los mismos que se hallan presentes; y aunque segun se acostumbra, unos llamarán desgracia la vuestra, otros casualidad, y otros á lo mas fruto de vuestros desórdenes, será un golpe fatal y secreto de la justicia vengadora de Dios. Yo así lo entiendo, porque *consumacion y abreviacion he oido de mi Dios y Señor* (3).

Pero en hora buena que tengáis todo el tiempo que podéis

(1) *Appensus es in statera, et inventus es minus habens.* Ibid. v. 27.
(2) *Divisum est regnum tuum... Hæc est interpretatio sermonis.* Dan. c. 5. v. 26 et 28.
(3) *Consummationem... et abbreviationem audivi à Domino Deo.*

desear, para hacer esa mudanza de vida que andáis difiriendo; mas ¿tenéis tambien del mismo modo pronta la gracia para hacerla? Ah, oyentes mios! este es el punto mas importante, sobre el que es necesario se os fije bien en la memoria esta verdad; á saber, que si nosotros, como dijo el Apóstol, no somos capaces por nosotros mismos sin la asistencia divina y los divinos auxilios de proferir saludablemente ni aún esta palabra Jesus (1), mucho ménos somos por nosotros mismos capaces, sin los mismos divinos auxilios y la misma gracia divina, de idear, y mucho ménos de emprender, y aún mucho ménos de perfeccionar y llevar á su conclusion la tan grande obra de la conversion de nuestros corazones y de nuestra voluntad á Dios. Sin embargo quiero ahora suponer que nuestro benignísimo Señor os conceda, á vuestro arbitrio y en todo tiempo, como lo ha hecho hasta ahora, semejantes auxilios y semejante gracia para vuestra conversion; pero de qué servirá esto? Si queréis saberlo, no lo preguntéis mas que á vosotros mismos y á vuestra propia experiencia. Decídme, hermano mio y hermana mia, ¿cuántas veces á esta hora y cuánto tiempo há os hubierais convertido, si hubieseis querido seguir los impulsos de tal gracia? Comenzó ella á tocaros en el corazon, sin tardar mas en hacerlo de lo que vosotros tardasteis en cometer el primer pecado, y desde entónces os punzó y os inquietó con innumerables sustos, remordimientos y temores, continuando así hasta el presente; y ¿se ha visto todavía el deseado efecto? Concédaseos que proseguirá la gracia haciendo lo mismo en adelante; mas yo digo igualmente que sucederá lo propio. Sirvámonos para probarlo, no de la autoridad sino del ejemplo mismo del gran maestro y doctor de la gracia san Agustin. Iluminado por Dios para conocer la falsedad de los errores en que estaba sumergido, y su escandalosa y perversa vida, habia resuelto mudar de religion y de costumbres; pero repugnándole demasiado hacerlo entónces, lo iba retardando con varias dilaciones y decia: me convertiré, sí, me convertiré; pero ¿ahora mismo en este momento? Ah! no, no puedo: de aquí á algun tiempo (2). Pasaba algun tiempo y llegaba la hora determinada, é inmediatamente la gracia, punzándole en el corazon, decia: hé

(1) *Nemo potest dicere, Dominus Jesus, nisi in Spiritu sancto.* I. Cor. c. 12. v. 3.
(2) *Differens dicebam modò.*

aquí, Agustino, hé aquí que ha llegado la hora : ea pues á abjurar la herejía, á dejar los malos hábitos y á mudar de vida (1). Pero Agustino todavía repugnante respondia : Señor, ¿por qué tanta prisa? Lo haré; mas esperád aún un poco (2). Pasaba tambien este poco tiempo, y la gracia de nuevo le estimulaba en su corazon; mas él de nuevo replicaba : todavía es demasiado presto, esperád, Señor, otro poco mas. Y este poco, añade el humildísimo santo en sus ingenuas *Confesiones*, se alargaba tanto que llegaba á ser un mucho para no acabar jamas (3). Y ¿no es esto, mis amados pecadores, lo mismo que os sucede á vosotros? Traéd á la memoria las innumerables circunstancias de indulgencias, de fiestas solemnes, de jubileos, de Pascuas, de extraordinarias rogativas, de públicas y privadas calamidades, de tribulaciones y de enfermedades : ¡cuántos incentivos sentisteis entónces, cuántas agitaciones, cuántos impulsos para arrojaros á los piés de un ministro de Dios, para desenredar los embrollos de vuestra conciencia, para aclarar vuestras dudas, para hacer una confesion, para tomar cuentas á vuestra alma y para convertiros! Negádlo, si podéis. Y ¿qué otra cosa eran mas que voces de la gracia, la cual, ya de mas léjos, ya de mas cerca, gritaba : hé aquí el tiempo, hé aquí la hora, convertíos? Pero vosotros en tantas ocasiones y con tantos estímulos para hacerlo, firmes siempre en la misma respuesta; esperemos aún, retardémoslo un poco; ¿lo habéis hecho todavía? Se han pasado así meses, años, lustros, y vosotros, miserables, aún no habéis comenzado. Y ¿hasta cuándo querréis todavía diferirlo? ¿cuál será aquel momento tan feliz, en que rompáis vuestras cadenas? ¿Cuánto tiempo, os preguntaré con el mismo Agustino, cuánto tiempo tardaréis todavía en romper vuestros lazos? (4) Oh! vosotros me respondéis, como él se respondia á sí mismo : mañana, mañana, otro dia (5). Mas si ha de ser otro dia, replico yo, ¿por qué no hoy? por qué no al presente? ¿por qué no en esta hora se ha de poner fin á vuestra tan vergonzosa vida? (6)

Ó padre, ahora no siento bastante dispuesto mi corazon : si

(1) *Ecce modò, ecce modò.*
(2) *Sine paululum.*
(3) *Sed modò non habebat modum.*
(4) *Quamdiu, quamdiu?*
(5) *Cras, cras.*
(6) *Quare non modò, quare non hac hora finis turpitudinis tuæ?*

el Señor lo mueve en fin con alguna de aquellas gracias suyas... — Y qué gracia es la que esperáis? Pero cualquiera que ella sea, quisiera yo preguntaros, ¿si hay cosa mas dudosa é incierta que la tal gracia? porque decídme, ¿en qué os fundáis para esperarla? ¿Acaso en la justicia de Dios, porque Dios esté obligado á dárosla de justicia? Mas si de justicia se os debiese tal gracia, la gracia, como os dice san Pablo, no seria ya gracia. Acaso en su misericordia? Pero esta ciertamente no le obliga á tanto. ¿Á cuántos en efecto la ha negado hasta ahora, sin que haya cesado nunca de ser infinitamente misericordioso? Acaso en su fidelidad? Mas dónde y cuándo os la ha prometido? ¿Acaso en que ha dicho que *vendrá dia, en el cual, le invocaremos, y se hará sordo, le llamaremos, y se hará mudo, le buscaremos, y se ocultará de nosotros?* (1) Con todo yo no digo que os negará absolutamente tal gracia. Quién puede saberlo? Dios es el dueño de ella y está en su mano dispensárosla, siempre que sea de su agrado. Solamente pregunto, ¿qué seguridad tenéis de conseguirla? Pregunto, ¿en qué os fundáis para esperarla? Pregunto, ¿qué disposiciones para recibirla, á lo ménos negativas, ponéis entre tanto por vuestra parte? ¿Serán por ventura disposiciones el haber abusado de tantas otras gracias, con las cuales os ha prevenido el Señor? Será disposicion vuestra durísima pertinacia? será disposicion vuestra tardanza? ¿ó será disposicion para recibirla, esta misma presuncion de que confiados en su gracia, vais todavía difiriendo el convertiros?

Ó infelices pecadores! ahora veo que se os desvanecen de una vez vuestras esperanzas, pues no siéndoos posible disimular mas, recurrís á lo íntimo de vuestro corazon, y examináis con toda sinceridad las verdaderas intenciones y los verdaderos motivos de vuestra dilacion. Si habéis retardado acaso el convertiros, porque pensabais hacer una buena conversion, cumpliendo entre tanto y ántes de echaros á los piés de un confesor, con tantas obligaciones como tenéis de satisfacer acreedores, de indemnizar perjuícios, de restituir bienes y fama, de reconciliaros con los émulos y de reparar escándalos; si habéis retardado acaso el convertiros, porque pensabais mas bien tomaros ántes algun tiempo, para hacer un ensayo de vosotros mismos y ver cómo os va, teniendo una vida ejemplar y cris-

(1) *Clamabunt et non exaudiam.* Jerem. c. 11. v. 11. *Consurgent, et non invenient me.* Prov. c. 1. v. 28.

tiana con reserva y moderacion en vuestro trato, con visitas de iglesias, con fervorosas oraciones, con dar limosnas y ejercitar otras obras pias; si habéis retardado el convertiros, porque pensabais al ménos hacer poco á poco lo que por ventura se os hace demasiado duro, ó no tenéis ánimo para ejecutarlo de una vez, desenredándoos uno á uno de vuestros lazos, retirándoos poco á poco de aquella casa, apartándoos poco á poco de aquellas personas y abandonando poco á poco aquel corrillo: diré que el disminuir en tal caso poco á poco vuestros excesos y vuestras culpas, que el acostumbrar vuestros apetitos á la moderacion y á sufrir el yugo, y en suma que el continuar vosotros con tan buena voluntad de asegurar mucho mejor vuestra conversion, podrá servir así como á vosotros de disposicion para recibir la gracia con que efectuarla, así tambien á Dios de incentivo y estímulo para concedérosla. Pero confesádme francamente la verdad, mis amados oyentes, ¿son estos vuestros pensamientos? son estas vuestras ideas? son estos los motivos de vuestra retardacion? Por qué pues diferís todavía el enmendaros? respondédme: por qué? Pero bien claro responden por vosotros vuestros hechos. Porque os parece que no se han desahogado bastante vuestros caprichos y que aún no están bastante satisfechos; por esto vais retardando el mudar de vida, para tener mas tiempo de vivir como ántes, mas tiempo de satisfacer vuestra lascivia, mas tiempo de contentar vuestra vanidad, mas tiempo de saciar vuestra glotonería, mas tiempo de ensangrentaros en vuestros enemigos, mas tiempo en suma de desahogar todas vuestras culpadas pasiones. Este y no otro es el motivo de tomarse tiempo, porque este y no otro es el uso que hacéis del tiempo. Y ahora que habéis contentado vuestros apetitos cuanto os ha sido posible, ahora que estáis bien *empapados* hasta los huesos de iniquidad, ahora que os causan náusea vuestros pecados de tanto cometerlos, ¿pensáis estar mas dispuestos para dejar la mala vida, y que Dios lo está tambien para daros la gracia con que poder dejarla? Qué delirio! qué locura! qué frenesí! Y ¿qué es esto, considerándolo bien, sino esperar que Dios os dé su gracia, y una tal gracia, por miramiento justamente á tantas horribilísimas impurezas, á tantas y tan atroces injusticias, á tantas de las mas brutales sensualidades y á tantos enormísimos ultrajes hechos á su nombre, á su ley y á su bondad? Hé aquí á lo ménos la disposicion con

que intentáis cegar el camino á la grande, á la preciosa, á la inestimable gracia de vuestra conversion. Ah, cristianos! quién os deslumbra así, quién os ciega, quién os trastorna? Dónde estás, Sanson? No hay hecho en la sagrada Escritura mas notorio que este; pero tampoco lo hay mas instructivo para nuestro intento. Y efectivamente ¿qué causa puede en realidad señalarse mas natural y verdadera de haberse Dios alejado de un hombre, tan maravilloso por su fortaleza, y de haberle abandonado, como la de haber él creído que, aunque se hubiera expuesto á mil riesgos, no le hubiera dejado jamas? Saldré como ántes lo he hecho, andaba neciamente diciendo entre sí, saldré como ántes lo he hecho, y me sacudiré de ellos (1): como si quisiese decir: bien puedo, por complacer á mi Dálila, dejarme ligar con cuantos lazos guste; bien puedo sin temor consentir en ello; bien puedo tener confianza. Acaso piensa la astuta hacerme traicion y quiere entregarme á los filisteos; pero ¿qué importa todo esto, con tal que se cumplan mis deseos? De todos modos yo tengo siempre en mis brazos la seguridad de escapar de cualquier peligro. ¿No he roto casi sin esfuerzo los fuertes cordeles con que estaba atado, y no he arrancado de sus quicios y llevado sobre mis espaldas las puertas de una ciudad, aunque tan pesadas? De esta manera pensaba Sanson, hasta que habiéndole cortado la perversa Dálila los cabellos y raídole la cabeza, fué á un mismo tiempo, sin que lo advirtiese, abandonado de sus fuerzas y de Dios (2). Ó desdichado! vé ahora, prisionero débil y ludribrio vil de tus enemigos, vé ahora á llorar tu necia presuncion entre las dobles tinieblas de una oscura cárcel y de una dolorosa ceguedad. Saldré, paréceme oirte decir á ti tambien, pecador: yo quiero ciertamente abandonar de una vez aquella amistad, quiero retirarme al fin de aquella casa de juego, y quiero poner freno á aquel mal hábito; pero no es necesario que se haga tan presto. Entre tanto Dios no me falta, y está siempre pronto para asistirme con su gracia. — ¿Está siempre pronto para asistirte con su gracia? Y con cuál? ¿Con aquella que se te da y con que se puede hacer todo lo que dices? Es verdad. Con aquella que tú esperas y con que se hace? Es falso. Y porque le supones siempre pronto para asistirte con su gracia, no te das ninguna

(1) *Egrediar sicut ante feci, et me excutiam.* Judic. c. 16. v. 20.
(2) *Nesciens quod recessisset ab eo Dominus.* Ibid.

prisa á hacer buen uso de ella! Pues bien: ya Dios se retira de ti, ya Dios se aleja, é imponiéndote aquel fatal castigo, con que tantas veces te amenaza por sus profetas, ya Dios te abandona; y ¡desdichado de ti, miserable, exclama él mismo por Oséas, si yo llego al extremo de abandonarte! (1) No esperan otra cosa tus enemigos para arrojarse sobre ti, para sorprenderte y aprisionarte, y como vencedores regocijarse con su presa y burlarse de tu perdicion (2).

Pero, amadísimos pecadores, si aún esperáis esta gracia vigorosa que os excite, si aún esperáis una misericordia particular que os anime, héla aquí en estos dias, héla aquí en este momento: en estos dias, digo, en que han cesado las glotonerías, se han cerrado los teatros, se han deshecho los corrillos de los ociosos, y en que las paredes, los altares y los sacerdotes, adornados y vestidos de luto, respiran por todas partes compuncion y piedad (3). Héla aquí en este momento, sí, en este momento mismo en que Dios, como bien lo oís vosotros, os llama con voz mas amorosa, os estimula con mas fuerte inspiracion y os convida con mas terneza, diciéndoos al corazon: vuélvete á mí y yo te recibiré (4). ¿Por qué andas, pecador, extraviado todavía y léjos de mí? De quién te ocultas? de quién huyes? Cómo, miserable y engañada paloma, dejas tu nido? cómo, oveja descarriada, dejas tú fiel pastor? cómo, hijo desamorado, dejas á tu amado padre? cómo, alma pecadora, dejas á tu buen Dios? Ah! ven acá, qué temes? ¿que yo acaso no pueda, ó no quiera olvidar tus delitos? Los sé ya: sé, esposa infiel, todas tus deslealtades; pero tambien quiero perdonártelas: sé que me has vuelto indignamente las espaldas, por arrojarte aún mas indignamente á los brazos de impuros amantes (5), y sé ademas que cualquiera otro esposo que yo no fuese, no querria ciertamente mirar mas á la cara á una esposa que se hubiera conducido como tú lo has hecho; pero léjos de ser yo así, te aseguro que desde el dia que me desposé contigo en el bautismo, no he podido olvidarme de ti, ni del amor que en ti puse, ni de la gracia que te di. Mira que para acogerte de nuevo tengo todavía abierto este pecho, extendidos estos brazos y herido mi corazon. Vuelve pues á este corazon y haz la prueba de si aún te ama. Vuelve, digo, y no quieras mas hacerte sorda, vuelve y no quieras mas ser obstinada, vuelve que acaso el tiempo te faltará, vuelve que acaso yo no te acogeré mas. Hermanos, hermanas, si esta vez no correspondemos á sus llamamientos, ¿mereceremos que vuelva á llamarnos?

(1) *Væ... cum recessero ab eis.* Os. c. 9. v. 12.
(2) *Deus derelinquit eum, persequimini, et comprehendite eum.* Psalm. 70. v. 11.
(3) *Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.* II. cor. c. 6. v. 2.
(4) *Revertere ad me... et ego suscipiam te.* Jerem. c. 3. v. 1.
(5) *Fornicata es cum amatoribus multis.* Ibid.

SEGUNDA PARTE.

En las dos espantosas incertidumbres que tenéis, pecadores morosos, acerca del tiempo en que podréis convertiros y de la gracia con que habéis de hacerlo, una sola cosa hay cierta difiriéndolo todavía, y es la mayor dificultad que, siempre que lo queráis hacer, encontraréis infaliblemente en ello. Para explicarnos esto con brevedad, echád una mirada al profeta Ezequiel en el acto de querer pasar no sé qué torrente que le cortaba su camino. Métese poco á poco el profeta en el torrente, y no sabiendo si era fácil ó difícil de vadear, camina primero con rezelo y lentitud; pero habiendo observado que apénas le cubria el agua los piés, llegó á meterse hasta la cintura. Pero Ezequiel no retrocede, y haciendo intempestivamente de animoso, se introduce mas en el torrente hasta que lo encuentra tan crecido é hinchado que desconfia de poderlo romper y vadear (1).

Vengamos á la aplicacion. En un turbio y cenagoso torrente os metisteis vosotros, mis amados cristianos, cuando comenzasteis desde jovencitos á sumergiros en aquellas sucias y asquerosas deshonestidades. No bien lo echaron de ver vuestros prudentes directores, cuando os dijeron: retrocedéd, retrocedéd, detenéd el paso, no os engolféis mas. Huíd de esos compañeros, rompéd esas amistades, y hacédlo presto, pues de otra manera... — Vosotros, ó no dando crédito á sus amonestaciones, ó despreciándolas quisisteis ir adelante y continuasteis así, guiados de vuestros caprichos y de vuestras pasiones. Y bien, cómo va al presente? Ah! los torrentes de iniquidad, diréis, si habláis con verdad, los torrentes de iniquidad nos conturba-

(1) *Intumuerant aquæ profundi torrentis, qui non potest transvadari.* Ezech. c. 47. v. 5.

ron (1). Multiplicándose cada dia mas el número de los pecados y aumentándose diariamente la fuerza de los malos hábitos, os veis ahora rodeados por el furor de unas aguas cenagosas é impuras, y embarazados de tal manera que mirando la orilla que habéis dejado, no os parece posible volver á ella. No obstante procura el buen confesor animaros todavía, porque no desconfiéis del todo, diciéndoos incesantemente : ánimo, ánimo, no pongáis duda en que al fin saldréis á la orilla. Y ¿cuántas veces, con un cierto murmurar y refunfuñar de medio desesperado, le habéis respondido arrojando un profundo suspiro : padre, no sé qué hacerme : no puedo, padre, no puedo? ¿Sueño yo, cristianos, ó hablo verdad? ¿Es esta una mera invencion mia, ó un caso práctico que todos los dias sucede?

Y ¿qué será, añado yo, si ni aún ahora os resolvéis á convertiros y queréis retardarlo todavía? ¡Cuánto crecerá la dificultad y cuán fácilmente llegará casi á lo imposible! ¿Cómo puede ser que no os hagáis el cargo, de que os será sin comparacion mas difícil descubrir en la confesion una culpa, cuando callada mucho tiempo y aumentado tanto mas el rubor, os hayáis acostumbrado á no recibir los sacramentos, ó á recibirlos con labios sacrílegos? ¿de que os será sin comparacion mas difícil restituir los bienes usurpados, cuando habiéndolos poseído muchos años, casi no podréis distinguirlos de los vuestros, y cuando habiendo gozado ya sus frutos, tendréis que resarcir tantos mas daños? ¿de que os será sin comparacion mas difícil volver su crédito á una persona, cuando la hayáis infamado largo tiempo con vuestras horribles detracciones? ¿de que os será sin comparacion mas difícil abandonar aquella amistad perversa, cuando por una larga familiaridad se haya estrechado mucho mas, y mucho mas os hayáis aficionado al placer pecaminoso, pudiéndose decir que siendo ya vuestro descaro como el de una ramera, no queréis tener vergüenza (2) ; esto es, que habéis llegado á lisonjearos y vanagloriaros de vuestro delito? Ó amados oyentes! reflexionád por último sobre los engaños y fraudes del tentador. No quiere el demonio que os convirtáis ahora, y entre tanto os va lisonjeando con la esperanza de mejor ocasion, de un tiempo mas oportuno, de una solemnidad mas devota ó de un año santo. Y sabéis por qué? Porque no os convirtáis nunca. Ojalá no fuese verdad! Pero aún cuando tengáis mucho tiempo, no asistiéndoos probablemente la gracia y aumentándose cada vez mas la dificultad, demasiado cierto es que será así. Declaráos de una vez, amadísimos pecadores, y decíd claramente que no queréis convertiros jamas ; decíd que no hacéis ningun aprecio de este buen Dios; decíd que es demasiado el placer que tenéis en ofenderle, y que no os tiene cuenta renunciar tantas complacencias por complacerle á él. Añadíd, que si cree habérselo esto merecido con dar su sangre y su vida por vosotros, está muy engañado, y que no es este un título para tener derecho de exigir tanto. Añadíd finalmente, que tome el tiempo como venga, y que si no lo quiere así, mas que todo su amor y toda su gracia os importa una sola de vuestras satisfacciones, uno solo de vuestros placeres. Sí, ven acá y díle todo esto, alma ingrata; díselo aún á la vista de estos clavos y de estas llagas; díselo, pero no te quejes despues. Ó fieles mios! ¿podréis llegar á tal extremo con este buen Crucificado? Aún cuando tuvieseis, que ciertamente no lo tenéis, algun motivo para quejaros de él, ¿son tan leves y tan pocos los disgustos que le habéis dado hasta ahora, que no estáis todavía satisfechos? Infelices pecadores, baste lo ya hecho, baste lo ya hecho, que demasiado es. Ó Dios mio! no permitáis que hoy sean inútiles mis palabras, y dadme por lo ménos una alma. Aquí está, y bien advierte que hablo á ella y de ella (1). Así sea.

(1) *Torrentes iniquitatis conturbaverunt me.* Psalm. 17. v. 51.
(2) *Frons mulieris meretricis facta est tibi, noluisti erubescere.* Jerem. c. 3. v. 3.

(1) *Hodie si vocem Domini audieritis, nolite obdurare corda vestra.* Psalm. 94. v. 8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON.

LA CONFESION SACRAMENTAL
ES DE DERECHO DIVINO,
Y ABSOLUTAMENTE NECESARIA
Á TODOS LOS PECADORES.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Quæcumque alligaveritis super terram, erunt ligata et in cœlo: et quæcumque solveritis super terram, erunt soluta et in cœlo.

Todo lo que ligareis sobre la tierra, tambien será ligado en el cielo; así como todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo.

S. Mateo, c. 18. *v.* 18.

Cuando el Señor determinó redimir al hombre conocia perfectamente su miseria y fragilidad; sabia que así como el pueblo de Israel, luego que se vió libre de la esclavitud insoportable de Faraon, olvidó á su libertador omnipotente y despreció el delicioso maná con que le regalaba, suspirando ademas por el grosero alimento que con tanta escasez le dispensaban los egipcios; así el género humano, libre por la muerte de su Dios del tiránico yugo con que lo tenian oprimido el pecado y el demonio, despreciaria el manjar suavísimo de los ángeles por los vergonzosos placeres de las bestias, y la belleza inapreciable de la virtud por el hediondo deleite con que le brinda la culpa.

(1) En las págs. 131, 146 y 493 del tomo tercero de los sermones de *Mision* se hallan tres para este mismo dia.

Lo sabia, sí; y por lo mismo incitado de su amor, que no le permite dejar imperfectas sus obras, no se contenta con dar su vida por sacarlos de su desgracia, sino que despues de su muerte consiente que una lanza cruel abra en su amoroso costado una fuente de aguas copiosas y saludables, donde puedan bañarse para recobrar la salud los enfermos, y vuelvan los muertos á la vida.

Tanta es seguramente la eficacia del sacramento de la penitencia: de este inapreciable sacramento, cuyo solo nombre debe excitar en la mente de todos los cristianos la idea mas sublime de las divinas misericordias; de este sacramento, en el que únicamente puede fundar el pecador la esperanza de arribar al puerto de salvacion; de este interesante sacramento, sin cuyo recurso el mismo cielo seria una especie de desierto, y por cuyo medio se franquean las puertas de la gloria al blasfemo, al perjuro, al parricida, al adúltero, al sensual, al impío, al apóstata, á todo género de pecadores sin excepcion alguna.

Animáos, los que gemís oprimidos bajo el peso de vuestras culpas, por mas enormes que estas sean. Nadie desconfíe: el Dios de la bondad, que os ha colocado en el mar borrascoso de este mundo, que ha visto con dolor estrellarse por culpa vuestra la poderosa nave, en que vuestras almas navegaban en direccion á la patria celestial, y os mira luchando con la muerte y colocados á las puertas del abismo, por estar casi del todo agotadas vuestras fuerzas; ese Dios de la bondad, ese padre de las misericordias, ese Señor, tan poderoso como bueno, se apiada de vosotros, y os depara una tabla capaz de libraros á todos del naufragio que os amenaza. No puedo suponeros tan imprudentes que llegueis á desechar este único recurso que resta á vuestra salvacion: al contrario bien convencido estoy de que os asiréis á ella confiados, bendiciendo al mismo tiempo la mano benéfica que os la presenta en tan angustiosa situacion. Ya conoceréis que hablo del sacramento de la penitencia, al que con mucha propiedad llaman los santos Padres segunda tabla despues del naufragio, porque nuestro divino Redentor lo instituyó, para que por él, y solo por él, pudieran recobrar la gracia y abordar al puerto de salvacion los que despues del bautismo hubieran naufragado en las tempestuosas olas de la culpa; como pienso demostrarlo para desengaño de los que en esta materia se hayan dejado seducir de los impíos.

Y como la parte que mas repugna á estos infelices es la confesion, suponiéndola invencion humana, yo me ocuparé en demostrar, al mismo tiempo que os excito á la observancia de esta religiosa práctica, que es de institucion divina.

Dad, Dios mio, á mis palabras todo el vigor, toda la eficacia posible, á fin de que logre persuadir con ellas á mi auditorio. Así os lo suplico por la mediacion de vuestra santísima Madre y nuestra abogada. *Ave María.*

Es por demas injusta la idea que se forma de Dios el que juzgue que la repeticion de caídas en la culpa le hace imposible el perdon. Cualesquiera que sean el número y cualidad de nuestros pecados, Dios puede y quiere perdonarlos. En todos los períodos, en todas las circunstancias, aún en el último instante de nuestra vida, por mas turbulenta y criminal que haya sido, nos dice Dios por su profeta (1), que no quiere nuestra muerte y desgracia eterna, sino nuestra conversion y nuestra vida. Cómo así, Dios mio? en dónde cabe tanta clemencia? ¿No son el pecador y su pecado el objeto único de vuestro aborrecimiento, de vuestro furor, de vuestra maldicion? Ay! el hombre, criado á vuestra imágen y redimido con vuestra sangre, es y será siempre el objeto de vuestro amor. ¡Ojalá que acertara yo á dar una idea cabal y justa de este amor! Seguro estoy que en ese caso estaria demas la penitencia; mas ya que por desgracia la necesita el hombre, me esmeraré en hacerle conocer el reconocimiento que debe á la bondad de Dios, por haber sacado su alma de la muerte mas lamentable á una vida celestial y gloriosa, por la que recobra todas las virtudes, todos los méritos, el mismo derecho á la bienaventuranza, de que le habia despojado la culpa, la caridad esa nobilísima virtud que hace al Espíritu de Dios bajar de los cielos, fijar en el alma su morada, vivificarla, comunicarle aquella nobleza, en que con el menor suspiro merece ya de justicia la gloria de una eternidad; cuando constituída en el estado de culpa, nada podia merecer en el órden de la gracia, aunque se hubiera sujetado á las mayores mortificaciones y penitencias. ¿Puede ser todo esto creído sinceramente del hombre, sin encenderse en su corazon la llama

(1) *Ezech. c.* 33. *v.* 11.

mas activa de amor hácia un Dios, que tanto le favorece, que tan finamente le ama?

Pero este amor debe aumentarse en el cristiano, cuando á pesar de sus crímenes ve que este Dios de las misericordias no quiere aterrarle con los rayos de su majestad, ántes bien por evitarle la confusion que pudiera infundirle su presencia, y para facilitarle al mismo tiempo los medios de conseguir el perdon, se desprende, digámoslo así, de uno de los caractéres mas propios de la divinidad; de la potestad de perdonar los pecados, que deposita en manos de los hombres, y aún de los mismos pecadores, entregándoles las llaves del reino de los cielos. Porque es indudable que á Pedro y á cuantos participan de su sacerdocio, confiere Jesucristo una facultad absoluta de atar y desatar en la tierra y en el cielo; esto es, de absolver ó no absolver á los delincuentes. Qué asombro! deposita en sus manos un poder que no ha concedido á sus ángeles. Dios hace una alianza con el sacerdote, y empeña la verdad de su divina palabra de ratificar en los cielos sin la menor reserva todo cuanto en este particular determine él en la tierra. *Os doy*, les dice á todos (1), *mi divino Espíritu; obrád como si fuerais dueños de mis gracias, seguros de que los pecados que vosotros perdonareis, quedarán irrevocablemente perdonados, y los que declarareis indignos de perdon, quedarán sin perdonar.*

Qué consuelo para el cristiano pecador! ¿Se hubiera jamas atrevido á pedir á Dios que colocara en manos de un pecador como él, que como él necesita ser perdonado, la facultad de perdonarle? Pues el Señor lo ha hecho sin que aquel se lo pida. Pero esta misma dignacion le quita todo pretexto de avergonzarse ó temer descubrir todas las llagas de su alma, por ocultas y hediondas que sean, á un médico caritativo que, sin poder de modo alguno hacer otro uso de su conocimiento, en el instante y con el imperio solo de su voz las cura, restituyendo á su alma no solo una santidad completa, sino tambien una inmortalidad bienaventurada. No, no hay excusa en el pecador para detenerse un momento en confesar sus pecados.

Confesar... hé aquí la piedra del escándalo. ¡Descubrir el hombre á otro aquellas debilidades vergonzosas, que tanto siente no poder ocultar aún á su misma conciencia! Y esto en una

(1) *Joann. c.* 20. *v.* 22 *et* 23.

ley de gracia, en una ley de bondad y amor! Confesar los pecados! pero ¿cuándo y por quién se ha establecido una ley tan repugnante? Léase con el mayor cuidado el Evangelio; examínese la historia de la Iglesia desde el tiempo de su fundacion; en ninguna parte se hallará semejante precepto en los doce primeros siglos. Por esta época un pontífice quiso imponer á los cristianos una odiosa obligacion que Jesucristo no les habia impuesto. Y quién es él para contrariar la voluntad del Omnipotente? Dios no quiere obligarnos sino á confesarle á él mismo nuestras culpas en la amargura de nuestro corazon.

Así opinan, esta es la doctrina que enseñan los incrédulos de nuestros dias, la misma sin diferencia alguna que aprendieron de los herejes sus maestros. Examinemos rápidamente las razones en que se fundan, y conoceremos su falsedad. ¿Es cierto que jamas se creyeron los primitivos cristianos obligados á la confesion, y que no hay documento alguno que pruebe semejante precepto? No diré yo que se halle expreso en el Evangelio, ni quiero insistir en las palabras de aquel apóstol que nos encarga (1), que *confesemos nuestras culpas unos á otros, como un medio seguro de conseguir la salud;* pero qué! El divino legislador que movió la mano de los que escribieron el Evangelio y demas libros santos, ¿no pudo darles de palabra otras instrucciones y leyes conducentes al gobierno de su Iglesia? ¿No asegura san Juan, al fin de su Evangelio, que sin comparacion alguna son mas en número las obras y palabras del Salvador que se pasan en silencio, que las que se refieren?

Mas no es esto solo, yo quiero hacer ahora esta réplica á los novadores: ¿cómo fué que le ocurrió al celoso Inocencio la idea de imponer á todos los cristianos una ley tan odiosa? ¿Cómo es que la Iglesia universal se sometió sin la menor repugnancia á un yugo tan cruel? ¿Cómo es que por espacio de cuatro siglos nadie reclamó contra una novedad de tanto bulto? ¿Quién puso en movimiento, quién alarmó á todas las Iglesias, á todos los pastores, á todos los fieles, á todo el orbe católico, en el momento que empezó á difundirse el error monstruoso y verdaderamente nuevo de no ser necesaria la confesion auricular para conseguir el perdon de los pecados? ¿Por qué se miraron y persiguieron sus autores como enemigos de la Iglesia, de

(1) *Jacob. c. 5. v. 16.*

la Fe y de Jesucristo? Ah! era bien público, era demasiado evidente que el Concilio de Letran no impuso en esta parte á los cristianos obligacion alguna que no hubieran tenido siempre, que no se hubiera practicado desde el nacimiento mismo de la Iglesia.

En comprobacion de esta verdad subamos hasta los primeros siglos; averigüemos lo que se practicaba en vida de los apóstoles. En todos tiempos, en todas partes hallaremos establecido con la mayor solidez y sin la menor duda en contrario, que la confesion auricular era el único medio de conseguir el perdon de los pecados cometidos despues del bautismo. De aquí el severo rigor con que se probaba al penitente, ántes de dispensarle el beneficio de la reconciliacion; de aquí la práctica de suspender, aún hasta el artículo de la muerte, la absolucion sacramental á los que por sus recaídas manifestaban poco aprecio á aquella gracia: disposiciones cuya observancia se recomienda con tanta energía por los Padres mas sabios de la venerable antigüedad, pero impertinentes y ridículas, si los pecados se perdonaban sin confesarse. Porque ¿quién seria el fatuo que quisiera sujetarse al rubor, á la ignominia, al retiro, á la mortificacion de tantos años, por conseguir una absolucion que para nada necesitaba? ¿Qué le importaria al reincidente que le dilataran aquella ceremonia hasta la hora de la muerte, y aún que se la negaran en aquel terrible momento, si él tenia otros medios seguros de justificarse? Si el penitente no tenia mas obligacion que confesar á Dios sus pecados, ¿á qué declamar tanto los Padres de todos los siglos contra esa funesta vergüenza que retraía de la confesion á los pecadores? ¿Á qué tantas y tan vehementes exhortaciones, para que busquen al sacerdote, le manifiesten las hediondas llagas de su alma, vomiten á sus piés el veneno que ocultan en su interior, confesando ingenuamente sus pecados? ¿Á qué asegurarles, que sin estas diligencias es imposible que consigan la remision de sus culpas?

Yo no trato de ostentar una vana y petulante erudicion; sin embargo quiero referir algunas de estas exhortaciones, para impugnar esas sediciosas doctrinas que circulan entre vosotros. «Es indispensablemente necesario confesar con sinceridad todas las culpas de que la conciencia nos acusa,» dice san Bernardo. «Si la vergüenza nos impide manifestarlas á un hombre solo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

infelices de nosotros! en el dia mas terrible nos veremos cubiertos de una desesperada y eterna confusion, en presencia de Dios, de los ángeles y de los hombres. » « La confesion, » dice san Isidoro, « sana, justifica, perdona : en ella se cifra la esperanza toda del pecador, porque sabe que solo en ella tiene el Señor depositada la fuente de la misericordia. » « Nadie sea tan temerario, » dice san Agustin, « que por haber pecado ocultamente, pero en presencia de Dios, crea que solo á Dios debe confesar sus pecados. Si Dios solo nos quisiera perdonar, no hubiera confiado á la Iglesia las llaves del cielo. Decir que los pecados se pueden perdonar sin confesarlos al sacerdote, es contradecir al Evangelio; es falsificar las palabras de Jesucristo; es prometer al pecador lo que le ha negado el mismo Dios. » El Crisóstomo, de cuyas palabras tanto abusan los reformadores, escribe homilías, libros enteros para persuadir la necesidad indispensable de la confesion auricular; pero es muy notable lo que dice en el *Sermon de la Samaritana :* « el que tiene vergüenza, » son sus mismas palabras, « de manifestar al sacerdote sus pecados, y deja de confesarlos en el último de los dias, los oirá publicar, no ya delante de un hombre solo, sino en presencia de todo el universo. » Usando Orígenes casi de las mismas palabras que san Cipriano, hace una bella comparacion entre el enfermo y el pecador. « Aquel, » dice, « que teniendo el estómago lleno de humores, viciado, no procura arrojarlos, padece mucho, y por último muere; pero si los expele por medio del vómito, al punto asegura la vida y recobra la salud : así el pecador, miéntras conserva el pecado en su corazon, tiene en su interior el veneno que le atormenta y conduce á una muerte eterna; pero en el momento en que se presenta á un sacerdote, y lo vomita por medio de la confesion, recobra la salud, la gracia y el derecho á la vida eterna. » Aunque los testimonios que acabo de referir, son mas que suficientes para confundir á esos genios cavilosos que pretenden alucinar á los incautos, persuadiéndoles que la confesion sacramental es institucion de un pontífice del siglo XIII, quiero no obstante recordar un hecho que refiere san Lúcas en la historia de los apóstoles, y que es como una corroboracion de los argumentos expuestos. Este evangelista dice (1), que atemorizados muchos de los creyentes

(1) *Act. c.* 19. *v.* 17 *et* 18.

acudieron al apóstol glorificando á Dios, y *confesando voluntariamente sus culpas.*

Ni los cristianos ni los impíos necesitan mas pruebas para convencerse de la verdad; pero estos las resisten, porque les es ruboroso confesar su error; porque cifran toda su ciencia en impugnar todas las verdades, sin otra razon que el haber sido creídas ántes. Pero aún así es admirable que, cuando ellos mismos publican en todas partes, que las mas abominables torpezas son unos inocentes desahogos, les cause rubor el declarar á otro hombre sus flaquezas; que se resistan á confesar bajo el mas inviolable sigilo esas acciones que suponen inocentes. Malvados! por tan inicuos medios han introducido el trastorno mas escandaloso en la sociedad; han desterrado la honestidad, la modestia, el pudor de un sexo, que lo miraba poco hace como el don mas apreciable de la naturaleza. Una doncella, una señora recatada, honesta es el objeto de la mofa, del ludibrio, de la execracion de una juventud corrompida, como lo era no hace mucho una mujer pública; y si se dignan dirigirle la palabra, es solamente para excitarla, proponiéndole el ejemplo de las otras, al descaro, á la desnudez, á la inmodestia, y retraerla de la confesion, ponderando la dificultad y repugnancia de semejante práctica.

Miserables seducidos, los que por falta de luces habéis tenido la debilidad de creer á esos apóstoles del error, si no queréis parar vuestra consideracion en las palabras de Jesucristo, ni en la conducta de sus discípulos, ni en la práctica constante de su Iglesia, observád siquiera las obras de esos mismos que os han pervertido : ved si podrán ser verdaderamente sabios los que os predican la total independencia, los que os enseñan que las pasiones son unos estímulos, de que se vale la naturaleza para moveros á buscar la felicidad; que solo satisfaciéndolas podéis hallarla, tratando de persuadiros por otra parte á que ocultéis á los hombres, y aún al mismo Dios, si posible fuera, los medios que al efecto habéis usado. No, no pueden ser verdaderamente sabios, porque en ese rubor con que pretenden haceros odiosa la confesion, declaran el justo concepto que tienen formado de esas acciones que contra su sentir os dicen ser inocentes. Nadie se avergüenza sino de lo que le hace acreedor á la infamia, al vituperio; y solo con las obras criminales se merecen los hombres este ignominioso concepto. Pretenden con

razon que os sea ruboroso el confesar vuestras abominaciones, que es lo único que os hace infames, execrables en presencia de Dios y de los hombres. Pero dejaréis de serlo, porque no las confeséis? La infamia, la execracion son el fatal resultado de la culpa: la confesion, léjos de producir estos efectos, los borra del todo. El mas criminal de todos los pecadores, si debidamente se confiesa, queda tan justificado, como si jamas hubiera cometido una sola culpa. Yo no me admiraria de que esos hombres os excitaran á la soberbia, á la sensualidad, á la avaricia, á todos los desórdenes; mas que consumado el delito, satisfecha la pasion, os retraigan de la confesion, esto es lo que excita mi admiracion; y no encuentro otra causa de semejante conducta que la envidia, por la cual quieren haceros participantes de la penosa situacion en que ellos se encuentran. Infelices! si se os permitiera ver su interior, no podriais ménos de quedar desengañados. Lo vierais despedazado inhumanamente por unos remordimientos, que nunca consiguen sufocar. En tan deplorable situacion recurren á los medios mas viles y degradantes: quisieran ser brutos, y no pueden prescindir de ser hombres; desearian persuadirse que no hay Dios, y Dios se presenta á su vista y á su imaginacion en todas partes; tendrian un placer en que todos los hombres fueran impíos, y á cada paso tropiezan con acciones virtuosas. De aquí esa infame cobardía que demuestran en las obras, teniendo siempre la intrepidez en los labios. De aquí la perniciosa máxima de haber sustituído la embriaguez á la penitencia, al emprender una obra en que peligra la vida, no para infundir esfuerzo, sino para impedir los efectos del terror á vista de los peligros; porque en ellos es donde descubren mejor su debilidad los espíritus fuertes. Entónces es cuando en los principales objetos de su persecucion, en los ministros de la confesion, reconocen un poder ilimitado para perdonar á todo género de pecadores. Entónces piden con abundantes y tiernas lágrimas la confesion... Ay! la confesion que tanto han impugnado, la confesion de que se han hecho indignos, la confesion que suele negarles la Providencia, para castigo suyo y escarmiento de otros. Oh! es muy terrible, pero no puede ocultarse, pues sucede con mucha frecuencia que abandone Dios en la hora de la muerte, á quien le ha despreciado á él en el tiempo de su vida; que deje morir sin los auxilios de la Religion á quien no solo los despreció, sino que

enseñó á otros á despreciarlos; que permita morir en una rabiosa desesperacion á quien ha vivido en una impía seguridad.

Cristianos, tiempo es ya de que os desengañéis. No creáis que ellos solos son los culpables; lo son mucho mas sin duda los que creyendo firmemente el dogma de la confesion sacramental, dilatan para el término de su vida, ó tal vez abusan con una sacrílega temeridad de una medicina tan eficaz y saludable. Abramos en tiempo los ojos á la luz de la verdad; no esperemos á que nos los abra una experiencia dolorosa. El desengaño que yo os he procurado con mis exhortaciones, aumenta vuestra responsabilidad, os ocasiona perjuicios incalculables, si no tratáis de aprevecharlo. Ya habéis disfrutado la felicidad aparente del mundo; ya habéis conocido cuán fútiles son sus bienes, cuán amargos sus placeres; ¿por qué queréis conservar en vuestro interior el veneno que da una muerte irremediable á vuestras almas? La confesion os pone expedito y seguro el camino para la verdadera gloria del cielo. Nuestro divino Redentor os está convidando con el perdon; la Iglesia os abre las puertas de su misericordia; sus ministros esperan impacientes vuestra llegada, para limpiaros de la lepra del pecado, derramar sobre vosotros los infinitos tesoros de la gracia, y restituiros el derecho á la herencia de los justos. Corréd ansiosos á ese dichoso baño de la salud, seguros de que solo por ese medio conseguiréis la bienaventuranza, que á todos deseo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE

LAS OCASIONES PROPINCUAS.

PARA EL CUARTO MIÉRCOLES DE CUARESMA.

(DE TRENTO.)

Cæcus... si cæco ducatum præstet, ambo in foveam cadunt.
Si un ciego guia á otro ciego, ambos caen en el hoyo.
S. Mateo, c. 15. v. 14.

No se falta á la verdad, señores mios, cuando en órden principalmente á nuestros dias se dice, que la mayor parte de los hombres viven enteramente á ciegas; y en efecto preguntád á las personas de mundo, que por qué viven así, y no oiréis sin duda á la mayor parte otra respuesta, sino que por seguir la costumbre. Y ¿no es esto justamente, replico yo, lo que nos dice hoy el santo Evangelio, quiero decir, caminar á tiento y con los ojos cerrados, siguiendo á otros igualmente privados de luz, para caer todos á un tiempo y de improviso en el horrible y profundo hoyo, que han hecho delante de sí mismos sin advertirlo? Si un ciego guia á otro ciego, ambos caerán en el hoyo. Esto puede decirse en particular con mucha mas razon de aquellos cristianos (¡oh y qué frecuentemente lo vemos en el cristianismo!) que presuntuosos y atrevidos, sin temor de pecar, se exponen á todos los riesgos de hacerlo, dejando temerariamente metidos los piés en las innumerables é insidiosas redes que hay tendidas por todo el mundo, y vanagloriándose con una necia seguridad de que no quedarán prendidos en ellas. Ó miserables! ¿qué maravilla es pues que, inesperadamente y casi sin echarlo de ver, queden hechos presa del cazador enemigo, que ocultamente va preparando y tendiendo sus redes? *Me-*

tieron en la red sus piés, dice Job, *y quedaron presos en ella* (1). Por tanto, para que ninguno de vosotros, amados católicos, caiga incautamente en tales redes por su desgracia, y para que todos se precavan y abran los ojos, he resuelto mostraros hoy el grande peligro de meterse en los peligros; esto es, el gran peligro á que se expone quien se mete en los peligros de ofender á Dios. Esto que parece un juego de palabras, contiene una sólida é importantísima verdad, que acaso no habéis comprendido bien á primera vista; y mi obligacion es el explicárosla con toda claridad, si me favorecéis con vuestra atencion, y empiezo desde luego.

Peligro de pecado grave y ocasion de pecado grave son dos vocablos, que aunque algunos los distingan como diversos en su significacion mas formal y limitada, se pudiera verdaderamente decir que son una misma ó casi una misma cosa. Sin embargo he querido usar mas bien el primero que el segundo, para que mas fácilmente vengáis en conocimiento, en primer lugar, de aquello sobre lo que no pienso hablar propiamente hoy, y despues de aquello sobre lo que quiero hablaros. Protesto pues ante todo, que mi ánimo no es el de tratar de lo que se llama *ocasion próxima*, y se llamaria mejor *peligro próximo de culpa mortal;* pues por mas que parezca esto un asunto capaz de excitar é inflamar el zelo de todos los ministros del Evangelio, ¿con qué mira he de tratar yo de él? ¿con la de instruiros por ventura de lo que es ocasion próxima de pecado? Pero quién de vosotros puede ignorarlo? ¿Quién no sabria decir, que por ocasion próxima de pecar se entiende aquella, en que constituída alguna persona, se tiene por moralmente cierto que incurrirá en pecado ó externo de obras y palabras, ó interno de complacencias y deseos, examinadas bien todas las circunstancias y segun un juício prudente? segun un juício, que á veces se funda en la experiencia de las pasadas y frecuentes caídas, y ademas en la cualidad y naturaleza de la cosa, siendo rarísimo el caso, en que no caigan por alguno de los modos insinuados otros dotados de igual fortaleza y virtud, y constituídos en semejante peligro.

(1) *Immisit in rete pedes suos... Tenebitur planta illius laqueo.* Job, c. 18. v. 8 et 9.

Acaso seria mas necesario é importante que levantando de repente la voz, me pusiese á intimar á cualquiera que se hallase en el caso, la obligacion indispensable que tiene de alejar la ocasion de sí, ó de alejarse él mismo de la ocasion; como tambien á proponerle los motivos, por que lo debe hacer, y á rebatir las excusas y descubrir los pretextos con que procura eximirse de hacerlo. Mas por mucho que yo dijese sobre este punto, ¿pudiera hablar, ó con mas vehemencia, ó con mas claridad que habló Jesucristo mismo en su Evangelio? ¿Queréis saber cuál es la obligacion en que os halláis? Héla aquí. Debéis evitar tal ocasion, debéis removerla, abandonarla y huir de ella, por manera que no podéis ya sin pecar estar con aquella persona, ni entrar en aquella casa, ni poner el pié en aquella taberna, ni retener aquel libro, ni conservar aquel retrato, ni continuar aquel juego, ni trataros familiarmente con aquel compañero. ¿Se necesita mas para convenceros de la fuerza demasiado funesta y del fatal predominio que tiene sobre vuestro espíritu la ocasion? ¿del ningun auxilio que podéis esperar de la divina gracia, la cual así como no os ha faltado para huir, así tambien en vano querréis tenerla para resistir á la ocasion? ¿de vuestra misma fragilidad, que en otras ocasiones y tantas otras veces y despues de tantas promesas, experimentasteis tan traidora y falaz? Y fuera de esto, ¿cómo puede ser que volváis á la ocasion próxima y no pequéis, cuando sabéis que prescindiendo de todo otro pecado, lo es el hecho por sí solo de volver á ella? En una palabra, exclama Jesucristo, *saca, arroja, corta* (1). Aquí no hay pretexto que valga, ni de incomodidades que os sobrevengan, ni de perjuicios que se os sigan, ni de ganancias que dejéis de tener, ni aún de una buena intencion que os estimule; pues léjos de ser bastante para eximiros, conviene dejarla enteramente y de corazon. *Saca*, aún cuando la estimes tanto como un ojo de la cara; *corta*, aún cuando te sea tan útil como un pié ó una mano; *arroja*, y cuando la hayas arrancado ó sacado, como se arrancaria ó sacaria un ojo, ó cortado, como se cortaria un pié ó una mano, ni aún así cortada ó arrancada la retengas con ningun pretexto, sino repúdiala y despréciala. Pero ¿á qué he de extenderme mas sobre este particular, cuando solo serviria esto en mi dictámen para disminuir la energía

(1) *Erue... projice... abscide...* Matth. c. 5. v. 29.

de tan rígido, tan positivo y tan inviolable precepto? Digámoslo de una vez: cuanto yo quisiera hablar sobre esto, ¿sabéis á quiénes quisiera decirlo mas bien? Á vosotros, sagrados y venerables ministros del Señor, á vosotros que sois los depositarios de la sangre de Jesucristo y fieles dispensadores de los divinos misterios. Dios me libre de procurar que seáis duros y rigorosos con los miserables pecadores, que oprimidos con el peso de sus culpas, recurren á vosotros para ser aliviados. Sé muy bien que el primer cuidado del que es elegido para juez en este tribunal de misericordia, es justamente el de revestirse de ella y el de imitar así á aquel buen Señor á quien representa; pero no obstante, si nosotros debemos hacer uso de aquella autoridad sobrenatural de gravar las conciencias confiadas por Dios á nuestras sacerdotales manos, ¿no es por ventura en aquellos casos, en que el pecador no quiere evitar la fatal ocasion de sus pecados? Sabéd, venerables y sagrados ministros, que es tan grave y estrechísima la obligacion de diferir, de sus pender, de negar á tales penitentes la gracia de la absolucion y reconciliacion, que si por cualquiera motivo, ya sea de un vano temor de ser notados de rígidos, ya sea de otro temor aún mas vano de ser abandonados, queremos disimular algun tanto sobre este punto (tengámoslo bien presente, hermanos mios), seremos prevaricadores, seremos infieles á nuestro altísimo ministerio, y no á compasion se atribuirá nuestro disimulo, sino á una vil condescendencia. Á una condescendencia, digo solamente? no es mas bien una crueldad?

Mas ya he dicho que no pensaba hablar propiamente de tales ocasiones. Pues de cuáles? De ciertas otras que no son enteramente próximas, ni tampoco del todo remotas: no enteramente próximas, porque ni es tan evidente el peligro ni tan frecuente el caso de caer; y no del todo remotas, porque ni este es tan raro ni aquel tan leve. Por ventura las llamarian algunos teólogos *ocasiones propincuas*, y deben entenderse aquellas, segun las explica cierto doctísimo autor, en que no podemos conservarnos inocentes, sino con grande dificultad y cautela (1). Así pues bien veis que se distinguen bastante de las próximas y remotas. Se distinguen de las próximas, porque en estas no podemos absolutamente de ningun modo, ni con mucha,

(1) *Quibus sine magna cautela et difficultate uti non possumus.*

ni con poca dificultad, estar libres de culpa, siendo ellas pecado por sí mismas. Se distinguen de las remotas, porque en estas no solo podemos estar libres de culpa, sino que aún lo podemos sin mucha dificultad. Yo diria que son, por valerme de una bellísima frase de la Escritura, justamente como las deliciosas viñas plantadas al rededor de Sodoma y como los arrabales que circundaban á Gomorra (1). Viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaria yo ciertas tertulias de juegos y bailes, á las cuales, si no os conduce una intencion manifiestamente perversa, os lleva la simpatía é inclinacion: viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaria á ciertas representaciones escénicas ó á ciertas novelas, en las cuales, si no hay amores claramente obscenos, se pintan demasiado al vivo las pasiones: viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaria á ciertas juntas ó á ciertos conventículos, en los cuales, si no se vitupera abiertamente, se moteja por lo ménos la honestidad: viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaria yo finalmente á ciertas amistades, las cuales, si no son pecaminosas, no son de seguro virtuosas. Quien se halla en estas y otras semejantes ocasiones, no diré yo que tiene su residencia en Sodoma ó en Gomorra; pero sí diré que gusta de tener su morada allí cerca, de pasearse por entre sus viñas y de vivir en sus arrabales. Y si en todo esto que supongo, no cometéis culpa grave, ¿os atreveréis á suponer que no es tampoco grande el riesgo? ¿No reconoceréis peligro y grande en pararos en el distrito de tan impía ciudad, donde se respira casi el mismo aire? ¿donde se tiene una conducta bastante equívoca ó sospechosa? ¿donde se habla tambien un idioma muy semejante? Y ¿si un mensaje ó una visita que de allí venga, os lisonjea y os atrae? Y ¿si, cuando otra cosa no sea, por las puertas que están abiertas siempre, se sale á hacer una incursion y se os sorprende? ¿Qué refugio, miserables, qué seguridad tendréis en un país enteramente enemigo? ¿Me explico bastante con esta alegórica locucion de la Escritura?

Confieso, señores mios, que tengo muy poca práctica de vuestro mundo, el cual aún no he tenido tiempo suficiente para reconocer, cuanto mas para tratar; y así no hablo sobre este punto por mucho conocimiento ó mucha experiencia que me lisonjee de tener; mas si se pone la consideracion en la autoridad de hombres muy graves que me han hablado de semejante particular, en la autoridad de las sagradas Escrituras que he examinado, y en la autoridad de los santos Padres que he consultado, sé que no puedo discurrir de otro modo. Oíd qué advertencias y preceptos me dejaron para mi gobierno y conducta, guiados de san Juan Clímaco, hombres por todos respectos muy estimables al instruirme desde jovencito en el cumplimiento de mis deberes. Á ti, hijo, me decian, no te ha llamado Dios para la soledad ni el desierto, y en desempeño de tu vocacion deberás tratar con aquel mundo mismo que has abandonado, por haber conocido que era perverso; y aunque no debes tratarlo nunca sino con el único y santísimo fin de purgarlo de vicios y de estimularlo á la virtud, necesitas sin embargo vivir con gran cautela, porque son muchos los peligros y frecuentes los riesgos, y Dios quiera que no haya que llorar las caídas. Ten siempre presente el consejo con que el profeta Baruc creyó confortar á su pueblo, cuando estaba prisionero en Babilonia. «Vosotros veréis,» le dijo el profeta, «llevar en triunfo por las calles de Babilonia estatuas de oro y de plata de sus falsos y vanos ídolos, rodeadas de un numerosísimo pueblo que se postra delante de tales deidades (1); mas no os deslumbréis por toda esta pompa, y acordándoos entónces que sois israelitas, y elevando vuestro corazon á Dios decidle: vos solo, Señor, vos solo merecéis el tributo de nuestras adoraciones (2). Este consejo, hijo, añadian, tenlo siempre impreso en tu corazon. Tú verás tambien en medio del mundo dioses de oro y de plata; esto es, personajes de la mas alta clase adornados con estos metales; se te ofrecerán á la vista objetos atractivos y agradables, verás dioses y verás diosas; pero acuérdate entónces de que no lo son y que eres hombre. Una ejemplar y constante modestia refrene zelosamente tus ojos, y para que no te deslumbres con semejantes objetos, ármate de prolijas y devotas meditaciones, de frecuentes y severos ayunos, de una continua y rígida austeridad, y sobre todo recurre á Dios encomendándote á él y diciéndole: vos solo, Señor, vos solo merecéis el tributo de nuestras adoraciones. Con tales precauciones creyeron siempre los maestros de espíritu que debian prevenir y confortar á to-

(1) *De vinea sodomorum, vineam eorum, et de suburbanis Gomorrhæ.* Deut. c. 32. v. 32.

(1) *Videbitis... Deos aureos et argenteos.* Bar. c. 6. v. 3.
(2) *Dicite in cordibus vestris: Te oportet adorari Domine.* Ibid. v. 5.

dos los que por razon de su ministerio hubiesen de tratar con el mundo para convertirlo; y lo pensaron así, no tanto porque el mundo fuese edificado con el olor de su santidad, cuanto porque no les pervirtiese á ellos mismos la malicia del mundo. En este supuesto ¿cuánto mas necesarias deben creerse tales precauciones para quien trata el mundo únicamente por gozar del mundo, y se engolfa en medio de todas las diversiones del mundo, disfruta los placeres mas delicados del mundo, adopta todos los usos y costumbres del mundo, y concurre á los convites, á los bailes, á los festines, á los espectáculos, á los corrillos y en suma á todos los peligros del gran mundo? Pues todo esto suele hacerse, no diré sin haberse aguerrido ni prevenido bien, sino aún sin advertir el mas mínimo peligro, exponiéndose á pecho descubierto, no solamente á alguno y alguna vez, sino á cada hora y á todos los riesgos. ¿Á quién pues, ó de quién hablaría el Señor, aquel Señor, digo, que sabe de qué masa formó este fragilísimo barro, cuando dijo, que quien se expone al peligro, perece en él? (1)

Abramos ahora la Escritura. ¿No es cierto que al tratar con demasiada familiaridad á toda clase de personas, y al mantener con ellas una recíproca correspondencia se reducen todas las innumerables y gravísimas culpas que cometió aquella nacion, que se tenia en otro tiempo por la nacion santa y por el pueblo amado de Dios? (2) De aquí es que descendiendo el Espíritu santo á darnos lecciones sobre un punto tan esencial en la sociedad humana, ¡válgame Dios y qué sutiles precauciones quiere que tengamos en el trato! « Si hay en algun lugar, » dice, « muchas mujeres juntas, guárdate bien de detenerte con ellas » (3); y « si vieres, » dice en otra parte, « una sola que no sea la tuya, no te sientes en ningun modo á su lado » (4). Ademas añade en otro lugar, « si impensadamente encuentras alguna, pon al punto la vista en otra parte y no la mires » (5), y « aún retírate de ella y no te acerques de ninguna manera á los umbrales de su casa » (6). ¿Qué decís, cristianos, de tantas

(1) *Qui amat periculum in illo peribit.* Eccles. c. 3. v. 27.
(2) *Commixti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum.* Psalm. 105. v. 35.
(3) *In medio mulierum noli commorari.* Eccles. c. 42. v. 12.
(4) *Cum aliena muliere ne sedeas omnino.* Ibid. c. 9. v. 12.
(5) *Ne circumspicias.* Ibid. v. 8.
(6) *Longe fac ab ea viam tuam, et ne appropinques foribus domus ejus.* Prov. c. 5. v. 8.

y tan circunstanciadas sutilezas y sujeciones? ¿Diréis por ventura que esta es una moral demasiado rígida y austera? Pero esta es terminantemente la moral que nos ha revelado Dios mismo en sus infalibles Escrituras. ¿Diréis que es necesario entenderla con discrecion? Pero por mas que se quiera entender con discrecion, ¿querrá decir otra cosa sino que se necesita de gran cautela para tratar personas de diferente sexo, y que por consiguiente el frecuentar tanto aquella casa, el hablar á solas con aquella jóven y estarse aún de noche mano á mano las horas enteras oyendo su voz, mirando atentamente cada una de las facciones del rostro y contemplando sus atractivos, si se ha hecho sin culpa, no se puede hacer, ni se habrá hecho sin gran daño y peligro?

Y de acuerdo con la Escritura ¿qué no dicen los Padres de la Iglesia, órganos vivos y verdaderos del Espíritu santo? ¿Cuánto no declaman, cuando se les ofrece tratar de este argumento? ¿cuánto no se enardecen, cuánto no se inflaman? Si hablan de las funciones y bailes, los llaman obras é invenciones del diablo: si de ciertos teatros, comparan al que va á ellos, con el que entra en el templo de un ídolo para abjurar de la fe: si de las pompas, del lujo, de los trajes alegres, del vestir con afectacion, dicen que son profanaciones, que son escándalos del cristianismo. De este modo se explican los mas santos y mas célebres Doctores de la Iglesia.

Sin embargo ¿sabéis que es lo que mas me aturde y me llena de espanto? El leer en las historias eclesiásticas las enormes y precipitadas caídas de personas, que por su santidad estaban reputadas en la Iglesia por colunas de la Iglesia misma. Ya he protestado desde el principio que no pienso hablar hoy de las ocasiones próximas de pecado; pero ¿era ocasion próxima aquella que se le presentó casualmente á un discípulo del gran Pacomio habiendo salido del monasterio, y por la cual renegó de Cristo? ¿Era ocasion próxima aquella que precipitó á un tal Jacobo, célebre anacoreta de las selvas de la Palestina y estupendo obrador de prodigios? Habiendo ido á verle una mujer, para que la libertase de un demonio de que estaba poseída, encontró otro y aún peor demonio en su mismo libertador, el cual (quien lo creeria?) abrasado improvisamente de un impuro fuego se dejó arrastrar, tan anciano y santo como era, á quitarle primero su honor, y despues la vida. ¿Qué diré de

aquel mártir de Jesucristo, del cual hace memoria con grande horror san Macario? Estando en una prision cargado de cadenas y aún lleno de heridas, que la bárbara crueldad del tirano habia hecho en su cuerpo, y que eran un honroso y glorioso trofeo de la verdadera fe, una mujer piadosa movida de compasion se encargó de curarle sus heridas; pero sin advertirlo ella, sanándole las del cuerpo, le hizo una profunda y mortal en el corazon, la cual aún todavía encarcelado y ya medio mártir, como escribe atónito el santo, le hizo cometer un horrendo estupro (1).

Ó Dios mio! ahora es, cuando vuelto á ti exclamo de todo corazon: sálvame, Señor, pues no se encuentra verdad en los hijos de los hombres, y apénas aparece un santo sobre la tierra (2). Ahora es, cuando no puedo ménos de gritar y decir: ah! fíese pues quien temiendo poco los peligros, confía demasiado en sí mismo (3). Yo por mí, cristianos, todo horrorizado no sé mas que decir con el profeta Zacarías: aúlla, ó abeto, porque ha caído el cedro (4). ¿No se rindieron y cayeron violentamente por el impulso de tales vientos los mas fuertes cedros del Líbano? Pues ¿qué será de ti, miserable y frágil abeto, si te ves acometido de semejantes y aún mas fatales impulsos? Quiero decir, que hombres encanecidos en las soledades, sumergidos en las meditaciones, extenuados con los ayunos, macilentos con las austeridades, con las carnes despedazadas por los azotes y aún por tormentos padecidos en defensa de la Religion y de la Fe, se mostraron tan débiles y flacos en ocasiones, no buscadas de intento ni á las cuales tuviesen ántes inclinacion, sino presentadas por accidente y casualidad; y vosotros, que os habéis criado por ventura con los mayores regalos, que habéis crecido en medio de la abundancia y de las comodidades, que os habéis acostumbrado á una vida mole y delicada, con una sangre en las venas que hierve, con unos sentidos rebeldes que repugnan obedecer, en ocasiones, si no pecaminosas como ahora supongo, ciertamente muy atractivas y lisonjeras, y deseadas y buscadas de propósito; y vosotros, digo, sin embargo de todo esto ¿osaréis dar á entender que os

(1) *Adhuc in carcere lapsus est in stuprum.*
(2) *Salvum me fac, Domine, quoniam defecit sanctus.* Psalm. 11. v. 2.
(3) *Superbia ejus... plusquam fortitudo ejus.* Isai. c. 16. v. 6.
(4) *Ulula, abies, quia cecidit cedrus.* Zach. c. 11. v. 2.

mantendréis firmes y constantes? Ah! quién tan inicuamente os hace confiar? quién os deslumbra tanto? quién os engaña? ¿de dónde, cómo y de qué se deriva en vosotros esa verdaderamente diabólica y fatal seguridad? Si en el leño verde se hacen estas cosas, se pudiera ahora repetir, en el seco ¿que se hará? (1) Si plantas tan verdes por su sanidad, y llenas de tantos méritos y de tanta gracia, quedaron en breve abrasadas y consumidas por un cruel fuego, ¿qué será de vosotros, leños secos y áridos sin ningun jugo de verdadera devocion, y sin la flor ni el fruto de las bellas acciones? ¿Qué será, digo, de ti, hombre, que quieres como David, y aún desde mas cerca que él lo hizo, mirar á tu satisfaccion á las Betsabees? ¿Qué será de ti, doncella, que quieres andar vagando como Dina, y no como esta movida solo de la curiosidad, por todas las fiestas y calles, cual paloma seducida fuera del nido? ¿Qué será de ti, jóven, que solicitas como Amon y con mas frecuencia que él, te dé alivio en tus fiebres quien las ocasiona? ¡Ó miserables, que aguardo veros algun dia olvidados de vosotros mismos y de vuestra salvacion, dormir, como decia Isaías, en medio de vuestros lazos, siendo presa infeliz del demonio, cargados con el peso de la indignacion del Señor! (2) ¿Qué os queda que hacer, amadísimos oyentes, sino seguir el consejo que los ángeles destructores de la inicua Sodoma sugirieron á Lot, y que yo por último os sugiero á vosotros?

Acompañado de estos fieles ministros de las divinas venganzas salió el inocente de la infame ciudad, y al despedirse de él le dijeron amorosamente al oído: « Lot, nosotros te hemos guiado hasta este sitio, y ahora te toca á ti continuar tu viaje. No te creas seguro, por no hallarte ya en Sodoma: aléjate y no te pares en ninguna parte de estos contornos: no vuelvas tampoco la cara átras: anda aprisa, anda, corre y huye á la cima de aquel monte y sálvate en él » (3). Diciendo las mismas palabras me volveré yo igualmente al que ó no puso nunca el pié en el reino del pecado, ó si lo puso, lo tiene fuera á esta hora; al que no ha entrado jamas en esta maldita Sodoma, ó habiendo entrado por gran desgracia suya, salió de ella por ma-

(1) *Si in viridi ligno hæc faciunt, in arido quid fiet?* Luc. c. 23. v. 31.
(2) *Dormierunt in capite omnium viarum, sicut oryx illaqueatus: pleni indignatione Domini.* Isai. c. 51. v. 20.
(3) *Gen. c.* 19. v. 17.

yor fortuna. Amadísimos cristianos, ahora que estáis fuera, no queráis ni aún andar en sus contornos. Guardáos de aquí en adelante de acercaros á ella, guardáos de llegar á sus confines, guardáos de mirarla. Para no contraer ilícitas amistades, mortificád las pasiones, para no entreteneros con impuras complacencias, reprimíd la curiosidad, para no precipitaros en una vida licenciosa, cuidád mucho de no relajaros; en suma para no ser pecadores, guardáos de todo lo que sabéis confina con el pecado. Huíd, amados fieles, y ponéos en salvo, y para aseguraros huíd á aquel monte santo y divino, Jesucristo, de donde os vendrá el socorro (1), desde cuya bienaventurada cumbre correrán hasta vosotros aquellos auxilios que os hagan circunspectos, prudentes, cuidadosos, fieles é inmaculados.

SEGUNDA PARTE.

En órden al argumento que he elegido esta mañana, me ha sucedido observar por lo ménos en otras ciudades que sobre una cosa particularmente suelen estar con mucho cuidado y con grande expectacion los oyentes: es á saber, sobre cuál es el dictámen del predicador tocante á las tertulias. Es cosa extraña sin duda desear saber con tanta curiosidad el parecer de otro acerca de un hecho que no tiene nada de malo, segun se dice, ni puede tenerlo; y aún es mas extraño hacerlo justamente en el sermon sobre las ocasiones. Por lo que á mí toca, habiendo protestado que no pienso hablar hoy de las ocasiones próximas de pecado, será forzoso que suceda una de dos cosas; ó que yo esté fuera de la obligacion de corresponder á vuestro deseo, ó que tales reuniones no deben ponerse entre las ocasiones próximas de pecado. En efecto ¿á quién ha de ocurrir que pueda ser ocasion próxima de pecado una costumbre, por una parte tan natural y conforme al instinto del hombre culto y sociable, que es el de tratar y conversar con las gentes, y por la otra tan extendida en la actualidad por todos los países, que son el emporio y centro de la verdadera Religion? ¿Es posible que si se advirtiese peligro en ella, se hubiera abrazado tan generalmente, y sostenido y defendido con tanto y tan fuerte empeño? Sin embargo el oir á no pocos ministros del Señor,

(1) *Unde veniet auxilium tibi.* Psalm. 120. v. 1.

mas bien informados que yo lo estoy, y que por sí mismos no tienen ningun interes en ello, impugnar y declamar tanto contra lo que llaman abuso, depravacion y escándalo, me causa, hablándoos con ingenuidad, alguna sospecha. Por tanto, si yo tambien he de decir sobre esto mi opinion, aunque de poco peso, será menester que se me informe ántes bien acerca de lo que se entiende por esta palabra *tertulia*. Y ¿quién puede informarme mejor que vosotros? Teniendo yo muy poca experiencia de las cosas de vuestro mundo, como ya he dicho, me refiero á vosotros, y os pregunto, á que se reduce finalmente lo que significáis con este nombre.

Padre, se reduce á reunirse por la noche varias personas... — Todas de un mismo sexo, ¿no es verdad? — No, padre, de cualquiera sexo. — ¿Todas por lo ménos personas graves y maduras? — No, señor, de cualquiera edad. — ¿Estarán acaso unidas con algun vínculo de parentesco? — No, señor, de diferentes familias y aún enteramente extrañas entre sí. — Por casualidad, alguna que otra vez? — No, padre, de intento, de propósito, todas las noches ó casi todas las noches. — A la verdad, oyentes mios, esta confusion ó mezcla de hombres con mujeres, y mucho mas siendo de todas edades y de diferentes genios, en todo tiempo y de noche, la veo condenada claramente, como habéis oído, en la sagrada Escritura y en los santos Padres. San Agustin, omitiendo otros, la llama abiertamente el mayor de todos los escándalos (1).

Y decídme ¿qué se hace en tales juntas? — Padre, quién juega, quién ve jugar, quién habla, quién se pasea, quién hace una cosa, quién hace otra. — Está bien. Por de contado, en la conversacion se trata siempre de cosas lícitas y honestas, no mezclando ninguna palabra, ninguna alusion, ningun equívoco indecentes, y dejando á cada uno en su buena reputacion y fama; por supuesto que los juegos son siempre juegos, y siempre de cartas ú otros semejantes, y no de manos con manos, ni de piés con piés, no habiendo tampoco riesgo de perder mucho tiempo ni mucho dinero; por de contado todos se tratan con todos, sin que se advierta mayor inclinacion á una persona que á otra; no va cada uno siempre á una misma mesa de juego, ni está siempre al lado de una misma persona, ni siempre inmó-

(1) *Nullum majus scandalum occurrit, quam ipsa virorum ac mulierum confusio.*

bil en un mismo sitio; no se puede notar á la luz artificial ni nieve ni fuego en vuestro rostro, ni un silencio obstinado, ni un confuso lenguaje en vuestros labios, ni una atónita estupidez, ni una despierta viveza en vuestras miradas; y así un casado no corre peligro de concebir poco á poco aborrecimiento á su mujer, ni el que no la tiene, de encontrarla cual no le convendria, ó cuando no le convendria: por supuesto que todo se concluye á una hora conveniente, de manera que ni los amos ni los criados hayan de quebrantar con la cena los ayunos y las vigilias, quedándoles bastante tiempo para el descanso del cuerpo y la cultura del alma: por supuesto que esto no hace que se olvide cada uno de los deberes del propio destino ó empleo, sea público, sea privado, ni del buen gobierno de la familia, principalmente de los criados y criadas, ni de la educacion de los hijos: por de contado se sigue ejercitando como ántes las obras de caridad, ganando las indulgencias con el mismo fervor que ántes, oyendo la divina palabra con la misma ansia que ántes, frecuentando los sacramentos con la misma devocion que ántes... —Ó padre! vm. nos aturde con ese cúmulo de cosas tan diversas, que no es posible combinar.— ¿No es posible verdaderamente, católicos, no es posible? Luego no es posible tampoco tener por inocentes vuestras tertulias.

OTRA SEGUNDA PARTE.

No puede negarse, padre, presumo yo que me dirian algunos de buena gana, que si se quisiese poner la consideracion en vuestro discurso, habriais dado hoy por la mañana un bello golpe. —Qué golpe? — Ah! nos veriais á todos unos tras de otros, apénas hubiésemos salido de la Iglesia, volar á cuadrillas, quiénes por acá, quiénes por allá en busca de alguna ermita ó de algun convento, para tomar el hábito de religioso y sepultarnos en él; porque ¿cómo hemos de esperar el salvarnos en un mundo tan infiel y tan lleno de peligros y riesgos? — Vosotros os burláis, mis amados oyentes; y por otra parte si tuvieseis semejante deseo, y os hallaseis en el caso de tomar tal resolucion, ¿podria yo ménos de aprobar vuestro pensamiento, que innumerables personas de ambos sexos tienen por el mas oportuno, por el mas acertado y por el mas prudente? Tampoco estariais entónces fuera de todo peligro; pero estariais en gran parte fuera de él, y si no estabais del todo seguros, no os hallariais por lo ménos tan expuestos.

Mas si se ha de hablar con exactitud, vosotros estáis engañados; y aunque la consecuencia que deducís, seria muy loable, no es absolutamente necesaria. ¿Habéis reflexionado sobre la súplica que hizo el Redentor en órden á sus apóstoles poco ántes de morir? « Padre eterno, » le dijo, « no os pido que quitéis de este mundo á mis amados discípulos, sino que los dejéis en el mundo, y que miéntras estén en él, los preservéis de los males que hay en el mundo » (1). Jesus pues con el fin de conservar á sus apóstoles puros y fieles, no les manifestó la precisa é indispensable necesidad de huir del mundo. De otra manera hubiera suplicado á su divino Padre, que los arrancase de este mundo, y no que los dejase en el mundo. Y sabéis por qué no manifestó tal necesidad? Porque vió y conoció claramente que podrian vivir en el mundo sin participar de los males del mundo. Pues lo mismo os diré yo justamente á vosotros. Es una cosa muy buena, muy recomendable y santa volver las espaldas al mundo y abandonar el mundo; pero no es este el medio único y preciso de libertarse de los males que hay en él.

Por tanto hacéd, amados fieles, una sutil distincion y prontamente desataréis el nudo de la dificultad. Distinguíd entre lo que en el mundo es del mundo, y que el mundo mira y aprueba como suyo, y entre lo que en el mundo no es del mundo, y que el mundo mismo no mira ni ama como suyo. Esto no es ni podrá ser nunca malo; pero sí lo que en el mundo se reputa generalmente del mundo, lo que el mundo mismo juzga pertenecerle como verdaderamente suyo, y sobre lo cual se le atribuye en efecto jurisdiccion y derecho. Como suyo mira, por ejemplo, aquel espíritu que se llama espíritu mundano, como suyas aquellas máximas que se llaman máximas mundanas, como suyos aquellos sentimientos, aquellos principios y aquellos documentos que son documentos, principios y sentimientos mundanos. El mal está en todo esto, y esto es de lo que orando Jesus suplicaba á su eterno Padre, tuviese distantes y separados á sus apóstoles. Esto es de lo que él mismo se apartó siempre, de tal modo que aunque estuvo ciertamente en el mundo y aún en medio, y por decirlo así, en el corazon del

(1) *Non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos à malo.* Joann. c. 17. v. 15.

mundo, pudo no obstante asegurar con toda franqueza que no era del mundo (1); y no por otra razon sino por la que poco há hemos expuesto, y que insinúa Jesucristo mismo en aquellas grandes palabras : *viene el príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí* (2); esto es, no encuentra nada sobre que ejercer su imperio. Como si quisiese decir : viendo el príncipe del mundo, esto es, el espíritu que domina á los mundanos, que yo vivia, y conversaba en el mundo como los demas, vino á hacer tambien acerca de mí sus averiguaciones, del mismo modo que las hace acerca de los demas; pero todo fué inútil y vano, pues por mas averiguaciones que hizo, nada encontró en mí que le perteneciese ni que fuese suyo.

Y ahora os pregunto yo, amados hermanos mios y amadas hermanas mias, ¿por qué no podéis tambien vosotros y vosotras apartaros del mismo modo del mundo viviendo en el mundo? ¿Reflexionáis, si tratando y conversando con el mundo, hay en vuestra conducta cosa que sea del mundo, y á la cual tenga accion y derecho el mundo? Tenéis, por ejemplo, riquezas en el mundo; pero estas no son del mundo, porque ni las ha hecho, ni os las ha dado el mundo. Del mundo es aquel grande apego del corazon á las riquezas que poseéis; y ¿lo hay en vosotros? Tenéis, señora, en el mundo aquel decente adorno que ciertamente no os convendria, si no estuvieseis en el mundo; pero este no es del mundo, como lo es aquel espíritu de soberbia, de altivez y de vanidad que lo acompaña; y ¿lo hay este en vos? Lo mismo puede decirse de la salud, del ingenio, de las diversiones, de los honores, de los cargos y de las facultades. Todas estas cosas son bienes por sí mismas, bienes criados y dispensados liberalmente por Dios al tenor de sus amorosas y prudentes deliberaciones. El mundo no puede reconocer como suyo mas que los fines malvados, las intenciones torcidas, el inmoderado exceso, la codicia, la ambicion y la envidia, por cuyos vicios hace un perversísimo abuso de los bienes. Y no hay nada de esto en vosotros? Pues esto es lo que se necesita arrancar, apartar y separar de todas maneras. Por tanto hé aquí una bella y muy oportuna regla para el presente caso que nos dió el apóstol san Pablo en estas palabras : *los que usan de*

(1) *Ego non sum de hoc mundo.* Joann. c. 8. v. 23.
(2) *Venit... princeps mundi hujus, et in me non habet quidquam.* Ibid. c. 14. v. 30.

este mundo como si no usasen (1). Debéis serviros del mundo, como si no os sirvieseis de él; debéis procurar que estando en el mundo y usando de las cosas del mundo, no tengáis apego á nada que sea del mundo, ni que el mundo pueda reconocer por suyo, de manera que tambien podáis decir vosotros con toda verdad : *viene el príncipe de este mundo y no tiene nada en mí.* Así os preservaréis de lo malo que hay en el mundo sin huir del mundo, y el mundo mismo, léjos de ser un incentivo para perderos, será medio é instrumento para salvaros.

(1) *Qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur.* I. Cor. c. 7. v. 31.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HOMILÍA.

ES FALSA LA RELIGION DE LOS QUE PREFIEREN LAS MÁXIMAS DEL MUNDO Á LAS DE JESUCRISTO.

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Sine causa colunt me, docentes doctrinas et mandata hominum.

En vano me ofrecen sus cultos los que enseñan la doctrina y las leyes mundanas.

S. Mateo, c. 15. v. 9.

Extraña es la queja que llevan hoy los fariseos al Salvador. Al oirles denunciar á los apóstoles como infractores notorios de las tradiciones antiguas, cualquiera sospecharia que habian violado escandalosamente las que se fueron trasmitiendo con tanta diligencia por las familias de los patriarcas para el mejor régimen de vida y arreglo de costumbres, ó las que el Señor comunicó directamente á Moises y este á su pueblo, para perpetuar la memoria de los prodigios obrados en su favor y asegurar por este medio la práctica de su Religion. Á pesar del grave preámbulo y ostentosos preparativos con que aquellos orgullosos trataban de autorizar su mision, el crímen que les imputan, y que en su concepto era de los mas enormes, se reduce á la omision del supersticioso lavatorio de manos que repetian escrupulosamente los judíos ántes de la comida, no obstante ser del todo ignorado su orígen.

¿Quién no se indignará oyendo tan ridícula delacion de boca de unos fariseos, que cifrando todo su estudio y confianza en meras exterioridades, abrigaban en su corazon las mas feas inmundicias; y que religiosamente adictos á las tradiciones de los hombres, no hacian el menor escrúpulo de violar las leyes sacrosantas del Señor? Mas ¿será peculiar de los fariseos este supersticioso desórden? Ah! pluguiese á Dios que los predicadores no nos viéramos precisados á declamar contra un vicio, en que se hallan comprendidos tantos miserables cristianos que, á imitacion de aquellos ciegos instrumentos de Satanas, pretenden autorizar con las máximas del mundo, con las exigencias de la sociedad una conducta diametralmente opuesta á la doctrina del Evangelio, condenada por la ley eterna de Dios y por todas las leyes positivas; y que no contentos con eso, se ocupan en desacreditar á los que mas prudentes que ellos observan los preceptos evangélicos, y desprecian la necia censura de los mundanos! ¡Ojalá que no nos viéramos en la triste necesidad de recordarles el fatal resultado, que necesariamente ha de tener su hipocresía, segun lo dejó anunciado Jesucristo por estas palabras: *sine causa colunt me, docentes doctrinas et mandata hominum*. No solo es fingida, sino inútil la religion de los que prefieren las costumbres de los hombres á los preceptos divinos.

Esta reflexion formará la materia de un discurso, que acaso parecerá á algunos amargo y enfadoso, pero que es en mi opinion de sumo interes, y aún necesario á todos aquellos, que dominados de alguna pasion, cierran los oídos á la ley eterna que prohibe darle satisfaccion, y buscan en las leyes del siglo un escudo con que cubrirse, ó un pretexto con que cohonestar sus desórdenes.

El Espíritu de Dios se digne comunicarme las luces y energía que necesito para desengañarnos. Pidámosle esta gracia confiados en la poderosa intercesion de su Esposa y nuestra abogada. *Ave María.*

Que la ley eterna debe ser para todos la primera y principal, la única regla de las costumbres, es una verdad de cuya demostracion se resentiria justamente vuestra ilustracion cristiana. El Espíritu santo en el libro del Deuteronomio, en los de los pro-

fetas, en los Libros sapienciales, en el Evangelio..., para qué detenernos? El mundo lo demuestra haciéndonos ver, que solo en los países en que aquella ley invariable ha sido desconocida ó en gran manera desfigurada, se han adoptado máximas de moralidad que son y serán en el trascurso de los siglos el oprobio de la razon humana. No obstante, como el orgullo del hombre no le permita confesar que descuida el cumplimiento de sus deberes, teniendo de ellos un conocimiento exacto, él mismo le inspira la detestable idea de justificar sus desórdenes con la práctica del siglo, con las costumbres mundanas, con las leyes de la sociedad, con las cavilaciones de su orgullosa razon; leyes, prácticas y costumbres, á que da el mismo valor que los fariseos á las tradiciones de sus maestros.

Cuando el ambicioso atropella las leyes de la equidad y de la justicia por hacer al ídolo de su vanidad el sacrificio de la fortuna, del reposo, y aún del honor; cuando con un impío maquiavelismo echa mano de la mentira, de la calumnia y de cualesquiera medios, por inicuos é infames que sean, siempre que le conduzcan al logro de sus fines; se da por muy satisfecho con ostentar en presencia de los demas la nobleza de su pasion, asegurando que es la oficina del heroísmo, el medio de que se valen todas las sociedades, hasta la misma Religion, para estimular á la práctica de las virtudes morales; ejerce una crítica mordaz sobre la conducta de cuantos saben despreciar el humo funesto de la lisonja y de la adulacion; jamas los nombra sin aplicarles los odiosos títulos de apocados, mezquinos, viles egoístas; en todas partes á la menor ocasion que las circunstancias le presenten declama contra los que supone vicios, se queja con acrimonia..... De qué? *Quia non lavant manus suas cum panem manducant:* de que no sirven al ídolo á quien él adora; de que no respiran como él los pestilentes hálitos de la ambicion; de que no emplean como él todos los medios posibles para conseguir su intento.

Cuando el hidrópico avariento mira con una cruelísima é inhumana serenidad los infortunios de su hermano; cuando ve perecer al rigor del hambre y de la miseria inumerables familias; cuando con el fraude, con el monopolio, con la usura absorbe la sustancia y completa la ruína de cuantos están bajo su dependencia; cuando con el soborno y el engaño compra el derecho, que la razon y la justicia le niegan, á las propiedades

del huérfano, de la viuda, del desvalido, hace los mayores elogios de la providencia y de la economía; inculca hasta el fastidio la obligacion que á todos nos impone la naturaleza de mirar por nosotros mismos, de precaver los frecuentes reveses de la fortuna, de proporcionar á los individuos que componen la familia, los medios de subsistencia para que puedan ser útiles á la sociedad; declama furiosamente contra la profusion, contra el lujo, contra la intemperancia de los que arreglan los gastos de la casa, del vestido, de la mesa, en proporcion á sus utilidades y á la esfera ó clase á que pertenecen; se deshace en invectivas contra la prodigalidad y el escándalo de los que fomentan con sus crecidas limosnas la mendicidad y el ocio de los holgazanes y vagamundos; reprende con toda severidad la desidia y supersticion de los devotos que consumen en ejercicios espirituales, en prácticas de Religion el tiempo que deben al acrecentamiento de sus fortunas, y en la solemnidad del culto las considerables sumas que tal vez podrán necesitar dentro de poco. De todos los que se conducen de diverso modo que él, se queja agriamente, *quia non lavant manus suas cum panem manducant;* porque las ajenas virtudes son un fiscal severísimo de los vicios propios.

Cuando el sensual y mundano abandonado á los excesos de la inmodestia, de la intemperancia, de la lujuria, de todos los desórdenes, busca con avidez los espectáculos que mas abundan de escenas escandalosas, descuidando completamente la educacion cristiana de sus hijos, si es que positivamente no les inspira sus ideas de vanidad y torpeza; cuando corre desenfrenado en seguimiento de los deleites que mas degradan á un ser racional, y da en su conducta un público testimonio de no vivir sino para la carne, de no servir sino al mundo, de no obedecer sino al demonio; entónces es cuando exclama lleno de afectacion, y como manifestando una completa seguridad y un íntimo convencimiento de sus opiniones: « el hombre ha nacido para vivir en sociedad; la virtud nada tiene de austero, ántes es complaciente, risueña, amiga inseparable de los placeres: á cada estado y condicion se debe dar lo que le es propio. Nada es mas comun en el mundo que discurrir de este modo y acomodar su conducta á estos sanos y juiciosos principios; no seria una extravagante ridiculez el singularizarse? » De aquí los sarcasmos y picantes sátiras contra la que él llama hipocresía

de los devotos, ó rusticidad grosera de los aficionados al retiro: de aquí sus burlas contra los que aman la mortificacion y penitencia; de aquí los chistes mordaces, con que procura poner en ridículo la modestia, el recogimiento, la economía, la piedad, la verdadera Religion. Todos en su concepto faltan á las leyes autorizadas por la costumbre, justificadas por la práctica de todos los pueblos, adoptadas por todos los estados y condiciones. Todos son insociales, *quia non lavant manus suas cum panem manducant*; porque no se conforman con las máximas que lisonjean sus pasiones favoritas.

Fariseos hipócritas, ¿por qué vais á buscar en las tradiciones contrarias al Evangelio los especiosos pretextos, los pomposos títulos con que creéis justificar vuestros desórdenes? Por otra parte, ¿qué es lo que esperáis de los miserables é infames ídolos, á quienes ofrecéis el incienso de vuestras adoraciones? ¿Fuisteis bautizados en nombre de Satanas, del mundo ó de la carne? Por el contrario, ¿no los renunciasteis con toda solemnidad, al incorporaros con Jesucristo en el baño saludable de la regeneracion? *Quare ergo et vos transgredimini mandatum Dei propter traditionem vestram?* Por qué abandonáis los caminos del Señor, por seguir las tortuosas sendas de las pasiones? Qué! unas prácticas positivamente viciosas, criminales, reprobadas por las leyes de la razon y de la justicia, ¿llegarán jamas á prescribir contra los inviolables decretos del Todopoderoso? Dios es el que condena la soberbia y nos asegura, que solamente el que se humille hasta igualarse con el inocente parvulillo será admitido á la posesion de la bienaventuranza (1): Dios es quien ha declarado, ser imposible que le sirva á él quien sirve al monstruo vil de la avaricia (2): Dios es quien maldice al que confía en las riquezas (3); y nos enseña ser estas uno de los mayores obstáculos que pueden oponerse á la consecucion de los tesoros celestiales (4): Dios es quien ha dicho no poder conciliarse su amistad con la del mundo (5), de ese mundo á quien excluye formalmente de las oraciones que dirige á su eterno Padre por la salud de los hombres (6): Dios es el que nos manda mortificarnos, crucificar la carne con todos sus deseos (7), contradecir al mundo con todas sus máxi-

(1) *Matth. c. 18. v. 3.* (2) *Matth. c. 6. v. 24.* (3) *Prov. c. 11. v. 28.*
(4) *Matth. c. 19. v. 23.* (5) *Joann. c. 2. v. 15.* (6) *Joann. c. 17. v. 9.*
(7) *Galat. c. 5. v. 24.*

mas (1), y renunciar al siglo con todas sus glorias (2). Si es que os preciáis de dar crédito á estos testimonios de la sagrada Escritura, ¿á qué ese tenaz empeño de eludir su cumplimiento, por observar las tradiciones y costumbres mundanas?

Pero, señores, hay otra especie de fariseos mas perjudiciales aún que estos; fariseos mas orgullosos por juzgarse los únicos depositarios de la verdadera sabiduría; fariseos mas temibles por el ardiente celo que aparentan por la verdadera gloria de Dios, por el esplendor y pureza de su Religion, y por la práctica de la mas sólida virtud; fariseos hipócritas, astutos y disfrazados enemigos del catolicismo que arman al Evangelio contra el Evangelio, impugnan la Religion con las armas de la Religion, y hacen la guerra mas perjudicial á la virtud por medio de la misma virtud. Hablo de esos infatuados jansenistas, que aún despues de los solemnes y terribles anatemas que ha fulminado contra ellos la Iglesia, continúan en el empeño de propagar, si bien algo desfigurados, los errores de sus infieles padres. Tan malignos fariseos desfiguran y hacen invisible la Iglesia de Jesucristo, oscurecen y debilitan su fe, destruyen su ordenada jerarquía, desprecian sus leyes respetables, impugnan su autoridad sagrada, acobardan á los fieles con sus nuevas y rígidas doctrinas, los retraen de la participacion de los sacramentos, haciéndoles creer que para recibirlos, es necesaria mayor pureza que la de los mismos serafines; por cuyo medio les hacen huir despavoridos al solo nombre de virtud, por no verse oprimidos con el enorme peso de unas obligaciones muy superiores á las fuerzas de sus débiles hombros, y los seducen hasta el punto de hacerles abandonar el cuidado de sus almas con la funesta máxima del fatalismo, que sagazmente difunden. Tan impíos y aduladores fariseos lisonjean á los príncipes, alargándoles el báculo que arrebatan de mano de los pontífices; seducen á los pueblos, fingiendo entregarles el cetro que arrancan de la mano del príncipe; y fomentando con la mas refinada hipocresía las inmoderadas pasiones de los hombres, los conducen como por la mano á romper el freno que los habia contenido dentro de los límites del deber, á rebelarse contra todas las potestades civiles y eclesiásticas, á menospreciar las leyes divinas y humanas. Bien podrá ser en muchos verdadero

(1) *Galat. c. 6. v. 14.* (2) *Luc. c. 14. v. 33.*

el celo y muy laudables las intenciones; podrá suceder que sus deseos no tengan otro objeto que devolver á la Religion su primitivo esplendor, desvanecer los groseros errores que suponen haberse mezclado entre las verdades de la Fe, desterrar las supersticiones que dicen haberse introducido entre las prácticas religiosas, exterminar los intolerables abusos que les parece notarse en las solemnidades del culto católico, restablecer el saludable rigor de la antigua disciplina, á cuyo defecto atribuyen la escandalosa relajacion de costumbres, que con mengua del cristianismo se advierte en todas las clases, en todas las edades y condiciones. El fervor de su celo les arrancará sin duda las expresiones tan indecorosas y ajenas de la caridad cristiana con que tratan á sus contrarios de fanáticos, supersticiosos, egoístas; dándoles ademas otros dictados algo mas indecentes, *quia non lavant manus cum panem manducant:* porque no suscriben á las destructoras máximas que tratan de introducir. Mas si examinamos detenidamente su conducta, no veo á quien se pueda aplicar con mayor propiedad y exactitud que á ellos la reconvencion del Salvador. Porque ¿quién ha violado mas escandalosamente que ellos el precepto de honrar á los padres? ¿quién ha ejercitado una maledicencia mas atroz contra las potestades establecidas? ¿quién ha suscitado contra ellas una persecucion tan tenaz y furiosa? Ah! qué bella oportunidad se nos ofrece aquí para recordarles, que el divino Fundador de la Iglesia proveyó á esta de pastores idóneos que la gobernasen (1); que no encomendó el arreglo de sus cánones y disciplina á los encarnizados enemigos que la perseguían en su mismo nacimiento; que declaró excluídos de su gremio á todos aquellos que desconociesen la voz de los prelados ó les negasen la obediencia, el respeto, la veneracion (2); que nos aseguró no haber potestad alguna en la tierra que no dimane del supremo Señor del universo (3); que todos los que se rebelen contra sus superiores, aunque por desgracia no sean cuales deben ser, se rebelan igualmente contra Dios (4); que...

Pero es preciso concluir, y llama toda mi atencion la terrible sentencia de Jesucristo: *sine causa colunt me, docentes doctrinas et mandata hominum.* Sean efectivas en buen hora todas las utilidades que se ponderan como resultados inmediatos de

(1) *Act.* c. 20. v. 28. (2) *Matth.* c. 18. v. 17. (3) *Rom.* c. 13. v. 1.
(4) *Ibid.* v. 2.

la moda, de las costumbres y máximas del mundo; corran por todo el suelo español copiosos raudales de leche y miel; nademos en la abundancia, disfrutemos á torrentes todo género de delicias; y todo esto nos venga precisamente por medio de la ponderada reforma; pero ¿de qué nos servirán estos goces quiméricos, estos placeres fingidos, estas efímeras felicidades, si al fin hemos de perder la gloria de una eternidad? *Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animæ verò suæ detrimentum patiatur?* (1) ¿Qué importa el mundo con todas sus glorias, con todos sus deleites, si el goce de estos nos conduce á una perdicion irremediable? Y ¿quién duda que han de tener este destino cuantos sigan las leyes del siglo, diametralmente opuestas á la voluntad de Dios? ¿Quién duda que muchos de los que pertenecen á la Iglesia por la fe, que se acercan al templo del Señor, que oyen su divina palabra, que reciben sus sacramentos, perecerán sin embargo, porque su fe es muerta, su religion fingida? *Non omnis qui dicit mihi, Domine, Domine, intrabit in regnum coelorum* (2): de nada sirve la religion á los que observan una conducta, que reprueba altamente la Religion divina, la Religion fundada por Jesucristo. Y si estos son en verdad criminales, lo son mucho mas los que en oprobio de esta Religion se afanan por impedir el remedio de un mal tan considerable, valiéndose al efecto de las mas viles arterías para desfigurarlo; para que no llegue á noticia de los que pudieran remediarlo. Los políticos de moda ponen el mayor cuidado en sugerir á los príncipes, autorizados por el Señor supremo del universo para dirigir las sociedades, que no siendo de este mundo el reino de Jesucristo, no debe intervenir su Religion en el régimen político, en la legislacion civil de los pueblos; que deben mirarse con indiferencia, que deben en todo caso posponerse los intereses de la Religion á los temporales de sus súbditos; que... ¡Feliz el monarca que tiene la prudencia y resolucion indispensable para oponerse á las pérfidas sugestiones de estos ministros del infierno! Y ¡mucho mas dichoso, si les hace conocer prácticamente la Providencia que impugnan con sus palabras y acciones; y les convence de que sus ingeniosos proyectos, sus planes tan admirablemente concertados, sus miras, tan vastas y benéficas al parecer, no

(1) *Matth.* c. 16. v. 27. (2) *Matth.* c. 7. v. 21.

son otra cosa que el fruto desventurado de un infame egoísmo, de su orgullosa razon, de su necia incredulidad!

Gloriémonos de ser cristianos católicos; expresémonos en sentido católico; grabemos en todas nuestras empresas el honorífico sello del catolicismo, desterrando de nuestro corazon el adulterio, la injusticia, el sacrilegio, la blasfemia, vicios que lo hacen inmundo en realidad: de lo contrario nuestra creencia es vana, ridícula, superflua, fingida. ¿De qué sirve que ofrezcamos á Dios el obsequio de nuestra fe, si las costumbres no están conformes con su ley sacratísima? Esta, esta es la que debemos estudiar continuamente, si queremos ser verdaderos sabios: llevándola colgada de nuestro cuello, teniéndola á la vista en todas partes, consultándola con sinceridad en todas las circunstancias de la vida, no llegarán jamas á seducirnos el mundo, sus placeres, sus vanidades ni sus riquezas; y conseguiremos ademas conducirnos con acierto en todas nuestras acciones; superar todas las dificultades que se opongan al desempeño de nuestros respectivos cargos por mas elevados y difíciles que sean; ser políticos hábiles, economistas profundos, magistrados rectos, súbditos fieles, cristianos verdaderos. Honremos á Dios en sus ministros; respetemos su voluntad soberana, prestando una ciega sumision á las autoridades legítimamente instituídas; conformemos nuestras obras con las máximas augustas de la Religion; de esta Religion que es la única capaz, como la única verdadera, de asegurar nuestra dicha, nuestra bienaventuranza. Amen.

SERMON.

ES UNA MONSTRUOSA INGRATITUD

NO SERVIR DE CORAZON

Á NUESTRO CRIADOR.

PARA EL JUÉVES DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Turbæ requirebant eum, et venerunt usque ad ipsum; et detinebant illum ne discederet ab eis.

Las turbas le buscaban; y luego que le hallaron, le detenian para que no se apartase de ellas.

S. Lúcas, c. 4. v. 42.

La libertad que el Criador supremo ha concedido al hombre, es limitada hasta cierto punto: así es que ninguno es dueño despótico de su alma, ni puede, sin hacer una atroz injuria á su Dios, renunciar á su salvacion, ni aún exponerse á perderla, permaneciendo en el peligro en que por culpa suya se haya constituído. Es por tanto un deber estrictísimo en nosotros salir del miserable estado de pecadores, convertirnos á Dios, satisfacer á su infinita justicia y emplearnos exclusivamente en su servicio. Pero preciso es desengañarnos: este deber no tiene solo por fundamento nuestro interes individual; la gratitud nos lo impone terminantemente. El Autor soberano de nuestro ser

(1) En las págs. 226 del tomo primero y 323 del segundo de los sermones de *Mision* se hallan dos para este dia, el uno de la probidad y la Religion, y el otro de los consuelos de esta en las desgracias é infortunios de la vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

son otra cosa que el fruto desventurado de un infame egoísmo, de su orgullosa razon, de su necia incredulidad!

Gloriémonos de ser cristianos católicos; expresémonos en sentido católico; grabemos en todas nuestras empresas el honorífico sello del catolicismo, desterrando de nuestro corazon el adulterio, la injusticia, el sacrilegio, la blasfemia, vicios que lo hacen inmundo en realidad: de lo contrario nuestra creencia es vana, ridícula, superflua, fingida. ¿De qué sirve que ofrezcamos á Dios el obsequio de nuestra fe, si las costumbres no están conformes con su ley sacratísima? Esta, esta es la que debemos estudiar continuamente, si queremos ser verdaderos sabios: llevándola colgada de nuestro cuello, teniéndola á la vista en todas partes, consultándola con sinceridad en todas las circunstancias de la vida, no llegarán jamas á seducirnos el mundo, sus placeres, sus vanidades ni sus riquezas; y conseguiremos ademas conducirnos con acierto en todas nuestras acciones; superar todas las dificultades que se opongan al desempeño de nuestros respectivos cargos por mas elevados y difíciles que sean; ser políticos hábiles, economistas profundos, magistrados rectos, súbditos fieles, cristianos verdaderos. Honremos á Dios en sus ministros; respetemos su voluntad soberana, prestando una ciega sumision á las autoridades legítimamente instituídas; conformemos nuestras obras con las máximas augustas de la Religion; de esta Religion que es la única capaz, como la única verdadera, de asegurar nuestra dicha, nuestra bienaventuranza. Amen.

SERMON.

ES UNA MONSTRUOSA INGRATITUD

NO SERVIR DE CORAZON

Á NUESTRO CRIADOR.

PARA EL JUÉVES DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Turbæ requirebant eum, et venerunt usque ad ipsum; et detinebant illum ne discederet ab eis.

Las turbas le buscaban; y luego que le hallaron, le detenian para que no se apartase de ellas.

S. Lúcas, c. 4. v. 42.

La libertad que el Criador supremo ha concedido al hombre, es limitada hasta cierto punto: así es que ninguno es dueño despótico de su alma, ni puede, sin hacer una atroz injuria á su Dios, renunciar á su salvacion, ni aún exponerse á perderla, permaneciendo en el peligro en que por culpa suya se haya constituído. Es por tanto un deber estrictísimo en nosotros salir del miserable estado de pecadores, convertirnos á Dios, satisfacer á su infinita justicia y emplearnos exclusivamente en su servicio. Pero preciso es desengañarnos: este deber no tiene solo por fundamento nuestro interes individual; la gratitud nos lo impone terminantemente. El Autor soberano de nuestro ser

(1) En las págs. 226 del tomo primero y 323 del segundo de los sermones de *Mision* se hallan dos para este dia, el uno de la probidad y la Religion, y el otro de los consuelos de esta en las desgracias é infortunios de la vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

exige de nosotros que le amemos de todo corazon, con todas nuestras fuerzas; nos manda consagrar á su servicio todas nuestras potencias y sentidos, dirigir á su honra y gloria todas nuestras obras, palabras, deseos y pensamientos; nos impone la obligacion de adorarle á él solo en espíritu y en verdad. Y ¿cómo podremos cumplir estos preceptos, cómo obedeceremos su voluntad sacratísima, si permanecemos voluntariamente en la esclavitud de su mayor enemigo? ¿No nos asegura la Verdad eterna, que es imposible servir á dos señores á un tiempo? Si pues Dios nos exige una obediencia ciega á sus leyes sacrosantas; si quiere que á él solo amemos de corazon, y lo mismo pretende Satanas, es imposible que sirviendo á este por el pecado, nos conformemos con la voluntad de aquel; es imposible que vendiéndonos por esclavos de la indigna criatura mas aborrecida de Dios, reconozcamos á este Señor por único absoluto dueño y árbitro soberano de cuanto disfrutamos; es imposible que reconozcamos el supremo dominio de Dios, alistándonos bajo las banderas del demonio.

Qué obcecacion tan criminal! nos entregamos á un tirano brutal y despótico, que ni tiene ni puede tener sobre nuestras almas otro derecho que el que nosotros queremos darle; y retiramos nuestra obediencia á un Señor benignísimo, á quien todo lo debemos, y que por tantos títulos tiene sobre nosotros un dominio absoluto, supremo; un derecho inviolable á exigir nuestras adoraciones; un derecho, de que nosotros ni el infierno todo es capaz de despojarle jamas; un derecho, de que nunca se verá privado, aunque tengamos nosotros la sacrílega osadía de abandonarle expresamente, por pasarnos al partido de su enemigo; aunque tengamos la desgracia de venir á parar á los infiernos. No, aún en este caso no nos sustraeríamos de su dominacion, porque todo el castigo nos vendria de su indignada justicia, de la que los infernales espíritus no son mas que unos meros ejecutores, pero tan sumisos, que no pueden separarse un solo punto de sus omnipotentes mandatos. Qué obcecacion tan criminal, repito! ¿Hasta cuándo, señores, hasta cuándo hemos de continuar en ella? ¿Será posible que no fijemos una sola vez nuestra consideracion en este asunto? Porque estoy seguro de que con solo detenernos á reflexionarlo, nos decidiríamos por el partido del Criador.

La gratitud... ¿De quién hemos recibido el ser, los talentos,

las potencias, los bienes de fortuna, todo cuanto poseemos? Bien persuadidos estáis de que solo de la mano todopoderosa ha podido venirnos; como tambien de que la gratitud exige para aquel de quien hemos recibido un solo beneficio, un amor verdadero, un afecto entrañable. Fijád, si no, la atencion en las turbas, y las veréis correr ansiosas en busca de Jesucristo y rogarle con instancias que no se apartase de ellas; manifestándole por este medio el reconocimiento á los favores que les dispensaba. ¿Qué vergüenza para los cristianos tener que proponerles por modelo de su conducta á los groseros judíos! Increíble parece á no verlo; pero tal debe ser la intencion de la Iglesia al proponernos el presente Evangelio. Por conformarme yo con ella, os excitaré al amor de Dios, eligiendo entre otras muchas razones que para ello tenemos, la de ser nuestro Criador.

Dadme, Dios mio, vuestra gracia para conseguir de mis oyentes que todo, hasta la misma vida, lo pospongan á vos. Sirva al efecto de medianera la Reina de los cielos que os amó tan eficazmente. *Ave María.*

Es muy doloroso tener que recordar á los cristianos unos deberes que á todas las criaturas impone la naturaleza, y que cumplen exactamente aún las que carecen de razon, cuales son los de obedecer sin la menor resistencia las leyes del Criador. Esta obligacion es tan sagrada, que por cumplirla salieron presurosas del abismo de la nada las cosas que aún no eran; tan inviolable, que no hay criatura alguna racional que no la tenga grabada en su corazon y la considere como esencial á su naturaleza. Es verdad que así los ángeles como los hombres recibieron con la vida la libertad de obrar como mejor les pareciese; pero el Criador que los hizo libres, no los hizo ni los pudo hacer independientes, porque no pudo criarlos, haciendo al mismo tiempo que no fuesen criaturas. Los dotó de una libertad prudente, racional, acomodada á su constitucion, y segun convenia para que pudiesen merecer y conseguir la corona. Los dejó en manos de su consejo, es verdad; les puso á la vista el fuego y el agua, la virtud y el vicio, el bien y el mal, para que eligieran libremente lo que fuese de su agrado: pero jamas pensó renunciar el derecho que sobre ellos tenia por

haberlos formado. Los dejó en libertad; pero al mismo tiempo les señaló el premio ó el castigo que merecerian con su eleccion. Los dejó en libertad; pero tambien les impuso preceptos que demostraban con demasiada claridad el dominio del legislador.

Y aunque ninguna ley les hubiera impuesto, en su corazon mismo está bien manifiesta su voluntad omnipotente. Á pesar de la ignorancia y general depravacion á que vino á parar nuestra naturaleza por la culpa, todos los hombres sensatos y que raciocinan de buena fe, convienen en aquellas máximas que son la expresion de la voluntad de Dios en órden á todos los hombres. Sin otra ley, sin otro precepto debiéramos sacrificarlo todo, por no disgustar á aquel de quien hemos recibido la vida y de cuya mano pende nuestra conservacion, pues sola la gratitud lo exigia imperiosamente. No nos es permitido ignorar que el mismo Dios, á quien debemos nuestra existencia, ha formado el universo. La tierra que nos sostiene, el aire que respiramos, los astros que nos alumbran, las plantas que nos alimentan, los animales que nos sirven, los minerales que nos enriquecen, todo cuanto nos presta el menor servicio, la mas leve comodidad, el recreo mas insignificante, todo lo ha formado el que nos formó á nosotros.

O bondad infinita! ó amor verdaderamente divino! ¿Cómo es posible que abra el hombre sus ojos á la luz, sin que su lengua se desate al punto en alabanzas y bendiciones, sin que tribute á millones acciones de gracias á su bienhechor omnipotente? ¿Á qué criatura podrá dirigirse, que no le diga con las expresiones mas enérgicas: el Criador me ha colocado en este mundo visible para beneficio tuyo?

Pero no tiene necesidad de buscar fuera de sí testimonios de la beneficencia, del amor ilimitado de su Dios: cada uno de sus sentidos, el menor de sus miembros, la ménos noble de sus potencias, la prodigiosa estructura de su cuerpo, la naturaleza ininteligible de su alma, la incomprensible y justísimamente admirable union del espíritu con el cuerpo, la vida, la razon, esa misma libertad... Gran Dios! ¿os habéis propuesto por ventura agotar los tesoros de vuestra omnipotencia para ennoblecer nuestra naturaleza? No hablemos por ahora de las riquezas infinitamente preciosas de la gracia y de la gloria; pero ¿hay en toda la naturaleza criada, desde el átomo mas despreciable

hasta el mas encumbrado serafin, cualidad, honor, distincion, bien alguno que no reúna el hombre dentro de sí mismo? Ah! fijando la atencion en tan excesiva beneficencia, yo no sé cómo no se excita nuestro reconocimiento: me parece necesaria toda la malicia del infierno para corresponder á ella con una abominable ingratitud. Un Josef se persuadió á que atraería sobre sí la execracion general, si tenia la insolencia de ofender en el honor á un amo, de quien habia recibido tantos honores y beneficios. *Quomodo*, dice, *possum hœc facere et peccare in Dominum meum?* En qué razon, en qué juício cabe tal cosa? ¿dónde puede haber tal fondo de perversidad é ingratitud? ¿Cómo era posible que debiendo á la generosa liberalidad de mi Señor todo lo que soy y poseo, me arrojara á cometer la osadía, la injusticia, la infame vileza de ofenderle en lo mas mínimo? *Quomodo possum hœc facere et peccare in Dominum meum?*

Un filósofo gentil se admiraba extraordinariamente de la desfachatez con que los hombres ofendian á su Criador. ¿Cómo es posible, les decia, que seáis tan poco reconocidos, tan ingratos con aquella potestad soberana que os ha concedido la vista, el oído, la voz, la vida? Por tantos beneficios como os ha dispensado, y con especialidad por haberos dado el entendimiento con que podéis conocer todas las cosas, debiais en justicia estar dándole gracias continuamente, y prevenir, si posible fuera, su voluntad para obedecerla, y cumplir con exactitud sus mandatos. Viendo Satanas la dificultad, la imposibilidad de vencer el sufrimiento de Job, exasperando á este hombre pacientísimo contra quien tantos beneficios le habia dispensado, se determina á esperar la ocasion mas favorable para atormentarle de nuevo; y lo verifica despues que el Señor le priva de todos los efectos sensibles de su beneficencia. Y ¿qué comparacion puede haber entre las distinciones concedidas á Josef por su amo y las gracias que Dios habia dispensado al modelo del sufrimiento, con los beneficios que todos los hombres hemos recibido de nuestro Criador? Y aunque estos son innumerables, ninguno llama tanto la atencion como el de la vida: á ninguno suponemos tan acreedor á una rendida gratitud, á un eterno reconocimiento. De aquí el agudo pesar de que se ve oprimido, y con razon, un padre de familias, cuando alguno de sus hijos, no ya positivamente le desobedece, sino que solo le falta al menor de

los oficios, á la mas leve de las atenciones que dictan el amor y la piedad. Y esto no es extraño en un padre, cuando la naturaleza toda se resiente de tan monstruosa falta de correspondencia, valiéndose para hacernos conocer su sentimiento de las acciones de los brutos irracionales, y aún de las criaturas insensibles que pone á nuestra vista, dándonos en rostro con ellas. Las plantas profundizan con sus raíces el corazon de la tierra donde se han engendrado, y se entristecen, se marchitan, mueren, luego que se las arranca del seno materno: no pueden expresar mas claramente su afecto y gratitud. Y procediendo á los irracionales, ¿quién sino la gratitud ha domesticado los mas feroces? ¿Quién sino la gratitud hace que se sometan con tanta docilidad al imperio del hombre? Y el hombre que se supone con un inviolable derecho á servirse de los brutos que alimenta, de las casas que fabrica, de los árboles que planta, de los hijos que engendra; este hombre ¿ha de ser mas estólido que los irracionales, mas insensible que las piedras, rehusando someterse á la voluntad de su Criador? ¿Es por ventura tan dueño de sus posesiones, de sus ganados, de sus alhajas, es tan padre de sus hijos, como de él lo es el Criador? Si me fuera posible detenerme á manifestar esta desigualdad, yo le preguntaria: ¿de quién son los materiales que entran en la construccion de los edificios? de quién es la tierra en que siembras? de quién es el agua que fecundiza las plantas? de quién es la naturaleza que cria los ganados? ¿de quién es el alma, por quien viven tus hijos? ¿de quién es la vida, el movimiento, la razon, los miembros con que haces todas las cosas?

No hay, ni es admisible la menor excusa. Pudiera tal vez excusarse el incrédulo deísta enemigo de la Providencia, que por no verse precisado á obedecer, niega que el Criador haya impuesto leyes á los hombres; pero el cristiano que tiene fundadas sus esperanzas en la verdad de la revelacion y de la Providencia; el cristiano que cree y confiesa ser divino el testimonio de Moises, de los profetas y del Evangelio; el cristiano no puede dudar que Dios ha determinado que los hombres estén siempre sometidos á su voluntad. La razon no alcanza á descubrir otro motivo para la primera ley que el Criador impuso á los hombres, que el haberlos criado: sin él pareceria impertinente y aún ridícula; coloridos con que se la pintó Satanas á nuestros primeros padres para hacérsela despreciable.

No hay necesidad de recurrir á las pruebas rigurosas, á las duras leyes, á los sacrificios tan dolorosos que el Señor exigió de los patriarcas, por cuyo conducto iba plantando y conservando su Religion, para convencernos de que su voluntad ha sido siempre que le amemos á él solo, que le sirvamos á él solo, que le reconozcamos á él solo por nuestro verdadero Dios: en los libros de Moises puso de manifiesto su voluntad para con su pueblo escogido. Examinándolos con atencion, veremos que á cada uno de los preceptos que le impone, añade la razon que le asiste para exigir su obediencia, cual es la de haberle criado y conservarle. Y esta tambien es la razon de haberle prohibido á cada paso con tan severas conminaciones el detestable vicio de la idolatría, por el que los hombres tienen la imprudencia sacrílega de querer trasladar á la criatura el dominio, que exclusivamente le pertenece á él, como Criador, no solo suyo, sino tambien de todas las cosas que para él han sido hechas. Es verdad que manifestó en todos los tiempos su indignacion contra todo género de pecados; mas contra ninguno se encendió en tan reconcentrado furor como contra la idolatría; contra este vicio abominable, cuyo nombre suele aplicar la sagrada Escritura á todos los pecados, como para significar que no hay uno solo en que de algun modo no hagamos al Criador la misma injuria que le hacen los gentiles con sus idolatrías. Aquí no será fuera del caso preguntar, ¿á quién prefiere el hombre en su afecto; quién supone tener mas derecho sobre su alma, Dios que con todo rigor le prohibe la satisfaccion de sus criminales pasiones, ó esta misma satisfaccion á que tan gustosamente se entrega contra la expresa voluntad de su Dios? La respuesta no puede dudarse, si el pecador quisiera darla con franqueza: al ménos en la práctica prefiere el objeto de su pasion. Oh! si llegara á conocer los resultados de esta loca preferencia! Por dar gusto á su pasion, se ve precisado á disgustar á Dios: eligiendo lo que la pasion le manda, por necesidad elige al mismo tiempo lo que Dios le prohibe: de modo que sirviendo á su pasion, reconoce en ella un dominio verdadero sobre su alma; la tiene por su Dios; y á Dios por el contrario le desconoce, le desprecia, le niega su obediencia, le tiene en ménos que á la criatura. Y si esta injuria es por necesidad tanto mayor, cuanto mas vil es la criatura á que cedemos el dominio sobre nuestro corazon, ¿cómo es posible formar una idea de la grave-

dad de la injuria que irrogamos á Dios con semejante conducta?

Señor, si yo me admiro de que los egipcios adoren las figuras de los animales mas inmundos y de las mas asquerosas plantas, ¿qué diré de los cristianos pecadores, que con mas insolente y descarado menosprecio de vuestra majestad suprema, doblan la rodilla delante de unos ídolos, mas inmundos, mas asquerosos, mas detestables sin comparacion que los de los egipcios?

Mas detestables, sí; porque no conociendo aquellos infelices la verdadera Divinidad, y no pudiendo pasar sin algun Dios, no es extraño que tributaran honores divinos á aquellas criaturas, de quienes habian recibido favores extraordinarios. Pero nosotros, ay! nosotros que conociendo no haber cosa que no haya fabricado la omnipotente mano del Señor, no solo damos á las criaturas lo que á él debemos, sí que ademas convertimos sus beneficios en armas con que hacerle la guerra, en medios con que violar todos sus derechos, con que atentar á su mismo poder; nosotros abrigamos intenciones mas detestables, nos entregamos á una idolatría mas diabólica. Dónde está nuestra fe? cuál es nuestra religion? qué es de nuestro entendimiento, necios pecadores? Blasfemos, perjuros, maldicientes, murmuradores, al poner en movimiento vuestras lenguas, ¿olvidáis que son instrumentos formados por el Criador para bendecirle, alabarle, dirigirle nuestras súplicas, promover su honra y gloria? Avarientos, usurpadores inicuos de lo ajeno, ¿podéis ignorar que condena todas vuestras injusticias aquel Dios que ha hecho vuestras manos? Orgullosos y soberbios, si juzgáis que todo se os debe, ¿por qué desconocéis lo que debéis vosotros al Criador omnipotente, que con solo querer os ha formado tales cuales sois, y aún mucho mas nobles, mas dignos, mas perfectos de lo que sois al presente? De dónde os ha venido esa razon que os ensoberbece? ¿De dónde, idólatras viles de vosotras mismas, de dónde os ha venido esa belleza, cuyos atractivos empleáis en robar al Criador las almas que él habia formado para sí? Pecadores, ¿de dónde os han venido todos los instrumentos de que os valéis para cometer el pecado? Si tenéis fe, no podéis ménos de confesar que todas las criaturas son propiedades del Señor. Y ¿no es una sacrílega injusticia robarle lo que por tantos títulos le pertenece? Parece increíble, Señores: es

preciso que os avergoncéis de semejante monstruosidad. Si algun historiador nos refiriera que los idólatras se conducian de esta manera con sus fingidos dioses; que los herejes é impíos observaban esta conducta con sus padres, con sus amigos, y aún con los extraños y desconocidos, nos resistiríamos á creerlo; lo juzgaríamos imposible; y si acaso asintiéramos á esta relacion en obsequio del historiador, horrorizados exclamaríamos diciendo, que aquellos no eran hombres, sino fieras, y mas que fieras monstruos abortados por el infierno. Y ¿no nos horroriza, no nos extraña siquiera en nosotros mismos lo que tan justamente reprobamos en aquellos? ¿Nosotros hemos de hacer á cada paso con la majestad del supremo Hacedor lo que con tanta razon nos parece abominable y aún increíble en ellos respecto á sus iguales? Yo supongo que no fijamos en esto la consideracion, pues si la fijáramos, si no la razon y la justicia, el propio interes por lo ménos, el peligro que nos amenaza, nos harian entrar en nuestro deber; nos pondrian de manifiesto que injuriando al Criador, nos perjudicamos á nosotros mismos, puesto que se verá precisado á dejar de conservarnos, á destruirnos en vista de nuestra ingratitud.

Pero ¿será posible que abusemos del conocimiento y experiencia que tenemos de sus bondades, de su amor, de su sufrimiento, para ofenderle? Horroriza el oirlo; pero no puede ocultarse que es así. Dios justo! ¿con que vuestra bondad infinita se convierte por culpa nuestra en fomento de nuestra ingratitud? ¿con que por saber que sois sumamente amable, tenemos la insolencia de despreciaros, de insultaros sin temor alguno? Ah! temblád, miserables pecadores. Es ilimitado el amor que este Dios bueno profesa á sus criaturas; no puede compararse con el suyo el que profesa al hijo predilecto la madre mas tierna y cariñosa: esto es verdad; pero tambien lo es que este mismo amor agrava sobre manera nuestra ingratitud y nuestros delitos. Su paciencia, aunque infinita, se cansa ya; no puede sufrirlo; se deja vencer de las voces de su irritada justicia, y... ¡Desventurados de nosotros, si llega el momento fatal! Su amor mismo, su misma bondad será entonces la medida del rigor con que ha de castigarnos. Yo me estremezco al oir las amargas quejas en que prorumpe, y la inmensa desgracia con que repetidas veces nos amenaza, pero con especialidad por Moises, cuando estaba ya próximo al fin de su vida. Yo quisiera referir

sus palabras, aunque por una parte me falta el valor, por ser demasiado terribles, y por otra temo excitaros con ellas mas bien al temor que al amor, cuando deseo vivamente que seáis, no esclavos, sino hijos fieles de vuestro Dios; cuando pretendo que le sirváis, no por temor á su justicia, sino por amor á su bondad. Sin embargo en la suposicion de que haréis de ellas el uso debido, voy á recordaros algunas.

Hæccine reddis Deo, populestulte et insipiens? decia á los que ántes componian su amado pueblo : así correspondes á las finezas de tu Dios, así pagas los beneficios que te ha dispensado, generacion prava, pueblo insensato? *Deum qui te genuit dereliquisti?* has dejado á tu Dios, has despreciado á tu Criador, te has vuelto contra quien te sacó de la nada, contra quien te conserva la vida, contra aquel sin cuyos auxilios ni puedes respirar una vez sola, contra un Dios que te ha criado para sí, contra el único dueño de tu alma y cuerpo, de tus potencias y sentidos, de tu vida y de todo tu ser? Necios amadores del mundo, ¿no habéis reflexionado que al ofenderme á mí, ofrecéis en sacrificio al demonio, no ya solamente vuestros hijos, sino tambien vuestras almas? Y ¿queréis que yo sufra tanto, que consienta tan sacrílego desprecio? No, ya se apuró mi sufrimiento ; ya se ha encendido mi furor, y he resuelto haceros conocer por experiencia, que jamas se burlarán impunemente de mí las viles criaturas. Yo seré mas justo que vosotros olvidándoos, despreciándoos, castigando vuestra alevosía; en lo que nada haré sino observar escrupulosamente con vosotros la conducta que habéis observado conmigo : *Ipsi me provocaverunt in eo qui non erat Deus..., et ego provocabo eos in eo qui non est populus* (1) : vosotros no me habéis querido por vuestro Dios; del mismo modo yo no os consideraré como mi pueblo predilecto. Vosotros me habéis insultado, dando á las criaturas los honores divinos que me debéis á mí como vuestro único y verdadero Señor; habéis elegido dioses á vuestro gusto; habéis fabricado vuestros ídolos, los habéis adorado, los habéis propuesto á la adoracion pública, diciendo con solemnes y festivas aclamaciones : estos son tus dioses, ó Israel ; yo os desecharé á vosotros, y llamaré á las naciones que hasta ahora no me han conocido. Para mayor confusion vuestra formaré mi pueblo de

(1) *Deut. c.* 32. *v.* 21.

los ignorantes y bárbaros gentiles, que como á mí habéis despreciado, y diré para gloria suya en presencia de todo el mundo : este es mi pueblo amado; este es el objeto de mis bendiciones ; este es el heredero de la gloria que destino á los que me adoren verdaderamente : á este he trasladado la Fe, la Religion, la virtud, el amor, la proteccion, la benevolencia y la fundada esperanza de una gloria inmortal.

Cristianos, ya ha tenido su cumplimiento tan terrible amenaza : Dios ha borrado á los hebreos del número de sus hijos ; ha extinguido en su corazon la brillante antorcha de la Fe; los ha desheredado; los ha declarado indignos del reino de los cielos; los ha abandonado á la ignominia, al oprobio, á la miseria, á las potestades infernales. En su lugar entrámos los gentiles á formar su pueblo, á participar de su amor y proteccion. Con ese objeto vino al mundo; segun hoy Jesucristo les dice á los que mas reconocidos que nosotros le instaban á que permaneciese en su compañía, vino á predicar y predicó su ley sacratísima á todas las gentes. Mas, ay de nosotros, si tenemos la desgracia de despreciarla! ¡Ay de nosotros, si como aquel pueblo ingrato desconocemos á nuestro Criador; si le negamos la obediencia; si le disputamos el dominio de nuestro corazon; si le posponemos á las viles criaturas, á nuestras pasiones, al demonio! Entónces...

Pero yo me separo de mi idea principal : no debo exhortaros á que temáis la suerte de los judíos rebeldes, sino á que imitéis la gratitud de los que hoy van á buscar á Jesucristo. Y si cuanto mayores son los beneficios, tanto mayor debe ser el reconocimiento á quien nos los dispensa, ¿con cuánta mayor razon que aquellos debemos nosotros buscar á nuestro Dios, llamarle á grandes voces, instarle á que reine dentro de nuestras almas, á que fije en ellas su morada para siempre?

Venid, Dios mio y padre de las misericordias; veníd á favorecernos en medio de tantas tribulaciones. Mirád que somos obra de vuestras manos, y que nunca hemos pensado en disputaros vuestros derechos, aunque así lo hayamos manifestado por falta de consideracion en nuestra conducta. Veníd, padre amorosísimo; quedáos en vuestro pueblo; no nos dejéis por predicar en otras partes vuestra Religion, que en ese caso somos perdidos. Veníd siquiera atraído de las oraciones de los justos, pues mas de diez habrá entre nosotros que os adoren

con sencillez y pureza de corazon. Mirád por la gloria de vuestro santo nombre, haciendo enmudecer á los insensatos que tienen la osadía de desconocer vuestra providencia diciendo: *manus nostra excelsa, et non Dominus, fecit hæc omnia* (1); pero compadeciéndoos al mismo tiempo de las flaquezas de los que, aunque pecadores, os reconocemos como único dueño de nuestras voluntades. Hacéd por último que os amemos, sirvamos, adoremos, cumplamos exactamente vuestra ley, y seamos siempre, siempre vuestro amado pueblo. Amen.

(1) *Deut. c. 32. v. 27.*

HOMILÍA.

SOLO LA GRACIA DE DIOS PUEDE HACERNOS FELICES EN ESTA VIDA.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Si scires donum Dei, et quis est, qui dicit tibi: da mihi bibere; tu forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam.

Si supieses el don de Dios, y quién es el que te dice: dáme de beber; tú de cierto le pedirias á él, y te daria agua viva.

S. Juan, c. 4. v. 10.

No son ménos sublimes que numerosas las ideas que excita en mi alma la lectura del presente Evangelio. Un Dios inmenso fatigado de tan corto viaje! ¡un Dios, impasible por naturaleza, sujeto á las miserias que son en el hombre tristes presagios de su mortalidad! ¡un Dios, criador omnipotente, mendigando de la vil criatura un vaso de agua, para mitigar su sed! ¡un Dios, santo por esencia y tan celoso de su honra, familiarizándose en público con una infame pecadora! ¡un Dios, infinitamente sabio, cometiendo á una imprudente mujerzuela la predicacion de su divinidad! ¡un Dios justo franqueando el inmenso tesoro de sus gracias á un endurecido corazon, que le niega un vaso de agua junto á la misma fuente! ¡un Dios... pero no hay en todo el Evangelio una sola palabra en que no se oculten misterios muy profundos; que no arrojen de sí documentos del mayor interes.

Si la mision, si la vida y muerte del Salvador no tuvieran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con sencillez y pureza de corazon. Mirád por la gloria de vuestro santo nombre, haciendo enmudecer á los insensatos que tienen la osadía de desconocer vuestra providencia diciendo: *manus nostra excelsa, et non Dominus, fecit hæc omnia* (1); pero compadeciéndoos al mismo tiempo de las flaquezas de los que, aunque pecadores, os reconocemos como único dueño de nuestras voluntades. Hacéd por último que os amemos, sirvamos, adoremos, cumplamos exactamente vuestra ley, y seamos siempre, siempre vuestro amado pueblo. Amen.

(1) *Deut. c. 32. v. 27.*

HOMILÍA.

SOLO LA GRACIA DE DIOS PUEDE HACERNOS FELICES EN ESTA VIDA.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Si scires donum Dei, et quis est, qui dicit tibi: da mihi bibere; tu forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam.

Si supieses el don de Dios, y quién es el que te dice: dáme de beber; tú de cierto le pedirias á él, y te daria agua viva.

S. Juan, c. 4. v. 10.

No son ménos sublimes que numerosas las ideas que excita en mi alma la lectura del presente Evangelio. Un Dios inmenso fatigado de tan corto viaje! ¡un Dios, impasible por naturaleza, sujeto á las miserias que son en el hombre tristes presagios de su mortalidad! ¡un Dios, criador omnipotente, mendigando de la vil criatura un vaso de agua, para mitigar su sed! ¡un Dios, santo por esencia y tan celoso de su honra, familiarizándose en público con una infame pecadora! ¡un Dios, infinitamente sabio, cometiendo á una imprudente mujerzuela la predicacion de su divinidad! ¡un Dios justo franqueando el inmenso tesoro de sus gracias á un endurecido corazon, que le niega un vaso de agua junto á la misma fuente! ¡un Dios... pero no hay en todo el Evangelio una sola palabra en que no se oculten misterios muy profundos; que no arrojen de sí documentos del mayor interes.

Si la mision, si la vida y muerte del Salvador no tuvieran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por objeto la salud eterna de los hombres, tal vez mi razon vacilante no acertaria á resolverse en la eleccion de asunto; mas como aquella sea la materia principal de nuestra creencia; como todos los misterios contenidos en el viaje de Jesucristo á Samaria, se dirijan á este determinado fin; y como este divino Maestro en aquella expresion enfática: *si scires donum Dei, et quis est, qui dicit tibi: da mihi bibere; tu forsitan petisses ab eo;* nos descubra con demasiada claridad, que el conocimiento del don de Dios y del que nos lo ofrece, es un medio eficacísimo para que lo deseemos, lo pidamos, lleguemos á obtenerlo y á asegurar por este camino la posesion de una inmortalidad bienaventurada, he creído oportuno recordar, inculcar en este dia aquellos saludables conocimientos. Con efecto las palabras que este divino Maestro dirigió á la Samaritana, y el feliz resultado de su conversacion, todo me estimula á creer, que su principal deseo era comunicarnos el don de Dios, único arbitrio que su providencia nos reserva para conseguir nuestra felicidad.

Á ejemplo suyo desearia inspirar en el cristiano corazon de mis oyentes alguna idea de este don celestial, y excitar en ellos el conocimiento del Señor que nos lo ha proporcionado con su venida. Mas por desgracia ni yo soy el Mesías ni mi auditorio se compone de Samaritanas. Sin embargo yo veo que en manifestacion del poder irresistible de su brazo elige ordinariamente la providencia adorable del Señor los instrumentos mas débiles para ejecutar los planes mas difíciles; y sé igualmente que no se agotó ese manantial fecundo de aguas vivas, por haber colocado una fuente tan copiosa de ellas en el pecho de la pecadora feliz, á quien se dió á conocer, y de quien se hizo amar en este dia. Dignáos, redentor benignísimo y médico de nuestras almas, concedernos una sola gota de esas aguas salubérrimas, para que obre en nosotros iguales efectos. Así os lo pedimos por la intercesion de vuestra Madre santísima. *Ave María.*

Aunque no haya bien alguno que no debamos á la beneficencia del Señor, se da no obstante á la gracia sobrenatural el nombre de don de Dios, porque por ella se comunica el Espíritu santo á nuestras almas, las eleva sobre toda la naturaleza, las regenera y las deifica, no solo haciéndolas semejantes á sí mismo, sino participantes de su infinita naturaleza. ¿Pudiera jamas el hombre aspirar á tanto honor, á tan inefable grandeza, á tan sublime gloria? Mas ay! era mucha su debilidad para poderse sostener mucho tiempo en tanta elevacion. Al contemplarla, soberbio se desvanece, y... Miserable! cayó y precipitó consigo á su desventurada posteridad. Esta no solo no conoce aquella dicha, sino que la desprecia, acaso por desconocer tambien al divino Salvador que se la proporciona. Así lo asegura la Sabiduría eterna diciendo á la pecadora de Samaria: si tú supieras lo que es el don de Dios y quién te lo ofrece, indudablemente lo hubieras solicitado con vivas ansias, y él te lo hubiera concedido con indecible complacencia. ¡Funesta ignorancia, justo castigo del orgullo ambicioso, y orígen desventurado de las interminables miserias que acosan al hombre! ¿Es posible que abundando de ideas filantrópicas nuestro siglo, no se haya pensado seriamente en descubrir al pecador este inmenso tesoro? No hay descubrimiento mas interesante, pero tampoco le habrá tal vez mas difícil. Porque como no hay medio de hacer al ciego de nacimiento que forme idea de la luz y de los colores, así parece tambien una empresa temeraria inspirar la idea de la justicia á quien nunca le ha ocurrido; al que jamas abandonó el tortuoso camino de la iniquidad que emprendió desde sus mas tiernos años. En esta dificultad, insuperable al parecer, es necesario aprovechar las ideas que le son familiares y en que tanto se ceba su triple concupiscencia, tratando por este medio de fomentar en su corazon un ardiente deseo de conseguir á toda costa aquel bien con que no pueden compararse todos cuantos busca y se proporciona por medio del desórden. Oh! es indudable que lo desearia en efecto, si conociera lo que es en sí mismo, lo que vale y lo que cuesta.

Examinemos despacio estas tres circunstancias. ¿Qué viene á ser en sí mismo este don celestial? Todo estaba concluído, si yo fuera tan feliz que acertara á hacer de él una exacta descripcion. La idea que de él acabo de dar, es muy débil, sumamente imperfecta y oscura. Si queremos aclararla algun tanto, preguntemos al primer hombre, ¿cuál fuera el imprudente deseo que le precipitó en el abismo de tantas miserias? y si no nos responde, oigamos lo que por él nos dice un ilustrado profeta: *homo cum in honore esset, non intellexit* (1). Infeliz! ambicio-

(1) *Psalm.* 48. *v.* 13.

naste la semejanza con el Criador! Qué soberbia, qué ceguedad es la tuya? ¿Cómo no adviertes que por esa desmesurada ambicion arrojas de ti lo mismo que tan vivamente solicitas? Si ella no dejara en tinieblas tu entendimiento, no podria habérsete ocultado esa semejanza que apeteces, porque en tu alma está : no podrias ménos de ver que la divina gracia que recibiste con la vida, te habia colocado en una esfera muy superior á toda la naturaleza criada, que te habia hecho templo animado del Espíritu divino, hermano del Verbo eterno, hijo verdadero del Padre celestial. No podrias ménos de ver, que por esa gracia de que te despojó tu soberbia, eras no solo semejante, sino de una misma naturaleza con tu Dios; que te animaba su mismo espíritu ; que vivias su misma vida.

No molestaré la atencion del auditorio repitiendo los merecidos elogios que de este don precioso hacen Moises, Salomon, David, los evangelistas, los apóstoles, todos los escritores sagrados, pues, aunque inumerables todos ellos, son demasiado cortos para quien sabe que por él entra el hombre á participar de la naturaleza de su Dios : trataré solo de recordarle lo mucho que cuesta, para que pueda inferir de aquí lo que vale. No hablo de los sacrificios y negaciones á que se debe sujetar el que quiera conservar esta preciosa joya, porque ¿qué es el hombre, qué es todo el globo de la tierra comparado con ella? Solo hago mérito del precio que exigió la justicia infinita por dispensar á los pecadores este beneficio.

Para poder en algun modo conocerlo, acerquémonos al pozo de Sicar, y viendo al Unigénito de Dios rendido de fatiga, abrasado de calor, atormentado de sed, reducido al extremo de mendigar de sus mismas criaturas un débil auxilio, que desapiadadas le rehusan con pretextos frívolos é insolentes sarcasmos; cuando arrebatados de admiracion vayamos á prorumpir en alabanzas y bendiciones de las divinas misericordias, suspendamos un momento los impulsos de nuestro religioso corazon, porque aún no hemos visto mas que una sombra ligerísima, aún no hemos presenciado la verdad. Elevemos nuestro pensamiento á Jerusalen, donde se dejará ver este Dios-Hombre oscurecida su gloria, afeada su hermosura, debilitado su poder, anonadada su grandeza. Allí le veremos con asombro, caminar ostigado de una fatiga insoportable; caer hasta tres veces, oprimido por el enorme peso de la cruz, en que ha de ser

inmolado; le veremos tendido y clavado inhumanamente en ese madero infame; atormentado de una sed mortal, que le hace clamar por algun refrigerio á las puertas de nuestro corazon, por aquel lastimoso *sitio*, en que nos pone de manifiesto todo el rigor de nuestra desgracia y todo el exceso de su amor. La sed que le devora, es el deseo de nuestra salud y de restablecernos en la gracia de Dios, que sin este arbitrio jamas llegaríamos á conseguir. Este es el objeto de su venida al mundo, la causa de sus tormentos y el fin á que dirige su sacrificio : por él acepta gustoso el fatal decreto de su muerte, derrama hasta la última gota de su sangre, apura las heces del cáliz amargo y sacrifica su propia vida. La vida de un Dios inmortal es, cristianos pecadores, el único precio de la divina gracia. La plata, el oro, las perlas, los diamantes, el universo entero es mucho ménos que un polvo de estiércol en su comparacion : los méritos de todos los hombres, y aún de todos los ángeles, como de un órden inferior y limitado, son insuficientes, no tienen proporcion alguna con la divina gracia. Este don sublime, infinito, divino no podia exigirse de justicia sin presentar por él un precio de la misma estimacion, de la misma clase, de la misma naturaleza. Solo un Dios puede ser el precio correspondiente á la gracia en que se comunica el mismo Dios. Por eso se llama expresamente don de Dios, por ser propio del Señor, como que en él se nos da á sí mismo; como que solo Dios ha podido merecerlo, y como que vale nada ménos que la posesion de todo un Dios.

Qué asombrosa diferencia entre el pecador y el justo! Aunque el primero sufra los mayores tormentos, ofrezca los sacrificios mas dolorosos, y ejercite las obras mas heroicas de las virtudes, no puede alegar el menor derecho á la gracia de Dios ni á la posesion de su gloria, porque no está marcada su frente con la sangre del Cordero; y si llega entónces el ángel exterminador, es inevitable la muerte del primogénito. El segundo, con la menor de las virtudes, con un ligero suspiro, con una levísima aspiracion merece de justicia una corona de gloria inmortal : todas y cada una de sus buenas obras se unen en el momento de practicarse, y se empapan en la preciosa sangre que aceptó el soberano Juez, como un precio superabundante por nuestra salud; la que no puede negar á quien le presente esta honorífica marca, pues faltaria á las leyes inviolables de su

fidelidad. De aquí el consuelo, la tranquilidad, la dulce satisfaccion que goza el justo en medio de las tribulaciones; cuando el pecador es atormentado en medio de sus placeres de una sed insaciable, de unas zozobrosas inquietudes, de unos cruelísimos remordimientos. Nada mas puede apetecer quien está persuadido de que posee á su Dios, y de que le asiste un derecho de justicia para poseerle con mas perfeccion y seguridad por la duracion de los siglos eternos: al contrario nada puede llenar el vacío, nada puede mitigar la sed abrasadora de un alma, que jamas consigue lo que no puede ménos de desear, cual es la del pecador. *Sitiet iterum*, dijo con mucha propiedad Jesucristo á la Samaritana, cuando se hallaba con su cántaro cerca del pozo; que fué lo mismo que decir: aunque tenga proporcion el pecador para gozar todos esos placeres que el mundo le promete, no llenará sin embargo los inmensos deseos de su corazon: *Sitiet iterum*. Si ha de acumular tesoros, tiene que privarse de los regalos y deleites; para gozar estos, es necesario prodigar el oro, exponer la salud y atropellar las leyes del honor; si apetece la gloria, es preciso que sacrifique su tranquilidad, sus placeres, sus riquezas y ese honor que tan ardientemente desea; *Sitiet iterum*. Y prescindiendo de esto, ¿quién es el que dominado de una de las tres principales pasiones, ha llegado jamas á saciarla? Demasiado acredita la experiencia que cuanto se halaga mas una pasion desordenada, tanto mas se irrita y acrecienta: *Sitiet iterum*. Como el infeliz enfermo, dice con mucha elegancia un filósofo digno de este nombre, da mil vueltas en el triste lecho del dolor, buscando en las diferentes posiciones el descanso que en ninguna encuentra; como el hidrópico, ó como el que padece una fiebre demasiado ardiente, que creyendo hallar en el agua algun alivio, la beben ansiosos con abundancia, con lo que avivan el fuego, hacen la sed mas insoportable, el dolor mas cruel y mas grave el peligro; así el pecador, cuanto mas trabaja por saciar sus apetitos, tanto mas acrecienta su miseria: *Sitiet iterum*. Experimenta siempre el mismo vacío, la misma inquietud, los mismos deseos. Y para colmo de su desgracia la experiencia no es bastante á desengañarle; no llega á persuadirse de que su corazon no se ha formado para estos bienes aparentes, efímeros y falaces; no comprende que su destino es mas noble, su fin mas elevado, y que miéntras no lo consiga, no puede ménos de ser infeliz.

Comparemos al pecador en el colmo de su pretendida dicha con el justo sumergido en el abismo mas profundo de la miseria. Si no nos fiamos de meras exterioridades y penetramos hasta el interior de ambos, conoceremos que el primero es verdaderamente infeliz y el segundo verdaderamente dichoso. Todo cuanto á este rodea, nos dice con la mayor energía: esta, esta es la verdadera felicidad.

Sí, lo es en efecto; en cuyo caso, quién no se decide abiertamente por ella? ¿Daremos lugar á que se nos compare con el bruto de la fábula, no buscando con un celo infatigable este precioso don de Dios que de algun modo conocemos? Y qué motivo tenemos para conducirnos de ese modo? Nos asusta la dificultad de conseguirlo? ¿Diremos como la Samaritana: *puteus altus est, neque in quo haurias habes?* No permita Dios que aumente yo el número de los corruptores de la moral, que empeñados en conciliar á Cristo con el demonio, quieren dejar expedito el camino del cielo, sin advertir que está situado en una elevacion inaccesible á los que caminan al nivel de la tierra; pero léjos de mí igualmente las ideas de esos hipócritas novadores, que predicando un desmesurado rigorismo, destruyen la Religion fingiendo purificarla; hacen impracticable la senda de la gloria á fuerza de estrecharla, y excitan el odio contra el Evangelio ponderando la austeridad de sus preceptos. Diré sí, *puteus altus est:* es arduo, es difícil de conseguir y conservar el don de Dios, porque para ello necesitamos luchar fuertemente con nuestra naturaleza, hacernos una violencia continuada: *neque in quo haurias habes:* y no alcanzan á tanto nuestras fuerzas, debilitadas por la culpa universal.

Es difícil; pero nos acobardaremos por eso? Qué! no habrá quien pueda y quiera infundirnos el poder necesario? Fijemos la vista en el Señor que nos ofrece tan interesante beneficio, y al punto se desvanecerán las dificultades; porque es un Dios omnipotente y ciego de amor por nosotros; es el Mesías anunciado de tan diversas maneras, el que por tantos siglos fundó la esperanza de todos los creyentes; es aquel portento de caridad, que siendo en todo igual á Dios, se dignó humillarse, abatirse, sacrificar su inocente vida por la salud de los hombres; es un Dios, á cuya voluntad nada puede oponerse, cuyo amor no conoce límites, cuyas promesas son incomparablemente mas seguras que la tierra y el cielo. ¿Quién dudará pues, llegando á

conocerle? Si la Samaritana se burla de su necesidad, si insulta su paciencia, si desprecia sus dones, si duda de sus palabras, es porque no tiene la dicha de conocerle; mas apénas oye de sus labios aquella verdad encantadora y sublime, *Ego sum qui loquor tecum*, depone las dudas, se rinde á su voluntad, dilata los senos de su corazon á los impulsos de la gracia, se trasforma, y embriagada con su nueva verdadera dicha, olvida, aborrece cuanto ántes buscaba con ansia. Ya no siente necesidad alguna, no se acuerda del agua, abandona el cántaro, y despreciando su reputacion ella misma publica su infamia. Ocupada de su felicidad, y no deseando otra cosa sino que todos participen de ella, se vuelve con precipitacion al pueblo, convoca á sus conocidos, y rebosando por todas partes el indefinible júbilo que siente su alma, veníd, les dice, que á todos se abren las puertas de la felicidad. Yo he hallado una fuente inagotable de aguas vivas; unas aguas que apagan la ardiente sed de nuestro corazon; unas aguas que vivifican, deleitan, embriagan y hacen felices á cuantos las beben. He hallado al Salvador, al Mesías, al Unigénito de Dios, vestido de nuestra grosera carne para comunicarnos sus dones, su gloria, su divinidad. Con estas y otras expresiones, no ménos enérgicas, sugeridas por el Espíritu del Señor que habitaba ya en su alma, y le comunicaba sus celestiales dulzuras, logra persuadir á una multitud de samaritanos, que admirados de tal prodigio, corren ansiosos por ver al que tanto les pondera; y oyendo sus palabras de vida eterna, reconocen su divinidad, la adoran respetuosos y gozan de lleno el don celestial.

Tan maravillosa es la eficacia de aquella expresion, *Ego sum qui loquor tecum*. Ah! ella es la única que sostuvo la esperanza del pueblo fiel en una serie tan dilatada de siglos; ella es la que ahuyentó del mundo la ignorancia, la barbarie, la miseria, bañando todo el globo con los resplandores de su luz celestial; ella es la que convirtió la tierra en un paraíso de delicias, extendiendo por todas partes el gérmen de la inmortalidad. Verdad interesante! Felices los pueblos que la acogieron con docilidad! ¡Mil y mil veces dichosos los que á su voz conocieron á Jesucristo!

Ni es tiempo oportuno, ni el pundonor español sufriria que yo me detuviera á dar á conocer el Dios, que hace ya 18 siglos está adorando esta nacion católica; pero es indudable que la tempestad horrorosa de males que hemos sufrido, trae su orígen del orgulloso empeño de arrancarnos esa creencia que tanta prosperidad y gloria ha merecido á la España; del empeño impío de hacernos desconocer la divinidad de Jesucristo y de su doctrina. No es mengua seguir la senda que nos indica otro, aunque sea nuestro enemigo, si puede sernos útil. Si pues cuantos han pretendido disolver la sociedad, convertir los hombres en fieras, estableciendo la ley única de la fuerza, han empezado por negar la verdad del Evangelio y la divinidad de su autor, conociendo ser esta creencia el único freno de las pasiones, el solo fundamento del órden, el apoyo de la justicia y el vínculo de la sociedad; nosotros debemos por el contrario defender, apoyar esta creencia, y resistir con la mayor decision las perniciosas máximas destructoras de aquellas verdades. Á las autoridades compete impedir la circulacion de esos folletos subversivos, que se han logrado introducir al abrigo de las pasadas revueltas; colocar un muro inexpugnable de diligentes centinelas que impidan una segunda irrupcion; hacer que se conozca, se crea y confiese por todos sus súbditos que el Unigénito de Dios, el autor de nuestra Religion santa, es el único que puede y quiere comunicarnos sus dones celestiales, y con ellos la felicidad verdadera. No se me oculta que esto es difícil: *puteus altus est:* sin embargo en ello se interesa la gloria de Dios; Dios lo quiere, lo manda, y al mismo tiempo está de nuestra parte. Sí, el Dios omnipotente, de quien dimana todo el poder de los gobiernos y toda la fuerza de las leyes; aquel Dios celoso de su honra que amenaza con todo el furor de su indignacion á los encargados de la custodia de Israel; que les reclama la sangre de cuantos perezcan por el menor descuido suyo; aquel Dios verdadero, que con solo descubrirse á una débil pecadora, atrajo por su conducto al conocimiento de su divinidad y á la participacion de sus gracias á toda Samaria. Resuene en toda la España esta sola voz, *Ego sum qui loquor tecum;* y será inalterable la paz, segura la reconciliacion de todos y restituída la gloria de nuestra nacion, porque su causa está identificada con la causa del Evangelio. En conociendo que Dios es quien nos ofrece sus dones, todos anhelaremos por conseguirlos; y conseguidos, nada mas se necesita para asegurar la felicidad individual y comun. Así sea.

HOMILÍA.

NO GUSTAMOS LA GRACIA DIVINA,

PORQUE NO CONOCEMOS ESTE DON DEL CIELO.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Si scires donum Dei, et quis est, qui dicit tibi: da mihi bibere; tu forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam.

Si supieses el don de Dios, y quién es el que te dice: dáme de beber; tú de cierto le pedirias á él, y te daria agua viva.

S. Juan, c. 4. v. 10.

Una de las cosas que contribuyen á manifestar la depravacion de la humana naturaleza, es el empeño de adquirir y llevar hasta lo sumo de la perfeccion los conocimientos ménos útiles, al paso que descuida absolutamente la investigacion de las verdades que mas le interesan. La geografía, la astronomía, la medicina, la agricultura, todos los diferentes ramos de la física y demas ciencias naturales progresan á fuerza de estudio, de observaciones, de trabajos y sacrificios; y la ciencia del espíritu, la ciencia de la Religion, que es la única que puede hacer la sólida y verdadera felicidad de los hombres, se descuida, se desprecia. Qué conducta tan imprudente la del hombre! Aprecia hasta lo sumo unas cosas que son incapaces de satisfacer su insaciable deseo, ántes bien cuanto mas se dedica á su estudio, tanto mejor conoce su ignorancia, y lo mucho que le falta aprender para adquirirse el suspirado nombre de sabio; y tiene en nada lo que nada le deja que desear, pues le infunde la ver-

dadera sabiduría, le asegura la felicidad que es asequible en este mundo, y le pone en camino de conseguir la del cielo.

Compadecido de tan funesto error, y de la miseria á que nos conduce, nos ofrece el mejor y mas entendido de todos los maestros un poderoso estímulo, un completo desengaño en la Samaritana, para excitarnos á conocer y apreciar debidamente el don de Dios, único bien capaz de saciar todos nuestros deseos y ocurrir á todas nuestras necesidades. ¡Con qué maestría se hace escuchar de esa pecadora feliz, al anunciarle lo que jamas habia podido ocurrirle á ella! Espera la ocasion en que iba á sacar agua material, para indicarle que hay otras aguas que no conoce, pero que sacian completamente la sed, á diferencia de la que ella iba á buscar, que solo la satisfacia por el momento; y para lograr mejor su intento le pide de aquella misma agua. Era natural que ella se resistiera, por la enemistad que reinaba entre judíos y samaritanos; pero esa misma resistencia esperaba el Señor para poner de manifiesto su intencion. *Si scires donum Dei,* la dice, *et quis est, qui dicit tibi: da mihi bibere; tu forsitan petisses ab eo:* si tuvieras tú alguna idea del don de Dios, si hubieras fijado alguna vez tu consideracion en los prodigiosos efectos que produce, y supieras quién es el que te pide un poco de agua, acaso le suplicarias tú á él con las mas vivas ansias de tu corazon, que te concediera una pequeña parte de aquel; y accediendo á tan justa súplica, te lo dispensaria en la mayor abundancia; te proporcionaria, no un poco de agua, un raudal copiosísimo de aguas vivas, que del todo y para siempre apagaria la sed de tu corazon, que es insaciable por otro medio. No era fácil que aquella mujer venturosa resistiera mas tiempo el deseo de gustar aquellas aguas, cuyos efectos de tal modo le ponderaba el desconocido; así es que siendo ántes suplicada, se convierte en suplicante, como de pecadora se trasforma prodigiosamente en hija predilecta del Señor, apénas este abre en su alma aquella fuente de la divina gracia.

Esta historia, cristianos, que nos recuerda hoy la Iglesia de Jesucristo, es el medio mas oportuno de hacernos conocer el don de Dios; por consiguiente es el estudio que debe ocupar con preferencia nuestra atencion. Yo me ceñiré pues en este breve discurso á repetiros tan apreciable documento, excitándoos á buscar con decidido empeño, á pedir con repetidas ins-

tancias, y á trabajar cuanto os sea posible, por adquirir, no solo el conocimiento, sino ademas la posesion de este tan imponderable beneficio. Á vosotros pertenece suplicar al Señor, se digne iluminar mi entendimiento, como el de la Samaritana, para que mis palabras penetren hasta lo mas interior de vuestras almas, y produzcan en ellas el prodigioso efecto que las suyas en la de esta mujer dichosa, y las de ella en los habitantes de Samaria.

Dispensádnos, Señor, esta gracia que os pedimos por la intercesion de vuestra Madre santísima. *Ave María.*

Es sumamente doloroso que excitado el hombre por su misma naturaleza á procurarse la felicidad, se decida á buscarla precisamente en aquellos objetos, cuya posesion le hace cada vez mas desdichado. Á esto sin duda contribuye que los pretendidos sabios, léjos de conducirle por el verdadero camino, ó de mostrárselo al ménos, le extravían mas cada vez con sus malignas instrucciones, con sus perversos consejos. ¡Tán contrarios son los pensamientos de los hombres á los del Señor! ¡tánta diferencia hay entre los caminos de la humana sabiduría y los de la divina Providencia! Dios nos ama de veras; Dios nos procura la sólida felicidad; Dios toma sobre sí nuestras incomodidades, para colocarnos en la senda que guia en direccion á la bienaventuranza. Con este objeto nos busca, nos llama, nos atrae, nos pone á la vista el horroroso precipicio en que damos sin remedio, apartándonos del camino que él nos ha señalado; y si á pesar de esto nos ve caminar hácia él, si conoce que marchamos en derechura á nuestra ruína, entónces, ay! entónces, penetrado de un intenso dolor, todo lo emprende, todo lo atropella, todo lo sacrifica por socorrernos: corre presuroso á encontrarnos en el camino, sin que sean suficientes á detenerle las mayores dificultades y asperezas; marcha rápidamente sin descansar, hasta haber llegado al punto en que su amor le dice que puede hallarnos; se apresura aún á costa de debilitar, de consumir sus fuerzas; aunque rendido en fuerza del cansancio tenga que dejarse caer en llegando. Llega con efecto al lugar á que nos conduce, á él la sed insaciable de nuestra salud, y á nosotros la de esos mentidos y feos placeres que tanto anhela nuestro abrasado imprudente corazon. Llega, y sin tomarse

tiempo para reparar sus debilitadas fuerzas, para reponerse de tan penosa fatiga, para mitigar su sed; da principio á su mision, presentando á nuestros ojos un colirio eficacísimo para curar la ceguedad deplorable de nuestra razon.

Así lo hizo con la venturosa Samaritana, manifestándole el inmenso vacío de nuestro corazon y la imposibilidad de llenarse con cosa alguna de este mundo, ni con todas ellas juntas, pues son miseria, vanidad, nada, y por tanto incapaces de saciar el menor deseo; y haciéndole palpar al mismo tiempo la necesidad indispensable de recurrir al don de Dios, para calmar las zozobrosas inquietudes que nos atormentan, y gozar el suspirado reposo, la saciedad, la hartura bienaventurada, que buscamos inútilmente en esos goces que nos promete el mundo engañador. Pero ántes la prepara á desearlo, ponderando sus atractivos y belleza. *Si scires donum Dei*, le dice; si tú supieras lo que es este don de que te hablo; si llegaras á conocer lo que vale, y las utilidades que necesariamente te habia de reportar su posesion...

Mas ¿por qué exponerse el Salvador á las penalidades y fatigas de tan largo viaje, de un excesivo calor, de una sed abrasadora, por dar á conocer á aquella mujer feliz este don de Dios? ¿No hubiera logrado mejor su objeto, y en general conseguiria atraernos á todos con mas seguridad y eficacia, presentando á nuestra vista el descanso eterno, el gozo inalterable, la gloria consumada que disfruta su alma...? Necios! á dónde os conduce el deseo de vuestra felicidad? Verdad es que nada se opone á su brazo omnipotente; pero tan blasfemo seria el que dijera que debe atraernos por este medio, como el que negara poderlo hacer así. Si dejó al hombre en una completa libertad de sumergirse en el abismo de todas las miserias, ¿seria razonable que le despojara de esta libertad, para dirigirse al cielo donde está cifrada su verdadera gloria? ¿seria razonable que el hombre llevara siempre consigo la ignominia de haberse degradado por la culpa, haciéndose por ella merecedor de los tormentos eternos; y que nunca gozara la satisfaccion de saber que habia vuelto á su estado feliz; que se le habia concedido otra vez la justicia, la gracia divina, el amor, la gloria de un Dios, á que por su eleccion se habia hecho acreedor? ¿Conoceria toda la injusticia de su ingratitud, la debilidad é impotencia á que le habia reducido su culpa, y la absoluta imposibilidad en que se

habia constituído de conseguir su felicidad; ¿apreciaria debidamente el don del Señor, si este se lo concediera sin dificultad alguna? ¿Conoceria la infinita benignidad de su Dios, si este le colmara gratúitamente de bienes, sin que por su parte cooperara de algun modo? Ah, inconsiderado pecador! vuelve un momento sobre ti; y si aún no conoces lo que perdiste, si todavía no estás en disposicion de comprender lo sumo de la desgracia que llamaste sobre ti, ven á Samaria; acércate á la ya venturosa Sicar; fija tu vista en ese hombre abatido, extenuado, rendido del cansancio, abrasado de sed; mírale y considera al mismo tiempo que ese es el omnipotente Criador del universo, el ser único que existe en la naturaleza infinitamente perfecto, tu Dios y Señor. Se resiste á creerlo tu orgullosa razon? No es extraño: es demasiado débil, es sumamente limitada para comprender un misterio tan profundo. Y á la verdad que parece increíble tal abatimiento en la infinita grandeza de todo un Dios.

Ó prodigio inefable del amor divino! ó dignacion suma de mi Redentor! Ni las innumerables producciones de la naturaleza, ni la maravillosa estructura del globo, ni las esmaltadas bóvedas del firmamento, ni el esplendente brillo y metódica circulacion de los astros, nada, nada arrebata de modo alguno mi admiracion, despues de haber visto en tan lastimoso estado á mi Criador, por sacarme á mí del insondable abismo de miseria en que me habia yo sumergido por la culpa. Yo os adoro y os adoraré con el mayor rendimiento, Dios y Señor mio; y tanto serán mas respetuosas mis adoraciones, cuanto mayor sea vuestro abatimiento; porque esa es la señal por donde vuestros profetas nos anunciaron que podríamos venir en conocimiento de vuestra divinidad. Por otra parte, yo sé con toda seguridad que ese cansancio no es efecto de flaqueza, sino de amor y benignidad. En cuyo caso podria yo dejar de amaros? Al contrario, mi corazon deberia arder, abrasarse, consumirse en el fuego de vuestro amor.

Así deberia ser, cristianos; porque no es sola la Samaritana el objeto de sus viajes y fatigas; tambien lo fué todo el género humano, que en los senos de su eterna sabiduría vió sumergido en la mas deplorable ceguedad, en la ignorancia mas funesta, que no solo le hacia del todo inhábil para conocer el don de Dios, sino que ademas le inducia á huir de él, en lugar de buscarlo. Entónces fué cuando resolvió emprender, y emprendió efectivamente, el dilatado y penosísimo viaje, en el que tuvo que atravesar el inmenso espacio que separa el cielo de la tierra, la eternidad del tiempo, al Criador de la criatura. Y como si todo esto fuera aún insuficiente para demostrar al hombre lo intenso de su amor, se dignó, para exigir su gratitud y correspondencia, para inspirarle una idea del soberano don que habia miserablemente perdido, y el aprecio en que debia tenerlo, cargar á su misma presencia con el enorme peso de la cruz; trepar con él por la aspereza de un elevado monte; caer en tierra oprimido del peso y rendido de la fatiga; en cuyo lastimoso estado se reclinó sobre la fecunda fuente de aguas celestiales; y procurando excitar desde allí la compasion, no solo de una pecadora, sino de todo el universo, para derramar á torrentes la felicidad sobre todos los hombres, pidió con la mayor angustia y á grandes voces un vaso de agua, con que templar la sed mortal que le devoraba.

Sí, señores; una sed mortal; una sed que llegó á darle la muerte. Considerando ahora que ese hombre era el autor de la vida, acerquémonos á la fuente misteriosa de Sicar; subamos al Calvario; y en el cansancio, en el abatimiento, en los dolores, en su muerte afrentosa veremos lo que vale el tesoro de la divina gracia que nos ha robado la culpa; sabremos las lágrimas con que debemos llorar tan sensible pérdida, y el esmero y diligencia que debemos emplear para recuperarlo.

No un avariento, no un ignorante, no un injusto; el infinitamente justo, sabio y misericordioso fué el que no se contentó con el valor de los tesoros criados, y exigió como precio de este imponderable don la sangre preciosa, la vida inocentísima de su Hijo unigénito. Y si todo un Dios llegó á apreciarlo de este modo sin tener la mas mínima necesidad de él, ¿cómo deberemos apreciarlo nosotros, á cuyo favor se dispensa, y siéndonos tan necesario, como que sin él somos los mas infelices entre los seres criados? Mas nosotros por una incomprensible monstruosidad lo despreciamos por el contrario, tenemos la insensatez de repelerlo. Digo mal; esto no es incomprensible; la falta de conocimiento ocasiona en nosotros tan imprudente conducta lo mismo que en la Samaritana. Ah! si lo conociéramos perfectamente, si tuviéramos siquiera alguna idea de este precioso don, no descansaríamos hasta conseguirlo, porque cono-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ceríamos al mismo tiempo que en él, y solo en él se cifra esa felicidad, cuyo deseo nace y crece con nosotros; que sin él, todos cuantos esfuerzos hagamos por ser felices, se convierten en medios seguros de nuestra mayor desdicha.

Si scires donum Dei... Si el ambicioso formara alguna idea de la gloria que disfruta una alma, desde el momento en que los resplandores de la gracia divina se difunden por toda ella; si llegara á persuadirse de que al punto la rodean solícitos los ángeles del cielo, para servirla y defenderla de todas las asechanzas de sus enemigos; si alcanzara á descubrir ese terror que infunde á las potestades infernales, y esa tranquilidad que hace envidiable su suerte á todas las criaturas; si viera su nombre escrito entre los de los hijos amados de Dios... *Si scires donum Dei...* Si el avariento tuviera noticia de las riquezas que posee el alma que hace suyos el precio inestimable de la sangre del Cordero inmaculado, y todos los celestiales tesoros con que el Omnipotente consuma la felicidad de tantos millones de ángeles... *Si scires donum Dei...* Si el voluptuoso, suspendiendo un momento el goce de esos torpes deleites que estragan su corazon, consiguiera gustar, una sola vez y en la cantidad mas mínima, las puras delicias en que se halla inundada el alma que consigue, como otro amado discípulo, reclinarse en el amoroso seno de su Dios... *Si scires donum Dei...* Ah! qué rápida, qué venturosa trasformacion se advertiria luego en el mundo! qué reforma tan prodigiosa de costumbres! cuántos modelos de piedad, de Religion, de virtud cristiana! Y ¡cómo asegurarian los mortales el goce de aquella felicidad, que tanto anhelaban, y que buscaban en vano en los placeres de la carne!

Si scires donum Dei... Es posible, Señor, que haya de ser inefable un don como este? Si vuestra sapientísima providencia no quiere la ruína de una sola alma; si desea positivamente que todos, todos sin la menor excepcion consigamos esa dicha para que nos habéis criado; cuya idea habéis impreso tan fuertemente en nuestra alma, y cuyo deseo habéis inspirado á nuestro corazon; ¿habia un medio mas eficaz de conseguirlo que el de hacernos entender á toda costa, el de darnos á gustar ese deliciosísimo placer? Qué ignorante, ó qué perverso es el que se exprese de este modo! ¿Hay por ventura alguno que pueda decir con verdad, que el Señor se lo ha negado, habiéndolo él pedido con sinceridad? Blasfema seria, sobre inexacta esta acusacion, porque nadie deja de gustarlo sino el que formalmente lo menosprecia; porque nadie deja de conocerlo sino el que cierra sus ojos al brillante resplandor de la fe, de la razon y de la experiencia. La fe. La abundancia, la suavidad y delicias de la tierra de promision son una débil sombra, una miseria y amargura, si se comparan con el venturoso cúmulo de bienes que goza el alma, engrandecida con el don precioso de la gracia; y á pesar de eso nadie será tan osado que se atreva á decir, que no era digno de la omnipotencia ejecutar tantos y tan estupendos prodigios, para poner á su pueblo en posesion de aquella tierra, que será convertida mañana en cenizas por disposicion del mismo que se la concedió ayer como un tesoro inapreciable. La razon. Reúnanse todos los filósofos y agoten sus ilustrados talentos, su fecunda imaginacion en inventar medios de hacer felices á los mortales: jamas llegarán á descubrir uno tan eficaz, tan seguro como el testimonio de la buena conciencia. Para rechazar la calificacion que pudiera hacerse á mis palabras de ridículas preocupaciones, no necesito valerme de la autoridad de los discípulos del Crucificado: los filósofos gentiles, y aún los poetas, educados entre la densa niebla de la infidelidad, aseguran sin reparo que no hay, ni es posible que haya en la tierra estado mas feliz y apreciable que el del justo, á quien no puede atormentar la cruel y punzante consideracion de sus delitos. Ni supongo conveniente expresarlos por ser bien conocidos de todos, ni el tiempo lo permite. La experiencia. Si nos fuera dado penetrar el interior del hombre; si descubriéramos lo que pasaba en el corazon de un Job y un Sardanápalo, de un Lázaro y un Rico avariento, de todos los mártires y sus tiranos, de todos los justos y todos los pecadores: si el Señor nos concediera sondear las almas inocentes, que en su retiro derraman tan abundantes lágrimas de compasion por el lastimoso desarreglo, por la dolorosa insensatez de un siglo, que hace tan sacrílego menosprecio, que tan locamente critica y aún persigue en los justos la piedad verdadera que no conoce; aquellas almas que sin otra diligencia que entrar dentro de sí mismas, hallan el mas eficaz lenitivo contra todo género de aflicciones, y un escudo impenetrable contra los fuertes obstinados ataques de la persecucion; un medio seguro de convertir en la mas deliciosa suavidad las rigurosas asperezas de la penitencia, y en la mas exquisita dulzura las amarguras de la mor-

tificacion, que tan crueles é insufribles le parecen al pecador; aquellas almas, que en la familiar y continua conversacion con Dios gustan anticipadamente el néctar delicioso que produce en los ángeles una bienaventurada embriaguez; ah! entónces se descorreria ese túpido velo que impide ver á los imprudentes hijos del siglo la belleza, el candor, la dulce paz, el gozo imperturbable, el inmenso cúmulo de bienes, la consumada gloria que disfrutan. Si así fuera, se presentaria tan preciosa imágen á la vista de los que intentaran subir por la senda resbaladiza de la gloria mundana, y les haria ver que el horroroso abismo en que irremisiblemente iban á precipitarse, es bien diferente del lugar que á ellas está destinado en el cielo: se descubriria al avariento ocupado en reunir los tesoros, con que espera saciar la sed hidrópica de su avaricia, y le convenceria de que la mano ratera del ladron, el puñal del asesino que á cada paso le parece amenazarle, la voracidad de un incendio, tan imprevisto como inextinguible, los resultados de una guerra desoladora, las terribles convulsiones de un terremoto, el horrísono estallido de una tempestad, la exposicion de una dolencia aguda, de la muerte, de todo lo que por cualquier medio puede contribuir á arrebatárselos de entre las manos, todos son temores y sobresaltos que ellas no conocen: se haria presente al voluptuoso y le diria: cuando en el momento que estás gozando ese tan ponderado placer y se arruga tu frente al recuerdo de la infamia, de la pérdida de la salud, del hedor del sepulcro que te anticipas por medio de tu disolucion, de la ira de un Dios que de improviso reduce á cenizas ciudades enteras por entregarse á semejantes desórdenes; entónces estamos nosotros nadando en un piélago insondable de dulzuras, que nadie, nadie en este mundo puede arrebatarnos; y que aún la muerte misma las asegura, las hace inalterables, las acrecienta hasta el infinito.

Si scires donum Dei... Ah! si tuvieran los pecadores la dicha de gozar por un solo momento la tranquilidad que disfrutan estas almas bienaventuradas, ¡cuán de veras se dolieran de los insultos y mofas, con que á cada paso procuran arrebatarles tan envidiable dicha, retrayéndolas de sus piadosos ejercicios! ¡Por cuántos medios procurarian ellos mismos hacerse participantes de tan venturosa suerte! ¡Con qué gusto renunciarian á lo que el mundo les presenta como mas apreciable! ¡Con cuánta satisfaccion se abrazarian con la cruz de la mortificacion, se deleitarian en las espinas, y se gozarian en todo género de austeridades y privaciones! Pero ay! que aunque los venturosos pecadores arrepentidos quisieren demostrarles la incomparable preferencia que por todos títulos se debe al estado feliz de justicia sobre el miserable de la culpa, todo es inútil por desgracia, pues ellos ni tienen ojos para verla, ni razon para poderla comprender.

Solo tú, don verdaderamente celestial, solo tú, insinuándote con la dulce suavidad de tus gracias en el corazon de los mortales; solo tú, dándote á gustar al pecador, despues de haber preparado su enfermo paladar, para que pueda percibir tu gusto infinitamente exquisito y delicioso; solo tú eres capaz de convencerlos, de persuadirlos, de moverlos, de triunfar de la resistencia de su corazon, de ablandarlo, de dominarlo completamente. Desciende pues, ó don divino; desciende. Espíritu vivificador, ya que por tantos medios te has dignado manifestarnos los vivísimos y eficaces deseos que te animan de hacernos felices; ya que te has humillado hasta implorar de tus criaturas el alivio de los males, á que solo por su amor has querido sujetarte; ya que, como buen médico, te has visto precisado á descubrir las profundas llagas de nuestro corazon para curarlas radicalmente; ya que con esa severidad efímera de la tribulacion nos has puesto en el caso de reconocer nuestra culpa, confesar nuestro error, publicar nuestra ignorancia, desciende; insinúate con la suavidad eficacísima de tus gracias en lo mas íntimo de nuestras almas; destila en ellas una sola gota, un solo vapor de esas aguas de vida eterna, que apagan la sed ansiosa de los bienes miserables con que vive cruelmente atormentado nuestro corazon. El mundo todo no es capaz de resistir á la eficacia de tu poder: desciende; no seamos nosotros de peor condicion que la pecadora de Samaria. Si el hombre insensato se asusta al oir tu nombre, es porque jamas ha tenido la dicha de gustarte: tambien la Samaritana se sorprendió y se resistió á creer la primera vez que se la propuso el Salvador; y á pesar de eso se prestó á sus amorosas instancias, luego que le aseguró ser él mismo ese don, y el que lo dispensaba. Haz que resuene sin cesar en nuestros oídos aquella verdad, *Ego sum qui loquor tecum;* y es segura nuestra felicidad.

Pero es preciso, señores, que cooperemos nosotros · es ab-

solutamente necesario que acojamos humildes esa verdad y nos afanemos por merecer el don de Dios. Corramos ansiosos á las fuentes vivas de los sacramentos que nos tiene preparadas la misericordia divina; bebamos con avidez las aguas deliciosas de la salud, únicas capaces de apagar la sed insaciable de nuestro corazon y de asegurar nuestra felicidad en la tierra y en el cielo. Amen.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UAN
AD AUTÓNOMA DE N
CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC